M. ROSENTAL

Los problemas de la dialéctica en "EL CAPITAL" de Marx



EDICIONES PUEBLOS UNIDOS - MONTEVIDEO - 1961

Los problemas de la dialéctica en "EL CAPITAL" de Marx

M. ROSENTAL

Los problemas de la dialéctica en "EL CAPITAL" de Marx



MONTEVIDEO *Ediciones Pueblos Unidos* URUGUAY

TACUAREMBO Y COLONIA - CASILLA DE CORREO 589 - MONTEVIDEO - URUGUAY
IMPRESO EN EL URUGUAY PRINTED IN URUGUAY

INTRODUCCION

EL ALCANCE FILOSOFICO DE "EL CAPITAL" DE CARLOS MARX

> *"Marx no nos ha dejado una* Lógica *(con L mayúscula), pero nos ha dejado la* lógica *de* El Capital. *Habría que sacar el mayor partido posible de ella para el problema que nos interesa. En* El Capital, *Marx aplica la lógica, la dialéctica y la teoría del conocimiento del materialismo a una sola ciencia."*
>
> V. I. LENIN

Estas líneas de Lenin caracterizan el alcance filosófico de la gran obra de Marx. Es cierto que Marx no escribió un libro que expusiera en forma metódica la dialéctica, la lógica y la teoría del conocimiento materialistas fundadas por él y por Engels, aunque indicó expresamente que se proponía dedicar un estudio especial al método dialéctico. En una carta a Engels examina los aspectos positivos y negativos de la dialéctica de Hegel, y dice al respecto:

"Si alguna vez llegara a haber tiempo para un trabajo tal, me gustaría muchísimo hacer accesible a la inteligencia humana común, en dos o tres pliegos de imprenta, lo que es *racional* en el método que descubrió Hegel, pero que al mismo tiempo está envuelto en misticismo..."[1]

---

(1) C. Marx y F. Engels, *Correspondencia*, pág. 75, Ed Cartago, Buenos Aires, 1957.

Por desgracia, Marx no logró realizar su propósito. Sus obras abundan sin embargo en formulaciones y observaciones acerca de la dialéctica; cada uno de sus escritos es un ejemplo de la aplicación del método dialéctico por él creado al análisis de los problemas concretos de la ciencia y de la práctica revolucionarias. Pero en ese sentido, su obra principal, *El Capital,* la obra de su vida, reviste una importancia especial.

Aunque *El Capital* no estudia la filosofía, sino la economía política del capitalismo; aunque arroja luz sobre las leyes del nacimiento, del desarrollo y de la declinación del modo de producción capitalista, ese libro constituye la "ciencia de la lógica" marxista. Es de un valor inestimable para entender el método de Marx, el método sobre el cual descansa la revolución realizada por los fundadores del marxismo en filosofía, en economía política y en la teoría del socialismo.

El alcance filosófico de *El Capital* no se limita sólo al problema del método dialéctico. Lenin tenía razón cuando decía que la concepción materialista de la historia fue desarrollada del modo más profundo en *El Capital.* A partir de la publicación de esa obra, escribía Lenin en *¿Quiénes son los "amigos del pueblo" y cómo luchan contra los socialdemócratas?,* la concepción materialista de la historia no es ya una hipótesis, sino una tesis científicamente establecida.

Se comprende que *El Capital,* obra económica, sea al mismo tiempo una gran obra filosófica. La teoría del socialismo científico y su fundamento filosófico, el materialismo dialéctico e histórico, habían sido creados por Marx y Engels mucho antes de la publicación de *El Capital* y expuestos en obras como el *Manifiesto del Partido Comunista, Contribución a la crítica de la economía política,* etc. Marx y Engels ya habían demostrado en esos escritos que el socialismo no era un sueño, un anhelo piadoso, sino el resultado necesario e ineluctable del desarrollo del modo de producción capitalista. Al proporcionar en *El Manifiesto* un breve esbozo de la evolución de la estructura económica del capitalismo, Marx y Engels demostraban que la caída del capitalismo y la victoria del socialismo son la culminación necesaria e inevitable del desarrollo económico y político de la sociedad burguesa.

Para basar científicamente el socialismo, tenía una importancia de primer orden el análisis exhaustivo de las relaciones económicas del capitalismo, del modo de producción capitalista. Si la transformación del régimen social y de toda la superestructura de la sociedad está condicionada por la del modo de producción, no se podía formular una teoría científica del socialismo si no se estudiaba a fondo la economía burguesa. En su prefacio a la *Contribución a la crítica de la economía política,* Marx indica que sus investigaciones de comienzos de la década del 40, es decir, en el período en que elaboró su nueva concepción del mundo, lo habían conducido a la necesidad de un examen minucioso de las relaciones económicas de la sociedad contemporánea.

"Mi investigación desembocaba en el resultado de que, tanto las relaciones jurídicas como las formas de Estado no pueden comprenderse por sí mismas ni por la llamada evolución general del espíritu humano, sino que radican, por el contrario, en las condiciones materiales de vida cuyo conjunto resume Hegel, siguiendo el precedente de los ingleses y franceses del siglo XVIII, bajo el nombre de 'sociedad civil', y que la anatomía de la sociedad civil hay que buscarla en la economía política."(2)

Por lo tanto, sólo el estudio del régimen económico de la sociedad burguesa permitió transformar el socialismo, hasta entonces utópico, en una ciencia, pertrechar al proletariado con el conocimiento de las leyes de la evolución social, para su lucha contra el capitalismo, y descubrir, según la expresión de Marx, la esencia misma de las cosas.

Mucho antes de la publicación de *El Capital,* Marx había escrito numerosos estudios económicos notables, como la *Miseria de la filosofía, Contribución a la crítica de la economía política,* etc. Pero sólo en *El Capital* resuelve por completo el problema de la anatomía de la sociedad burguesa. Esta obra arrancó los velos que enmascaraban el modo de

(2) C. Marx, Prólogo de la "Contribución a la crítica de la economía política", en Marx/Engels, *Obras Escogidas,* t. I, pág. 332, Ed. Lenguas Extranjeras, Moscú, 1951.

producción capitalista y siguió el desarrollo de éste desde su comienzo hasta su inevitable caída.

Antes de Marx el capital constituía en verdad una "cosa en sí". Los propios Smith y Ricardo, los mejores representantes de la economía política burguesa, no habían podido descubrir, en sus estudios sobre el capitalismo, la naturaleza real del modo de producción capitalista. Cuando tocó a muerto para la economía política burguesa, el escenario fue invadido por el tropel de los economistas vulgares, cuyo papel no consistía en buscar la verdad científica, sino en hacer ostensiblemente la apología del régimen capitalista. Gracias a *El Capital,* el modo burgués de producción apareció en sus características esenciales. Se asestaba un terrible golpe a la dominación de la burguesía. Según expresión de Marx, fue "el proyectil más temible que haya sido lanzado jamás a la cabeza de los burgueses (incluidos los terratenientes)".[3] El proletariado adquirió un arma ideológica poderosa para luchar contra sus explotadores, una fuente inagotable de luz que le indicaba el camino de la victoria.

Para escribir *El Capital,* obra económica, Marx debía resolver numerosos problemas filosóficos. Durante la década del 40, en colaboración con Engels, ya había concebido la filosofía del materialismo dialéctico. Pero no podía limitarse, en el análisis del régimen económico burgués, a una aplicación pura y simple del método dialéctico y de la teoría materialista. La redacción de *El Capital* lo llevaba a encarar nuevos problemas que implicaban la concreción y el enriquecimiento de todos los aspectos de la filosofía marxista: el método, la teoría del conocimiento, la teoría del desarrollo social.

En primer lugar hacía falta criticar el método metafísico de los economistas burgueses, base de su teoría según la cual el régimen capitalista tendría un carácter eterno e inmutable, y oponerle el método dialéctico, único capaz de llegar a resultados científicos y prácticos. Es evidente en absoluto, que la

---

(3) C. Marx y F. Engels, *Correspondencia acerca de "El Capital"*, pág. 111, Ed. rusa, Moscú, 1948.

impotencia de los economistas burgueses, aun de Smith y Ricardo, en lo referente a explicar la naturaleza del capitalismo, se debía principalmente a su apego al régimen burgués, a la clase capitalista, de la cual eran ideólogos. Sin embargo, sus concepciones filosóficas, su teoría metafísica del conocimiento, su concepción social, idealista en su conjunto, habían representado también un papel de importancia. Por eso, la crítica de la economía burguesa debía serlo al mismo tiempo del método, de la lógica y de la teoría del conocimiento metafísicos a los que se vinculaba.

Además, al escribir *El Capital,* Marx tenía que demostrar la diferencia radical existente entre su método dialéctico y el de Hegel, y precisar su actitud en relación con este último. Él mismo subraya este aspecto de su obra en las palabras finales a la segunda edición del libro primero de *El Capital.*

"Hace cerca de treinta años, en una época en que todavía estaba de moda aquella filosofía, tuve ya ocasión de criticar todo lo que había de adulteración en la dialéctica hegeliana. Pero, coincidiendo precisamente con los días en que escribía el primer volumen de *El Capital,* esos gruñones petulantes y mediocres epígonos que hoy sientan cátedra en la Alemania culta dieron en arremeter contra Hegel al modo como el bueno de Moses Mendelssohn arremetía contra Spinoza en tiempos de Lessing: tratándolo como a 'perro muerto'. Esto fue lo que me decidió a declararme abiertamente discípulo de aquel gran pensador, y hasta llegué a coquetear de vez en cuando, por ejemplo, en el capítulo consagrado a la teoría del valor, con su lenguaje peculiar. El hecho de que la dialéctica sufra en manos de Hegel una adulteración no obsta para que este filósofo fuese el primero que supo exponer de un modo amplio y consciente sus formas generales de movimiento. Lo que ocurre es que en él la dialéctica aparece invertida, vuelta al revés. No hay más que darle la vuelta, mejor dicho enderezarla, y en seguida se descubre bajo la corteza mística la semilla racional."[4]

---

(4) C. Marx, *El Capital,* t. I, pág. 14, Ed. Cartago, Buenos Aires, 1956.

Marx indicó en muchas ocasiones la importancia de la dialéctica de Hegel, su médula racional. En una carta a Engels señala que la *Lógica* de Hegel, que había releído, le había ayudado mucho a elaborar sus materiales referentes a las cuestiones económicas.

Aunque utilizó el "núcleo racional" de la dialéctica hegeliana, Marx la sometió a una crítica profunda y creó el método dialéctico materialista, que se le opone de manera radical. "Mi método dialéctico no sólo es fundamentalmente distinto del método de Hegel, sino que es, en todo y por todo, su reverso."(5)

Cuando después de eso, Dühring, ese "sujeto impertinente", "insoportable", que pretendía ser un revolucionario de la economía política, trató de inducir a error a los lectores de *El Capital* y de identificar el método dialéctico de Hegel con el de Marx, Engels le replicó en el *Anti-Dühring,* en tanto que Marx, en una carta a Kugelmann, indicaba al respecto: "Sabe (es decir, Dühring. *M. R.*) muy bien que mi método de desarrollo no es hegeliano, desde que yo soy materialista y Hegel es idealista."(6)

El alcance filosófico de *El Capital* reside en que el análisis concreto de la formación capitalista ilumina y ejemplifica la diferencia radical que existe entre la dialéctica materialista y la dialéctica idealista. *El Capital* es un ejemplo notable de unidad indisoluble de la dialéctica y la explicación materialista del mundo. Marx pudo crear el método dialéctico y fundarlo sobre bases científicas, sólo porque consideró ese método en sus relaciones indisolubles con el materialismo filosófico. Cuando caracteriza la diferencia que hay entre su método y el de Hegel, siempre coloca en primer plano la naturaleza materialista de su dialéctica. Y es fácil entenderlo, porque no hay ni puede haber método científico que no descanse sobre una base materialista, sobre la teoría materialista del conocimiento. El fracaso de la dialéctica idealista

(5) C. Marx, *El Capital,* t. I, pág. 14, Ed. cit.
(6) C. Marx y F. Engels, *Correspondencia,* pág. 161, Ed. cit.

de Hegel así lo confirma. Lo que constituía su valor era el hecho de que, contrariamente a la metafísica, se apoyaba en el principio del desarrollo, del cambio, alguna de cuyas leyes explicaba. Pero este principio, separado de su base real, de la naturaleza y de las condiciones de vida materiales de los hombres, se convierte en una falsificación, en un subjetivismo desenfrenado, que trata de imponer sus deseos y su voluntad al mundo objetivo. Así es, por ejemplo, la concepción hegeliana de la evolución. A la vez que admite que la esencia del mundo reside en una ignorada "idea absoluta" mística, sujeta a metamorfosis dialécticas, Hegel trata el devenir en forma a menudo arbitraria, sin tener en cuenta el desarrollo real de la naturaleza y el mundo objetivo.

Lo mismo ocurre en Hegel en relación con todos los demás aspectos y principios de la dialéctica. Considerado fuera de su base material, de la esencia material del mundo, todo principio de la dialéctica es colocado con la cabeza hacia abajo, es deformado y adulterado. En cuanto al mundo material, contemplado desde fuera de sus transformaciones y modificaciones dialécticas, se torna irracional, se convierte en un mundo en el cual hormiguean los enigmas y los misterios. Si el materialismo premarxista no pudo triunfar sobre el idealismo, ello se debió a que se trataba de un materialismo metafísico, a que no entendía aún la naturaleza dialéctica de la materia y de los procesos sociales.

Sólo el marxismo fusionó en un todo la explicación materialista del mundo y el método dialéctico. De ello resulta que el materialismo auténtico es inseparable de la dialéctica, así como la dialéctica auténtica es inseparable del materialismo. Es imposible comprender nada del método, de la teoría marxista del conocimiento desarrollados en *El Capital,* si no se tiene en cuenta ese vínculo, esa unidad. En su carta a Conrad Schmidt del 1º de noviembre de 1891, Engels escribía, respecto de la diferencia existente entre el método materialista dialéctico de Marx y la dialéctica idealista de Hegel:

"Si usted compara el desenvolvimiento de la mercancía hasta llegar a ser capital en la teoría de Marx, con el desarrollo

del ser que alcanza la esencia en la teoría de Hegel, tendrá un paralelo bastante bueno del desarrollo concreto que resulta de los hechos por un lado, y por el otro, de la construcción abstracta..."[7]

Para Marx, las categorías y los principios de la dialéctica sólo tienen valor si expresan un contenido material, es decir, si se aplican al desarrollo de la realidad misma.

Otro aspecto no menos importante de la correlación que hay entre el método dialéctico y la explicación materialista del mundo, queda aclarado en *El Capital*: la teoría del conocimiento sólo puede ser científica cuando se basa en los principios de la dialéctica, o cuando está penetrada del espíritu de la dialéctica. Esto es lo que entendía Lenin cuando subrayaba que "la dialéctica es la lógica y la teoría del conocimiento marxistas", que, "la dialéctica, la lógica y la teoría del conocimiento no son más que una sola persona".

¿Cuál es el sentido profundo de esta fórmula?

El filo de la misma se dirige contra la ruptura, característica de la mayoría de las corrientes idealistas, entre el ser y la conciencia, entre las leyes de la realidad objetiva y las del pensamiento lógico, entre el contenido y la forma del conocimiento. De ahí la oposición entre la ontología, o ciencia del ser, y la gnoseología o ciencia del conocimiento, consideradas ambas como paralelas e independientes. Esta ruptura encontró su expresión más acabada en la filosofía de Kant. El mundo objetivo, según la filosofía en cuestión, no hace más que proporcionar los materiales que el conocimiento vacia en formas lógicas *a priori,* de las que dispone y que no dependen del ser. Hegel sometió a una crítica aguda esta oposición del ser y la lógica, y los unió en un todo, no sobre la base de la realidad objetiva, sino sobre la del espíritu místico absoluto, de la idea absoluta. Para Hegel, el mundo real es la encarnación de las leyes de la lógica.

La filosofía burguesa de la época del imperialismo continúa, bajo mil formas distintas, la doctrina kantiana de la in-

(7) C. Marx y F. Engels, *Correspondencia,* págs. 321 y 322, Ed. cit.

dependencia de la lógica y de la teoría del conocimiento en relación con el mundo real, llevando la ruptura hasta sus últimas consecuencias. Al rechazar como una antigualla en desuso la "cosa en sí" kantiana, estos filósofos reducen todos los problemas del conocimiento a un problema de forma.

"Para la teoría del conocimiento —declaraba el neokantiano H. Rickert— no existe en general otra cosa que el problema de la forma. El contenido simple se mantiene completamente fuera de la esfera lógica, y no encierra todavía el problema de la verdad. Y por eso, todos los problemas de la teoría del conocimiento son problemas de forma..."

Reducir el conocimiento a una cuestión de forma, separada del contenido: he ahí lo característico de las diversas tendencias de la filosofía idealista contemporánea, sean cuales fueren sus denominaciones: "positivismo lógico", "existencialismo", etc.

El marxismo fue el primero en poner fin a la falsificación idealista de la lógica y de la teoría del conocimiento. En oposición al antiguo materialismo metafísico, no ignora la importancia de las formas del conocimiento. Éste es el reflejo de la realidad bajo el aspecto de las percepciones, de las representaciones, de las categorías lógicas, de los conceptos, etc. Pero el materialismo dialéctico estudia estas formas vinculándolas de manera indisoluble al contenido real que el conocimiento extrae del mundo objetivo. No son las formas lógicas las que engendran y modelan las leyes del mundo, sino las leyes de la naturaleza las que determinan las formas lógicas de pensamiento.

En los *Cuadernos filosóficos,* Lenin ha proporcionado una definición magistral de la lógica como ciencia de las leyes de la realidad reflejadas en las formas del pensamiento.

"La lógica es la teoría, no de las formas exteriores del pensamiento, sino de las leyes de desarrollo de 'todas las cosas materiales, naturales y espirituales', es decir, del desarrollo de todo el contenido concreto del universo y del conocimiento de

éste, es decir, el total, el resumen, la conclusión extraída de la *historia,* del conocimiento del mundo."[8]

Como la dialéctica materialista es la ciencia de las leyes más generales de la evolución de la naturaleza y de la sociedad, y por lo tanto del mundo objetivo, es al mismo tiempo una lógica, una teoría del conocimiento de las leyes del pensamiento. Las leyes más generales del desarrollo del ser, que formula la dialéctica, son a la vez las leyes más generales del conocimiento, por medio de las cuales el pensamiento aprehende la realidad. Por ejemplo, la ley de la unidad y de la lucha de los contrarios es una ley del mundo objetivo y también, precisamente por ese motivo, una ley del conocimiento, una ley de la lógica dialéctica.

Se entiende que sólo mediante la aplicación de la dialéctica al conocimiento se podía solucionar correctamente toda una serie de problemas, entre los más complejos de la teoría del conocimiento, problemas que habían sido un obstáculo para todas las filosofías anteriores al marxismo. Tales, por ejemplo, los grados fundamentales del conocimiento objetivo, las relaciones entre la esencia y el fenómeno, entre los datos sensoriales, las percepciones y las abstracciones, el papel respectivo de éstas en el proceso del conocimiento, la relación entre lo histórico y lo lógico, el análisis y la síntesis, la inducción y la deducción, etc.

Antes de Marx, la filosofía materialista no podía proporcionar una respuesta científica a estos problemas debido a su carácter metafísico. Sólo la aplicación del materialismo dialéctico podía otorgar a la teoría del conocimiento un fundamento verdaderamente científico. Estos problemas fueron resueltos por primera vez, a la luz del materialismo dialéctico, en las obras económicas de Marx, por ejemplo en la *Contribución a la crítica de la economía política* y, sobre todo, en *El Capital.*

A primera vista podría parecer extraño que estos problemas filosóficos hayan sido resueltos en obras de economía. Aquí es preciso tener en cuenta los siguientes hechos: en sus

(8) V. I. Lenin, *Cuadernos Filosóficos,* pág. 66, Ed. rusa, Moscú, 1947.

obras sobre economía, y en especial en *El Capital,* Marx debía analizar una de las formaciones más complejas de la historia de las sociedades, la formación capitalista. Si los economistas burgueses, los predecesores de Marx, no habían podido estudiar de manera científica el capitalismo, ello se debía, entre otras razones, a que no poseían una teoría válida del conocimiento. En la introducción a la *Contribución a la crítica de la economía política,* Marx examina el método de sus predecesores y en pocas tesis concisas explica su propio método, formula una cantidad de ideas directrices de una enorme importancia para la solución de los problemas planteados más arriba.

Pero estos problemas gnoseológicos se tornaron particularmente apremiantes cuando Marx emprendió la redacción de su obra principal, *El Capital,* en la que expone una teoría coherente, sistemática y profunda del modo capitalista de producción. Marx se vio obligado a solucionar estos problemas gnoseológicos para estudiar científicamente el modo capitalista de producción. Por consiguiente, no por casualidad *El Capital* encierra tan grande cantidad de indicaciones preciosas sobre la teoría del conocimiento y sobre la crítica del método de los economistas burgueses.

Por importantes que puedan ser estas indicaciones, lo esencial es sin embargo el estudio concreto de los problemas económicos de *El Capital.* En efecto, en él encontramos la lógica y la teoría del conocimiento marxistas "en acción", bajo la forma del análisis concreto de la realidad objetiva. En ese sentido y aunque *El Capital* no sea un tratado consagrado expresamente a la teoría del conocimiento, el estudio del modo capitalista de producción aporta, para la elaboración y la comprensión de la teoría del conocimiento del materialismo dialéctico, mucho más de lo que podrían proporcionar tomos y tomos de investigaciones especiales.

Por ello Lenin subraya que la dialéctica de la sociedad burguesa, estudiada por Marx en *El Capital,* no es más que un caso particular de la dialéctica en general. No cabe duda alguna de que Lenin, que en 1914-1916 se ocupaba de los problemas de la dialéctica materialista y se interesaba vivamente,

como lo atestiguan sus *Cuadernos filosóficos,* por el método de *El Capital,* se disponía a utilizar al máximo, en una obra especialmente consagrada a la dialéctica, las ideas filosóficas de incomparable riqueza contenidas en el libro de Marx. Esas breves notas de un maestro tan eminente de la dialéctica revolucionaria como lo fue Lenin nos servirán de hilo conductor en el estudio de *El Capital,* desde el punto de vista del método dialéctico marxista.

Lenin hace notar que la obra de Marx expone la dialéctica de la sociedad burguesa, caso particular de la dialéctica general, y extrae de ello el doble aspecto del método de *El Capital.* Por una parte, al analizar el modo capitalista de producción, al estudiar la dialéctica de su aparición, de su desarrollo y de su caída, Marx enriqueció *la dialéctica en general,* los principios dialécticos que desempeñan un papel en el estudio de todas las formas de la vida social, en el método de todo conocimiento, y cuyo valor objetivo sobrevive a la sociedad burguesa. Por otra parte, se trata de la dialéctica de un régimen específico, históricamente limitado y transitorio, o sea la *dialéctica de la sociedad burguesa,* que no puede ser vinculada de manera directa con otras formaciones, y menos aun con una formación como el comunismo, que señala el comienzo de una era absolutamente nueva en la historia de la humanidad.

Marx no se proponía estudiar en *El Capital* la dialéctica de la evolución de la sociedad socialista, si bien en muchos lugares de su libro compara capitalismo y socialismo y describe en términos generales las leyes de desarrollo de la nueva sociedad, que reemplazará a las de las formaciones antagónicas. Esta tarea se planteó a los marxistas en una nueva época histórica, luego del cumplimiento de las geniales previsiones de Marx relativas a la inevitable caída del capitalismo y después de la Gran Revolución Socialista de Octubre que liberó a Rusia de las cadenas del imperialismo.

Luego de la muerte de Marx y Engels, el capitalismo entró en su nueva y última etapa. El imperialismo acentuó al extremo las contradicciones del capitalismo. La revolución proletaria victoriosa en Rusia dividió al mundo en dos sistemas:

el sistema socialista y el sistema capitalista. Bajo la dirección del Partido Comunista, los trabajadores del país, encabezados por la clase obrera rusa, vanguardia del proletariado internacional, han construido la sociedad socialista. Un nuevo modo de producción, el modo socialista, apareció y se desarrolla conforme a nuevas leyes económicas.

El análisis de la dialéctica de la evolución en el curso de esa nueva época histórica fue hecho por V. I. Lenin. Su obra *El imperialismo, fase superior del capitalismo,* constituye la continuación directa de *El Capital.* Las obras de Lenin y de sus discípulos formulan con perspicacia las particularidades del desarrollo del capitalismo en el período en que el mundo se dividió en dos sistemas sociales, en el período de la edificación de la sociedad socialista.

La interpretación teórica, filosófica, de las nuevas condiciones del desarrollo histórico, ha enriquecido la dialéctica, permitiendo descubrir nuevas formas de manifestación de las leyes dialécticas generales de la evolución en una situación que se ha modificado. La experiencia del Partido Comunista de la Unión Soviética, lo mismo que la de otros partidos comunistas y obreros, permite entender las nuevas leyes y las particularidades del desarrollo dialéctico, luego de la derrota del capitalismo y la victoria del socialismo.

Por lo tanto, la aplicación del método dialéctico en *El Capital* reviste de igual manera una considerable importancia desde el punto de vista de la comparación entre la dialéctica de la sociedad burguesa y la de la sociedad socialista.

El estudio de la dialéctica de *El Capital* presenta un interés actual en otro sentido. Desde la publicación de esa obra, y en especial después de la aparición del revisionismo y del reformismo en el movimiento obrero, los servidores de la burguesía no han dejado jamás de atacar a *El Capital.* Desde Bernstein hasta los socialistas de derecha de la actualidad, se han multiplicado las impotentes tentativas de abatir el majestuoso edificio de *El Capital,* de embotar su filo crítico y revolucionario, de "neutralizar" sus conclusiones, mortíferas para la burguesía.

Los esfuerzos por minar la influencia revolucionaria del marxismo sobre la clase obrera han adquirido y adquieren todavía con frecuencia la forma de ataque contra el método dialéctico. Así, un socialista de derecha alemán declaraba que el marxismo tenía todo por ganar, en cuanto teoría social y económica, si dejaba de "coquetear" con la dialéctica.

Los ataques desatados por los socialistas de derecha contra el método dialéctico de Marx no son otra cosa que un medio de combatir la esencia revolucionaria de la teoría marxista. Decir que Marx no ha hecho otra cosa que "coquetear" con la dialéctica, es falsificar groseramente el marxismo.

En *El Capital,* Marx ha explicado por qué los ideólogos burgueses odian hasta tal punto a la dialéctica.

"Reducida a su forma racional, provoca la cólera y es el azote de la burguesía y de sus portavoces doctrinarios, porque en la inteligencia y explicación positiva de lo que existe abriga a la par la inteligencia de su negación, de su muerte forzosa; porque, crítica y revolucionaria por esencia, enfoca todas las formas actuales en pleno movimiento, sin omitir, por tanto, lo que tiene de perecedero y sin dejarse asustar por nada."[9]

Lo que constituye el inmenso alcance de *El Capital* es que ha destruido hasta sus cimientos la antigua idea según la cual el régimen capitalista sería eterno, y que ha predicho con absoluta precisión el curso inevitable del desarrollo de la humanidad. Y si en la actualidad los enemigos del marxismo se encolerizan más que nunca, ello se explica debido a que el marxismo no había obtenido aún triunfos como los que hoy logra.

Es cierto que entre los actuales revisionistas hay algunos para quienes el marxismo ha envejecido en su conjunto, y sólo queda en pie su método como cosa válida. Pero esto no es más que una tentativa no menos torpe de llegar por otros medios al mismo objetivo: destronar al marxismo, minar la confianza de las grandes masas trabajadoras en esa concepción del mundo, la única científica. El método y las otras partes del

(9) C. Marx, *El Capital*, t. I, págs. 14 y 15, Ed. cit.

marxismo (la teoría económica y el socialismo científico) no son cosas independientes que se puedan separar de modo arbitrario las unas de las otras; no se puede aceptar una y rechazar las demás. Lenin dijo que el marxismo ha sido fundido en un solo bloque de acero. El método marxista es inseparable de la esencia revolucionaria de la doctrina marxista en su conjunto. Sin dicho método no habría socialismo proletario, y sin socialismo proletario el método deja de ser científico, deja de ser un instrumento del conocimiento de los procesos sociales y de la lucha práctica. Es imposible admitir el método si se niegan las conclusiones que se desprenden necesariamente de la concepción dialéctica del mundo.

Muchas cosas dependen, sin duda, de la concepción que se tenga de la filosofía y de su papel en la vida social. Si se encara la filosofía como una ciencia contemplativa que no tiene contacto alguno con la vida, entonces se puede combinar el socialismo con cualquier teoría filosófica y aun religiosa. Pero es evidente que semejante combinación sólo puede culminar en un socialismo sumamente dudoso.

En un artículo publicado por *Die Neue Gesellschaft*, órgano de la socialdemocracia alemana, el autor, sinceramente consternado, comprueba que se vincula la filosofía con la política, que en los estados socialistas la filosofía es utilizada para conocer las leyes del desarrollo de la economía y de la edificación socialistas, basadas en un plan científico y no en el juego de fuerzas espontáneas. El autor de dicho artículo afirma que la filosofía sólo pertenece a las universidades.[10]

El marxismo no tiene nada en común con semejante concepción de la filosofía. Esta es necesaria no sólo para la explicación del mundo, sino para su transformación revolucionaria; estas célebres palabras de Marx están inscriptas en la bandera del marxismo. Es absurdo tratar de oponer la filosofía marxista, el método del marxismo, del socialismo, y aceptar la una y rechazar al otro.

Esta obra, que tiene por objeto destacar el papel de *El*

(10) *Die Neue Gesellschaft,* 1957, II, Nº 112.

Capital en la elaboración del método dialéctico, de la lógica y de la teoría del conocimiento marxistas, no pretende agotar el problema. Se limita a encarar algunos aspectos esenciales de ese gran problema, a fin de contribuir al desarrollo de la dialéctica y a la teoría del conocimiento marxistas, utilizando para ello la dialéctica de *El Capital,* como lo había indicado Lenin.

Lenin había dicho que en *El Capital* Marx elaboró la dialéctica, la lógica y la teoría del conocimiento; inspirado en esta indicación, el autor se propone mostrar, por medio del examen de algunos importantes problemas, que la dialéctica no sólo extrae las leyes objetivas del desarrollo del mundo, sino que por ese motivo es la única lógica y la única teoría científicas del conocimiento.

CAPITULO I

EL PROBLEMA DE LA LEY COMO CONEXION INTERNA Y NECESARIA DE LOS FENOMENOS

I

En el prefacio de su obra Marx indica que el objetivo final de *El Capital* "...es el de descubrir la ley económica que preside los movimientos de la sociedad moderna (es decir, capitalista. *M. R.*)"(1). Antes que nada es necesario estudiar la concepción de la ley, porque ella señala uno de los puntos de partida esenciales de la dialéctica materialista.

Los clásicos del marxismo-leninismo han indicado muchas veces que el objeto de toda investigación científica es reflejar la realidad objetiva, los fenómenos exteriores en sus conexiones internas y necesarias. La dialéctica materialista se opone fundamentalmente a toda teoría que considere la realidad como un caos, como una acumulación de acontecimientos y de fenómenos fortuitos, de la cual estuviera ausente toda lógica objetiva. Considera los fenómenos como vinculados entre sí, como condicionados recíprocamente, e incita, en cada caso en particular, a seguir esa correlación, porque sólo es posible conocerlos y explicarlos con esa condición.

(1) C. Marx, *El Capital,* t. I, pág. 7, Ed. cit.

En *El Capital,* Marx dedica una viva atención a ese aspecto del método dialéctico. Se proponía estudiar un organismo social tan complejo como la sociedad capitalista, en sus conexiones internas y considerado como un todo. Se trataba de una tarea sumamente difícil, porque en ninguna otra sociedad los vínculos internos de los fenómenos están entretejidos de modo tan singular como en la forma capitalista de producción. Pero sin la ejecución de esta tarea, la ciencia relativa a ese modo de producción habría sido imposible.

Al apreciar en su justo valor la obra de sus predecesores, Marx se preguntó antes que nada en qué medida habían penetrado ellos en los vínculos internos de los fenómenos económicos.

En *Las teorías de la plusvalía,* obra en la que examina expresamente ese problema, Marx llega a la conclusión de que ninguno de los economistas burgueses logró esclarecer, aunque sólo fuese en forma no completa y consecuente, las conexiones internas del modo burgués de producción, y revelar sus leyes. Pero al mismo tiempo, distingue estrictamente a los economistas que se limitan a registrar las vinculaciones exteriores y superficiales, de los representantes de la economía política clásica, que trataron de poner al desnudo las correlaciones internas, aunque hubieran sido incapaces de llevar esta tarea hasta su término.

Marx hacía notar, por ejemplo, que los mercantilistas, que según su expresión habían tratado de dar la primera formulación teórica del modo capitalista de producción, no superaron el nivel de las vinculaciones externas y superficiales. Consideraban el comercio exterior como la única fuente de la riqueza, y la ganancia como un simple aumento del precio de compra de la mercancía. No veían el vínculo existente entre el comercio y la producción. Sólo llegaron a la relación externa, pura y simple, cosa que uno de ellos expresó en la fórmula: el dinero crea el comercio y éste multiplica al dinero. Las concepciones de los mercantilistas correspondían al período de desarrollo del capitalismo en el cual el capital comercial representaba todavía el papel principal.

En relación con las teorías de estos primeros economistas burgueses Marx escribía: "...el sistema mercantil partía necesariamente de los fenómenos superficiales del proceso de circulación, tal como aparece sustantivado en el movimiento del capital comercial, razón por la cual sólo captaba las apariencias".[2]

Marx apreciaba aun más las concepciones de economistas como W. Petty y los fisiócratas que superaron los puntos de vista limitados de los mercantilistas en cuanto a la fuente de la riqueza y tomaron en consideración *el trabajo,* trasladando el centro de gravedad de sus investigaciones, de la esfera de la circulación, a la esfera de la producción.

Aunque Petty no haya sabido separarse decididamente de los mercantilistas, aunque no haya entendido la naturaleza del trabajo como origen de toda riqueza (pensaba que sólo el trabajo de extracción del oro y de la plata producía el valor de cambio, y estimaba que la naturaleza, como elemento igual al trabajo, crea también valor), de él parte Marx para señalar el comienzo de la economía política clásica, es decir, de la economía científica burguesa. Lo importante para Marx es que Petty se esfuerza por descubrir las conexiones internas de los fenómenos, de adscribir al trabajo la fuente de la riqueza en la sociedad capitalista. En él encuentra alusiones a la plusvalía.

Los fisiócratas (Quesnay, Turgot, etc.) fueron aun más lejos. Concentraron su atención en el proceso de producción y reproducción de la riqueza social, y rechazaron de manera categórica la tesis de los mercantilistas, según la cual el comercio crea por sí mismo la riqueza. "El dinero —escribía Quesnay— no engendra el dinero. Un escudo bien empleado puede en verdad hacer nacer una riqueza de dos escudos, pero lo que se ha multiplicado es la producción, y no el dinero, y por lo tanto el dinero no debe quedar en manos estériles".[3]

---

(2) C. Marx, *El Capital,* t. III, pág. 307, Ed. cit.

(3) F. Quesnay, *Œuvres économiques et philosophiques,* pág. 349, Paris, 1888.

En esta manera de plantear el problema, Marx ve una profundización del conocimiento científico, un esfuerzo por poner al desnudo las conexiones internas, esenciales, de los fenómenos.

"Los fisiócratas —hace notar— transfieren estas investigaciones sobre los orígenes de la plusvalía, de la órbita de la circulación a la de la producción inmediata, poniendo con ello los cimientos para el análisis de la producción capitalista."(4)

El mérito de los fisiócratas, en su opinión, consiste en haber considerado las leyes de la producción como leyes naturales, objetivas, independientes de la voluntad, de la política. Admiraba el famoso *Tableau économique* de Quesnay, primera tentativa de presentar en su conjunto el proceso de reproducción del capital social.

Al mismo tiempo Marx muestra hasta qué punto estaban los fisiócratas lejos de conocer las conexiones internas de las relaciones burguesas de producción. Como entendían que era preciso buscar el secreto, no en la esfera de la circulación, sino en la de la producción, los fisiócratas habían identificado el trabajo en general con el trabajo agrícola, ya que estimaban que todo otro trabajo, incluso el de la industria, era "improductivo", incapaz de crear valor y plusvalía. Además, según su punto de vista, no era tanto el trabajo, sino más bien la tierra, el ganado, etc., los que producían el valor y también la plusvalía (la que, por otra parte, como todos los economistas anteriores a Marx, no concebían bajo una forma clara y científica; no hacían más que presentirla). La renta neta, es decir, en rigor la plusvalía, constituye para los fisiócratas un don de la naturaleza. Los lineamientos que siguen son testimonio de la forma poco profunda con que Quesnay concebía la vinculación entre el trabajo y la plusvalía: "Más bien por medio del ganado —escribe— se obtiene el producto neto que proporciona la renta y el impuesto, y no por el trabajo de los hombres, que sólo rendiría apenas los gastos necesarios para su subsistencia".(5)

---

(4) C. Marx, *El Capital* (Historia crítica de la teoría de la plusvalía), t. IV, pág. 27, Ed cit.

(5) F. Quesnay, *Œuvres économiques et philosophiques*, pág. 351, Paris, 1888.

Después de este análisis Marx llegó a la siguiente conclusión:

"...según los fisiócratas, la plusvalía se debe a la productividad de una clase especial de trabajo, la agricultura. Y esta productividad es en fin de cuentas, un don de la naturaleza misma".(6)

Marx estima que las concepciones de Smith y Ricardo constituyen el punto culminante de la economía política burguesa en cuanto a la concepción de los vínculos internos de la producción y de la circulación en la sociedad capitalista. Su mayor mérito fue el de considerar el trabajo como la única fuente de valor, no el trabajo en una forma concreta, sino el trabajo en general, independientemente del dominio en que se ejerce. Así escribe Marx en relación con Smith:

"El progreso que A. Smith representa con relación a los fisiócratas, en lo que se refiere al análisis de la plusvalía y por consiguiente del capital, es, como se ve, muy grande. Para los fisiócratas el único trabajo que crea plusvalía es el trabajo agrícola. Por eso ellos se fijan en el valor de uso del trabajo y no en el tiempo de trabajo, es decir, en el trabajo social, que es la única fuente del valor... Para A. Smith, por el contrario, lo que crea el valor es el trabajo social, cualesquiera que sean los valores de uso en que tome cuerpo; es exclusivamente la cantidad de trabajo vivo incorporada".(7)

Sin embargo Marx somete a una rigurosa crítica el método de Smith, cuyo doble carácter revela. Por una parte, el economista inglés trata de establecer las correlaciones de la sociedad burguesa, penetrar, según la expresión de Marx, en su fisiología interna. Esto le permite formular la tesis primordial de que el valor es la cristalización del trabajo invertido para producir la mercancía. Esta definición del valor lo lleva a presentir que la fuente de la renta del capitalismo es la plusvalía creada por el obrero, es decir, a descubrir las conexiones reales de la producción capitalista.

(6) C. Marx, *El Capital,* (Historia crítica de la teoría de la plusvalía), t. IV, pág. 33, Ed. cit.
(7) Ibíd., pág. 84.

Pero más adelante, Smith, en flagrante contradicción con su propio esfuerzo por descubrir la fisiología interna de la sociedad burguesa, presenta a menudo como esenciales las relaciones externas. Al mismo tiempo que declara que el trabajo es la única fuente del valor, afirma que éste no es creado por el trabajo, sino por el salario, la renta y la ganancia, que serían las tres fuentes primitivas de toda renta, lo mismo que de todo valor de cambio.

Así, por lo tanto, todo queda patas arriba y ya no restan huellas de correlaciones internas. Por una parte, el trabajo no pagado del obrero crea rentas que no provienen del trabajo. Al confundir, por otra parte, plusvalía y ganancia, afirma que esta última depende de la importancia del capital invertido, sin lo cual el capitalista no se interesaría en aumentarlo.

"Lo cual —dice Marx— equivale a explicar la ganancia no por la naturaleza misma de la plusvalía sino por el interés del capitalista. Es una incoherencia."[8]

Aunque Smith considera todo trabajo independientemente de los valores de uso en los cuales se materializa, como fuente del valor, distingue sin embargo el trabajo agrícola como el más eficaz, y cae en el error de los fisiócratas. Marx indica que en muchos sentidos el economista inglés no es más que un fisiócrata. Según Smith, resultaría más beneficioso invertir capitales en la agricultura, porque la naturaleza y el ganado también crean valor.

Este doble carácter de su método, que coloca en el mismo nivel las conexiones profundas y las conexiones superficiales, fue revelado por Marx en *Las teorías de la plusvalía.* Marx indica que Smith se debate desesperadamente en medio de continuas contradicciones y escribe:

"Nos encontramos, pues, con dos concepciones distintas. Una de ellas ahonda en cierta manera en la esencia, en la filosofía del sistema burgués; la otra, se limita a describir, catalogar, exponer y esquematizar, a medida que el autor va descubriéndolas, todas las manifestaciones externas del proceso de

(8) C. Marx, *El Capital* (Historia crítica de la teoría de la plusvalía), t. IV, págs. 87-88, Ed. cit.

la realidad. En A. Smith estas dos concepciones se desarrollan paralelamente o se entrecruzan, e incluso se contradicen constantemente."[9]

Marx estima mucho más el método de Ricardo, que logra superar ciertas contradicciones de la teoría de Smith y captar en forma más profunda la fisiología interna de la sociedad burguesa. Lo que constituye la superioridad de Ricardo es el hecho de que se apoya en la definición del valor por el tiempo de trabajo para entender las correlaciones internas de la sociedad burguesa: "Ricardo parte de aquí y obliga a la ciencia a renunciar a su vieja rutina, a investigar y aclarar hasta qué punto las otras categorías desarrolladas o expuestas por ella —las relaciones de producción y circulación— se acomodan a este fundamento, a este punto de partida, o se hallan en contradicción con él..."[10]

Luego de haber descubierto en el valor la base de las relaciones internas, Ricardo se esfuerza en hacer concordar con la ley del valor todos los fenómenos de la producción y de la circulación burguesas. Rechaza las ideas confusas de Smith en relación con el salario, con la ganancia y con la renta, consideradas como partes constitutivas y fuentes del valor. Las considera como un efecto, y no como las causas del valor. Del mismo modo elimina la supervivencia de los puntos de vista de los fisiócratas, propios de la doctrina de Smith, y demuestra que la renta sólo es creada por el trabajo y no por la naturaleza.

Lejos de extraer, con toda la profundidad deseada, las conexiones internas y las correlaciones recíprocas del modo burgués de producción, tampoco Ricardo, como lo demuestra Marx, logra aplicar, en forma aunque sólo fuere un poco pertinente, las leyes que había llegado a entender. Su esfuerzo por reducir todos los fenómenos a la base, al punto de partida —el valor— culminan, debido a las insuficiencias y los vicios de su método metafísico, en la confusión, en la identificación de

(9) C. Marx, *El Capital* (Historia crítica de la teoría de la plusvalía), t. IV, pág. 228, Ed. cit.
(10) Ibíd.

las conexiones internas y externas. Así es como luego de haber comprobado por ejemplo que el precio de producción no coincide con el valor, extrae la conclusión —muy en el espíritu de Smith— de que el valor es determinado no sólo por el trabajo, sino también por el salario. No entiende por qué las mercancías que deben ser bonificadas durante cierto tiempo (vinos, cigarros, etc.), se vendan a precios que no corresponden al trabajo empleado en ellas. Estos hechos lo incitan a llegar a la conclusión de que la ley del valor no tiene alcance general, de que su acción es limitada por factores tales como la importancia del capital utilizado, el período de circulación del capital, etc.

No es casual que los economistas vulgares hayan explotado luego los errores del método de Ricardo y las conclusiones que de él emanaban. Si hay muchos hechos, dicen, que no se explican por la ley del valor, ello es porque dicha ley es falsa; el valor, por lo tanto, es un mito imaginario, o bien es engendrado en el proceso de intercambio y no en el de la producción; es determinado, no por el trabajo, sino por "servicios" recíprocos, o por algo similar.

Así, a partir de las primeras escuelas de la economía política burguesa, el progreso, como lo demuestra Marx, va desde el registro y la catalogación de las conexiones externas, superficiales (mercantilistas), al conocimiento de las conexiones internas, necesarias (Petty, los fisiócratas, Smith, Ricardo). Smith y Ricardo señalan el punto culminante en esa progresión. Pero todavía estaban muy lejos estos representantes avanzados de la teoría económica burguesa, de descubrir las leyes y las correlaciones más profundas del modo capitalista de producción. La prueba de ello consiste en su impotencia para encontrar *la clave* de los problemas planteados por ese método de producción, es decir, para elaborar la *teoría de la plusvalía*. Debido a ello, fueron incapaces de poner al desnudo las correlaciones fundamentales de la producción y el intercambio en la sociedad burguesa.

Marx analiza con entera probidad científica, en las obras de los economistas burgueses, los elementos de la teoría de la plusvalía.

Pero sea cual fuere el valor de estos últimos, hay algo que no deja duda alguna: la plusvalía no era para esos economistas la piedra angular de la economía política, como para Marx, cosa que les impidió descubrir la "fisiología interna" de la sociedad burguesa. Ricardo no supo superar la contradicción entre el hecho de que el valor es determinado por el tiempo de trabajo (el trabajo vivo crea la plusvalía), y el hecho de que el obrero, conforme a la ley del valor, debe recibir el "valor" de su trabajo. En ese terreno fracasó la escuela de Ricardo.

Engels compara los gérmenes de la teoría de la plusvalía en los economistas burgueses y la teoría de la plusvalía en Marx. La diferencia es más o menos la misma que existe entre los químicos que descubrieron el oxígeno, pero que no entendieron su importancia y continuaron creyendo en el flogisto, y los sabios que supieron aprehender el alcance de dicho descubrimiento y extraer las conclusiones adecuadas. Por eso, dice Engels, los verdaderos autores de ese descubrimiento son los que entendieron su alcance, y no los que tuvieron de él una intuición confusa. Utilizando dicha analogía, Engels escribe en el prefacio al libro segundo de *El Capital*:

"Vio que aquí no se trataba de aire deflogistizado ni de aire ígneo, sino de oxígeno; que no se trataba de la simple comprobación de un hecho económico corriente, ni del conflicto de este hecho con la eterna justicia y la verdadera moral, sino de un hecho que estaba llamado a revolucionar toda la economía y que daba —a quien supiera interpretarlo— la clave para comprender toda la producción capitalista."[11]

La teoría económica de Smith y Ricardo fue la culminación, el "techo", si así puede decirse, que alcanzó la economía política burguesa en el estudio de las correlaciones internas y necesarias del modo capitalista de producción. Si ese "techo" fue insuficiente, ello se explica, tanto por la falta de desarrollo de relaciones capitalistas en esa época, como por la estrechez burguesa de las concepciones de dichos economistas. Despues de ellos comienza la era de la economía burguesa vulgar,

---

(11) C. Marx, *El Capital,* t. II, pág. 19, Ed. cit.

cuyos representantes sólo viven desde entonces para defender abiertamente el régimen capitalista.

Entre los economistas del período que siguió, Marx distingue al "gran sabio y crítico ruso" N. Chernishevski que, según él, explicó en forma magistral el fracaso de la economía política burguesa y realizó investigaciones económicas originales. Pudo hacerlas porque se había fijado como objetivo el de crear una economía política nueva, la de los trabajadores.

Despreciaba profundamente a los economistas vulgares que, de manera deliberada, ponían en primer plano las conexiones externas y superficiales y eliminaban las relaciones esenciales. En lo que respecta al método de éstos, escribía con ingenio:

"¿Qué decir para terminar? ¿Es necesario extraer una conclusión? Según See, la ciencia no extrae conclusiones, no da incluso consejo alguno, sino que sólo describe los hechos, al estilo de nuestros antiguos y venerados cronistas, es decir, sin ningún sentido: 'Se batieron los de Suzdal y los de Novgorod, y huyeron porque así lo quiso Dios.' ¿Quién huyó? ¿Los de Suzdal o los de Novgorod? Adivinadlo, y no preguntéis quién ganó la batalla; 'Dios lo ha querido', y todo comentario es superfluo."(12)

Chernishevski comprendía a la perfección las razones de clase del terror que inspiraba a los economistas vulgares el descubrimiento de las leyes del capitalismo. Al hablar de los franceses, hacía notar que el economista de hoy no puede escribir una sola letra sin pensar con espanto en el comunismo.

En cuanto a él, se esforzó por descubrir las correlaciones internas necesarias, las leyes del capitalismo. Aprovechó los mejores aspectos de la economía política clásica, pero la superó en la comprensión de las relaciones de clase de la sociedad burguesa. Captó el carácter transitorio de esas relaciones, y señaló varias leyes objetivas que conducen a la caída del capitalismo. Pero debido a las condiciones históricas de su tiem-

---

(12) N. Chernishevski, *Obras Completas,* t. IX, pág. 402. Ed. rusa, Moscú, 1949.

po y a las limitaciones de su concepción del mundo, no supo, a pesar de su genio, examinar y entender las conexiones internas del capitalismo en toda su profundidad, ni interpretar de manera científica las leyes del modo capitalista de producción. Este mérito pertenece a Marx, el gran pensador del proletariado.

II

El Capital es un modelo clásico de análisis de las correlaciones internas, de las relaciones necesarias entre los hechos sociales.

Marx explica con claridad qué entiende por correlaciones internas, por noción de ley. Se trata, en resumen, de conceptos idénticos. La ley expresa las conexiones internas y esenciales de los fenómenos. En relación con la tendencia decreciente de la cuota de las ganancias, define la ley como la "...conexión íntima y necesaria entre dos cosas..."[13]

No toda vinculación entre los fenómenos es esencial. Marx habla siempre de conexiones internas, necesarias. Es lógico, ya que la correlación puede tener sólo un carácter puramente externo. Por ejemplo, es indudable que existe una conexión entre el capital y el interés, entre la tierra y la renta. El capital puede producir interés, y la posesión de la tierra, renta. Ahí existe, sin duda una "conexión", pero, lejos de explicar las causas reales de estos fenómenos, dicha conexión las oscurece. En el capítulo intitulado *La fórmula trinitaria,* del libro III de *El Capital,* notable y sumamente importante para entender el método de Marx, éste critica la famosa fórmula de los economistas vulgares: capital-interés, tierra-renta, trabajo-salario. Desde el punto de vista de los celosos apologistas del capitalismo, esta fórmula expresa el vínculo entre las fuentes de ingreso. Se considera al capital como la fuente del interés, a la tierra como

(13) C. Marx, *El Capital,* t. III, pág. 214, Ed. cit.

la de la renta y al trabajo como la del salario. Las primeras son las causas, los segundos son los efectos.

Marx muestra el verdadero valor de estas "conexiones". Demuestra, antes que nada, que el capital, la tierra, el trabajo (según la concepción de los economistas vulgares, el trabajo en general, separado de toda forma social), "presuntas fuentes de riqueza", no tiene entre sí vinculación real alguna. El capital no es una cosa, sino una relación de producción, una relación social determinada. La tierra, por el contrario, no es una relación social, sino la naturaleza inorgánica. El valor está determinado por la cantidad de trabajo materializado en la mercancía. Por lo tanto la plusvalía no puede ser un producto de la tierra, un don de la naturaleza.

Así, dice Marx, lo que es correlativo para los economistas vulgares está desprovisto en la realidad de toda conexión interna, y estos fenómenos no tienen más relaciones entre sí que las que tendrían, "por ejemplo, los derechos notariales, la remolacha roja y la música".

Fenómenos como la renta y la tierra no están vinculados por una relación de causa y efecto; por lo tanto, no existe entre ellos conexión *interna* alguna, ni puede existir.

"¿Cómo puede la tierra crear un valor, es decir, crear una cantidad socialmente determinada de trabajo, e incluso la parte especial de valor de su propio producto que constituye la renta? La tierra actúa como agente de producción en la creación de un valor de uso, de un producto material, del trigo por ejemplo. Pero no tiene nada que ver con la producción del *valor del trigo*. En la medida en que el trigo representa valor, sólo se le considera como una determinada cantidad de trabajo social materializado, sin que interesen en lo más mínimo la materia especial en que este trabajo se materialice ni el valor especial de uso de esta materia."(14)

De esto surge que Marx entiende por conexiones *internas* una relación entre dos o más fenómenos, uno de los cuales son *las causas* y los otros son *los efectos* necesarios. Tal, por

(14) C. Marx, *El Capital*, t. III, pág. 693, Ed. cit.

ejemplo, el vínculo existente entre el trabajo del obrero, fuente de plusvalía, y las diversas especies de riquezas capitalistas: la ganancia, la renta, el interés, etc. Ahí existe verdaderamente una *correlación interna,* porque sin explotación del obrero, sin el trabajo del obrero que crea la plusvalía, no hay ni puede haber ganancia, ni renta, ni interés, ya que éstos no representan otra cosa que variedades, formas concretas de la plusvalía. En esta conexión, uno de los fenómenos interviene de manera real como causa y el otro como efecto. Su relación no es fortuita, sino *necesaria.* Es preciso señalarlo, porque todo azar, toda relación fortuita entre los fenómenos tiene también su causa, pero se cometería uno de los más groseros errores si se confundiesen los vínculos fortuitos con correlaciones internas y necesarias.

El error de los fisiócratas, por ejemplo, consiste en que establecieron una relación necesaria entre el trabajo *agrícola* y la plusvalía, las rentas. En realidad, ese vínculo no es necesario ni esencial porque el trabajo puede no ser agrícola; el trabajo puede ser el del zapatero, el del joyero o el del artista explotado por el capitalista, y en todos estos casos también existirá producción de plusvalía. El vínculo entre una especie concreta de trabajo y la plusvalía es puramente externo, y en modo alguno necesario. Para Marx lo que interesa es arrojar luz sobre la conexión interna necesaria, y tal conexión sólo existe entre el trabajo *abstracto,* es decir, entre el gasto de fuerza de trabajo humano en el sentido fisiológico del término, independientemente de su forma concreta, y la plusvalía. Este es el efecto, el resultado del gasto de trabajo abstracto, y no del trabajo del agricultor o del zapatero en particular.[15] De ahí la importante distinción entre el trabajo que conserva o traslada al nuevo producto el valor de los medios de producción y

(15) Cosa que, por supuesto, no quiere decir que al analizar el modo de producción capitalista se pueda hacer caso omiso del aspecto concreto del trabajo. Es evidente que hay que tener en cuenta el doble carácter del trabajo, porque es la expresión profunda de las contradicciones existentes entre la producción mercantil simple y la producción mercantil capitalista.

el trabajo que crea un valor nuevo. El primero sólo es posible gracias al carácter concreto del trabajo, el segundo gracias al trabajo abstracto.

Una de las causas principales de la confusión que reina en la economía política anterior a Marx es la de que es incapaz de distinguir el trabajo abstracto del trabajo concreto, de entender el carácter específico del trabajo que crea el valor; y la de que confunde valor con valor de uso. De ahí su impotencia para distinguir la categoría de la plusvalía, independientemente de sus formas particulares, y la confusión de la plusvalía con una de sus formas particulares, etc.

Marx consideraba su análisis del doble carácter del trabajo como el punto de partida de la economía política.

Se ve, pues, que para Marx toda vinculación de causa y efecto no es una conexión interna, esencial. La correlación interna es al mismo tiempo *necesaria*. La ley expresa la conexión interna y necesaria de los fenómenos.

Lo fundamental en el análisis hecho por Marx respecto de las leyes sociales es que las encara como leyes objetivas, es decir, existentes y actuantes de manera independiente de la voluntad y de la conciencia humanas. Se pueden descubrir estas leyes, dice Marx, pero no es posible derogarlas por decreto. Incluso aunque la sociedad conozca la ley natural de su desarrollo, no puede quemar las etapas de la misma y tampoco suprimirlas en forma arbitraria.

Marx se declara de acuerdo con el economista ruso Kaufmann, autor de un informe sobre *El Capital*:

"Marx concibe el movimiento social como un proceso histórico-natural regido por leyes que no sólo son independientes de la voluntad, la conciencia y la intención de los hombres, sino que además determinan su voluntad, conciencia e intenciones..."[16]

Marx partía de la concepción materialista de la ley considerada como inherente a la naturaleza y a la sociedad misma.

---

(16) Véase la cita completa en *El Capital*, t. I, pág. 13, Ed. cit.

De ahí la oposición radical entre el método marxista de análisis de las conexiones internas y la forma hegeliana de encarar este problema.

Por ejemplo, en su *Ciencia de la lógica,* Hegel busca también una conexión interna, pero lo que interesa al idealista alemán es la conexión lógica de las categorías y los conceptos puramente especulativos, y no la correlación de los hechos *objetivos.* El método de Hegel, indica Engels, comparándolo con el de Marx, era "...esencialmente idealista, y aquí se trataba de desarrollar una concepción del mundo más materialista que todas las anteriores. Aquel método arrancaba del pensar puro, y aquí había que partir de los hechos más tenaces. Un método que, según su propia confesión, 'partía de la nada, para llegar a la nada, a través de la nada', era de todos modos impropio bajo esta forma".(17)

Contrariamente a Hegel, Marx examina la conexión interna de los "hechos empecinados", y desprende de ellos las leyes objetivas del modo capitalista de producción. No es el pensamiento, no es una idea preconcebida lo que vincula los fenómenos entre sí, sino que su conexión objetiva se traduce en las leyes que descubre la ciencia.

Además, la ley objetiva no es otra cosa que el vínculo de causa a efecto, la correlación en la que ciertos fenómenos engendran necesariamente otros, en la que un grado de desarrollo condiciona necesariamente otro grado. La ley es la forma bajo la cual esas conexiones internas actúan, se realizan. Como la ley es el vínculo interno, esencial, de los fenómenos, ella determina el desarrollo de los fenómenos, que transcurre con una necesidad natural, y rige los procesos de la naturaleza y de la sociedad. La esencia de la ley del valor, como lo demuestra Marx, reside en las conexiones internas de la producción mercantil. En una carta a Kugelmann del 11 de julio de 1868, señala que una nación moriría de hambre si dejase de trabajar, no un año, sino sólo algunas semanas. Una cantidad de trabajo

(17) F. Engels, "La *Contribución a la crítica de la economía política* de C. Marx", en Marx/Engels, *Obras Escogidas,* t. I, pág. 341, Ed. Lenguas Extranjeras, Moscú, 1951.

social es exigible para producir una cantidad determinada de productos. Ese trabajo debe ser repartido en proporciones determinadas. "El que no pueda eliminarse esta necesidad de distribuir el trabajo social en proporciones definidas mediante la *forma particular* de la producción social, sino que sólo pueda cambiar la *forma que toma,* es evidente. No se puede eliminar ninguna ley natural. Lo que puede cambiar con el cambio de circunstancias históricas, es la *forma* en que operan estas leyes."(18)

Así, por lo tanto, la división proporcional del trabajo para la producción de una cantidad correspondiente de bienes es una ley objetiva de la sociedad. Esta ley expresa una conexión necesaria entre las diversas ramas del trabajo; si se viola dicha correlación, si el trabajo se concentra en una rama cualquiera de la producción y las otras ramas no reciben una cantidad correspondiente de trabajo, en otros términos, si la conexión interna, necesaria, entre las diversas ramas de la producción se quiebra, la sociedad ya no puede existir. Y como las leyes objetivas no pueden ser suprimidas, la necesidad de una distribución apropiada del trabajo social se afirmará y se manifestará de una manera o de otra.

En una sociedad en la que domina la propiedad privada, la estructura del trabajo social sólo puede realizarse por medio del intercambio de los productos individuales del trabajo. En estas condiciones el producto se convierte en mercancía y una mercancía puede cambiarse por otra, siendo la una y la otra portadoras de valor. En semejante sociedad, la ley general de la distribución del trabajo en ciertas proporciones, ley inherente a toda formación social, adquiere la forma de la ley del valor.

"Y la forma en que opera esa división proporcional del trabajo en un estado de la sociedad en que la interconexión del trabajo social se manifiesta en el *intercambio privado* de cada

(18) C. Marx y F. Engels, *Correspondencia,* pág. 169, Ed. cit.

uno de los productos del trabajo, es precisamente el *valor de cambio* de esos productos."(19)

De ello se sigue que la ley del valor expresa las conexiones esenciales y específicas existentes entre los productores de mercancías, cuando reina la anarquía de la producción y cada uno produce a su modo, sin tener en cuenta las necesidades de la sociedad en su conjunto, y cuando, en consecuencia, la distribución de todo el trabajo social se produce sólo bajo la acción del mecanismo espontáneo del intercambio de mercancías. Si el trabajo se concentra en una rama de la economía a expensas de otras ramas de importancia vital, la cantidad de mercancías que la primera produce supera la demanda y su precio se establece por debajo de su valor; este perjuicio tiene por efecto un traslado del trabajo a otras ramas más ventajosas, cosa que restablece en la distribución del trabajo la conexión necesaria.

Así, la ley del valor, ley objetiva, independiente de la voluntad y la conciencia de los hombres, rige los procesos que se cumplen en el seno de la producción mercantil basada en la propiedad privada de los medios de producción. Esta ley determina con una necesidad férrea el conjunto del desarrollo de la producción y de la circulación mercantiles conduciendo en cierta etapa a la transformación de la producción mercantil simple en producción capitalista, con todas las consecuencias que de ello se desprenden.

Marx estima que es imposible explicar en forma científica los fenómenos si no se descubren sus leyes objetivas. Los hechos más embrollados pueden ser entendidos cuando se conocen sus conexiones internas. El mérito de Marx consiste en que descubrió las leyes económicas objetivas del capitalismo y explicó así los fenómenos más complejos de la producción y del intercambio burgueses.

A la vez que subraya la objetividad de las leyes, su independencia de la voluntad y de la conciencia de los hombres, la imposibilidad de "derogarlas" de manera arbitraria, Marx no disminuye de manera alguna el papel del conoci-

(19) C. Marx y F. Engels, *Correspondencia*, pág. 169, Ed. cit.

miento de esas leyes y el alcance de la actividad consciente de los hombres. Por una parte, la sociedad no puede quemar las etapas naturales del desarrollo determinado por las leyes objetivas; en ese sentido, los actos y el comportamiento de los hombres son dictados por las condiciones de su vida, por las leyes de una formación económica y social dadas. Por otra parte, gracias al conocimiento de las leyes objetivas, la sociedad puede reducir y atenuar los dolores del parto, dicho de otra manera, actuando de acuerdo con dichas leyes, puede acelerar la evolución y ayudar a la necesidad histórica a realizarse en los hechos. La teoría económica de Marx está tan lejos como el cielo de la tierra de todo elemento de fatalismo, de pasividad; no encierra el menor desprecio hacia la actividad revolucionaria y creadora de las masas.

Si Marx emprendió el gigantesco trabajo de la redacción de *El Capital,* lo hizo para ayudar al proletariado y a su partido político a conocer las leyes objetivas del capitalismo y a organizar su actividad revolucionaria práctica de acuerdo con dichas leyes.

El conocimiento de la estructura interna del modo capitalista de producción asesta ya, por sí solo, un poderoso golpe al régimen burgués, porque demuestra el carácter transitorio de ese régimen y su caída inevitable.

"Cuando se aprehende la interconexión —escribía Marx a Kugelmann—, toda creencia teórica en la necesidad permanente de las condiciones existentes se derrumba antes de que se produzca su colapso práctico."[20]

Los ideólogos de la burguesía tratan de encubrir las relaciones reales a fin de —como dice Marx— eternizar esta confusión absurda y desarmar la conciencia de la clase obrera, y así privar al proletariado del conocimiento de los medios de lucha contra la dominación de la burguesía.

"¿Y para qué otro fin se les paga a esos charlatanes ser-

(20) C. Marx y F. Engels, *Correspondencia,* pág. 170, Ed. cit.

viles, que no saben proclamar otra cosa científica como no sea la de que en economía política no se debe pensar?"[21]

Estas palabras son siempre actuales para caracterizar a los economistas burgueses y a los ideólogos de los socialistas de derecha, que hacen todo lo posible para disimular y deformar las relaciones internas y las leyes del capitalismo, para sembrar dudas en la conciencia de los trabajadores.

La "fórmula trinitaria" de los economistas vulgares, criticada por Marx, está muy difundida en la economía política burguesa de la época del imperialismo. Por ejemplo, uno de los representantes de la escuela denominada anglo-norteamericana, J. B. Clark, apoya su teoría sobre esa fórmula. Esboza un cuadro idílico de la sociedad burguesa, y sostiene que el capitalismo "entrega a cada factor de producción la suma de la riqueza que ese factor crea". Dicho de otro modo, los obreros recibirían el pago integral del producto de su trabajo, el capitalista recibiría las ganancias correspondientes al producto engendrado por el capital, etc. "A cada uno según lo que ha creado", tal es la nueva expresión para las viejas fórmulas de los apologistas del régimen capitalista. En verdad eso es disimular de una manera simplista la conexión interna de las diversas variedades de los ingresos capitalistas, de su fuente real, la explotación de los proletarios.

Clark no oculta que esto es necesario para demostrar "la legitimidad" del régimen capitalista. Si se demuestra, declara, que los obreros reciben el pago íntegro de su trabajo, entonces "no tendrán razón alguna de querer luchar por la revolución social. Pero si resulta que producen una gran suma y sólo reciben una parte de ella, muchos de ellos se convertirán en revolucionarios..."

Lo mismo sucede con otros economistas burgueses actuales. Por supuesto, les resulta más difícil salir lo mejor parado del asunto, porque la crisis general del capitalismo ha puesto al desnudo, en grado jamás alcanzado hasta ahora, la descomposición del imperialismo.

(21) C. Marx y F. Engels, *Correspondencia,* pág. 170, Ed. cit.

En nuestros días no es fácil pintar al capitalismo con colores idílicos; es imposible dejar pasar en silencio las crisis, la desocupación, etc. Pero se siguen efectuando esfuerzos para justificar ese régimen y disimular sus leyes objetivas.

Se sustituyen las leyes objetivas reales que rigen el desarrollo económico por todo tipo de leyes "psicológicas", ideas, principios morales, a los que se hace pasar por el motor de la sociedad.

El economista inglés Keynes, tan de moda actualmente, llega hasta a hacer depender las crisis económicas y los otros acontecimientos molestos para la burguesía, del "estado de salud" de los capitalistas, del optimismo de los empresarios. Pide que no se quiebre "el delicado equilibrio" de ese optimismo, porque el curso del desarrollo económico, por ejemplo el monto de las inversiones, depende de ello en muy grande medida

"En la apreciación de las perspectivas de las inversiones —declara—, debemos por lo tanto tener en cuenta los nervios, la tendencia a la histeria y aun la indigestión y la reacción ante los cambios del tiempo entre aquellos cuya actividad espontánea determina lo esencial en esas perspectivas."

Conviene hacer notar que "el equilibrio optimista" de los capitalistas está a su vez en relación, en Keynes, con hechos económicos más reales. El economista inglés llega al punto de considerar, por ejemplo, la cuota del interés como la causa principal de la desocupación y las crisis. Una cuota elevada de intereses no incita a los empresarios a convertir sus reservas en inversiones, quiebra su "delicado equilibrio", perturba su humor y trastorna sus planes futuros. A su vez, la insuficiencia de las inversiones, resultado del mal humor, reduce la demanda total de la sociedad, cosa que conduce a un "subempleo", expresión de la que se sirven los economistas burgueses para designar la desocupación, las crisis económicas, etc.

De ello se infiere que basta con reglamentar las cuotas de interés para que desaparezcan todos los males del capitalismo y para que el paraíso reine sobre la tierra. Así, el ideólogo burgués, inventando "conexiones", se esfuerza por enmascarar las leyes reales del modo capitalista de producción.

Toda esta ficción queda reducida a la nada por el solo hecho, esclarecido por Marx, de que a medida que el capitalismo se desarrolla, la cuota de los intereses tiene tendencia, no a aumentar, sino a disminuir. El movimiento real confirma plenamente esta tesis. Ello no obstante, lejos de desaparecer, la desocupación y las crisis se manifiestan cada vez con mayor agudeza.

Como es natural, la teoría del economista vulgar Keynes y de sus similares no se dirige sólo a desnaturalizar las leyes y las correlaciones reales entre los hechos. So capa de la lucha contra el "subempleo" para la "reglamentación de la demanda y de las inversiones de capitales", Keynes y consortes defienden los intereses del capital monopolista. Su "capitalismo reglamentado" no es otra cosa que la apología del capitalismo de Estado, susceptible de garantizar los máximos beneficios a un puñado de magnates.

El propio Keynes admite que el mejor modo de asegurar una "demanda efectiva" es, en fin de cuentas, la guerra.

Algunos socialistas de derecha han predicado una verdadera cruzada contra el principio materialista del determinismo en la ciencia, es decir, contra el reconocimiento de las relaciones causales y de la interdependencia de los fenómenos. Es característico que muchos de ellos, así como otros ideólogos burgueses, se ingenien en demostrar que el principio de causalidad y de determinismo es inaplicable a la política y a la ciencia social. Con ese objetivo se recurre a la física contemporánea. Basándonos en la teoría de los idealistas "físicos" Bohr, Heisenberg y otros, proclaman que el principio de causalidad ha fracasado en política lo mismo que en física, interpretado por estos últimos bajo el ángulo idealista. La política, dicen, tiene que contar con numerosos factores, que no se dejan definir con exactitud por las leyes de la causalidad.

Por medio de estas referencias seudocientíficas se llega a la conclusión de que los resultados más recientes de las ciencias naturales dejan el camino abierto a una explicación espiritualista, religiosa, de la naturaleza; que para conocer la vida social es preciso analizar los "valores morales" y renunciar a explicar de manera racional las relaciones objetivas de causalidad entre los fenómenos.

Los laboristas de derecha adoptan sin reservas las teorías de Keynes. Sus propias concepciones económicas son una mezcolanza de teorías antiguas y nuevas de los economistas vulgares, sazonadas con una fuerte dosis de demagogia social. La negación de las leyes objetivas y la "psicologización" de la vida económica constituyen algunas de las características de su "economía política".

Desde este punto de vista, la crítica marxista de la antigua economía vulgar sigue siendo plenamente válida: golpea a los actuales defensores del capitalismo con la misma fuerza con que golpeó a sus predecesores.

Para el marxismo, el conocimiento de las conexiones internas y de las leyes no es un objetivo en sí, sino un poderoso medio del proletariado para la transformación revolucionaria del mundo. La destrucción de la "fe teórica" en la necesidad permanente del orden existente es seguida de la lucha práctica para destruir este mismo orden.

Todo *El Capital*, de la primera a la última línea, es testimonio del grandioso papel de la lucha consciente y organizada del proletariado contra la esclavitud y el yugo del capital, lucha que será inevitablemente coronada por la victoria completa de la clase obrera sobre la burguesía.

III

A la vez que descubre las leyes objetivas de los fenómenos, Marx muestra cómo actúan dichas leyes, cómo se encadenan las causas y los efectos, cómo la conexión y la interacción condicionan el paso necesario de un grado de desarrollo a otro.

Marx concibe "*...el desarrollo de la formación económica de la sociedad como un proceso histórico-natural...*"(22)

¿Pero qué significa para Marx considerar el movimiento social como un "proceso histórico-natural"? Significa buscar

(22) C. Marx, *El Capital,* t. I, pág. 7, Ed. cit.

la conexión interna y necesaria de los fenómenos objetivos, observar el condicionamiento de ciertos hechos, por otros, de manera independiente de la voluntad de los hombres, la transición regular de una etapa del desarrollo a otra. Con esta idea Marx subraya el hecho de que en la sociedad, lo mismo que en la naturaleza, los procesos son determinados por leyes objetivas.

A diferencia de la acción de las leyes de la naturaleza, las cosas se tornan más complejas en la vida social en la que los hombres actúan, se fijan objetivos definidos; en la que el movimiento adquiere el aspecto de actos y comportamientos humanos. Pero el movimiento social no deja por ello de ser un proceso histórico-natural. Adquiere ese carácter porque las condiciones de la vida material, el modo de producción son el motor decisivo de la sociedad. Los hombres no eligen el modo de producción "según sus deseos", sino que el modo de producción existente es el que determina los múltiples aspectos de un régimen social determinado, incluida en éste la conciencia social de los individuos. La comunidad primitiva, por ejemplo, no fue el resultado de una elección consciente, sino el efecto necesario de las relaciones internas y determinadas entre el nivel de las fuerzas productivas, que es la causa, y la forma de la vida social, que es la consecuencia. Toda causa implica el efecto correspondiente. El cambio de las condiciones, la desaparición de ciertas causas y la aparición de otras, engendran necesariamente nuevos efectos. La modificación del nivel de las fuerzas productivas de la sociedad primitiva y el aumento de la productividad del trabajo dieron nacimiento a nuevos resultados: la división social del trabajo, la propiedad privada basada en ella, la división en clases opuestas, en una sociedad que hasta entonces carecía de clases. La comunidad primitiva dejó así su lugar a la sociedad esclavista. Este paso se realizó como un *proceso histórico natural.*

En ese sentido Marx considera la evolución de las formaciones económicas y sociales como un proceso histórico-natural. Ese desarrollo se basa en la conexión necesaria de las causas y de sus efectos, en su acción recíproca, que condiciona el paso

determinado de un grado a otro. Ese aspecto de la dialéctica objetiva es el que subraya Lenin en su estudio *Carlos Marx,* al indicar que la vinculación de los fenómenos constituye el proceso único y regular del movimiento.

Precisamente en ese sentido ofrece *El Capital* un análisis profundo de una formación social y económica. Paso a paso, Marx elabora la lógica objetiva de las conexiones y de las interdependencias del modo capitalista de producción, la manera en que los hechos, los grados y las formas del desarrollo se condicionan, y muestra a dónde lleva esa lógica objetiva, cuál es su culminación inevitable. Vemos desarrollarse ante nosotros un grandioso cuadro cuyas partes y elementos están indisolublemente vinculados entre sí, se condicionan en forma recíproca. Y es imposible rechazar nada de ese cuadro sin violar la lógica viva de las cosas.

Marx analiza en primer lugar la circulación y la producción mercantiles simples, y demuestra que sirven como etapa preparatoria para la aparición del modo capitalista de producción. El dinero, indica, es el producto final de la circulación mercantil, y constituye al mismo tiempo la forma inicial de expresión del capital. No se puede entender la producción capitalista de la mercancía sin analizar de antemano la circulación y la producción simples de mercancías. Éstas forman las condiciones previas de aquéllas. Su vinculación constituye el paso de la segunda hacia la primera.

Después de haber examinado el capital como efecto determinado de los procesos que actúan en el marco de la circulación mercantil simple, como resultado de la acción de la ley del valor, Marx pone al desnudo la naturaleza del modo capitalista de producción. El eje de toda la sociedad burguesa es la producción de la plusvalía. Si no se tiene en cuenta esto, no se entenderá nada de esta sociedad, de las relaciones de clase bajo el capitalismo.

Marx demuestra con lógica implacable las consecuencias que se desprenden de la ley fundamental del modo burgués de producción, la ley de la plusvalía. "La producción de plusvalía —hace notar Marx—, la fabricación de ganancia, es la ley ab-

soluta de este sistema de producción."[23] Después de haber arrojado luz sobre la esencia del capital, vincula a dicha esencia el conjunto de la producción y de la circulación capitalistas.

Sólo gracias a la explotación de los obreros es posible la plusvalía, cuyo mecanismo ha sido descubierto por el genio de Marx. En la primera parte de su jornada de trabajo, el obrero crea un producto que compensa el valor de la fuerza de trabajo que el capitalista ha adelantado. Pero éste obliga al obrero a trabajar más, y, en el transcurso del tiempo suplementario, a crear un sobreproducto no pagado, es decir, la plusvalía. La insaciable sed de ganancias obliga al capitalista a prolongar la jornada de trabajo de sus esclavos asalariados. Entonces comienza una lucha encarnizada entre el obrero y el capitalista. Pero la jornada de trabajo tiene sus límites. La resistencia opuesta por el proletariado empuja a los capitalistas a buscar otros caminos para aumentar la plusvalía. Así aparece una plusvalía relativa, debida, no a la prolongación de la jornada de trabajo, sino a la elevación del rendimiento, a la reducción del tiempo de trabajo que necesita el obrero para reproducir el valor de su fuerza de trabajo.

La cooperación capitalista, la manufactura y, finalmente, la gran industria mecanizada constituyen los medios y las etapas históricas de la elevación de la productividad de la fuerza de trabajo. De ello resulta una modificación de la relación existente entre el tiempo de trabajo necesario y el tiempo de trabajo suplementario en favor de este último.

Pero la sed de plusvalía y la explotación siempre creciente de la clase obrera y de los otros trabajadores implican necesariamente nuevas consecuencias. La elevación de la productividad del trabajo y los progresos de la técnica son causas del aumento de la composición orgánica del capital, cosa que provoca una disminución relativa de la parte de capital variable y un aumento del capital constante, lo que da una tendencia al descenso de la ganancia. Para compensar esto último, los capitalistas amplían la producción, perfeccionan la técnica, aumen-

(23) C. Marx, *El Capital,* t. I, pág. 498, Ed. cit.

tan la cantidad de mercancías producidas. Estos procesos objetivos, independientes de la voluntad de los hombres y de su conciencia, producen resultados determinados: la centralización y la concentración del capital y de la producción capitalista progresan con rapidez. Los pequeños y medianos capitalistas no resisten la competencia desencadenada, y se arruinan. Todas las riquezas de la sociedad burguesa se concentran en manos de unos pocos grandes magnates. Se observa un gigantesco proceso de socialización del trabajo, la producción se torna cada vez más social. Pero ese carácter de la producción entra en flagrante contradicción con la apropiación capitalista privada. La centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo crean las premisas materiales del nacimiento de un nuevo régimen social, superior: el socialismo.

A consecuencia del encadenamiento y de la acción recíproca de causas y efectos, este proceso engendra las premisas subjetivas necesarias con la misma lógica implacable con que ha creado las premisas materiales objetivas de la caída del capitalismo y de la victoria del socialismo. En la persona del proletariado, el capitalismo forja, con todo su mecanismo, esa fuerza revolucionaria cuya misión histórica consiste en destruir la sociedad burguesa y construir una nueva sociedad socialista.

Así, en su análisis del capital, Marx estudia los hechos reales, sus relaciones y su conexión objetiva. Al observar estas relaciones, al demostrar que causas objetivas determinadas producen efectos determinados, que a su vez se convierten en causas que engendran nuevos efectos, y así sucesivamente, Marx pone al desnudo toda la cadena de los fenómenos de la producción y de la circulación capitalistas, llevando su análisis hasta el último eslabón, después del cual comienza la vida de un nuevo organismo social.

Empieza por examinar una forma aislada del valor, forma elemental y accidental de relación entre los hombres, cuando el intercambio no se ha desarrollado aún; establece luego que con la evolución del cambio esta relación entre productores de mercancías se torna cada vez más estrecha. La forma desarrollada y general del valor expresa una relación más estrecha entre los productores, y esta relación reúne el conjunto de la vida

económica en un todo, cuando aparece la forma primera del valor.

V. I. Lenin escribió, a propósito de este análisis de las correlaciones de la producción mercantil simple y de la producción capitalista:

"El cambio de mercancías expresa el lazo establecido por mediación del mercado entre los productores aislados. El *dinero* indica que este lazo se hace más estrecho, uniendo indisolublemente en un todo la vida económica de los productores aislados. *El capital* significa el desarrollo ulterior de este lazo: la fuerza de trabajo del hombre se convierte en una mercancía".(24)

La sociedad capitalista desarrolla y profundiza, muchísimo más que las formaciones anteriores, la división social del trabajo, ramifica el proceso único de la producción y de la circulación en numerosas ramas independientes, pero estrechamente vinculadas entre sí, que se condicionan de manera recíproca y que dependen la una de la otra. En las etapas superiores de su evolución el capitalismo convierte al conjunto de la sociedad en un solo organismo económico cuyas relaciones están estrechamente entrelazadas. Marx descubre el carácter específico de estas relaciones en el reino de la propiedad privada de los medios de producción. Descubre el conflicto más profundo entre un organismo económico en definitiva único, que exige el inventario metódico de las vinculaciones y de las relaciones recíprocas de todas sus partes, y el dominio de la propiedad capitalista privada, incompatible con semejante inventario. Este conflicto, que expresa la contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, aumenta la anarquía de la producción propia del capitalismo y exige el reemplazo por el socialismo de ese régimen desde entonces prescrito. *El Capital* demuestra, como se verá más adelante, el carácter transitorio de las leyes del capitalismo, de las formas en que se manifiestan en la sociedad burguesa las leyes del desarrollo so-

(24) V. Lenin, "Tres fuentes y tres partes integrantes del marxismo", en *Marx, Engels, marxismo,* pág. 68, Ed. Lenguas Extranjeras, Moscú, 1948.

cial, y Marx expresa profundos pensamientos en relación con las nuevas formas de las leyes objetivas, vinculadas a la victoria del socialismo.

IV

El análisis de la compleja red de correlaciones de la producción y de la circulación burguesas presenta un enorme interés desde el punto de vista del método. Marx no comienza por examinar el "todo", porque es imposible estudiar desde el comienzo el conjunto de las relaciones de la producción y de la circulación capitalistas. Elige *ciertos aspectos,* los separa del todo, y sólo al final de la investigación reproduce el conjunto de las relaciones y de las mediaciones.

Así es como en el libro I Marx estudia el proceso de producción del capital separado de sus vínculos con los otros aspectos del modo capitalista de producción. Aísla provisoriamente el análisis del proceso de producción, al que separa del proceso de circulación, sin el cual el primero es prácticamente imposible. Él mismo indica que el único acto de la esfera de la circulación en que se ha detenido es el de la compra y la venta de la fuerza del trabajo, condición fundamental de la producción capitalista.

Esta ruptura de los vínculos vivos de los fenómenos, este examen aislado de un aspecto determinado fuera de sus relaciones con otros aspectos del todo, es, en efecto, indispensable, no, por supuesto, para deformar el cuadro objetivo, sino para conocerlo más a fondo.

Después de haber arrojado luz sobre el proceso de la producción capitalista, es decir, sobre las relaciones más profundas y más importantes del régimen burgués, Marx se dedica al examen del segundo aspecto de ese todo único, el proceso de la circulación.

En el libro segundo estudia el proceso de la circulación, las relaciones y las correlaciones que lo caracterizan, así como el vínculo de la circulación con la producción. Tampoco allí en-

cara de golpe estas relaciones en su conjunto. En las dos primeras secciones del libro II examina las rotaciones del *capital individual*, haciendo temporariamente abstracción de los vínculos y los entrelazamientos de todos los capitales individuales. Este paso era metodológicamente indispensable a fin de establecer las etapas atravesadas por cada capital individual en su rotación, por cada parte del capital social, así como para establecer las correlaciones existentes entre esas diferentes etapas. Sólo después de este análisis se podía pasar al examen de las relaciones de todos los capitales individuales, del movimiento del capital social considerado como un todo en sus conexiones y formas mediatas complejas. En esta etapa de su análisis Marx considera los capitales individuales como partes del capital social, suponiendo con ello una interdependencia entre todos los capitales individuales. Al hablar de la necesidad de examinar, para empezar, el movimiento del capital individual, Marx indica:

"Sin embargo, cada capital de por sí no es más que una fracción sustantivada, dotada por decirlo así, de vida individual, del capital social en su conjunto, del mismo modo que cada capitalista de por sí no es más que un elemento individual de la clase capitalista. La dinámica del capital social se halla formada por la totalidad de los movimientos de sus fracciones sustantivadas, de las rotaciones de los capitales individuales."[25]

No obstante, Marx no examina tampoco de golpe la rotación de los capitales individuales en todas sus conexiones. Para empezar aísla ciertos aspectos de esta rotación, y sólo después los reúne en un todo. Muestra que el ciclo del capital industrial debe recorrer las fases de capital-dinero, capital productivo y finalmente capital-mercancía, y observa separadamente la rotación de cada uno de ellos.

El ciclo de cada capital comprende, a su vez, diversos estadios vinculados entre sí. Sólo como conclusión, en el capítulo intitulado "Las tres fórmulas del proceso cíclico", pone Marx

(25) C. Marx, *El Capital*, t. II, pág. 275, Ed. cit.

en evidencia el ciclo del capital industrial en su conjunto, en todas sus relaciones y sus formas mediatas.

Se trata de un modelo de análisis dialéctico. En apariencia no había motivos para examinar al principio aspectos aislados de la rotación del capital para reproducir después el ciclo en su conjunto. En realidad, la rotación del capital industrial en su conjunto sólo puede realizarse sin interrupción a condición de que cada una de sus fases (capital-dinero, capital productivo, capital-mercancía) efectúe de manera normal su ciclo. De otro modo, el ciclo de conjunto del capital no podría producirse. Por ejemplo, cuando el capital-mercancía llega al mercado bajo la forma de mercancía fabricada, y pasa al estadio de capital-dinero, es decir, cuando vuelve a adquirir la forma dinero, en ese mismo momento, el capital-dinero debe recorrer una fracción dada de su movimiento y transformarse en capital productivo, es decir, en medios de producción y en fuerza de trabajo. Así, sin esta relación recíproca y sin esas formas mediatas de los diversos eslabones del ciclo (capital-dinero, capital productivo, capital-mercancía), no podría cumplirse el ciclo total del capital industrial. Las rotaciones de las diferentes formas del capital, las fases de sus ciclos, forman las partes de un todo. Sólo el conocimiento de estos diversos aspectos permite, pues, entender el todo, es decir, el ciclo del capital industrial en su conjunto.

Marx hace notar que cada parte del capital efectúa sin cesar su propia rotación. Y en cada ocasión es otra parte del capital la que se encuentra bajo esta forma, y todas estas rotaciones particulares sólo constituyen momentos del proceso total.

Este análisis minucioso de las diversas conexiones e interdependencias, que precede al del ciclo del capital individual en su conjunto, está alejado de la especulación puramente abstracta; la prueba de ello es que precisamente de la existencia de estas relaciones deduce Marx la necesidad de su ruptura, de su perturbación, cosa que provoca periódicas crisis económicas, inevitables en la producción y en la circulación capitalistas. En esas circunstancias, la relación misma, por paradojal que ello pueda parecer, sólo es posible a condición de sufrir continuamente rupturas. Bajo el reino de la anarquía de la pro-

ducción, que deriva de la propiedad privada de los medios de producción, la ruptura de conexiones en forma de crisis señala que esa relación existe y que es preciso restablecerla para que continúe el proceso de reproducción. La crisis económica no es otra cosa que la expresión profunda de la ruptura de los "hilos" que unen a las distintas partes de las diversas formas del capital, a los diferentes aspectos de un solo todo.

Al analizar el ciclo del capital productivo, Marx escribe:

"De este modo, la producción de plusvalía, y con ella el consumo individual del capitalista, puede crecer y hallarse en el estado más floreciente de todo el proceso de reproducción, y, sin embargo, existir una gran parte de mercancías que sólo aparentemente entran en la órbita del consumo y que en realidad quedan invendidas en manos de los intermediarios, es decir, que, de hecho se hallan todavía en el mercado. Una oleada de mercancías sigue a la otra, hasta que por último se comprueba que la oleada anterior no ha sido absorbida por el consumo más que en apariencia. Los capitales en mercancías se disputan unos a otros el lugar que ocupan en el mercado. Los rezagados, para vender, venden por debajo del precio. Aún no se han liquidado las oleadas anteriores de mercancías, cuando vencen los plazos para pagarlas. Los que las tienen en su poder se ven obligados a declararse insolventes o a venderlas a cualquier precio para poder pagar. Estas ventas no tienen absolutamente nada que ver con el verdadero estado de la demanda. Tienen que ver únicamente con la *demanda del pago,* con la necesidad absoluta de convertir las mercancías en dinero. Es entonces cuando estalla la crisis. Ésta se manifiesta, no en el descenso inmediato de tipo consuntivo, de la demanda para el consumo individual, sino en el descenso del intercambio de unos capitales por otros, del proceso de reproducción del capital."[26]

Estas líneas descubren un fenómeno importantísimo que requiere el minucioso análisis de los aspectos y las conexiones del ciclo del capital hecho por Marx en la primera

(26) C. Marx, *El Capital,* t. II, pág. 63, Ed. cit.

sección del libro II. Las partes del todo, es indudable, están vinculadas entre sí, pero una parte, en ciertas condiciones, puede convertirse, y en efecto se convierte, en relativamente autónoma, y el conjunto del movimiento puede entonces ser perturbado. Marx ya lo había demostrado en el libro primero de *El Capital* por medio del análisis del desdoblamiento del proceso único de intercambio *M-M* en dos actos independientes: *M-D y D-M*, y había deducido de ello la *posibilidad de las crisis.* En el libro segundo el examen de este problema se hace más profundo; Marx establece que esta posibilidad se torna cada vez más real y concreta.

La producción dirigida a explotar a los obreros y a obtener plusvalía conduce a la ruptura de las conexiones necesarias de las diversas partes y de los diversos aspectos del ciclo del capital. Pero no sería posible entender esta perturbación si no se tuviera también en cuenta el hecho de que el ciclo en su conjunto se compone de rotaciones relativamente autónomas, de diversas formas del capital, de fases diferentes, cada una de las cuales puede "petrificarse", sin pasar a la siguiente. Entonces se entenderá sin dificultades por qué Marx debió seguir un camino tan complejo para reproducir las conexiones de la producción y de la circulación capitalistas en su conjunto, e indica que "...el análisis de las conexiones reales, internas, del proceso capitalista de producción constituyen,... un asunto muy complicado, y el descubrirlas supone un trabajo muy minucioso".(27)

En el libro segundo, Marx no sigue todavía la transformación de las diversas partes del capital en esferas autónomas de aplicación, que funcionan en forma independiente. Expone esa transformación en el libro tercero. El capital-mercancía, que hasta entonces figuraba como parte del capital industrial, se torna autónomo bajo la forma de capital mercantil. Pero esta autonomía no podría en caso alguno destruir la conexión interna del capital-mercancía y de las otras partes del capital. No hace más que acentuar la tendencia, propia del régimen

(27) C. Marx, *El Capital,* t. III, pág. 287, Ed. cit.

anárquico de producción, de ruptura de las relaciones y de su restablecimiento por la violencia, bajo la forma de crisis destructivas.

"Pese a su sustantivación —escribe Marx—, el movimiento del capital comercial no es nunca otra cosa que el movimiento del mismo capital industrial dentro de la órbita de la circulación. Lo que ocurre es que, gracias a su sustantivación, se mueve hasta cierto punto independientemente de los límites propios del proceso de reproducción, por lo cual empuja a éste a rebasar sus propios límites. La dependencia interna y la sustantivación externa lo empujan hasta un punto en que la conexión interior se restablece violentamente, por medio de la crisis."(28)

Hasta ahora Marx sólo había hablado del movimiento de los capitales individuales y analizado los vínculos y las mediaciones tales como se manifiestan dentro de esos límites. En la tercera sección del libro II examina el movimiento de conjunto del capital social.(29)

"Pero tanto en la sección primera como en la segunda, se trataba siempre de un capital individual, de la dinámica de una parte sustantivada del capital social.

Sin embargo los ciclos de los capitales individuales se entrelazan unos con otros, se presuponen y se condicionan mutuamente, y este entrelazamiento es precisamente lo que forma la dinámica del capital en su conjunto."(30)

Marx reproduce el movimiento de conjunto del capital social dentro de sus conocidos esquemas de reproducción simple y ampliada. En el examen de los capitales individuales había hecho temporariamente abstracción del vínculo de valor con la fórmula natural de los productos fabricados, en tanto que en su análisis del conjunto del capital social, Marx tiene

---

(28) C. Marx, *El Capital*, t. III, pág. 280, Ed. cit.

(29) Para simplificar dejamos de lado los problemas examinados por Marx en la segunda sección, el capital fijo y el capital circulante, la rotación periódica del capital, problemas que señalan una profundización en el análisis de las relaciones.

(30) C. Marx, *El Capital*, t. II, pág. 267, Ed. cit.

en cuenta dicho vínculo. Establece que el producto total, y por consiguiente toda la producción social, se dividen en dos grandes secciones: los *medios de producción,* es decir, las mercancías destinadas a la producción, y los *objetos de consumo,* es decir las mercancías que por su forma están destinadas al consumo individual de la población. Luego muestra que el proceso normal de la reproducción, simple o ampliada, implica correlaciones determinadas entre los dos sectores de la producción social que constituyen dos partes de un todo. Descubre esta acción recíproca y demuestra que para la reproducción ampliada, el desarrollo prioritario de los medios de producción en relación con los bienes de consumo es objetivamente necesario. El estudio del movimiento caótico de los capitales individuales, tal como resulta del movimiento del capital social, permite a Marx poner al desnudo su conexión necesaria y las leyes del movimiento de conjunto del capital social.

En el libro segundo Marx revela correlaciones mucho más complejas y más concretas de la producción y de la circulación burguesas que en el libro primero. Pero va más lejos. En esos dos libros hace todavía abstracción de las relaciones del movimiento del capital con numerosos fenómenos que lo modifican de manera sensible. Descarta, provisoriamente, la influencia de la concurrencia de capitales, la composición diferente del capital en las diversas ramas de la producción, la transformación, bajo la acción recíproca de los capitales, del valor en precio de producción, etc. En el libro tercero, Marx revela estas conexiones, que reflejan la extrema complejidad del movimiento de conjunto del capital social. Así termina el análisis de las conexiones y los vínculos recíprocos de la producción y de la circulación del capital, que había iniciado en las primeras líneas de su obra. Finalmente, el capital adopta el aspecto de un todo unido y coherente, cuyas diversas partes se reúnen en una síntesis.

Este método de análisis presenta igualmente un interés considerable desde el punto de vista de las relaciones entre lo abstracto y lo concreto, del reflejo de la realidad en el pen-

samiento, de remontarse de lo abstracto a lo concreto, problema que luego examinaremos de manera especial. Limitémonos por ahora a un solo ejemplo que mostrará la profundización de la investigación en el libro tercero.

En los dos primeros libros de *El Capital,* Marx había demostrado que la clase de los obreros se opone a la de los capitalistas que se apropian del trabajo no pagado de sus esclavos asalariados. Pero cuando el conjunto del capital social no había sido analizado aún en todas sus conexiones y mediaciones, Marx oponía sobre todo el capitalista individual y sus obreros. Ahora que considera el conjunto del capital demuestra que no es sólo el capitalista individual quien explota al obrero, sino el capital total. Esta importante conclusión para la formación de la conciencia política de la clase obrera sólo fue posible gracias al análisis de los precios de producción y del establecimiento de la cuota media de ganancia.

La formación del precio de producción, la venta de las mercancías, no según su valor inmediato, sino según los gastos de producción más la ganancia media, implican que los capitales individuales están estrechamente ligados entre sí, y que la ganancia de todos los capitalistas, obtenida por la explotación de todos los obreros, se vierte en una especie de receptáculo común, del cual cada capitalista individual extrae un beneficio correspondiente a la importancia de su capital. La cuota media de ganancia es el índice de explotación de los obreros, no por un capitalista individual, sino por el conjunto del capital social, por toda la clase de los capitalistas.

El análisis total de las relaciones e interacciones recíprocas de la masa de los capitales individuales, es lo que permitió a Marx llegar a la conclusión de que "...cada capitalista de por sí, al igual que la totalidad de los capitalistas de cada esfera especial de producción, se hallan interesados, no sólo por simpatía general de clase, sino directamente, por motivos económicos, en la explotación de la clase obrera en su conjunto por el capital en bloque y en el grado de esta explotación, puesto que, presuponiendo como dadas todas las demás circunstancias, entre ellas el valor del capital constante invertido

en su totalidad, la cuota de ganancia media depende del grado de explotación del trabajo total por el capital total."[31]

De ahí resulta que no es casual, según indica más adelante Marx, el hecho de "...por qué aunque se comporten como enemigos en su competencia recíproca, constituyen una verdadera francmasonería en relación con el conjunto de la clase obrera".[32] Pero de ello también se sigue que la clase obrera, sometida a la feroz explotación de la clase capitalista, adquiere conciencia de que sólo puede emanciparse por la lucha contra el conjunto de la burguesía, contra la burguesía como clase que domina económica y políticamente en la sociedad capitalista.

En una de sus exposiciones sobre *El Capital,* Engels subraya la composición dialéctica magistral de toda la obra. Si ello es así, lo es gracias al método que descubre todas las correlaciones en su conjunto, proporciona el hilo conductor de toda investigación científica, indica el camino de todo verdadero conocimiento.

(31) C. Marx, *El Capital,* t. III, pág. 189, Ed. cit.
(32) Ibíd., pág. 190.

CAPITULO II

EL METODO HISTORICO APLICADO POR MARX AL ANALISIS DEL MODO BURGUES DE PRODUCCION Y DE SUS LEYES. LAS PARTICULARIDADES DE LAS LEYES BAJO EL CAPITALISMO Y BAJO EL SOCIALISMO

I

Marx aplica el método histórico al análisis de las conexiones internas del modo de producción capitalista y del carácter específico de las leyes de ese modo transitorio. El método histórico es un aspecto esencial del método dialéctico.

Para Marx, el carácter metafísico del método de la economía política burguesa se debe, entre otras cosas, a su antihistoricidad. Así, en las palabras finales a la segunda edición de *El Capital,* escribe:

"La economía política, cuando es burguesa, es decir, cuando ve en el orden capitalista, no una fase históricamente transitoria de desarrollo, sino la forma absoluta y definitiva de la producción social, sólo puede mantener su rango de ciencia mientras la lucha de clases permanece latente o se trasluce simplemente en manifestaciones aisladas."[1]

Marx coloca un signo de igualdad entre la antihistoricidad y la naturaleza burguesa de la antigua economía política.

(1) C. Marx, *El Capital,* t. I, pág. 10, Ed. cit.

Es fácil entenderlo así, porque el ideólogo de la burguesía se esfuerza por demostrar que el régimen capitalista es "natural", "razonable", "eterno". A tal efecto, la metafísica, con sus categorías absolutas y eternas, incompatibles con la historicidad, resulta ser el método soñado.

La economía política clásica está estrechamente vinculada con el movimiento ideológico de los siglos XVII y XVIII, con la filosofía de la Ilustración, de esencia burguesa profundamente antihistórica. Para esta filosofía, el centro de interés no era el hombre vinculado a las condiciones históricas concretas que lo formaron, sino un individuo "abstracto", considerado fuera del tiempo y del espacio. Se trataba de un hombre imaginario, dotado de una "naturaleza normal" inmutable, determinado, no por su ser social, sino por su constitución fisiológica exclusivamente.

En sus *Tesis sobre Feuerbach,* Marx caracteriza el método antihistórico aplicado por la filosofía de la Ilustración al estudio del hombre y de la sociedad humana. Esta caracterización concuerda plenamente con la economía política clásica. La esencia humana, escribía Marx, "...no es algo abstracto e inmanente a cada individuo. Es, en su realidad, el conjunto de las relaciones sociales".(2)

Ni los filósofos ni los economistas burgueses entendieron que la naturaleza humana es el conjunto de las relaciones sociales, y que cambia, por consiguiente, cuando estas últimas cambian en el curso de la historia.

Basta con leer las primeras páginas del libro de Adam Smith, *Investigaciones sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones,* para discernir en ellas la concepción antihistórica del hombre. En relación con la causa de la división del trabajo, Smith, declara:

"Esta división del trabajo, de la que surgen tantas ventajas... es la consecuencia necesaria, si bien lenta y gradual, de

(2) C. Marx, "Tesis sobre Feuerbach", Tesis VI, en C. Marx y F. Engels, *La Ideología Alemana,* pág. 635, Ed. Pueblos Unidos, Montevideo, 1958.

cierta inclinación natural en todos los hombres... se trata de la inclinación que los lleva a comerciar, a realizar trueques e intercambios de una cosa por otra."[3]

Según Smith, la división del trabajo, el intercambio, el comercio, surgen de la propia naturaleza humana. El modo de producción capitalista cuya condición es el intercambio de mercancías, correspondería, según este punto de vista, también a la "naturaleza humana".

En el *Anti-Dühring,* Engels ha hecho notar expresamente el vínculo que une a la filosofía de la Ilustración con la economía política burguesa de los siglos XVII y XVIII.

"Lo que decimos de los enciclopedistas puede aplicarse también a los economistas de la época. Para ellos, la nueva ciencia no era la expresión de las relaciones y las necesidades de su época, sino expresión de la razón eterna; en las leyes de la producción y del intercambio por ella descubiertas, no veían las leyes de una forma históricamente condicionada que regían aquellas actividades, sino otras tantas leyes naturales eternas, derivadas de la naturaleza del hombre. Pero el hombre que ellos tenían en cuenta no era, en realidad, más que el hombre de la clase media de aquel entonces, del que pronto habría de salir el burgués, y su naturaleza consistía en fabricar y comerciar bajo las condiciones históricamente condicionadas de aquella época."[4]

La economía política, que, como lo indica Engels, trata de hechos en perpetua evolución, es una ciencia *eminentemente histórica.*

La antihistoricidad de los economistas burgueses impedía crear una economía política realmente científica. A todo lo largo de *El Capital,* así como en *La teoría de la plusvalía,* Marx critica este aspecto del método metafísico de sus predecesores, y también de los economistas vulgares.

---

(3) A. Smith, *Investigaciones sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones,* t. I, pág. 16, Ed. rusa, Moscú, 1935.

(4) F. Engels, *Anti-Dühring,* pág. 184, Ed. Pueblos Unidos (2ª Ed.), Montevideo, 1960.

En esta última obra indica que la antihistoricidad de los fisiócratas y de sus sucesores es un rasgo caracterísico de su método. Al analizar las formas materiales del capital, instrumentos, matetias primas, etc., los fisiócratas hacían abstracción de las condiciones sociales de la producción capitalista. El modo de producción capitalista se convertía así en una especie de forma natural y eterna.

Marx dirige la misma crítica contra Smith y Ricardo. Es cierto que señala algunos elementos de historicidad en la concepción del valor de Smith. Éste afirmaba que la ley del valor funciona y se manifiesta en forma un poco distinta en las condiciones de la economía mercantil simple que en las de la producción capitalista, en la que aparecen factores nuevos, tales como la ganancia y la renta. Las mercancías, opinaba, no se intercambian según su valor, a no ser en la sociedad primitiva, poco evolucionada.

En una sociedad desarrollada no hay ni puede haber intercambio según los valores, porque, comprueba Smith, el capitalista se las arregla para cambiar una menor cantidad de trabajo por una más grande. De ahí extrae la conclusión de que en la sociedad "civilizada" existen muy pocas mercancías cuyo valor de cambio se base sólo en el trabajo. Y afirma que la ganancia y la renta contribuyen igualmente a la formación del valor de las mercancías.

El mérito de Smith, en opinión de Marx, consiste en haber presentido que la producción mercantil capitalista provoca cierta modificación en el juego de la ley del valor, y que en consecuencia el cambio de las condiciones históricas dicta otra concepción de esa ley. Pero Smith fue incapaz de resolver esa contradicción, que lo condujo a un callejón sin salida.

"La fuerza teórica de A. Smith estriba en que percibe y destaca esta contradicción. Y su endeblez teórica radica en que esta contradicción le lleva a ignorar la ley general, incluso en lo que se refiere al simple cambio de mercancías. No ve que esta contradicción proviene de que la fuerza de trabajo se convierte a su vez en una mercancía, y que el valor de uso de esta mercancía específica, independiente de su valor

de cambio, es precisamente la fuerza que crea el valor de cambio."(5)

Ricardo evita esa confusión, pero para ello renuncia a todo análisis histórico de la contradicción puesta de manifiesto por Smith. Defiende la ley del valor, pero no ve en modo alguno el problema que imponen las nuevas condiciones históricas.

"Pero no presiente siquiera que detrás de esto se esconde un grave problema, y el desarrollo específico que toma la ley del valor, al aparecer el capital, no le detiene ni le preocupa un solo instante."(6)

Con su acostumbrada probidad científica, Marx señala igualmente en Ricardo ciertos elementos de historicidad. En la tendencia decreciente de la cuota de ganancia, Ricardo sentía instintivamente los límites del modo de producción capitalista, cosa que no deja de alarmar en él al portavoz de la burguesía. Aun en ese caso, Ricardo se mantuvo muy alejado del análisis histórico y vio la causa de la tendencia decreciente de la cuota de la ganancia, no en la producción capitalista, que es una forma social transitoria, sino... en la naturaleza. La antihistoricidad de su método lo condujo a designar con el término de capital incluso a las armas del cazador primitivo.

Esta antihistoricidad impregna todas las concepciones de Smith y Ricardo, sin hablar de los economistas vulgares. Cuando éstos tratan de la "riqueza de las naciones", de sus causas y de sus orígenes, de la mercancía, del trabajo, de la ganancia, de la renta, del dinero, etc., jamás se les ocurre la idea de que se trata de efectos de condiciones específicas. Todos estos fenómenos son presentados como "naturales" y "eternos", que no necesitan análisis histórico alguno. Su ejemplo, como el de la filosofía de las luces del siglo XVIII, muestra con claridad que la antihistoricidad sirve, entre los ideólogos burgueses, como coraza para defender al capitalismo contra el análisis crítico.

---

(5) C. Marx, *El Capital* (Historia crítica de la teoría de la plusvalía), t. IV, pág. 86, Ed. cit.
(6) Ibíd.

Los actuales apologistas de la burguesía, a los que por otra parte no se puede asimilar a los representantes de la economía política clásica, recubren a sabiendas las conexiones históricas para hacer del capitalismo la única fórmula social de producción posible.

Incluso en nuestra época, en presencia de conmociones sociales y de inaudita miseria de las masas trabajadoras debidas al imperialismo, cuando millones de hombres comprenden cada vez más que el régimen burgués es el representante de esos males, los apologistas de la burguesía continúan apelando hipócritamente a la "naturaleza humana", con el fin de disculpar y paliar las responsabilidades del capitalismo.

Así es como el economista inglés Keynes atribuye la desocupación en masa y las crisis económicas a una "ley psicológica" suprahistórica, según la cual la "naturaleza humana" empujaría a los hombres a aumentar su consumo en menor medida que el aumento de sus ingresos. Prefieren ahorrar una parte de sus recursos antes que emplearlos para su consumo personal. Tal sería la causa de todos los males. A Keynes no le importa que en los países del socialismo y de la democracia popular la "naturaleza humana" no haya impedido liquidar la desocupación, las crisis y las demás taras de la sociedad capitalista.

Marx ha indicado con frecuencia que con el fin de encubrir el carácter histórico del modo de producción capitalista, los economistas burgueses afirman que el objetivo de ésta sería el consumo.

Tal es hoy, todavía, la actitud de los economistas burgueses. Keynes escribe que el consumo constituye el único fin de toda actividad económica. El sentido de toda esta falsificación está claro: si así fuera, habría que buscar el origen de las crisis, de la desocupación, de la miseria de las masas, no en la naturaleza misma del modo de producción capitalista, sino en circunstancias accesorias, por ejemplo de orden psicológico. Esta causa la encuentra Keynes en la inclinación de los hombres a consumir menos de lo que les permiten sus ingresos. No hay nada de verdad en esas afirmaciones. El objetivo primordial del modo capitalista de producción no es el de satisfacer las

necesidades de los hombres, sino el de arrancar plusvalía explotando a los obreros. Y como este objetivo sólo puede ser alcanzado por la expoliación de los trabajadores, que constituyen el grueso de los consumidores, ahí es donde hay que buscar la causa principal del descenso del consumo de las masas, en tanto que los ingresos de los capitalistas crecen de manera fabulosa. Los hechos desmienten los principios suprahistóricos ideados por los defensores de la sociedad burguesa. No son sólo los apologistas declarados del imperialismo, sino también los socialistas de derecha, los que desnaturalizan las verdaderas causas de la pauperización de las masas en los países capitalistas. Los jefes de los laboristas de derecha afirman, por ejemplo, que todos los males provienen del hecho de que "la psicología del consumidor" no se ha convertido todavía en el principio dirigente de la sociedad. Exhortan a los capitalistas a adoptar como fundamento de la sociedad burguesa, de esta sociedad cuya ley absoluta es la explotación de millones de trabajadores, y por lo tanto de la masa de consumidores, con el fin de asegurar los beneficios máximos para un puñado de capitalistas, los exhortan, decimos, a adoptar como principio dirigente de esa sociedad... ¡el interés del consumidor! Los ideólogos burgueses falsifican a sabiendas las particularidades históricas del modo capitalista de producción, disimulan su naturaleza expoliadora, y con ello se esfuerzan por eternizar su existencia. Los antiguos economistas vulgares utilizaron el método antihistórico para tratar de demostrar el carácter eterno e inmutable del régimen burgués. Los actuales reaccionarios recurren igualmente a esa arma enmohecida desde hace tanto tiempo. Lo que distingue a unos y otros es el hecho de que los primeros defendían un capitalismo que todavía se encontraba en desarrollo, en tanto que Keynes y sus semejantes exaltan un capitalismo decrépito que marcha hacia su destrucción.

II

A la antihistoricidad de los economistas burgueses, Marx opone su método histórico dialéctico, que aplica con rigurosidad al análisis del conjunto de los problemas. Por primera

vez en la historia de las doctrinas económicas, Marx hizo de la economía política la ciencia de los modos de producción estudiados en estrecha vinculación con las condiciones históricas concretas.

En su examen del libro primero de *El Capital,* Engels explicó con claridad la diferencia radical que existe, en ese sentido, entre la teoría de Marx y la economía política burguesa. "La economía venía encastillándose hasta aquí en una posición científica tan abstracta y absoluta como las matemáticas... Creemos que jamás podrá discutírsele a Marx el mérito de haber puesto fin a esta concepción cerrada de la ciencia económica. Después de esta obra ya no será posible que ningún economista enjuicie en bloque y desde un punto de vista unitario instituciones como, por ejemplo, el trabajo de los esclavos, el trabajo feudal y el trabajo asalariado de los obreros libres, o que aplique sin más a las instituciones de la antigüedad y a los gremios de la Edad Media leyes que tienen su razón de ser en nuestros días, en la época de la gran industria sujeta a la acción de la libre concurrencia, o que abomine de aquellas instituciones antiguas sencillamente porque no se avienen a las leyes modernas."[7]

Contrariamente a los economistas burgueses, que no trataban de entender por qué los resultados del trabajo bajo el régimen de la producción mercantil se cristalizan en el valor, por qué el valor de la mercancía se traduce en formas determinadas, etc., Marx concentró precisamente su atención en este aspecto del problema. Para Smith y Ricardo, el problema fundamental era la *magnitud* del valor. No concebían que la mercancía adquirida por el producto del trabajo en un marco histórico determinado disimula las particularidades históricas de la producción y del intercambio mercantil, y que sólo el análisis de la mercancía, del carácter específico del trabajo que se encuentra condensado en ella, puede permitir entender el modo capitalista de producción, su naturaleza, la del dinero, la de la ganancia, la del capital, etc. El dinero, por ejemplo,

(7) C. Marx, *El Capital,* t. I, pág. 685, Ed. cit.

estudiado en forma antihistórica por los economistas burgueses, no es para ellos más que un simple medio de circulación, independiente de la naturaleza de la mercancía.

En el libro primero de *El Capital,* Marx hace notar esta limitación. Al analizar —por lo demás en forma insuficiente— el valor y su magnitud, la economía política burguesa no se preguntó jamás por qué el contenido del valor adquiere esa forma, o dicho con otras palabras, por qué el trabajo se expresa en valor, y la duración del trabajo, su medida, en la magnitud del valor del producto del trabajo.

"Trátase de fórmulas que llevan escrito en la frente su estigma de fórmulas propias de un régimen de sociedad en que es el proceso de producción el que manda sobre el hombre y no éste sobre el proceso de producción; pero la conciencia burguesa de esa sociedad las considera como algo necesario por naturaleza, lógico y evidente como el propio trabajo productivo. Por eso, para ella, las formas preburguesas del organismo social de producción son algo así como para los Padres de la Iglesia, por ejemplo, eran las religiones anteriores a Cristo."(8)

Estas líneas muestran luminosamente la indiferencia, característica de la economía política burguesa, hacia el problema de las formas sociales específicas adquiridas por el trabajo y sus productos en el marco de la producción mercantil. Marx agrega una observación de elevado alcance, que permite ver a la vez la debilidad del método de la economía burguesa y la fuerza del método de Marx.

"Uno de los defectos fundamentales de la economía política clásica es el no haber conseguido jamás desentrañar, del análisis de la mercancía, y más especialmente del valor de la mercancía, la forma del valor que lo convierte en valor de cambio. Precisamente en las personas de sus mejores representantes, como Adam Smith y Ricardo, estudia la forma del valor como algo perfectamente indiferente o exterior a la propia naturaleza de la mercancía. La razón de esto no está so-

(8) C. Marx, *El Capital,* t. I, pág. 69, Ed. cit.

lamente en que el análisis de la magnitud del valor absorbe por completo su atención. La causa es más honda. La forma de valor que reviste el producto del trabajo es la forma más abstracta y al mismo tiempo la más general del régimen burgués de producción, caracterizado así como una modalidad específica de producción social, y a la par, por ello mismo, como una modalidad histórica. Por lo tanto, quien vea en ella la forma natural eterna de la producción social, pasará por alto necesariamente lo que hay de específico en la forma del valor y por consiguiente en la forma mercancía, que al desarrollarse conduce a la forma dinero, a la forma capital, etc."[9]

Marx concentra todo el poderío de su análisis en los motivos por los cuales el resultado del trabajo, bajo el reino de la producción mercantil, adquiere la forma de valor. Esto le permite discernir en la mercancía las células primitivas cuyo examen demuestra que el modo burgués de producción es temporario y no eterno. Los mejores economistas burgueses no suponían el complejísimo mundo que bullía detrás de una cosa tan prosaica y común en apariencia como la mercancía. En ésta descubre Marx ese "microcosmo" que, bajo una forma embrionaria, refleja el "macrocosmo" capitalista, su desarrollo, sus relaciones complejas y sus contradicciones. He aquí por qué *El Capital* comienza con el análisis de la mercancía, es decir, de esa célula elemental del modo de producción capitalista. Tal es el punto de partida de su estudio, que le permite caracterizar el capitalismo, *históricamente,* como un modo de producción transitorio y no eterno. A partir de la forma más simple, la forma *mercancía,* examina el carácter *específico* y en modo alguno *absoluto* de la producción burguesa. Demuestra que la forma mercancía del producto y todas las "extravagancias" de las mercancías tienen por origen el carácter social específico del trabajo. Luego de haber establecido que la mercancía comprende el valor de uso y el valor, indica que en todas las formaciones sociales el trabajo crea bienes de consu-

(9) C. Marx, *El Capital*, t. I, pág. 69 (nota), Ed. cit.

mo, pero sólo en condiciones históricas particulares produce también valor y confiere al fruto del trabajo la forma valor.

El trabajo adquiere ese carácter en la época en que reina la propiedad privada de los medios de producción, y en la que el conjunto de los trabajos privados constituye el trabajo total de la sociedad, en la que los productores sólo entran en contacto social gracias al intercambio. De ahí el doble carácter del trabajo y de la mercancía. Marx deduce la forma valor, no como un apéndice externo, sino como una propiedad inherente al producto del trabajo en condiciones históricas determinadas. Sobre esa base proporciona un análisis histórico concreto del dinero como forma de valor, no como simple instrumento técnico de intercambio, sino como encarnación de la riqueza o, para repetir los términos de Marx, como la "fórmula social absoluta" de la riqueza, el valor de la mercancía separada de ésta y convertida en una cosa autónoma.

Marx demuestra que como en otras formaciones el carácter social del trabajo no era el mismo, los productos no adquieren la forma del valor.

"Por eso todo el misticismo del mundo de las mercancías, todo el encanto y el misterio que nimban los productos del trabajo basados en la producción de mercancías, se esfuman tan pronto como los desplazamos a otra forma de producción."[10]

Invoca especialmente a la sociedad comunista futura, en la cual las fuerzas individuales se emplean como una fuerza social única. Los productos del trabajo no adquieren en ella la forma de mercancía ni, por consiguiente, de valores. Se trata de un modo de producción diferente, en el que ya no son aplicables los criterios y las leyes de la producción y de la circulación burguesas.

Así, al discernir en la mercancía y en el trabajo que la engendra el carácter específico de la producción y del intercambio de mercancías, Marx los analiza en detalle y descubre en ellos, bajo una forma todavía embrionaria, las contradiccio-

(10) C. Marx, *El Capital*, t. I, pág. 65, Ed. cit.

nes que hacen del capitalismo una forma transitoria y no absoluta de la riqueza social.

El análisis histórico de la producción y de la circulación mercantiles ayuda igualmente a entender la evolución económica en otras formaciones sociales. A la vez que demuestra que la forma mercancía caracteriza a la sociedad capitalista, Marx recuerda que la producción y la circulación de las mercancías existieron y existen aún en otras formaciones. De ello se sigue que esta forma aparece como una especie de abstracción, como algo general que no es posible entender sin un análisis de las particularidades históricas de la producción y la circulación mercantiles.

En una nota del libro primero de *El Capital,* Marx escribe al respecto:

"No se advierte que la producción y la circulación de mercancías son fenómenos que se dan, aunque en diversas proporciones y con diverso alcance, en los más diversos sistemas de producción. Por el mero hecho de conocer las categorías abstractas de la circulación de mercancías, comunes a todos ellos, no sabremos absolutamente nada acerca de la diferencia específica que separa a esos sistemas de producción, ni podemos por tanto enjuiciarlos."(11)

Marx no se limita al estudio de la mercancía como célula elemental de la producción capitalista. Demuestra en qué condiciones históricas la producción y la circulación de las mercancías dan nacimiento al modo de producción capitalista. El paso de la producción y del intercambio simple de mercancías a su forma capitalista implica condiciones históricas determinadas. Marx las describe en el capítulo de la acumulación primitiva. En cierta etapa del desarrollo de la producción mercantil, los medios de producción se separan de los productores. Se forman dos categorías de poseedores de mercancías: los propietarios del dinero y de los medios de producción, por una parte, y los obreros, libres, vendedores de su fuerza de trabajo, privados de todo medio de producción, por la otra. Con esta condición, y

(11) C. Marx, *El Capital,* t. I, pág. 94 (nota), Ed. cit.

sólo con ella, la mercancía y el dinero, que por sí mismos no son capital, se transforman en capital:

"La llamada *acumulación originaria* no es más que el *proceso histórico de disociación entre el productor y los medios de producción.* Se le llama *'originaria'* porque forma la *prehistoria del capital* y del régimen capitalista de producción."(12)

Marx sitúa la acumulación primitiva en los países de la Europa occidental de los siglos XV y XVI. Muestra el penetrante cuadro de ese proceso de expropiación de los productores, cuya historia, según sus propias palabras, "está escrita en los anales de la humanidad en letras indelebles de sangre y de fuego".

Pero una vez cumplido el proceso de separación de los productores y de los medios de producción, el modo de producción capitalista lo renueva constantemente. El capital es imposible sin obreros privados de medios de producción y obligados a vender su fuerza de trabajo. La característica específica que Marx ha descubierto en la forma mercancía se manifiesta con vigor en una mercancía como la fuerza del trabajo. Todo el secreto del modo capitalista, en tanto que formación históricamente definida, reside en el doble carácter de esa mercancía específica. El carácter original del valor de uso de esa mercancía consiste en el hecho de que el proceso de consumo de la fuerza de trabajo es también el de la formación de plusvalía.

El análisis marxista de la producción capitalista ayuda igualmente a entender las particularidades de la producción mercantil en la sociedad socialista. En el régimen socialista, como lo atestigua la experiencia de la URSS, la producción y la circulación de mercancías existen todavía. Se sabe que los enemigos del leninismo, los trotskistas, han aprovechado esto para sostener que los bancos, el comercio soviético, etc., tenían un carácter capitalista. El Partido Comunista ha denunciado este sofisma que testimonia la ignorancia de las nuevas condiciones históricas, las de la producción y las de la circulación de mer-

(12) C. Marx, *El Capital,* t. I, pág. 574, Ed. cit.

cancías bajo el socialismo. La forma mercancía que adoptan allí los productos del trabajo traduce un contenido totalmente nuevo. La esfera de la producción y de la circulación mercantiles se restringe de manera considerable en relación con la sociedad capitalista.

En el régimen socialista la fuerza de trabajo deja de ser una mercancía. No existe divorcio entre los medios de producción y los obreros, ya que ha sido suprimida la propiedad privada de los medios de producción. Por lo tanto, en la sociedad socialista no existen las condiciones esenciales de la producción capitalista, que engendran la explotación del hombre por el hombre. He aquí por qué el estudio histórico de la producción y de la circulación de las mercancías en la sociedad socialista pone de relieve que se trata de una producción mercantil de tipo particular, destinada a reforzar y a desarrollar el socialismo, a facilitar el paso gradual de la fase inferior del comunismo a su fase superior. La producción mercantil sólo se mantiene, después de la victoria del régimen socialista, en la medida en que existen todavía dos formas de propiedad socialista —la propiedad del Estado y la propiedad cooperativa y koljosiana—, en la medida, también, en que todavía faltan las condiciones materiales para la distribución directa de los productos. La producción mercantil desaparecerá cuando estas condiciones se hayan cumplido. Lo mismo regirá para la forma mercancía de los productos. Después de haber subsistido durante milenios, la producción y la circulación de las mercancías desaparecerán para siempre jamás.

El método histórico aplicado por Marx al estudio de las particularidades de los fenómenos económicos nos indica de ese modo el camino de un conocimiento verdaderamente científico. La fuerza del análisis marxista del modo de producción capitalista está constituida por el hecho de que pone al desnudo las condiciones históricas de los fenómenos. Tomemos, por ejemplo, el empleo de las máquinas bajo el capitalismo. En forma general, la máquina abrevia el tiempo de trabajo y aumenta el rendimiento. Pero todo depende del carácter social del empleo de las máquinas, de las condiciones históricas en que son utilizadas.

Marx describe el carácter específico de la influencia y de la acción de las máquinas sobre el obrero, sobre todo el desarrollo de la producción. En el régimen capitalista, las máquinas contribuyen a la elevación de la cuota de plusvalía y disminuyen el otro factor de esta última, es decir, la cantidad de obreros. De ahí el esfuerzo de los capitalistas para prolongar al máximo la jornada de trabajo, a fin de compensar la disminución de la cantidad de obreros, separados de la producción por las máquinas.

De ello resulta que el empleo de las máquinas, que habría debido culminar en la disminución del tiempo de trabajo, ya que aumentan la productividad, es un factor de la prolongación de la jornada de trabajo bajo el capitalismo.

"Y así se explica también la paradoja económica de que el recurso más formidable que se conoce para ***acortar la jornada de trabajo*** se trueque en el medio más infalible para convertir ***toda la vida*** del obrero y de su familia en tiempo de trabajo disponible para la explotación del capital."(13)

Al descubrir esta "paradoja económica", Marx demuestra una vez más que este hecho es evidente testimonio del carácter transitorio del modo de producción capitalista. La elevación de la productividad del trabajo no tiene una importancia absoluta para el capital. Sólo le es ventajosa en la medida en que contribuye a aumentar las ganancias. En el caso contrario, se opone a ella. El capital no tiene interés alguno en economizar el trabajo vivo y en aumentar la cantidad de trabajo anterior, a pesar de que éstos son precisamente los signos con que se expresa el aumento de la productividad. Obstaculiza por todos los medios el empleo, en la producción, de máquinas perfeccionadas, cuando la explotación del trabajo vivo le promete más ganancia. Para el capital, indica Marx, la fuerza productiva sólo se eleva en el caso en que la parte pagada del trabajo vivo permite economizar más de lo que aumente el costo del trabajo anterior.

(13) C. Marx, *El Capital*, t. I, pág. 327, Ed. cit.

Bajo el imperialismo, como lo ha indicado Lenin, los monopolios, que mantienen los precios a un nivel ventajoso para los magnates del capital, perjudican el progreso técnico. Esto demuestra que el capitalismo ha terminado su período, ya que el carácter progresista de todo modo social de producción se mide por su capacidad para aumentar la productividad del trabajo. Marx establece de la siguiente manera los límites históricos del capitalismo y la necesidad de la caída de ese régimen.

"Su misión histórica consiste en desplegar la capacidad productiva del trabajo humano en una progresión geométrica implacable. Pero traiciona esta misión histórica cuando él mismo se interfiere como un obstáculo, como ocurre aquí, ante el desarrollo de la productividad. Con ello demuestra una cosa: que este régimen de producción va caducando con el tiempo y tendiendo a desaparecer."(14)

El empleo de máquinas no conoce límites en la sociedad socialista, en la que, a diferencia del modo capitalista de producción, ahorran trabajo a la sociedad y alivian el de los obreros. Se las utiliza en escala cada vez más grande, porque la sociedad socialista tiene interés en economizar el trabajo vivo, y no tiene otra razón de ser que la de satisfacer las necesidades del hombre. El trabajo vivo domina en ella al trabajo anterior, y no al revés, como sucede en el capitalismo. El obrero deja de ser un simple apéndice de la máquina, de la que se sirve a fin de elevar el rendimiento, cosa indispensable para mejorar su bienestar material y cultural.

Al explicar los límites relativamente estrechos del empleo de máquinas en el régimen capitalista, Marx proporcionó un modelo de aplicación del método histórico. Así analiza el contenido *histórico* de toda manifestación del modo de producción burgués y demuestra el carácter transitorio de la sociedad capitalista. En ello reside la invencible potencia de su método científico.

---

(14) C. Marx, *El Capital,* t. III, pág. 245, Ed. cit.

III

El estudio del carácter específico de las *leyes* del modo de producción capitalista, está igualmente penetrado del espíritu histórico y dialéctico. Marx muestra en qué forma actúan y se manifiestan, y proporciona indicaciones importantísimas en relación con las leyes de la futura sociedad comunista.

El análisis del economista ruso Kaufmann, extractos del cual se citan en las palabras finales a la segunda edición de *El Capital,* confirma que para Marx, las leyes económicas tienen un carácter histórico:

"Pero es, se dirá, que las leyes generales de la vida económica son siempre las mismas, ya se proyecten sobre el presente o sobre el pasado. Esto es precisamente lo que niega Marx. Para él no existen tales leyes abstractas... en su modo de entender ocurre lo contrario: cada época histórica tiene sus propias leyes... Tan pronto como la vida supera una determinada fase de su desarrollo, saliendo de una etapa para entrar en otra, empieza a estar presidida por leyes distintas."[15]

Lo que constituye el valor científico del método de Marx es "...el esclarecimiento de las leyes especiales que presiden el nacimiento, la existencia, el desarrollo y la muerte de un determinado organismo social, y su sustitución por otro más elevado".[16]

Marx aprueba al economista ruso cuando éste subraya el carácter histórico de las leyes sociales, su carácter particular y científico, "propio" del desarrollo de cada modo de producción. *El Capital* es un modelo de estudio de las leyes históricas particulares, las del nacimiento, desarrollo y declinación del modo capitalista de producción.

Por supuesto que esto no impide a Marx admitir las leyes económicas generales que actúan en todas las formaciones sociales; siempre señaló la importancia de su conocimiento... En

---

(15) C. Marx, *El Capital,* t. I, pág. 13, Ed. cit.
(16) Ibíd., pág. 14.

Contribución a la crítica de la economía política explica expresamente el alcance de las leyes generales válidas en todas las etapas del desarrollo de la producción social. Indica que todas las épocas históricas presentan ciertas características comunes, ciertas determinaciones generales, que es preciso no perder de vista cuando se estudian épocas históricas concretas.

"La *producción en general* es una abstracción, pero una abstracción racional, en la medida en que, al subrayar y precisar las características comunes, nos evita la repetición. Sin embargo, *este carácter general,* o estas características comunes, que permite encontrar la comparación, constituyen por sí mismas un conjunto complejísimo cuyos elementos divergen para adquirir determinaciones diferentes. Algunos de estos caracteres pertenecen a todas las épocas, otros son comunes sólo a algunas. Algunas de estas determinaciones serán comunes a la época más moderna, lo mismo que a las más antiguas. Sin ellas no es posible concebir producción alguna."(17)

Se sabe que Marx no se limitó a mencionar la existencia de las leyes generales de la producción. En el prefacio de esa misma obra proporciona la genial definición del materialismo histórico, que es precisamente la teoría de las leyes generales del desarrollo de la sociedad. Formula la ley primordial, válida para toda formación social, que explica la evolución de los modos de producción bajo su forma histórica concreta, el reemplazo de ciertos modos de producción por otros. Se trata de la ley de la correspondencia necesaria entre las relaciones de producción y el carácter de las fuerzas productivas. Marx descubrió y explicó científicamente la acción de esa ley en el desarrollo del modo de producción capitalista. En muchas ocasiones subraya, en *El Capital,* ciertas definiciones generales, propias del modo de producción capitalista, así como de otros modos de producción. Por ejemplo, sea cual fuere la forma social del proceso de producción, éste debe ser continuo y pasar periódicamente por las mismas fases. Dicho de otra ma-

(17) C. Marx, *Contribución a la crítica de la economía política,* pág. 195, Ed rusa.

nera, la reproducción es un fenómeno general, propio de todas las formaciones, sin lo cual la sociedad no puede existir.

J. Stalin ha hecho notar la considerable importancia de los esquemas marxistas de la reproducción ampliada para entender, tanto la producción capitalista como la producción socialista. La división de la producción social en dos sectores (medios de producción y bienes de consumo), sus relaciones recíprocas, el crecimiento prioritario de la producción de los medios de producción en la reproducción ampliada, el producto suplementario como fuente única de la acumulación, etc.; todos estos principios marxistas son válidos para el modo de producción capitalista, lo mismo que para el socialista, a pesar de la diferencia radical que los separa. Para conocer el curso real del desarrollo social son primordiales ciertas leyes generales, como la de la correspondencia necesaria entre las relaciones de producción y el carácter de las fuerzas productivas.

La importancia de las leyes generales consiste en que, gracias a su acción, todas las fuerzas de su evolución histórica están vinculadas dentro del proceso único y necesario del desarrollo social. Además, sea cual fuere el alcance de las leyes específicas de cada formación histórica en particular, sería erróneo ignorar o perder de vista las leyes generales válidas para todas las formaciones. Las ciencias de la naturaleza, por ejemplo, descubren las leyes específicas de cada forma particular, cualitativamente diferente, del movimiento de la materia: mecánica, química, biológica, etc. Si la ciencia sólo tuviese en cuenta estas leyes específicas e hiciese caso omiso de las leyes generales del movimiento de la materia, la naturaleza se nos aparecería, no como un todo único y coherente, cosa que es en realidad, sino como un conjunto de dominios aislados los unos de los otros. Desde este punto de vista, la naturaleza inorgánica y la orgánica, lo mismo que sus diversos aspectos, parecerían aislados los unos de los otros. No se entendería el origen de la vida como forma específica del movimiento de la materia, etc. En otros términos, la ciencia retrocedería muchos siglos para volver a la época en que la naturaleza no era considerada en su unidad.

En realidad, cada forma del movimiento de la materia está regido por leyes específicas lo mismo que por leyes generales, válidas para todas las formas de una sola y única materia. La unidad del mundo consiste en su materialidad. Las leyes generales vinculan todas las formas del movimiento de la materia en un todo unido y coherente, del cual cada una de ellas constituye un eslabón en la cadena única y necesaria del desarrollo de la naturaleza. La ley de la conservación y de la transformación de la energía es, por ejemplo, una ley general de la naturaleza, de extensa aplicación.

El conocimiento de las leyes generales no es menos importante para las ciencias sociales que para las ciencias de la naturaleza. Las leyes específicas del desarrollo de la sociedad expresan lo que diferencia cualitativamente a una formación social de la otra. Pero si sólo se tiene en cuenta las leyes específicas, se habrán explicado nada más que las características particulares de una formación social determinada; es decir, sólo se cumplirá, de tal manera, una parte de la tarea, y se dejará en la sombra el otro aspecto, no menos importante, del cuadro de la evolución de la sociedad, es decir, la conexión entre las diversas formaciones. La historia de la sociedad no formaría entonces un todo unido y coherente, sino una suma mecánica de diversos organismos autónomos, contingentes, y que no surgirían el uno del otro.

Predominaría entonces la concepción anticientífica según la cual la historia tendría un carácter fortuito. Sería imposible explicar por qué la comuna primitiva fue seguida por la sociedad esclavista, ésta por la sociedad feudal, etc. Todos estos fenómenos parecerían efecto de la casualidad.

Otra cosa sucede si se recuerda que las leyes específicas van de la mano con las leyes económicas generales, válidas para todas las fases de la evolución social, y que reflejan las relaciones más generales de la producción. Tomemos, por ejemplo, la ley de la correspondencia necesaria entre las relaciones de producción y el carácter de las fuerzas productivas. Ella significa que todo modo de producción implica relaciones recíprocas determinadas entre las fuerzas productivas y las relacio-

nes de producción. Se sabe que éstas se retrasan con respecto a las fuerzas productivas, que se desarrollan y se les adelantan, cosa que provoca contradicciones entre ellas.

El nuevo carácter de las fuerzas productivas requiere un cambio de las relaciones de producción existentes, sin lo cual no pueden desarrollarse. Y como a consecuencia de la ley de la correspondencia necesaria las relaciones de producción no pueden demorarse mucho tiempo respecto de las fuerzas productivas, las antiguas relaciones ceden finalmente el lugar a lo nuevo.

Esta ley general, así como las leyes particulares del capitalismo, explican con claridad por qué sobre las ruinas del capitalismo nace precisamente la sociedad socialista y no otra. El hecho es que las leyes del capitalismo engendran fuerzas productivas que desbordan las relaciones capitalistas de producción. Las fuerzas productivas se tornan sociales por su carácter, en tanto que las relaciones de producción siguen siendo relaciones capitalistas privadas. Por lo tanto, en el seno mismo del capitalismo se crea una base material que necesita nuevas relaciones de producción, precisamente socialistas. La revolución proletaria hace nacer esas nuevas relaciones.

Así, el relevo del capitalismo por el socialismo es determinado y no fortuito. Esta necesidad resulta de la acción de la ley general de la correspondencia necesaria entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, lo mismo que de las leyes específicas del capitalismo. Igualmente sucede con otras formaciones sociales.

Por lo tanto, a consecuencia de la acción de las leyes económicas generales, la historia de la sociedad no es una suma mecánica de organismos sociales contingentes, sino un solo proceso necesario de desarrollo gradual de lo inferior a lo superior, de lo simple a lo complejo.

A la vez que indica la importancia del estudio de las leyes generales de la producción, Marx subraya que ello no basta para entender los diferentes grados concretos del desarrollo histórico. Marx polemiza con los economistas burgueses que in-

ventan leyes "eternas", y escribe en la introducción de la ***Contribución a la crítica de la economía política:***

"Para resumir: todas las etapas de la producción tienen determinaciones comunes a las cuales el pensamiento concede un carácter general; pero las supuestas ***condiciones generales*** de toda producción no son otra cosa que esos factores abstractos que no responden a ninguna etapa histórica real de la producción."(18)

Las leyes generales, precisamente porque son ***generales,*** es decir, abstraídas de las particularidades concretas de cada formación, no actúan y no pueden actuar de la misma manera en todas las condiciones históricas. Funcionan siempre reflejándose a través de esas condiciones. La naturaleza de dichas leyes les impide manifestarse de la misma manera en situaciones distintas. Aquí es preciso recordar una observación hecha por Marx a propósito del análisis de la ley de la acumulación capitalista. Lo mismo que las otras, esta ley es modificada en la práctica por numerosas circunstancias. Nada más natural, ya que la ley expresa lo que es ***general*** y esencial en la masa de los fenómenos.

La ley general no puede manifestarse de la misma manera en la realidad, ni adquirir de una vez para siempre la misma forma, precisamente porque abarca y expresa lo general, porque es la quintaesencia de numerosos fenómenos. En sus manifestaciones se transforma necesariamente según las condiciones en que actúa. Esto rige para las leyes generales tanto como para las leyes específicas. Es de particular importancia tener esto en cuenta cuando se trata de las leyes generales.

Por ejemplo, la producción de los medios de existencia con ayuda de instrumentos caracteriza sin duda alguna toda fase histórica del desarrollo de la humanidad, todo modo de producción. ¿Pero basta esta tesis general para analizar de manera concreta una formación social económica? Marx considera necesario estudiar las formas específicas de las leyes generales, las

(18) C. Marx, *Contribución a la crítica de la economía política,* pág. 199, Ed. rusa.

leyes *concretas, particulares*, que caracterizan un organismo social determinado, un modo de producción determinado. Al respecto expresa una idea de importancia capital para entender la esencia del método dialéctico: hay que discernir no sólo lo que es general, lo común a un grupo de fenómenos, sino también lo que es *particular, específico,* lo que caracteriza a un fenómeno dado.

Las herramientas existen en todos los grados de la producción social, pues ésta es imposible sin ellas. El arco y la flecha del cazador primitivo son instrumentos de producción lo mismo que las máquinas que emplea el capitalista. Si se disimula o elimina el fenómeno *específico* que transforma en capital los instrumentos de producción con los cuales el burgués extrae plusvalía al obrero, nada impide entonces declarar que el cazador primitivo era también un capitalista. Así proceden los economistas burgueses que deslizan "...por debajo de cuerda esta idea de que las relaciones *burguesas* son leyes naturales inmutables de la sociedad... Tal es el objetivo al que tiende, más o menos conscientemente, todo ese procedimiento".[19]

Los economistas vulgares de la época imperialista hablan mucho de leyes "universales". Pero éstas no tienen relación alguna con las leyes reales que reflejan las condiciones más generales y las fuerzas motrices de la producción social. Sus "leyes generales" sólo traducen las relaciones burguesas disfrazadas, idealizadas, a las que se trata de hacer pasar por bases naturales de la existencia de toda sociedad.

En su obra *La distribución de la riqueza,* el economista norteamericano Clark, ya citado, dedica un capítulo a las "leyes económicas universales". Una de ellas es la "ley de utilidad marginal" (invocada desde hace mucho tiempo, y ahora también, bajo diversas formas, por la economía política vulgar para defender al capitalismo).

¿Cómo han sido inventadas estas leyes "universales"? A partir de la actividad del hombre aislado. La robinsonada de

(19) C. Marx, *Contribución a la crítica de la economía política,* pág. 197, Ed. rusa.

la que se burlan Marx y Engels es exhumada otra vez por la "ciencia económica" burguesa. La vida de Robinson, dice Clark, fue introducida en la investigación económica debido a que "los principios que rigen la economía del hombre aislado continúan orientando la economía del Estado moderno".

¿Qué significa la "ley de utilidad marginal"? El salvaje, diserta Clark, produce un objeto cualquiera necesario para su consumo. Al multiplicarlo, llega al límite más allá del cual ese objeto comienza a perder su utilidad. Como sus necesidades están plenamente satisfechas, se dedica a confeccionar otros objetos. Esta "ley de utilidad marginal", concluye Clark, es válida para todos los sistemas económicos. Y la producción capitalista también se basará en ella. El movimiento del trabajo y del capital, y el pasaje del capital de una esfera a otra, estarían determinados por esa ley, en tanto que los mercados y los valores desempeñarían el papel de mecanismo de ejecución. "Son los actos de la sociedad que economiza sus fuerzas productivas y las dirige allí donde aporten el máximo de utilidad."

Por lo tanto, los capitalistas sólo tratarían de ser útiles a los hombres. Los explotadores, sedientos de ganancias, serían altruistas, singularmente preocupados por el bien de la humanidad. La distribución espontánea de los medios de trabajo y de los medios de producción, conforme a la ley de la concurrencia y de la anarquía de la producción, típica del capitalismo, y que es determinada por la búsqueda de ganancias, sería una ley "general" que regiría el proceso de formación de la riqueza "en todos los sistemas económicos". La acción destructiva de las fuerzas ciegas de la sociedad capitalista, que engendra un enorme desperdicio de fuerzas humanas y materiales, es presentada como "la acción de la sociedad que economiza sus fuerzas productivas".

Lo mismo sucede con las "leyes económicas universales" de Clark, por ejemplo la de "la productividad específica", según la cual el trabajo y las propiedades materiales del capital producen igualmente riqueza, repartida "en forma equitativa" entre capitalistas y obreros.

Aquí también el punto de partida es la producción de "el hombre solitario". Por ejemplo, el salvaje atrapa un pescado, de lo cual surge una productividad determinada. Pero he aquí que confecciona una canoa que torna más productiva su pesca. Este rendimiento acrecentado es el resultado de las cualidades materiales de la barca. Sólo queda por proclamar, como lo hace Clark, que la canoa del salvaje es un capital que colabora armoniosamente con su trabajo, y ya se habrá hecho todo lo posible para fabricar una "ley económica universal".

He aquí la fórmula:

"Allí donde colaboran capital y trabajo, un análisis suficiente nos permite descubrir un producto determinado que puede ser adscripto a una unidad de cada uno de ellos."

O sea que en el régimen capitalista el obrero es pagado por el resultado total de su productividad específica, de igual modo que el capital por la suya.

Los economistas burgueses de otrora, lo mismo que los de hoy, temen como al fuego el análisis del carácter particular de cada fase social y de las leyes reales que obran en cada formación. Sólo conocen una categoría de leyes, "universales", suprahistóricas, y borran de tal modo las diferencias cualitativas entre los diversos grados de desarrollo de la sociedad.

Pero como lo ha demostrado Marx, sólo las características específicas, y no los caracteres generales, comunes a todas las formaciones, distinguen a un organismo de otro, y permiten entender las fuerzas motrices y las causas de la evolución de todo organismo social.

Si se quiere saber por qué, en la sociedad primitiva, el arco y la flecha no se transforman en capital, en tanto que en el régimen capitalista las máquinas se convierten en él, es preciso distinguir y estudiar lo *específico,* lo propio de cada una de estas etapas *históricas* del desarrollo: es preciso entender sus leyes concretas. No existe otro método de conocimiento científico.

A propósito de ciertas determinaciones generales de la producción, Marx escribe: "Sin ellas no se puede concebir produc-

ción alguna. Pero si bien es cierto que los idiomas más evolucionados tienen en común con los menos evolucionados ciertas leyes y determinaciones, constituye su evolución precisamente todo lo que se diferencia de esos caracteres generales y comunes. Del mismo modo, es preciso distinguir las determinaciones que valen para la producción en general, a fin de que la unidad —que surge ya del hecho de que el sujeto, la humanidad, y el objeto, la naturaleza, son idénticos— no haga olvidar la diferencia esencial. De este olvido nace, por ejemplo, toda sabiduría de los economistas modernos que pretenden demostrar la eternidad y la armonía de las relaciones que existen en la actualidad. Por ejemplo, no hay producción posible sin un instrumento de producción, aunque ese instrumento sea la mano. No hay producción posible sin trabajo anterior acumulado, aunque ese trabajo sólo sea el de la habilidad que el ejercicio repetido ha desarrollado y fijado en la mano del salvaje. Entre otras cosas, el capital es también un instrumento de producción, y también él es trabajo pasado, objetivado. Por lo tanto el capital es una relación natural universal y eterna; *sí, pero a condición de olvidar precisamente el elemento específico, el único que transforma en capital el 'instrumento de producción', el trabajo acumulado"*.[20]

Para Marx tiene importancia, entonces, distinguir el carácter específico de los fenómenos, porque en él se expresa la originalidad histórica de cada fase de la evolución. Tal es uno de los imperativos del método dialéctico marxista, tan profundamente desarrollado en *El Capital.*

En su *Contribución a la crítica de la economía política,* Marx hace notar que aun las categorías abstractas más sencillas, que expresan lo que es común a todos los modos de producción, por ejemplo el trabajo en general, sólo se explican plenamente en las condiciones históricas determinadas que las engendran.

El trabajo en general es indiferente a sus formas particulares, pero esta indiferencia supone las condiciones de la pro-

(20) C. Marx, *Contribución a la crítica de la economía política,* págs. 195-196, Ed. rusa.

ducción capitalista, en la que todo tipo de trabajo es fuente de plusvalía, en la que lo importante es el trabajo en general y no sus formas concretas.

Las leyes del modo de producción capitalista, científicamente establecidas por Marx, traducen las condiciones específicas de ese régimen. Son las leyes de una época determinada, que sólo actúan en un marco histórico determinado y dejan su lugar a otras leyes en el momento en que las condiciones cambian. Tal es el caso de las leyes de la plusvalía, de la cuota media de ganancia, de la reproducción y de la acumulación capitalistas, etc.

Examinemos desde este punto de vista la ley general de la acumulación capitalista. La extensión del capital y el acrecentamiento de la riqueza en un polo corren parejas con el aumento relativo del ejército industrial de reserva y la agravación de la miseria en el otro polo. Se trata de una manifestación de la ley económica fundamental del capitalismo en virtud de la cual los capitalistas extraen plusvalía a los obreros, perciben ganancias cada vez mayores y, en la etapa del imperialismo, buscan las ganancias máximas.

La ley general de la acumulación capitalista es inseparable de las condiciones históricas del capitalismo. No podría actuar en las otras formaciones económicas y sociales. El crecimiento del ejército industrial de reservas, dicho de otro modo, de la cantidad de desocupados, resulta del de la productividad del trabajo, del perfeccionamiento de la técnica, de los instrumentos de producción, y de su empleo por los capitalistas. Marx indica que la ley en virtud de la cual una cantidad cada vez mayor de medios de producción puede ser utilizada con un gasto menor de fuerza humana, gracias a la elevación del rendimiento, es una ley válida para todas las épocas.

Pero tampoco aquí se entendería nada de la acción de esta ley en el régimen capitalista si no se tuviera en cuenta la manera específica en que se expresa. El capital amplía la producción y lanza al mercado enormes masas de mercancías, pero no para satisfacer las necesidades de la población, de los trabajadores. Su objetivo es la ganancia. Por lo tanto, la disminución relativa de la cantidad de obreros ocupados

debida al aumento del rendimiento no es compensada por una ampliación de la producción tendiente a satisfacer las necesidades de los trabajadores, único medio de impedir la desocupación. Los obreros "excedentes" van a engrosar las filas del ejército industrial de reserva, atributo inseparable del modo capitalista de producción.

La disminución del gasto de fuerza humano, acompañado del aumento de la productividad del trabajo, es una ley válida para todas las épocas. Marx hace notar al respecto:

"La ley según la cual, gracias a los progresos hechos por la productividad del trabajo social, puede ponerse en movimiento una masa cada vez mayor de medios de producción con un desgaste cada vez menor de fuerza humana, es una ley que dentro del régimen *capitalista,* en que los obreros no emplean los instrumentos de trabajo, sino que son éstos los que emplean a los obreros, se trueca en otra cosa: la de que *cuanto mayor es la fuerza productiva del trabajo, y mayor, por tanto, la presión ejercida por el obrero sobre los instrumentos que maneja,* más precaria es su condición de vida: *venta de la propia fuerza* para incrementar la riqueza de otro o alimentar el crecimiento del capital. Es decir, que el *rápido desarrollo de los medios de producción y de la productividad del trabajo, así como de la población productiva,* se trueca, *capitalistamente,* en lo contrario: en que la *población obrera crece siempre más rápidamente que la necesidad de explotación del capital.*"(21)

De ello deduce Marx también la ley específica de la población. La sociedad capitalista engendra inevitablemente un excedente relativo de la población, en relación con las necesidades medias indispensables para el acrecentamiento del capital. En la etapa imperialista, esta superpoblación se acentúa aun más y la desocupación se convierte en un fenómeno crónico; el ejército industrial de reserva engloba a millones de hombres.

Marx reduce a la nada al maltusianismo, con sus leyes

(21) C. Marx, *El Capital,* t. I, pág. 519, Ed. cit.

abstractas y "eternas" de población, que en realidad tienen un carácter no menos histórico que las otras:

"Es ésta una *ley de población* peculiar del *régimen de producción capitalista,* pues en realidad todo régimen histórico concreto de producción tiene sus leyes de población propias, leyes que rigen de un modo históricamente concreto. Leyes abstractas de población sólo existen para los animales y las plantas, mientras el hombre no interviene históricamente en estos reinos."[22]

Esta tesis coloca en el lugar que les corresponde a los maltusianos contemporáneos que preconizan la destrucción de la población "excedente", a fin de aliviar la situación del capitalismo. Si se creyera lo que dicen, el "excedente" se explicaría por una ley "natural" suprahistórica, y no por una ley del capitalismo. El método histórico pulveriza las pamplinas de los reaccionarios de ayer y de hoy. No existen leyes abstractas de población, sino sólo leyes históricas concretas.

La experiencia de la construcción del socialismo en la URSS atestigua que después de la sustitución del capitalismo por el socialismo, las leyes económicas propias de aquél pierden su validez y dejan lugar a nuevas leyes. Por ejemplo, no quedan ya rastros de la antigua ley de la acumulación capitalista, reemplazada por la de la acumulación socialista basada en la ley económica fundamental del socialismo. Ya no es posible que las riquezas se acrecienten en un polo y las miserias en el otro. En la URSS no existen clases explotadoras; no hay explotadores ni explotados. La producción no tiene por objeto enriquecer a un puñado de capitalistas, sino satisfacer las necesidades incesantemente crecientes de la masa trabajadora, asegurar el reforzamiento y el florecimiento de la sociedad. Por eso la ley de la acumulación socialista no puede culminar en la oposición de la riqueza en un polo y de la miseria en el otro, como es propio de la ley general de la acumulación capitalista. Hace tiempo que la desocupación ha desaparecido para siempre en la URSS.

(22) C. Marx, *El Capital,* t. I, pág. 508, Ed. cit.

Se entiende que estas nuevas condiciones históricas engendran necesariamente una nueva ley de población, distinta de manera radical a la que se basa en las relaciones capitalistas. Uno de los rasgos característicos de la nueva sociedad soviética es el de que el crecimiento de la población no ha sido nunca tan elevado.

Las antiguas leyes del modo de producción capitalista han dejado lugar a nuevas leyes que expresan una conmoción social nacida con la victoria del socialismo. La ley económica fundamental del capitalismo, la de la producción de plusvalía por explotación de los obreros, es suplantada en la sociedad socialista por otra ley económica fundamental, la de la satisfacción máxima de las necesidades materiales y culturales en incesante crecimiento de toda la sociedad, gracias al aumento continuo de la producción y su perfeccionamiento sobre la base de una técnica superior. La ley de la concurrencia y de la anarquía de la producción es reemplazada por la del desarrollo armónico, proporcional, de la economía nacional. Desconocer el carácter histórico de las leyes sociales, desconocer el hecho de que incluso las leyes más generales de las diversas formaciones se manifiestan en forma diferente según los cambios de situación y de las condiciones, es abandonar el terreno de la realidad para entrar en un mundo imaginario.

Para Marx, incluso las leyes específicas se desarrollan y se modifican históricamente, cosa que demuestra hasta qué punto sus investigaciones están penetradas del espíritu del método histórico dialéctico. Cada modo de producción recorre diferentes fases que señalan necesariamente con sus huellas la acción de las leyes. Por ejemplo, la ley de la producción de plusvalía bajo el capitalismo manufacturero se manifiesta sobre todo bajo la forma de la lucha de los capitalistas por la prolongación de la jornada de trabajo, por el aumento de la plusvalía absoluta. En el período del maquinismo, esta ley se expresa, en esencia, por la lucha por el aumento de la plusvalía relativa.

El análisis leninista de las modificaciones sufridas por el capitalismo cuando éste se convierte en capitalismo monopolista, imperialista, demuestra toda la importancia del método histórico, incluso cuando se trata de leyes de una sola forma-

ción. Lenin ha señalado que ciertas características fundamentales del capitalismo, por ejemplo la libre concurrencia, se han convertido en su contrario directo, el monopolio. Descubrió la forma y el carácter nuevo de la ley del desarrollo desigual en la época del imperialismo, y observó los resultados de su acción en condiciones modificadas. Se sabe que el descubrimiento de la ley del desarrollo desigual bajo el imperialismo permite a Lenin elaborar una nueva teoría de la revolución socialista. Sin el análisis histórico de las modificaciones sufridas en nuestra época por las leyes del modo de producción capitalista no habría podido dotar al protetariado de Rusia y a su partido con la teoría de la posibilidad de la victoria del socialismo, al principio, en un solo país.

La ley del valor es un ejemplo de las modificaciones históricas de una sola y única ley económica debido al cambio de las condiciones. En el conocido anexo al libro segundo de *El Capital,* Engels indica que dicha ley actuó durante 5000 a 7000 años, o sea, durante un período considerable, desde los orígenes del intercambio que transformó los productos en mercancías. La ley del valor actúa en diversas formaciones económicas y sociales. Es verdad que se cometería un grave error si se pensara que esta ley se expresa de la misma manera y culmina en los mismos resultados a despecho de la sucesión de las formaciones sociales. La experiencia de la construcción socialista en la URSS atestigua que la ley del valor se mantiene incluso en la sociedad socialista, que realiza un salto gigantesco y pasa de las antiguas formaciones antagónicas a un régimen en el que los antagonismos de clase son desconocidos.

Durante el transcurso de un largo período, antes de la aparición del modo de producción capitalista, la ley del valor era la ley de la producción mercantil simple y no engendraba relaciones capitalistas, aunque las premisas del capitalismo hayan madurado con lentitud sobre esa base. En las sociedades esclavista y feudal existían ya una producción y una circulación de las mercancías, pero la economía natural predominaba en ellas, cosa que limitaba la acción de la ley del valor y no le dejaba libre juego. Esta ley sólo pudo desarrollarse plenamente

en el marco de la producción capitalista. Sólo entonces adquirió el valor la propiedad de "acrecentarse", de producir plusvalía. Como lo demostró Marx, en la producción y la circulación capitalistas el valor se expresa bajo la forma modificada, "metamorfoseada", del precio de producción. En esas condiciones, la ley del valor se concreta en la ley de los precios de producción.

La destrucción de las bases del modo de producción capitalista, a raíz del paso al socialismo, señala el comienzo de la desaparición de la ley del valor. Pero en la medida en que en la sociedad socialista, en la primera etapa del comunismo, la producción y la circulación de mercancías se mantienen aún, la ley del valor continúa actuando necesariamente. Sin embargo, la acción de esta ley está limitada en ella, no puede tener un campo amplio, ya que la propiedad social de los medios de producción es la que predomina, y puesto que se ha terminado con la anarquía y la concurrencia. La vieja ley del capitalismo, la de la concurrencia y la anarquía de la producción, ha dejado lugar a la ley del desarrollo armónico (proporcionado) de la economía nacional. En el régimen socialista, la ley del valor no regula ya la distribución del trabajo entre las diversas ramas de la producción.

El paso al comunismo y el reemplazo de la circulación de las mercancías por la distribución directa, señalará el fin de la ley del valor. Así, una sola y única ley se manifiesta y actúa de maneras diversas en las formaciones precapitalistas, en el régimen capitalista y, después de la desaparición de la sociedad burguesa, en la etapa inferior del comunismo. La ley económica fundamental de la sociedad socialista traduce el nuevo carácter de las condiciones históricas de la sociedad que se ha liberado del yugo capitalista y puesto fin a la explotación del hombre por el hombre.

Conviene hacer notar que la acción de las leves económicas generales no está aislada de las leyes específicas en cada fase histórica de la producción. Por el contrario, se revela de manera concreta en las leyes específicas y actúa por intermedio de ellas. Por ejemplo, la ley económica general de la correspondencia entre las relaciones de producción y el carácter de

las fuerzas productivas actúa a través de leyes económicas concretas. Las leyes económicas específicas del capitalismo, como la de la plusvalía, de la concurrencia, de la acumulación capitalista, etc., contribuyeron, en las primeras etapas de la sociedad burguesa, a la acción de esa ley general. La búsqueda de las ganancias, la concurrencia entre capitalistas, etc., hicieron progresar a las fuerzas productivas de la sociedad, elevaron el nivel técnico de la producción y permitieron a la sociedad acumular enormes riquezas materiales. Comparadas con las leyes del modo feudal de producción, desde entonces fenecidas, las del capitalismo fueron los poderosos motores del desarrollo de las fuerzas productivas. Su acción expresaba la correspondencia entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción de la sociedad burguesa en el momento de su desarrollo.

En la sociedad socialista los imperativos de esa misma ley económica general se realizan a través de la ley económica fundamental del socialismo, la ley del desarrollo armónico (proporcionado) de la economía nacional, la ley de la acumulación socialista, etc. Estas leyes presiden un desarrollo de la producción social desconocido hasta ahora, cosa que traduce la correspondencia entre las relaciones de producción socialistas y el carácter social de las fuerzas productivas.

Sería sin embargo inexacto que, basándonos en la estrecha vinculación de las leyes generales y las leyes específicas, disolviéramos a las primeras en las segundas y negáramos la acción autónoma de las leyes económicas generales. En primer lugar, las leyes específicas, tomadas cada una por separado o agrupadas en un conjunto, no agotan el fondo de una ley general determinada, por ejemplo, de la ley de la correspondencia entre las relaciones de producción y el carácter de las fuerzas productivas. Luego, las leyes específicas pueden funcionar en el sentido de imperativos de esta ley general, pero también pueden contradecirlas. Todo depende de las condiciones históricas en que intervengan dichas leyes específicas. Se sabe que las mismas leyes particulares que, luego de la ascensión del capitalismo, contribuyeron a realizar las disposiciones de esa ley general, frenan su acción a partir de la declinación de la sociedad burguesa y contradicen la realización de esas exigencias

objetivas. Por ejemplo, la ley de la concurrencia y de la anarquía de la producción está en flagrante contradicción con el carácter social de la producción moderna, que exige un desarrollo correspondiente de la producción, es decir, armónico y no espontáneo. Lo mismo sucede en cuanto a la ley económica fundamental del capitalismo.

Si la evolución de la sociedad burguesa estuviera sometida sólo a las leyes específicas del capitalismo, sería imposible superar el conflicto entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, es decir, que las fuerzas productivas de la sociedad no podrían progresar más. Pero en la medida en que el capitalismo se desarrolla, como toda otra formación social, de acuerdo con la ley económica general de la correspondencia entre las relaciones de producción y el carácter de las fuerzas productivas, los imperativos de esta ley general tienen que realizarse, sea cual fuere la resistencia del régimen capitalista caduco. La historia demuestra que dichos imperativos terminan por realizarse plenamente. La victoria del socialismo en la URSS y la construcción del socialismo en los países de democracia popular confirman con vigor la acción inflexible de esta ley económica general en la época actual.

Por consiguiente, no se pueden reducir las leyes económicas generales a las leyes específicas particulares, disolver las primeras en las segundas, aunque a la vez, tampoco sea posible oponerlas. Sólo teniendo en cuenta las unas y las otras, sólo teniendo en cuenta la compleja dialéctica de sus relaciones recíprocas, se puede estudiar la realidad de manera científica. El marxismo nos ordena que tratemos las leyes con un espíritu histórico, sean ellas generales o específicas.

Lo que constituye el carácter histórico de las leyes, como lo demuestra Marx en *El Capital,* es el hecho de que las leyes generales se expresan de diversas maneras en condiciones distintas, que cada modo de producción tiene sus leyes específicas, que estas últimas se modifican en el marco de una misma formación, en el curso de su evolución. Más aun, en *El Capital,* en *La teoría de la plusvalía* y en otras obras, Marx dedica una atención sostenida al carácter propio de la acción

y de las formas de expresión de las leyes económicas objetivas en el régimen capitalista y en el régimen socialista. Al mismo tiempo que muestra cómo actúan las leyes bajo el capitalismo, proporciona numerosas indicaciones del mayor interés respecto de la manera en que actuarán las leyes objetivas en el régimen socialista. La experiencia de la edificación socialista en la URSS confirma plenamente las previsiones de Marx. El problema es tan importante e interesante, que merece un examen aparte.

IV

Marx habló en muchas ocasiones de las leyes económicas del capitalismo, denominándolas *fuerzas ciegas,* leyes *ciegas* de la naturaleza. Tal es la forma histórica específica de estas leyes en el régimen capitalista.

En el libro tercero de *El Capital,* Marx indica que debido al reinado de la propiedad privada y al carácter anárquico de la producción capitalista, "...la trabazón de la producción en su conjunto se impone aquí a los agentes de la producción como una ley ciega, y no como una ley comprendida y, por tanto, dominada por una inteligencia asociada que someta a su control colectivo el proceso de producción".[23]

Marx señala que las leyes económicas del capitalismo se manifiestan como una necesidad ciega.

Al demostrar que la ley del valor se abre paso a través de las constantes fluctuaciones de los precios, a través de innumerables casualidades, escribe:

"La ley del valor sólo actúa aquí como ley interna, que los agentes individuales consideran como una ciega ley natural, y esta ley es, de este modo, la que impone el equilibrio social de la producción en medio de sus fluctuaciones fortuitas."[24]

(23) C. Marx, *El Capital,* t. III, pág. 241, Ed. cit.
(24) Ibíd., pág. 741.

El carácter espontáneo de las leyes económicas en el régimen capitalista se explica por la naturaleza de su modo de producción. En la sociedad burguesa no existe ni puede existir una regulación consciente de la producción, porque los medios de producción pertenecen a propietarios privados, y cada capitalista sólo busca su provecho personal y no los intereses sociales. La producción capitalista es anárquica. Su carácter social se expresa en forma sumamente compleja, por la circulación de las mercancías, la concurrencia, la ruptura y el restablecimiento incesante de la interdependencia de las diferentes partes del todo.

Como toda otra producción, la de la sociedad capitalista no podría existir y desarrollarse sin cierta proporcionalidad entre sus diversas ramas, entre la producción y el consumo, etc. ¿Pero cómo se establecen y cómo pueden establecerse esta interdependencia y estas proporciones necesarias en una sociedad en la que reina la anarquía y en la cual cada capitalista persigue sus objetivos personales? Ellas son efecto del movimiento espontáneo de la producción y de la circulación, de la acción de la competencia.

Lo característico de la producción capitalista, tal como lo indica Marx, es la constante tendencia a la ruptura de la interdependencia necesaria entre sus diferentes ramas, entre la producción y el consumo. Cuando se restablece el vínculo roto, sólo se restablece por un tiempo, de modo que en la etapa siguiente se produce un desequilibrio aun más grande, una perturbación aun más profunda del organismo económico. Las crisis estallan de manera periódica y señalan que la ruptura ha alcanzado límites extremos. Estas crisis destructivas son simultáneamente un modo espontáneo de restablecer por la violencia las proporciones determinadas entre las partes aisladas del todo. El movimiento necesario de la producción burguesa se desarrolla a través de constantes rupturas y del restablecimiento temporario de dichos vínculos. En esas circunstancias, el movimiento necesario se realiza bajo la forma de un *promedio* de innumerables apartamientos y violaciones del curso normal.

"Lo característico de la sociedad burguesa —escribía Marx — consiste precisamente en esto: en que *a priori* no hay una

regulación consciente, social, de la producción. Lo racional y lo necesario se producen en la naturaleza sólo como un promedio que opera ciegamente."[25]

Dado el carácter espontáneo de la producción capitalista, indica Marx, el propio equilibrio es una casualidad en ella.

Marx critica vivamente a Ricardo por haber desconocido las formas específicas, históricamente limitadas, de las leyes económicas en el régimen capitalista. El economista inglés no entendía y, como ideólogo de la burguesía, se negaba a entender la naturaleza anárquica de la sociedad capitalista. Por ejemplo, negaba la posibilidad de la superproducción y, por consiguiente, de las crisis. Ricardo y los otros economistas burgueses consideraban la producción capitalista, ora como una producción mercantil simple, en la que el comercio de intercambio es directo; ora como una producción social, en la que la sociedad distribuiría según un plan, en cierta medida, sus medios de producción y sus fuerzas productivas.

En rigor, las leyes del modo de producción capitalista actúan en forma ciega, cosa que hace imposible una administración aunque sólo sea un tanto consciente, planificada, de la economía capitalista. Esta es una manifestación del dominio de la propiedad privada de los medios de producción, de la anarquía de la producción y de la ley económica fundamental del capitalismo: la de crear y aumentar la plusvalía mediante la explotación del proletariado y de todos los trabajadores.

En el régimen capitalista, el Estado se encuentra por completo en manos de la economía capitalista, y no al revés. En la época del imperialismo, esta dependencia en relación con los monopolios capitalistas, que someten por entero el aparato del Estado, se acentúa aun más.

La economía planificada sólo es posible sobre la base de la propiedad social de los medios de producción, de la supresión del modo de producción burgués. Por consiguiente, las leyes económicas que caracterizan a la sociedad socialista se manifiestan y actúan bajo una forma nueva.

(25) C. Marx y F. Engels, *Correspondencia*, pág. 170, Ed. cit.

Se cometería un gran error si se pensara que la especificidad histórica de las leyes económicas en el régimen socialista significa que ellas pierden su carácter objetivo, que el Estado socialista puede derogar arbitrariamente las leyes y establecer otras. A semejanza de las otras leyes de la naturaleza y de la sociedad, las leyes económicas son independientes de la voluntad y la conciencia de los hombres. La verdadera libertad de los hombres no consiste en modificar las leyes a su antojo, sino en conocerlas y, por la actividad consciente, basándose en ellas, en utilizarlas en interés del desarrollo .de la sociedad Por ello subraya Marx que las particularidades de las leyes en las diversas épocas históricas *afectan a la forma bajo la cual se manifiestan,* y no a su carácter objetivo.

"No se puede eliminar ninguna ley natural. Lo que puede cambiar, con el cambio de circunstancias históricas, es la *forma* en que operan esas leyes."[26]

Esto podría ser meditado con toda utilidad por aquellos que confunden la utilización consciente de las leyes objetivas con la negación del carácter objetivo de las leyes. Una vez que conocen las leyes objetivas de la evolución, los hombres pueden utilizarlas en su actividad, pero no pueden crearlas ni modificarlas. La actividad consciente es capaz de acelerar el desarrollo histórico cuando se apoya en las leyes objetivas, o bien, al contrario, puede frenar el desarrollo de la sociedad cuando se dirige contra esas leyes.

Las leyes de la naturaleza se aplican de otra manera que las de la sociedad. Una de las particularidades de las leyes sociales consiste en que los intereses de las clases reaccionarias que han terminado su ciclo entran en contradicción con las leyes objetivas del desarrollo progresivo de la sociedad. En tanto que las leyes de la naturaleza son descubiertas y aplicadas más o menos sin obstáculo, las de la revolución social chocan con la resistencia de las clases condenadas por la historia, de esas clases cuya actividad, lejos de favorecer al progreso social, lo frena. Dicho de otra manera, la utilización de las leyes de la

(26) C. Marx y F. Engels, *Correspondencia,* pág. 169, Ed. cit.

sociedad tiene un carácter de clase. Los hombres pueden siempre limitar la acción de esas leyes, acelerarla o frenarla por un tiempo, pero no pueden ni modificarlas ni derogarlas.

Lo mismo rige para la formación socialista. También allí las leyes tienen un carácter objetivo, no dependen de la voluntad de los hombres y determinan su actividad consciente. Por consiguiente, no es la desaparición del carácter objetivo de las leyes lo que constituye la especificidad histórica de su acción y de su forma de expresión después de eliminado el capitalismo y de la victoria del socialismo. Marx subraya con fuerza, en *El Capital,* que la necesidad histórica reina de modo parejo en todos los modos de producción.

"Así como el salvaje tiene que luchar con la naturaleza para satisfacer sus necesidades, para encontrar el sustento de su vida y reproducirla, el hombre civilizado tiene que hacer lo mismo, bajo todas las formas sociales y bajo todos los posibles sistemas de producción. A medida que se desarrolla, desarrollándose con él sus necesidades, se extiende este reino de la necesidad natural, pero al mismo tiempo se extienden también las fuerzas productivas que satisfacen aquellas necesidades."[27]

En muchas ocasiones Marx arroja luz sobre este aspecto *nuevo,* sobre estas formas históricas específicas que distinguirán la acción de las leyes objetivas en el régimen socialista. No se trata sólo de leyes nuevas del modo de producción socialista luego de la supresión del capitalismo, sino también del carácter de la manifestación, de la acción, de la realización de las leyes objetivas en condiciones históricas nuevas, creadas por la victoria del socialismo. Las leyes dejan de ser *fuerzas que actúan ciegamente,* dejan de ser leyes *ciegas* de la naturaleza. En el régimen socialista, la sociedad somete a su dominio el desarrollo de la producción. La verdadera libertad de los hombres se realiza en la gestión de la vida social. Marx explica qué hay que entender por libertad de los hombres que someten a su dominio el desarrollo de la sociedad.

(27) C. Marx, *El Capital,* t. III, pág. 695, Ed. cit.

"La libertad, en este terreno —dice—, sólo puede consistir en que el hombre socializado, los productores asociados, regulen racionalmente este su intercambio de materias con la naturaleza, lo pongan bajo su control común en vez de dejarse dominar por él como por un poder ciego, y lo lleven a cabo con el menor gasto posible de fuerzas y en las condiciones más adecuadas y más dignas de su naturaleza humana. Pero, con todo ello, siempre seguirá siendo éste un reino de la necesidad."[28]

En el régimen socialista las leyes, por lo tanto, no dejan de actuar con una necesidad objetiva, independiente de la voluntad de los hombres. El dominio sobre las leyes significa sólo que la "razón colectiva" de los hombres liberados del yugo del capitalismo descubre estas leyes y, gracias a la organización planificada de la economía, somete el proceso de la producción a su dominio.

La experiencia de los pueblos de la Unión Soviética, que fueron los primeros en derribar el régimen capitalista y en edificar la sociedad socialista, confirma de manera total la previsión de Marx en cuanto al carácter nuevo del desarrollo en la sociedad socialista. La ley general que actúa en todas las formaciones, la de la distribución del trabajo social, de los medios de producción en proporciones determinadas, conforme a las necesidades de la sociedad, actúa y se manifiesta en la sociedad soviética de muy otro modo que en el régimen capitalista. Funciona bajo la forma de la actividad consciente del Partido Comunista, del Estado y del pueblo, y no a través del mecanismo espontáneo de la concurrencia. Marx había previsto que, sobre la base de la producción colectiva, el papel de regulador, en lugar de la concurrencia y de las crisis, sería representado por la ley de la distribución planificada de los medios de producción, del trabajo, etc.

"La economía de tiempo —escribía—, del mismo modo que la distribución planificada del tiempo de trabajo en las diferentes ramas de la producción, sigue siendo la primera ley

(28) C. Marx, *El Capital*, t. III, pág. 695, Ed. cit.

económica de la producción colectiva. Se convertirá incluso en una ley en un grado mucho más elevado."(29)

Como lo ha demostrado la experiencia de la economía socialista, la acción y la forma de expresión de esta ley objetiva son totalmente distintas de las de las leyes del capitalismo. La naturaleza de las leyes objetivas del socialismo es tal, que la sociedad se ve obligada a conocerlas y a actuar en forma consciente conforme a sus imperativos. El conocimiento de la ley del valor o de la ley de la concurrencia y de la anarquía de la producción no puede modificar el carácter espontáneo, "ciego", de su acción en la economía burguesa. El conocimiento de las leyes de la economía política no puede contener su fuerza destructora, por ejemplo, conjurar las crisis económicas, etc. Los estados burgueses se esfuerzan, sin duda alguna, en postergar por un tiempo, mediante ciertas medidas, por ejemplo la carrera armamentista, la militarización de la economía, las crisis económicas. Por lo demás, la acción espontánea de las leyes del capitalismo no significa en modo alguno que en esa sociedad los hombres estén condenados a la pasividad y que no puedan limitar o acentuar con su acción los efectos de las leyes objetivas del modo de producción capitalista. Sin hablar de la actividad consciente del partido del proletariado, que utiliza el conocimiento de las leyes del capitalismo para acelerar el proceso del relevo históricamente necesario del capitalismo por el socialismo, los propios agentes de la producción burguesa, los capitalistas, guiados por sus intereses de clase, adoptan medidas destinadas ya sea a utilizar, ya sea a restringir la acción de las leyes objetivas. Ni que decir que al hacerlo no se atienen al conocimiento científico de dichas leyes, sino a su instinto de clase, a su tendencia esencial, que es la de obtener las mayores ganancias. Es así como la ley objetiva de la tendencia decreciente de la cuota de ganancias aparece como el resultado irreversible del conjunto del movimiento del capital. Pero esto no quiere decir que los capitalistas se acomoden de manera pa-

(29) Archivos Marx y Engels, t. IV, pág. 119, Ed. rusa, Moscú, 1935.

siva a esta tendencia objetiva. Por medio de una serie de medidas (acentuación de la explotación de los obreros, reducción de los salarios por debajo del valor de la fuerza de trabajo, etc.), se oponen a esa tendencia y hacen más lentos sus efectos.

Marx ha señalado diferentes "causas adversas" que "no suprimen las leyes, pero debilitan su acción". Del mismo modo, los capitalistas y los estados capitalistas, como ya se ha visto, se ingenian para retardar por todos los medios el estallido de una crisis económica, para limitar, para frenar la acción de las leyes objetivas que determinan las crisis. Estas medidas pueden ser eficaces durante algún tiempo. Pero ninguna medida puede eliminar las condiciones que engendran las crisis y, por consiguiente, suprimirlas conservando al mismo tiempo el régimen capitalista. La acción espontánea, ciega, de las leyes económicas del capitalismo surge de la naturaleza misma del modo de producción capitalista.

Por el contrario, lo que caracteriza el modo de producción socialista es el desarrollo armónico que responde a los imperativos de las leyes económicas objetivas. De donde una nueva forma de su manifestación, por ejemplo la ley del desarrollo armónico (proporcionado) de la economía nacional, se realiza, no como una especie de medida de fluctuaciones y de apartamientos perpetuos en relación con la norma, sino gracias a la planificación consciente de la economía, a los planes quinquenales y anuales establecidos por el Estado y que traducen las disposiciones de esa ley objetiva.

Por supuesto que esto no significa que no puedan producirse ciertas rupturas de equilibrio en la evolución de la economía soviética. Pero lejos de ser una necesidad objetiva, aparecen sobre todo como producto de defectos o errores de planificación, de insuficiente dominio sobre la ley del desarrollo armónico de la economía nacional. En el régimen capitalista el equilibrio nace del constante desequilibrio, y por lo tanto es el resultado de la acción de simples coincidencias. Muy por el contrario, en la sociedad socialista el desarrollo armónico es una ley objetiva que orienta a los órganos del Estado.

En el régimen capitalista las leyes necesarias se abren camino a través de innumerables contingencias. El azar actúa libremente allí y la necesidad se manifiesta a través de la casualidad y por medio de ella. Sólo el análisis de estas contingencias permite descubrir detrás de ellas la ley oculta que las rige y cuya base constituye. Por ello un rasgo característico de las leyes económicas del régimen capitalista es el de que, como lo indicaba Marx, su manifestación es sumamente compleja y confusa.

"En toda la producción capitalista ocurre lo mismo: la ley general sólo se impone como una tendencia predominante de un modo muy complicado y aproximativo, como una media jamás susceptible de ser fijada entre perpetuas fluctuaciones."[30]

En el régimen socialista las leyes del desarrollo de la sociedad han dejado de ser un término medio de fluctuaciones y apartamientos. El papel del azar ha disminuido en forma considerable, las leyes no tienen que abrirse paso a través de contingencias, como en el caso del régimen capitalista, porque la sociedad socialista no es una sociedad de productores aislados, en la que cada uno actúa por su cuenta y riesgo. Además, las leyes se manifiestan en ella bajo una forma incomparablemente más clara, transparente. El equilibrio social necesario de las distintas ramas de la producción y las proporciones indispensables entre ellas son establecidos por los organismos del Estado. Dueña de las leyes económicas objetivas, la sociedad traza los planes del desarrollo, realizados por la actividad consciente de los hombres.

Demos un ejemplo. Se sabe que la industria pesada, la producción de medios de producción, es la base del desarrollo de la economía nacional. En el régimen capitalista lo mismo que en el régimen socialista, el aumento de la producción en su conjunto implica el crecimiento prioritario de la producción de medios de producción. Esta particularidad, establecida por la teoría marxista de la reproducción ampliada, de las relaciones entre los dos sectores fundamentales, constituye una ley ge-

(30) C. Marx, *El Capital*, t. III, pág. 160, Ed. cit.

neral. Es necesaria cierta proporción entre la industria de los medios de producción y la de los bienes de consumo, proporción que se acentúa en favor de la primera, sin lo cual sería imposible el progreso rápido de la industria ligera. La industrialización de los países burgueses y de la Unión Soviética muestra la profunda diferencia existente entre las formas de realización de esa ley general en las sociedades capitalista y socialista. En los países capitalistas, el proceso de industrialización comienza por la industria ligera. Esto se explica por el carácter espontáneo de su desarrollo, porque los capitales afluyen en primer lugar hacia las ramas que permiten obtener beneficios con más facilidad y que requieren menos inversiones, en las que el capital circula a más velocidad, es decir, allí donde la producción es más rentable desde el punto de vista de la ganancia. Sólo después de un largo período de desarrollo de la industria ligera, cuando se han acumulado los medios necesarios, le llega el turno a la industria pesada. Se ve que en el régimen capitalista esta ley sigue un camino sumamente tortuoso.

La industrialización de la Unión Soviética se ha desarrollado de muy otra manera. Orientado por las leyes económicas objetivas (ley fundamental del socialismo, ley del desarrollo armónico, proporcionado, de la economía nacional), el Partido Comunista se basó en el hecho de que sin industria pesada la construcción del socialismo, la reconstrucción socialista de la agricultura, la capacidad de defensa y la independencia del país son imposibles. De acuerdo con las leyes objetivas, el Partido y el Estado trazaron los planes de la economía nacional dedicando enormes recursos al progreso de la industria pesada. La industrialización permitió a un país atrasado realizar un prodigioso salto hacia adelante. Sólo el desarrollo prioritario de la industria pesada hace posible el rápido avance de la agricultura y un nuevo desarrollo de la industria ligera.

En la sociedad socialista, la ley objetiva se realiza, no espontáneamente, sino por la actividad racional de los hombres

que dirigen la producción. Ello significa que las leyes y las relaciones sociales no son ya demiúrgos, sino que están al servicio de hombres liberados del yugo del capital. Esta es la especificidad histórica de las leyes sociales objetivas después de la supresión del capitalismo y de la victoria del régimen socialista.

CAPITULO III

LA TEORIA DIALECTICA DEL DESARROLLO. PASO DE LOS CAMBIOS CUANTITATIVOS A LOS CAMBIOS CUALITATIVOS

I

El análisis de las conexiones internas de la sociedad capitalista y de los rasgos específicos del modo de producción burgués, el método histórico de abordar los hechos, son testimonio de la aplicación en *El Capital* de la teoría dialéctica del desarrollo. Por primera vez en la historia de las doctrinas económicas, Marx considera el capitalismo como un fenómeno que evoluciona. A diferencia de sus predecesores Smith y Ricardo y otros economistas para los cuales el capitalismo es una cosa inmutable y dada de una vez por todas, Marx lo considera como un *proceso,* como un organismo social en perpetuo movimiento, que sufre profundas transformaciones.

En su prefacio al primer libro de *El Capital,* Marx define brevemente su método. Muestra que la sociedad capitalista no es un "cristal rígido", sino un organismo susceptible de evolucionar y sujeto a constantes metamorfosis.

Caracteriza su método dialéctico en las palabras finales a la segunda edición de *El Capital* y precisa que dicho método estudia "toda forma hecha" en "su movimiento mismo", y por lo tanto, en su aspecto transitorio.

Marx aprueba la opinión de Kaufmann, que estima que para el autor de *El Capital* "no interesa sólo encontrar la ley de los fenómenos que él estudia... lo que importa por encima

de todo es *la ley de su cambio,* de su desarrollo, es decir, de su paso de una forma a la otra, de un orden de vinculación al otro".

Al considerar al capitalismo bajo el ángulo de su aparición, de su evolución y de su necesaria caída, Marx revolucionó la concepción de ese modo de producción.

Antes de él, la economía política burguesa, incluso en sus representantes de vanguardia como Smith y Ricardo, tenía un carácter metafísico. La opinión que tenían acerca del modo burgués de producción no era la de un hecho histórico que evoluciona y cambia dentro de límites determinados. Dicho modo de producción sería una categoría eterna, correspondiente a una "naturaleza humana" inmutable. Si los economistas burgueses no lograron explicar la verdadera naturaleza del modo de producción capitalista, es porque lo consideraban un organismo acabado, de formas petrificadas, dadas de una vez para siempre. Esta posición tenía profundas raíces de clase. El método metafísico era la expresión filosófica de los intereses de clase que esos economistas defendían en su calidad de ideólogos burgueses.

Marx hizo tabla rasa, en *El Capital,* con ese método. Al aplicar el método dialéctico contribuyó en gran medida a hacer entender qué es la teoría dialéctica del desarrollo y cómo debe ser puesta en prácitca en el estudio de lo concreto.

El Capital es un modelo en ese sentido. Si Marx desembrolla la maraña de las relaciones económicas más complejas a fin de tornarlas claras y trasparentes, es porque las capta en su desarrollo, en su cambio, sigue sus orígenes y las etapas que atraviesan, su paso a nuevas formas determinadas, surgidas de toda la evolución anterior.

Para los antiguos economistas la existencia de la mercancía, del dinero, del capital, se daba por supuesta. En vano se buscaría en sus obras un análisis de esos fenómenos en cuanto *términos* necesarios de *un desarrollo.* De este modo, no fueron capaces de percibir, por detrás de tales categorías económicas, las relaciones sociales complejas, las contradicciones profundas de la evolución de la producción y del intercambio, basados en la propiedad privada de los medios de producción. De ahí la ri-

gidez de sus conceptos económicos, desprovistos de esa flexibilidad propia de las nociones que reflejan una realidad movible.

Muy distinto es el caso de Marx; ninguna categoría económica tiene ese carácter estático y fijo. Toda definición desemboca en otra, porque en la vida concreta los hechos que esa definición resume y sistematiza se desarrollan y se transforman sin cesar.

En el prefacio al libro tercero de *El Capital,* Engels critica a un economista que no entendió ciertos aspectos de la teoría económica de Marx, a quien acusa de dar definiciones fijas cuando en realidad las desarrolla y excluye las definiciones hechas a la medida. "Allí donde las cosas y sus mutuas relaciones no se conciben como algo fijo e inmutable, sino como algo sujeto a mudanza, es lógico que también sus imágenes mentales, los conceptos, se hallen expuestas a cambios y transformaciones, que no se las enmarque en definiciones rígidas, sino que se las desarrolle en su proceso histórico o lógico de formación."(1)

Algunos ejemplos nos harán entender mejor cómo la aplicación de la teoría dialéctica del desarrollo y el estudio de los hechos económicos concretos en su movimiento y en su evolución permiten a Marx entender la naturaleza de los mismos.

Se sabe que la economía política burguesa no llegó a entender el carácter social, real, del dinero, y menos el papel de este último en el proceso de circulación del capital. Ahora bien, ello se debe principalmente al hecho de que dicha economía burguesa consideraba el dinero como una forma acabada, sin entender que el dinero resulta de un desarrollo determinado. Es verdad que en Smith se encuentra una tentativa de explicación del origen de la moneda, pero todo su análisis viene a culminar en la afirmación de que con la división del trabajo el intercambio chocó con dificultades, y que para solucionarlas se creyó oportuno "contar con cierta cantidad de determinada mercancía", de tales características, que "pocas personas se sintiesen dispuestas a rechazarla en cambio del producto de

(1) C. Marx, *El Capital,* t. III, págs. 17-18, Ed. cit.

su industria".[2] El ganado, la sal, etc., representaron al principio ese papel; más tarde fue el metal.

Para Smith, el dinero no es, entonces, otra cosa que un simple intermediario en el intercambio de mercancías. Sin duda, tal como lo ha demostrado Marx, la forma dinero no es más que el reflejo, fijado sobre una mercancía, de sus relaciones con todas las otras, y Smith tenía razón, en ese sentido, cuando trató de aclarar la naturaleza de la moneda a partir de las relaciones mutuas de las mercancías. Pero no entendió el carácter social del dinero, mercancía de tipo especial que encarna el valor y se opone a todas las otras mercancías, como al mundo de los valores de uso. Estaba muy lejos de entender que el dinero resulta del valor de uso y del valor de la mercancía, y que expresa las contradicciones de una producción social basada en la propiedad privada de los medios de producción.

Tampoco lo entendió Ricardo. Marx le reprocha el que sostenga que el dinero no es más que un intermediario que permite realizar el intercambio. Demuestra que la chatura de esta concepción, digna de un economista vulgar del tipo de Say, proviene del hecho de que Ricardo no ha analizado la forma valor como forma específica del producto en el marco de la producción mercantil. Cuando Ricardo estudia el dinero, el valor de cambio, olvida la determinación *cualitativa* "...a saber, la circunstancia de que el trabajo individual, por medio de su enajenación (*alienation*), tiene que representarse necesariamente como un trabajo general abstracto, como un trabajo social."[3]

La contradicción del trabajo individual privado y del trabajo social general y abstracto es característica de la producción mercantil, y el dinero proviene de la acentuación de esa contradicción, de la acentuación de las relaciones mercantiles.

---

(2) A. Smith, *Investigaciones sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones*, t. I, pág. 24, Ed. rusa, Moscú, 1935.

(3) C. Marx, *El Capital* (Historia crítica de la teoría de la plusvalía), t. V, pág. 34, Ed. cit.

Por no haberlo entendido así, Smith y Ricardo se niegan a ver en el dinero una forma esencial, independiente y alienable, del mundo de las mercancías, y lo consideran, según la expresión de Marx, como la "forma momentánea" que concede unidad al acto del intercambio. De esa manera, no pueden entender que la aparición misma del dinero pueda implicar una *posibilidad* de crisis.

Los economistas vulgares admiten el "carácter mágico de la moneda", susceptible de ser cambiada por cualquier mercancía, y lo admiten como cosa indudable, por lo cual no se cuidan de profundizar las cosas, disimulan las evidentes contradicciones del capitalismo. Marx explica por qué atribuyen al dinero un carácter mágico: "El movimiento que sirve de enlace —dice—, desaparece en su propio resultado sin dejar la menor huella". De ahí la impresión de que: "Una mercancía no se presenta como dinero porque todas las demás expresen en ella sus valores, sino que, por el contrario, éstas parecen expresar sus valores de un modo general en ella por ser *dinero*".(4)

Por consiguiente, basta con restablecer todo el *movimiento* que condujo a la aparición del dinero, para que su aspecto mágico desaparezca en una nube de humo. Sólo cuando se lo considera como una forma fija —y únicamente en ese caso— nace la idea absurda de su esencia sobrenatural que nos "ciega".

Que el dinero es una mercancía de un orden especial, sólo puede ser un descubrimiento para el que lo considera como una forma acabada y trata de analizarlo retrospectivamente. Desde el principio Marx precisa la tarea que se asigna.

"Ahora bien —escribe—, es menester que consigamos nosotros lo que la economía burguesa no ha intentado siquiera: poner en claro la génesis de la forma dinero, para lo cual tendremos que investigar, remontándonos desde esta forma fascinadora hasta sus manifestaciones más sencillas y humildes, el desarrollo de la expresión de valor que se encierra en la re-

(4) C. Marx, *El Capital*, t. I, pág. 78, Ed. cit.

lación de valor de las mercancías. Con ello veremos, al mismo tiempo, cómo se esfuma el enigma del dinero."(5)

Marx cumple con esta tarea en el primer capítulo del primer libro de *El Capital*. En dicho capítulo sigue la pista del desarrollo del valor desde su forma más simple, accidental, hasta su forma moneda, la forma que "enceguece". Demuestra que el valor de una mercancía sólo puede expresarse a través de su relación con otra, en el curso del intercambio mercantil. Por eso la relación de una mercancía con otra cualquiera, de especie diferente, es la relación más simple de todas. Tal es el caso de la forma simple, aislada o accidental, del valor.

Marx demuestra que la mercancía que desempeña el papel de la forma equivalente del valor, y que traduce la de una mercancía bajo su forma relativa, sólo expresa el valor porque encarna el trabajo humano abstracto. A partir de la forma elemental o accidental del valor, una mercancía (aquella cuyo valor es expresado) sirve de forma del valor real de uso, y otra mercancía (medida del valor de la primera) sirve de forma al valor.

En esta forma elemental descubre Marx el germen de la forma dinero. Además, este análisis le permite arrancar el misterioso velo que oculta la verdadera naturaleza del dinero. Si la moneda posee la propiedad maravillosa de ser cambiada por una mercancía cualquiera, no es porque esa propiedad le sea inherente, sino porque es una mercancía parecida a las otras, porque encarna trabajo humano abstracto invertido para producir una mercancía cualquiera, con lo cual se torna conmensurable con toda otra mercancía, sea ésta cual fuere.

"Nuestro análisis ha demostrado —escribe Marx— que la forma de valor o expresión de valor de la mercancía brota de la propia naturaleza del valor de ésta, y no al revés, el valor y la magnitud del valor, de su modalidad de expresión como valor de cambio."(6)

---

(5) C. Marx, *El Capital*, t. I, pág. 43, Ed. cit.
(6) Ibíd., pág. 53.

Después de haber establecido de este modo la naturaleza de la mercancía que interviene, bajo la forma equivalente, desde los orígenes mismos del intercambio, Marx sigue el desarrollo de las formas del valor. Demuestra que el crecimiento de la circulación y de la producción mercantiles conduce por necesidad a la forma del valor simple o aislada a convertirse en forma total o desarrollada del valor, a ésta a convertirse en forma general del valor, y, finalmente, en forma dinero del valor.

Luego de haber extraído las conclusiones de la evolución del valor, Marx presenta al dinero, no como un "resultado acabado" en el que el movimiento intermedio no deja rastro alguno, sino como la culminación de un desarrollo. Esto era lo mismo que desenmascarar de golpe el "carácter mágico" del dinero explicando su forma misteriosa. Al finalizar el análisis de sus orígenes y de su evolución, el dinero se aparece con claridad como el modo social de expresión del trabajo invertido para producir mercancías, como la medida social a la que se reduce el trabajo privado de productores aislados, como la forma que representa las relaciones sociales de producción.

Marx denomina al dinero "forma metamorfoseada del valor de la mercancía". Es evidente que resulta indispensable considerar la trasformación sufrida por las mercancías, y las relaciones mercantiles para entender el origen del dinero y su naturaleza.

De este análisis surge que es imposible entender un fenómeno si no se lo considera en su desarrollo. si no se restablece el movimiento intermedio del cual ha surgido. Este ejemplo muestra que las categorías económicas, que son el molde de relaciones concretas en evolución, deben, a su vez, ser movibles y flexibles, so pena de entrar en contradicción con los hechos. La forma del valor no es en Marx una determinación acabada e invariable; se desarrolla y se trasforma en función de la evolución de la realidad misma.

Lo mismo sucede con otras categorías económicas. Así, Marx reprocha vivamente a Smith y a Ricardo su desconocimiento del vínculo que une el valor con el precio de producción. Al tratar una vez más al valor como una cosa acabada

e inmutable, omitían seguirlo en su desarrollo y no entendían que en condiciones históricas más evolucionadas el valor debe sufrir necesariamente transformaciones determinadas. Esto es lo que explica la confusión en la que se hunden cuando se preguntan si la ley del valor se aplica a la producción mercantil capitalista.

Para Smith, sólo antes de la aparición del trabajo asalariado y del capital se determinaba y se regulaba el precio de las mercancías por su valor, por la cantidad de trabajo invertido para producirlas. Pero las cosas cambian de medio a medio en cuanto los poseedores de capitales los utilizan con el fin de obtener ganancias, y cuando los propietarios terratenientes se dedican a exigir una renta. Incapaz de entender las fuentes reales de la plusvalía, Smith, que estima que el obrero recibe "el valor de su trabajo", llega a la conclusión profundamente errónea de que en ese nuevo marco la ley del valor pierde su efecto. "...En un país civilizado —escribe— hay muy pocas mercancías cuyo valor cambiable proceda sólo del trabajo."(7) El valor de cambio, según él, contiene una gran parte de renta y de ganancias. De ahí se seguiría que el salario, la ganancia y la renta son los tres componentes del valor.

Incapacidad para encarar los hechos en su desarrollo, tendencia a formular definiciones absolutas, incapacidad para analizar las modificaciones inevitables sufridas por los fenómenos en el curso de su desarrollo: todo esto incitó a Smith a abandonar, en ese punto, las posiciones científicas para caer en la economía vulgar. Tampoco Ricardo escapó a ese destino. No supo entender que el precio de producción es una forma metamorfoseada del valor. Ello se debe a su método metafísico, a su incapacidad de distinguir la producción mercantil simple de la producción capitalista desarrollada.

En *La teoría de la plusvalía* Marx escribe que Ricardo "...identifica el precio de producción con el valor ya que no estudiando, por el momento, más que el valor, y no teniendo ante sí, por tanto, más que una mercancía, se pone

(7) A. Smith, *Investigaciones sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones,* t. I, pág. 50, Ed. rusa.

a hablar de golpe y porrazo de la cuota general de ganancia y da entrada a todas las hipótesis condicionadas por el desarrollo ulterior de las condiciones de producción del capitalismo." (8)

Por el contrario, al revés de los economistas burgueses, si Marx solucionó genialmente el problema del valor y del precio de producción, es, en primer lugar, porque aplicó con coherencia, en ese sentido como en los otros, el principio dialéctico del desarrollo. En su prefacio al libro tercero de *El Capital* Engels explica por qué Marx empieza por la mercancía simple, y no por la mercancía modificada bajo el capitalismo. Lo mismo que la producción mercantil en su conjunto, la mercancía es una realidad en evolución, y no una cosa fija. En el marco de la producción precapitalista, es una cosa; en el del capitalismo es otra. Insensibles a esta diferencia, los predecesores de Marx se imaginaban que el intercambio de valores se operaba en los dos casos del mismo modo. Pero al percibir que bajo el capitalismo el intercambio de mercancías se efectúa según los precios de producción, cayeron en contradicciones insolubles.

Marx pone en evidencia que todas las dificultades se deben al hecho de que en el régimen capitalista las mercancías no se intercambian sencillamente como tales, sino como productos de capitales que pretenden ser iguales en la distribución de la masa total de plusvalía creada por los obreros.

Tal es el nudo del problema. En el marco de la producción capitalista, las mercancías son producto del capital, portadoras de una plusvalía engendrada en el curso de la producción. Es por eso que la entrada de dicha mercancía en el circuito de intercambio debe rendir a su propietario una ganancia por lo menos igual a la que otro capitalista extraiga de un capital equivalente. Aquí no hay lugar para el intercambio simple de valores existentes bajo una forma contra valores existentes bajo otra forma, como sucede en el caso de la circulación mercantil simple.

---

(8) C. Marx, *El Capital* (Historia crítica de la teoría de la plusvalía), t. IV, pág. 259, Ed. cit.

Pero como los capitales de composición orgánica diversa producen, a gastos iguales, plusvalías diversas, el intercambio de las mercancías, productos del capital, no se opera en función de los valores creados en las diferentes ramas, sino en función de los precios de producción, es decir, de los gastos de producción, más la ganancia media. Si se pierde de vista el carácter *desarrollado* de la producción capitalista en relación con la producción mercantil simple, no se puede entender la modificación esencial que sufre la ley del valor. Esta ha actuado, decíamos, a lo largo de milenios, y por lo tanto mucho antes del nacimiento del capitalismo. Cuando la producción mercantil adquiere la forma capitalista, se entiende que la ley debe evolucionar a su vez.

El precio de producción no se opone al valor; es su forma convertida, más desarrollada, más compleja, nacida de las condiciones específicas de la producción capitalista. También en este caso, Marx solucionó, gracias a su teoría dialéctica de la evolución, uno de los problemas más arduos de la economía política, uno de los problemas que los economistas burgueses habían embrollado a su gusto y paladar. Sean cuales fueren los problemas tratados en *El Capital* Marx los considera desde un punto de vista dialéctico. Se trate de las etapas y de los grados del modo de producción capitalista, del proceso de reproducción del capital o de todo otro problema de la economía capitalista, uno se sorprende ante la fecundidad de su teoría dialéctica del desarrollo.

II

Sin embargo, no basta con decir que Marx encara cada relación económica del capitalismo en su génesis y en su evolución, y que por ello mismo descubre su esencia. Es importante hacer notar que para él la naturaleza social del capital sólo se expresa y se realiza en el movimiento. Así como es la forma y el modo de existencia de la materia, así el movimiento es la forma y el modo de existencia del capital. Por lo tanto,

este último no puede ser entendido si se hace abstracción de su movimiento.

Desde este punto de vista, el segundo libro de *El Capital,* y en especial la primera sección dedicada al análisis de la metamorfosis y del ciclo del capital, presenta un gran interés. La idea rectora del mismo es la de que el capital sólo puede ser entendido como un movimiento, y no como una cosa inerte. El capital, dice, "...que podemos llamar en acción... ya que recorre toda una serie de procesos..."(9) ¿Qué sentido hay que asignar a estas observaciones?

Para cumplir su función esencial, la producción de plusvalía, el capital debe pasar por diversos estadios, adoptar y abandonar incesantemente distintas formas. En una primera etapa reviste la forma de capital-dinero, que cumple un ciclo definido: con su dinero, el capitalista adquiere medios de producción y una fuerza de trabajo, o sea que el capital-dinero se trasforma en capital productivo. La utilización productiva de esas mercancías compradas en el mercado implica la producción de un valor nuevo y acrecentado: la plusvalía. Finalmente, el capitalista reaparece en el mercado, esta vez en calidad de vendedor de mercancías, y su capital adquiere otra vez la forma de capital-dinero. El ciclo de capital-dinero se cumple así, y el punto de llegada se une al punto de partida, pero ahora sobre una base nueva. Este movimiento ha enriquecido al capital-dinero y aumentado sus dimensiones en relación con el punto de partida.

La esencia del ciclo del capital-dinero es, entonces, para éste, cambiar continuamente de forma, abandonar sin cesar una de ellas por la otra, pasando de la forma dinero a la forma de capital productivo, de ésta a la forma mercancía, y luego a la forma dinero nuevamente. Su movimiento es incesante, y este movimiento es el que le concede su función de capital. Si tal movimiento no existiera, si el dinero no pasase de estadio en estadio, no podría servir a la producción de plus-

(9) C. Marx, *El Capital* (Historia crítica de la teoría de la plusvalía), t. V, pág. 178, Ed. cit.

valía. Marx hace notar que: "De otra parte, el valor del capital en forma de dinero sólo puede desempeñar las funciones propias del dinero; exclusivamente éstas. *Lo que convierte a estas funciones del dinero en funciones de capital es el papel concreto que desempeñan en el proceso del capital y también, por tanto, la concatenación de la fase en que aparece con las demás fases de su ciclo.*"(10)

El paso de una fase a otra, la conversión de una forma en otra, sólo pueden trasformar el dinero en capital cuando existen relaciones capitalistas, es decir, un obrero "libre" de sus medios de existencia, obligado a emplearse al servicio del capitalista, y un capitalista poseedor de medios de producción. En otros términos, entre obreros y capitalistas existen relaciones de clase determinadas. Sólo estas relaciones, insiste Marx, pueden trasformar la función simple de moneda en función de capital.

Pero una vez que estas relaciones existen, sólo el *movimiento* puede hacer del dinero un capital. Si este último no abandona la forma de capital-dinero para adoptar la del capital productivo, no podrá alcanzar su objetivo esencial: la producción de plusvalía, el autoacrecentamiento del valor del capital primitivamente invertido. "El ciclo del capital —escribe Marx— sólo se desarrolla normalmente mientras sus distintas fases se suceden sin interrupción. Si el capital se inmoviliza en la primera fase *D-M*, el capital en dinero queda paralizado como tesoro; si se inmoviliza en la fase de la producción, quedarán paralizados, de un lado, los medios de producción, mientras que de otro lado la fuerza de trabajo quedará ociosa; si se inmoviliza en la última fase *M'-D'*, las mercancías almacenadas sin vender pondrán un dique a la corriente de la circulación."(11)

No sólo el capital-dinero, sino todas las otras formas del capital (capital productivo, capital-mercancía) cumplen su propio ciclo.

---

(10) C. Marx. *El Capital*, t. II, pág. 29, Ed. cit. (Subrayado nuestro. - *M. R.*).
(11) Ibíd., págs. 45-46.

El ciclo del capital productivo tiene también sus estadios, y su movimiento consiste en pasar de una etapa a otra, abandonando cierta forma para adoptar otra. La utilización productiva del capital tiene por efecto la producción de mercancías en las que se materializa la plusvalía creada en el curso de la explotación de los obreros. El capital abandona la forma de capital productivo y adquiere la de capital-mercancía. La venta de mercancías trasforma al capital-mercancía en capital-dinero, y este último vuelve a adquirir, a su vez, la forma de capital productivo, y el ciclo total del capital productivo termina para que recomience el proceso de producción de plusvalía.

Por lo tanto, el capital productivo tampoco puede cumplir su función de capital a no ser que se encuentre en movimiento y que sufra cambios de forma.

Lo mismo sucede con el capital-mercancía. Como aquí no nos interesa más que un aspecto del problema, el del movimiento como propiedad del capital, como manera de ser del capital, sólo seguiremos a Marx en el sutil análisis de las distinciones que establece entre los ciclos del capital-dinero, del capital productivo y del capital-mercancía. En el curso de su movimiento, el capital-mercancía adquiere en cada ocasión la forma de capital-dinero y de capital productivo, hasta que vuelve a readquirir su forma inicial. Un valor acrecentado es el punto de partida del ciclo, y este ciclo termina en un valor acrecentado.

Cada uno de los tres ciclos sólo constituye, por lo demás, una etapa particular del movimiento del capital en su conjunto o, como dice Marx, del "capital industrial", término que define a toda rama de la producción de tipo capitalista. El proceso real del ciclo del capital está constituido por la unidad de los tres ciclos: capital-dinero, capital productivo, capital-mercancía.

Lo que proporciona todo su alcance al análisis marxista del movimiento del capital es el hecho de que arroja luz sobre la unidad de la producción y de la circulación, y de que supera el punto de vista exclusivo de los economistas burgueses, algunos de los cuales sólo consideraban la circulación y hacían

caso omiso de la producción (los mercantilistas), en tanto que los otros (como Smith y Ricardo) sólo tenían en cuenta la producción y hacían caso omiso de la circulación. la vinculación entre una y otra.

"El proceso en su conjunto —dice Marx— se presenta como una unidad del proceso de producción y del proceso de circulación; el proceso de producción sirve de mediador del proceso de circulación, y viceversa."(12)

En esta mediación recíproca la producción es la que representa el papel decisivo, y en la unidad de las tres formas cíclicas dicho papel corresponde al capital productivo porque, como lo ha demostrado Marx en el libro primero de su obra, el proceso de producción es el único en que se crea plusvalía.

Tomadas por separado, cada una de estas tres formas cíclicas no bastaría para definir el movimiento, el ciclo del capital en su conjunto. Cada una de ellas se caracteriza, en efecto, por su discontinuidad. El capital-dinero, por ejemplo, abandona la forma dinero para adoptar la de capital productivo. Este "cambio de librea" supone una interrupción del movimiento; una fase se convierte en la otra, y el capital funciona ora bajo una forma, ora bajo la otra. Aquí no hay continuidad alguna, es decir: cada estadio presupone el otro, pero al mismo tiempo lo niega, porque en el ciclo del capital-dinero el paso del estadio de moneda al de capital productivo implica la negación del primero por el segundo. "El proceso cíclico del capital —escribe Marx— es, pues, constante interrupción, abandono de una fase para entrar en la siguiente, superación de una forma y existencia bajo otra distinta, y cada una de estas fases no sólo condiciona la otra, sino que al mismo tiempo la excluye."(13)

Ahora bien, es inherente a la producción capitalista la continuidad del movimiento, continuidad en el sentido de que el capital no puede vivir sin el autoacrecentamiento del valor. El objetivo del capitalismo no es obtener una ganancia única,

(12) C. Marx, *El Capital,* t. II, pág. 81, Ed. cit.
(13) Ibíd., pág. 82.

sino acrecentar ésta sin tregua; su objetivo es el movimiento continuo de la ganancia. Por lo tanto, la naturaleza del capital excluye toda interrupción del movimiento. El capitalista no puede esperar a que en el mercado se realice un capital-mercancía existente bajo la forma de hilados, por ejemplo, y que los reingresos de dinero le permitan adquirir nuevamente los medios necesarios para continuar la producción. El proceso tiene que ser permanente, a fin de que en el momento mismo en que una partida de capital pasa de un estadio al otro, otra parte cambie igualmente de forma, abandone un estadio y pase al siguiente. Esta continuidad resulta precisamente de la unidad de las tres formas cíclicas. El capital industrial, tomado en su conjunto, ocupa en forma simultánea sus diversas etapas, y cada parte del capital pasa igualmente de una fase a la otra, de una forma a la siguiente. La forma bajo la cual funciona cada parte del capital en un momento dado no es una forma fija, sino, como lo dice Marx, una forma flúida, una forma que se convierte en otra.

Marx resume de este modo el conjunto del proceso: "Considerado en su conjunto, el capital aparece, pues, simultáneamente y coexistiendo en el espacio en sus diferentes fases. Pero cada una de sus partes pasa constantemente y por turno de una fase a otra, de una a otra forma funcional, funcionando sucesivamente a través de todas. Estas formas son, pues, formas flúidas, cuya simultaneidad se halla determinada por su sucesión. Cada una de estas formas sigue a la otra y la precede, por donde el retorno de una parte del capital a una forma se halla condicionado por el retorno de otra parte del capital a otra forma. Cada parte describe continuamente su propio proceso, pero es siempre otra parte del capital la que se halla bajo esta forma, y estos procesos especiales no son más que momentos simultáneos y sucesivos del proceso total.

"Es la unidad de los tres ciclos, y no la interrupción de que hablábamos más arriba (en el análisis de las formas cíclicas aisladas. - *M. R.*), la que realiza la continuidad del pro-

ceso total. El capital global de la sociedad posee siempre esta continuidad, y su proceso representa siempre la unidad de los tres ciclos."(14)

En resumen, Marx aplica la concepción dialéctica del movimiento a una de sus formas concretas: el movimiento del capital. Del mismo modo que un cuerpo que se mueve debe encontrarse simultáneamente en distintos puntos del espacio, sin lo cual no existiría el movimiento, del mismo modo el capital, que sólo puede existir en movimiento, ocupa en forma simultánea todas sus fases, adopta todas sus formas y pasa de unas a las otras.

Por lo tanto se puede entender la naturaleza del capital si se lo considera como un movimiento y no como una cosa inerte. Fuera de este movimiento el valor no podría acrecentarse, es decir, no podría ser un capital. En el capítulo "Tres fórmulas de un proceso cíclico", Marx hace al respecto una observación primordial: "Quienes consideran una pura abstracción la sustantivación del valor olvidan que el movimiento del capital industrial es precisamente esta abstracción hecha realidad. El valor recorre aquí diferentes formas, diversos movimientos, en los que se conserva y al mismo tiempo se valoriza, se incrementa."(15)

Ya se ve, con esto, por qué Marx asigna tanta importancia a su análisis del capital como movimiento.

III

Marx observa la producción mercantil y su forma superior, el modo de producción capitalista, en su movimiento y en su desarrollo, para extraer la naturaleza profunda de la misma. No basta con saber que todas las relaciones económicas de la producción mercantil se desarrollan, y estudiar la génesis y evolución de la misma. Se trata de establecer los cambios *cuali-*

(14) C. Marx, *El Capital,* t. II, pág. 84, Ed. cit.
(15) Ibíd., págs. 84-85.

tativos esenciales que resultan de ese movimiento, las etapas y los grados cualitativamente nuevos que dicho movimiento recorre. Marx no concibe el movimiento como una suma de cambios puramente *cuantitativos,* sino como el proceso en el curso del cual estos últimos se convierten por necesidad en cambios *cualitativos,* fuentes de un nuevo desarrollo cuantitativo. En otros términos, Marx utiliza a fondo. en su obra, una de las leyes cardinales de la dialéctica, la de la conversión de los cambios cuantitativos en cambios cualitativos, y su análisis del capital enriquece y profundiza este dominio de la dialéctica materialista que él creó.

Ya hemos hecho notar que Smith y Ricardo se interesaban principalmente en el aspecto cuantitativo de la producción capitalista, y que pensaban muy poco en las particularidades cualitativas de las relaciones económicas propias del régimen burgués. Hicieron caso omiso de los progresos cualitativos que surgen en el curso del movimiento de la producción mercantil, a raíz del paso de la producción mercantil simple a la producción capitalista, y por lo tanto, en el curso del desarrollo de la producción capitalista propiamente dicha. Como sólo advirtieron los cambios cuantitativos, llegaron a la conclusión de la eternidad del régimen capitalista.

Es cierto que Ricardo fue impresionado por el hecho de que el capitalismo crea límites al desarrollo rápido de las fuerzas productivas. Se mostró desconcertado por el descenso de la cuota de ganancia, cuota que, según la expresión de Marx, es "la llama vivificante de la producción capitalista". Pero en ese fenómeno sólo ve relaciones puramente cuantitativas, y no las relaciones cualitativas que confieren al modo de producción capitalista su carácter históricamente transitorio.

En el libro tercero de *El Capital,* Marx escribe:

"Lo que a Ricardo le inquieta es el observar que la cuota de ganancia, el acicate de la producción capitalista, condición y motor de la acumulación, corre peligro por el desarrollo mismo de la producción. Y la proporción cuantitativa es aquí el

todo. Hay en el fondo de esto, generalmente, algo más profundo, que Ricardo no hace más que intuir."[16]

"Ese algo más profundo" es el carácter específico del régimen capitalista, que trasforma a éste, en cierto grado de la evolución histórica, en freno del desarrollo de las fuerzas productivas. Ricardo no entiende esto, como economista burgués y metafísico que es, sólo interesado en las relaciones cuantitativas de aumento de la producción capitalista. Explica el descenso de la cuota de ganancia por la falta de buenas tierras y la necesidad de poner en cultivo suelos cada vez más mediocres, cosa que implica, según él, el alza del precio del trigo, y por lo tanto el de los salarios, y por consiguiente el descenso de la cuota de ganancia. El temor a examinar las particularidades cualitativas del modo de producción capitalista, el achacar las responsabilidades a la naturaleza, son producto, según Marx, de la estrechez burguesa de las opiniones de Ricardo.

Hoy como ayer, es ésa una característica de los economistas y los filósofos burgueses: el miedo a estudiar las particularidades cualitativas de las relaciones sociales, la sustitución de un análisis cualitativo por un análisis puramente cuantitativo, de las leyes cualitativamente específicas de la sociedad por las leyes generales de la naturaleza. Los apologistas del imperialismo, que por otra parte no pueden ser comparados con los antiguos economistas burgueses, que en su tiempo se encontraban a la vanguardia de la ciencia económica, inventan fábulas de todo tipo para demostrar que no es el régimen capitalista el que frena el desarrollo de las fuerzas productivas, sino las leyes psicológicas de una supuesta "naturaleza humana" inmutable.

Es propio del método apologético que trata de idealizar el régimen capitalista el desconocimiento de la diferencia cualitativa de las diversas formas históricas, por ejemplo cuando se trata de la producción y de la circulación mercantiles. Al método marxista no sólo le interesa descubrir los cambios cuantitativos de la producción y de la circulación mercantiles, sino

(16) C. Marx, *El Capital,* t. III, pág. 243, Ed. cit.

también la nueva cualidad que surge en las distintas etapas históricas bajo el efecto de cambios puramente cuantitativos. En otros términos, es preciso estudiar la particularidad *cualitativa* inherente a cada una de las formas históricas.

El Capital es un modelo clásico de análisis de la unidad de los cambios cuantitativos y cualitativos, y de su conversión recíproca. Al examinar el desarrollo histórico de las diversas formas de la producción mercantil, Marx demuestra que dicho desarrollo reviste aspectos cuantitativos así como cualitativos, y que su conversión recíproca constituye el desarrollo.

Declara en términos expresos que aplica en *El Capital* la ley dialéctica de la conversión de los cambios cuantitativos en cambios cualitativos. "También encontrarás, por la conclusión de mi capítulo III, en que se toca la trasformación del maestro artesano en un capitalista —de resultas de cambios puramente *cuantitativos*—, que *en el texto* menciono la ley que descubrió Hegel, la de los *cambios puramente cuantitativos que se vuelven cambios cualitativos,* como *válida* por igual en la historia y en las ciencias naturales."(17)

En efecto, en el capítulo indicado Marx explica que toda suma de dinero o de valor no se trasforma en capital: para ello hace falta que un mínimo determinado de dinero o de valores de cambio se encuentre en manos del poseedor individual de moneda o de mercancía. La metamorfosis del artesano en capitalista es un cambio cualitativo que implica por necesidad un cambio cuantitativo previo, cosa que significa concretamente que ese artesano dispone de un mínimo de dinero. Después de haberlo demostrado con cálculos precisos, Marx concluye: "Aquí, como en las ciencias naturales, se confirma la exactitud de aquella ley descubierta por Hegel en su *Lógica,* según la cual, al llegar a cierto punto, los cambios puramente *cuantitativos* se truecan en diferencias *cualitativas."*(18)

---

(17) C. Marx y F. Engels, *Correspondencia,* pág. 154, Ed. cit.

(18) C. Marx, *El Capital,* t. I, pág. 248, Ed. cit.

En polémica contra Dühring, que rechazaba esta ley, Engels se refiere a *El Capital,* toda cuya sección cuarta trata de casos innumerables, en el dominio de la cooperación, de la división del trabajo y de la manufactura, en la producción mecanizada y en la gran industria, en los que un cambio cuantitativo conduce a una trasformación cualitativa, y recíprocamente.

Por lo demás, no se trata de casos particulares. Lo primordial es que todo el análisis está penetrado de esta concepción del desarrollo considerado como un proceso de cambio cualitativo resultante de cambios cuantitativos, en que la complejidad de las relaciones económicas de la producción mercantil adquiere una calidad nueva, como un movimiento que va de las formas económicas inferiores a las formas superiores, de las formas simples a las formas complejas.

Sólo esta concepción permitió a Marx recorrer el curso real de la evolución del capitalismo, de ese régimen al que el juego de sus propias leyes condena a una ruina inevitable.

Insistamos en este punto, aunque sólo sea brevemente, a propósito de algunos problemas tratados en el libro primero de *El Capital.*

A partir del análisis de las formas del valor, Marx demuestra que el desarrollo no es un simple acrecentamiento cuantitativo, sino un cambio cuantitativo interrumpido en un momento dado por un cambio cualitativo, por el advenimiento de una nueva calidad. La forma valor simple, aislada o accidental, es, en la historia del nacimiento y del progreso del intercambio, ese grado cualitativamente determinado en que los productos sólo se convierten en mercancías por accidente. Cierta cantidad de productos que se trasforman en mercancías engendra aquí una forma de valor cuantitativamente específico: la forma simple o accidental.

Con la extensión y la división del trabajo, y de la propiedad privada basada en ella, ese embrión de intercambio se desarrolla. Cantidades cada vez más grandes de productos se convierten en mercancías, por necesidad y no por accidente.

Este acrecentamiento cuantitativo entra en contradicción con la antigua calidad: la forma valor simple. Los cambios cuantitativos del proceso de intercambio se convierten por necesidad en cambios cualitativos. Entonces nace una forma cualitativamente nueva, una nueva expresión del valor: la forma total o desarrollada. Hasta entonces, en su forma simple, la cantidad de valor de una mercancía se expresaba a través del valor de uso de otra mercancía. En adelante, bajo la forma desarrollada, el valor de una mercancía cualquiera encuentra su expresión en una cantidad ilimitada de otros elementos del mundo mercantil.

Además, las magnitudes de los valores de las mercancías, lejos de ser constantes, variaban en función de circunstancias accidentales, en tanto que ahora, con el desarrollo del intercambio, las relaciones cuantitativas del intercambio de las mercancías se tornan más estables, es decir, corresponden al trabajo realmente incorporado a ellas.

Pero la expansión del intercambio no se detiene allí. La producción adquiere cada vez un carácter comercial. El progreso de la división del trabajo hace del intercambio mercantil un fenómeno regular y necesario que se convierte en la única forma de las relaciones sociales entre los individuos. Sólo gracias a él se manifiesta el carácter social de su trabajo. Pero entonces la forma valor total, o desarrollada, aparece como insuficiente: la nueva etapa de la evolución histórica del intercambio exige necesariamente una nueva forma, una expresión nueva del valor. Aquí, una vez más, los cambios cuantitativos —debidos al impulso de la producción mercantil a consecuencia de la extensión de la división social del trabajo— tenían que convertirse necesariamente en cambios cualitativos. Aparece la forma valor general.

Marx analiza en detalle la diferencia cualitativa que separa esta última forma de las dos primeras. Demuestra que esta nueva forma nace en un grado avanzado del proceso histórico de intercambio, en el que la forma valor de las mercancías

debe ser considerada socialmente válida, es decir, cuando las necesidades del intercambio exigen que una mercancía cualquiera se separe del mundo comercial para reflejar el carácter general del trabajo humano del que proceden todas las otras mercancías. La forma valor general posee precisamente esa cualidad: el mundo de las mercancías expresa su valor en una mercancía cualquiera. Marx insiste en esta nueva particularidad cualitativa de la forma general del valor, es decir, su carácter social. El nacimiento de esta forma es testimonio de un avance en el progreso de la producción mercantil: lo decisivo para los productos del trabajo humano es que son cristalizaciones del trabajo humano indiferenciado. La forma general del valor destaca así que en el marco de ese mundo mercantil el carácter general del trabajo humano constituye su carácter social específico. Dicho de otra manera, gracias a su análisis cualitativo de las formas del valor, Marx descubre las particularidades históricas de la producción mercantil y muestra por qué los productos de trabajo adquieren aquí la forma de un valor creado por el trabajo abstracto.

Las dos primeras formas de valor no tenían todavía validez social. "Las dos formas anteriores —dice Marx— expresaban el valor de una determinada mercancía; la primera era una mercancía concreta distinta de ella, la segunda era una serie de diversas mercancías. Tanto en uno como en otro caso era, por decirlo así, incumbencia privativa de cada mercancía el darse una forma de valor, cometido suyo que realizaba sin la cooperación de las demás mercancías; éstas limitábanse a desempeñar respecto de ellas el papel puramente pasivo de equivalente. No ocurre así con la forma general de valor, que brota por obra común del mundo todo de las mercancías. Una mercancía sólo puede cobrar expresión general de valor si al mismo tiempo las demás expresan todas su valor en el mismo equivalente, y cada nueva clase de mercancías que aparece tiene necesariamente que seguir el camino. Esto revela que la materialización de valor de las mercancías, por ser la mera 'existencia social' de estos objetos, sólo puede expresarse mediante su relación social con todos los demás, y que por tanto

su forma de valor ha de ser necesariamente una forma que rija socialmente."[19]

Finalmente, con la ayuda del tiempo, la forma general deja lugar a la forma moneda. Como lo dice Marx, el progreso consiste en el hecho de que la forma de equivalente general, en virtud de un hábito social, "...se *adhiere definitivamente,* por la fuerza de la costumbre social, a la *forma natural específica* de la mercancía *oro*".[20]

De este modo, Marx considera el desarrollo de las formas de valor como un proceso no sólo cuantitativo, sino también cualitativo que expresa las fases históricas de la evolución de la producción y el intercambio mercantiles. El paso de la forma I a la forma II, de la forma II a la forma III, es señalado por cambios esenciales. Este análisis permite explicar la forma superior del valor, es decir, el dinero, como forma que expresa la naturaleza social de las mercancías o, como lo ha dicho Lenin, como producto del trabajo social organizado por la economía mercantil. El dinero se ha convertido en la forma cualitativamente superior de expresión del valor, cuyas formas inferiores, cualitativamente específicas, habían sido los grados preparatorios.

El producto superior de la circulación mercantil, el dinero, se convierte en punto de partida, en forma inicial del capital. Entonces se produce en el desarrollo de la producción y del intercambio mercantiles un giro radical, una ruptura cualitativa, un salto formidable: la producción mercantil simple se convierte en forma superior de la producción mercantil, en producción capitalista.

En la segunda sección del libro primero de *El Capital,* Marx estudia a fondo la diferencia cualitativa del capital y de la producción mercantil simple, y descubre la naturaleza del salto que se produce en el curso del desarrollo de la circulación mercantil. En primer lugar analiza la diferencia *externa,* el cambio de *forma* que afecta la circulación mercantil a raíz de

---

(19) C. Marx, *El Capital,* t. I, pág. 58, Ed. cit.
(20) Ibíd., pág. 61.

la transformación del dinero en capital. Esta diferencia se expresa en las fórmulas M-D-M y D-M-D.

En la circulación mercantil simple, la venta de una mercancía tiene por objeto cambiar el dinero por una mercancía dotada de otro valor de uso. El dinero, por lo tanto, es gastado definitivamente. Por el contrario, en la circulación del dinero-capital, el objeto del proceso de intercambio es el *autoacrecentamiento* del dinero inicialmente invertido. El dinero sólo cumple su ciclo para salir de él en dimensiones acrecentadas. Por lo tanto, no se puede considerar el valor de uso como el objetivo inmediato del capitalista. La importante diferencia cualitativa de estas dos formas de la circulación mercantil reside en el hecho de que, en la circulación mercantil simple, el valor adquiere temporariamente la forma monetaria para favorecer el intercambio de las mercancías. Una vez cumplida su función, la forma monetaria desaparece al final del movimiento. En la fórmula D-M-D, por el contrario, dinero y mercancías no son otra cosa que modos diferentes de existencia del valor mismo.

"En realidad —dice Marx—, el *valor* se erige aquí en *sujeto de un proceso* en el que, bajo el cambio constante de las formas de dinero y mercancías, su magnitud varía automáticamente, desprendiéndose, como plusvalía, de sí mismo como valor originario, o lo que tanto vale, *valorizándose a sí mismo.* En efecto, el proceso en que engendra plusvalía es su propio proceso, y por tanto su valorización la *voluntad de sí mismo.* Ha obtenido la virtud oculta y misteriosa de engendrar valor por el hecho de ser valor. Lanza al mundo crías vivientes, o por lo menos pone huevos de oro."(21)

Hasta este momento, Marx sólo ha analizado las diferencias cualitativas de las dos formas históricas de circulación mercantil como "diferencias formales". Ahora pasa a las diferencias cualitativas esenciales, a las diferencias de contenido, y muestra que el valor sólo puede aumentar en el curso de su movimiento cuando existe una mercancía de un orden espe-

---

(21) C. Marx, *El Capital,* t. I, pág. 127, Ed. cit.

cial, cuyo uso en el proceso de producción se convierte en fuente de un nuevo valor. fuente de un autoacrecentamiento de valor. Esta mercancía cualitativamente distinta de las otras es la fuerza de trabajo.

Marx asigna una extrema importancia a la explicación de las particularidades cualitativas de las condiciones históricas en el curso de las cuales el dinero se transforma en capital. La producción y la circulación mercantiles existían en diversos grados desde muchos milenios antes, sin que el dinero sufriese un cambio radical, cualitativo, sin que se transformara en capital. Por lo tanto, sólo determinadas condiciones, sólo premisas nuevas pudieron permitir esa transformación. Sólo en el momento de la aparición del obrero "libre", es decir, privado de los medios de producción, y del propietario poseedor de esos medios, se sitúa la transformación cualitativa del dinero en capital.

Marx hace notar que la producción capitalista es la forma general de la producción mercantil, cosa que ocurre cuando las fuerzas de trabajo se convierten en mercancía y cuando el obrero la vende al poseedor de los medios de producción.

La explotación de los obreros desprovistos de medios de producción y obligados a vender su fuerza de trabajo es, entonces, la cualidad específica del capital. El análisis de las condiciones particulares de la transformación del dinero en capital es de una importancia primordial desde el punto de vista del método. Marx demuestra que el paso de una calidad antigua a una nueva no debe ser aislado jamás de la situación histórica en que se opera. Así, en la URSS, el dinero no se transforma en capital, ya que las condiciones históricas han cambiado en todo sentido. El análisis de las transformaciones cualitativas de una forma económica sólo resulta fecundo, por lo tanto, cuando dichas trasformaciones son consideradas en vinculación con una situación histórica determinada.

Una vez descubiertos los caracteres específicos del capital, Marx pasa al análisis profundo de las fases particulares del desarrollo de la producción capitalista. Como tratan de extraer de la explotación de los obreros una plusvalía cada vez mayor,

los capitalistas alargan la jornada de trabajo hasta sus límites extremos. Pero éstos no pueden ser llevados al infinito; por lo tanto, en el sistema capitalista, el desarrollo de la capacidad productiva del trabajo va acompañado de una reducción de la fracción de jornada de trabajo que el obrero trabaja para sí mismo, y de un aumento de la otra fracción, aquella en la cual el obrero trabaja gratuitamente para el capitalista. Así se produce la plusvalía relativa. Las fases de desarrollo de la producción capitalista no son otra cosa que las formas cualitativamente distintas de la extorsión a los obreros de una plusvalía en continuo aumento. Ahora bien, estas fases denotan al mismo tiempo la transformación, el desarrollo, la profundización cualitativa de las relaciones de producción burguesas. Sería difícil exagerar el alcance filosófico de este análisis. Marx demuestra que incluso aunque una calidad determinada subsista sin sufrir cambios *radicales,* aunque sus bases se mantengan intactas, sería erróneo hacer caso omiso de los cambios esenciales que afectan a algunos de sus aspectos. Por ejemplo, la determinación cualitativa de las relaciones burguesas de producción sigue siendo la misma mientras exista el capitalismo; estas relaciones no dejan de sufrir, sin embargo, transformaciones esenciales debidas al crecimiento de las fuentes productivas. Se trata igualmente de cambios cualitativos, pero entendidos dentro del marco de un fenómeno determinado, cuyas características *fundamentales* dejan intactas; se mantiene intacta la determinación *esencial* para preparar una transformación radical: la destrucción de la calidad dada y la aparición de una nueva calidad.

Marx advierte que la conversión del dinero en capital es el paso de cambios cuantitativos a cambios cualitativos. Para que un capitalista pueda contratar a una cantidad de obreros suficiente para mantener su producción, es necesario un mínimo de dinero. Este agrupamiento de obreros con vistas a su explotación (la cooperación en el trabajo) es el índice cualitativo característico del capital, que lo distingue de las formas precedentes de producción. Marx demuestra que la cooperación ya había existido anteriormente entre los cazadores y en las

comunidades primitivas, en las sociedades antigua y medieval, pero de inmediato destaca el carácter propio de la cooperación bajo el capitalismo, cosa que lo distingue de las formas anteriores. En la comunidad primitiva la cooperación se basaba en la posesión común de los medios de producción y en el vínculo indisoluble del miembro de la comunidad con el conjunto del grupo social. En la Antigüedad y en la Edad Media existía en forma esporádica, ocasional, basada en relaciones de dominio y de dependencia directas. Por el contrario, la forma capitalista de cooperación supone desde el comienzo a un obrero asalariado libre, que vende su fuerza de trabajo al capitalista.

Y esto no es todo; la cooperación es la forma *necesaria* del proceso de producción capitalista, a diferencia de las formas históricas anteriores, basadas en la labor de trabajadores y campesinos aislados. "...la *cooperación* —dice Marx—, aparece también como *una forma específica del proceso capitalista de producción...*" y "...se desarrolla *por oposición* a la pequeña economía agraria y al artesanado independiente..."[22] Sin cooperación sobre la base específica propia del capital, no hay capital ni modo de producción capitalista. Ese tipo de producción coincide con la existencia misma del capital.

El empleo simultáneo de una gran cantidad de obreros, su cooperación, crean, por lo demás, una fuerza productiva nueva, en el sentido de que los cambios cualitativos se convierten aquí en cambios cuantitativos nuevos que elevan el rendimiento. "La cooperación —dice Marx— no tiende solamente a potenciar la fuerza productiva individual, sino a crear una fuerza productiva nueva, con la necesaria característica de *fuerza de masa*."[23] Se asiste entonces al nacimiento de un proceso social único que combina en sí los trabajos individuales, hasta entonces independientes los unos de los otros.

El alcance histórico del modo de producción capitalista está constituido por la creación de esta fuerza nueva, de esta

(22) C. Marx, *El Capital,* t. I, págs. 271-272, Ed. cit.
(23) Ibíd., pág. 264.

fuerza "colectiva" del trabajo social, que permite al capitalismo lograr, como por medio de una varita mágica, tal impulso en las fuerzas productivas, que ya no puede seguir siendo dueño de ellas; se trata de la transformación del trabajo en trabajo social. Pero esto mismo no es más que el resultado objetivo de la tendencia del capital a obtener una plusvalía superior y a acentuar la explotación de los obreros mediante la creación de una forma social de producción.

Sin embargo, el propio Marx lo subraya, la cooperación en su forma simple, la simple reunión en un proceso social único de trabajos hasta entonces aislados y dispersos, no engendra una forma estable ni característica de la producción capitalista. No es más que una primera etapa que termina por dejar su lugar a una etapa cualitativamente más elevada: la de la manufactura capitalista. Marx muestra en qué sentido ésta es específica y se distingue de manera cualitativa de la cooperación simple, que sin duda crea una fuerza productiva nueva y colectiva al unificar el trabajo, aunque deja el modo de producción intacto en cuanto a su naturaleza, y no suscita ni revolución ni conmoción técnica alguna. Por el contrario, lo típico de la manufactura es que hace nacer una división del trabajo en el interior del taller y desmiembra el acto de producción, hasta entonces único, en una gran cantidad de operaciones distintas. La división social del trabajo existía mucho antes del capitalismo, pero sólo el modo de producción capitalista hace nacer la división del trabajo propia de la manufactura.

A diferencia de la cooperación simple, la manufactura revoluciona el trabajo de los individuos. Desarrolla en éstos, en forma artificial, una actitud única y unilateral, y asfixia todo talento. Aumenta la capacidad productiva del trabajo y constituye un medio más perfeccionado de obtener plusvalía relativa. Sin embargo no crea, todavía, una base técnica adecuada para el modo de producción capitalista. Sea cual fuere la revolución sufrida por el modo de trabajo, el oficio sigue siendo la base. La manufactura prepara sin embargo un nuevo grado,

cualitativamente más elevado, de producción capitalista: el de la gran industria mecanizada.

Marx analiza con minuciosidad la originalidad cualitativa de este nuevo estadio del desarrollo de la producción capitalista. Por cierto que este análisis *cualitativo* no podía tener en el espíritu de Marx un alcance exclusivo, por rico y profundo que fuera. Pero le permite demostrar cómo, al pasar de una etapa a la otra, esa producción alcanza un nivel en que rompe las relaciones seculares y provoca trastornos que anuncian el momento final del capitalismo. Hacer caso omiso del estudio detallado de la diferencia cualitativa que distingue la tercera etapa (la gran industria) de las precedentes, sería comprometer todo el análisis del modo capitalista de producción. La transición de la manufactura a la gran industria no es un simple desarrollo cuantitativo. Es un salto gigantesco en la evolución de la producción capitalista.

La obra de Lenin, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, que enriquece la doctrina de Marx aplicándola a la historia del capitalismo ruso, caracteriza de esta manera el alcance de esa transición:

"El paso de la manufactura a la fábrica representa una plena revolución técnica, que derroca el arte manual del maestro, acumulado durante siglos, y a esta revolución técnica sigue inevitablemente el cambio más radical de las relaciones sociales de producción, la escisión definitiva de los diferentes grupos de personas que participan en la producción, la ruptura completa con las tradiciones, la agudización y ampliación de todos los aspectos sombríos del capitalismo, y, al mismo tiempo, la socialización en masa del trabajo para el capitalismo. La gran industria maquinizada es, pues, la última palabra del capitalismo, la última palabra de sus 'aspectos positivos' y negativos. De aquí se desprende con claridad que precisamente el paso de la manufactura a la fábrica tiene una importancia particularmente grande en el desarrollo del capitalismo".[24]

(24) V. I. Lenin, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, págs. 443-444, Ed. Lenguas Extranjeras, Moscú, 1950.

Y no es casual que Marx dedique tanto lugar, en *El Capital,* al estudio de este grado de desarrollo. Establece de un solo golpe su calidad propia: para la manufactura, es la fuerza de trabajo la que se encuentra en el punto de partida de la revolución en el modo de producción, en tanto que para la gran industria, es el modo de producción.

Producción y empleo de máquinas: tal es la característica cualitativa nueva que determina esta etapa. Carente de una base técnica lo bastante amplia, la manufactura no podía extender la producción a la escala del modo de producción capitalista; limitaba la explotación de los obreros por la burguesía y no llegaba a eliminar las antiguas relaciones patriarcales que frenaban la extensión del capitalismo. Todo esto sólo podía ser realizado por la gran industria. He aquí por qué, Marx hace notar que la gran industria capitalista debía poseer un medio de producción específico, la máquina, y producir las máquinas con máquinas. Tal es la única base técnica adecuada.

La gran industria mecanizada engendra las contradicciones propias del capitalismo. Marx estudia en detalle las consecuencias de la introducción de las máquinas y del uso que de ellas hace el capitalismo. El trabajo de las mujeres y de los niños entra en la órbita de la explotación burguesa. La intensidad del trabajo carece de precedente. Las máquinas estimulan la prolongación de la jornada de trabajo y suplantan al obrero en la producción. Se ve nacer el ejército de reserva de los desocupados. Gracias a la introducción de las máquinas, la producción adquiere una elasticidad inaudita que la torna apta para ampliarse rápidamente y a saltos.

Al descubrir los rasgos específicos del maquinismo, Marx pone al desnudo las leyes propias de este período de desarrollo, distinto del de la manufactura donde no existe aún la evolución cíclica y donde las crisis no pasan todavía de lo posible a lo real. Muy distinta es la época de la gran industria. La capacidad de la producción industrial para ampliarse a saltos, y su dependencia en relación con el mercado mundial, le proporcionan necesariamente un carácter "febril" y provoca la

saturación de los mercados. La industria comienza a desarrollarse por ciclos; a los períodos de animación y de prosperidad suceden períodos de superproducción, de crisis y de marasmo. Lenin ha señalado la misma ley. En *El desarrollo del capitalismo en Rusia* subraya, en efecto, que el maquinismo transforma el carácter de la evolución. En la etapa de la cooperación simple el desarrollo industrial se caracteriza por su lentitud y su regularidad. La producción manufacturera destinada a un vasto mercado se torna ya inestable, pero esa inestabilidad es particularmente típica de la gran idustria mecanizada. Ésta sólo puede evolucionar a saltos, por alternancia de períodos de prosperidad y de crisis. La gran industria acentúa la anarquía de la producción capitalista.

En el campo transforma al campesino en obrero asalariado. "La ruptura del primitivo vínculo familiar entre la agricultura y la manufactura, que rodeaba las manifestaciones incipientes de ambas, se consuma con el régimen capitalista de producción."[25]

De ello resulta que las relaciones sociales adquieren cada vez más la forma de un dominio no disimulado de los capitalistas sobre los trabajadores, y que los esclavos oprimidos por el capital sostienen una lucha abierta y cada vez más acentuada contra la dominación social y política de este último.

En una palabra, todos los procesos característicos de la gran industria culminan con la socialización del capital. Por el juego de sus propias leyes, el capitalismo crea en su seno las premisas de un nuevo régimen y hace madurar los elementos de una nueva sociedad. Más adelante volveremos a este punto.

Cuando analiza los grados de desarrollo de la producción capitalista, el paso de la cooperación simple a la manufactura, y de ésta a la gran industria, Marx trata de cambios cualitativos producidos dentro de los límites de una sola y única formación social y económica. Es preciso tenerlo en cuenta para entender el sentido y los efectos de la evolución del capitalismo. Pero estos cambios sólo se relacionan con ciertas propie-

---

(25) C. Marx, *El Capital,* t. I, pág. 400, Ed. cit.

dades o aspectos del modo capitalista de producción, y no con la cualidad *esencial* de este último, como formación histórica particular. A continuación en el primer libro, en especial la sección séptima, "El proceso de acumulación del capital", así como en los libros dos y tres, se muestra cómo el desarrollo de la gran industria mecanizada reúne poco a poco, dentro del marco del modo de producción capitalista, las condiciones que entran en conflicto con la "cualidad" fundamental del régimen capitalista, con su naturaleza misma. Se trata del progreso de la concentración y de la socialización de la producción. Ésta adquiere un carácter cada vez más social, no bajo el efecto de causas externas cualesquiera, sino en virtud de las leyes inmanentes del capitalismo. "La centralización de los medios de producción —escribe Marx— y la socialización del trabajo llegan a un punto en que son ya incompatibles con su envoltura capitalista."[26]

En la época en que escribía, Marx no podía establecer con precisión que a fines del siglo XIX y comienzos del XX se vería este doble acrecentamiento en su culminación de la etapa suprema del capitalismo: el capitalismo monopolista. Pero predijo que todo el desarrollo capitalista se dirigiría en ese sentido, y previó genialmente algunas de sus características al señalar que las nuevas formas adoptadas por el capital en las sociedades por acciones llevan "a la instauración de monopolios" y crean "una nueva aristocracia financiera".

Marx define con perspicacia las nuevas fórmulas del capital como "...el resultado del máximo desarrollo de la producción capitalista..." y demuestra que ese resultado "...constituye una fase necesaria, pero ya no como propiedad privada de productores aislados, sino como propiedad de los productores asociados, como propiedad directa de la sociedad."[27] En esta trasformación inversa de los instrumentos y de los medios de producción en propiedad de productores asociados, Marx veía una expresión de la ley dialéctica de la negación de la negación.

(26) C. Marx, *El Capital,* t. I, pág. 611, Ed. cit.
(27) Ibíd., t. III, pág. 391.

Lenin, a quien se debe un genial estudio de esta nueva etapa del capitalismo, apreció en alto grado estas conclusiones de Marx, que para la década del 60 sólo podían apoyarse en una cantidad reducida de hechos todavía muy poco evolucionados.

"Medio siglo atrás —hace notar—, cuando Marx escribió *El Capital,* la libre concurrencia era considerada por la mayor parte de los economistas como una 'ley natural'. La ciencia oficial intentó aniquilar por la conspiración del silencio la obra de Marx, la cual demostraba por medio del análisis teórico e histórico del capitalismo que la libre concurrencia engendra la concentración de la producción, y que dicha concentración, en cierto grado de su desarrollo, conduce al monopolio. Ahora el monopolio es un hecho."[28]

Así, por su estudio del modo de producción capitalista, Marx establece que el desarrollo se opera hasta cierto momento dentro de los límites de la antigua calidad. Las particularidades cualitativas de las relaciones de producción del capitalismo "libre", anterior a los monopolios, conceden libre curso a la evolución rápida de las fuerzas productivas. Comparado con el feudalismo, el capitalismo imprime un impulso extraordinario a la producción. Pero el desarrollo de las fuerzas productivas termina por resquebrajar el marco de las relaciones capitalistas. Para Ricardo, la naturaleza es la que establece los límites a su crecimiento bajo el capitalismo. Marx demuestra que la naturaleza no tiene nada que ver en ello, y que el límite está impuesto allí por el propio capitalismo, por la "calidad" social del régimen burgués. Si bien al comienzo dicha calidad favorece el progreso de las fuerzas productivas, luego lo frena. En el seno de la antigua calidad se ven nacer los elementos revolucionarios de la nueva; éstos no pueden acomodarse a la antigua calidad, exigen su destrucción y su paso a una nueva. Esto es lo que torna inevitable la transformación

(28) V. I. Lenin, "El imperialismo, fase superior del capitalismo", en *Obras Escogidas,* t. I, pág. 962, Ed. Lenguas Extranjeras, Moscú, 1948.

revolucionaria de la calidad antigua (las relaciones burguesas de producción) y el nacimiento de una nueva: el modo de producción socialista. Sin este salto revolucionario, la evolución de la sociedad no puede realizarse.

Sobre este análisis del desarrollo del modo de producción capitalista, proceso que culmina, en un momento dado, en un cambio cualitativo del régimen social, basa Marx su teoría de la revolución socialista proletaria. Sólo la revolución socialista y la instauración de la dictadura del proletariado pueden permitir, en su opinión, realizar el relevo históricamente inevitable del modo de producción capitalista caduco, por el modo socialista.

Mucho antes de redactar *El Capital,* Marx había establecido la necesidad de una revolución, de una transformación radical, cualitativa, del modo de producción capitalista. Por ejemplo, en *Miseria de la filosofía,* escribía: "... el antagonismo entre el proletariado y la burguesía es una lucha de una clase contra otra clase, lucha que, llevada a su más alta expresión, implica una revolución total. Por cierto, ¿puede causar extrañeza que una sociedad basada en la *oposición* de las clases, llegue, como último desenlace, a la *contradicción* brutal, a un choque cuerpo a cuerpo?"(29)

Pero se apresura a agregar que la revolución dejará de ser la forma de desarrollo social cuando aparezcan nuevas condiciones históricas, y cuando desaparezcan los antagonismos de clase.

"Sólo en un orden de cosas —dice— en que ya no existan clases y antagonismos de clases las *evoluciones sociales* dejarán de ser *revoluciones políticas.* Hasta que ese momento llegue, en vísperas de toda reorganización general de la sociedad, la última palabra de la ciencia social será siempre: *"Luchar o morir; la lucha sangrienta o la nada. Es el dilema inexorable." (Jorge Sand.)*(30)

---

(29) C. Marx, *Miseria de la filosofía,* págs. 166-167, Ed. Lenguas Extranjeras, Moscú, 1958.
(30) Ibíd., pág. 167.

Todo lo que Marx preveía se cumplió. La sociedad socialista, donde no hay antagonismos de clase, ha visto consolidarse un nuevo tipo de evolución que excluye toda explosión revolucionaria y toda revolución política a raíz del paso de una calidad antigua a una nueva.

El ejemplo de la sociedad socialista permite comparar el carácter del desarrollo de la antigua sociedad con el que engendra la victoria de la revolución proletaria. La acción de la ley de la conversión de la antigua calidad en nueva después del derribamiento del capitalismo, muestra toda la importancia de la distinción establecida entre la "dialéctica de la sociedad burguesa", expuesta por Marx en *El Capital,* y la "dialéctica de la sociedad socialista". Pero este problema presenta un interés tan grande, que lo examinaremos de manera especial.

IV

En las formaciones antagónicas, los cambios radicales, cualitativos, del régimen social y económico, se manifiestan bajo la forma de estallidos revolucionarios; tal es la acción de la ley de la conversión de la antigua calidad en calidad nueva en esas formaciones. Toda conversión implica un salto que hace aparecer una nueva calidad. Pero en las formaciones basadas en antagonismos de clase, esos saltos adquieren las formas de revoluciones políticas. Sin duda, también en la antigua sociedad se producían cambios cualitativos bajo la forma de una acumulación gradual de elementos de la nueva calidad, y de un marchitamiento gradual de los elementos de la antigua. En Prusia, por ejemplo, la evolución del capitalismo agrario se efectuó sin ruptura revolucionaria de las relaciones feudales caducas, ni relevo revolucionario del feudalismo por el capitalismo: las antiguas relaciones de producción se adaptaron poco a poco a las nuevas.

Sin embargo esa forma de desarrollo no era característica de la antigua sociedad. Lo típico era la explosión revoluciona-

ria de las contradicciones acumuladas en el curso de un largo período. En el seno de la antigua sociedad se operaban transformaciones cuantitativas lentas que no modificaban nada esencial del régimen existente, hasta cierto momento, pero que preparaban ese cambio. En determinada etapa, las modificaciones cuantitativas convertíanse en cualitativas. Se producía entonces la revolución social, la caída del antiguo régimen y la formación de un régimen nuevo, más progresista. Lo esencial en estos estallidos revolucionarios era la caída del poder político existente y la instauración de un nuevo poder.

La ley del paso de la antigua calidad a la nueva tiene sus raíces en la naturaleza social de las formaciones antagónicas. La necesidad histórica de una transformación del modo de producción choca con la violenta oposición de la clase dominante, que tiene en sus manos todo el poder. La sociedad feudal, por ejemplo, ve nacer poco a poco en su seno relaciones nuevas de producción, de carácter capitalista. El intercambio crece y se infiltra en todos los poros del feudalismo, el mercado se amplía, progresa la división social del trabajo, surgen nuevas clases sociales —los capitalistas y los proletarios—, etc. La extensión de estas nuevas relaciones de producción, basadas en el impulso de las fuerzas productivas, socava al feudalismo. Las premisas objetivas del relevo del modo de producción feudal por el modo de producción capitalista están ya maduras. Pero este relevo implica la caída de las antiguas clases dominantes. la abolición de sus privilegios y de su hegemonía política. Estas clases hacen todo lo posible para conservar su supremacía, utilizando el poder político que detentan para impedir la realización de una necesidad histórica. Sólo una revolución social que derribe su poder puede abrir el camino al libre desarrollo de las nuevas relaciones de producción.

Las cosas se agravan aun más cuando se trata de pasar del capitalismo al socialismo. Desde hace ya mucho tiempo han madurado en la sociedad capitalista contemporánea las premisas objetivas del socialismo. Y si el capitalismo subsiste, ello se debe únicamente al hecho de que, utilizando su poder político, la burguesía se opone con encarnizamiento a ese paso, re-

prime con ferocidad a la clase obrera y a todos los trabajadores, abre la puerta al fascismo y se aferra febrilmente al poder. Es evidente que sin el derribamiento de la dictadura de la burguesía y la instauración de la dictadura del proletariado, la transición del antiguo estado cualitativo de la sociedad al nuevo es imposible.

En la sociedad antagónica las clases dominantes se oponen, así, con todas sus fuerzas a los cambios cualitativos, radicales, ya maduros, del régimen social. Por el contrario, las nuevas fuerzas de vanguardia, en primer lugar las masas laboriosas, luchan para realizar ese cambio y abolir el orden social establecido. Esta irreductible contradicción determina las revoluciones políticas para llegar a las grandes trasformaciones históricas inevitables.

Sin duda ciertos cambios, incluso importantes, que se operan dentro del marco del modo capitalista de producción, pueden ser graduales, y en efecto lo son.

Por cierto que el modo de producción capitalista deja lugar a cambios graduales, a veces de suma importancia. Marx demuestra que las relaciones de producción capitalista no tienen nada de inmutable. La cooperación simple, la manufactura, la industria mecanizada, jalonan el desarrollo de la producción capitalista. En el curso de esta evolución las relaciones de producción sufren modificaciones cualitativas esenciales, pero éstas no desbordan los límites de la calidad fundamental, propia del modo de producción capitalista. Cuando el capital se torna monopolista, esta transición aporta cambios notorios a ciertos aspectos de la economía y de la política de la sociedad burguesa.

Todas estas transformaciones se operaban y se acumulaban gradualmente, sin exigir explosiones revolucionarias, porque no modificaban en nada la naturaleza misma del modo de producción capitalista. Sólo señalaban el paso de etapas inferiores del capitalismo a sus etapas superiores.

Si ese tipo de desarrollo gradual, que modifica algunas cualidades del modo de producción capitalista sin tocar su esencia, resulta posible en el seno de la sociedad burguesa, es claro

que son absolutamente imposibles los cambios que puedan, por ejemplo, acumular lentamente, en el marco mismo del capitalismo, elementos de socialismo, para integrarlo en el capitalismo.

La evolución de la sociedad burguesa prepara las premisas materiales de un régimen cualitativamente nuevo. Pero si no hay un salto revolucionario, si no se derriba el poder de Estado de la burguesía, no se verá aparecer jamás la nueva cualidad: el socialismo. El imperialismo es la antesala del socialismo, cuya base material prepara, pero no hay ni puede haber paso gradual del uno al otro. Sólo la revolución socialista reúne las condiciones de ese paso.

A la vez que demuestra que el paso del capitalismo al socialismo sólo es posible por la revolución socialista, es cierto también que el marxismo no ha impuesto jamás a los comunistas tales o cuales formas concretas para dicho "salto".

En el *Manifiesto del Partido Comunista,* Marx y Engels, basándose en la naturaleza general de las contradicciones antagón-icas de la sociedad capitalista, proclamaron, en una célebre fórmula, que los comunistas no disimulan sus puntos de vista y sus proyectos, y que declaran abiertamente que "sus designios sólo pueden ser realizados por el derribamiento violento de todo el orden social existente". Pero jamás afirmaron que esta fórmula general, que expresa la tendencia fundamental, la línea esencial del desarrollo, de la transición del capitalismo al socialismo, dispense a los comunistas de tener en cuenta minuciosamente la situación histórica concreta en cada país, y en el mundo entero, las tradiciones, las particularidades históricas de la evolución de cada país, en el momento del paso al socialismo. El marxismo siempre ha tenido en cuenta toda la complejidad del proceso histórico, los múltiples aspectos de la dialéctica de lo general y de lo particular. Después de haber declarado, en una reunión realizada en Amsterdam, en vísperas del Congreso de la Primera Internacional, celebrado en La Haya, que sin la conquista del poder político por la clase obrera es imposible edificar la sociedad socialista, Marx agregó: "Pero jamás hemos afirmado que son necesarios los mismos medios

para llegar a ese fin". Indicó, en especial, que en países tales como Inglaterra y Norteamérica el paso del poder a manos de la clase obrera por medios pacíficos era posible en esa época. En opinión de Engels, compañero de lucha de Marx, la transición pacífica al socialismo por la vía parlamentaria es función de una situación histórica concreta en ciertos países en los que la representación popular concentra en sus manos todo el poder, y en los que se puede, "por vía constitucional, hacer todo lo que se quiera, a condición de tener junto a sí a la mayoría del pueblo".

Lenin admitía igualmente semejante posibilidad. Se sabe que después de febrero de 1917 los bolcheviques, encabezados por Lenin, lanzaron la consigna del desarrollo pacífico de la revolución y el paso del poder a manos de la clase obrera. Lenin habló de la "posibilidad histórica, sumamente rara y sumamente preciosa", de un desarrollo pacífico de la revolución.

Pero si bien es cierto que otrora semejante posibilidad era "sumamente rara", el estado de cosas ha cambiado en la actualidad. Teniendo en cuenta la nueva situación debida a la creación del sistema socialista mundial, el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética formuló la importante tesis según la cual las formas de transición del capitalismo al socialismo serán cada vez más variadas en el porvenir. Este problema es de un gran alcance filosófico. Se trata de las diferentes formas del "salto" del capitalismo al socialismo. Incluso en las nuevas condiciones, el principio fundamental del marxismo-leninismo según el cual las clases dominantes no entregan por su propia voluntad el poder y sus privilegios, sigue estando en vigor. Sin la lucha de clases del proletariado y de todos los trabajadores contra las clases explotadoras, el paso al socialismo es imposible. Pero el carácter de esta lucha, su agudeza más o menos grande, la utilización de la violencia contra las clases explotadoras o de la no violencia en el momento del paso al socialismo, dependen de la situación concreta, del grado de resistencia de las clases dominantes a esa transición que no estará vinculada necesaria-

mente a la guerra civil. La existencia del sistema socialista mundial crea condiciones favorables sin precedentes para la instauración del socialismo. La conquista por las fuerzas de vanguardia —en un determinado país y bajo la dirección de la clase obrera y su partido— de la mayoría parlamentaria, que se convertirá así en el instrumento de la voluntad del pueblo, es perfectamente posible. Siendo esto así, la dirección política de la sociedad por la clase obrera debe ser asegurada, sin lo cual el paso al socialismo es evidentemente irrealizable. Al utilizar el parlamento como un instrumento de la voluntad popular, la clase obrera y todos los trabajadores, bajo su dirección, pueden trasformar los principales medios de producción en propiedad social.

Se entiende que en los países capitalistas en los que el aparato militar y burocrático es fuerte, en los que la burguesía se opondrá con las armas en la mano a la revolución históricamente inevitable, las formas de transición serán otras. En esos países la violencia revolucionaria combatirá a la violencia contrarrevolucionaria.

Es preciso subrayar que toda forma de paso al socialismo, incluso la forma pacífica, es un salto revolucionario, una modificación radical del antiguo estado cualitativo. Ello significa que incluso el desarrollo pacífico de la revolución socialista no tiene nada en común con la idea reformista de la integración del socialismo en el capitalismo, según la cual los elementos del socialismo podrían surgir y acumularse en forma gradual, en el marco del régimen capitalista, en el que se mantendrían el poder político de la burguesía y la propiedad privada de los principales medios de producción.

Sin embargo, los portavoces de los socialistas de derecha se ingenian para demostrar que es posible pasar en forma gradual del capitalismo al socialismo. Incluso los ideólogos abiertamente burgueses tienen en cuenta el lugar de donde sopla el viento y crean teorías por las que pretenden demostrar que el capitalismo deja poco a poco de ser él mismo y se transforma en una sociedad distinta, sin capitalistas ni obreros, sin explotadores ni explotados.

En efecto, muchos economistas burgueses, en los Estados Unidos, en Francia y en otras partes, afirman que el capitalismo contemporáneo sufre una "revolución" pacífica. Lo esencial de esta "revolución" es la presunta desaparición de la clase de los proletarios y el traspaso de la dirección de la producción a los ingenieros, administradores, directores. Si se creyera en lo que dicen, ya no existirían más clases, el Estado capitalista se habría convertido en un Estado de gerentes y de directores que rigen la producción en nombre del conjunto del cuerpo social: tal es, según ellos, la metamorfosis que se opera poco a poco (o que ya se ha producido) en la sociedad capitalista.

Es evidente que todo esto no es más que una ficción burguesa, destinada a engañar a los trabajadores. En rigor, los buenos apóstoles de la burguesía explotan algunas de las particularidades que distinguen al capitalismo monopolista del capitalismo antiguo, para sostener que en la actualidad el capitalismo sufre un cambio radical, cualitativo.

En especial, sacan partido del hecho de que en la etapa del imperialismo el capital ha cambiado de forma: en lugar de expresarse y funcionar bajo el aspecto de empresas privadas independientes, dirigida por capitalistas-propietarios, hoy adquiere sobre todo la forma de grandes sociedades por acciones, de monopolios, de trusts que tienen a su frente consejos de administración, comités de directores.

Este cambio parece atestiguar, según ellos, que el capitalismo ha dejado de ser capitalismo. En *El mundo moderno y el socialismo,* Karl Renner ve en ello un argumento decisivo para refutar la tesis de Marx que considera imposible la integración gradual del socialismo en el capitalismo. Afirma que el capitalismo ha dejado de ser, en resumidas cuentas, capitalismo. Según él, las relaciones del obrero y del capitalista serían en nuestros días completamente distintas de lo que eran cuando Marx escribió *El Capital.* Entonces, dice, era la época del capitalista "individual", en tanto que ahora es la del capital "colectivo": trusts, monopolios, sociedades anónimas. Otrora el obrero tenía frente a sí a un enemigo real: el capi-

talista; este adversario ha desaparecido ahora: el capital es en la actualidad algo "anónimo", son los monopolios, las compañías y hasta los pequeños accionistas que participan en ella. Se trata ya de una economía "organizada". Ya no existe más que un paso para hacer que el capitalismo se transforme poco a poco en socialismo.

Los sofismas de Renner y de otros economistas o sociólogos burgueses que predican en la actualidad el mito del "nuevo" capitalismo sin capitalistas, caen directamente bajo los golpes del análisis efectuado por Marx en el libro segundo de *El Capital.* Aprovechando el ejemplo de las primeras sociedades por acciones que se constituyeron en la época, hace notar que la antigua forma del capitalismo se modifica:

"El sistema de las acciones —escribe— entraña ya la antítesis de la forma tradicional en la que los medios sociales de producción aparecen como propiedad individual."[31]

Por lo tanto, Marx ya había señalado hace tiempo lo que hoy los ideólogos de la burguesía nos presentan como un fenómeno capaz de modificar la esencia del régimen capitalista. Además, analiza a fondo y demuestra que, lejos de suprimir la naturaleza explotadora del régimen capitalista, ese fenómeno lo acentúa y lo agrava.

Para Marx, la aparición de las sociedades por acciones testimonia un nuevo progreso del carácter social de la producción bajo el capitalismo, y la inminencia de la sustitución del capitalismo por el socialismo. Lejos de considerar estos nuevos fenómenos como elementos de socialismo, Marx ve en ellos una nueva forma de la expropiación de los pequeños y medianos capitalistas por el gran capital, y de la concentración de inmensas fortunas en manos de un pequeño número de capitalistas. Esta expropiación, hace notar Marx, "...se presenta bajo una forma antagónica, como la apropiación de la propiedad social por unos cuantos, y el crédito da estos pocos individuos el carácter cada vez más señalado de simples aventureros. La propiedad existe aquí bajo la forma de acciones,

(31) C. Marx, *El Capital,* t. III, pág. 394, Ed. cit.

cuyo movimiento y cuya transferencia son, por tanto, simple resultado del juego en la Bolsa, donde los peces chicos son devorados por los tiburones, y las ovejas por los lobos bursátiles."(32)

Lo que los socialistas de derecha llaman hoy "elementos de socialismo", Marx lo define como la fuente de "....una nueva aristocracia financiera, de una nueva clase de parásitos en forma de proyectistas, fundadores de sociedades y directores puramente nominales", como "...todo un sistema de especulación y de fraude en la fundación de las sociedades y en la emisión y el tráfico de las acciones."(33)

No hay necesidad de recordar aquí los hechos actuales, muy conocidos, que atestiguan que una pequeña cantidad de grupos financieros importantes es la dueña real de las sociedades anónimas y las utiliza para extraer de ellas ganancias fabulosas.

Confirma la tesis marxista de "la apropiación de la propiedad social por algunos hombres" el hecho de que la economía norteamericana, por ejemplo, tiene por magnates a los Rockefeller, a los Dupont, a los Morgan y a algunos otros grupos de la oligarquía financiera; que la economía francesa se halla en manos de las "doscientas familias", etc. La General Motors obtiene por sí sola el 5 por ciento de los beneficios de todas las compañías de los EEUU; doscientas grandes sociedades industriales se quedan con la tercera parte del beneficio del conjunto de la industria norteamericana. Menos del uno por ciento de las grandes compañías se embolsan las dos terceras partes del beneficio total. Marx había apreciado igualmente en su justo valor el otro hecho invocado por los economistas burgueses y los socialistas de derecha para demostrar la transformación radical del régimen socialista: la aparición de una "nueva clase" de gerentes que suplantaría la de los propietarios y que regiría la producción en nombre de "todo el cuerpo social".

(32) C. Marx, *El Capital,* t. III, pág. 394, Ed. cit.
(33) Ibíd., págs. 392-393.

En *El Capital* establece que el desarrollo de la sociedad burguesa hace nacer toda una capa de dirigentes industriales y comerciales, cuyo número aumenta principalmente con la fundación de las sociedades anónimas. "Las empresas por acciones, —que se desarrollan con el sistema de crédito,— tienden a separar cada vez más este trabajo administrativo, como función, de la posesión del capital, sea propio o prestado..."(34) Con la evolución del capitalismo se multiplican los rentistas que no participan en forma directa en la producción, ya que las tareas administrativas quedan en manos de un personal especial. Pero allí donde los socialistas derechistas ven desarrollarse "elementos de socialismo" en el seno del propio capitalismo, Marx discernía precisamente lo contrario. Este hecho es para él la señal de que el capitalista queda en evidencia como engranaje inútil del proceso de producción. Pero esto no implica en modo alguno que el proceso de producción capitalista desaparezca a su vez, y que la clase de los propietarios capitalistas se evapore como por milagro, como tratan de hacerlo creer los sofismas de los socialistas de derecha. Este hecho sólo atestigua, entre otras cosas, que el capitalismo ha caducado ya y que es preciso suprimirlo para dejar libre curso al desarrollo.

El papel de los gerentes que actúan en nombre de todo el cuerpo social se reduce en la práctica a organizar la extorsión de plusvalía a expensas de los obreros.

Para Renner, el instrumento del paso gradual al socialismo no es otro que el Estado burgués, o sea, el aparato de la clase burguesa encargado de defender las relaciones caducas de la producción capitalista. La existencia del Estado burgués torna utópica la idea de pasar poco a poco al socialismo, sin un salto revolucionario. Sin embargo es precisamente este poderoso instrumento de la burguesía el proclamado como medio más adecuado para una "socialización" gradual de la sociedad.

En otra época, en tiempos de Marx, decía Renner, los obreros se encontraban en oposición con el Estado. Sólo poco a poco comienzan a entender que "el Estado [burgués, por

(34) C. Marx, *El Capital*, t. III, pág. 351, Ed. cit.

supuesto. - *M. R.}* es precisamente el instrumento más seguro, si no el único para realizar el socialismo."

Al retomar esta tesis errónea, los socialistas de derecha contradicen las lecciones de la historia, cuya experiencia demuestra sin réplicas que sólo el pueblo laborioso, luego de tomar en manos su destino y de consolidar su poder, puede trasformar la sociedad sobre bases razonables y equitativas, y construir el socialismo. Los estallidos revolucionarios, como forma del paso a saltos de una antigua calidad a una nueva, no pueden desaparecer ni desaparecen en los hechos hasta después de la victoria de la revolución socialista. En este sentido, el ejemplo soviético es demostrativo. La victoria de la revolución proletaria y de la edificación del socialismo ha creado condiciones de desarrollo totalmente nuevas. Las clases explotadoras han sido eliminadas. En la sociedad socialista, a diferencia de la antigua, ha pasado la época en que no podía haber entre el poder político dirigente y "el bajo pueblo" —las masas laboriosas— otra cosa que hostilidad, conflictos, lucha a muerte. El poder soviético es el poder del pueblo; expresa los intereses vitales de los trabajadores: obreros, campesinos, intelectuales. Todas las grandes transformaciones económicas y culturales son efectuadas por el Estado soviético de acuerdo con los imperativos de las leyes objetivas que actúan en la sociedad. Las masas laboriosas ponen en práctica los planes elaborados por el Partido y el gobierno, porque esos planes responden plenamente a sus intereses. Por lo tanto, es evidente que el paso del antiguo estado cualitativo al nuevo no exige una revolución política y una explosión revolucionaria. Este paso se opera en forma gradual; los elementos de la antigua calidad desaparecen poco a poco y crecen los de la nueva.

En *El marxismo y los problemas de la lingüística,* J. Stalin cita un ejemplo de salto de este tipo: el paso del régimen burgués de explotación campesina individual al régimen socialista de los koljoses. Esta revolución no ha sido explosiva: ha sido una transición gradual de un régimen al otro.

Este ejemplo permite entender por qué el desarrollo adquiere en esas condiciones características completamente nuevas.

La nueva calidad (la economía socialista) ha nacido y se ha desarrollado poco a poco en el seno mismo del antiguo régimen agrario, cosa de todo punto de vista imposible bajo el capitalismo. Si esta grandiosa revolución agraria se desarrolló sin un "estallido", es, ante todo, porque servía a los intereses de las masas campesinas. Por lo tanto la revolución llegada desde arriba encontró el apoyo de esas masas. El giro se operó en forma progresiva debido a que se trataba de la refundición del campesinado laborioso, es decir, del amigo de la clase obrera, de su aliado en la edificación del socialismo. Por lo tanto, era inadmisible la violencia hacia el campesinado, y sólo por la persuasión y la demostración práctica de las ventajas del koljós sobre el antiguo modo de explotación debían ser llevadas las masas campesinas a efectuar ese paso y a emprender el camino de la economía socialista.

Pasar al régimen de los koljoses es para el campesinado algo de interés vital, pero no puede adquirir conciencia de ello bruscamente, sino poco a poco. "Debemos, ante todo —dice Lenin— tomar como base la verdad de que aquí no es posible... conseguir algo con los métodos de la violencia. Aquí la tarea económica se plantea de un modo completamente distinto. Aquí no se trata de esa cúspide que es posible derribar dejando en pie todos los cimientos, todo el edificio. Aquí no existe esa cúspide que eran los capitalistas de las ciudades. *Aquí, el actuar por medio de la violencia significa echarlo todo a perder.*"[35] Lenin extraía de esto la conclusión de que en el campo la transformación cualitativa de la antigua economía se opera en forma gradual.

Marx y Engels han subrayado con insistencia la necesidad de usar la prudencia y la circunspección cuando se trata de hacer entrar al campesinado por el camino del socialismo, de no olvidar que semejante transformación sólo puede hacerse en forma progresiva, a medida que el campesinado adquiera conciencia de su carácter necesario. Es evidente lo peligroso y funesto que habría sido confundir la conversión cualitativa propia

(35) V. I. Lenin, *Obras Escogidas,* t. II, pág. 577, Ed. Lenguas Extranjeras, Moscú, 1948.

de una sociedad antagónica con la acción de esa misma ley en las nuevas condiciones creadas por la victoria de la revolución socialista.

Lo nuevo en la evolución social después de esa victoria es el hecho de que el obstáculo que impedía la marcha hacia el progreso ha desaparecido. Ese obstáculo es la sed de ganancia de las clases dominantes bajo el capitalismo. La experiencia de la nacionalización de ciertas empresas, que los sindicalistas de derecha hacen pasar por "socialismo", ha demostrado que su supuesta "revolución silenciosa" era un fraude. Sólo la revolución socialista barre los obstáculos de toda clase y construye el camino hacia lo nuevo, hacia el progreso, y por tal razón en una sociedad socialista los cambios radicales, cualitativos, se producen sin revoluciones políticas. Por supuesto, existen elementos retrógrados y conservadores que, incluso bajo el socialismo, frenan el movimiento, pero su fuerza no es más que la de la costumbre, la de las supervivencias del pasado, una fuerza que es superada de manera progresiva. La acción particular de la ley de conversión cualitativa en ausencia de clases antagónicas refleja un orden de cosas que Marx no podía analizar aún en *El Capital,* pero cuyo carácter inevitable estableció genialmente en esa gran obra.

CAPITULO IV

LA ELABORACION DE LA TEORIA DIALECTICA DEL DESARROLLO COMO APARICION Y SUPERACION DE LAS CONTRADICCIONES

El genial análisis de las contradicciones del modo capitalista de producción: tal es el objeto esencial de la dialéctica de *El Capital.* Lenin hacía notar que la teoría de la unidad y de la lucha de los contrarios constituye la esencia de la dialéctica materialista. Esta definición expresa de manera excelente el fondo mismo del análisis del desarrollo del modo capitalista de producción en la obra de Marx. Todo el curso de la evolución, todo el curso de las transformaciones cualitativas del capitalismo, reposa sobre la génesis, sobre el despliegue y la acentuación de las contradicciones propias de la producción burguesa.

En *El Capital,* Marx formula con una perfecta claridad su punto de vista sobre este problema:

"Sin embargo, el único camino histórico por el cual pueden destruirse y trasformarse las contradicciones de una forma histórica de producción es el desarrollo de esas mismas contradicciones."[1]

Tal es la clave de todo *El Capital,* del método aplicado en esa grandiosa obra. Nada de extraño tiene entonces que *El*

(1) C. Marx, *El Capital,* t. I, pág. 388, Ed. cit.

Capital nos ofrezca semejante riqueza de pensamientos en relación con el problema de las contradicciones. El desarrollo implica contradicciones. La lucha de los contrarios es su fuerza motriz. El capitalismo se caracteriza principalmente por el antagonismo de las relaciones de clase. Mostrar científicamente la génesis, la evolución y la caída ineluctable del modo capitalista de producción es mostrar cómo nacen las contradicciones del capitalismo, cómo se desarrollan y se acentúan al trasformarse en extremos inconciliables, cómo en una determinada etapa estas contradicciones hacen estallar desde dentro el régimen capitalista y abren el camino a la revolución socialista.

Por eso dedica Marx tanta atención al problema de las contradicciones del capitalismo y elabora una teoría dialéctica de las contradicciones en general.

Marx estudia las contradicciones concretas de una formación histórica determinada. Por lo tanto no es posible aplicar dogmáticamente en la sociedad socialista las conclusiones que extrae de su análisis de la sociedad capitalista. No se olvidará que Marx ha expuesto en *El Capital,* como lo dijo Lenin, "la dialéctica de la sociedad burguesa", que "no es más que un caso particular de la dialéctica". No es menos cierto que al aplicar la teoría dialéctica de las contradicciones al examen del modo capitalista de producción, Marx no podía dejar de establecer y de elucidar una cantidad de principios fundamentales de importancia filosófica general.

I

En su estudio de las contradicciones del capitalismo, de su desarrollo y de su agravación, Marx no dejó de luchar contra el método metafísico de la economía política burguesa, contra los románticos pequeño-burgueses de todo pelaje que se ingeniaban en dulcificar, borrar y disimular las grandes contradicciones del régimen burgués.

Marx rinde homenaje a sus predecesores, Smith y Ricardo —representantes de la economía política burguesa clásica—,

que percibieron ciertas contradicciones cardinales de la producción capitalista, sin tratar de ocultarlas. Oponiendo Ricardo a su discípulo James Mill, cuya obra señala el comienzo de la descomposición de la escuela ricardiana, hacía notar que "...en el maestro [Ricardo. - *M. R.*], los hechos nuevos e importantes surgen y se desarrollan sobre 'el estercolero' de las contradicciones."[2] Otro tanto puede decirse de Adam Smith. Como portavoces de la burguesía de vanguardia, Smith y Ricardo no temieron proclamar que existe una contradicción radical entre el desarrollo de las fuerzas productivas y el viejo marco de la sociedad feudal. Smith no vaciló en denunciar el parasitismo de los señores, de los sacerdotes, de los lacayos y toda la chusma de ese régimen.

En sus *Investigaciones sobre la naturaleza y la causa de la riqueza de las naciones* Smith no disimula tampoco la oposición de los intereses de la clase obrera y de la burguesía. No teme decir que ninguna clase sufre con tanta crueldad la declinación de la sociedad como los obreros. Por cierto que Smith parte de la falsa teoría de la identidad de los intereses de todas las clases de la sociedad burguesa; como ideólogo de la burguesía, no podía ni quería entender la oposición irreductible de los intereses de la burguesía y del proletariado. Pero tiene la intuición de que los proletarios se niegan a admitir esa supuesta identidad, que son incapaces, según su expresión, de advertir el vínculo de sus propios intereses con los de la sociedad burguesa toda. Aunque exalta a la burguesía, la clase más "razonable" y la más "lúcida" de todas, Smith no puede silenciar el hecho de que, como los capitalistas tienen como objetivo esencial el de realizar una ganancia elevada, sus intereses "no están vinculados a los intereses generales de la sociedad".

Aunque Ricardo tampoco entendió las verdaderas relaciones de la ganancia y del salario, y aunque Marx criticó su forma de presentar el problema, no es menos cierto que la

(2) C. Marx, *El Capital*, (Historia crítica de la teoría de la plusvalía), t. V, pág. 144, Ed. cit.

importancia que Ricardo asignaba a este problema, su tesis según la cual la ganancia depende del nivel del salario y recíprocamente, atestiguan que percibía con claridad la divergencia de intereses existente entre el burgués y el obrero.

A la vez que destaca ciertos elementos positivos de los clásicos de la economía política burguesa, en lo que concierne al problema de las contradicciones, Marx criticó a fondo su método metafísico en su conjunto. Estaban lejos de entender las contradicciones reales de la producción mercantil simple, como de la producción capitalista. Los clásicos de la economía política burguesa sustituían la contradicción por la identidad. Eran ideólogos de la burguesía y no podían ni querían ver que cada etapa de la sociedad burguesa va acompañada por contradicciones, y que la absorción de alguna de ellas en lugar de suprimirlas crea, por el contrario, la base de su agravación posterior.

A todo lo largo de *El Capital,* lo mismo que en la *Historia de la teoría de la plusvalía,* en las cartas sobre *El Capital* y en otros escritos, Marx critica a Smith y a Ricardo por no haber visto ni tratado de ver las contradicciones y formas propias de todos los fenómenos y de todos los procesos económicos del capitalismo. A propósito de Ricardo escribe: "Lo admirable de la producción burguesa, para Ricardo, es que sus formas específicas, a diferencia de lo que ocurría en los regímenes anteriores a ella, cubren un horizonte de desarrollo ilimitado para las fuerzas productivas. Allí donde este desarrollo se estanca o brotan contradicciones que lo entorpecen, niega esas contradicciones..."(3). Ni Smith ni Ricardo entendieron las contradicciones reales de la mercancía, del intercambio, las que existen entre el dinero y las mercancías, las del capital, las de la acumulación capitalista, etc. Eran totalmente incapaces de descubrir las contradicciones internas del trabajo que produce la mercancía. Marx hace notar en muchas ocasiones esta ineptitud y esta ceguera de clase de los economistas de la antigua escuela.

---

(3) C. Marx, *El Capital,* (Historia crítica de la teoría de la plusvalía), t. V, pág. 125, Ed. cit.

Cuando se trata de los economistas vulgares, Marx fustiga su tendencia a ocultar a sabiendas las contradicciones de la producción burguesa, fustiga su servilismo, se burla de su cobardía, arranca sin piedad las máscaras de "la apologética económica".

Lo que caracteriza a esta última, hace notar en el primer libro de *El Capital,* es la tentativa de negar las contradicciones inherentes al proceso capitalista de producción. A propósito del método de Mill escribe: "Cuando las condiciones económicas y por tanto, las categorías en que se proyectan, encierran antagonismos y contradicciones, lo que hace es apoyarse en la unidad de las contradicciones y negar la existencia de éstas, erigiendo esta unidad en la identidad de lo contradictorio."(4)

Marx pone de relieve este aspecto esencial del método de *toda* la economía política burguesa:

"En las crisis del mercado mundial estallan las contradicciones y los antagonismos de la producción burguesa. Y en vez de indagar en qué consisten los elementos contradictorios que se abren paso violentamente en la catástrofe, los apologistas se limitan a negar la catástrofe misma y, a despecho de su periodicidad fiel a una ley, se obstinan en sostener que si la producción se atuviese a las doctrinas de sus manuales, jamás existirían crisis."(5)

Estas palabras fustigan igualmente a los apologistas actuales del capitalismo. En el período de la crisis general del capitalismo ya no es posible negar las catástrofes económicas, pero los economistas burgueses discuten y encubren, como hace cien años, la causa más profunda de las crisis: el propio capitalismo y sus contradicciones.

Marx critica a los economistas y a los filósofos, no sólo porque niegan las contradicciones, guardan silencio sobre ellas, sino también porque cuando las perciben tratan, por medio de operaciones "del pensamiento puro", de eliminarlas, de

(4) C. Marx, *El Capital,* (Historia crítica de la teoría de la plusvalía), t. V, pág. 146, Ed. cit.
(5) Ibíd., págs. 31-32.

conciliarlas, de hacer "su síntesis", etc. Ciertos economistas pequeño-burgueses que se compadecen de los sufrimientos del proletariado, disciernen bastante bien las contradicciones del capitalismo. Pero como no entienden que sólo el desarrollo de estas contradicciones hasta sus últimas consecuencias y su supresión permite el advenimiento de una forma histórica nueva más progresista, exhortan a la humanidad a volver a etapas de la evolución superadas tiempo ha. Marx escribe que Sismondi, por ejemplo, para eliminar una contradicción aguda retrocede hacia sus formas envejecidas. Los unos, precisa, quieren perpetuar las contradicciones del capitalismo en atención a los bienes materiales que produce, sin ver que esos bienes son producidos en condiciones antagónicas en el más alto grado. Los otros deciden sacrificar esos frutos para librarse de las contradicciones.

Ninguno de los predecesores de Marx pudo resolver en forma científica el problema de las contradicciones y de su papel en el desarrollo. En este sentido, recordemos la posición de Hegel. *El Capital,* verdadera enciclopedia de la dialéctica materialista, demuestra brillantemente la superioridad de la dialéctica nueva, auténticamente científica, sobre la dialéctica idealista. En ese sentido, permite comparar la dialéctica materialista y la dialéctica idealista: ese paralelo hace surgir la supremacía de la primera y la estrechez de la segunda. *El Capital* no es, por lo tanto, solamente una crítica de la metafísica de la economía política burguesa, como lo indicábamos más arriba, sino también, para retomar la expresión de Marx, una crítica del aspecto adulterado de la dialéctica hegeliana. No sin motivo el propio Marx, en sus palabras finales a la segunda edición de su gran obra, se dedicó a subrayar la oposición radical de su dialéctica con la de Hegel.

La oposición de las concepciones materialista e idealista del desarrollo condiciona la explicación diferente del problema de las contradicciones en la dialéctica de Marx y en la de Hegel. A partir de hechos concretos, de la realidad viva, Marx estudia en *El Capital* el desarrollo de las contradicciones, de sus metamorfosis sucesivas, de su reabsorción, tal como se producen en la realidad. Y como en la realidad objetiva, inde-

pendiente de la conciencia de los hombres, las contradicciones no se concilian, sino que son superadas en la lucha, *El Capital* expone una teoría de las contradicciones, revolucionaria entre todas.

Otra cosa sucede en Hegel. Aunque éste haya sabido presentir genialmente, en la dialéctica de sus conceptos, la dialéctica de las cosas mismas y, por consiguiente, formular una gran cantidad de tesis preciosas en relación con las contradicciones, su teoría sigue estando, en su conjunto, orientada hacia la conciliación de las mismas. Hegel no trata de hechos concretos de la realidad viva, sino de la idea divinizada. Cuando no se rebasan los límites de la Idea pura, "absoluta", es imposible entender las verdaderas leyes del devenir y de la eliminación de las contradicciones. No olvidemos, por lo demás, que el idealismo de Hegel en general y el carácter idealista de su dialéctica en particular eran la expresión filosófica de sus posiciones de clase. La oposición de la dialéctica materialista y de la idealista traduce la de las concepciones proletarias y burguesas del mundo.

A partir de la *Miseria de la filosofía,* Marx había establecido el hecho de que en la dialéctica idealista los contrarios se concilian y sintetizan finalmente. Su polémica con Proudhon lo lleva, como lo dice él mismo, "a exponer la dialéctica de Hegel, que Proudhon había reducido a las más mezquinas proporciones". Marx pone al desnudo la naturaleza idealista de la dialéctica de Hegel y muestra cómo puede realizarse el desarrollo de la "razón pura" separada de la realidad viva.

"Como la razón impersonal no tiene fuera de ella ni terreno sobre el que pueda asentarse, ni objeto al cual pueda oponerse, ni sujeto con el que pueda combinarse, se ve forzada a dar volteretas, situándose en sí misma, oponiéndose a sí misma y combinándose consigo misma: posición, oposición, combinación. Hablando en griego tenemos la tesis, la antítesis, la síntesis. En cuanto a los que desconocen el lenguaje helénico, les diremos la fórmula sacramental: afirmación, negación, negación de la negación."(6)

---

(6) C. Marx, *Miseria de la filosofía*, pág. 98, Ed. cit.

Más adelante, Marx muestra que a la vez que se divide en contrarios, la "razón pura" puede volver a reunir a éstos y hacer su síntesis para dividir y desdoblar a continuación el resultado obtenido, y así sucesivamente... En *El Capital* Marx no tuvo necesidad de conciliar, en una síntesis ficticia, contrarios tales como, por ejemplo, el valor de uso y el valor de la mercancía, porque en la vida real el movimiento de estos contrarios suscita, independientemente de la razón humana, el nacimiento de una nueva contradicción. Pero en el reino de la "razón pura" en el cual el filósofo mismo es el demiurgo del mundo, el movimiento debe adquirir necesariamente el carácter de un desdoblamiento del pensamiento en dos contrarios, seguido de su conciliación en una ignorada síntesis superior.

Aplíquese este método a las categorías de la economía política, dice Marx, y se tendrá la lógica y la metafísica de la economía política. Marx ha demostrado, con el ejemplo de Proudhon, cuál es el resultado final de la aplicación de este método idealista a la economía política. Por cierto que no se puede comparar en modo alguno a este último con Hegel, quien fue un gran pensador a pesar de todos los defectos de su idealismo filosófico. Pero aquí se trata del método en lo que tiene de esencial, y no de una comparación entre la penetración de espíritu de los dos pensadores. Proudhon disuelve las relaciones económicas reales en abstracciones, en categorías especulativas, opone "lo bueno" y "lo malo" de las categorías; busca una fórmula propia para suprimir la contradicción, para equilibrar, sintetizar los contrarios. Pero la verdadera síntesis, dice Marx, reside en el movimiento real de esos contrarios, que destruye efectivamente su propia base.

"En su deseo de reconciliar las contradicciones —escribe Marx en una carta a Annenkov—, Monsieur Proudhon ni siquiera se pregunta si la base misma de esas contradicciones no ha de ser derribada. Es exactamente igual que el doctrinario político que supone que el rey, la cámara de diputados y la de los pares son partes integrantes de la vida social, ca-

tegorías eternas. Todo lo que busca es una nueva fórmula por la cual establecer el equilibrio entre esas fuerzas (equilibrio que depende precisamente del movimiento real en que una fuerza es alternativamente conquistadora y esclava de la otra). Así, en el siglo XVIII, muchas inteligencias mediocres estaban muy ocupadas buscando la verdadera fórmula que pudiese poner en equilibrio los órdenes sociales, —el rey, la nobleza, el parlamento, etc.— cuando una mañana, al despertarse, se encontraron con que ya no existían rey, nobleza ni parlamento. El verdadero equilibrio en este antagonismo fue el derrocamiento de todas las condiciones sociales que servían de base a esas existencias feudales y a esos antagonismos."[7]

Esa carta data de 1846. Algunos años antes, en su *En torno a la crítica de la "Filosofía del derecho", de Hegel,* Marx había criticado el método hegeliano de "mediación", de conciliación de las contradicciones. En su *Filosofía del derecho,* Hegel convertía, en primer lugar, contradicciones concretas como la del pueblo privado del derecho y del poder de Estado, en determinaciones de la Idea, para reunirlas luego por la fuerza en la esfera de esa misma Idea, para hacer su síntesis, para crear la ilusión de su unidad. En él los contrarios no entran en lucha el uno contra el otro, como sucede en la realidad, sino que se concilian el uno con el otro e interrumpen así su hostilidad recíproca. Como lo dice Marx en la obra citada más arriba, su error consiste en conformarse con la *apariencia de esa solución* y en darla para la cosa misma.

Al hacer del poder de Estado el concepto de lo "individual" y del pueblo el de lo "universal", reduce las relaciones mutuas del Estado y del pueblo a una simple operación lógica. En cuanto a la contradicción entre lo "individual" y lo "universal", nada es más fácil que "suprimirla" y "solucionarla" en la esfera del pensamiento puro.

Al desenmascarar el absurdo de esa "mediación", Marx demuestra que basta con rechazar toda especulación idealista

(7) C. Marx, "Carta a P. V. Annenkov, 28/XII/1846, en Marx/Engels, *Correspondencia,* pág. 20, Ed. cit.

y abordar las contradicciones sociales concretas para comprender que éstas están constantemente en lucha y sólo se resuelven en una lucha a fondo. Así, a partir de esta obra de juventud, Marx formula la tesis primordial de la dialéctica materialista, la de la lucha de los contrarios, fuerza motriz del desarrollo.

Subraya que los contrarios no pueden ser "mediatizados" ni conciliados precisamente porque son contrarios. Por lo demás, no tienen necesidad de semejante "mediación". Marx adopta una posición contra los filósofos y los economistas que ven un mal en la aspereza de las *oposiciones reales* y tratan de impedir, hasta donde ello les sea posible, su conversión en extremos, "...lo que no es otra cosa que una toma de conciencia, así como la incitación a la decisión del combate."(8)

Fórmula que expresa perfectamente el carácter revolucionario de la dialéctica marxista, a la inversa del espíritu de conciliación de los contrarios propio de la filosofía idealista.

Posteriormente Marx debía profundizar estas tesis. Pero la elaboración y el desarrollo de la dialéctica materialista respecto de la lucha de los contrarios adquiere una importancia especialísima en *El Capital.* Después de haber criticado a fondo las concepciones burguesas en relación con la ciencia económica, y demostrado la incoherencia total del método metafísico, Marx examina en sus múltiples aspectos —analizando de manera concreta el modo capitalista de producción— el problema fundamental de la dialéctica: el del desarrollo por la lucha de los contrarios.

II

La dialéctica materialista comprende los principios metodológicos principales de los que parte Marx para estudiar la producción mercantil y el capital. Estima principalmente que todas las relaciones económicas de la producción mercantil implican contradicciones internas, cuyo análisis se impone si se

(8) C. Marx y F. Engels, *Obras*, t. I, pág. 589, Ed. rusa.

quiere entender esas relaciones; que los contrarios evolucionan y que sus contradicciones se resuelven en el *movimiento.* Así, allí donde los economistas burgueses sólo perciben una identidad muerta, Marx discierne las contradicciones más profundas, la disociación la una en la otra de la unidad de partes exclusivas, que "luchan" entre sí. *El Capital* revela toda la eficacia de la dialéctica marxista, que, al descubrir las contradicciones internas de los fenómenos, torna evidente lo que no lo era. La dialéctica ayuda a descubrir, en lo que a examen superficial parece absolutamente idéntico, "estático" y "estable", todo un mundo de diferencias, de contradicciones, de conflictos que implican la ruina de las formas antiguas y caducas y el nacimiento de formas y procesos nuevos.

En un análisis de la *Contribución a la crítica de la economía política* de Marx, Engels destaca con claridad este aspecto del método:

"Con este método —escribe— partimos siempre de la relación primera y más simple... de la primera relación económica con que nos encontramos. Luego procedemos a analizarla... Nos encontramos con contradicciones que reclaman una solución. Pero como aquí no seguimos un proceso discursivo abstracto, que se desarrolla exclusivamente en nuestras cabezas, sino una sucesión real de hechos, ocurridos real y efectivamente en algún tiempo o que siguen ocurriendo todavía, estas contradicciones se habrán planteado también en la práctica y en ella habrán encontrado también, probablemente, su solución. Y si estudiamos el carácter de esta solución veremos que se logra creando una nueva relación, cuyos dos lados contrapuestos tendremos que desarrollar ahora, y así sucesivamente."[9]

En sus *Cuadernos filosóficos,* Lenin hace notar también que Marx empieza por analizar la relación más simple y más ordinaria de la sociedad burguesa, el intercambio de mercancías; descubre también en ese fenómeno tan simple el germen de todas las contradicciones de la sociedad capitalista, y luego arro-

---

(9) F. Engels, "La *Contribución a la crítica de la economía política* de C. Marx", en Marx/Engels, *Obras Escogidas,* t. I, pág. 343, Ed. cit.

ja luz sobre el desarrollo de esas contradicciones y de esa sociedad en su conjunto, desde el comienzo hasta el final.

La contradicción, descubierta en el fenómeno más sencillo, pero también el más típico (la producción mercantil), es seguida a través de toda la complejidad de su desarrollo objetivo, a partir de sus manifestaciones más débiles y más embrionarias, hasta el punto culminante en que la contradicción se resuelve de manera más radical, no en forma ficticia e ilusoria, sino de un modo real y concreto.

Esta obra no pretende seguir en toda su sutileza el análisis marxista, tan penetrante respecto del crecimiento y del desarrollo de las contradicciones. Esto podría ser objeto de un estudio especial. Aquí nos limitamos a descubrir los rasgos esenciales, y sobre todo extraer las conclusiones filosóficas de orden general en cuanto a la aplicación de la ley de unidad y de la lucha de los contrarios al estudio del capitalismo. Se sabe que Marx empieza por analizar la mercancía. Este punto de partida lleva ya el sello de su genio. Jamás los economistas burgueses pudieron entender que la forma mercantil del producto, lejos de ser exterior y despreciable, es una forma esencial del producto del trabajo en condiciones históricas determinadas. Marx concentra su atención en el análisis de la mercancía, porque la forma mercantil del producto y el intercambio de mercancías traducen relaciones sociales particulares: se trata de la propiedad privada de los medios de producción, y del hecho de que el conjunto del trabajo social resulta de una multitud de trabajos individuales realizados por productores aislados los unos de los otros. Entonces el producto adquiere la forma de una mercancía y las relaciones sociales se expresan en el intercambio de las mercancías.

La forma mercantil del producto es un espejo en el que se refleja el carácter histórico del trabajo social, de las relaciones sociales. Marx puso al desnudo estas últimas, al mostrar que la envoltura exterior de las cosas, de las mercancías, oculta las relaciones sociales esenciales. Al analizar la mercancía y el trabajo que la produce, Marx encara lo que la producción mercantil tiene de específico, lo que la distingue de las otras formas históricas de la producción. Llega a la célula original,

sin la cual no se puede entender nada del capitalismo. Es cierto que la forma mercantil del producto no ha surgido del modo de producción capitalista, al que precedió desde mucho tiempo atrás. Pero sin forma mercantil no existe el capitalismo, y sólo bajo ese régimen se torna dominante dicha forma. Sólo bajo el capitalismo se convierte la fuerza de trabajo en una mercancía.

He aquí por qué, a partir de las primeras líneas de *El Capital,* Marx comprueba que "la riqueza de las sociedades en que impera el régimen capitalista de producción se nos aparece como un 'inmenso arsenal de mercancías' y la mercancía como su forma elemental".[10]

Si Marx habla en primer lugar de la mercancía, ello se debe también a que esa forma elemental del modo capitalista de producción comprende, en un aspecto embrionario, todas las contradicciones del capitalismo, y a que sólo el examen de esas contradicciones, de su crecimiento y de su desarrollo, de su paso de una forma a otra, permite penetrar la esencia de ese modo de producción.

A la vez que estudia en detalle las contradicciones internas de la mercancía, Marx fija su atención en fuerzas todavía latentes, pero que ya anuncian, en el modo de producción capitalista, conmociones desconocidas para todas las sociedades anteriores. Cuando los economistas burgueses, incluso los mejores, tratan de esquivar estas contradicciones y presentan a sabiendas, como una identidad, lo que en rigor implica una contradicción interna, traducen así su instinto de clase, su miedo a enfrentar problemas cuyo análisis habría podido conducir a conclusiones poco tranquilizadoras para la burguesía.

Revolucionario proletario, Marx pone al desnudo sin piedad esas contradicciones y desprende la lógica de su desarrollo. Este análisis descubre una inmensa documentación histórica. En los tres primeros capítulos del primer libro de *El Capital,* Marx examina las contradicciones de la producción y de la circulación mercantil simple. Históricamente, la producción mercantil simple precedió a la forma superior de la producción mercan-

(10) C. Marx, *El Capital,* t. I, pág. 33, Ed. cit.

til, la forma capitalista. Por esta razón trata Marx en primer término las contradicciones de la circulación mercantil simple. El crecimiento y desarrollo de las contradicciones en la producción y el intercambio mercantil simples constituyen la premisa histórica del advenimiento del capital. En este sentido Marx escribe, en la *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*: "...la transformación de los productos en mercancías, la circulación de éstas y, por tanto... la circulación del dinero, lo que a su vez, supone la existencia de un comercio que haya alcanzado ya cierto grado de desarrollo. Así es como concebimos la mercancía cuando partimos de ella como el elemento más simple, primario, de la producción capitalista."(11)

Así como la producción y la circulación mercantiles simples preparan la producción y la circulación capitalistas, así el desarrollo de las contradicciones de las primeras prepara las contradicciones específicas de la producción capitalista. En un momento determinado de la historia, las contradicciones de la producción mercantil simple se convierten en contradicciones de la sociedad capitalista.

Marx estudia en detalle la mercancía, esa forma elemental, esa "célula" de la producción capitalista, y descubre en ella las contradicciones esenciales. Demuestra que la mercancía es por una parte valor de uso y por la otra parte valor; que el trabajo, productor de mercancías, implica a su vez una contradicción interna, ya que es la unidad del trabajo abstracto y del trabajo concreto, del trabajo privado y del trabajo social.

Marx asigna una extrema importancia al análisis de las contradicciones internas, del doble carácter de la mercancía y del trabajo que la produce. Incluso cuando distinguían el valor de uso y el valor, los economistas burgueses encubrían las contradicciones que los oponen, desconocían su profundidad y su naturaleza social. El carácter doble, contradictorio, del trabajo les era totalmente desconocido. Para ellos el trabajo productor de mercancías es algo similar a sí mismo, destruye toda diferencia, toda contradicción interna. Marx extrae un legítimo or-

(11) C. Marx, *El Capital,* (Historia crítica de la teoría de la plusvalía), t. V, pág. 162, Ed. cit.

gullo del hecho de haber descubierto el doble carácter del trabajo, porque sin la distinción del trabajo abstracto y del trabajo concreto todo el mecanismo de la producción mercantil y del autoacrecentamiento del capital se tornan ininteligibles.

¿Qué es lo que entiende por contradicciones internas? Este es un problema cuyo alcance se distingue perfectamente, ya que Marx estudia, a partir de las contradicciones internas, la lógica de su desarrollo y descubre las leyes objetivas que rigen la evolución de la producción capitalista.

La mercancía comprende dos factores contrarios, el valor de uso y el valor, que condicionan la contradicción interna de la misma, ya que cada uno de ellos está vinculado al otro, e implica y al mismo tiempo niega al otro. En el marco de la producción mercantil no puede existir valor de uso sin valor, y recíprocamente. A fin de satisfacer la necesidad del comprador, la mercancía debe tener un valor de uso. Pero para el que la produce, vale ante todo como portadora de valor: el valor de uso sólo interesa al productor en cuanto permite la realización del valor contenido en la mercancía. El valor de la mercancía sólo puede ser realizado si adquiere la forma de su contrario: el valor de uso. A su vez, éste sólo tiene sentido cuando incluye a su contrario: el valor en general. Estos contrarios son, entonces, a la vez correlativos y exclusivos el uno del otro: se atraen y se rechazan simultáneamente.

Si en esta relación no se ve más que la vinculación y la unidad, se altera la naturaleza real de la mercancía (como, por otra parte, la de cualquier otro fenómeno), porque valor y valor de uso están lejos de ser una sola y la misma cosa. A propósito de una afirmación de James Mill, que tiende a borrar la oposición del valor de uso y del valor, Marx escribe: "De lo que quiere desprenderse [el productor - *M. R.*] es de una determinada cantidad de valor de uso; lo que aspira a adquirir es el valor de este valor de uso. *Ambas cosas son deseadas por él, pero esto no quiere decir que sean idénticas*" (12)

(12) C. Marx, *El Capital*, (Historia crítica de la teoría de la plusvalía), t. V, pág. 155, (nota), Ed. cit. (Subrayado nuestro. - *M. R.*).

Si los economistas burgueses declaran idénticos estos contrarios, es porque tratan de demostrar que la demanda y la oferta coinciden perfectamente en el mercado capitalista; de ahí llegan a la conclusión de la imposibilidad de la superproducción y de las crisis.

Por otra parte, si *no* se ve en la relación de dos contrarios *otra cosa* que la contradicción, la repulsión, la negación, y se hace caso omiso de su conexión, de su condicionamiento y su penetración recíprocos, se obtiene igualmente un cuadro deformado de las cosas. Lo que permite entender por qué luchan los contrarios es el hecho de que las dos partes, al negarse la una a la otra, tienden a aislarse la una de la otra a pesar de lo cual se encuentran vinculadas por dentro y no pueden existir la una sin la otra. Si estos contrarios no tuviesen relación alguna y fuesen indiferentes el uno para el otro, no podría haber lucha entre ellos. Por ejemplo, si el productor de mercancías pudiese producir aunque sólo fuera una sola unidad de valor sin valor de uso, se verían desaparecer de golpe la producción mercantil y el intercambio. Pero Marx subraya que "...la dificultad que nos detuvo en primer término fue la de que para manifestarse como valor de cambio, como trabajo materializado, la mercancía debe ser previamente enajenada como valor de uso, encontrar un comprador, en tanto que, a la inversa, su enajenación como valor de uso supone su existencia como valor de cambio".(18)

La vinculación recíproca de los contrarios de un todo no excluye en modo alguno su contradicción y su lucha.

La conexión y la interdependencia de los contrarios acentúan su oposición. Marx se expresó con claridad al respecto en la *Historia crítica de la teoría de la plusvalía.* Al criticar la fórmula trinitaria de los economistas vulgares, hace notar que las diversas formas de la plusvalía y las diferentes categorías de la producción capitalista (capital-ganancia, tierra-renta, trabajo-salario) se oponen la una a la otra como "extrañas e indiferentes, totalmente distintas, *sin* contradicción". Y Marx

(13) C. Marx, *Contribución a la crítica de la economía política,* págs. 31-32, Ed. rusa.

extrae esta conclusión, cuya importancia metodológica es muy grande: "No existiendo entre ellas ninguna relación, no pueden existir, naturalmente, relaciones antagónicas".[14] Sin vinculación interna no existe antagonismo, y por lo tanto, tampoco lucha de contrarios. Esta es una de las tesis esenciales de la dialéctica marxista.

Marx destaca el papel de la unidad, de la correlación de los contrarios, al analizar los elementos internos de un proceso único tal como la compra y la venta, la esfera de la producción y la esfera de la circulación bajo el capitalismo. Estos contrarios tienden a separarse cada vez más el uno del otro, a tornarse autónomos. Pero por más que traten de aislarse continúan vinculados entre sí desde dentro, y constituyen una unidad. Las contradicciones y los conflictos son cada vez más agudos debido a ello. "Y es precisamente en las *crisis* —dice Marx —donde se manifiesta su unidad, la unidad de lo dispar, la sustantividad que adoptan entre sí los dos factores que se complementan mutuamente es destruida de un modo violento. La crisis revela, por tanto, la unidad de las dos fases sustantivadas la una con respecto a la otra. Sin esta unidad intrínseca entre factores al parecer indiferentes entre sí, las crisis no existirían. No; nos dice el apologista de la economía, las crisis no pueden producirse, precisamente, porque existe esa unidad. Lo que, a su vez, equivale a sostener sencillamente, que la unidad de factores contrapuestos excluye la oposición."[15]

Marx exige que se tenga en cuenta, en el análisis de una contradicción, los dos elementos estrechamente vinculados que dicha contradicción encierra: condicionamiento recíproco, pero también negación mutua y lucha. Demuestra con claridad, en relación con el mismo ejemplo —la crisis—, que es preciso referirse al uno y al otro aspecto cuando escribe:

"Si existiesen separadamente [las fases de producción y circulación, *M. R.*] sin formar una unidad, no sería posible

---

(14) C. Marx, *El Capital*, (Historia crítica de la teoría de la plusvalía), t. V, pág. 395, Ed. cit.

(15) Ibíd., pág. 32.

su disociación violenta, lo que, a su vez, constituye la crisis. Si sólo formaran un todo sin fisuras [es decir, sin contradicción, *M. R.*] no sería posible tampoco toda ruptura violenta como la de la crisis. Ésta es la imposición por la fuerza de la unidad entre fases sustantivadas, y la sustantivación, por la forma, de fases que constituyen sustancialmente una unidad."(16)

Como se ve, Marx entiende por contradicción interna la relación entre dos contrarios que se condicionan y se niegan el uno al otro. Estos dos elementos determinan *la lucha* de los contrarios, fuerza motriz del movimiento, que finalmente supera y soluciona la contradicción.

Debido a que los dos contrarios que se condicionan el uno al otro se oponen, se desarrolla entre ellos una lucha que excluye su conciliación, su neutralización, su "mediación". A partir del instante en que una contradicción existe objetivamente, todas las especulaciones de los economistas y de los filósofos no consiguen eliminarlas. Su "eliminación" verdadera, es decir, su solución, se efectúa en el curso de su movimiento, de su desarrollo, de la lucha de los contrarios.

Por ejemplo, Marx escribe a propósito de las contradicciones del intercambio que el proceso del intercambio de las mercancías comprende relaciones contradictorias y excluyentes la una de la otra. El desarrollo de la producción mercantil no hace desaparecer esa contradicción, pero crea una forma para su movimiento. Tal es el procedimiento gracias al cual se solucionan las contradicciones reales, y Marx formula aquí una ley general de la dialéctica: el desarrollo de los fenómenos de naturaleza contradictoria es un despliegue de las contradicciones, *una lucha* de contradicciones que termina con su solución concreta en la vida real. Esta definición marxista de la ley del desarrollo ha sido formulada en términos lapidarios por Lenin: "El desarrollo es una 'lucha' de los contrarios".

Tal es el sentido que adquiere en Marx el concepto de contradicción interna de los fenómenos. Luego de haber demostrado la naturaleza contradictoria de la mercancía, la co-

(16) C. Marx, *El Capital*, (Historia crítica de la teoría de la plusvalía), t. V, pág. 39, Ed. cit.

nexión y la negación recíproca de valor de uso y de valor, estudia el doble carácter del trabajo productor de mercancías. La contradicción entre el trabajo abstracto y el trabajo concreto en la producción mercantil procede de la contradicción fundamental entre el trabajo particular de cada productor y el conjunto del trabajo social. Cada productor trabaja en forma independiente de los otros, y en ese sentido su trabajo tiene un carácter privado, pero también concreto, es decir, conforme a un objeto útil, que trata de producir un valor de uso. Sin embargo, debido a la división social del trabajo, el trabajo de cada productor privado interviene como una parcela, como un eslabón de la cadena del trabajo social y total. ¿Cómo se convierte el trabajo privado en trabajo social? Marx demuestra que en ciertas formaciones históricas el trabajo adquiere directamente un carácter social. Así, la comuna primitiva excluye el trabajo y el productor privados; el trabajo de cada individuo aparece en forma indirecta como su función en cuanto miembro del organismo social.

En la producción mercantil, el carácter social de cada trabajo individual sólo puede expresarse en forma indirecta, a través de la reducción de todas las formas concretas del trabajo a una forma cualitativa única, totalmente indiferenciada, o, dicho de otra manera, al trabajo abstracto. Este último es una inversión de trabajo en general, sea cual fuere su forma concreta, su objetivo particular. El trabajo concreto produce el valor de uso, en tanto que el trabajo abstracto produce el valor. Si diferentes mercancías pueden ser intercambiadas entre sí, ello es porque cada una de ellas, abstracción hecha de su valor de uso, contiene valor, es decir, trabajo abstracto incorporado. Sólo bajo esta forma, indirecta en el más alto grado, se expresa el trabajo privado como trabajo social.

El trabajo que producen las mercancías está, pues, henchido de contradicciones. El trabajo general abstracto adquiere la forma de trabajo concreto; lo que se invierte es trabajo abstracto. Si el trabajo privado se convierte en trabajo social, ello es porque las diferencias concretas de los trabajos se borran, y porque el trabajo privado adquiere el carácter de un

trabajo humano en general. Trabajo abstracto y trabajo concreto, trabajo privado y trabajo social, son correlativos, pero también distintos y constituyen contrarios. Estos contrarios se presuponen y se niegan mutuamente: "...un trabajo *privado* —dice Marx— que se revela directamente, como lo contrario de esto, como trabajo *social;* un trabajo aplicado de una manera concreta, como su contrario inmediato: como trabajo *general abstracto*..."(17) Como se ve, cada aspecto de la contradicción sólo puede manifestarse bajo la forma de su contrario: el trabajo privado adquiere la forma de trabajo social; el trabajo concreto, la de trabajo abstracto. A su vez, trabajo social y trabajo general abstracto sólo pueden existir en la producción mercantil bajo las formas de trabajo privado y trabajo concreto. Y precisamente esta contradicción interna inevitable es el origen del doble carácter de la mercancía. Se ve entonces que, por medio de un análisis sumamente abstracto de las contradicciones de la mercancía y del trabajo, Marx descubre las profundas contradicciones concretas de la producción mercantil. A partir de ese momento establece la posibilidad de la anarquía de la producción, de una producción que busca el acrecentamiento del valor; la posibilidad de crisis de superproducción, el germen y el principio de un conflicto entre el carácter social de la producción y el carácter privado de la apropiación. Pero ahí todavía no hay otra cosa que una posibilidad, que sólo se convierte en realidad cuando se desarrolla.

La continuación del análisis muestra cómo evolucionan y se solucionan las contradicciones propias de la mercancía y del trabajo. No pueden dejar de desarrollarse. A medida que se amplía la división del trabajo y, sobre esa base, la producción mercantil, se acentúa el carácter social del trabajo, la vinculación social entre los productores. Pero estos últimos son propietarios privados que trabajan como individuos aislados, independientes los unos de los otros. Cuanto más se refuerza la vinculación social entre los productores, más se agrava la contradicción entre el trabajo privado y el trabajo social, entre el

(17) C. Marx, *El Capital*, (Historia crítica de la teoría de la plusvalía), t. V, pág. 177, Ed. cit.

trabajo abstracto y el trabajo concreto. En determinada etapa de la producción mercantil, se convierte en un freno para el desarrollo ulterior. Sólo la eliminación de esta contradicción abre el camino al desarrollo. Se sabe que ella se soluciona por el desdoblamiento de la mercancía en mercancía y dinero, y el valor se separa por completo del valor de uso.

Marx debía analizar en primer lugar las contradicciones entre la mercancía y el trabajo, y luego entre la mercancía y la moneda, etc., para poder extraer a continuación la contradicción fundamental del capitalismo: la del carácter social de la producción con la forma privada de la apropiación.

Más arriba se ha visto que la mercancía, como producto del trabajo privado, sólo puede expresarse adquiriendo la forma de su contrario: el trabajo social. Pero esta sustancia social que encierra la mercancía —el valor creado por el trabajo general y abstracto— sólo puede manifestarse y realizarse en el intercambio. Aislada, la mercancía es incapaz de traducir su carácter social, es decir, el hecho de que es un producto del trabajo social, una envoltura exterior que disimula las relaciones sociales de los productores.

Pero si el valor, o sea la naturaleza social de la mercancía, sólo puede expresarse en la relación de una mercancía con otra, resulta de ello que el intercambio es posible a condición de que una de las mercancías, como producto del trabajo particular y concreto, se oponga a otra mercancía como expresión del valor de la primera, como cristalización del trabajo social, del trabajo general abstracto. De ahí la aparición necesaria de la moneda; por lo tanto, las contradicciones de la mercancía y del trabajo se despliegan y se resuelven en el proceso de intercambio, en la relación recíproca de las mercancías. Marx analiza el desarrollo de estas contradicciones en el primer capítulo del primer libro de *El Capital,* en la sección dedicada a la forma del valor. Muestra que las contradicciones profundas entre el valor de uso y el valor, entre el trabajo privado y el trabajo social, están muy lejos de aparecer de golpe. Empiezan por la forma simple, aislada o accidental, del valor, por la simple relación de dos mercancías. Esta forma de valor corresponde al

período del desarrollo económico en el que el intercambio mercantil no existía todavía y en el que las comunas primitivas intercambiaban el excedente de sus productos al azar de los encuentros casuales. Pero a partir de este intercambio accidental, de esta sencilla relación establecida entre dos mercancías, existe, entre el valor de uso y el valor, una diferencia esencial, el comienzo de una contradicción, punto de partida de un desdoblamiento de la mercancía. En efecto, lo que interviene en el intercambio son productos que ya no tienen para sus productores un valor de uso, y que sólo poseen un valor de cambio.

La contradicción interna entre el valor de uso y el valor se traduce en la oposición externa de las formas, relativa y equivalente del valor. Lo que constituye una unidad y una conexión en la mercancía. se divide exteriormente bajo la forma del valor: el valor de uso y el valor son distribuidos entre dos mercancías, una de las cuales adquiere la forma relativa y materializa el valor de uso. en tanto que la otra adquiere la forma equivalente y materializa el valor. "Forma relativa y forma equivalencial son dos aspectos de la misma relación, aspectos inseparables y que se condicionan recíprocamente, pero también y a la par dos *extremos opuestos y antagónicos, los dos polos de la misma expresión del valor;* estos dos términos se *desdoblan* constantemente entre las diversas mercancías relacionadas entre sí por la expresión del valor."[18]

En el análisis de la forma equivalente Marx arroja luz sobre este carácter contradictorio de los dos polos de la expresión del valor. La primera particularidad de la misma es la de que el valor de uso se convierte en forma de manifestación de su contrario, el valor. La mercancía, que debe expresar su propio valor, no puede hacerlo por sí misma, sino en forma relativa, o sea, en otra mercancía que posea otra forma de uso, otro valor de uso. En este sentido, el valor de uso se convierte en la manifestación de su contrario, el valor.

La segunda particularidad de la forma equivalente es la de que el trabajo concreto se convierte en la forma de expre-

(18) C. Marx, *El Capital,* t. I, págs. 43-44, Ed. cit.

sión de su contrario, es decir, del trabajo humano abstracto. Se ha empleado trabajo abstracto para producir la mercancía que adquiere en el intercambio la forma relativa del valor. Pero esta mercancía no puede expresar por sí misma su propio valor, y medir la cantidad de trabajo humano invertido para su producción. Para ello necesita ser opuesta a su contraria, es decir, a otra mercancía. Además, la otra mercancía, que sirve de equivalente de la primera, tiene que ser el fruto de otro trabajo concreto, por la misma razón que hace que el valor de una mercancía sólo pueda manifestarse por su confrontación con el valor de uso de otra mercancía. Sólo la confrontación de las mercancías surgidas de formas diferentes de trabajo revela que ellas resultan del mismo trabajo humano abstracto y, como lo dice Marx, únicamente por este rodeo reconoce cada mercancía en la otra su alma gemela. A través de la oposición de los productos de diferentes formas de trabajo concreto se efectúa la reducción al trabajo abstracto general.

Finalmente, la tercera particularidad de la forma equivalente es la de que el trabajo privado adquiere la forma de su contrario y se convierte en trabajo en su forma directamente social. En la forma equivalente, la mercancía es, como toda otra mercancía, un producto del trabajo privado. Pero cuando se intercambia con otra mercancía, atestigua la naturaleza social del trabajo empleado para producir a esta última, es decir, a la mercancía bajo la forma relativa del valor. A la vez que es el producto del trabajo privado, el equivalente sirve, pues, bajo esa forma, como expresión inmediata de trabajo social. Así, también en este caso, la confrontación de los trabajos privados reduce a éstos a un único trabajo social.

Así, pues, en la relación de una mercancía con otra, en la relación de contrarios tales como las formas relativa y equivalente, encuentran su expresión anterior las contradicciones internas de la mercancía y del trabajo que la produce. "Por tanto —resume Marx—, la antítesis interna entre valor de uso y valor que se alberga en las mercancías toma cuerpo en una antítesis externa, es decir, en la relación entre dos mercancías, de las cuales una, aquella *cuyo* valor trata de expresarse, sólo

interesa directamente como valor de uso, mientras que la otra, aquella *en que* se expresa el valor, interesa sólo directamente como valor de cambio. La forma simple de valor de una mercancía es, por tanto, la forma simple en que se manifiesta la antítesis entre valor de uso y valor encerrada en ella."(19)

A partir de la forma simple, accidental, del valor, se vuelve a encontrar esta distinción, punto de partida de la separación entre el valor y el valor de uso. Pero no es más que un punto de partida. Los dos polos —forma equivalente y forma relativa del valor— siguen estando aquí estrechamente vinculados entre sí, y el valor de cambio no ha adquirido aún su forma independiente.

El crecimiento de la producción y del intercambio hace que el productor se dedique a producir en especial con fines de intercambio. La producción adquiere un carácter mercantil cada vez más pronunciado, la vinculación más estrecha entre los productores individuales acentúa la contradicción entre el trabajo social y el trabajo privado; la forma simple del valor se convierte en un freno para el desarrollo de la producción y del intercambio mercantiles. La agravación de la contradicción entre el valor de uso y el valor, expresión de la contradicción fundamental entre el trabajo privado y el trabajo social, busca y encuentra una salida: la forma simple del valor deja lugar a la forma total o desarrollada. Esta vez ya no son dos mercancías las que se oponen una a la otra, sino una mercancía que puede ser cambiada por toda una serie de otras. Esto implica un nuevo desdoblamiento de la mercancía y una separación progresiva del valor con respecto al valor de uso. La segunda forma, hace notar Marx, separa más completamente que la primera el valor de la mercancía de su valor de uso.

Pero la acentuación de las contradicciones del trabajo y de la mercancía no se detiene allí. El progreso del intercambio mercantil tiene por efecto necesario el de separar a una mercancía que en adelante desempeña el papel de equivalente general y que se convierte en el espejo del valor de todas las otras

(19) C. Marx, *El Capital,* t. I, pág. 54, Ed. cit.

mercancías. En adelante, el oro desempeñará este papel. En esta mercancía especial se materializa el valor, definitivamente separado del valor de uso; en ella se expresa la riqueza social, independientemente de sus formas concretas. La forma desarrollada del valor se convierte en forma general y luego en forma monetaria.

La evolución de las formas del valor se confunde con el desdoblamiento, la profundización de la contradicción de estos dos polos: la forma relativa y la equivalente. "En el mismo grado en que se desarrolla la forma de valor en general, se *desarrolla* también la *antítesis* entre sus dos polos, entre la *forma relativa de valor* y la *forma equivalencial.*"[20] Hecho natural, ya que esta posición es la manifestación exterior de las contradicciones internas del trabajo y de las mercancías. Según Marx, la forma simple del valor implica ya esta oposición, "pero sin plasmar aún."[21] En este punto resulta todavía difícil establecer una "oposición polar". Cada mercancía puede adoptar, ora la forma relativa, ora la forma equivalente. La forma total o desarrollada del valor fija ya esa oposición; ya no se pueden invertir aquí estos dos términos de la ecuación de valor sin trasformar el carácter general de esta última. Finalmente, la tercera forma del valor, su forma general, culmina la separación entre los dos polos. En esta etapa una sola mercancía adquiere la forma social universal, que le permite ser cambiada por otra mercancía cualquiera. Todas las otras mercancías están desprovistas de esta forma social inmediata. Son el producto del trabajo privado. Pero como constituyen, en rigor, eslabones del trabajo social total, exigen, desde el comienzo del desarrollo de las formas del valor, que una mercancía particular, adecuada para atestiguar su esencia social y para convertirse en la cristalización, en la encarnación de su ser social, se separe del mundo de la mercancía y ocupe un lugar aparte. De ahí la conclusión necesaria del conjunto del proceso: las contradicciones entre el valor de uso y el valor, entre el trabajo concreto y el trabajo abstracto, han encontrado

(20) C. Marx, *El Capital,* t. I, pág. 59, Ed. cit.
(21) Ibíd.

su solución en el desdoblamiento de la mercancía en mercancía propiamente dicha y moneda. En una sola mercancía, la moneda, se resuelve entonces la contradicción inherente a toda mercancía como tal.

Marx critica a los economistas burgueses que no entienden que la aparición de la moneda resulta de la supresión, no de "dificultades técnicas", como opinan ellos, sino de contradicciones *sociales,* la del trabajo social y con el trabajo privado en el seno de la producción mercantil, es decir, en un régimen en el que los trabajos privados ejecutados en forma independiente los unos de los otros, pero vinculados entre sí como las partes de un todo, se ven constantemente reducidos en proporciones definidas a su común medida social.

Expresa como sigue la conclusión de su genial análisis del crecimiento y la evolución de las contradicciones de la mercancía en el proceso de intercambio: "A medida que se desarrolla y ahonda históricamente, el intercambio acentúa la antítesis de valor de uso y valor que dormita en la naturaleza propia de la mercancía. La necesidad de que esta antítesis tome cuerpo al exterior dentro del comercio, empuja al valor de las mercancías a revestir una forma independiente, y no ceja ni descansa hasta que por último lo consigue mediante el *desdoblamiento de la mercancía en mercancía y dinero.* Por eso, a la par de los *productos del trabajo* se convierten en *mercancías,* se opera la trasformación de la *mercancía en dinero.*"(22)

El análisis de la oposición de valor de uso y valor, de las formas relativa y equivalente de este último, aclara el problema de los grados de desarrollo de las contradicciones. Cada vez que analiza la oposición de valor de uso y valor en el seno mismo de la forma simple, accidental, Marx especifica, sin embargo, que éste no es más que el *punto de partida* de la oposición, y que la forma simple no fija todavía a esta última. En las primeras etapas históricas del intercambio, el objeto cambiado no reviste todavía la forma de un valor independiente de su valor de uso.

---

(22) C. Marx, *El Capital,* t. I, pág. 74, Ed. cit.

De estas indicaciones se sigue que la oposición de valor de uso y valor no nace de una sola vez, sino que se presenta más bien, en primer término, como una diferencia o como una diferencia esencial, para trasformarse luego en oposición, en el curso del desarrollo. En los trabajos preparatorios de su *Crítica de la economía política,* Marx formuló de modo explícito esta tesis: "El simple hecho —escribe— de que la mercancía posea una doble existencia, primero como producto determinado que encierra idealmente (bajo una forma oculta) su valor de cambio en su forma natural, y luego como valor de cambio manifiesto (*el dinero*) que rechaza por su cuenta toda vinculación con la forma natural de existencia del producto, esta existencia doble y *diferente* tiene que desarrollarse y convertirse en *diferencia, y la diferencia*, a su vez, en *oposición* y *contradicción.*"[23]

Diferencia y oposición son los grados inferior y superior de la evolución de las contradicciones, de las tendencias y de los aspectos contrarios de un fenómeno. Esta indicación de Marx es tanto más importante cuanto que en el desarrollo de la sociedad socialista es necesario tener en cuenta los diferentes matices de las contradicciones. Por ejemplo, la *oposición* entre la ciudad y el campo es una cosa, la diferencia *esencial,* otra. Inevitable bajo el capitalismo, la primera nace de la extrema agravación de las contradicciones existentes entre la ciudad y el campo debidas a la explotación de los campesinos trabajadores por los capitalistas. El socialismo destruye esta oposición; pero en la primera etapa del comunismo subsiste una diferencia esencial entre la ciudad y el campo, entre la industria y la agricultura; lo mismo sucede con la oposición entre el trabajo intelectual y el trabajo manual. Ésta ha sido hoy eliminada en la URSS, pero subsiste entre ellos una diferencia esencial, que también desaparecerá con el tiempo.

Y de ahí una consecuencia importante desde el punto de vista metodológico: en ciertos procesos (cuáles exactamente, sólo podría decirlo *un análisis concreto,* ya que ningún estudio

(23) Archivos Marx/Engels, t. IV, pág. 67, Ed. rusa.

abstracto, estereotipado, podría ser aceptable aquí), el movimiento de las contradicciones comienza por la diferencia esencial, que luego se convierte en oposición. En los casos en que se elimina la oposición, tampoco desaparece de golpe, sino que se convierte en diferencia esencial (así sucede hoy en la URSS con las oposiciones entre la ciudad y el campo, entre el trabajo intelectual y el trabajo manual), diferencia que se transforma luego en diferencia simple, no esencial, o incluso desaparece por completo.

La aparición, la lucha y la solución de las contradicciones no puede desarrollarse en un solo acto. La lucha de los contrarios, la lucha entre lo nuevo y lo antiguo hace estallar contradicciones que se despliegan, se profundizan, se acentúan. Por eso el conjunto del proceso de aparición, de desarrollo y de resolución de las contradicciones implica etapas, grados determinados, diferente tensión en cada etapa, etc. En este sentido, el análisis marxista de la mercancía y de las formas de valor es de un alcance filosófico inmenso.

La evolución de las contradicciones de la mercancía llega a su término cuando ésta se ha desdoblado en mercancía y dinero. Lo que al principio era unidad de los contrarios se ha dividido luego en contrarios opuestos el uno al otro.

Así vemos nacer, en el seno de lo real, las contradicciones y sus formas de resolución. Para analizar una contradicción como la de valor de uso y valor, Marx no tuvo necesidad de imaginar, como Hegel, una "síntesis" artificial. El desarrollo objetivo de esta contradicción es el que engendra por sí mismo la forma objetiva, definida, de su supresión. Esto no implica, por lo demás, en modo alguno, que las contradicciones antiguas hayan desaparecido o se hayan conciliado; por el contrario, se profundizan aun más. Las contradicciones de la mercancía no son otra cosa que el punto de partida del movimiento de las contradicciones de la producción mercantil, y la disociación de la mercancía y el dinero no significa que estas contradicciones hayan sido eliminadas, sino que revela, por el contrario, que se han profundizado y agravado. "El desarrollo de la mercancía —dice Marx— no suprime esas

contradicciones; lo que hace es crear la *forma* en que pueden desenvolverse."[24]

El movimiento posterior de las contradicciones de la mercancía adquiere la forma de la contradicción nueva surgida entre la mercancía y el dinero. "Pero este proceso produce *un desdoblamiento de la mercancía en mercancía y dinero,* antítesis mecánica en que las mercancías revelan su antítesis inmanente de valor de uso y valor. En esta antítesis, las *mercancías* se enfrentan, *como valores de uso,* con el *dinero, valor de cambio.*"[25]

La moneda divide el acto único de la compra y de la venta en dos actos independientes. El intercambio de la mercancía por el dinero no implica la transformación inmediata del dinero en mercancías. La realización del valor de cambio, existente bajo la forma de mercancías dotadas de un valor de uso determinado, depende de las condiciones exteriores y puede no producirse. El acto del intercambio, hasta entonces único y que respondía a la fórmula M-M, se desdobla ahora en partes opuestas: M-D y D-M.

Esto es lo que explica, como lo demuestra Marx, la posibilidad de las crisis. Al desarrollarse, el modo capitalista de producción crea las condiciones que convertirán esta posibilidad en realidad. Marx escribe al respecto: "La antítesis, que lleva implícita la mercancía, de valor de uso y valor, de trabajo privado, que se ve al mismo tiempo obligado a funcionar como trabajo directamente social, de trabajo determinado y concreto, cotizado a la par como trabajo general abstracto, de personificación de las cosas y materialización de las personas; esta contradicción inmanente asume sus *formas dinámicas* más completas en los antagonismos de la metamorfosis de las mercancías. Por eso estas formas entrañan la *posibilidad,* aunque sólo la posibilidad, de crisis. Para que esta posibilidad se convierta en realidad tiene que concurrir todo un conjunto de

---

(24) C. Marx, *El Capital,* t. I, pág. 86, Ed. cit.
(25) Ibíd., pág. 87.

condiciones que no se dan todavía, ni mucho menos, dentro de la órbita de la circulación simple de mercancías."[26]

Marx asigna una importancia extrema al hecho de que el desdoblamiento de la mercancía en mercancía y dinero suscita una nueva profundización de las contradicciones. Se lanza contra los economistas burgueses que desconocen el papel representado por el dinero en esta agravación de las contradicciones de la producción y del intercambio mercantiles, que identifican la oferta y la demanda, y fingen ignorar que el dinero divide el acto de intercambio en dos actos relativamente autónomos. Cita la fórmula de Ricardo por la que "los productos se intercambian siempre por productos", y el dinero no representa en el intercambio otra cosa que un papel de "intermediario". Marx hace notar que en esas circunstancias "...la *mercancía,* que lleva implícita la contradicción entre el valor de cambio y el valor de uso, se convierte en simple producto (valor de uso) y, por consiguiente, el intercambio de mercancías en simple trueque de productos, de valores de uso pura y simplemente. Se nos hace remontarnos no ya más atrás de la producción capitalista, sino incluso más atrás de la producción simple de mercancías."[27]

Los economistas burgueses eliminan las contradicciones del intercambio a fin de poder negar la posibilidad y la necesidad de las crisis económicas bajo el régimen capitalista. Con ese objetivo, niegan el hecho de que el producto del trabajo se comporte como una mercancía que debe ser "monetizada" y sufrir una verdadera metamorfosis. A propósito de la tesis ricardiana de "todo vendedor vende para comprar otra mercancía", Marx hace notar irónicamente: "Es una manera muy halagüeña de presentar las condiciones de la producción burguesa."[28]

---

(26) C. Marx, *El Capital,* t. I, págs. 93-94, Ed. cit.
(27) C. Marx, *El Capital,* (Historia crítica de la teoría de la plusvalía), t. V, pág. 32, Ed. cit.
(28) Ibíd., pág. 34.

Al descubrir nuevas contradicciones, las de la mercancía y del dinero, que señalan la profundización de las contradicciones de la mercancía, Marx descubre, pues, en el seno mismo de la producción mercantil simple, las causas de las convulsiones futuras de la sociedad burguesa. Estas causas son todavía virtuales, pero necesariamente se convertirán en actuales en el curso del desarrollo de la producción burguesa.

Continuando su análisis Marx pasa al estudio de la aparición y de la evolución de las funciones de la moneda. La moneda resulta de un largo proceso de desdoblamiento de la mercancía, en tanto que el progreso de sus funciones refleja el crecimiento de las contradicciones entre las mercancías y el dinero, dos contrarios separados en adelante el uno del otro, y vueltos autónomos a la vez que correlativos. A medida que se desarrolla la produción mercantil, las funciones de la moneda se tornan más complejas, las contradicciones de la circulación mercantil se profundizan al mismo tiempo que las contradicciones entre el valor de uso y el valor, dotadas en adelante de una vida autónoma bajo las formas de mercancía y moneda. Pero esta contradicción es en sí misma expresión de la que opone cada vez más el trabajo social a la forma privada bajo la cual se manifiesta. El trabajo se convierte cada vez más en trabajo social, pero no por ello deja de existir como antes bajo su forma de trabajo privado. Marx hace notar que la oposición entre la mercancía y la moneda es "...la forma abstracta y general de todas las oposiciones que implica el trabajo burgués."(29)

En su análisis de las funciones de la moneda, Marx muestra cómo se desarrolla la oposición entre mercancía y dinero y, cómo, en virtud de su conexión interna, la acentuación de su antagonismo engendra conflictos y conmociones profundas.

En su función de medida de los valores, la moneda no está todavía claramente disociada de la mercancía. Al medir

(29) C. Marx, *Contribución a la crítica de la economía política*, pág. 89, Ed. rusa.

el valor de la mercancía, desempeña el papel formal de la propia mercancía. Esta forma se distingue de la forma material, sensible, de la mercancía. Tiene una existencia ideal.

En su función de medio de circulación, la moneda abandona su forma ideal para adquirir una forma plenamente concreta. Como lo hace notar Marx, si el dinero puede representar el papel de medio de circulación, es porque representa el valor separado de las mercancías y transformado en cosa autónoma. "Por tanto, su dinámica como medio de circulación no es, en realidad, más que la dinámica formal de las propias mercancías. Por eso es lógico que ésta se refleje, incluso de un modo tangible, en el curso del dinero."[30] La disociación entre el dinero y la mercancía, da aquí, entonces, un paso más hacia delante.

El dinero extrae su forma monetaria de sus funciones de medio de circulación. En el proceso de circulación la moneda de oro desaparece y se convierte en un simple signo de valor. El contenido nominal de la moneda se separa de su contenido real. Como lo hace notar Marx con humorismo, los otros objetos pierden su idealidad en el contacto con el mundo exterior, en tanto que la moneda se idealiza y se convierte en símbolo gracias a la práctica. El contenido concreto, es decir, el valor efectivo, desaparece aun más en las monedas de cobre y de plata, que se desgastan más rápidamente que el oro al circular. En cuanto al papel moneda, la sustancia de valor adquiere en él un carácter abiertamente simbólico.

En su función de medio de circulación, el dinero se mantiene por lo tanto vinculado a la mercancía: sirve de mediador en el curso del intercambio comercial. La posibilidad de una interrupción en el acto del intercambio y de una disociación de los procesos M-D y D-M es la que trasforma el dinero, medio de circulación, en bien atesorable. En esta función, el dinero se separa aun más de la mercancía. En la *Crítica de la economía política,* Marx demuestra que el intercambio comercial, la trasformación de los productos en mercancías, sólo

(30) C. Marx, *El Capital,* t. I, pág. 95, Ed. cit.

son posibles cuando existen excedentes. Estos últimos encuentran su forma adecuada en la moneda de oro y de plata, primera forma en la que la riqueza se afirma como riqueza social abstracta. Reducidos a un estado estático bajo la forma de moneda, el oro y la plata son bienes atesorables. Materialización de un tiempo de trabajo general, de un trabajo abstracto, el dinero, bien atesorable, se separa de las mercancías, de esa riqueza "material", y se opone al mundo de las mercancías a título de valor de cambio cristalizado, siempre listo para la acción.

Como medio de circulación, el dinero sirve de intermediario en el proceso del intercambio de mercancías y, por consiguiente, está directamente vinculado a ella, en tanto que en su nueva función de medio de pago no interviene ya en el proceso mismo de circulación, sino después de él y en forma independiente. "El dinero ya no sigue siendo el agente mediador del proceso de circulación. Ahora lo cierra de un modo autónomo, como existencia absoluta del valor de cambio o mercancía general."[31]

Marx muestra cómo en la función de medio de pago se acentúan las contradicciones entre la moneda y la mercancía, cómo se forman las premisas reales de la aparición de las crisis económicas en las condiciones de la producción burguesa. Como medio de pago, la moneda implica una contradicción. Funciona como medida de valor, sólo en forma ideal y ello cuando los pagos se equilibran. Pero cuando los pagos deben efectuarse realmente, manifiesta su papel esencial, el de cristalización del trabajo social, de valor de cambio que se ha vuelto autónomo, o de mercancía absoluta. Esta contradicción se revela con una fuerza especial en el momento de las crisis: éstas pasan de la potencialidad al acto, cuando se han dado las otras condiciones, es decir, cuando la cadena de pagos sucesivos y el sistema artificial destinado a equilibrarlos han alcanzado su pleno desarrollo. En el momento de las crisis, la contradicción entre la mercancía y la moneda, el valor de uso y el valor,

(31) C. Marx, *El Capital,* t. I, pág. 111, Ed. cit.

alcanza su punto culminante. "Y como el ciervo por agua fresca, su alma brama ahora por dinero, la única riqueza. La crisis exalta a términos de contradicción absoluta el divorcio entre la mercancía y su forma de valor, o sea el dinero."(32)

La disociación entre la mercancía y la moneda, que expresa la contradicción entre el valor de uso y el valor, alcanza una profundidad más grande aun cuando el dinero funciona como moneda universal. En este papel se comporta como la forma social universal del trabajo humano abstracto. Y como sólo el oro y la plata circulan en calidad de moneda universal, y como rechazan sus formas nacionales locales, las de las monedas o signos de valor, la moneda encuentra finalmente un modo de existencia adecuado a su concepto. En otros términos, la función de moneda universal hace aparecer bajo su forma más plena y pura la naturaleza real de la moneda, materialización de la riqueza social.

El examen de las funciones de la moneda cierra en Marx el estudio de las contradicciones de la producción y del intercambio mercantiles simples. La moneda constituye a la vez el producto último del desarrollo de esas contradicciones y la forma inicial de expresión del capital. Desde el punto de vista no sólo histórico, sino también lógico, es el punto de partida. A partir de su primera entrada en escena, dice Marx, cada nuevo capital adquiere la forma de una suma de dinero que, por una vía definida, debe convertirse en capital. Se entiende que este análisis de la mercancía, del desarrollo de las formas del valor, de la naturaleza y de las funciones de la moneda, a la vez que reviste la forma de un estudio lógico de las contradicciones de la producción y de la circulación comerciales simples, es en la práctica la síntesis de una vasta época histórica: aquella en que se formaron de manera gradual las condiciones de la trasformación mercantil simple en producción capitalista. La formación de estas premisas históricas está descrita en forma brillante en el primer libro de *El Capital*, en el capítulo dedicado a la acumulación primitiva.

(32) C. Marx, *El Capital*, t. I, pág. 112, Ed. cit.

Las formas lógicas que expresan el proceso de desarrollo de las formas de valor, del desarrollo y la complejidad crecientes de las funciones de la moneda, reflejan el movimiento y la evolución histórica reales de las relaciones sociales de producción. "El intercambio de las mercancías —escribe Marx— es el proceso en el cual el intercambio social de sustancias, es decir, el intercambio de los productos particulares de individuos privados, es al mismo tiempo creación de relaciones sociales de producción determinadas, en las que entran los individuos en el curso de ese intercambio de sustancias."(33)

La penetración del intercambio y del comercio dentro de la economía natural a consecuencia de la creciente división del trabajo quebró las vinculaciones y las relaciones sociales antiguas, arraigadas en el curso de los siglos. La producción destinada al mercado y la concurrencia, arruinaron a la mayor cantidad de pequeños artesanos y sólo enriquecieron a una reducida proporción de ellos. En el terreno de las relaciones monetarias en el campo había provocado una diferenciación entre los campesinos, reduciéndolos, en su aplastante mayoría, a la pobreza, a la miseria. Los campesinos se proletarizaron en su mayor parte; sólo una pequeña fracción de ellos se elevó socialmente y se enriqueció.

En el intercambio mercantil, no son sólo las mercancías las que sufren metamorfosis, sino también los hombres. Los propios poseedores de mercancías, como lo dice Marx, "cambian de piel" en el curso del intercambio. "Es así como en su origen los poseedores de mercancías sólo se enfrentaban en calidad de poseedores de mercancías. Luego se convierten, el uno en vendedor, el otro en comprador, y después cada uno, alternativamente, en comprador y vendedor, más tarde en atesoradores y finalmente en individuos adinerados. Los poseedores de mercancías no salen, pues, del proceso de circulación tal como han entrado en él."(34)

(33) C. Marx, *Contribución a la crítica de la economía política,* pág. 40, Ed. rusa.
(34) Ibíd., pág. 136.

De tal modo, Marx esclarece el contenido concreto que recubre el análisis lógico de las contradicciones de la mercancía, y luego de la mercancía y la moneda. La moneda, producto final del desarrollo de las contradicciones de la producción y de la circulación mercantil, se convierte en la primera forma de expresión del capital. La acentuación de las contradicciones más arriba mencionadas tiene por resultado, en efecto, el de ver surgir las premisas concretas del advenimiento del capital: los poseedores de dinero y los obreros asalariados.

A partir de ese momento, Marx aborda el estudio de las contradicciones de la producción capitalista, de las contradicciones del capital.

III

A diferencia de la producción mercantil simple, la producción capitalista tiene por objetivo el autoacrecentamiento del valor. La primera tiene por divisa la de producir valores de uso, intercambiar mercancía contra mercancía por intermedio de la moneda. La segunda, la de producir plusvalía y correr desenfrenadamente detrás de ella. Contrariamente a los economistas burgueses, que identifican producción capitalista y producción mercantil simple, Marx subraya el hecho de que el valor de uso no debe ser considerado jamás como el objetivo inmediato del capitalista. En el modo de producción capitalista el valor se vuelve cada vez más independiente, y todo reposa aquí sobre su movimiento de acrecentamiento. Como dice Marx, se comporta como una sustancia "en automovimiento" y en "autodesarrollo".

Pero cuando se considera la naturaleza del valor bajo el capitalismo, se choca inmediatamente con contradicciones. El valor sólo puede acrecentarse en el curso del proceso de circulación: en esa esfera sólo puede cambiar de forma, pasar de la forma mercancía a la forma moneda, para retomar a

continuación la forma mercancía. Semejante trasformación no implica en sí ningún acrecentamiento de valor. Por otra parte, el valor no puede tampoco crecer fuera de la circulación.

La economía política burguesa no supo solucionar esta contradicción; no pudo decir en qué consiste la propiedad mágica del valor, de la moneda, de acrecentarse. Este problema se mantuvo como un escollo para toda la economía política anterior a Marx. Ésta se aproximó como a tientas al secreto de la plusvalía, sin lograr descubrirlo. Los límites de clase fueron para ella un obstáculo insuperable. Sólo Marx, ideólogo del proletariado, supo solucionar el problema cardinal, y en ello reside su mérito inmortal.

La ley económica fundamental del capitalismo es la de la plusvalía, la de la producción y el acrecentamiento de la ganancia capitalista. Ella es la que determina las características esenciales de la producción capitalista, su esencia, sus aspectos principales, las etapas de su desarrollo.

La importancia primordial de *El Capital* reside en el hecho de que ha descubierto la ley económica fundamental del capitalismo y hecho del origen de la plusvalía un análisis genial que se ha convertido en el arma teórica del proletariado en su lucha contra el régimen burgués.

Marx demostró que la única fuente de plusvalía es la explotación del proletariado por la burguesía. Los capitalistas encuentran en el mercado una mercancía específica, cuyo valor de uso posee la propiedad de ser fuente de valor, fuente de acrecentamiento del valor. Esta mercancía es la fuerza de trabajo. A partir de este momento, el análisis se centra en el estudio de las contradicciones existentes entre la clase obrera y la de los capitalistas. Marx demuestra, con una lógica invencible, que la transformación del dinero en capital sólo es posible gracias a la implacable explotación de los obreros asalariados por los capitalistas y que, por ese motivo, toda la producción capitalista se basa en la contradicción entre estas dos clases. Si el capitalista se ve obligado a producir valores de uso, ello sólo se debe a que éstos constituyen el substrato material del valor. "No le basta con producir un *valor de*

uso; no, quiere producir una *mercancía;* no sólo un valor de uso, sino un valor; y tampoco se contenta con un *valor* puro y simple, sino que aspira a una *plusvalía,* a un *valor mayor.*"[35]

Si es posible producir plusvalía, es porque, al comprar en el mercado una mercancía como la fuerza de trabajo, el capitalista utiliza su naturaleza particular, la propiedad de crear valor en el curso mismo de su empleo.

Una vez descubierto el secreto de la plusvalía, Marx soluciona "las contradicciones de la fórmula general" del capital. Demuestra que la trasformación del dinero en capital se opera a la vez dentro y fuera de la esfera de la circulación. Sin compra de fuerza de trabajo en el mercado es imposible la trasformación del dinero en capital. Y sin embargo esta parte necesaria del proceso, que se opera en la esfera de la circulación, no es más que una premisa; el acrecentamiento del valor tiene lugar en la esfera de la producción, cuando se utiliza esa mercancía especial que es la fuerza de trabajo.

La producción capitalista es, entonces, la producción del valor de uso y del valor creciente. Esta dualidad traduce la profundización de la acentuación de contradicciones anteriores del trabajo analizadas por Marx en la primera sección del libro primero. No se trata de un simple acrecentamiento cuantitativo de las antiguas contradicciones, sino de un salto, que constituye el punto de partida de contradicciones cualitativamente nuevas, las del *proceso capitalista de producción.*

"Como vemos —escribe Marx al respecto—, la diferencia entre el trabajo considerado como fuente de valor de uso, y el *mismo* trabajo en cuanto crea valor, con la que en su lugar encontramos al analizar la *mercancía,* se nos presenta ahora al estudiar los diversos aspectos del *proceso de producción.* Como *unidad de proceso de trabajo y proceso de creación de valor,* el *proceso de producción* es un proceso de producción de mercancías; *como unidad de proceso de trabajo y de proceso de valorización,* el proceso de producción es un *proceso*

---

(35) C. Marx, *El Capital,* t. I, pág. 154, Ed. cit.

de producción capitalista, la forma capitalista de la producción de mercancías."[36]

El descubrimiento hecho por Marx del carácter doble, contradictorio, del trabajo productor de mercancías, permite entender a fondo el papel de los distintos aspectos, de los diferentes factores del trabajo en la producción capitalista. El proceso de producción capitalista culmina en un doble resultado: por una parte, conserva el antiguo valor de los medios de producción utilizados en el proceso del trabajo, o, lo que viene a ser lo mismo, traslada este valor a un nuevo producto; por el otro, incorpora un nuevo valor, creado por los obreros, al objeto del trabajo. Marx muestra que esta dualidad de resultados sólo puede ser entendida a partir de la dualidad del carácter del trabajo mismo: la conservación del valor o su traspaso a un nuevo producto es posible gracias a la forma útil del trabajo del obrero que produce el valor de uso. El agregado de un nuevo valor es posible debido al hecho de que ese trabajo es al mismo tiempo trabajo abstracto, es decir, una inversión de fuerza de trabajo humana en general.

Este análisis del doble resultado del proceso de producción capitalista, que expresa la dualidad del trabajo mismo, permitió a Marx mostrar la inmensa importancia del problema de las respectivas funciones de las diversas partes constituyentes del capital en la creación de plusvalía. Fieles a su método metafísico, los economistas burgueses trataban al capital como una cosa idéntica a sí misma, que excluía toda diferencia interna. No distinguían la parte de capital invertido para la compra de fuerza de trabajo, parte que es la única que produce plusvalía. Esta concepción metafísica les permitió disimular la fuente real del enriquecimiento de los capitalistas y afirmar que el origen del mismo es "el capital" en su conjunto: máquinas, materias primas, tierra y dinero. Marx da su merecido a esta concepción y muestra que el capital no es en modo alguno una identidad muerta, sino que comprende diversas partes, cada una de las cuales tiene su papel propio

(36) C. Marx, *El Capital,* t. I, pág. 162, Ed. cit.

en la producción capitalista. La parte de capital invertido para la compra de medios de producción no puede cambiar de magnitud en el curso de la producción, y por lo tanto no puede ser la fuente de una valorización. Su valor se conserva, sin más ni más, en el nuevo producto, y por eso Marx lo llama "parte constante del capital", "capital constante". La otra parte del capital, la invertida para la compra de fuerza de trabajo, es la única fuente de valor adicional, de acrecentamiento del valor, y entonces Marx lo llama "parte variable del capital", o simplemente "capital variable".

Sólo la parte variable del capital cambia de valor en el curso de la producción. En primer lugar reproduce su propio equivalente, y luego le agrega un excedente, la plusvalía. De ahí el concepto de Marx de cuota de plusvalía, que se vincula con la relación de la plusvalía y el capital variable, o del sobretrabajo y el trabajo necesario. Esta cuota es la expresión exacta del grado de explotación de la fuerza de trabajo por el capital, o del obrero por el capitalista. Expresa la profunda contradicción existente entre el capitalista y el obrero: el primero está interesado en reducir al máximo el tiempo necesario para el reembolso del valor de la fuerza de trabajo y para prolongar el sobretrabajo. El capital, escribe Marx "...no tiene más que un instinto vital: el instinto de incrementarse, de crear plusvalía, de absorber con su parte *constante* los medios de producción, la mayor masa posible de trabajo excedente."[37] El interés del obrero, por el contrario, consiste en reducir el tiempo dedicado a trabajar para los capitalistas.

Esta contradicción entre obreros y capitalistas se desarrolla, se profundiza y se acentúa en la lucha por la duración de la jornada de trabajo. Según las leyes del intercambio mercantil, el capitalista tiene el derecho de prolongar tanto como le resulte posible la jornada de trabajo. El obrero, por su parte, como vendedor de su mercancía —la fuerza de trabajo—, lucha por reducir esa jornada. "Nos encontramos, pues, —dice Marx—, ante una *antinomia,* ante dos derechos encontrados, sanciona-

(37) C. Marx, *El Capital*, t. I, pág. 188, Ed. cit.

dos y acuñados ambos por la ley que rige el intercambio de mercancías. Entre derechos iguales y contrarios, decide la *fuerza*. Por eso, en la historia de la producción capitalista, la *reglamentación de la jornada de trabajo* se nos revela como una *lucha* sostenida *en torno a los límites de la jornada;* lucha ventilada entre el capitalista universal, o sea *la clase capitalista* por un lado, y de otro el obrero universal, o sea *la clase obrera*."[38]

Prosiguiendo su análisis, Marx descubre los diversos caminos y métodos de producción de plusvalía. Pinta un sobrecogedor cuadro de la explotación de los obreros —adultos y niños— por la burguesía, y de la actitud inhumana de los capitalistas hacia los obreros y sus familias. En los capítulos que dedica a la producción de plusvalía absoluta y relativa muestra la profundización progresiva de la contradicción que existe entre el proletariado y la burguesía. Los vampiros tienen sed de sangre viviente de trabajo, y esa sed no conoce límites. La tendencia a apropiarse del trabajo veinticuatro horas diarias es inherente al capital. La lucha del proletariado contra la jornada de trabajo prolongada tiene por efecto la instauración de una jornada de trabajo más reducida. Ésta provoca, dice Marx, una guerra civil más o menos latente entre la clase de los capitalistas y la clase obrera.

La jornada de trabajo establecida por ley obliga a la burguesía a buscar de nuevo otros medios de extraer plusvalía a los obreros. Uno de estos procedimientos es el de obtener una plusvalía relativa reduciendo el tiempo necesario para la reproducción de la fuerza de trabajo y alargando el del sobretrabajo. La producción de esta forma de plusvalía implica la elevación de la productividad del trabajo. El capital tiende, entonces, a aumentar permanentemente el rendimiento, cosa que disminuye el precio de la fuerza de trabajo y permite prolongar el tiempo suplementario durante el cual el obrero trabaja para el capitalista.

La producción de plusvalía relativa no significa atenua-

(38) C. Marx, *El Capital*, t. I, pág. 190, Ed. cit.

ción alguna de la explotación sufrida por el obrero. Muy por el contrario, abre el camino al empleo más ingenioso y más hábil de la fuerza de trabajo destinado al enriquecimiento de los capitalistas. Al crear una nueva base para el capital, la manufactura, y sobre todo la gran industria mecanizada, tienen como efecto el de acentuar más que nunca la oposición entre el trabajo manual y el trabajo intelectual, y el de transformar al obrero en simple ejecutante de una voluntad extraña. Las fuerzas espirituales y físicas del obrero se disocian las unas de las otras. Los conocimientos, la inteligencia y la voluntad exigidos antes, aunque en muy pequeña escala, al artesano independiente, sólo se exigen ahora al conjunto del taller, del capital. "Las potencias espirituales de la producción amplían su escala sobre un aspecto a costa de inhibirse en los demás."(39) Lo que pierde el obrero se concentra en el capital. Esta separación de las facultades intelectuales y físicas del hombre se prepara ya en la cooperación simple, "...donde el capitalista representa frente a los obreros individuales la unidad y la voluntad del cuerpo social del trabajo. El proceso sigue avanzando en la manufactura, que mutila al obrero al convertirlo en obrero parcial. Y se remata en la gran industria, donde la *ciencia* es separada del trabajo como potencia independiente de producción y aherrojada al servicio del capital."(40)

A la vez que subraya el carácter históricamente progresista de la división manufacturera del trabajo, Marx demuestra que ésta degrada y mutila al obrero, y que constituye el instrumento de una explotación ingeniosa y refinada. Pero esta explotación adquiere una particular intensidad a raíz de la introducción de las máquinas. Gracias a la máquina, el capital, como un lagar, exprime el zumo del obrero. El instrumento de trabajo mata al trabajador. La introducción de las máquinas contribuye a prolongar la jornada de trabajo. El "desgaste moral" de la máquina obliga al capitalista a utilizarla al máximo durante el período en que funciona, cosa que exige que se prolongue la jornada de trabajo. Lo mismo sucede con la

(39) C. Marx, *El Capital,* t. I, pág. 291, Ed. cit.
(40) Ibíd.

contradicción inherente a la utilización capitalista de las máquinas. Las máquinas sólo aumentan uno de los dos factores de la plusvalía (la cuota de plusvalía) cuando reducen el otro (el número de obreros). Como las máquinas desplazan a los obreros, la cantidad disminuida de trabajadores explotados por un capital dado se convierte en un factor de disminución de la plusvalía, en tanto que la intensificación del trabajo debida al empleo de las máquinas eleva simultáneamente la cuota. Esta contradicción incita al capital a prolongar al máximo la jornada de trabajo, a fin de compensar la disminución relativa de la cantidad de obreros explotados por un acrecentamiento del sobretrabajo, no sólo del relativo, sino también del absoluto.

La intensificación inaudita del trabajo, el ingreso de las mujeres y los niños en la órbita de la explotación capitalista, y el descenso de los salarios que resulta de ello, la expulsión de los obreros por la máquina y la aparición de un ejército industrial de reserva, de millones de trabajadores, y otras calamidades: tales son los frutos del empleo capitalista de las máquinas. Marx destaca con claridad las contradicciones de los antagonismos que se desarrollan sobre esta base: por sí misma, la máquina reduce el tiempo de trabajo, pero el empleo capitalista de las máquinas prolonga la jornada de trabajo. Las máquinas alivian el trabajo del hombre, en tanto que bajo el capitalismo la máquina contribuye a intensificar ese trabajo. El advenimiento de la máquina era testimonio de la victoria del hombre sobre la naturaleza, en tanto que su utilización capitalista esclaviza al hombre. Las máquinas multiplican la riqueza social más allá de toda medida, pero bajo el régimen capitalista hacen del obrero un miserable.

Marx hace notar que todas esas contradicciones y todos estos antagonismos sólo están vinculados con el empleo capitalista de las máquinas. Después del cambio de régimen social y de la victoria del socialismo, dejan de ser un instrumento de esclavización para convertirse en un alivio del trabajo, en el instrumento de la dominación del hombre sobre la naturaleza. Tal es su papel en la sociedad socialista.

Marx descubre otra contradicción más, también de una gran importancia, debida a la utilización capitalista de las má-

quinas y a la naturaleza de la gran industria capitalista, basada en la técnica moderna. Por una parte, la gran industria mecanizada, con sus revoluciones técnicas, su capacidad para ampliar tal o cual rama de la producción, cambia sin cesar las condiciones de trabajo y condena al obrero a una continua movilidad. Por otra parte, condena al obrero a una sola especialidad, lo esclaviza en una función técnica única y estrecha. "...esta *contradicción absoluta* —escribe Marx— destruía toda la quietud, la firmeza y la seguridad en la vida del obrero..."[41] Se traduce en hecatombes periódicas de la clase obrera, en la desenfrenada dilapidación de la fuerza de trabajo. Marx preveía que esta contradicción sería solucionada el día en que la clase obrera tomase en sus manos el poder político. En esas nuevas condiciones, decía, el obrero parcelario, simple apoyo de una función social parcelaria determinada, dejará su lugar al individuo integral para quien las diversas funciones sociales serán modos alternados de actividad creadora. Para Marx, la educación politécnica debía ser una de las bases de esa trasformación, inseparable de la instauración del poder político del proletariado.

La experiencia de la URSS confirma las predicciones de Marx. Entre las condiciones esenciales mencionadas por el Partido Comunista para el paso progresivo del socialismo al comunismo en nuestro país, el avance cultural ocupa un lugar de primer plano. Este avance debe permitir a todos los miembros de la sociedad desarrollar en forma armónica sus facultades físicas e intelectuales, a fin de poder escoger libremente su profesión y no verse unidos toda la vida al mismo empleo.

Por su análisis de las contradicciones capitalistas, Marx reduce a la nada la tesis burguesa de la armonía entre la burguesía y el proletariado, descubre el carácter irreductible de su antagonismo y eleva el nivel de la conciencia obrera hasta la idea de la oposición radical de los intereses de las dos clases.

En su estudio del proceso de reproducción del capital, de la trasformación de la plusvalía en capital y de la ley general

(41) C. Marx, *El Capital,* t. I, pág. 387.

de la acumulación capitalista, Marx demuestra que la reproducción del capital sobre una base ampliada es a la vez la reproducción ampliada, el desarrollo y la profundización del antagonismo entre el proletariado y la burguesía, la agravación de todas las contradicciones fundamentales del capitalismo y la preparación de las premisas objetivas y subjetivas de la destrucción de ese régimen y del advenimiento de un nuevo régimen, el régimen socialista.

IV

Al principio de su análisis de la plusvalía, del proceso de trasformación del dinero en capital, Marx hace notar que en el mercado se enfrentan dos "propietarios", por así decirlo: el poseedor de los medios de producción y el de la fuerza de trabajo. El intercambio se opera entre los dos según las leyes estrictas del "intercambio de equivalentes". Por cierto que se trata de un tipo de "intercambio equivalente" particular, en el cual el obrero se ve obligado a vender al capitalista su propia fuerza de trabajo, so pena de morir de hambre, en tanto que el capitalista adquiere el derecho a succionar la sangre del obrero gota a gota. Sin embargo, como lo hace notar Marx, esta transacción mantenía todavía la ilusión de que el obrero dispone libremente de su "propiedad" y de que su trabajo está vinculado a ese derecho. Pero nada queda en pie de esta ilusión cuando se encara el proceso de producción capitalista en su reproducción ampliada. Al analizar la acumulación del capital, Marx establece que la parte de capital cambiada por la fuerza de trabajo es en sí misma producto del trabajo ajeno, que el capitalista se ha apropiado anteriormente y que, por ese motivo, el capital no contiene un sólo átomo de valor que no provenga de un trabajo ajeno no pagado.

Por consiguiente, cuando invierte, al comienzo de cada nuevo ciclo de producción, un capital suplementario, en parte para adquirir nuevos medios de producción, en parte para ad-

quirir un suplemento de fuerza de trabajo, el capitalista utiliza la plusvalía obtenida en el curso del proceso de producción precedente. En otros términos, se conduce a la manera del conquistador que compra las mercancías del vencido con el dinero que le ha robado. El análisis de la acumulación del capital, que Marx aborda luego de haber expuesto las leyes del origen y del acrecentamiento de la plusvalía, muestra así que *"...la ley de la apropiación o ley de la propiedad privada, ley que descansa en la producción y circulación de mercancías, se trueca por su misma dialéctica interna e inexorable en lo contrario de lo que es."*(42) "El intercambio de equivalentes", es decir, el intercambio de la "propiedad" del obrero —su fuerza de trabajo— por los medios de existencia proporcionados por el capitalista para su trabajo, sólo constituye una "apariencia exterior", una "forma vacía", extraña a su contenido específico y adecuada sólo para enmascarar su naturaleza. En cuanto a la realidad, al contenido efectivo de ese "intercambio", el hecho es que el capitalista se apropia del trabajo ajeno sin ningún equivalente y que utiliza ese trabajo no pagado para adquirir de nuevo una fuerza de trabajo que le reportará —también esta vez sin equivalente alguno—, una nueva plusvalía, y así sucesivamente. Se ve cuán inmensa es la diferencia que separa la propiedad del capitalista y la "propiedad" del obrero. Para el capitalista se trata del derecho de apropiarse del trabajo ajeno no pagado; para el obrero, de la imposibilidad de apropiarse del producto de su propio trabajo.

El proceso de acumulación y de reproducción ampliada del capital se opera, según se ve, gracias a la explotación de los trabajadores y a expensas de éstos. De ahí el carácter antagónico de la acumulación capitalista. La acumulación del capital va acompañada de una trasformación de su composición orgánica: la elevación de la productividad del trabajo y el progreso técnico implican necesariamente la disminución relativa del capital variable y el aumento correlativo del capital constante.

(42) C. Marx, *El Capital,* t. I, pág. 470, Ed. cit.

Por consiguiente, la acumulación del capital crea una población obrera relativamente excedente, es decir, superior en relación con lo que exige, término medio, el crecimiento del capital. Se trata del ejército industrial de reserva, del ejército de desocupados que el capital atrae en los períodos de aumento de la producción y que lanza a la calle en los períodos de crisis y de marasmo. Como producto de la acumulación del capital, esta reserva se convierte al mismo tiempo en la palanca de la acumulación capitalista, que, a su vez, aumenta la superpoblación y reproduce al ejército de reserva en una escala aun mayor.

El carácter antagónico de la acumulación capitalista se expresa entonces en el hecho de que cuanta más riqueza crean los obreros con sus propias manos, cuanto más se eleva la productividad de su trabajo y más precaria se torna su situación, menos posible les es realizar su única condición de existencia, la venta de su fuerza de trabajo al capital. Se podría ilustrar este fenómeno con el siguiente ejemplo: para el período que va de 1946 a 1951, la industria de trasformación de los EE. UU. aumentó en un 30 por ciento, en tanto que la cantidad de obreros sólo aumentó en el 8 por ciento. La acumulación de la riqueza en uno de los polos implica en el otro polo "...es decir, en la clase que crea su propio producto como capital, acumulación de miseria, de tormentos de trabajo, de esclavitud, de despotismo, de ignorancia y degradación moral."[43] La reproducción ampliada del capital implica así la de la opresión de los obreros y la agravación de las contradicciones entre el proletariado y la burguesía. Toda la profundidad de este antagonismo se expresa en la fórmula de la ley general de la acumulación capitalista, tal como la enuncia Marx:

"*Cuanto mayor es la riqueza social,* el capital en funciones, la extensión y la intensidad de su desarrollo, *y mayores, por tanto, la magnitud absoluta del proletariado y la fuerza productiva de su trabajo,* mayor es también el ejército indus-

(43) C. Marx, *El Capital,* t. I, pág. 520, Ed. cit.

trial de reserva. *La fuerza de trabajo disponible* se desarrolla *por las mismas causas que la fuerza expansiva del capital.* La magnitud relativa del ejército industrial crece, por tanto, conforme crecen las potencias de la riqueza. Pero cuanto mayor es este ejército de reserva en comparación con el ejército obrero en actividad, mayor es la masa de superpoblación *consolidada,* cuya miseria está en razón inversa a su tormento de trabajo. Y finalmente, cuanto más crece la miseria dentro de la clase y el ejército industrial de reserva, más crece también el pauperismo oficial. *Tal es la ley general, absoluta, de la acumulación capitalista.*"(44)

El antagonismo de este proceso no se traduce sólo por el carácter doble y contradictorio del desarrollo de la producción social, que determina en uno de los polos la acumulación de fabulosas riquezas y en el otro el aumento de la miseria y de la esclavitud. También está vinculado a la evolución de los antagonismos insuperables de la producción misma, que trasforma las relaciones de la producción capitalista en un freno cuya destrucción es indispensable para el desarrollo posterior de la sociedad.

Las mismas causas que hacen actuar la ley general de la acumulación capitalista, refuerzan en el más alto grado el carácter social de la producción. Pero este reforzamiento entra en contradicción con la forma capitalista privada de apropiación, y esta contradicción da lugar a los más graves conflictos. En su estudio de la producción mercantil simple, Marx ya había demostrado la contradicción que existe entre el trabajo privado y el trabajo social, característica de toda producción mercantil. Pero esta contradicción no podía desplegarse por entero en el marco de la producción mercantil simple. Alcanza su pleno desarrollo bajo el modo de producción capitalista, que trastorna la base técnica de la sociedad y crea poderosas fuerzas productivas.

El gigantesco impulso de las fuerzas productivas bajo el capitalismo se debe, no al deseo que tendrían los capitalistas

(44) C. Marx, *El Capital,* t. I, pág. 519, Ed. cit.

de elevar el nivel de la producción social, sino al juego de la ley fundamental del capitalismo: ley de producción de plusvalía, de búsqueda de una ganancia en incesante crecimiento. La persecución de las ganancias es lo que aviva y estimula sin tregua el acrecentamiento de la producción capitalista. El aguijón de la concurrencia en pos de una superganancia es lo que obliga a los capitalistas a perfeccionar la técnica de producción y a elevar el nivel de rendimiento. El aumento progresivo de la composición orgánica del capital social traduce ese impulso de las fuerzas productivas y es su resultado.

Marx subraya en muchas ocasiones que la elevación de la productividad del capital implica que la parte de trabajo vivo de la producción disminuye, en tanto que la parte de trabajo muerto, es decir, antes que nada, las máquinas y otros instrumentos perfeccionados de producción, aumenta, pero en forma tal, que el total de la suma de trabajo invertido para producir la mercancía disminuye.

Esta disminución de la cantidad total de trabajo que entra en la mercancía, dice Marx, parece ser "...la característica esencial de la mayor productividad de trabajo, independientemente de las condiciones sociales en que se produce. En una sociedad en que los productores se ajustan en su producción a un plan establecido de antemano, incluso en la producción simple de mercancías, es indudable que la productividad del trabajo se mediría incondicionalmente por esta pauta."[45]

Lo que en otras condiciones, en especial bajo el socialismo, atestigua el crecimiento de la productividad del trabajo y el dominio del hombre sobre la naturaleza, revela en el régimen capitalista contradicciones insolubles, síntomas de la caída inevitable del modo de producción burgués. El capitalista no tiene interés en una elevación cualquiera de la producción del trabajo, sino sólo en la que le permite acrecentar su ganancia. Para el capital, la ley del aumento del rendimiento no tiene un alcance incondicional. La productividad no es elevada cada vez que ello permitiría ahorrar trabajo vivo, sino sólo en el

(45) C. Marx, *El Capital,* t. III, pág. 244, Ed. cit.

caso en que la parte pagada del trabajo vivo permite economizar más de lo que aumenta el costo del trabajo muerto. Marx ve en ello la contradicción del modo de producción capitalista:

"Su misión histórica consiste en desplegar la capacidad productiva del trabajo humano a una progresión geométrica implacable. Pero traiciona esta misión histórica cuando él mismo se interpone como un obstáculo, como ocurre aquí, ante el desarrollo de la productividad. Con ello sólo demuestra una cosa: que este régimen de producción va caducando con el tiempo y tendiendo a desaparecer."[46]

Para el capitalista la sed de ganancia es el único estímulo del desarrollo de la productividad del trabajo, cuya elevación se traduce por una elevación de la composición orgánica del capital. La disminución relativa del capital variable, en relación con el capital constante, determina una tendencia al descenso de la cuota de ganancia. La economía política burguesa comprobaba la acción de esta ley, pero no estaba en condiciones de explicarla. Marx demuestra que el descenso de la cuota de ganancia es una tendencia irresistible, pero no por ello disminuye la masa de la ganancia. En forma absoluta, existe crecimiento, tanto del capital constante como del capital variable, aumento de la masa de plusvalía, y por lo tanto de la ganancia, pero en relación con el crecimiento total del conjunto total del capital, la parte de este último invertida en la compra de trabajo vivo disminuye, cosa que implica el descenso de la cuota de ganancia.

De ello se sigue una profunda contradicción: la masa absoluta de la ganancia asciende, en tanto que la cuota de la ganancia disminuye, y ello en virtud de una sola y única causa. Esta contradicción sólo puede ser superada por un nuevo aumento de la productividad del trabajo, por un acrecentamiento de la producción que compense el descenso progresivo de la cuota de ganancia, así como por la intensificación del trabajo. Supongamos que la cuota de ganancia desciende en la mitad. Para que la masa absoluta de la ganancia siga siendo

(46) C. Marx, *El Capital,* t. III, pág. 245, Ed. cit.

la misma, en tanto que la intensidad del trabajo se mantiene intacta, es preciso duplicar el capital. Pero el capitalista no sólo trata de mantener la cantidad anterior de ganancia, sino de acrecentarla. Por consiguiente el capital invertido en la producción debe aumentar más rápidamente de lo que desciende la cuota de ganancia.

Una nueva ampliación de la producción implica a su vez una elevación de la composición orgánica del capital y, por lo tanto, un nuevo descenso de la cuota de ganancia. Para compensar este descenso es necesario un aumento de la productividad del trabajo. El capital se encuentra atrapado en un círculo vicioso del cual no puede salir. Acrecentar sin tregua la producción se convierte para el capitalista en el único medio de evitar la ruina, la única tabla de salvación. Pero esta condición de supervivencia se trasforma dialécticamente en su contraria, en condición generadora de una amenaza más grave de ruina. El impulso de la producción supera por un tiempo la contradicción entre el descenso de la cuota de ganancia y el acrecentamiento de su masa, pero sólo para hacer renacer esta contradicción de sus propias cenizas, ante el capitalista, como un fénix de formas mucho más temibles.

Las contradicciones del proceso de acumulación capitalista revelan las leyes de desarrollo de las contradicciones antagónicas en general. A medida que crecen y se agudizan, sólo se resuelven en forma temporaria, para volver a renacer sobre una base nueva y más profunda. La existencia del modo capitalista de producción es para ellos un terreno nutricio permanente. Por lo tanto no pueden ser solucionadas en forma definitiva dentro de los marcos del capitalismo. Pero en el curso de su crecimiento y profundización se crean las premisas de la supresión de su propia base.

La aparición y la eliminación continua de las contradicciones de la acumulación capitalista tienen por efecto acelerar cada vez más la concentración y la centralización del capital. Los pequeños y medianos capitalistas no pueden soportar una concurrencia desenfrenada, y son absorbidos por los grandes capitalistas que los expropian. El desarrollo de la gran pro-

ducción concentrada y la centralización del capital, resultados de la supresión temporaria de las contradicciones de la acumulación capitalista, se convierten a su vez en la causa de una acumulación más rápida y, por consiguiente, de contradicciones aun más profundas. Todo ello determina por necesidad la socialización en masa de la producción. Un grado elevado de la división social del trabajo, concentración de inmensas masas de obreros en las fábricas y en los talleres, gigantesca concentración de la producción; todos estos factores y otros confieren a la producción un carácter social, hacen de la sociedad un organismo único con partes estrechamente vinculadas entre sí, que exige una dirección centralizada y planificada. Precisamente, hace notar Marx, este desarrollo impreso a las fuerzas productivas y al trabajo social por la socialización de la producción hace que el capitalismo cree, a su pesar, las condiciones materiales de una forma superior de producción.

Pero este nuevo carácter de la producción se encuentra en flagrante contradicción con la supremacía económica y política de un puñado de capitalistas. En el momento de su pleno ascenso el capitalismo podía impulsar la producción, porque las relaciones de producción capitalistas, progresistas en su época, favorecían su desarrollo. Estas relaciones correspondían plenamente a las fuerzas productivas. Pero con el tiempo se convierten en obstáculos para el florecimiento de esas fuerzas.

La contradicción fundamental del modo de producción capitalista, entre el carácter social de la producción y la forma capitalista privada de la apropiación, engendra cataclismos sin precedentes, que sacuden periódicamente a la sociedad burguesa, a la manera de un gigantesco sismo. Marx muestra cómo el capital crea en su movimiento mismo los límites que debe superar, a riesgo de volver a chocar con nuevos límites, hasta que la existencia misma del capitalismo se convierte en un obstáculo absoluto para la evolución social.

El capital se ve obligado a extender sin límites la producción con el fin de aumentar la ganancia; pero por la explotación de los principales consumidores —los obreros y todos

los trabajadores—, sierra la rama sobre la cual está asentado, En la primera parte del libro tercero de *El Capital*, Marx estudia a fondo esta contradicción, que expresa la contradicción fundamental del modo capitalista de producción. La creación de plusvalía, dice, sólo cierra el primer acto del proceso capitalista de producción. Luego sigue obligatoriamente un segundo acto, en el que es preciso dar salida a las inmensas cantidades de mercancías y realizar así la plusvalía que éstas contienen. Contrariamente a los economistas burgueses, Marx demuestra que las condiciones de la explotación y las de venta de las mercancías que ella produce no son idénticas. En tanto que el desarrollo de la producción sólo está limitado por el nivel de las fuerzas productivas y, en resumen, puede crecer infinitamente, por el contrario, la realización de las mercancías es función de la capacidad de consumo de la sociedad.

"Pero ésta no se halla determinada ni por la capacidad productiva absoluta, ni por la capacidad absoluta de consumo, sino por la capacidad de consumo a base de las condiciones antagónicas de distribución, que reducen el consumo de la gran masa de la sociedad a un mínimo susceptible sólo de variación dentro de límites muy estrechos."[47] De ahí una contradicción radical entre la tendencia de la producción a un desarrollo ilimitado destinado a la creación de plusvalía, y el bajo nivel del consumo, del poder adquisitivo de las masas.

Cuanto más se desarrollan, dice Marx, las fuerzas productivas, más entran éstas en contradicción con la estrechez de la base sobre la que descansan las relaciones de consumo. Esta contradicción torna inevitables las crisis de superproducción bajo el capitalismo. Marx hace notar en numerosas ocasiones que la causa final de las crisis económicas es la miseria de las clases laboriosas, su esclavización en el régimen capitalista. La ley económica fundamental del capitalismo engendra por necesidad esta contradicción. "Por eso tropieza con límites al llegar a un grado de expansión de la producción, que en otras condiciones sería, por el contrario, absolutamente insuficiente.

(47) C. Marx, *El Capital*, t. III, pág. 231, Ed. cit.

se paraliza, no donde lo exige la satisfacción de las necesidades, sino allí donde lo impone la producción y realización de las ganancias."[48]

La alusión a otras premisas, en las que el grado límite de extensión de la producción bajo el capitalismo se convertiría en "absolutamente insuficiente", concierne al modo socialista de producción. El socialismo está regido por una ley fundamental absolutamente nueva: la de la satisfacción máxima de las necesidades materiales y culturales en constante aumento de la sociedad toda, por medio del aumento y el mejoramiento continuos de la producción socialista sobre la base de una técnica superior. Resulta claro que esta ley determina un tipo de correlación absolutamente nuevo entre el desarrollo de la producción y el consumo de las masas. La contradicción característica del capitalismo, entre el crecimiento de la producción y el retraso del consumo (del poder adquisitivo) de las masas, deja paso a una correlación en todo sentido nueva: el crecimiento del poder adquisitivo de las masas supera en forma constante el de la producción, cuyo desarrollo ilimitado estimula por ello mismo. Al liquidar las contradicciones antagónicas de clase, el régimen socialista crea todas las condiciones de una "relación normal" entre la producción y el consumo: el acrecentamiento de la producción eleva el nivel de vida de las masas; y la elevación del nivel de vida de las masas impulsa a su vez la producción.

Bajo el capitalismo, esta correlación normal es imposible. Marx muestra en la *Historia de la teoría de la plusvalía,* en el capítulo intitulado "La acumulación del capital y las crisis", que la relación fundamental de clases que existe entre los obreros y los capitalistas implica dos premisas que conducen por necesidad a las crisis de superproducción: (1) la mayoría de los productores —los obreros— no puede comprar una parte considerable de las mercancías y los bienes de producción que ella crea; (2) los obreros deben ser permanentemente "superproductores", en el sentido de que no pueden consumir más

(48) C. Marx, *El Capital,* t. III, pág. 242, Ed. cit.

que un equivalente de su producto, en tanto que producen más que ese equivalente, es decir, en tanto que crean plusvalía. Las crisis de superproducción son, entonces, corolario inevitable del modo de producción capitalista, basado en las relaciones antagónicas entre los capitalistas y el proletariado.

El análisis de las contradicciones que engendran las crisis periódicas muestra por qué había asignado Marx en *El Capital* tanta importancia al estudio minucioso de las contradicciones de la mercancía y del trabajo, entre el valor de uso y el valor, el trabajo concreto y el trabajo abstracto, el trabajo privado y el trabajo social. Estas contradicciones se despliegan plenamente en el marco del capitalismo y hacen aparecer de modo evidente, debido a las crisis, el carácter relativo y temporario del modo capitalista de producción. Marx hace notar que en los momentos de crisis la oposición interna entre valor de uso y valor, así como su expresión externa, la oposición entre la mercancía y el dinero, aumenta hasta convertirse en "contradicción absoluta". El capitalismo no reconoce límites para la producción del valor. Pero no puede existir valor sin valor de uso. Las "monstruosas" proporciones del valor de uso que los capitalistas arrancan a los obreros no pueden, pues, existir, a no ser bajo la forma de inmensas cantidades de mercancías, es decir de valores de uso. Cuanto más plusvalía existe, más valores de uso hay. Pero estos últimos no pueden superar una cantidad definida, so pena de no poder convertirse en forma general del valor. Las mercancías producidas no pueden ser, pues, "transmutadas en dinero", ser vendidas. En su búsqueda de la ganancia máxima, los capitalistas no dejan de reducir la base de consumo de las masas. Y esta reducción entra en contradicción aguda con la ampliación de la producción. Así sucede que en los momentos de crisis se ve manifestarse en toda su agudeza la oposición entre el valor de uso y el valor, entre la mercancía y el dinero. Al estudiar en el libro tercero los problemas del capital financiero y del crédito, Marx arroja luz sobre esta contradicción absoluta en los períodos de depresión y de crisis.

"En épocas de crisis —escribe—, en que el crédito se re-

duce o desaparece en absoluto, el dinero se enfrenta de pronto de un modo absoluto a las mercancías como medio único de pago y como la verdadera existencia del valor. De aquí la depreciación general de las mercancías, la dificultad, más aun, la imposibilidad de convertirlas en dinero, es decir, en su propia forma puramente fantástica."(49)

Marx cita la frase de un banquero: "¿Qué hay que conservar durante las crisis: el curso de los billetes de banco o la industria?". "Sé perfectamente, dice, qué es lo que hay que sacrificar." Los vándalos capitalistas de hoy no vacilan, en épocas de crisis, en destruir en vasta escala las riquezas materiales y los bienes de consumo que necesitan tantos millones de trabajadores.

La contradicción entre la mercancía y la moneda, que se agrava durante las crisis para convertirse en contradicción absoluta, no hace, por sí misma, otra cosa que expresar la contradicción fundamental del capitalismo, la del carácter social de la producción con la propiedad privada capitalista de los medios de producción. Las crisis traducen esta contradicción con una fuerza brutal y demuestran que la producción no está sometida en realidad a una fiscalización social, como producción social. Hacen resaltar este hecho "bajo la forma monstruosa de una contradicción absurda y de un contrasentido", es decir, bajo la forma de la oposición absoluta entre el dinero y las mercancías.

Como se ve, las crisis atestiguan que la producción capitalista ha chocado con límites que le es preciso franquear, so pena de no poder desarrollarse. Ahora bien, las crisis son un medio destructor que permite suprimir esos límites. Pero esa supresión prepara para el porvenir catástrofes aun peores. En el tercer libro de *El Capital, Marx* resume esta dialéctica de la eliminación de los antiguos límites, y de la aparición continuada de nuevas barreras: "La producción capitalista aspira constantemente a superar esos límites inmanentes a ella, pero sólo puede superarlos recurriendo a medios que vuelven

(49) C. Marx, *El Capital,* t. II, pág. 454, Ed. cit.

a levantar ante ella estos mismos límites todavía con mayor fuerza."[50]

Por lo tanto, al desarrollarse, el capitalismo se convierte en un obstáculo que es preciso destruir. "El ***verdadero límite*** de la producción capitalista es el ***mismo capital,*** es el hecho de que, en ella, son el capital y su propia valorización los que constituyen el punto de partida y la meta, el motivo y el fin de la producción; el hecho de que aquí la producción sólo es producción para ***el capital,*** y no, a la inversa, los medios de producción, simples medios para ampliar cada vez más la estructura del proceso de vida de la ***sociedad*** de los productores. De aquí que los límites dentro de los cuales tienen que moverse la conservación y valorización del valor-capital, la cual descansa en la expropiación y depauperación de las grandes masas de los productores, choquen constantemente con los métodos de producción que el capital se ve obligado a emplear para conseguir sus fines y que tienden al aumento ilimitado de la producción, a la producción por la producción misma, al desarrollo incondicional de las fuerzas sociales productivas del trabajo. El medio empleado —desarrollo incondicional de las fuerzas sociales productivas— choca constantemente con el fin perseguido, que es un fin limitado: la valorización del capital existente."[51]

La supresión de ese "conflicto perpetuo", gracias al desarrollo de las fuerzas productivas y de la productividad del trabajo, crea precisamente, en el seno mismo de la sociedad burguesa, las premisas materiales del advenimiento del régimen socialista. El carácter social de la producción no puede ya subsistir bajo la forma caduca de las relaciones de producción capitalista.

Luego de haber mostrado que el modo de producción capitalista crea por sí mismo, en su movimiento, las condiciones objetivas de un modo de producción nuevo, socialista, Marx establece que las contradicciones del capitalismo no pueden

(50) C. Marx, *El Capital,* t. III, pág. 235, Ed. cit.
(51) Ibíd.

ser superadas dentro del marco y sobre la base de ese régimen. Sólo la liquidación de las relaciones de producción burguesas, la destrucción del fundamento mismo de esas contradicciones, es decir, del modo de producción capitalista, puede asegurar el desarrollo de la sociedad y de sus fuerzas productivas. Marx demuestra que sería utópico contar con la conciliación de las contradicciones de la sociedad burguesa. El conflicto entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción tiene por expresión las contradicciones de clase antagónicas, irreductibles, entre el proletariado y la burguesía. A medida que crecen se agravan las contradicciones catastróficas del modo burgués de producción, se extienden y acentúan las contradicciones de esas dos clases. El inmenso mérito de Marx consiste en haber arrojado luz sobre el papel histórico mundial del proletariado. En oposición a los socialistas utópicos, establece que el proletariado no es sólo la clase oprimida, víctima de una feroz explotación capitalista; es también la clase que, en su lucha contra la burguesía, se torna aguerrida y crece para convertirse en una fuerza temible, en la enterradora del capitalismo.

A partir de *Miseria de la filosofía,* Marx critica a los utopistas y a los economistas pequeño-burgueses, por no haber visto en la miseria del proletariado otra cosa que la miseria, sin entender su aspecto destructor y revolucionario, que derribará a la antigua sociedad. Marx demuestra que la lucha contra la burguesía hace del proletariado una "clase para sí", consciente de su oposición radical a la clase capitalista.

Por medio de su análisis de las contradicciones del modo de producción capitalista y de su desarrollo, Marx explica cómo se crean las condiciones materiales, las únicas que permiten liberar al proletariado del yugo capitalista y edificar una nueva sociedad, la sociedad socialista. Al mismo tiempo indica cómo estas condiciones materiales, engendran también la fuerza social cuya misión histórica es la edificación de la sociedad socialista. Sólo así deja el socialismo de ser una utopía, un sueño, para convertirse en una ciencia.

Ninguna conciliación de las contradicciones del capitalismo, su destrucción revolucionaria, su supresión por la revolu-

ción proletaria, por la conquista del poder político para la edificación de una sociedad nueva: tal es la gran conclusión que Marx extrae del análisis de las contradicciones del capitalismo. Termina con estas palabras, que repercuten como un llamado revolucionario: *"Le llega la hora a la propiedad privada capitalista. Los expropiadores son expropiados."*[52]

Marx no podía prever en forma precisa que el desarrollo del capitalismo llevaría a una etapa suprema, en la que sus contradicciones continuarían agravándose, y que señalaría la víspera de la revolución socialista. Parece haber adivinado con claridad el reinado de los monopolios, pero sin llegar a hablar de una nueva etapa de la evolución del capitalismo. A la obra de Lenin, *El imperialismo, fase superior del capitalismo,* se debe el análisis de esta etapa. El estudio del capitalismo imperialista se apoya, de un extremo a otro, en *El Capital,* cuyas tesis principales desarrolla.

Lenin demuestra que en virtud de las leyes descubiertas por Marx, el capitalismo engendra una serie de fenómenos y procesos nuevos y esenciales que lo distinguen de su fase anterior. Entre el imperialismo, etapa suprema del capitalismo, y el socialismo, no pueden existir etapas intermediarias, y ese estadio termina por preparar las premisas materiales del socialismo. Lenin estudia las contradicciones del capitalismo, tales como se desarrollan en un nuevo marco. Para él el factor decisivo de esta etapa que aparece hacia fines del siglo XIX es el nacimiento y desarrollo de los monopolios, que suplantan a la libre concurrencia. De tal modo, define al imperialismo como al capitalismo monopolista. Debido a ello, ciertas particularidades esenciales del capitalismo comienzan a convertirse en su contrario, cosa que no afecta en nada, por supuesto, las bases mismas del régimen capitalista. Lenin establece que esta transformación resulta directamente de la acción de las leyes

(52) C. Marx, *El Capital,* t. I, pág. 611, Ed. cit.

descubiertas por Marx, y que las contradicciones del capitalismo premonopolista, lejos de desaparecer en esa etapa nueva, se exacerban, engendrando conflictos de una agudeza hasta entonces desconocida.

Luego de haber caracterizado al imperialismo en relación con el capitalismo premonopolista, Lenin muestra la aguda agravación de las contradicciones fundamentales del capitalismo. Al analizar las de este nuevo estadio, se ve llevado a profundizar la teoría dialéctica de la lucha de los contrarios, para enriquecerla con definiciones y nociones nuevas. No sin razón estudia Lenin simultáneamente los problemas del imperialismo y los de la filosofía. En los resúmenes de las obras, en las notas sobre la dialéctica que redacta para su propio uso y que forman una parte notable de los *Cuadernos filosóficos,* Lenin se dedica especialmente al problema de las contradicciones. Declara esencial la ley de la unidad y de la lucha de los contrarios, fuerza motriz del desarrollo. La teoría de los contrarios es para él "la esencia" de la dialéctica. Define la lucha de los contrarios como factor "absoluto" de la evolución, es decir, como aquel cuya ausencia hace imposible todo desarrollo y condena al estancamiento.

La atención que dedicó a los problemas de la dialéctica sirvió en gran medida a Lenin en su estudio del imperialismo. A su vez, el estudio del imperialismo, la aplicación de la dialéctica al análisis de esta etapa, elevaron el nivel de la dialéctica marxista abriéndole nuevas perspectivas.

Este análisis del imperialismo contiene un punto de considerable importancia: lejos de embotarse, de conciliarse, las contradicciones de esta etapa se exacerban en forma inaudita, con lo que conducen a la revolución proletaria que las suprime. Siguiendo el ejemplo de Marx, Lenin critica sin miramientos a los economistas burgueses y pequeño-burgueses que trataban de borrar, de encubrir las contradicciones del modo capitalista de producción. Tentativas insostenibles, sobre todo en la época en que esas contradicciones llegaron a su apogeo. Lenin denuncia las tesis reformistas de Kautsky, cuya idea principal formula de la siguiente manera: "Velar con palabras las contra-

dicciones existentes, olvidar las más importantes en vez de descubrirlas en toda su profundidad; he aquí en qué consiste la teoría de Kautsky, la cual no tiene nada que ver con el marxismo."[53]

"Descubrir toda la profundidad de las contradicciones": tal es el programa que Lenin opone a Kautsky, y todos los otros renegados del marxismo. Su estudio de las contradicciones del capital financiero tiene en ese sentido un valor clásico. Muestra que el advenimiento de los monopolios no elimina la concurrencia, sino que se yuxtapone y superpone a ella, creando así contradicciones particularmente agudas y profundas. Lo que Lenin reprocha a Kautsky y a sus semejantes es, precisamente, el olvido de este hecho, y la tentativa de borrar las contradicciones que oponen los monopolios a la libre concurrencia, las "operaciones" (y las ganancias) gigantescas del capital financiero a las operaciones y las ganancias del comercio "honrado" en el mercado libre, la industria cartelizada a la industria no cartelizada, etc. La antigua lucha del gran capital contra el pequeño, ya característica del período premonopolista, se reanuda con renovada acritud y en más vasta escala.

La concurrencia de los capitales individuales deja paso a la de potentes grupos monopolistas, cosa que engendra choques y conflictos graves. Se asiste entonces a una lucha sin tregua entre los grupos monopolistas mundiales que se han dividido las zonas de influencia. Lenin ataca a la teoría oportunista según la cual la división de las zonas de influencia, de los mercados entre los grupos monopolistas, eliminaría las contradicciones del capitalismo y conduciría a un capitalismo pacífico "organizado", ajeno a las crisis, al caos, liberado de la anarquía de la producción, etc. Lejos de constituir una organización "planificada" de la producción, el capitalismo monopolista implica una agravación de la falta de coordinación, de la contradicción entre los distintos aspectos de la economía nacional, una agravación del caos y de las crisis.

(53) V. I. Lenin, "El imperialismo, fase superior del capitalismo", en *Obras Escogidas,* t. I, pág. 1034, Ed. Lenguas Extranjeras, Moscú, 1948.

El reparto de las zonas de influencia entre los poderosos grupos internacionales de monopolistas no hace desaparecer las contradicciones que los oponen, sino que las agudiza, por el contrario, al modificar la relación de fuerzas a consecuencia de la desigualdad del desarrollo. El reparto de los mercados, de las fuentes de materias primas, etc., engendra una nueva división en el mundo.

En la época del imperialismo había quedado terminado el reparto territorial del mundo entre unos pocos países grandes. Esto implica la aparicición de contradicciones y de conflictos particularmente agudos entre las potencias imperialistas. Al estudiar esta nueva fase de la evolución del capitalismo, Lenin descubre la ley de la desigualdad del desarrollo económico y político de los países capitalistas. Se la puede formular de la siguiente manera: ciertos países son superados en forma rápida y brusca por otros, hasta entonces menos desarrollados desde el punto de vista económico, y expulsados del mercado mundial por el rápido ascenso económico de aquellos estados. Ese desarrollo desigual obliga periódicamente a una nueva división del mundo ya dividido, conforme a las nuevas relaciones de fuerza. De ahí las guerras imperialistas: en efecto, el estado de cosas creado por la nueva relación de fuerzas sólo puede ser modificado por la violencia, por la guerra. Esta ley expresa la acentuación de las contradicciones del capitalismo en su etapa imperialista.

La transformación de la concurrencia en monopolio, y la constitución de poderosos grupos monopolistas, elevan aun más, bajo el imperialismo, el nivel de la socialización de la producción. Entonces se obtiene, dice Lenin, un progreso gigantesco en ese dominio.

Pero esto implica que la contradicción fundamental del capitalismo, puesta al desnudo por Marx en *El Capital* —la de las fuerzas productivas con las relaciones de producción, del carácter social de la producción con la forma capitalista privada de apropiación—, alcanza, bajo el imperialismo su nivel supremo.

Lenin indica que, bajo el imperialismo, el yugo del capital

pesa más que nunca, y la profundización de la contradicción fundamental del capitalismo se traduce en la acentuación extrema de las contradicciones existentes entre el proletariado y la burguesía. La formación de los monopolios aumenta el precio de los objetos de consumo, acrecienta la ganancia de los capitalistas e impone un tributo a las grandes masas de trabajadores. En esta nueva etapa, la pauperización absoluta y relativa del proletariado se agrava, y el ejército de desocupados se multiplica. La ley general de la acumulación capitalista, descubierta por Marx, actúa bajo el imperialismo con una violencia aun mayor, dividiendo a la sociedad en un puñado de monopolistas que estrangulan a todos los que se niegan a someterse a su yugo, por una parte, y en una masa de trabajadores que soportan sufrimientos increíbles, por la otra.

El imperialismo, como lo ha demostrado Lenin, engendra una contradicción de extrema agudeza entre los estados imperialistas, las metrópolis y los países coloniales y semicoloniales que se convierten en objeto del saqueo capitalista. El imperialismo refuerza la opresión nacional; los piratas imperialistas tienden a subyugar a las naciones libres, a privar a los pueblos de otros países de su independencia nacional y a avasallarlos.

Gracias a este análisis de las contradicciones del imperialismo (análisis que corona una nueva teoría de la revolución socialista), Lenin llevó a un nivel superior el comunismo científico y armó al proletariado ruso, así como al conjunto del proletariado internacional, con una teoría científica de la victoria sobre el capitalismo, del conocimiento de las leyes de la revolución proletaria y de la revolución de todas las clases oprimidas en una época histórica nueva. Por otra parte, enriqueció la teoría dialéctica marxista de las contradicciones y proporcionó un modelo de estudio científico de las contradicciones de un fenómeno tan complejo como la etapa suprema del capitalismo.

Las contradicciones del capitalismo son hoy demasiado flagrantes para que los propios economistas burgueses hagan el silencio en torno a ellas. Keynes, por ejemplo, se vio obligado

a declarar que la idea de una armonía entre la oferta y la demanda bajo el capitalismo, tan cara a los antiguos economistas, había resultado ilusoria.

Toda su teoría trata de disimular las causas reales de los "obstáculos" del capitalismo, de disculpar a la burguesía y de descargarla de toda responsabilidad por los males que inflige a millones de trabajadores.

Las dificultades insolubles del capitalismo —desocupación en masa, crisis, etc.— se explican, no por la "ley psicológica fundamental" salida de la imaginación de Keynes, a fin de poner al capitalismo a salvo de las críticas, sino por la ley económica del capitalismo monopolista, según la cual los magnates de los monopolios obtienen ganancias fabulosas, en tanto que el nivel de vida de los trabajadores desciende cada vez más.

Toda la alharaca hecha por Keynes en torno a su "ley psicológica fundamental" tendía a insinuar que era posible curar las llagas del capitalismo dentro del marco del capitalismo mismo. Es cierto que al hablar del Egipto antiguo, en el cual los esclavos construían las pirámides, Keynes tuvo que reconocer que los capitalistas, por desgracia, no poseen "medios tan fáciles para evitar los sufrimientos de la desocupación".

Los políticos y los economistas burgueses tratan de salir del laberinto de las contradicciones en que se encuentran presos, y para ello intentan desatar una nueva guerra. Sus parloteos sobre los factores psicológicos, supuestas causas de todos los males, no son más que una fachada, y los ideólogos del imperialismo no creen en ellos. En su opinión, la fuente y el acicate esencial de la producción es la guerra.

En cuanto a los ideólogos de los socialistas de derecha, también ellos, a sabiendas, tratan de eliminar, a todo precio, las contradicciones agudas del capitalismo contemporáneo, las contradicciones entre el proletariado y la burguesía. Esto es, por ejemplo, todo el fondo del "socialismo democrático" de los laboristas de derecha. Estos últimos afirman que la sociedad de hoy "ha superado" la división en clases, que los tiempos han cambiado desde Marx. No quieren decir con ello que las contradicciones se hayan agravado a consecuencia de la trans-

formación del antiguo capitalismo en imperialismo. En la época de Marx, dicen, en la que el capitalismo acababa de nacer y comenzaba a desarrollarse, existía la lucha entre el proletariado y la burguesía, en tanto que hoy la característica sería la ausencia de división en clases, de oposición entre las clases.

Así, K. Renner pretende que en nuestra época ha nacido "una comunidad universal de las clases", comunidad "inconcebible en la época de Marx". Ahora, según parece, las contradicciones "pasan a segundo plano". Se nos dispensará de demostrar que esta "comunidad" sólo existe en la imaginación de algunos. Marx ya apreciaba esa comunidad en su justo valor cuando hacía notar: "Mientras el obrero asalariado es obrero asalariado, su suerte depende del capital. He ahí la tan cacareada comunidad de intereses entre el obrero y el capitalista."[54]

El análisis de las contradicciones del capitalismo hecho por Marx en *El Capital* y prolongado por Lenin en las condiciones del imperialismo, reduce a la nada todos los sofismas de los economistas burgueses de hoy. Arma a la clase obrera y a sus partidos revolucionarios, en todos los países, con el conocimiento de los medios reales de trasformar el capitalismo en socialismo.

V

El Capital es una confirmación por los hechos, brillante y convincente, de la tesis acerca de la cual insistía Lenin, y que muestra que la esencia de la dialéctica reside en el desdoblamiento de la unidad y en el estudio de sus partes contradictorias.

Si se extraen los grandes lineamientos de la aportación de *El Capital* a la elaboración de la teoría del desarrollo por la lucha de los contrarios, se obtiene lo que sigue:

---

(54) C. Marx, "Trabajo asalariado y capital", en Marx/Engels, *Obras Escogidas,* t. I, pág. 79, Ed. Lenguas Extranjeras, Moscú, 1951.

1. *El Capital* demuestra en forma irrefutable la justeza de la teoría dialéctica según la cual la lucha de los contrarios constituye la fuerza motriz del desarrollo. Marx considera el modo capitalista de producción en su ***automovimiento,*** cuya clave no es otra que la unidad y la lucha de los contrarios.

En su estudio del capitalismo, demuestra con una lógica férrea que todas las transformaciones de ese régimen, toda su evolución, que lo conducen necesariamente a su caída, no implican fuerza exterior alguna que lo derribe, por así decirlo de manera mecánica, y que lo socave desde afuera para llegar a su fin. Se trata de un proceso de automovimiento, condicionado por las contradicciones internas inherentes al capitalismo.

Al analizar el modo capitalista de producción, Marx hace sin embargo abstracción de las contradicciones externas, sin las cuales el acto mismo del trabajo, de la producción, base de la vida social, es inconcebible. El trabajo es un proceso que se desarrolla entre el hombre y la naturaleza, y que por lo tanto reposa esencialmente sobre la acción recíproca de dos fuerzas externas. En verdad el hombre es una parte de la naturaleza; pero si bien han salido de ella, los hombres viven en sociedad y ésta no se desarrolla ya según las leyes de la naturaleza, sino según las leyes sociales. Una contradicción externa, la del hombre con la naturaleza, se refleja y se expresa, entonces, a través de la acción y el desarrollo de contradicciones internas primordiales. El gigantesco impulso de la producción bajo el capitalismo se explica por la superioridad de ese régimen en relación con el régimen feudal. Pero la descomposición del capitalismo es determinada en todo sentido, a su vez, por la naturaleza social de ese régimen, es decir, por la agravación de las contradicciones internas de la sociedad burguesa.

2. Si las contradicciones internas son la clave del automovimiento, ello es porque las tendencias y los aspectos opuestos de un mismo todo están ligados entre sí, se suponen y se excluyen el uno al otro, y porque esa relación recíproca condiciona su lucha, que es la fuerza motriz y el factor absoluto, permanente, del desarrollo. De un extremo al otro de su obra, Marx no deja de arrojar luz sobre estas fuerzas. La

"lucha" entre el valor de uso y el valor es la fuente del desarrollo de las formas del valor; es la que hace pasar el valor, de sus formas inferiores a sus formas superiores. La tendencia de los capitalistas, de aumentar en forma ilimitada sus ganancias, prolongando para ello la jornada de trabajo, se enfrenta a la lucha obrera por la reducción de esa jornada, cosa que constituye uno de los más poderosos estimulantes de formas más perfeccionadas de producción de la plusvalía, basadas en el progreso técnico y en la gran industria mecanizada. La oposición entre la tendencia decreciente de la cuota de la ganancia y la sed de ganancia, la concurrencia de los capitalistas, aumentan y concentran la producción, reforzando de esta manera su carácter social. Finalmente, la lucha de clases, la lucha del proletariado contra la burguesía, es la gran escuela de organización de la clase obrera, la escuela en la que se prepara la fuerza política que realiza la revolución socialista llegada a su madurez.

Otro aspecto del desarrollo, igualmente esclarecido por *El Capital*: las leyes económicas objetivas se expresan bajo la forma de un conflicto entre fuerzas y tendencias opuestas, sin lo cual no se podría entender la acción de ninguna ley, porque estas fuerzas en lucha son determinadas por leyes objetivas y se basan en ellas. Las contradicciones son "la forma de existencia", la forma de realización de las leyes económicas objetivas.

La ley del valor, reguladora de la producción, sólo existe y puede concretarse a través de ese conflicto. Únicamente encuentra su forma y su modo de existencia concreta en la lucha continua de los fabricantes entre sí por condiciones más ventajosas de venta de las mercancías, en la lucha por el mercado, en el choque de millones de voluntades que culminan en una tendencia cardinal, nacida de la ley objetiva del valor.

La ley económica fundamental del capitalismo, la de la plusvalía, expresa la contradicción entre los obreros y los capitalistas, la oposición radical de sus intereses. Reproduce esta contradicción sobre una escala cada vez más vasta, y se manifiesta en la lucha de clases. Determina una guerra civil in-

cesante, ora abierta, ora latente, entre la clase obrera y la de los capitalistas.

El marxismo es ajeno a la concepción fatalista de la acción de las leyes objetivas. Incluso las leyes del modo capitalista de producción, que sin embargo actúan en forma ciega, no operan de manera fatal, sino a través del choque de los intereses y de los objetivos de clase. Por supuesto que esta lucha no puede suprimir, dentro del marco del capitalismo, la acción de la ley económica fundamental, es decir, el enriquecimiento de los capitalistas y la explotación de los obreros. Sin embargo, el efecto concreto de esta ley depende en medida decisiva de los intereses de clase opuestos, y de su resultado. La clase obrera no asiste como espectadora pasiva al juego de la ley económica fundamental del capitalismo; combate valerosamente a fin de limitar su alcance, multiplicando sus acciones para la reducción de la jornada de trabajo y la elevación de salario: huelgas, paros, acción política. Por su parte, los capitalistas utilizan la ley económica fundamental para aumentar al máximo la producción de plusvalía. Sólo la lucha decide la manera en que esta ley actuará en términos concretos.

La acción de las leyes objetivas del capitalismo ha preparado desde hace tiempo las premisas y las posibilidades del paso al socialismo en los países burgueses contemporáneos. Pero sólo el éxito de la lucha empeñada por el proletariado y por todos los trabajadores de los países capitalistas puede convertir esta posibilidad en una realidad. Ningún otro camino puede conducir al socialismo, ya que el desarrollo es una lucha de contrarios.

3. Son numerosas las contradicciones capitalistas que estudia Marx. Sin embargo, todas, en *El Capital,* tienen un núcleo común, y traducen una contradicción primordial: la del carácter social de la producción con la forma capitalista privada de la apropiación.

Marx descubre el gérmen de esa contradicción a partir del estudio de la producción y de la circulación mercantiles simples. En verdad, aquélla no aparece todavía en el marco de la producción mercantil simple, pero ya existe en ella en

potencia. Marx descubre lo que, en las contradicciones de la mercancía, crea por necesidad, al desarrollarse, la contradicción fundamental del modo de producción capitalista. A consecuencia de ello, una vez que pasa al estudio de la sociedad burguesa, muestra, en las numerosas contradicciones del modo de producción capitalista (plusvalía, acumulación capitalista, lucha de los obreros contra los capitalistas), otras tantas expresiones de la contradicción fundamental de la sociedad burguesa.

Lejos de existir en sí y por sí, cada contradicción particular está vinculada íntimamente a todas las otras, y hunde sus raíces en la contradicción fundamental. Por su parte, ésta engendra a todas las demás, existe en ellas y se manifiesta a través de ellas. La fuente esencial de la encarnizada lucha de clases que se desarrolla en el seno de la sociedad burguesa es la contradicción interna, fundamental, del capitalismo.

4. La lucha de los contrarios no tiene nada de estático. Se trata de un proceso con grados, con etapas, con estadios. Las contradicciones tienen su dialéctica. No pueden surgir de golpe bajo su forma desarrollada, ni ser destruidas de un solo manotón sin dejar rastros. De tal modo, la dialéctica indica que es preciso analizarlas en su crecimiento, en su evolución. Para Lenin, lo que constituye el valor inestimable del estudio que Marx dedica a las contradicciones del capitalismo, es el hecho de que éstas son examinadas en forma exhaustiva.

Al evolucionar, las contradicciones crean las condiciones de su propia solución. Fuera de su desarrollo, dicha solución no puede encontrar una base objetiva. Se engañaría gravemente el que pensase que las contradicciones pueden y deben ser superadas en cuanto aparecen. En rigor, su desarrollo es un *proceso de crecimiento,* y mientras éste no haya llegado a su término, mientras no haya alcanzado cierto grado, las contradicciones no pueden ser superadas.

Por ejemplo, más arriba hemos indicado que las contradicciones internas de la mercancía sólo encuentran su solución en la disociación de ésta en mercancía y moneda. Pero estas contradicciones existieron mucho antes de la aparición de la moneda. Para que pudieran ser resueltas de esta manera,

fue necesario un largo período histórico de maduración. Por lo demás, dicho período no se redujo a una simple acumulación de contradicciones entre la mercancía y la producción mercantil. En cada etapa histórica de su desarrollo, estas contradicciones encontraron una solución temporaria en la aparición de nuevas formas de valor. Pero ninguna de tales formas podía ser estable; lejos de eliminarlas, profundizaban y despertaban las contradicciones adormecidas entre la mercancía y el intercambio mercantil. Sólo en un estadio histórico determinado del desarrollo de la producción y de la circulación mercantiles, y cuando las contradicciones entre el valor de uso y el valor han alcanzado su punto culminante, pueden éstas ser resueltas.

Lo mismo rige a todo lo largo de la evolución del modo de producción capitalista. La contradicción entre el carácter social de la producción y la apropiación capitalista privada surge al mismo tiempo que la propia sociedad burguesa, ya que el desarrollo de esta última crea fuerzas productivas de carácter social. Pero éste no es más que un punto de partida, y esas contradicciones deben atravesar una larga fase de crecimiento para poder ser solucionadas. En las primeras etapas de su historia, las relaciones de producción capitalista constituían la forma esencial de la progresión de las fuerzas productivas. La correspondencia de las relaciones de producción con las fuerzas productivas era entonces el factor más importante. En el marco de esa correspondencia y de esa unidad maduran las contradicciones destinadas, llegado el momento, a destruir esa correspondencia, a desdoblar la unidad y a crear una oposición antagónica entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción que se han vuelto caducas. Sólo entonces se reúnen las condiciones objetivas que permiten resolver las contradicciones del capitalismo.

El crecimiento de las contradicciones reviste, pues, como lo demuestra *El Capital,* una importancia extrema para entender la teoría dialéctica del desarrollo. La acentuación y la resolución de las contradicciones tornan relativa toda unidad de los contrarios.

El Capital es un modelo clásico de análisis de la disociación de la unidad en contrarios que se excluyen mutuamente. Sin embargo es preciso tener en cuenta el hecho de que Marx estudió la sociedad burguesa, antagónica, y que su análisis es concreto e histórico. Este estudio permite, a la luz de la experiencia de la edificación del socialismo en la URSS, entender lo que hay de particular en la acción y en el desarrollo de las nuevas contradicciones, no antagónicas, características de una sociedad que ha terminado con el régimen burgués.

5. Para Marx no se trataba de estudiar, en *El Capital,* las contradicciones de la sociedad futura, por preciosas que sean las indicaciones que hace de paso al respecto. Este problema sólo se planteó más tarde a los marxistas, cuando la revolución proletaria victoriosa en la URSS fue coronada por la instauración del socialismo, y cuando las leyes económicas del capitalismo dejaron paso a las nuevas leyes económicas del socialismo. Lo esencial aquí es que las contradicciones no antagónicas no expresan ya el choque entre clases hostiles, entre intereses contrarios. Debido a ello, las contradicciones de la sociedad socialista se desarrollan según leyes distintas.

Lo que distingue la acción de la ley de unidad y de lucha de los contrarios bajo el capitalismo y bajo el socialismo puede ser formulado como sigue: como las contradicciones de la sociedad burguesa tienen un carácter antagónico y oponen a clases hostiles entre sí, no pueden sino agravarse, profundizarse, para convertirse, según la expresión de Marx, en "oposiciones antagónicas". Los análisis de *El Capital* muestran que si determinadas condiciones pueden ser resueltas en el marco del modo de producción capitalista, este hecho implica, no que hayan sido eliminadas, sino que se han reproducido sobre una base nueva y más profunda. Así, la resolución de la contradicción entre el valor de uso y el valor de la mercancía, por la disociación de ésta en mercancía y moneda, no elimina dicha contradicción, sino que la reproduce en una escala más elevada. Del mismo modo, la supresión de la contradicción entre la superproducción de mercancías y la limitación de la base del consumo, propias de la sociedad capitalista, tienen un

carácter esencialmente temporario. Esta contradicción se reproduce con una mayor agudeza y profundidad. Debido a su propia naturaleza, el capitalismo excluye todo otro tipo de desarrollo. Mientras subsistan los fundamentos de ese modo de producción, las contradicciones que le son inherentes no podrán desaparecer. Por el contrario, crecen de modo desmesurado mientras no han alcanzado su punto culminante. La sociedad debe entonces superarlas destruyendo las bases mismas de la producción capitalista.

Todo esto demuestra cuán absurdas son las tentativas hechas para atenuar, para dulcificar y aun para eliminar por completo esas contradicciones sin modificar el terreno que las engendra y las reproduce continuamente.

Otra característica del capitalismo: no sólo sus contradicciones específicas, sino también contradicciones tan antiguas como la propia sociedad de clases se agudizan en ella hasta trasformarse en "oposición hostil". La diferencia entre el trabajo manual y el trabajo intelectual surge desde la primera etapa del desarrollo de la sociedad de clases. Pero el capitalismo es el único, como dice Marx, que la eleva al nivel de una "oposición hostil". Lo mismo sucede con lo que respecta a la oposición entre la ciudad y el campo.

Por lo demás, el desarrollo del modo capitalista de producción crea las premisas objetivas y subjetivas de la liquidación de todas estas contradicciones y oposiciones.

La sociedad socialista, que sustituye a la sociedad capitalista luego de la revolución proletaria, reúne las condiciones de desarrollo que modifican esencialmente la acción de la ley general del movimiento por la lucha de los contrarios.

El capitalismo había llevado a la sociedad a una escisión profunda, y al hombre mismo a un estado de "desgarramiento" en el que sus fuerzas físicas y espirituales están "separadas" las unas de las otras, formando una "oposición hostil". La revolución socialista, por el contrario, pone fin a todo ello.

La socialización de los medios de producción y la eliminación de las clases explotadoras hace desaparecer las fuentes más profundas de las contradicciones y de los conflictos

sociales de extrema agudeza. La experiencia de la sociedad soviética testimonia que el socialismo supera con decisión y sin rodeos las contradicciones de la sociedad de clases, de la sociedad antagónica, acumuladas en el curso de los siglos. Algunas quedan apartadas de inmediato por la propia revolución. Así es como, por ejemplo, la Revolución de Octubre destruyó de una sola vez la propiedad capitalista en la industria, devolviendo las fábricas y los talleres al pueblo. Del mismo modo, la gran propiedad terrateniente fue liquidada y la tierra se ha convertido en el bien común de todo el pueblo.

Otras contradicciones se resuelven en forma progresiva, a medida que van cambiando las condiciones económicas que las engendran. Así se trasformó la pequeña propiedad campesina.

Es conveniente hacer notar que la eliminación concreta de las contradicciones, a raíz de la edificación del socialismo en tal o cual país, es función de condiciones específicas, interiores y exteriores. La experiencia de la construcción del socialismo en los países de democracia popular y en China revela una enorme diversidad de formas y de medios de superar las contradicciones, aunque los objetivos y los principios fundamentales sean comunes. En China, por ejemplo, las contradicciones entre la burguesía y la clase trabajadora son superadas por la trasformación gradual de la industria y del comercio capitalistas en industria y comercio socialistas, sin guerra civil. Sólo son reprimidos los grupos de capitalistas que se oponen a la edificación socialista. La mayoría de los burgueses que colaboran con la clase obrera son reeducados y se convierten en trabajadores.

Bajo el capitalismo, las contradicciones se agravan, se profundizan inevitablemente, hasta transformarse en "oposición antagónica", en tanto que bajo el socialismo las oposiciones legadas por el antiguo régimen tienen una tendencia inversa: se debilitan y se borran sin cesar, hasta desaparecer por completo.

Tal es, por ejemplo, la tendencia de las oposiciones entre la ciudad y el campo, entre el trabajo manual y el trabajo intelectual. La victoria del socialismo en nuestro país ha tenido

por efecto la destrucción entre nosotros de esas oposiciones. En el curso del paso de la etapa inferior a la etapa superior del comunismo desaparecerá la diferencia esencial que subsiste todavía entre ellas. Esto implicará el final del "desgarramiento" del hombre y la reunificación de sus fuerzas físicas y espirituales. Igualmente se verá desaparecer el abismo que la sociedad explotadora no cesó de cavar y agrandar entre la ciudad y el campo.

El socialismo presencia, entonces, la desaparición para siempre de las contradicciones antagónicas del antiguo régimen social. Cada paso de la sociedad burguesa profundizaba y agravaba las contradicciones; en la sociedad socialista, por el contrario, el desarrollo no deja de reforzar la unidad de la sociedad, la armonía de todos los elementos del organismo social. La escisión de la sociedad en clases hostiles deja paso a la unidad moral y política; la discordia de las naciones y los pueblos, a su amistad.

Sin embargo sería erróneo creer que la liquidación de los antagonismos sociales pone fin a toda contradicción social. Como lo ha hecho notar Lenin, antagonismo y contradicción no son idénticos. La experiencia de la sociedad socialista soviética muestra en forma convincente que el nuevo curso de la evolución pasa, no sólo por la supresión de las antiguas contradicciones heredadas del capitalismo, sino también por el nacimiento y el crecimiento de contradicciones surgidas del avance del propio socialismo en marcha hacia la etapa superior del comunismo. En cuanto se olvida este hecho, aunque sólo sea por un momento, se llega a los errores teóricos y prácticos más graves. Nada es más extraño al marxismo que la idea de una sociedad socialista en la que reine la calma absoluta, que no sea campo de lucha alguna, de conflicto alguno. La propia sociedad comunista tendrá sus contradicciones, y el desarrollo implicará su supresión.

Ninguna unidad, ninguna armonía está exenta de contradicciones, porque de lo contrario la evolución se detendría y cesaría. En las nuevas condiciones, cambian de naturaleza y dejan de ser antagónicas. Este hecho modifica a su vez la ten-

dencia al desarrollo de las contradicciones, así como las formas y los medios de superarlas.

Bajo el socialismo no existen ya bases objetivas para la transformación inevitable de las contradicciones en oposición "hostil", "antagónica". Una vez resueltas, no vuelven a reproducirse bajo una forma más profunda y más aguda. En las nuevas condiciones se hace objetivamente posible superar las contradicciones en forma gradual. Ello no obstante, también allí se resuelven por la lucha, ya que todo desarrollo implica la lucha entre lo antiguo y lo nuevo, entre lo que muere y lo que nace.

Como en la sociedad socialista no existen ya clases antagónicas y se compone de una clase obrera, de una clase campesina y de una capa de intelectuales amigos, por ello mismo están dadas todas las condiciones para que las contradicciones económicas y políticas sean superadas en forma progresiva. En este sentido es típica la manera en que han sido eliminadas en la URSS las contradicciones entre la clase obrera y el campesinado laborioso, cuando éste se componía aún de pequeños propietarios. Basándose en los intereses comunes fundamentales de estas dos clases, el Partido Comunista pudo crear de modo progresivo las condiciones de una transformación socialista de la economía rural. Su política, coronada por la victoria del régimen koljosiano, tuvo por efecto allanar poco a poco las contradicciones económicas y políticas entre estas dos clases. El triunfo de la colectivización señaló la supresión de las contradicciones principales que existían entre ellas. Las que todavía subsisten se borrarán definitivamente en el curso de la edificación de la sociedad comunista.

Para ilustrar la modificación esencial sufrida por la ley general de la unidad y de la lucha de los contrarios, en estas nuevas condiciones, sería interesante comparar el desarrollo de ciertos fenómenos económicos bajo el capitalismo y bajo el socialismo.

Se sabe que la producción mercantil se mantiene aún bajo el socialismo. Una parte considerable de los bienes producidos adquiere la forma de mercancías.

Marx mostró en *El Capital* que las contradicciones de la mercancía y del trabajo se transforman en oposición a medida que se profundizan.

En la sociedad socialista no existe base alguna para un desarrollo de este tipo. Las contradicciones de la mercancía y el doble carácter del trabajo en la producción mercantil simple y la producción mercantil capitalista traduce las contradicciones entre el trabajo social y el trabajo privado. A medida que crece el carácter social del trabajo bajo el capitalismo, la contradicción entre el valor de uso y el valor debe agravarse necesariamente. La fuerza de trabajo es aquí una mercancía cuyo valor de uso específico es explotado por el capitalista para valorizar los fondos que ha invertido. El valor de uso de la mercancía no es para él otra cosa que un mal inevitable, el respaldo indispensable del creciente valor que persigue con todas sus fuerzas. En el marco de la anarquía de la producción, en la cual el trabajo social aparece por intermedio del trabajo privado, esta contradicción entre el valor de uso y el valor (una de las expresiones de la contradicción máxima de la sociedad burguesa, la del carácter social de la producción con la forma capitalista privada de apropiación) culmina necesariamente en crisis de superproducción.

En la economía socialista no existe contradicción alguna entre el trabajo privado y el trabajo social. El trabajo es aquí inmediatamente social. Ello no obstante, si muestra un doble carácter, si las numerosas formas de trabajo concreto se reducen todavía a trabajo abstracto, ello se debe a que el trabajo no puede ser medido aún en forma directa por la cantidad de tiempo dedicada a la producción de bienes. La existencia de las dos formas de propiedad unidas entre sí por vínculos mercantiles, la persistencia de una diferencia esencial entre el trabajo manual y el trabajo intelectual, etc., hacen que la cantidad de trabajo invertido no pueda ser medida más que en forma indirecta, por intermedio del valor y de sus formas. De ahí el doble carácter de las mercancías producidas en la sociedad socialista.

Sin embargo, como la contradicción entre el trabajo privado y el trabajo social ha quedado liquidada bajo el socialismo, no existe ya oposición entre el valor de uso y el valor de las mercancías, y tampoco entre el trabajo abstracto y el trabajo concreto. Sólo subsiste una diferencia simple o una diferencia esencial. Con esto se ve cómo lo que otrora era una oposición, e incluso una "oposición hostil", se convierte en una simple diferencia en el curso de la eliminación de las contradicciones.

Es claro que la diferencia entre el valor de uso y el valor puede acentuarse de manera sensible en la economía socialista, pero ello se debe al funcionamiento defectuoso de ciertas empresas, a la ejecución de planes, a errores de planificación, etc., y no a las tendencias y las leyes necesarias de la producción mercantil bajo el socialismo.

En el régimen socialista, la fuerza de trabajo ha dejado de ser una mercancía. El obrero no trabaja ya para crear plusvalía, porque el objeto de la producción socialista es satisfacer las necesidades de los propios trabajadores. El auge de la producción socialista no obedece ya a la ley de la concurrencia y de la anarquía de la producción, sino a la del desarrollo armónico de la economía nacional. No existe, entonces, razón objetiva alguna para que la diferencia entre el trabajo abstracto y el trabajo concreto, entre el valor de uso y el valor de las mercancías, se convierta en oposición, en conflicto, como sucede en el caso del régimen capitalista.

Por lo tanto, la dualidad de las mercancías y también la del trabajo, bajo el socialismo, no es ya expresión de las contradicciones de la antigua producción mercantil, simple o capitalista, sino de una producción mercantil "de tipo particular" que sirve a la causa de la edificación comunista. De ahí resulta una nueva tendencia: como en la fase superior del comunismo el trabajo se medirá de manera directa por la cantidad de horas invertidas en producir un bien determinado, se verá desaparecer la dualidad del trabajo y por lo tanto la forma valor de los productos.

El ejemplo de las funciones de la moneda en el régimen socialista demuestra también el nuevo carácter del desarrollo de

las contradicciones. Como lo estableció Marx, el dinero aparece a raíz del desarrollo de las contradicciones del trabajo y de la mercancía, del desdoblamiento de la mercancía en mercancía y dinero. Al analizar el papel de la moneda en la producción mercantil simple, Marx demuestra que su función de medio de circulación implica ya la posibilidad de crisis. Cuando la producción mercantil simple se convierte en producción capitalista, esta posibilidad se torna realidad. La evolución posterior de las contradicciones entre el dinero y la mercancía se expresa en la función de medio de pago que cumple la moneda, función que profundiza y multiplica las condiciones de las crisis económicas.

Se entiende que este papel de acelerador de las crisis recaiga sobre la moneda, no en virtud de sus propiedades materiales, sino porque expresa la contradicción fundamental del capitalismo, entre el carácter social de la producción y la forma privada de la apropiación. Esa es la causa primordial de las crisis económicas bajo el capitalismo.

La moneda subsiste bajo el socialismo y continúa cumpliendo funciones de medio de circulación, de medio de pago y otras. Pero las condiciones del desarrollo económico han cambiado de manera tan profunda, que la significación y el papel de la moneda se han vuelto muy otras. El socialismo ha visto derrumbarse las bases objetivas que en el régimen capitalista hacían inevitable el crecimiento y la agravación de las contradicciones incluidas en la moneda, la conversión de la contradicción entre el dinero y la mercancía en "contradicción absoluta".

En el régimen socialista la moneda no sirve ya como medio de autoacrecentamiento del valor y no se transforma en capital. Es un instrumento del desarrollo de la economía socialista.

En el marco de la propiedad social de los medios de producción, de la liquidación de la explotación del hombre por el hombre, del desarrollo armónico de la economía nacional, desaparece toda causa de crisis. Se entiende que ello ponga también fin al papel desempeñado por el dinero en la agravación

de las contradicciones y el desencadenamiento de las crisis. Como medio de circulación, por ejemplo, la moneda no puede favorecer aquí la aparición de las crisis, porque ya no existe contradicción entre el trabajo privado y el trabajo social, ni anarquía en la producción, ni concurrencia. La moneda ya no es la fuerza social que une a los productores aislados, a los propietarios individuales; es un instrumento en manos de la sociedad, que lo utiliza para aquilatar y fiscalizar la producción y la circulación, etc.

Como medio de pago, la moneda desempeña un papel similar. En la sociedad socialista la producción no tiene ya por objetivo el autoacrecentamiento del valor y la creación de una plusvalía, sino que está destinada a satisfacer al máximo las necesidades de los trabajadores. La moneda deja, pues, de ser "la mercancía absoluta". Se entiende que la diferencia entre la mercancía y el dinero no puede convertirse entonces, aquí, en "contradicción absoluta".

Por cierto que, en la medida en que la moneda sigue siendo una mercancía de tipo especial que sirve de equivalente de todas las demás, subsisten algunas contradicciones entre ella y las mercancías. Estas contradicciones se traducen, por ejemplo, en el hecho de que, en caso de excedentes, de mala calidad o de planificación defectuosa, las mercancías no pueden ser intercambiadas por dinero. Pero entonces la moneda, lejos de profundizar estas contradicciones, sirve para suprimirlas, para corregir los defectos de la producción y del comercio. Estas contradicciones tienen en la sociedad socialista un carácter no antagónico. De esto resulta que ellas no pueden convertirse en oposición, en contradicción absoluta.

En la fase superior del comunismo la moneda desaparecerá, porque los productos creados por los hombres habrán perdido su forma mercantil.

Otro ejemplo de la forma en que se modifica la dialéctica de las contradicciones del desarrollo económico bajo el socialismo es el desarrollo de las contradicciones entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción.

En el régimen capitalista, el crecimiento de estas contradicciones se convierte por necesidad en oposición, en extremos que se enfrentan como fuerzas hostiles. Entonces nace un conflicto entre estos dos aspectos del modo de producción. Esta transformación de la contradicción en oposición y en conflicto resulta de una causa definida: bajo la acción de las leyes internas del capitalismo, las fuerzas productivas adquieren un carácter cada vez más social. Pero las relaciones de producción siguen siendo capitalistas. En la etapa imperialista llega a su punto culminante la contradicción entre el carácter social de la producción, que constituye la preparación material directa del socialismo, y la forma capitalista privada de la apropiación. El capitalismo entra en un período de crisis general y profunda. Se abre la era de las revoluciones proletarias, porque la clase dominante —la burguesía— se opone con todas sus fuerzas al reemplazo históricamente inevitable de las antiguas relaciones capitalistas de producción por las relaciones socialistas. Las contradicciones del modo de producción encuentran su expresión y su solución en una lucha de clases cuya forma suprema es la acción revolucionaria de las clases oprimidas contra las clases dominantes. El mundo se divide en dos sistemas: socialista y capitalista. La aparición de poderosos focos de socialismo acelera la disgregación del sistema capitalista.

Como se ve, debido precisamente a la naturaleza social del capitalismo, las contradicciones entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción se acentúan, alcanzan su punto culminante y son resueltas por la evolución socialista. Todos los esfuerzos de las clases dominantes no pueden conjurar este desarrollo.

Otra cosa sucede bajo el socialismo, en el cual la contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción no se convierten en oposición, en conflicto. Este hecho, una vez más, nace de causas objetivas bien determinadas. Las contradicciones del socialismo no pueden tener el carácter profundo y agudo de la sociedad capitalista, ya que entre nosotros no existe apropiación capitalista privada y puesto que lo que reina aquí es la propiedad social de los medios de producción.

En otros términos, en el régimen socialista el carácter social de la producción es reforzado por el carácter social de la propiedad. Esto excluye las formas de expresión de las contradicciones típicas del capitalismo: crisis económicas, guerras, etc.

En la sociedad socialista no existe una clase interesada en defender los aspectos caducos de las relaciones de producción. Las fuerzas vivas de esta sociedad están interesadas, por el contrario, en superar las contradicciones y en perfeccionar las relaciones de producción. Las contradicciones entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción no pueden convertirse en oposición, porque carecen de base objetiva. Claro que se engañaría grandemente el que pensara que estas contradicciones se resuelven por sí mismas, en forma espontánea. Esto no sucede, por lo demás, con ninguna de las contradicciones de la sociedad socialista. También bajo el socialismo las leyes objetivas se manifiestan por la lucha de los contrarios, la lucha contra todo lo que las obstaculiza. Tampoco aquí pueden ser resueltas las contradicciones de un solo golpe. Si no se sigue su crecimiento y se las supera a tiempo, cuando lo exige el desarrollo objetivo, pueden convertirse en oposición, e incluso en conflicto. Lo que constituye la novedad de la evolución económica bajo el socialismo es el hecho de que la fuerza dirigente de la sociedad, el Partido y el Estado, tienen la posibilidad de resolver en el momento oportuno las contradicciones que crecen, y poner las relaciones de producción en correspondencia con el nuevo carácter de las fuerzas productivas. Esto es posible gracias al hecho fundamental de que los medios esenciales de producción se encuentran en manos de los trabajadores, de que la propiedad privada de los instrumentos de producción ha sido abolida y de que la economía nacional se desarrolla de acuerdo con un plan.

Para liquidar las contradicciones de la sociedad socialista tampoco es necesario destruir la base misma, el régimen social, en tanto que la liquidación de las contradicciones principales de la sociedad burguesa no puede realizarse sobre la base de esa misma sociedad.

Así, nos encontramos con dos tendencias de desarrollo de

las contradicciones. Bajo el capitalismo, el crecimiento de las contradicciones antagónicas culmina en su transformación en oposición, en conflictos que en fin de cuentas sólo puede resolver la revolución. Bajo el socialismo las contradicciones no son antagónicas y no culminan en el conflicto, en la conversión de los dos aspectos de la contradicción en oposición absoluta, en extremos; las contradicciones se resuelven en forma progresiva, metódica, gracias al conjunto de la actividad práctica del Partido, del Estado, del pueblo.

CAPITULO V

EL ANALISIS MATERIALISTA - DIALECTICO DE LAS CATEGORIAS Y DE LOS CONCEPTOS ECONOMICOS

I

Al analizar el modo de producción capitalista y la dialéctica objetiva de su evolución, Marx realizó una multitud de observaciones inestimables que permiten entender la teoría del conocimiento del materialismo dialéctico. De ahí la inmensa importancia de *El Capital* para el progreso de la filosofía marxista. *El Capital* testimonia con brillo que la dialéctica y la teoría del conocimiento son inseparables, que la dialéctica es la teoría del conocimiento misma.

Al aplicar las leyes más generales del desarrollo establecidas por la dialéctica, Marx supo penetrar en la naturaleza del modo capitalista de producción. Esto se entiende porque la filosofía marxista no separa las leyes del conocimiento de las del ser mismo, y la ciencia de las leyes más generales del ser proporciona al mismo tiempo la única teoría científica del conocimiento. Sin embargo, la teoría de las leyes más generales del desarrollo no agota la riqueza de la dialéctica marxista, como gnoseología, y no termina con todos los problemas en ese dominio. Hasta ahora consideramos la dialéctica, principalmente, desde el punto de vista de las leyes generales que ella

estudia. En los capítulos que siguen la examinaremos desde el punto de vista de su importancia para la teoría del conocimiento. Se trata de los siguientes problemas: ¿Cómo se opera el proceso del conocimiento? ¿Cuál es la lógica del conocimiento? ¿Cuál es el papel de las formas y los instrumentos del conocimiento en la construcción del cuadro científico de la realidad?, etc. Estos problemas sólo pueden ser solucionados a partir de las posiciones de la dialéctica materialista. De tal modo, el examen de su solución concreta, obtenida gracias al análisis del capitalismo por Marx, destaca a la dialéctica como teoría del conocimiento.

Se trata, antes que nada, de las categorías y de los conceptos económicos de *El Capital.* El estudio de los fenómenos de la realidad objetiva se resume y se formula, en efecto, en nuestros conceptos, en nuestras categorías, etc., puntos cruciales, puntos de apoyo del conocimiento cuyos resultados fijan. Como instrumentos de análisis de la realidad, sólo son eficaces cuando se tiene una idea justa de la naturaleza de los conceptos y de las categorías. Esta idea es proporcionada de manera exclusiva por el materialismo dialéctico, que difiere profundamente, en ese sentido, de la filosofía idealista, lo mismo que del antiguo materialismo, del materialismo metafísico.

En sus palabras finales a la segunda edición del primer libro de *El Capital,* Marx escribía, para caracterizar la oposición de su método al método hegeliano: "Para Hegel, el proceso del pensamiento, al que él convierte incluso, bajo el nombre de idea, en sujeto con vida propia, es el demiurgo de lo real, y esto la simple forma externa en que toma cuerpo. Para mí, lo ideal, no es, por el contrario, más que lo material traducido y traspuesto a la cabeza del hombre."(1)

Tal es el principio materialista de la teoría marxista según la cual el conocimiento sólo puede *reflejar,* reproducir la realidad objetiva, pero no crearla a la manera hegeliana. Por esta razón, los conceptos, las categorías con que trabaja el pensamiento, son por sí mismos un reflejo ideal del mundo mate-

(1) C. Marx, *El Capital,* t. I, pág. 14, Ed. cit.

rial en el cerebro humano. *El Capital* es un modelo de concepción y de análisis *materialistas* de las categorías, en este caso económicas.

En Marx, cada categoría económica fija las relaciones y los procesos económicos objetivos. Cada una de ellas refleja la vida real con sus leyes objetivas. El rigor científico de las categorías de la economía política marxista se debe al hecho de que son la expresión teórica de la realidad misma. En sus *Glosas marginales al "Tratado de economía política" de Adolfo Wagner,* que convertía las relaciones objetivas reales en conceptos ideales de los que se servía para hilvanar sus "teorías", Marx ataca la disolución idealista del mundo real en nociones, y opone su método materialista al idealismo. Demuestra que no es la noción de valor la que tiene que ser dividida en valor de uso y valor de cambio, sino el valor mismo, real y objetivo, que existe bajo esa doble forma: "...yo no arranco nunca de los 'conceptos', ni, por tanto, del 'concepto del valor', razón por la cual no tengo por qué 'dividir' en modo alguno este 'concepto'. Yo parto de la forma social más simple en que toma cuerpo el producto del trabajo en la sociedad actual, que es la *'mercancía'*."(2) Y más adelante, al mostrar que la propia mercancía, la realidad objetiva, es la que presenta dos aspectos, escribe: "Como se ve, yo no divido el valor en valor de uso y valor de cambio, como términos sintéticos en que se descompone lo abstracto, el 'valor', sino que digo que la *forma social concreta* del producto del trabajo, de la *'mercancía'* es, por una parte, valor de uso y por otra parte 'valor'..."(3)

Marx trata en detalle el problema de la naturaleza de las categorías y conceptos económicos en *Miseria de la filosofía,* y en una carta a Annenkov, en la que critica el punto de vista idealista de Proudhon. Para este último, como por lo demás para Hegel, la única realidad verdadera es la de las nociones, la de las categorías, en tanto que el mundo real no

(2) C. Marx, *El Capital,* t. I, pág. 699, Ed. cit.
(3) Ibíd.

es otra cosa que una pálida copia, la sombra desmedrada, el reflejo de estas últimas. Proudhon, dice Marx, considera los productos de la sociedad burguesa como "...existencias eternas e independientes, animadas de vida propia".[4] No ha visto que "...las *categorías económicas* son sólo las *expresiones abstractas* de estas relaciones reales, y únicamente conservan su validez mientras existen dichas relaciones".[5]

En sus notas sobre el libro de Adolfo Wagner, Marx recuerda que los hombres no comienzan jamás por el estudio *teórico* de los objetos del mundo exterior. El punto de partida real es su relación *práctica* con el mundo. Las ideas y las nociones no hacen más que expresar lo que la actividad repetida de producción de bienes necesarios para la vida ha transformado en experiencia, en adquisición de la conciencia humana. Los conceptos y las categorías no tienen otro origen. La práctica es el fundamento de los conceptos humanos, porque es su único criterio. En sus *Tesis sobre Feuerbach,* esbozo genial de una nueva concepción del mundo, Marx había concentrado en la práctica el conjunto de los problemas de la teoría del conocimiento. Pero en *El Capital* profundiza la concepción de la práctica, base de todo conocimiento y criterio de la verdad de los conceptos y de las teorías científicas. Basta con recordar capítulos del primer libro, como "La jornada de trabajo" o "Maquinaria y gran industria" entre otros, para ver cómo los principios, conceptos y conclusiones se apoyan en él sobre una vasta documentación extraída de la práctica de la sociedad capitalista. En sus cartas Marx ruega a menudo a Engels que verifique si la práctica proporciona las confirmaciones indispensables.

Marx no se limita a criticar el idealismo que separa las nociones económicas de la realidad concreta. Revela su carácter de clase. Si los conceptos son causa primera de toda realidad, no hay necesidad alguna, entonces, de cambiar a esta última: basta con cambiar los conceptos.

---

(4) C. Marx y F. Engels, *Correspondencia,* pág. 19, Ed. cit.
(5) Ibíd., pág. 18.

En la *Miseria de la filosofía* y en *El Capital*, se burla del escamoteo propio de los economistas burgueses. Sigue siendo actual su crítica contra los adeptos del idealismo "semántico", para quienes todas las desdichas que caen sobre los hombres de nuestra época provienen del abuso de palabras y de conceptos incorrectos. Basta, por ejemplo, con eliminar nociones tales como "capitalismo", "desocupación" o "crisis" para que estos propios hechos desaparezcan. En este tipo de "filosofía" pensaba Marx cuando escribía, a propósito de Proudhon: "En el trabajo-mercancía, que es una realidad espantosa, no ve más que una elipsis gramatical. ...Y si la sociedad quiere 'eliminar todos los inconvenientes' que sufre, lo que tiene que hacer es eliminar los términos malsonantes, cambiar de lenguaje, para lo cual debe dirigirse a la Academia y solicitar una nueva edición de su diccionario."[6]

La sustitución del movimiento real de la sociedad por el "movimiento propio del cerebro" del filósofo o del economista es muy útil para la defensa del capitalismo. Al descubrir la esencia materialista de las categorías y conceptos científicos, Marx desenmascaró, en *El Capital* y en sus otras obras, el idealismo de los teóricos burgueses.

El carácter materialista de las categorías y conceptos económicos de *El Capital* se expresa igualmente en el hecho de que, para Marx, un concepto no puede ser formulado mientras no hayan madurado lo suficiente las condiciones objetivas cuyo reflejo es dicho concepto. Desde este punto de vista, sus observaciones sobre el análisis aristotélico de las formas del valor son de una importancia especial. Marx apreció en gran medida el hecho de que Aristóteles tuvo el mérito de entender que el intercambio de una mercancía por otra implicaba un elemento común. Ello no obstante, el concepto del valor está ausente en el pensador griego. Aristóteles no ve en qué consiste el carácter común de las mercancías de especies distintas. No entiende que ese carácter, que torna comparables a las mercancías fuesen cuales fueren por lo demás sus diferen-

(6) C. Marx, *Miseria de la filosofía*, pág. 52, Ed. cit.

cias cualitativas, no es otra cosa que el trabajo, el trabajo abstracto.

Marx subraya que Aristóteles no podía concebir la noción de trabajo abstracto, dado que la sociedad griega se basaba en la esclavitud y la desigualdad. Las condiciones históricas le impidieron descubrir el elemento común de las distintas mercancías.

Los conceptos de valor y, por consiguiente, de trabajo abstracto sólo podían surgir en el momento en que la indiferencia en relación con la forma concreta del trabajo se convierte en el principio de las relaciones económicas, y en el momento en que aparece una producción mercantil altamente desarrollada cuyo mecanismo espontáneo opera en forma masiva y produce en cada instante la reducción de las formas concretas a su expresión común: el trabajo en general. "Y hace falta que la producción de mercancías se desarrolle en toda su integridad para que de la propia experiencia nazca la conciencia científica de que los trabajos privados que se realizan independientemente los unos de los otros, aunque guarden entre sí y en todos sus aspectos una relación de mutua interdependencia, *como eslabones elementales que son de la división social del trabajo,* puedan reducirse constantemente a su grado de proporción social..."(7)

En la *Contribución a la crítica de la economía política* cita el ejemplo de una categoría simplísima, "el trabajo", para demostrar que a pesar de su simplicidad esta noción sólo pudo ser concebida y formulada en condiciones históricas determinadas. La idea del trabajo en general es muy antigua. Pero la categoría de "trabajo en general" es "tan moderna como las relaciones que engendra esta abstracción simple".(8)

Ni los partidarios del sistema monetario y del mercantilismo, ni los fisiócratas, supieron entender y formular esta categoría. En ese momento era difícil pasar de la noción concreta del trabajo —del trabajo de la tierra entre los fisiócratas, por

(7) C. Marx, *El Capital,* t. I, pág. 64, Ed. cit.
(8) C. Marx, *Contribución a la crítica de la economía política,* pág. 217, Ed. rusa.

ejemplo— a la de "trabajo en general"; esto es lo que muestra el ejemplo de Adam Smith, "...quien vuelve a caer, de vez en cuando —según la expresión de Marx—, en el sistema de los fisiócratas".[9]

Si es difícil formular una categoría tan simple a primera vista como el "trabajo en general", ello se debe a causas objetivas. Lo mismo que Aristóteles, los economistas que lo siguieron estaban limitados por el marco relativamente estrecho del desarrollo de la producción mercantil. El trabajo en general, entendido de manera independiente de sus formas concretas, no se había convertido todavía plenamente en el modo de creación de la riqueza, como sucede en el curso de la sociedad burguesa evolucionada. "La indiferencia en relación con un trabajo determinado —escribe Marx— corresponde a una forma de sociedad en la cual los individuos pasan con facilidad de un trabajo a otro, y en la que el tipo preciso de trabajo es para ellos fortuito, y por lo tanto indiferente. En esa sociedad el trabajo se ha convertido, no sólo en el plano de las categorías, sino en la realidad misma, en un medio de crear la riqueza en general, y ha perdido su vinculación específica con un individuo determinado."[10]

Por medio del análisis del "trabajo en general", Marx sienta las bases de una teoría materialista de los conceptos. Precisamente porque estos últimos son reflejos, copias de las relaciones reales, independientes de la voluntad humana, precisamente por eso nacen, son formulados en términos científicos, en estrecha vinculación con las condiciones históricas que constituyen su fundamento material.

De ahí otro aspecto importante de la teoría materialista dialéctica de los conceptos, que encontró su expresión profunda en *El Capital*. Si reflejan la realidad objetiva y expresan condiciones históricas concretas, es evidente que la evolución y la modificación de esta última implican las de las nociones científicas. Se ve, de esta manera, que la teoría del conocimiento es

(9) C. Marx, *Contribución a la crítica de la economía política*, pág. 218, Ed. rusa.
(10) Ibíd.

inconcebible sin la dialéctica. La dialéctica objetiva del desarrollo debe reflejarse como en un espejo en la dialéctica "subjetiva", es decir, en la dialéctica de los conceptos.

Lenin insistió en este sentido en sus *Cuadernos filosóficos*: "...si *todo* se desarrolla —escribe—, ¿se aplica esto también a las *categorías* y a los *conceptos* más generales del pensamiento? En caso negativo, significa que el pensamiento no está vinculado a la existencia. En caso afirmativo, significa que existe una dialéctica de los conceptos y una dialéctica del conocimiento que tienen una significación objetiva."(11)

La importancia objetiva de la "dialéctica de los conceptos" está constituida por el hecho de que el desarrollo de la realidad engendra por necesidad contradicciones entre los fenómenos nuevos y los antiguos, que dejan de corresponderles. Sólo la evolución de los conceptos, su correspondencia con las nuevas condiciones, confiere un valor objetivo a los conceptos que formula la ciencia, y los torna adecuados para reflejar con fidelidad el desarrollo de la realidad. En el caso contrario, los conceptos se separan de la realidad. Entonces adquieren una significación autónoma, comienzan a vivir una vida propia, ilusoria, independiente de la vida real, abriendo así de par en par la puerta al idealismo. Esto es lo que quiere decir Lenin cuando subraya que si el desarrollo de la realidad objetiva no influye sobre los conceptos y las categorías, "el pensamiento no está ligado a la existencia". A partir de entonces, el método metafísico conduce, de una manera o de otra, lo quiera el pensador o no, al idealismo, aun cuando los conceptos sean considerados como un reflejo de las relaciones reales. El ejemplo de la economía política clásica resulta demostrativo en ese sentido.

Para Smith y Ricardo las categorías económicas son la expresión mental de las relaciones sociales burguesas, y no la fuerza motriz de su desarrollo, como por ejemplo en Proudhon. Pero como consideraban estas relaciones como algo petrificado, inmutable, dado de una vez para siempre, trasladaban ese mismo carácter a sus conceptos económicos. Éstos eran inmóviles, estáticos; en una palabra: no dialécticos. Pero en realidad el

(11) V. I. Lenin, *Cuadernos filosóficos*, pág. 239, Ed. rusa.

capitalismo evoluciona. De ahí una separación entre los conceptos económicos y la vida real. Las nociones y las representaciones subjetivas adquieren una significación autónoma, independiente de la vida. En este sentido, la tesis de Smith y Ricardo según la cual el capitalismo sería eterno, no era solamente metafísica, sino idealista: los conceptos, engendrados por la razón, eran ubicados por encima de la realidad objetiva.

Por consiguiente no es una casualidad que, como lo muestra la historia de la filosofía, el idealismo sea engendrado como un parásito por la estrechez metafísica de las representaciones y los conceptos. Tampoco carece de motivo el hecho de que el antiguo materialismo resultase incapaz, fuesen cuales fuesen sus méritos, de terminar con el idealismo filosófico. Esta tarea estaba reservada al materialismo *dialéctico.*

Los economistas como Proudhon invocaban el carácter eterno de las categorías para justificar el del capitalismo. Como consideraban las nociones económicas como causa primera de la vida concreta, fuera del desarrollo real, las convertían en fetiches. La economía política burguesa se basa en categorías abstractas, separadas de la evolución verdadera, para proclamar la eternidad de las relaciones burguesas que sólo tendrían necesidad de algunos "retoques".

Para Marx los conceptos y las categorías, según su propia expresión, "...no son más eternos que las relaciones que expresan. Se trata de productos históricos y transitorios".[12] Se desarrollan paralelamente a las relaciones económicas. De ahí la riqueza y la diversidad de las categorías y los conceptos económicos de *El Capital,* fuera de toda comparación con las de los conceptos y categorías que se encuentran en las obras de Smith y de Ricardo, para no hablar de los otros economistas burgueses.

Véase, por ejemplo, el concepto de valor. Smith, y principalmente Ricardo, tuvieron el mérito de fundarlo sobre bases científicas. Pero como consideraban eternas las relaciones capitalistas, empobrecieron el contenido de este concepto y fue-

(12) C. Marx y F. Engels, *Correspondencia,* pág. 19, Ed. cit.

ron incapaces de descubrir su riqueza y complejidad. Si bien distinguieron entre valor de uso y valor de cambio, no supieron comprender la naturaleza de esta oposición, ni explicar por qué el valor se expresa necesariamente por las formas del valor: la categoría de forma del valor no existe para ellos. Smith no entendió las metamorfosis que sufre el valor cuando se pasa de la producción mercantil simple a la producción capitalista, ni el desarrollo del valor sobre la base del capitalismo y su transformación en precio de producción. Ricardo ni siquiera se formuló el problema del paso de la producción mercantil simple a la producción capitalista. El valor aparece en ellos como un concepto idéntico a sí mismo y uniforme, que no refleja en modo alguno la complejidad de las relaciones reales expresadas por ese concepto.

Muy distinto es el caso de Marx, para quien el valor es un concepto complejo, flexible, multiforme, que expresa la diversidad de los aspectos de la realidad misma. El valor refleja fielmente las peripecias por las que atraviesan las relaciones de la producción mercantil en su desarrollo histórico, en el momento en que la extensión del modo capitalista de producción transforma la producción mercantil simple en producción capitalista.

Para Smith y Ricardo, el concepto general de valor no se diferencia en una serie de nociones que reflejen los diversos aspectos del valor, las diversas etapas de su evolución.

Muy otro es el cuadro que nos ofrece *El Capital.* Marx distingue el valor y las formas del valor, el valor de uso y el valor de cambio, las formas relativa y equivalente, la forma simple, aislada o accidental, y la forma total o desarrollada, la forma general y la forma monetaria.

La riqueza y la diversidad de este concepto en *El Capital* resultan del análisis profundo de la realidad, del análisis *dialéctico* que encara la realidad de su desarrollo. La dialéctica de la transformación de las relaciones objetivas se ha reflejado en forma integral en la del *concepto* de valor.

Lo mismo sucede con la categoría de la moneda. Como no entienden la naturaleza real del dinero y no lo encaran en

su desarrollo, Smith y Ricardo se hacen de él una idea superficial y reducen su papel al de un simple medio de circulación.

En Marx, la noción de la moneda tiene un rico contenido correspondiente al verdadero papel representado por ella en una sociedad basada en la producción y el intercambio mercantiles. Marx consideró la moneda en su génesis y en su evolución, y dedicó a sus funciones un estudio detallado. A continuación muestra que las que existían en condiciones históricas anteriores adquieren bajo el capitalismo un nuevo carácter; se convierten en funciones del intercambio, de la circulación, la acumulación de *capital,* o, dicho de otro modo, se convierten en funciones del capital.

Sólo el análisis *dialéctico* de la moneda podía establecer que el contenido de clase de esta última se había transformado a consecuencia de nuevas condiciones históricas; que el dinero expresaba a partir de entonces las relaciones capitalistas y encarnaba el capital.

Sería erróneo considerar como "acabadas" las nociones económicas formuladas y analizadas por Marx en *El Capital.* Marx era un adversario encarnizado de esta forma de ver las cosas. La teoría materialista y dialéctica del conocimiento implica la necesidad de un desarrollo y de una trasformación de los conceptos y categorías de la economía, en función del cambio de las condiciones históricas.

La victoria del socialismo renueva el contenido de cierta cantidad de antiguos conceptos, empleados por Marx en *El Capital,* y hace aparecer otra vez nuevos conceptos que reemplazan a los ya superados y caducos. En el régimen socialista, muchas categorías elaboradas por Marx para el análisis del modo de producción capitalista dejan de corresponder al nuevo estado de cosas. Nociones como "trabajo necesario" y "sobretrabajo", "producto necesario" y "sobreproducto", fuerza de trabajo como mercancía y otras, sin hablar de "plusvalía", "capital", etc., no expresan ya las relaciones de producción instauradas en la URSS a consecuencia de la victoria del socialismo.

Por ejemplo, los conceptos de "trabajo necesario" y de "sobretrabajo" proporcionan una imagen exacta de la relación

capitalista fundamental, en la que los capitalistas explotan y dominan, en la que los proletarios son explotados y dominados. Por este motivo, el trabajo de los proletarios se divide en dos fracciones, una de las cuales es necesaria, ya que el proletario reproduce en ella el valor de su fuerza de trabajo, en tanto que la otra constituye un sobretrabajo, puesto que va a parar directamente a manos del capitalista y constituye la fuente de su enriquecimiento. Bajo el socialismo, que ha puesto fin a la explotación, *todo* el trabajo se convierte en trabajo necesario, porque sirve para satisfacer las necesidades personales del obrero y de su familia, para ampliar la producción, para desarrollar la instrucción, para proteger la salud pública, para reforzar la defensa, etc., en una palabra, para el bien de la propia clase obrera y de todos los trabajadores.

Las categorías y los conceptos citados más arriba, lo mismo que los de "renta absoluta", "ganancia media", "precio de producción", etc., dejan de ser la expresión científica de las nuevas relaciones económicas nacidas bajo el socialismo, no porque sean "defectuosos" o superficiales, sino precisamente porque traducen en la forma más precisa y más profunda las relaciones de una época económica superada.

Estos conceptos son los reflejos, las copias de las cosas reales. Es vano de todo punto de vista tratar de ingeniarse en modificarlas, cuando estas últimas siguen siendo las mismas durante un tiempo dado. Otra cosa sucede cuando las relaciones objetivas sufren trasformaciones reales, radicales, cualitativas. Modificar los conceptos antiguos conforme a la realidad, o adquirir conciencia del nuevo contenido que les corresponde, es entonces la condición del conocimiento científico. No siempre es necesario refundir los conceptos y crear otros nuevos para reflejar los cambios de la realidad, sino que es indispensable considerarlos *en función* de las condiciones históricas, y tener una clara conciencia del nuevo contenido que expresan.

Véase, por ejemplo, el concepto de cooperación, que traduce relaciones históricas diversas, vinculadas a formaciones históricas determinadas. Cuando Marx se sirve de dicho con-

cepto, se refiere a la cooperación capitalista. Pero la cooperación existe también bajo el socialismo. En la URSS, como en los países de democracia popular, la cooperación es el principal medio, para las pequeñas explotaciones campesinas, de pasar al socialismo. Es evidente que estos dos tipos de cooperación se oponen en forma diametral.

De tal modo, cuando los reformistas predican el paso del capitalismo al socialismo por el simple crecimiento cuantitativo de las cooperativas obreras, sin destrucción de las bases del régimen capitalista, su propaganda es un engaño, porque dentro de los marcos del capitalismo la cooperación no puede conducir al socialismo.

Una vez instaurada la dictadura del proletariado, todo cambia. En su artículo *Acerca de la cooperación,* que señaló el camino de la trasformación socialista de la agricultura en la URSS, Lenin hacía notar que el simple acrecentamiento de las cooperativas coincide con el del socialismo. Se ve aquí que una misma noción, tomada dentro de otro contexto histórico, expresa un nuevo contenido.

La historia de la lucha del Partido Comunista contra los grupos y las tendencias hostiles al leninismo —trotskistas, bujarinistas y otros— abunda en ejemplos en los que un concepto económico puede ser explotado para deformar el estado real de las cosas. Así es como los trotskistas, durante el período de edificación del socialismo en la URSS, presentaban el comercio, la moneda, el crédito soviético, como instrumentos económicos capitalistas. Al hacer tal cosa, trataban de desnaturalizar la edificación del socialismo en la URSS y de identificarla con las relaciones burguesas.

En rigor, formas antiguas tales como la moneda, crédito, el comercio, etc., habían recibido, dentro del marco de la dictadura del proletariado, un contenido nuevo, y servían para luchar contra los elementos capitalistas, en favor del socialismo. Es indudable que en una sociedad socialista las nociones de dinero, de crédito, de comercio, etc., no poseen el mismo tenor que bajo el socialismo. El dinero se trasforma en capital cuando existen propietarios de medios de producción y una fuerza de

trabajo "libre". En la sociedad socialista, toda trasformación de ese tipo es imposible. El dinero deja de encarnar en ella al capital.

El crédito acelera los estallidos violentos de las contradicciones del capitalismo, y favorece la aparición de las crisis. Bajo el socialismo, el crédito desempeña, por el contrario, un papel importante en el reforzamiento y el desarrollo armónico de la economía nacional.

La consolidación de la economía socialista en la URSS y el nacimiento de un nuevo régimen, el régimen socialista, han tornado necesaria la creación de conceptos económicos nuevos: industrialización socialista, colectivización, propiedad estatal y propiedad cooperativa y koljosiana, emulación socialista, acumulación socialista, etc.

Como se ve, *El Capital* permite entender a fondo que las categorías científicas reflejan en la conciencia de los hombres relaciones reales, y que existen de manera independiente de su voluntad y su deseo. Estas relaciones constituyen el fundamento objetivo de los conceptos del pensamiento humano. Para que estos últimos sean formulados es preciso que hayan madurado las condiciones objetivas de las cuales son expresión científica. La dependencia de los conceptos y de las categorías en relación con las condiciones materiales se manifiesta con intensidad cuando surge una divergencia, una contradicción entre las antiguas nociones y las condiciones que han cambiado. No es la realidad la que en estos casos tiene que adaptarse a los antiguos conceptos; por el contrario, son éstos los que deben transformarse en función de las nuevas condiciones. La supresión de estas contradicciones hace progresar el conocimiento científico.

La dialéctica de los conceptos es un reflejo de la del mundo real. Esta tesis principal de la teoría marxista del conocimiento es profundizada en *El Capital*.

CAPITULO VI

LA ESENCIA Y EL FENOMENO

I

La fórmula de Marx: "...lo ideal no es, por el contrario, más que lo material traducido y transpuesto en la cabeza del hombre",[1] arroja luz sobre la fuente material de las nociones, de las categorías, de la conciencia en general, como reflejo de la realidad objetiva. Implica igualmente un principio de suma importancia: el movimiento del pensamiento no es más que un simple reflejo del movimiento real, pero un reflejo que "transpone", en una forma determinada, los fenómenos percibidos del mundo exterior.

Aquí nos encontramos con una de las divergencias radicales que separan la teoría marxista del conocimiento y la gnoseología anterior a Marx, sea ésta materialista metafísica o idealista. Al afirmar que la conciencia es un reflejo de la naturaleza, los antiguos materialistas defendieron e hicieron progresar la teoría científica del conocimiento. Este fue su mérito histórico, y la teoría marxista del conocimiento prolonga y desarrolla en forma directa, sobre una nueva base, esta línea postulada por el materialismo anterior.

(1) C. Marx, *El Capital,* t. I, pág. 14, Ed. cit.

Sin embargo el antiguo materialismo tenía su talón de Aquiles que lo debilitaba considerablemente. Aunque consideraba a justo título el conocimiento como un reflejo de la naturaleza, prestó poca atención a la forma en que se produce, a la manera en que el pensamiento del hombre penetra en la realidad. Estos filósofos no comprendían que no se trataba de un simple reflejo, sino de un proceso sumamente complejo en el que el pensamiento manifiesta una actividad intensa. Presentaban el conocimiento como una especie de operación pasiva de los órganos de los sentidos y del cerebro, que reflejan la actividad del medio exterior. Su teoría tenía un carácter contemplativo, defecto común a todos los filósofos del período anterior a Marx. En verdad, asignaban cierta importancia a la actividad de la razón, que elabora la impresión de los sentidos, pero la reducían a la simple combinación de los datos sensibles recibidos gracias a la acción del mundo exterior sobre los órganos de los sentidos. Los materialistas sensualistas, que atribuían un papel decisivo al conocimiento sensorial, reducían el pensamiento a una función pasiva en el proceso del conocimiento, y no iban más allá.

Los materialistas racionalistas se daban cuenta de la insuficiencia del conocimiento sensorial y lo tenían por "oscuro"; asignaban un papel decisivo a la razón, y así pasaban de un extremo al otro, no entendiendo la vinculación y la acción recíprocas del conocimiento "sensorial" y del conocimiento "racional", vinculación que ellos disociaban. Lo que en fin de cuentas presentaban como instrumento esencial del conocimiento, era la intuición, que percibe directamente la esencia de las cosas, su sustancia. Para ellos la función de la razón consistía en extraer, por la vía deductiva, a partir de la intuición de la sustancia, todo el resto de nuestro conocimiento de las cosas. La experiencia, el conocimiento sensorial, sólo podían descubrir los modos, las cualidades particulares de las cosas. La razón, la intuición, podían conocer la sustancia. De las sensaciones a la razón no existe tránsito posible, lo mismo que no existe vinculación alguna entre el mundo de la sustancia y el de los modos. La concepción metafísica de la naturaleza

se refleja en una concepción, metafísica también, del conocimiento.

Ni los materialistas sensualistas ni los materialistas racionalistas entendieron el papel decisivo de la práctica en el conocimiento. Los primeros atribuían una gran importancia a la experiencia, pero entendían por ello principalmente la acción de los órganos de los sentidos. Los segundos negaban a la experiencia todo papel en el conocimiento, y afirmaban el origen puramente abstracto de las ideas relativas a la esencia. Los primeros juzgaban, de manera errónea, que la esencia de las cosas reside en la superficie, y que es posible percibirla en forma puramente contemplativa. Los segundos pensaban, con justicia, que las sensaciones son incapaces, por sí mismas, de descubrir la esencia de las cosas, pero extraían de este hecho conclusiones profundamente erróneas, borrando de una sola plumada el papel inmenso de las sensaciones en el conocimiento.

Pero los unos y los otros tenían en común el hecho de que resolvían desde un punto de vista contemplativo los problemas relativos a la teoría del conocimiento. En sus *Tesis sobre Feuerbach,* Marx hizo notar esta insuficiencia:

"La falla fundamental de todo el materialismo precedente (incluyendo el de Feuerbach) reside en que sólo capta la cosa, la realidad, lo sensible, bajo la forma del *objeto* o de la *contemplación,* no como *actividad humana sensorial,* como *práctica;* no de un modo subjetivo. De aquí que el lado *activo* fuese desarrollado de un modo abstracto, en contraposición al materialismo, por el idealismo, el cual, naturalmente, no conoce la actividad real, sensorial, en cuanto tal."[2]

Por "actividad real, sensorial, en cuanto tal", Marx entiende la *práctica,* es decir, el trabajo humano, la actividad social de producción que transforma y somete a la naturaleza. "Toda vida social —agrega Marx— es esencialmente *práctica.*"[3] Por haber

(2) C. Marx, "Tesis sobre Feuerbach", en C. Marx y F. Engels, *La Ideología Alemana,* pág. 633, Ed. Pueblos Unidos, Montevideo, 1958.
(3) Ibíd., pág. 635.

ignorado esta esencia de la vida real, los antiguos materialistas hicieron caso omiso, en su teoría del conocimiento, del aspecto *activo* del pensamiento. A fin de entender esta actividad es preciso tener en cuenta el carácter práctico de la vida social, ya que los hombres, para vivir, tienen que producir medios de existencia y crear, con ese objeto, instrumentos de producción. Esto es lo que Marx denomina, antes que nada, la *práctica*.

La actividad práctica es la que suscita entre los hombres las necesidades de conocer los fenómenos y su esencia; el papel del conocimiento es precisamente el de dotar al hombre del poder de actuar de modo práctico sobre la naturaleza y de crear de tal manera las condiciones de su propia existencia. Ella es la que desarrolla el aspecto activo del pensamiento humano; ella constituye al mismo tiempo la base de éste. Cuanto más amplia es esta base, y cuanto más se desarrolla el pensamiento humano, más apto se torna para penetrar en la esencia de las cosas.

La teoría del conocimiento está estrechamente vinculada a la ciencia de la sociedad, a la concepción científica, es decir, materialista, de la vida social. Marx y Engels fueron los primeros en fundar esa ciencia. Por lo demás, los antiguos materialistas fueron incapaces de resolver los problemas de la gnoseología.

Si los materialistas anteriores a Marx no discernían el aspecto activo del pensamiento en el proceso del conocimiento, los idealistas, por el contrario, subrayaban éste por todos los medios. Pero deformaban la naturaleza del conocimiento y la del mundo real al mismo tiempo. La actividad del pensamiento en el conocimiento se metamorfoseaba en ellos en una creación de la realidad, de la naturaleza. Ese salto increíble que iba de la comprobación de la actividad del pensamiento al postulado según el cual el pensamiento sería la base, la sustancia de la naturaleza, lo efectuaron los idealistas de distintas maneras.

Los idealistas se dividían, a su vez, en "racionalistas" y "empiristas". Los primeros (Hegel y otros) afirmaban que el

conocimiento debe descubrir, más allá de los fenómenos, la esencia de las cosas. En su opinión, el testimonio de los sentidos es falso y engañoso, ya que está limitado a la superficie, a la "apariencia" de los fenómenos. La razón es la única capaz de descubrir la esencia de las cosas, pero como esta esencia es iluminada por la razón, que le da una forma conceptual, resulta, entonces, que no es otra cosa que una Idea, un concepto. Por eso la esencia de las cosas aparece como el orden ideal, y las cosas reales son engendradas por esa esencia.

Hegel y otros idealistas sólo subrayaban la actividad del pensamiento en el conocimiento para poder convertir la naturaleza en Idea, separada del mundo real y divinizada. Esto era falsear totalmente la correlación efectiva de los fenómenos y de su esencia, de las sensaciones y de las abstracciones, de la actividad sensorial y de la actividad abstractiva del pensamiento.

Otros idealistas, como Kant y Hume, tenían la esencia de las cosas por incognoscible. Algunos, por ejemplo Kant, abrían un abismo entre los fenómenos y la esencia. En sí mismo, el mundo de los fenómenos sería un puro caos sustraído a toda ley objetiva. Las leyes le son dadas desde fuera por el entendimiento del hombre, que usa conceptos *a priori*, independientemente de la experiencia. El análisis de los fenómenos no puede descubrir lo universal, lo necesario, las leyes; todo esto sólo existe en el entendimiento, en forma independiente de la naturaleza.

Si se cree a Kant, el fenómeno y la esencia, lo singular y lo universal, constituyen dos mundos sin vinculación entre sí, totalmente separados el uno del otro.

Para los idealistas "empiristas" (Berkeley, Hume y otros), las sensaciones constituyen la única realidad, y fuera de ellas no existe ninguna otra cosa. Para todos los idealistas, en una palabra, el problema del fenómeno y de la esencia, de lo singular y de lo universal, de lo sensible y de lo abstracto, era insoluble.

Sólo el marxismo solucionó este problema, elaboró una teoría científica del conocimiento. Logró superar la forma uni-

lateral de concebir el papel de lo "sensible" y de lo "racional", propia de todos los sistemas filosóficos anteriores. La teoría marxista superó la estrechez del antiguo materialismo, del materialismo metafísico, que subestimaba la actividad del pensamiento. Por otra parte asestó un golpe a la gnoseología idealista, que sólo exaltaba el papel del pensamiento para convertirlo en un demiurgo, creador del mundo real.

La solución del problema de la naturaleza y de las etapas del conocimiento, del papel respectivo de sus diferentes grados, está vinculado de manera íntima con el problema de la esencia y del fenómeno. Marx ha expresado en pocas palabras, en *El Capital,* toda la importancia de este problema: "...en realidad, toda ciencia estaría de más, si la forma de manifestarse las cosas y la esencia de éstas coincidiesen directamente..."[4] Por lo tanto, es esta falta de coincidencia inmediata la que hace necesario el conocimiento; eso es lo que explica por qué la historia de la filosofía ha sido teatro de un conflicto tan encarnizado entre "empiristas" y "racionalistas", entre partidarios del conocimiento sensorial y partidarios de la "razón pura". Este conflicto, que no tiene nada de fortuito, se debe a la oposición de dos soluciones del problema más importante de la teoría del conocimiento, de dos concepciones del mundo: el materialismo y el idealismo.

Para Marx, ése es el criterio que permite distinguir la economía política burguesa clásica, científica, de la economía política vulgar: "...yo entiendo por economía política clásica toda la economía que, desde W. Petty, investiga la concatenación interna del régimen burgués de producción, a diferencia de la economía vulgar, que no sabe más que hurgar en las concatenaciones aparentes, cuidándose tan sólo de explicar y hacer gratos los fenómenos más abultados, si se nos permite la frase, y mascando hasta convertirlos en papilla para el uso doméstico de la burguesía los materiales suministrados por la economía científica desde mucho tiempo atrás..."[5]

(4) C. Marx, *El Capital,* t. III, pág. 693, Ed. cit.
(5) Ibíd., t. I, pág. 69 (nota), Ed. cit.

En opinión de Marx, el punto débil de los representantes de la economía política clásica consiste en que, a la vez que trataban de conocer las conexiones internas, la esencia de las relaciones de producción, no fueron más allá y confundieron con frecuencia la esencia y sus formas de expresión, o, por el contrario, las separaron brutalmente, sin ver la conexión que las unía, etc. Por ejemplo, a Adam Smith le reprochaba el haber confundido el conocimiento de la esencia con el de los fenómenos, de las conexiones exteriores y superficiales. Muchos errores de Ricardo se deben a su incapacidad para vincular la esencia de las cosas con sus formas exteriores. Pero no se trata sólo de una debilidad de orden teórico. En numerosas ocasiones Marx subraya las raíces de clase de la ineptitud de los economistas burgueses para entender la interconexión del fundamento oculto de las cosas y de sus formas exteriores. La economía política de Smith y de Ricardo, dice, está a menudo muy cerca de captar la esencia de las cosas, pero no llega a formularla en forma consciente. No podía hacerlo "si no se liberaba de su piel burguesa".

El problema de las relaciones entre la esencia y el fenómeno atrajo muy especialmente la atención de Marx en *El Capital* y en la *Historia de la teoría de la plusvalía*. La solución que dio en ese sentido es primordial para la teoría del conocimiento del materialismo dialéctico.

II

La esencia, las conexiones internas, no residen en la superficie de los fenómenos; lo interno y lo externo, la esencia de las cosas y su forma de expresión están lejos de coincidir inmediatamente. Algunos idealistas invocan este hecho importante para declarar que el mundo de las cosas es "inauténtico" y para sustituirlo por un mundo "auténtico": las ideas, Dios. Otros sacan partido de ello para negar toda ley objetiva que exista en la base de los fenómenos, y para hacer pasar la apariencia, lo contingente, por la esencia, por la "única realidad".

Esta última dirección es la que adopta más gustosamente la gnoseología burguesa contemporánea.

Por ser hostil a toda forma de idealismo, el conocimiento científico parte del hecho de la no coincidencia inmediata de la esencia y el fenómeno, y se fija el propósito de descubrir a través de los fenómenos su esencia, es decir, el elemento fundamental que los caracteriza, y de hacer ver cómo se manifiesta esa esencia en su superficie. "...es obra de la ciencia reducir los movimientos visibles y puramente aparentes, a los movimientos reales e internos..."[6]

Esta tarea la cumplió genialmente Marx en su análisis del modo capitalista de producción, y de ahí la abundancia de indicaciones filosóficas y metodológicas preciosas que se encuentran en *El Capital* en relación con el problema de la esencia y el fenómeno. La gran atención que Marx asigna a este problema se debe igualmente a que el capitalismo sobresale entre todas las formaciones económicas, por ser la que presenta del modo más notable la oposición entre la esencia de las relaciones económicas y sus formas exteriores. En la sociedad esclavista, por ejemplo, nada enmascara la naturaleza de las relaciones entre el esclavo y su propietario, quien dispone de él como de una cosa que puede usar a voluntad. Es cierto que el trabajo servil puede crear la ilusión de que aun la parte del tiempo de trabajo dedicada a la reconstitución de la capacidad de trabajo del esclavo está destinada al propietario.

En la sociedad feudal, el trabajo del campesino se divide abiertamente en dos partes; una es para él mismo, la otra para el señor. Aquí las relaciones sociales actúan igualmente bajo su forma propia, en lugar de disfrazarse "...de relaciones sociales entre las cosas, entre los productos del trabajo..."[7] como bajo el capitalismo.

Al hablar de la sociedad socialista del porvenir, Marx subraya que las relaciones sociales se tornan en ella simples y transparentes, en la producción lo mismo que en la distribución de los productos.

---

(6) C. Marx, *El Capital,* t. III, pág. 287, Ed. cit.
(7) Ibíd., t. I, pág. 66.

No sucede otro tanto en la sociedad capitalista, en la que reina el fetichismo de la mercancía. Las relaciones sociales de los hombres adquieren aquí la forma de relaciones entre las cosas. Marx hace notar que para encontrar algo análogo a la apariencia aberrante de las relaciones sociales efectivas bajo el régimen de la producción mercantil, sería preciso remontarse hasta las regiones nebulosas del mundo religioso. Así como los creyentes hacen de los frutos de su imaginación entidades dotadas de una vida autónoma y reinantes sobre sus propios autores, así en el mundo de la mercancía se animan las cosas creadas por el trabajo de los hombres.

El carácter social del trabajo, la medida del trabajo, las relaciones entre los hombres, se manifiestan en las cosas y por su intermedio. Iguales a los dioses, las cosas reinan sobre los hombres. El valor, dice Marx, hace de cada producto del trabajo un misterioso jeroglífico social. El dinero no revela, sino que encubre el carácter social de los trabajos privados de los productores de mercancías. Además, como lo subraya Marx, el descubrimiento de la esencia real de la producción mercantil explica pero no disipa la apariencia de cosa adoptada por el carácter social del trabajo, porque esta apariencia, como todo el fetichismo de la cosa, nace de la naturaleza misma de la producción mercantil.

Marx muestra en forma penetrante cómo se opera la fetichización de las conexiones esenciales de la producción de plusvalía, a medida que se pasa de la esfera de la producción a la esfera de la circulación, y que la plusvalía se divide en sus formas particulares: ganancia comercial, renta, interés.

En la esfera de la producción, las cosas son todavía relativamente sencillas: "En el proceso de producción existe siempre, más o menos señalada, la tendencia a considerar el capital como el medio de apropiarse del trabajo de otros. Y se tiene siempre por implícita, con razón o sin ella, la relación entre el capitalista y el obrero asalariado".(8)

(8) C. Marx, *El Capital,* (Historia crítica de la teoría de la plusvalía), t. V, pág. 367, Ed. cit.

Sin embargo, a partir de este momento las conexiones internas, la esencia de los fenómenos, quedan ocultas. El valor de la fuerza de trabajo es, en apariencia, "valor de trabajo"; la fuente real de la plusvalía queda en adelante disimulada y oscurecida. El régimen esclavista produce la impresión de que el amo se apropia de la *totalidad* del trabajo del esclavo, en tanto que el capitalismo crea la apariencia inversa: incluso la parte no pagada del trabajo del obrero parece ser pagada en el salario. La esencia de los fenómenos se oscurece aun más cuando se pasa de la esfera interna de la producción a la esfera externa de la circulación. Marx escribe que el proceso de circulación anula y borra la conexión. La forma adquirida por las relaciones sociales es tal, que la fuente de la ganancia parece ser "un engaño universal". En la esfera de la circulación el capital "...abandona, por decirlo así, su vida orgánica interior para discurrir bajo relaciones externas de vida, bajo relaciones en que ya no se enfrentan el capital y el trabajo, sino, de una parte, los capitales y de otra parte los individuos, considerados simplemente como compradores y vendedores; el tiempo de circulación y el tiempo de trabajo se entrecruzan en su órbita y ambos parecen así determinar por igual la plusvalía. La forma originaria en que se enfrentan el capital y el trabajo asalariado se disfraza por la ingerencia de relaciones en apariencia independientes de ella; ahora la plusvalía ya no aparece como producto de la apropiación de tiempo de trabajo, sino como el remanente del precio de venta de la mercancía sobre su precio de costo, por lo cual se tiende fácilmente a ver en éste su valor intrínseco (*valeur intrinsèque*), por donde la ganancia se presenta como el remanente del precio de venta de la mercancía sobre su valor inmanente."(9)

En la superficie de los fenómenos, la plusvalía adquiere la forma de ganancia. Como la ganancia es la relación de la plusvalía con el conjunto del capital, el origen y el secreto de la plusvalía quedan oscurecidos. Parece que la ganancia proviene de "propiedades inherentes" al capital mismo. Pero

(9) C. Marx, *El Capital*, t. III, pág. 60, Ed. cit.

cuando se analiza la trasformación de la plusvalía en ganancia, las dos nociones no se distinguen ya, como no sea por la expresión numérica de sus cuotas.

La formación de los precios de producción, la conversión del valor en precio de producción, implica un paso más en la falsificación de la esencia de las relaciones capitalistas. La formación de la cuota media de ganancia hace aparecer una diferencia de expresión cuantitativa, no sólo entre la cuota de plusvalía y de ganancia, sino entre la plusvalía y la ganancia misma. Las mercancías no se venden ya conforme a su valor, al valor producido en una empresa dada, en una rama determinada de la producción, sino conforme al costo de producción al que se le suma la ganancia media. Como dice Marx, en adelante hace falta una casualidad para que la plusvalía, y por consiguiente, la ganancia, producidas efectivamente en una rama de la producción, coincidan con la ganancia contenida en el precio de venta de la mercancía.

"Sin embargo, una diferencia de magnitud existía solamente entre la cuota de plusvalía y la cuota de ganancia, no entre la plusvalía y la ganancia misma. Como en la cuota de ganancia, la plusvalía se calcula sobre el capital total, al que se refiere como a su medida, la plusvalía aparece como derivada del capital total, como si emanase por igual de todas las partes que la integran, por donde se esfuman en el concepto de la ganancia la diferencia orgánica entre el capital constante y el capital variable; es decir que, en la realidad, bajo esta su forma transfigurada de ganancia, la plusvalía niega su origen, pierde su carácter, el cual aparece aquí irreconocible."[10]

La formación de los precios de producción resulta de la concurrencia que desnaturaliza la esencia de las cosas, y hace que todo se vuelva patas arriba. Disimula el hecho de que detrás de los precios de producción existe el valor, la ley del valor, que determina en fin de cuentas todo el movimiento. La concurrencia hace que la ganancia media sea independiente

(10) C. Marx, *El Capital*, t. III, pág. 165, Ed. cit.

de la composición orgánica del capital, en cada rama particular de la producción, y, por consiguiente, del papel del trabajo vivo en la producción de la plusvalía. Revela que el aumento o el descenso del salario tienen por objeto modificar el precio de producción, cosa que a primera vista parece estar en contradicción absoluta con la relación de valor de las mercancías. Además, la concurrencia reduce la oscilación de los precios del mercado para un período determinado, no al valor mercantil, sino a un precio de producción completamente distinto de éste.

En resumen, he aquí cómo aprecia Marx el papel de la concurrencia en la alteración de la esencia de las relaciones capitalistas: *"Por consiguiente, en el mundo de la concurrencia todo se presenta invertido.* La forma exterior de las relaciones económicas, tal como se presenta en la superficie de los fenómenos, en su existencia real y también, por tanto, en las ideas con que los representantes y los agentes de estas relaciones pretenden ver claro en ellas, difiere mucho y es, en realidad, lo inverso, lo contrario a su forma nuclear interior, aunque oculta, y al concepto que a ella corresponde."(11)

La falsificación del origen de la plusvalía, de la ganancia, se agrava cuando la plusvalía se disocia en sus formas particulares: renta, interés, etc. La renta parece ser la propiedad natural de la tierra, de entregar una ganancia a su poseedor. El interés parece resultar, a su vez, de virtudes mágicas del capital. Como lo hace notar Marx, en el interés alcanza la fetichización del capital su forma suprema y acabada. El capital que reporta intereses, dice, es el padre de todas las formas alteradas hasta el absurdo. En la forma "capital-interés", el capital se reduce a una fórmula absurda e inexplicable por sí misma.

En el libro segundo de *El Capital,* en el capítulo intitulado "La fórmula trinitaria", Marx demuestra que la fórmula empleada por la economía política burguesa para legitimar teóricamente todo el absurdo de la apariencia de cosa que reina en la superficie de los fenómenos, se enuncia de la siguiente manera:

---

(11) C. Marx, *El Capital,* t. III, pág. 198, Ed. cit.

capital-interés, tierra-renta territorial, trabajo-salario. Así, la conexión interna, esencial, de las relaciones capitalistas, la de los fenómenos externos con su base, la producción de plusvalía, "...parece romperse definitivamente y cegarse completamente su fuente, precisamente por la sustantivación mutua de las relaciones de producción vinculadas a los diversos elementos materiales del proceso de producción."(12)

Si esta fórmula ha adquirido una vigencia universal en la economía política burguesa, ello se debe, subraya Marx, a que responde a los intereses de la clase dominante, ya que erige en dogma la necesidad natural del capitalismo.

De esta manera se ve que el régimen capitalista constituye un objeto de estudio sumamente complejo y confuso en cuanto a las relaciones de su esencia interna y sus formas exteriores de expresión. En *El Capital,* esta confusión y este absurdo aparentes son explicados, y toda la apariencia de los fenómenos queda reducida a su esencia real. Por lo tanto, no es casualidad que el problema filosófico de la esencia y del fenómeno, en torno al cual se habían acumulado tantas mentiras idealistas y confusiones metafísicas, sea brillantemente solucionado en esta obra, a la luz del materialismo dialéctico. En el momento actual, los economistas vulgares también sacan partido de la apariencia de ciertos fenómenos económicos del capitalismo para disimular su esencia real. La mentira se ha acumulado en especial en torno a las sociedades capitalistas anónimas. Como las acciones pueden ser adquiridas incluso por pequeños accionistas, incluso por obreros, los ideólogos de la burguesía sacan de ello la conclusión de que no existen hoy capitalistas o de que "todo el mundo se ha vuelto capitalista". El hecho de que los obreros se hayan convertido a menudo en accionistas pasa en Norteamérica por una revolución, o poco más o menos. Estas afirmaciones sirven para engañar a los obreros y para apartarlos de las tareas urgentes de la lucha. Al vender acciones a pequeños accionistas, los capitalistas utilizan los recursos de estos últimos para completar la lista ya larga de sus métodos de explotación.

---

(12) C. Marx, *El Capital,* t. III, pág. 702, Ed. cit.

La compra de algunas acciones por determinada fracción de trabajadores crea la ficción de que éstos "participan" en los negocios de las compañías, y una apariencia de "igualdad de derechos" entre capitalistas y obreros. Por supuesto, esta apariencia no refleja en modo alguno el verdadero estado de cosas. D. Davis, en *El capitalismo y su cultura,* cita interesantes cifras en relación con el período entre las dos guerras, y que hacen ver cuáles son los verdaderos amos de las sociedades anónimas. El 50 por ciento de los accionistas norteamericanos poseía sólo el 3 por ciento del conjunto del capital por acciones, en tanto que el 5 por ciento de los accionistas —los más ricos— poseía el 70 por ciento del capital. Se sabe que para llegar a ser dueños de una sociedad anónima los capitalistas no tienen necesidad de invertir capitales demasiado grandes; para ello sólo les basta con dominarlos.

III

En *El Capital,* Marx estudia la esencia, la conexión interna de los fenómenos, a fin de elucidar las leyes reales de la producción burguesa. Ha refutado igualmente, en forma contundente, las concepciones de los economistas burgueses que sacaban partido de la apariencia de los fenómenos para apuntalar la defensa del capitalismo. *El Capital* abunda en observaciones críticas dirigidas contra Smith y Ricardo. Marx da su merecido al conformismo apologético de la economía vulgar, al demostrar que ésta "...se contenta con sistematizar, pedantizar y proclamar, como verdades eternas, las ideas triviales y engreídas que los agentes del régimen burgués de producción se forman acerca de su mundo, como el mejor de los mundos posibles."(13)

Al mostrar en su verdadera esencia a los apologistas del capitalismo, que se limitan a registrar los fenómenos exterio-

(13) C. Marx, *El Capital,* t. I, pág. 69 (nota), Ed. cit.

res, Marx analiza la producción burguesa partiendo del principio de que no es posible entender a fondo los fenómenos antes de haber penetrado en su esencia, en su "organización interna". Al hablar, por ejemplo, de la concurrencia, hace notar que "...para analizar científicamente el fenómeno de la concurrencia es necesario comprender la estructura interna del capital, del mismo modo que para interpretar el movimiento aparente de los astros es necesario conocer su movimiento real, aunque sea imperceptible para los sentidos."(14)

Hay ahí un principio de metodología general, válido para todo tipo de conocimiento científico. Los fenómenos, tal como se dan en lo inmediato, no pueden ser conocidos *científicamente* a no ser que primero se arroje luz sobre su esencia. Por supuesto, esto no quiere decir que en el plano histórico el conocimiento, por ejemplo, el de la producción capitalista, pueda comenzar y haya comenzado, en efecto, por su esencia. En rigor, el conocimiento comienza siempre por la apariencia. Así como los hombres confundieron al principio el movimiento aparente de los astros por su movimiento real, y sólo mucho más tarde entendieron el movimiento verdadero de los planetas, así la economía política empezó por describir el movimiento exterior de la producción burguesa y sólo más tarde, con la economía política clásica, abordó el estudio de la base oculta de los fenómenos exteriores.

Lo mismo sucede en el cerebro del individuo. El conocimiento va de la percepción de los fenómenos externos al análisis de su esencia. De ahí el hecho de que el conocimiento sea regido por leyes determinadas, y de ahí el papel del conocimiento sensorial y de la actividad del pensamiento.

Por lo tanto, el *conocimiento científico* de los fenómenos implica la iluminación de su contenido interno y fundamental oculto detrás de las formas exteriores.

Sin embargo, no es posible oponer la esencia a los fenómenos, como si ella existiese fuera e independientemente de ellos. Pero así razonan los idealistas: con el pretexto de que

(14) C. Marx, *El Capital,* t. I, pág. 256, Ed. cit.

los fenómenos y sus esencias no coinciden de inmediato, buscan la esencia fuera de la realidad objetiva, en la Idea, en el concepto, en Dios, etc. Sólo el idealista afirma que la esencia y sus formas son cosas distintas en principio. En Hegel, por ejemplo, la "Idea absoluta" es la esencia, en tanto que la naturaleza, el mundo sensible, no es más que forma exterior.

En rigor, la esencia y los fenómenos son dos aspectos de una sola y única realidad objetiva: interna y externa; por una parte, las leyes del mundo real, por otra parte las formas de expresión de esas leyes. La esencia del precio de una mercancía, por ejemplo, es su valor; pero el precio de la mercancía es la manifestación externa de ese valor. Está claro que la esencia del precio de la mercancía no tiene existencia fuera de ésta o independientemente de ella. El valor es el trabajo socialmente necesario, incorporado a la mercancía. En el exterior, en la superficie, el valor se expresa bajo la forma de precio. El conocimiento del valor nos permite descubrir el aspecto de la mercancía que determina el precio, sin lo cual el precio se torna en algo irracional e ininteligible, pues es la *expresión* del valor. He aquí lo que distingue el valor del precio. Esto es lo que explica que, como lo dice Marx, no se pueda analizar el fenómeno externo sin basarse en su esencia íntima. Resulta completamente evidente que la esencia y el fenómeno no pertenecen, como lo imagina el idealista, a dos mundos diversos; expresan aspectos diferentes de un solo y único mundo, el mundo material.

La esencia y el fenómeno difieren, además, como lo enseña Marx, en el hecho de que la primera no reside en la superficie de las cosas y no se descubre inmediatamente a la mirada del hombre, en tanto que el segundo tiene el carácter de un dato inmediato, por cuanto es la expresión externa de la esencia. Para conocer el precio de la mercancía no hace falta análisis alguno, pero para conocer el valor como base del precio es indispensable un análisis científico. A propósito de las formas de expresión y de la base, Marx escribe: "Las primeras se reproducen, de un modo directo y espontáneo como

formas mentales que se desarrollan por su cuenta; el segundo, es la ciencia la que ha de *descubrirlo*."[15]

En consecuencia, el fenómeno y la esencia señalan los grados de profundización del conocimiento. Marx escribe que, para conocer, por ejemplo, la base oculta, el secreto del salario, fue necesario un largo período histórico, pero que una vez conocida dicha base nada es más fácil que entender la necesidad de esa forma de expresión.

Tales son, en pocas palabras, los principios aplicados por Marx en *El Capital* cuando descubre la esencia de las relaciones capitalistas y analiza científicamente el fundamento disimulado de los procesos observados en la superficie de la sociedad burguesa.

En el prefacio al segundo libro de *El Capital,* Engels hace notar que el problema de la plusvalía fue el escollo de la economía política burguesa anterior a Marx. De importancia primordial para la economía política del capitalismo, este problema ilustra mejor que ningún otro la incapacidad de los economistas burgueses para penetrar en la esencia de los fenómenos y la eficacia del análisis de Marx, que pone al desnudo los procesos íntimos que se desarrollan en su superficie.

Uno de los problemas en los que se enredó la antigua economía política, por no haber podido solucionar el problema de la plusvalía, fue, como lo indica Engels, el del presunto "valor del trabajo". He aquí cómo se presentaba: el valor es creado por el trabajo, es trabajo cristalizado. El trabajo del obrero posee un valor por sí mismo. Sin embargo, el valor del trabajo del obrero es siempre inferior al del producto creado por el trabajo vivo. Se cae en un círculo vicioso, y se torna imposible entender la fuente de la plusvalía. Concebido en estos términos, concluye Engels, el problema es, en efecto, insoluble.

En el primer libro de *El Capital,* Marx muestra la razón de esta confusión. Sólo en la superficie de la sociedad burguesa reviste el salario del obrero la forma de un precio de trabajo,

---

(15) C. Marx, *El Capital,* t. I, pág. 434, Ed. cit.

la de una suma de dinero determinada, pagada por una cantidad determinada de trabajo. Si fuese verdaderamente así, la ley del valor resultaría falsa, o bien el modo de producción capitalista, basado en el trabajo asalariado, sería imposible. Con la suposición de que el obrero percibe el valor de su trabajo, toda creación de plusvalía sería inconcebible. Si a fin de explicar el origen de la plusvalía se admite que el obrero recibe menos que el valor de su trabajo, se infringe la ley del valor.

¿De dónde viene entonces la incapacidad de la economía política clásica para solucionar esta contradicción? Marx responde con claridad a esta pregunta, cuando hace notar que ella ha tomado ingenuamente en préstamo, sin crítica alguna, a la vida de todos los días, la noción de "precio de trabajo". La utilización de esta categoría extraída de la superficie de los fenómenos no sólo extravió a los economistas burgueses en contradicciones insolubles; proporcionó "...a la economía vulgar una base segura de operaciones para su superficialidad, atenta sólo a las apariencias".[16]

Sólo Marx supo atravesar el laberinto de los fenómenos engañosos, para llegar a su verdadera esencia. Demuestra que lo que la economía burguesa llama valor de trabajo es, en rigor, el valor de la fuerza de trabajo. Una vez hallada la esencia real, corta con el mismo golpe el nudo gordiano del problema de la plusvalía.

Hagamos notar que Marx no se limita a estudiar la esencia, el fundamento interno de los fenómenos, sino que muestra igualmente por qué la esencia adquiere esa forma engañosa. A propósito de las nociones de "valor de trabajo", "valor de la tierra", escribe que estas expresiones imaginarias tienen su fuente en las propias relaciones de producción capitalista. "Son categorías en que cristalizan *las formas exteriores* en que se manifiesta la sustancia *real* de las cosas. En casi todas las ciencias es sabido que muchas veces las cosas se *manifiestan* con una forma inversa de lo que en realidad son; la única ciencia que ignora esto es la economía."[17]

---

(16) C. Marx, *El Capital,* t. I, pág. 432, Ed. cit.
(17) Ibíd., págs. 430-431.

El salario, por ejemplo, disimula las verdaderas relaciones entre obreros y capitalistas. Después de haber establecido que el salario es el precio de la fuerza de trabajo y no del trabajo, Marx no rechaza sin embargo la categoría del salario, so pretexto de que ella borra el verdadero estado de cosas. Por el contrario explica *por qué* las relaciones reales, encubiertas, adoptan la forma de salario, por qué el valor de la fuerza de trabajo se metamorfosea en salario. "En esta forma *exterior de manifestarse* —escribe— que oculta y hace invisible la realidad, invirtiéndola, se basan todas las ideas jurídicas del obrero y del capitalista, todos los engaños del régimen de producción capitalista, todas sus ilusiones librecambistas, todas las frases apologéticas de la economía vulgar."[18]

Marx enumera las causas que tornan necesaria la categoría del salario, expresión irracional del valor de la fuerza de trabajo. El intercambio entre el capital y el trabajo es percibido como la simple compra-venta de una mercancía cualquiera. Además, el obrero es pagado después de que ha terminado su trabajo, y el salario parece constituir así el pago de todo el trabajo. El propio obrero tiene la impresión de que su salario es el pago de todo su trabajo. Tanto más cuanto que el aumento o el descenso del salario, debidos a razones diversas, parecen una variación del "precio del trabajo". Además, el movimiento efectivo del salario parece confirmar, a una mirada superficial, que no es la fuerza de trabajo lo que se paga, sino el trabajo. Se trata de la variación del salario en función de la duración de la jornada de trabajo, cosa que crea la ilusión de un pago de todo el trabajo o de las diferencias individuales del salario de obreros que cumplen las mismas funciones: el obrero más hábil cobra más, el obrero menos hábil gana menos.

Estos hechos se expresan necesariamente por la categoría del salario que, sin embargo, disimula la esencia del fundamento real de las cosas. Aunque el "precio de trabajo" no tenga más sentido que un "círculo cuadrado", las relaciones

(18) C. Marx, *El Capital,* t. I, pág. 433, Ed cit.

capitalistas no dejan de engendrar por ello una multitud de "círculos cuadrados" como éste.

Otro problema de importancia que la economía política burguesa no ha logrado solucionar es: el de capital constante y capital variable, capital fijo y capital circulante. Se sabe que sólo la distinción establecida por Marx entre la parte constante y la parte variable del capital de producción tornó inteligible el papel real de los diversos elementos del capital en el proceso de producción, y permitió descubrir las fuentes reales del autoacrecentamiento del valor. Pero en este caso, como en el del "valor del trabajo", la teoría burguesa ha utilizado nociones tomadas de la superficie de los fenómenos, las de capital fijo y capital circulante, que si bien resultan de la esencia de las relaciones de la producción capitalista, no dejan de disimular, por ello, esa esencia.

En el segundo libro de *El Capital,* Marx reprocha a Smith y Ricardo el haber confundido las categorías de capital constante y capital variable, por una parte, y de capital fijo y capital circulante, por la otra, es decir, haber confundido la esencia y sus formas, el contenido y la forma. Como el capital circulante comprende, aparte de la fracción de capital invertido para el pago de la fuerza de trabajo, los gastos de ciertos factores materiales de la producción, el papel del obrero en la creación de la plusvalía desaparece por completo. La función del trabajo vivo se confunde con la de las materias primas, de los productos semielaborados, etc. Además, Smith entiende por fracción circulante de capital los gastos de pago, no de la fuerza de trabajo, sino de los medios de subsistencia del obrero, cosa que ha embrollado definitivamente el problema, porque los medios de subsistencia no pueden aumentar el valor del producto, su valor sólo puede ser trasladado al nuevo producto. Las relaciones sociales son borradas por las relaciones entre las cosas.

Así es, hace notar Marx, como la subdivisión, verdaderamente esencial, del capital en capital constante y capital variable "...queda enterrada bajo el concepto de que la parte del capital invertida en fuerza de trabajo pertenece con res-

pecto a la rotación, a la parte circulante del capital productivo. Y el sepultamiento se completa al sustituir la fuerza de trabajo por los medios de vida del obrero, como elemento del capital productivo."(19)

Esta misma confusión de lo esencial con lo superficial, que disimula el origen de la plusvalía, es lo que Marx critica en Ricardo. Se entiende por qué la economía política burguesa ha mantenido como por instinto la confusión de las categorías de "capital constante y capital variable" y de "capital fijo y capital circulante", debida a Smith, y transmitida durante un siglo, sin crítica alguna, de generación en generación. Al sustituir la diferencia fundamental existente entre las fracciones del capital en cuanto a su papel en el proceso de acrecentamiento y creación del valor, por una diferencia que sólo se relaciona con la velocidad y los modos de rotación de esas diversas fracciones, se destruye la base indispensable, que permite entender la esencia de la explotación capitalista. Si bien demuestra que las categorías de capital fijo y capital circulante expresan las conexiones externas de los fenómenos, y no las conexiones internas y esenciales, Marx no las rechaza; establece su alcance como nuevas formas adoptadas por el capital en el proceso de circulación y que reaccionan sobre la forma de su rotación. Pero al descubrir su significación efectiva y analizar las razones por las cuales las relaciones esenciales adoptan esa forma, pone al desnudo la base real de su acción y de su manifestación, y de esta manera da cuenta de la apariencia de las cosas.

Estos pocos ejemplos, tomados entre muchos otros, hacen ver cómo aplica Marx en forma concreta el principio establecido en *El Capital,* según el cual no se puede descubrir la esencia de los fenómenos sin el conocimiento científico verdadero, el de los procesos profundos, ocultos por la forma exterior a menudo engañosa. El análisis de Marx aparece como una reducción de los fenómenos a su esencia.

(19) C. Marx, *El Capital,* t. II, págs. 167-168, Ed. cit.

IV

Esta reducción no agota sin embargo el objeto del análisis. Más arriba hemos demostrado que Marx, a la vez que descubre la esencia de los fenómenos, establece la "legitimidad" de la apariencia adoptada por esa esencia. Vale la pena examinar este problema aparte; nos permitirá encarar una faceta nueva y primordial del problema de esencia y fenómeno.

Las formas exteriores de las relaciones internas y esenciales son diferentes, a menudo, de estas últimas, a tal punto, que no basta con descubrir la esencia si no se explica por qué su expresión externa le es tan poco similar. No sólo la esencia de las cosas adopta en la superficie una apariencia engañosa, sino que el movimiento real entra a menudo en *contradicción* directa con lo que debería ser, conforme a la esencia de ese movimiento.

Este abismo, que la conciencia burguesa no sabe cómo franquear, desconcierta incluso a los mejores representantes de la economía política clásica, en el tiempo de su auge, en la época en que el interés sórdido no prevalecía aún en el espíritu de los economistas en contra de la investigación científica; la razón burguesa seguía siendo incapaz de triunfar sobre ese tipo de "trampa" tendida por la vida misma.

Ciertos economistas preferían sacrificar la esencia, las leyes, antes que entrar en contradicción con los fenómenos externos (tal fue, por ejemplo, el caso, con frecuencia, de Adam Smith). Otros, por el contrario, como no querían renunciar a las leyes poniéndolas en duda, entraron en contradicción manifiesta con los hechos más irrecusables, a riesgo de negarlos, a riesgo de presentarlos como excepciones o incluso, en fin de cuentas, a riesgo de adherirse al primer punto de vista (actitud que fue a menudo la de Ricardo). En cuanto a los economistas vulgares, sacaban partido a sabiendas de las dificultades y las contradicciones para eliminar toda ley científica.

Veamos algunos ejemplos. Uno de los problemas más arduos en este sentido es el de valor y precio de produc-

ción. Se sabe que la escuela de Ricardo no lo resolvió. Según la ley del valor, los capitales que ponen en movimiento una sola y única cantidad de trabajo vivo deben reportar la misma cantidad de plusvalía y de ganancia, si todas las demás cosas son iguales. Esa es su *esencia.* Pero los hechos contradicen esta esencia. Capitales de igual magnitud pueden poner en movimiento cantidades desiguales de trabajo vivo, y no por ello dejar de reportar una ganancia igual. Ese es el *fenómeno,* la realidad concreta.

Ricardo había descubierto esta contradicción y se había esforzado por resolverla. Según la expresión de Marx, sólo hace alusión a la importancia de las diferencias de composición orgánica del capital, pero sin explicarlas. No entendía cómo se trasforma en valor el precio de producción, y consideraba idénticas estas dos nociones. Del mismo modo, era incapaz de explicar por qué, a pesar de su diferencia de rotación, dos capitales desiguales rinden una ganancia idéntica, y tampoco por qué las mercancías se venden a precios que no se corresponden con su valor, es decir, con el trabajo invertido para producirlas. "No llego a resolver —confiesa en una de sus cartas— las dificultades presentadas por el vino que permanece tres o cuatro años en la bodega (y con ello aumenta el valor), o por la encina cuya plantación ha costado un gasto inicial no mayor de dos chelines, y que más tarde vale cien libras."

Estas contradicciones llevaron a Ricardo a la conclusión de que la diferencia entre los precios de venta de las mercancías y su valor constituye una excepción a la ley del valor, y aun, en fin de cuentas, a limitar el alcance de esta ley. Así es que en el primer capítulo de *La economía política y el impuesto* dice que el valor determina los precios de la mercancía "en las etapas iniciales de la evolución social", anteriormente al empleo intensivo de las máquinas. Pero cuando aparecen las máquinas de larga duración, el valor de estas mercancías deja de ser únicamente una función del trabajo. Más tarde Ricardo declara que si tuviese que rehacer el capítulo sobre el valor, expondría las cosas de la siguiente manera: el

valor relativo de las mercancías depende de dos factores: de la cantidad relativa de trabajo necesario para la producción de mercancías determinadas y de la cuota de ganancia. Como se ve, Ricardo no supo salir de sus dificultades. Cuando defiende la ley del valor, niega los hechos reales de falta de coincidencia entre valor y precio de producción; cuando admite esta falta de coincidencia, está muy cerca de negar la ley misma.

Los economistas burgueses vulgares explotan los defectos de Ricardo con el fin de refutar la ley del valor. El hecho de la no coincidencia, de la contradicción de valor y precio de producción, les sirve de instrumento para combatir la teoría del valor y de la plusvalía. Si el tiempo, dice, la rotación del capital, etc., concurren a elevar el valor de las mercancías, el trabajo no es entonces el único que crea valor, y la ley de valor pierde pues todo fundamento.

Se sabe que después de la aparición del libro tercero de *El Capital,* los apologistas de la burguesía se indignaron a porfía ante la contradicción aparente entre el primero y tercer libros de la obra. Esta presunta contradicción consistía en el hecho de que la teoría del valor-trabajo, desarrollada en el libro primero, habría sido "olvidada", "omitida", "abandonada" en el tercero, en el que dejaría lugar a la ley de la concurrencia y en el que la inversión de capital es, de igual modo que el trabajo, base de la adquisición de ganancias. En el libro primero el trabajo era el único que determinaba la magnitud de la plusvalía y por consiguiente de la ganancia, en tanto que en el tercero la ganancia es determinada por el precio de producción, es decir por los gastos de producción más la ganancia media, cuya formación resulta de la concurrencia.

Uno de los atacantes de Marx, el economista austríaco Böhm-Bawerk, escribe en este sentido que los fenómenos de la producción capitalista contradicen totalmente la teoría marxista del valor. Marx, escribía, "...debe confesar finalmente a sus lectores [en el libro tercero de *El Capital.* - *M. R.*] que en la vida real el intercambio de las mercancías se opera, y ello en forma constante y necesaria, no en función del tiempo de

trabajo que se incorpora a ella, sino a veces por encima, a veces por debajo del nivel definido por el tiempo de trabajo, según que el capital invertido exija menos ganancia media, o en otros términos, que el capital invertido representa un papel tan importante como el tiempo de trabajo en la determinación de las relaciones de intercambio de las mercancías."

Otro "crítico" de Marx, el economista burgués alemán Franz Petry, trata de demostrar, en su *Contenido social de la teoría del valor de Marx,* que la teoría del valor, que expresa las conexiones internas de la producción mercantil, tiene en Marx un carácter especulativo y metafísico, y no permite en modo alguno ir al encuentro de los fenómenos concretos. ¡Debido a la distribución de la plusvalía gracias a la formación de la ganancia media, la concurrencia, y sólo ella, es la que determina el resultado necesario!

El apologista de la burguesía rusa, Struve, invocando esta misma "contradicción", proclamó que el valor era una categoría escolástica, un "fantasma", una especie de entidad sobrenatural que en Marx hacía nacer precios empíricos, etc.

Inútil decir que este tipo de "crítica" que emana de los pigmeos burgueses, de los "charlatanes sicofantes", como los bautizó Marx, no pudo conmover en lo más mínimo el grandioso edificio de *El Capital.* Esta crítica atestigua simplemente, una vez más, la estrechez del pensamiento burgués, la confusión que se apodera de él ante la fosa que separa la esencia del fenómeno. Lo que los críticos burgueses de Marx confundieron con "contradicción" era en rigor la solución genial del problema, de una complejidad por lo demás indiscutible.

Contrariamente a los economistas burgueses, Marx parte del principio de que las relaciones *inmediatas* de intercambio y las relaciones que expresan la ley de valor, no pueden ser idénticas. Su carta a Kugelmann, de fecha 11 de julio de 1868, contiene observaciones de suma importancia en relación con el estudio de la esencia y de sus formas de expresión: "La ciencia consiste precisamente en explicar, *cómo* opera la ley del valor. De modo que si se quisiera 'explicar' en el comienzo mismo todos los fenómenos que aparentemente contradicen esa ley, debiera darse la ciencia *antes* de la ciencia. Tal es precisa-

mente, el error de Ricardo quien, en ese capítulo sobre el valor, toma como dadas todas las posibles categorías que deben todavía desarrollarse, a fin de probar su conformidad con la ley del valor."[20] Y más adelante: "El economista vulgar no tiene la más leve idea de que las relaciones reales y cotidianas del intercambio no necesitan ser directamente idénticas a las magnitudes del valor. Lo característico de la sociedad burguesa consiste precisamente en el hecho de que *a priori* no hay una regulación consciente, social, de la producción. Lo racional y lo necesario se producen en la naturaleza sólo como un promedio que opera ciegamente."[21]

Se ve que en opinión de Marx no puede existir una identidad inmediatas entre la ley y sus manifestaciones. Pero éstas son las expresiones externas de la ley. Sólo se reducen a señalar *cómo* y *por qué* aparece la ley bajo una determinada forma. Ricardo comete el siguiente error: una vez descubierta la esencia, la ley de los fenómenos, no muestra por qué ésta se expresa bajo formas que la contradicen, y presupone de un solo golpe la presencia de las formas que identifica con la ley, sembrando así la confusión. De tal modo, presupone inmediatamente la ganancia media y la confunde con la plusvalía, en tanto que estas dos nociones están lejos de ser inmediatamente idénticas.

En otros términos, Ricardo no entendió que para poner en evidencia la adecuación, es decir, la correspondencia de los fenómenos y la esencia, es necesario analizar lo que Marx denomina la serie de los *eslabones* intermedios, es decir, las relaciones que modifican y que alteran inevitablemente en la superficie, la esencia, la ley de los fenómenos. Al revelar los errores del método de Ricardo, Marx escribe, en la *Historia de la teoría de la plusvalía* que este método "...saltando por encima de los eslabones indispensables, pretende exponer directamente la concordancia de las categorías económicas".[22] Y más

(20) C. Marx y F. Engels, *Correspondencia,* pág. 169, Ed. cit.

(21) Ibíd., págs. 169-170.

(22) C. Marx, *El Capital,* (Historia crítica de la teoría de la plusvalía), t. IV, pág. 227, Ed. cit.

adelante: "En vez de presuponer esta cuota general de ganancia, lo indicado habría sido investigar en qué medida la existencia de esta cuota obedece a la determinación del valor por el tiempo de trabajo, y entonces Ricardo habría descubierto que, lejos de obedecer a ella, lo que hace es contradecirla a primera vista, por cuya razón es necesario desentrañar su existencia, por medio de una multitud de eslabones intermedios, lo cual es muy distinto de lo que hace él al incorporarla, simplemente, a la ley del valor."(23)

Un ejemplo sencillo indicará qué es lo que entiende Marx cuando declara que la esencia y el fenómeno no pueden coincidir inmediatamente y que no se puede entender su adecuación sin analizar los eslabones intermedios. El valor y el precio están vinculados entre sí como el elemento interno esencial y su forma de expresión. Pero el precio difiere del valor. Se sabe que los precios de las mercancías no coinciden inmediatamente con su valor. Es fácil extraer de esto la conclusión de que el precio es independiente del valor, de que éste no es el fundamento real de aquél, y presentarlo como una ficción. Pero semejante conclusión implica la ignorancia del hecho de que el precio del valor no pueden coincidir de inmediato, que su coincidencia debe efectuarse en lo mediato, es decir, a través de una serie de eslabones intermedios: la concurrencia entre productores, las variaciones de la oferta y de la demanda en el mercado, etc. Una vez en el mercado, las mercancías, como valor cristalizado, sufren diferentes influencias que no existen en la esfera de la producción. Las relaciones entre la oferta y la demanda, en un momento dado, y la concurrencia de los productores, obligan a estos últimos, a fin de poder colocar sus stocks, a venderlos un poco más baratos, todo lo cual confiere al valor una variada expresión *externa* bajo la forma de fluctuaciones de precio. Pero sean cuales fueren estas fluctuaciones, sea cual fuere la diferencia de los precios en relación con el valor, no por eso éstos dejan de gravitar en torno a él, como planetas en torno al sol, sin poder separarse de su

(23) C. Marx, *El Capital*, (Historia crítica de la teoría de la plusvalía), t. IV, pág. 234, Ed. cit.

órbita. Por eso el precio, que difiere sin discusión alguna del valor, es sin embargo su *expresión,* su manifestación exterior. El análisis de los eslabones intermedios arroja de este modo luz sobre la adecuación de los precios con el valor, de los fenómenos con su esencia. Gracias a este método Marx estableció por qué el valor y el precio de producción no pueden ser inmediatamente idénticos, y cómo el precio de producción no es más que una forma convertida del valor, es decir, una expresión de la ley del valor, y no la negación de esta ley. De este modo, Marx resolvió el problema en el que la economía burguesa no había visto otra cosa que un misterio impenetrable.

Marx analizó de modo magistral las metamorfosis inevitables a las que se ven expuestas las leyes del valor y de la plusvalía, cuando se concretan en la esfera de la circulación. Examina los eslabones intermedios, tales como la influencia de las diversas composiciones orgánicas del capital, la conversión de la plusvalía en ganancia, el papel de la concurrencia en la formación de la cuota media de ganancia, y muestra que por todos esos motivos el valor adopta necesariamente la forma de precio de producción.

Por cierto que existe una diferencia esencial entre el precio de producción y el valor. Según la ley del valor, los capitalistas deberían vender las mercancías a un precio correspondiente a la totalidad del valor producido, incluida la plusvalía creada en sus empresas. En rigor, venden sus mercancías al precio de producción, es decir, al costo de producción más la ganancia media, independientemente de la plusvalía y a consecuencia de la ganancia realizada en sus empresas, en sus ramas de producción. De ahí la impresión de que la ley del valor es inoperante y de que existe "contradicción" entre los libros primero y tercero de *El Capital.*

Pero Marx estableció que las cosas se presentan así: cada rama de la producción posee su propia composición orgánica de capital, es decir, una correlación determinada entre el capital constante y el capital variable, y por lo tanto diferentes cuotas de ganancia. En estas condiciones, si las cuotas de ganancia no se redujeran a una cuota común, los propietarios de

empresas ganarían con una débil composición orgánica del capital y perderían con una composición orgánica elevada. Sin embargo, para el capitalista la diferencia entre el capital constante y el capital variable no entra en el cálculo del costo de producción. El capitalista desembolsa un capital determinado y exige en compensación una ganancia por lo menos igual a la que realizan los otros capitalistas para la misma inversión.

Así sucede que aparecen los precios de producción, distintos de los valores producidos en las diferentes ramas de la producción. El mecanismo de la competencia tiene por efecto distribuir la plusvalía y la ganancia en forma más o menos igual entre los capitalistas, y unos pierden lo que ganan los otros. Así se instaura la "justicia", en el sentido burgués de la palabra, es decir, se forma una cuota media de ganancia; cada capital individual constituye, en efecto, una parte del conjunto del capital social, y reclama su parte del fruto de la explotación del trabajo del conjunto de los obreros.

Lo esencial es el hecho de que la suma de los precios de producción coincide plenamente con los valores creados en todas las ramas de la producción. La competencia no puede crear un solo átomo de valor. Se limita a redistribuir la plusvalía ya creada. La competencia tampoco determina la cuota de ganancia; sólo tiene por efecto igualar el nivel de la misma. La cuota de ganancia sólo es determinada por la magnitud de la plusvalía. De tal modo, el precio de producción se torna totalmente inexplicable, irracional, si no se tiene en cuenta el hecho de que posee como base concreta el valor y la plusvalía, de que es una forma modificada del valor.

"Partiendo de los límites del valor y de la plusvalía como de un factor dado —escribe Marx—, es fácil ver cómo la concurrencia de los capitales convierte los valores en precios de producción y, más aun en precios comerciales, y la plusvalía en ganancia media. Pero sin partir de estos límites es absolutamente imposible ver por qué la concurrencia reduce la cuota general de ganancia a este límite en vez de aquél, al 15 % en vez del 1.500 %. Puede a lo sumo, reducirla a *un* nivel. Pero

no hay en ella absolutamente ningún elemento para poder determinar por sí misma este nivel."[24]

La ley del valor rige el movimiento de los precios, y los precios de producción aumentan o disminuyen en función del acrecentamiento o de la disminución de la cantidad de trabajo invertido en la producción.

A la luz de la teoría marxista de la esencia y del fenómeno, es fácil responder a la pregunta tan desconcertante para Ricardo: ¿Por qué el vino, después de algunos años de estacionamiento en la bodega, se vende a un precio que supera la inversión real del trabajo, cuando el trabajo constituye la única fuente de valor? Marx distingue el período de producción y el de trabajo. Allí donde el período de producción desborda al del trabajo, el precio supera al valor, y la ganacia media supera a la plusvalía. También aquí se impone el análisis de los eslabones intermedios, es decir, del mecanismo de nivelación de la ganancia.

Cuando los economistas burgueses afirman que existe "contradicción" entre los libros primero y tercero de *El Capital*, tratan "de refutar" la teoría marxista de la plusvalía, pero delatan al mismo tiempo su total incapacidad metodológica. Todas las partes de *El Capital* están talladas en un solo bloque, y hacía falta la esterilidad de espíritu de los economistas burgueses para ver falta de "coordinación" y "contradicción" en ese magistral análisis de las complejas relaciones recíprocas de la esencia y de sus manifestaciones. El valor y el precio de producción, la plusvalía y la ganancia, etc., no coinciden en forma directa y difieren notablemente, y ello no se debe a una contradicción de la teoría marxista; existe ahí una contradicción de la vida real, de las relaciones concretas de la producción burguesa. El genio de Marx descubrió detrás de los procesos externos su esencia, los procesos y las fuerzas internas, y explicó también por qué los primeros, los hechos empíricos, difieren de los segundos. Marx demostró perentoriamente que la diferencia entre los fenómenos y las leyes no impide que los

(24) C. Marx, *El Capital*, t. II, págs. 287-288, Ed. cit.

primeros sean la forma de expresión de los segundos, que sean su efecto necesario.

Sólo el análisis de los eslabones intermedios permite entender la vinculación entre la esencia y sus formas de expresión. El elevado alcance filosófico y metodológico de la solución de este problema consiste en el hecho de que arroja luz sobre la relación compleja que existe entre la ley y el fenómeno, entre lo universal y lo individual. La esencia, la ley, expresan siempre el elemento universal de una múltiple cantidad de fenómenos individuales. Por esta razón la ley, la esencia, lo universal, no pueden encontrar jamás expresión *directa* e *inmediata* en lo individual. La esencia es modificada por las características concretas de lo individual, por las condiciones concretas de su expresión. El deseo de descubrir una identidad directa entre lo universal y lo individual, entre la esencia y el fenómeno, conduce a deformar a la una lo mismo que al otro.

A propósito de la falta de coincidencia entre el valor y el precio de producción, Marx escribe que este fenómeno "...es muy sencillo para quien haya sabido comprender la relación existente entre la plusvalía y la ganancia y la creación de una cuota general de ganancia, por efecto de la compensación. En cambio, quien se empeñe en explicar la ganancia obtenida por determinado capital en determinada industria a base de la plusvalía y del trabajo *no pagado* que se contienen en las mercancías producidas en ella, se enfrentará con un problema de más difícil solución que el de la cuadratura del círculo..."[25]

El problema de esencia y fenómeno está vinculado de manera estrecha al de lo abstracto y lo concreto. Vincular la esencia con el fenómeno, la ley con sus formas concretas de expresión, supone un avance de lo abstracto a lo concreto. Los eslabones intermedios sobre los cuales tanto insiste Marx se descubren precisamente en el curso de este avance, del cual se hablará más adelante. Así es, como lo demuestra *El Capital*, como las categorías de fenómeno y esencia expresan los gra-

(25) C. Marx, *El Capital*, (Historia crítica de la teoría de la plusvalía), t. V, pág. 146, Ed. cit.

dos, la profundización del conocimiento, que va de los aspectos externos y superficiales a los aspectos internos y esenciales. Este movimiento que va del fenómeno a la esencia más profunda es el que confiere un carácter dialéctico al proceso del conocimiento. Sin embargo, el proceso del conocimiento científico no se limita a reducir los fenómenos a su esencia, sino que también consiste en explicar cómo se expresa ésta, por qué se manifiesta así y no de otra manera. No se resolverá este problema si se reducen directamente los fenómenos a la esencia, porque no existe coincidencia inmediata entre ellos, sino que se lo puede solucionar analizando los eslabones intermedios que modifican la ley, la esencia, bajo su forma exterior. El análisis del valor y de los precios de producción proporcionado por *El Capital,* como el de los otros problemas similares que se tratan en dicha obra, es de extrema importancia desde el punto de vista del método.

El problema de la esencia y del fenómeno, tal como lo resuelve la teoría marxista del conocimiento —la única científica—, es cardinal para el que quiera entender las formas del conocimiento de la realidad, el papel que en él representan las percepciones sensoriales y las abstracciones científicas. Grandísima es la aportación filosófica de *El Capital,* en especial en cuanto al papel de las abstracciones científicas en el conocimiento. A este problema, primordial para la teoría del conocimiento, dedicamos el capítulo que sigue.

CAPITULO VII

EL PAPEL DE LAS ABSTRACCIONES CIENTIFICAS EN EL CONOCIMIENTO

La tarea que se asigna el conocimiento científico, y que consiste en superar la contemplación de los fenómenos exteriores para penetrar en el corazón de la realidad y arrojar luz sobre sus vínculos y relaciones fundamentales, determina tanto la marcha general del conocimiento como sus formas y sus momentos esenciales.

En sus manifestaciones exteriores, la realidad se da inmediatamente a nuestras percepciones. Pero el conocimiento de estas manifestaciones no es todavía el conocimiento científico. Este último busca el conocimiento del fondo de las cosas, disimuladas detrás de las formas exteriores. De ahí el problema fundamental de la teoría del conocimiento: ¿Cómo, por qué medios llega el pensamiento a conocer ese fondo oculto, la esencia de los fenómenos? El marxismo respondió a esta pregunta por primera vez en la historia de la filosofía. Al percibir, con la ayuda de los órganos de los sentidos, los fenómenos de la realidad, el pensamiento elabora los materiales proporcionados por el conocimiento sensorial. Esta elaboración trata de descubrir, de conocer los vínculos fundamentales, ocultos, imperceptibles a simple vista, que existen entre los fenómenos. Los órganos de los sentidos son el instrumento del conocimiento sensorial, de la contemplación activa de la realidad. La abstracción

científica es el instrumento de la elaboración, de la interpretación de los materiales proporcionados por esta contemplación.

Contrariamente a las antiguas teorías del conocimiento, que atribuían en forma unilateral el papel de instrumento principal y único del conocimiento, ora al conocimiento sensorial, ora al conocimiento racional, el marxismo considera a uno y otro como grados necesarios, vinculados entre sí de manera orgánica, del conocimiento, que permiten pasar del fenómeno a la esencia, y luego llegar a una esencia cada vez más profunda. La teoría marxista del conocimiento ha demostrado que no se puede saber nada de la realidad sino en contacto concreto con los fenómenos del mundo objetivo, que actúan sobre los órganos de los sentidos del hombre y provocan en éste determinadas sensaciones. El pensamiento sólo puede penetrar en la esencia de los fenómenos basándose en los datos proporcionados por los sentidos. Pero el conocimiento sensorial es insuficiente por sí mismo, porque registra sobre todo las formas exteriores sobre las cuales se manifiesta la esencia; de modo que, el grado de conocimiento sensorial es completado por el de la actividad abstractiva del pensamiento humano, lo que permite precisamente conocer la esencia de la realidad.

Así, en lugar de separar y oponer en forma arbitraria los diferentes momentos del conocimiento, como se hacía hasta entonces, el marxismo los asocia en un proceso único que se desarrolla dialécticamente y donde todos estos movimientos son de igual importancia y necesidad. Se pasa dialécticamente de un grado al otro del conocimiento: del conocimiento sensorial, de la observación concreta, al conocimiento basado en la abstracción científica. Cada uno de estos grados no puede concebirse sin el otro. La teoría marxista del conocimiento reduce, por lo demás, todo el proceso del conocimiento de la verdad objetiva y de cada uno de sus momentos, a la práctica, a la actividad práctica de los hombres, que es el fundamento del conocimiento y el criterio de autenticidad de nuestros conocimientos.

Dado que el papel de las abstracciones científicas en el conocimiento es tan delicado como interesante, y dado que el plan de esta obra nos lleva a examinar en el capítulo que si-

gue el método del estudio marxista en su conjunto, consideramos racional establecer previamente la importancia que asignaba Marx a la abstracción científica en su análisis del modo de producción capitalista, y la forma en que se sirvió de ella para descubrir el fundamento interno de los fenómenos de la sociedad burguesa.

I

En su prefacio al libro primero de *El Capital,* Marx indica que ni el microscopio ni los reactivos químicos pueden servir para el análisis de las formas económicas. Deben ser suplantados por la fuerza de abstracción.

Esta afirmación define el papel de la abstracción en el conocimiento. Gracias a la fuerza de abstracción el pensamiento puede penetrar la esencia de los fenómenos y conocer las leyes de la realidad objetiva, en el análisis de los datos proporcionados por los órganos sensoriales. A diferencia de los antiguos materialistas, que subestimaban el papel de la abstracción en la elaboración de las percepciones y de las representaciones, el marxismo llevó a un elevadísimo nivel el papel de las abstracciones científicas en el proceso del conocimiento. La teoría marxista del conocimiento, como la de los materialistas anteriores a Marx, parte del principio de que el conocimiento es el reflejo de la realidad. Sólo que para el marxismo no se trata de un reflejo simple, directo, sino de un proceso complejísimo de abstracción, de formación de conceptos, de descubrimiento de leyes, etc.

El reflejo simple, directo, es una reproducción muerta, fotográfica de la realidad, que no supera el registro de sus manifestaciones exteriores. Para reflejar los procesos profundos de la realidad es preciso recurrir a la fuerza de abstracción. En *El Capital* y en la *Historia de la teoría de la plusvalía,* Marx reprochó a los economistas burgueses su desconocimiento y su desprecio de esta última. Con ello explica ciertos errores y con-

fusiones cometidos por Smith y Ricardo, que si bien recurrieron en gran medida a las abstracciones científicas (en especial Ricardo), no llegaron sin embargo bastante lejos en ese sentido. En la negación del papel de las abstracciones científicas veía Marx el procedimiento metodológico que permitía a los apologistas de la burguesía, a los economistas vulgares, hacer pasar apariencia por realidad y atacar la misión fundamental de la ciencia económica, que es la de descubrir las leyes de los fenómenos. Los apologistas vulgares de la burguesía (los filósofos, economistas, etc.) recurren al mismo procedimiento: desacreditar las leyes científicas. La filosofía burguesa contemporánea ha desatado una verdadera "cruzada" contra los conceptos científicos abstractos, en especial contra los conceptos y las categorías de *El Capital.*

La crítica hecha por Marx contra los economistas burgueses es de grandísima importancia para entender lo que él llamaba "fuerza de abstracción". Por lo tanto, resultará instructivo, antes de examinar el empleo que Marx hizo de esta fuerza para descubrir la esencia de la producción capitalista, estudiar más de cerca un ejemplo de la forma en que Marx criticó a los economistas burgueses. Es de sumo interés, desde este punto de vista, considerar la crítica a que somete, en *El Capital* y más especialmente en la *Historia de la teoría de la plusvalía,* a S. Bailey, un economista inglés del período de la descomposición de la escuela ricardiana.

Bailey reprochaba a Ricardo su admisión de la existencia de un valor, o "valor absoluto", diferente del valor relativo o "comparado". Trató de demostrar la inexistencia del valor como trabajo cristalizado. Definió el valor únicamente como la relación cuantitativa que regía el intercambio de las mercancías. A propósito de la polémica de Bailey contra Ricardo, Marx indica que el propio Ricardo había dejado al descubierto el flanco para ese ataque contra su teoría porque a menudo confunde el valor y las formas exteriores bajo las cuales se manifiesta, el valor y el valor de cambio. Marx escribe que Ricardo "...no estudia el valor en cuanto a su forma —en cuanto a la forma determinada que reviste el trabajo como sus-

tancia de valor— sino que se limita a estudiar las magnitudes del valor, las cantidades de ese trabajo general abstracto y —bajo esta forma— social, que engendran diferencias en las *magnitudes del valor* de las *mercancías*".[1]

Como en su teoría subestimaba el papel de las abstracciones, Ricardo se vio obligado a fijar su atención en la magnitud del valor, y a hacer caso omiso del análisis de la forma del valor. Marx reprochó a menudo a Ricardo, en ese sentido, el que no fuese lo bastante lejos en sus abstracciones. Al estudiar las magnitudes del valor, Ricardo se limitó a las manifestaciones exteriores y olvidó su fundamento, su esencia, es decir el valor o, según su expresión, el "valor absoluto".

He aquí por qué, en respuesta a las críticas dirigidas por Bailey a Ricardo, Marx subraya que, "...más justo sería... reprochar a Ricardo lo contrario precisamente, el que se olvida con harta frecuencia de este valor real o absoluto para fijarse solamente en el valor relativo o comparado".[2]

Esta insuficiente profundidad de abstracción en el análisis del valor, esta ineptitud para separar en forma sistemática la sustancia del valor de las magnitudes que éste es susceptible de adoptar, de las formas bajo las cuales se expresa, explican una gran cantidad de los errores de la teoría de Ricardo, en especial la confusión entre valor y precio de producción, de la cual se habló en el capítulo precedente.

Marx subraya que, en su polémica contra Ricardo, Bailey destaca la confusión entre la "medida de valor" y la esencia del valor. Pero las objeciones de Bailey tienden a negar la existencia real del valor, trabajo cristalizado en la mercancía. Confundía a sabiendas el valor con el precio, con su expresión monetaria, y como un solo y único valor puede expresarse, y en efecto se expresa, en numerosos precios, deducía de ello la realidad de los precios y la irrealidad del valor. Esto le era necesario para llegar a la conclusión de que el valor de las mercancías no es determinado por el trabajo cristalizado en ellas,

(1) C. Marx, *El Capital,* (Historia crítica de la teoría de la plusvalía), t. IV, pág. 233, Ed. cit.
(2) Ibíd.

sino por la oferta y la demanda, por las relaciones de intercambio. Es interesante hacer notar también que Marx critica esta concepción de economista vulgar de Bailey, demostrando que la misma se basa en su incapacidad y en la negativa a emplear la fuerza de abstracción para solucionar el problema en forma correcta. El procedimiento inhábil de Bailey, escribe Marx, sólo puede detenerse en la superficie de los fenómenos; no puede y no quiere ver más allá de la diversidad dispar de los fenómenos exteriores, lo que en realidad constituye la expresión de una sola y única esencia. No puede hacer abstracción de esas diversidades y descubrir la unidad de esas expresiones. Bailey piensa que si el valor de una pieza de tela se expresa en un abrigo, en el pan, etc., este carácter múltiple y diverso torna imposible la existencia de un valor en general. Detrás de la diversidad de los valores de uso, no ve su esencia: la identidad de su valor. Se imagina que subrayando el carácter diverso de las expresiones relativas de un mismo valor mercantil destruye toda posibilidad de determinación del valor.

Pero precisamente esta forma de registrar los fenómenos exteriores sin haber hecho abstracción de los aspectos superficiales, no esenciales, para descubrir su conexión interna, esencial, y su unidad, es la que desnaturaliza el estado real de las cosas.

Marx indica que el valor de una mercancía se expresa siempre a través de una cantidad determinada de valor de uso, de otra mercancía que hace el papel de moneda. Esta forma superficial es la que considera Bailey. Dicho de otro modo, confunde el precio con el valor. Pero como el precio varía según la oferta y la demanda, de ello se sigue, según Bailey, que el valor varía igualmente. Tantos precios, tantos valores.

No sin ironía, Marx continúa su crítica en estos términos: "No es posible ir más allá. Supongamos que x varas de tela es igual a z libras de paja. Pues bien, Bailey no se da cuenta siquiera de que esta relación de igualdad entre dos cosas tan distintas como son la tela y la paja tiene necesariamente que convertirlas en magnitudes iguales. Para estos efectos, la paja y la tela dejan de ser eso para convertirse en equivalentes, pues sólo

a título de tales puede establecerse una igualdad entre ellas. Los dos términos de la ecuación tienen que expresar necesariamente el mismo valor. Por tanto, el valor de la paja y de la tela tiene que ser forzosamente algo que no sea tela ni paja, algo común a ambas y a la par distinto de ellas. ¿Qué puede ser? Bailey no contesta a esta pregunta."[3]

En respuesta al razonamiento "filosófico" de Bailey según el cual una cosa no puede tener valor por sí misma sin ser considerada con relación a otra cosa, "lo mismo que una cosa no puede estar alejada como no sea en relación con otra", Marx hace esta observación:

"Siempre que se habla de la distancia existente entre dos objetos, se trata de una distancia dentro del espacio. Se supone que los dos objetos existen dentro del espacio como puntos de éste. Los suponemos iguales desde este punto de vista, para luego poder distinguirlos como puntos diferentes dentro del espacio, del que forman parte. El hecho de hallarse dentro del espacio es precisamente lo que constituye su unidad."[4]

Marx se refiere al ejemplo de la geometría, que para comparar los polígonos los transforma en triángulos y los expresa en triángulos. Pero para llegar a ello, expresa Marx, la geometría los considera como una unidad, como partes diferentes de un mismo plano, abstracción hecha de los objetos concretos.

La abstracción científica consiste entonces, para él, en el hecho de que más allá de la diversidad de los fenómenos exteriores, el pensamiento encuentra lo común, *lo idéntico,* el principio, que constituye la expresión de una sola y única esencia. Por ejemplo, por diversas y diferentes que puedan ser las mesas, su unidad reside en el hecho de que son mesas. Ser una mesa constituye su esencia, su característica básica. Cada mesa es la expresión y la manifestación de esa esencia. De la misma manera, las mercancías tienen tantos tipos de valor o de precio como mercancías existen, pero todas estas expresiones no re-

(3) C. Marx, *El Capital,* (Historia crítica de la teoría de la plusvalía), t. V, pág. 180, Ed. cit.
(4) Ibíd., pág. 182.

presentan más que un único valor. De ello se sigue que la abstracción científica deja de lado las relaciones exteriores, no esenciales, entre los objetos, para arrojar luz sobre su unidad, sobre sus conexiones internas, esenciales.

Si se tiene en cuenta el aspecto superficial, se comprueba que los fenómenos se modifican rápidamente y están sometidos a todo tipo de fluctuaciones, y entonces puede llegar a deducirse que no existe en ellos nada estable y duradero, que se encuentran subordinados a causas puramente fortuitas. Esto es lo que hacen los economistas vulgares estilo Bailey. Como consideran que las relaciones de intercambio son variables, y como ello salta a la vista en un examen superficial, las presentan como la esencia y llegan a la conclusión de que el precio es el valor y que la fluctuación de la oferta y la demanda es la causa principal que determina el valor de las mercancías.

Marx se opone a esta concepción y muestra que la abstracción científica consiste en descubrir, por detrás de la variabilidad exterior de los fenómenos, lo que permanece estable y duradero a través de todas estas modificaciones y fluctuaciones exteriores. Estas son siempre las expresiones diversas, variables según los cambios de las condiciones concretas, de una sola y única esencia. Sean cuales fueren las fluctuaciones de los precios de una mercancía, expresan un valor, que se mantiene él mismo.

Marx subraya al respecto que sólo después de haber entendido, por la vía de la abstracción, la unidad esencial de las cosas, sólo entonces se puede entender la expresión o la forma de manifestación de la esencia. "Pero, para poder llegar a la expresión, tenemos que encontrar necesariamente una unidad distinta de la existencia misma de las mercancías."(5)

Dicho de otra manera, a partir del valor podemos entender el precio. Pero la inversa no es posible porque el valor es la causa del precio y no el precio la causa del valor.

La fuerza de abstracción reside en el hecho de que gracias a ella el pensamiento descubre las causas profundas de los fe-

(5) C. Marx, *El Capital,* (Historia crítica de la teoría de la plusvalía), t. V, pág. 194, Ed. cit.

nómenos, y de este modo nos los torna inteligibles. Por esta razón la abstracción científica refleja la realidad de manera más profunda que la observación misma.

La concepción marxista de la abstracción científica puede ser reducida a tres momentos esenciales:

1. Luego del contacto directo con la realidad, ésta se nos aparece como una masa de fenómenos y de objetos singulares, a primera vista carentes de vinculaciones mutuas, caótica, etc. La importancia de la abstracción científica reside en el hecho de que, según la expresión de Marx, arroja luz sobre la unidad de estos fenómenos, sobre lo que tienen de idénticos. Por ejemplo, en la diversidad de los fenómenos de la naturaleza, el pensamiento establece, por la vía de la abstracción, su conexión interna, su unidad, su elemento común. Esta unidad es el hecho de que todos son materiales, son manifestaciones de la materia en su evolución. Los conceptos que resumen los resultados de esta abstracción son "reducciones", formas que expresan las propiedades comunes de una multitud de cosas diferentes.

La historia de la ciencia atestigua la importancia de las abstracciones como "reducciones" de este tipo. Por ejemplo, antes de que la ciencia elaborara la noción abstracta de materia, cosa que permitió reducir los múltiples fenómenos de la naturaleza a la materia y a las diversas formas de su movimiento, la naturaleza era dividida artificialmente en "cualidades" particulares, en "sustancia imponderable", etc. Sólo la noción abstracta de materia permitió establecer la unidad, la comunidad de todos los fenómenos y procesos de la naturaleza, reducirlos a su esencia más general y extirpar de la ciencia las "sustancias" misteriosas e incognoscibles.

La abstracción considera, pues, lo que es común a una multitud de cosas singulares. Sin embargo, la abstracción científica no se interesa en la totalidad de los elementos comunes, sino sólo en los que expresan la esencia, la causa de los fenómenos concretos. Por lo tanto la abstracción permite al conocimiento reducir toda la multiplicidad y la diversidad de los fenómenos a su esencia y entender sus propiedades y sus aspectos decisivos, fundamentales.

2. La visión directa de la realidad hace creer que ésta está henchida de casualidades, que todo está sometido a modificaciones y a fluctuaciones accidentales, y que no existe en esta sucesión de fenómenos nada estable ni duradero. La importancia de la abstracción científica, según Marx, reside en el hecho de que por detrás de la contingencia permite percibir la necesidad, la ley que determina el curso objetivo del desarrollo y de las modificaciones. La unidad y la universalidad descubiertas por el pensamiento, por medio de las abstracciones, en la masa de los fenómenos, no son otra cosa que la ley de estos últimos, el elemento relativamente duradero y estable que se conserva y se manifiesta en la infinidad de las cosas y de los procesos. "La forma de la universalidad de la naturaleza —dice Engels— es *la ley*..."[6]

Por ejemplo, la ley de la conservación y de la transformación de la energía es una forma de universalidad, porque es el elemento necesario y regular sobre el cual se basan las formas concretas de los movimientos, de las modificaciones, de las transformaciones que se cumplen en la materia. Del mismo modo, la ley del valor es la forma de la universalidad en el mundo de la producción mercantil, porque es la necesidad que se manifiesta de una o de otra manera en los movimientos y los cambios más diversos que en ella tienen lugar.

3. El resultado de los dos primeros puntos es que la fuerza de abstracción es una fuerza de *generalización,* y que ésta se efectúa separando lo no esencial, lo contingente, lo particular, lo concreto, para tener sólo en cuenta el elemento común y esencial, propio de la masa de los fenómenos singulares.

De tal modo, haciendo abstracción del hecho de que las mercancías intercambiadas la una por la otra son fundamentalmente distintas, Marx descubrió por generalización el elemento único y esencial que constituye el contenido de estas cosas singulares: su valor.

Por consiguiente, por medio de la generalización se des-

(6) F. Engels, *Dialéctica de la naturaleza,* pág. 186, Ed. cit.

cubren las leyes de los fenómenos, y las abstracciones científicas son el instrumento de esta generalización. De así su fuerza.

En *El Capital,* Marx proporciona notables modelos de utilización de la fuerza de abstracción para el estudio del modo de producción capitalista. Como no tenemos la posibilidad de exponer aunque sólo sea en forma incompleta el trabajo realizado por Marx en ese dominio, sólo examinaremos dos problemas: el análisis del valor y de la plusvalía.

II

Desde las primeras páginas de *El Capital* Marx comprueba que el valor de cambio se aparece al observador como una relación cuantitativa, como la proporción en la que un valor de uso se cambia por otro, y que esa relación o esa proporción cambian constantemente, con el tiempo y el lugar. De suerte que en la superficie de los fenómenos, en el proceso de intercambio, el valor de cambio parece realmente resultar de una *relación* entre las cosas y surgir del intercambio, como lo pensaban los economistas vulgares de todo tipo, tales como Bailey. Estos cambios y estas fluctuaciones aparecen como el fruto de un puro azar. Y Marx define en seguida la dificultad con la que choca el observador. "Parece pues —dice—, como si el valor de cambio fuese puramente casual y *relativo,* como si por tanto fuese una *contradictio in adjecto* la existencia de un valor de cambio interno, inmanente a la mercancía (*valeur intrinsèque*). Pero observemos la cosa más de cerca."(7)

Marx emprende el análisis del estado de cosas real, haciendo entrar de inmediato en acción la fuerza de abstracción. Una mercancía es cambiada en proporciones efectivamente determinadas por otras mercancías; por ejemplo, cierta cantidad de trigo es cambiada por cierta cantidad de seda, de betún, de oro, etc. Por lo tanto, el trigo no tiene un solo valor de

(7) C. Marx, *El Capital,* t. I, pág. 34, Ed. cit.

cambio, sino una multitud. Frente a esta multiplicidad de los fenómenos, Marx se esfuerza por arrojar luz, por descubrir su unidad, porque la aprehensión directa de los hechos tales como se presentan no implica todavía la intelección de lo que hay en ellos de esencial. En efecto, ¿por qué una determinada cantidad de trigo se intercambia por una proporción bien definida de cantidades de seda, de betún, de oro? ¿Dónde está el criterio de intercambiabilidad? Todo esto sigue siendo un hecho irracional, incomprensible, mientras no hayamos reducido los fenómenos a su unidad.

El hecho de que el valor de cambio del trigo se exprese por una cantidad determinada de un gran número de otras mercancías —seda, oro, hierro, etc.—, demuestra la existencia en ella de algo idéntico, común, sean cuales fueren sus diferencias. Esta cosa común puede tener y tiene magnitudes diferentes, pero se trata de magnitudes diferentes de algo idéntico. "De donde se sigue: primero, que los diversos valores de cambio de la misma mercancía expresan todos ellos algo igual; segundo: que el valor de cambio no es ni puede ser más que la *expresión* de un contenido diferenciable de él, su 'forma de manifestarse'."[8]

Al pasar a la investigación de esa cosa común, Marx muestra que los valores de uso no pueden ser ese elemento común, idéntico, presente en diversas mercancías, porque éstas son cualitativamente distintas. Lo que caracteriza la relación de cambio es precisamente que hace abstracción de los valores de uso. Por lo tanto, se puede encontrar el elemento común haciendo abstracción de los valores de uso, es decir, de lo particular y de lo concreto.

Si se deja de lado el valor de uso de las mercancías, éstas no conservan ya más que una sola propiedad, la de ser productos del trabajo. La abstracción ayudó, entonces, a Marx a descubrir lo común y esencial entre las diversas mercancías. Estas son productos del trabajo. Por el momento sólo nos encontramos con una abstracción de primer grado,

(8) C. Marx, *El Capital,* t. I, pág. 34, Ed. cit.

que no ha sido llevada aún hasta su término. Marx va entonces más adelante. Deja de lado el valor de uso de las mercancías, y las considera como producto del trabajo. Pero el trabajo es por sí mismo algo concreto, que existe bajo múltiples aspectos: el trabajo del carpintero, del zapatero, del metalúrgico, etc. De ello se sigue que las mercancías son el producto de un trabajo concreto. ¿Por qué entonces se puede intercambiar unas mercancías por otras, aunque lleven en sí las huellas de las formas concretas y más diversas del trabajo? Una vez más, resulta evidente que ello se debe a que estas diversas formas revelan algo idéntico, algo común. Al hacer abstracción del carácter concreto del trabajo se llega a la conclusión de que el elemento común es el *trabajo en general,* el trabajo como inversión de fuerza de trabajo, independientemente de su utilidad y de sus resultados concretos. Los tipos concretos de trabajo se reducen todos, según Marx, a un trabajo humano idéntico, al trabajo humano abstracto.

Las mercancías no se presentan nunca, entonces, simplemente como productos del trabajo, sino como productos del trabajo abstracto. Aquí nos encontramos con una abstracción ya más profunda y más completa. Ningún economista burgués supo elevarse a este nivel de abstracción científica, esencial para la comprensión de todo el mecanismo de la producción mercantil. Y sin embargo esta abstracción, como toda abstracción correcta, refleja la esencia de los procesos vitales concretos de la propia producción mercantil. A propósito de esta reducción del trabajo concreto al trabajo abstracto, Marx escribe:

"Esta reducción aparece como una abstracción, pero se trata de una abstracción que se realiza todos los días en el proceso de la producción social. La reducción (Auflösung) de todas las mercancías a tiempo de trabajo no es una abstracción más grande ni al mismo tiempo menos real que la conversión en aire de todos los cuerpos orgánicos. En rigor el trabajo, así medido por el tiempo, no aparece como el trabajo de individuos diferentes, sino que los diferentes individuos que trabajan aparecen más bien como simples órganos del trabajo. Dicho de otro modo, el trabajo, tal como se presenta en los valores de cambio,

podría ser calificado de trabajo *humano general*. Esta abstracción del trabajo humano general *existe* en el trabajo medio que puede realizar todo individuo medio de una sociedad determinada; es una inversión productiva determinada de músculos, nervios, cerebro, etc."(9)

Este trabajo general humano, este trabajo en general, es lo que se incorpora, lo que se concreta en las mercancías. Es su sustancia social; él es el que las torna similares a pesar de toda su diversidad. Una vez establecido este punto, Marx enuncia su principal conclusión: "Aquel algo común que toma cuerpo en la relación de cambio o valor de cambio de la mercancía es, por tanto su valor."(10)

Al descubrir, con la ayuda de la abstracción, la base del valor de cambio, el valor, Marx anuló todos los fundamentos de las teorías que sólo consideran el valor como una relación entre las mercancías. Mostró que esta relación misma sólo es posible porque las mercancías son valor cristalizado. Marx pulveriza el punto de vista del propio Bailey, y demuestra por qué el valor no puede ser reducido a una "relación" entre las mercancías. "La proporción entre dos cosas es algo común a ambas y no exclusivo de una u otra. La propiedad de una cosa es, por el contrario, algo intrínseco a ella misma, aunque esta propiedad intrínseca sólo se manifieste en sus relaciones con otra. La fuerza de atracción, por ejemplo, es una fuerza inherente a un objeto determinado, si bien puede mantenerse latente mientras no exista otro objeto susceptible de ser atraído."(11)

Del mismo modo, el valor es una propiedad intrínseca de la mercancía, y esta propiedad existe independientemente de sus relaciones con otras mercancías. Esto no tiene nada que ver con el hecho de que, como en el caso de la fuerza de

(9) C. Marx, *Contribución a la crítica de la economía política*, pág. 15, Ed. rusa.

(10) C. Marx, *El Capital*, t. I, pág. 35, Ed. cit.

(11) C. Marx, *El Capital*, (Historia crítica de la teoría de la plusvalía), t. V, pág. 181, Ed. cit.

atracción, sólo puede *manifestarse,* en relación con otras cosas, en el curso del intercambio. Estas mismas relaciones son un corolario que deriva de lo esencial, es decir, del valor como trabajo cristalizado. El valor es el que rige estas relaciones, y no a la inversa. Las relaciones entre las mercancías pueden cambiar y cambian con el tiempo y el lugar, en tanto que el valor es su fundamento relativamente estable y duradero. La relación según la cual se intercambian las mercancías entre sí y, por consiguiente, el poder que posee cada mercancía de comprar otras, es determinado, según Marx, por su valor, y sería falso decir que el valor es determinado por ese poder, que no es más que una consecuencia.

Así, gracias a la fuerza de abstracción, Marx descubre la ley objetiva que rige la producción mercantil: la ley del valor. En la superficie: las relaciones de intercambio perpetuamente en movimiento; en la profundidad: las relaciones esenciales, la ley. Pero por diferentes que aquéllas sean de éstas, es la ley del valor la que rige a las relaciones de intercambio.

Gracias a la abstracción, el conocimiento científico ha cumplido con su misión: ir más allá de los fenómenos exteriores, que tienden a hacer creer que las relaciones de intercambio y sus magnitudes son determinadas por motivos puramente fortuitos, y descubrir su esencia real. "La determinación de la magnitud de valor por el tiempo de trabajo es, por tanto, el secreto que se esconde detrás de las oscilaciones aparentes de los valores relativos de las mercancías. El descubrimiento de este secreto destruye la apariencia de la determinación puramente casual de las magnitudes del valor de los productos del trabajo, pero no destruye, ni mucho menos, su forma material." (12)

Como lo indica el ejemplo del valor, la fuerza de la abstracción ayuda a descubrir lo necesario detrás de lo contingente, a ver que lo contingente mismo —por ejemplo las incesantes fluctuaciones de los precios— no es más que una forma de manifestación de la necesidad.

---

(12) C. Marx, *El Capital,* t. I, pág. 65, Ed. cit.

Veamos ahora cómo hace la abstracción científica el papel del microscopio y de los reactivos químicos, cuando se trata de solucionar el problema que constituye la piedra angular de toda la economía política del capitalismo: la plusvalía. Estrechamente vinculada al problema del valor, es su prolongación directa. Imposible solucionar la segunda sin haber esclarecido previamente la primera. Para entender la importancia que Marx asignaba a la abstracción para la solución del problema de la plusvalía, basta con releer la carta que dirige a Engels poco después de terminar el libro primero de *El Capital.* Después de decir que lo mejor de su libro es, antes que nada, el análisis del doble carácter del trabajo, Marx cita en segundo término el estudio de la plusvalía independientemente de sus formas particulares: ganancia, interés, renta territorial.

En su prefacio al libro segundo de *El Capital,* Engels subraya a su vez este mérito de Marx y muestra la debilidad de sus predecesores, que no supieron separar, abstraer, la forma general de la plusvalía de sus formas particulares, trasformadas, y que por este motivo se perdieron en la "jerigonza económica".

En la experiencia inmediata, la plusvalía no aparece desnuda, sino bajo la forma indirecta de la ganancia, de la ganancia media. En la vida práctica se presenta bajo formas concretas particulares: ganancia industrial, ganancia comercial, interés, renta.

Como en el caso del valor y de su forma valor de cambio, la consideración de la forma ganancia de la plusvalía, así como de las especies y formas particulares de la ganancia, proporciona una idea inexacta de las leyes ideales que determinan el movimiento de la producción capitalista. Para descubrir estas leyes y mostrar cómo está condicionada la forma por su contenido, es preciso hacer abstracción previa de las formas concretas de la ganancia, es decir, arrojar luz, por medio de la generalización, sobre su unidad esencial, sobre el elemento idéntico que contienen y cuya expresión son. Esta unidad es la plusvalía. Tal es la característica común que reúne en un todo a las especies y formas particulares de la plusvalía. Sólo una abstracción de este tipo permite entender la naturaleza

real de las formas particulares de la plusvalía: interés, renta territorial, etc.

Ningún economista anterior a Marx supo poner en evidencia esta abstracción. La característica común de todos ellos fue, por el contrario, la de confundir forma y contenido, plusvalía y ganancia, ganancia en general y formas concretas de la misma. En *El Capital,* libro tercero, Marx juzga a la economía política burguesa y escribe que "...no llegó nunca a exponer la plusvalía separada de la ganancia ni a presentar ésta en toda su pureza, distinguiéndola de sus diversas partes integrantes, sustantivadas las unas respecto a las otras —la ganancia industrial, la ganancia comercial, el interés, la renta del suelo..."(13) De ahí surgen, inevitablemente, los groseros errores y las confusiones teóricas. Entre todos los economistas burgueses, Marx sólo hace una excepción en este sentido al referirse a Smith y Ricardo, y muestra que éstos llevaron su análisis hasta llegar a la plusvalía como tal. Pero precisamente el ejemplo de esta *élite* de los economistas burgueses es testimonio del carácter limitado del pensamiento económico burgués, incapaz de utilizar en toda su amplitud la fuerza de la abstracción para el estudio científico de los fenómenos. Incluso estos economistas no supieron analizar la plusvalía en su forma pura y vincularla a la ganancia y a las formas concretas de la misma.

Marx dedica un capítulo especial de la *Historia de la teoría de la plusvalía* al análisis del método de Smith y Ricardo. Este análisis presenta un gran interés científico y una gran importancia para la determinación del papel y de la ubicación de las abstracciones científicas en el conocimiento. Marx juzga de la siguiente manera, en su conjunto, este aspecto del método de Ricardo y de Smith.

Aunque Adam Smith estudia efectivamente la plusvalía, "...no coloca expresamente la plusvalía en una categoría especial y distinta de sus modalidades específicas, [lo que] le lleva a confundirla directamente con las modalidades de la ganancia.

(13) C. Marx, *El Capital,* t. III, pág. 205, Ed. cit.

Tampoco eluden este error Ricardo y sus sucesores. Y esto conduce, especialmente en Ricardo, en quien todo forma una fuerte trabazón lógica, a una serie de inconsecuencias, de contradicciones no resueltas y de inepcias, a las que la escuela ricardiana intenta sobreponerse, como veremos, por medio de argucias..."[14]

El origen de esta confusión, de esta incapacidad para efectuar todas las abstracciones necesarias, no es otro, como lo ha recordado Marx en muchas ocasiones, que la atención principalísima asignada por los economistas burgueses a las relaciones cuantitativas, en detrimento del estudio teórico de la esencia específica de los procesos inherentes al modo de producción capitalista. El interés por las proporciones respectivas de la ganancia industrial, de la renta territorial y de las otras formas de la ganancia rechazó a segundo plano el problema fundamental de la plusvalía y de toda ganancia. Este elemento vulgar, presente ya entre los clásicos de la economía política burguesa, está vinculado a un punto de vista de clase. El temor de penetrar demasiado profundamente en la esencia de los fenómenos engendra lógicamente una insuficiencia de las abstracciones y de las generalizaciones científicas. No es casual que la filosofía burguesa contemporánea vitupere de tal modo las abstracciones teóricas, a las que tacha de "metafísica" y de "escolástica", oponiéndoles la "realidad empírica" visible.

La crítica dirigida por Marx a Smith y Ricardo se reduce brevemente a lo que sigue: Smith establece con justeza que el excedente obtenido por el empresario por encima del capital invertido —es decir, la plusvalía— sólo proviene de una fuente, a saber, la parte del capital invertida en forma de salario. Pero inmediatamente después, como lo demuestra Marx, Smith se representa este excedente bajo la forma de ganancia y no lo reduce a la parte variable del capital de la cual ha salido, sino a todo el capital. Dicho de otra manera, considera la plusvalía, de manera directa, bajo la forma de ganancia.

(14) C. Marx, *El Capital,* (Historia crítica de la teoría de la plusvalía), t. IV, págs. 86-87, Ed. cit.

Marx esclarece aquí la incapacidad, en Smith, de hacer abstracción de las formas exteriores, convertidas, de la plusvalía, para estudiar completamente su esencia; también destaca otro vicio del método de los economistas burgueses: su incomprensión de la relación existente entre las categorías abstractas y las categorías concretas, su incapacidad para pasar de lo abstracto a lo concreto. Este problema será tratado en el capítulo siguiente.

Por lo tanto Smith confunde e identifica la plusvalía y la ganancia; no puede separarlas; no puede hacer abstracción de la ganancia cuando estudia la ley principal de la producción capitalista: la ley de la producción de plusvalía. Pero veamos en qué termina esta identificación. La ganancia es la plusvalía vinculada con el conjunto del capital. Si se identifica la plusvalía con la ganancia es fácil llegar a la conclusión de que el conjunto del capital es el que produce la plusvalía. Según todas las apariencias, por lo demás, tal parece ser el caso en la realidad concreta. Cuanto más importante es el capital, más ganancia rinde. Smith deduce de ello que la ganancia depende del capital invertido, y que el capitalista tiene por lo tanto interés en poner grandes capitales en su negocio. Esta conclusión de Smith le vale la siguiente apreciación de parte de Marx: "Lo cual equivale a explicar la ganancia, no por la naturaleza misma de la plusvalía, sino por el interés del capitalista. Es una incoherencia."[15]

¿Qué queda entonces de la ley de la plusvalía, que constituye en rigor la base de la ganancia y que es su norma reguladora? La incapacidad de considerar de manera sistemática las relaciones esenciales internas, haciendo abstracción de las formas bajo las cuales dichas relaciones se expresan, culmina en la negación de esta ley y, por consiguiente, en el oscurecimiento del conjunto del problema. Smith no siente, indica Marx, que al confundir de tal manera la plusvalía con la ganancia y recíprocamente, rompe con la actitud científica que

(15) C. Marx, *El Capital,* (Historia crítica de la teoría de la plusvalía), t. IV, págs. 87-88, Ed. cit.

él mismo había observado desde el comienzo al estudiar el origen de la plusvalía.

Smith reduce la plusvalía, no sólo a la ganancia sino también a la renta terrritorial, es decir, a variedades particulares de la plusvalía que tienen sus propias leyes de movimiento. Esto solamente, subraya Marx, habría debido bastar para hacerle ver que no hay que confundir la forma abstracta universal con ninguna de sus formas particulares concretas.

Esta confusión de la forma universal de la plusvalía con sus formas particulares socava, no sólo la ley de la plusvalía, sino la propia ley del valor. Smith, que al comienzo hace derivar del trabajo el origen del valor, le atribuye luego a éste la siguiente composición: ganancia, renta y salario.

La insuficiencia de abstracción es también reprochada por Marx a Ricardo, quien se muestra incapaz de estudiar el valor y la plusvalía haciendo abstracción de la ganancia y de la cuota general de ganancia, de los fenómenos surgidos de la concurrencia, de las variedades particulares de la ganancia. "Ricardo —escribe Marx— no estudia en ningún sitio la *plusvalía* aparte de sus formas específicas: la ganancia, el interés y la renta del suelo."[16]

Al identificar la plusvalía con la ganancia, Ricardo choca con la divergencia entre el valor de las mercancías y los precios, los que son determinados por la ley de los precios de producción. Como Smith, extrae de ello una conclusión errónea en relación con las leyes que rigen la ganancia. "Sería, pues, equivocado —escribe Marx— reprocharle exceso de abstracción. La verdad es lo contrario, pues en el estudio de los valores de las mercancías es incapaz de olvidar las ganancias que le revela la concurrencia."[17]

Los economistas vulgares, apologistas del capitalismo, han extraído sus argumentos de la confusión de Ricardo, para tratar de tildar de fantasía gratuita la abstracción científica. Marx demuestra que la desgracia de Ricardo no consiste en haber

(16) C. Marx, *El Capital*, (Historia crítica de la teoría de la plusvalía), t. IV, pág. 280, Ed. cit.
(17) Ibíd., pág. 247.

recurrido a abstracciones, sino en no haber llegado lo suficientemente lejos por este camino. "Ricardo incurre en todos estos errores... De donde el vulgo concluye que las verdades teóricas son abstracciones contradictorias con la realidad. En vez de llegar, por el contrario, a la conclusión de que Ricardo se ve arrastrado a resultados falsos por no remontarse suficientemente en el plano de la verdadera abstracción."(18)

Así, la crítica hecha por Marx a Smith y Ricardo muestra con claridad que la debilidad y la insuficiencia de la abstracción teórica constituyen un obstáculo para una solución justa del problema de la plusvalía.

Como lo hizo para solucionar el problema del valor, Marx utiliza a fondo la abstracción científica para plantear y resolver el problema de la plusvalía. Después de demostrar que el valor es trabajo cristalizado y que sólo el trabajo vivo crea valor, postula las premisas de una solución correcta del problema de la plusvalía. Si el trabajo es el que crea el valor, de ello resulta, lógicamente, que es el único que también puede crear plusvalía, y que ésta proviene del trabajo no pagado del obrero. En una primera etapa de su estudio, Marx hace abstracción sistemática de todo lo que pueda impedirle elucidar el problema. Al hacer tal cosa, lejos de violar o de desnaturalizar la realidad objetiva, recurre, por el contrario, al método que permite penetrar más profundamente en la esencia oculta de los fenómenos. Este método es el de todo sabio, de todo especialista de las ciencias naturales que, cuando estudia un fenómeno, hace abstracción de todos los elementos accidentales que le impiden poner al desnudo la esencia misma.

Así es como Marx estudia la plusvalía en el libro primero de *El Capital*. En él hace abstracción de una gran cantidad de circunstancias complejas que aparecen en el curso del proceso de producción capitalista tomado en su conjunto. Debido al hecho de que el valor, y por consiguiente la plusvalía, sólo se crean en el curso del proceso de la producción, resulta claro que ésta es de una importancia decisiva para la comprensión

(18) C. Marx, *El Capital*, (Historia crítica de la teoría de la plusvalía), t. IV, pág. 319, Ed. cit.

del problema de la plusvalía. En el libro primero de su obra, Marx examina este aspecto decisivo y hace provisoriamente abstracción de los otros aspectos del proceso de producción capitalista. Es evidente que esto no significa que el capital no intervenga desde el primer momento como unidad de la producción y de la circulación. En este libro Marx expone ya lo que es preciso decir respecto de dicha unidad. Así, demuestra que la plusvalía no puede nacer de la circulación, pero que tampoco puede nacer fuera de la circulación. El capitalista debe encontrar en el mercado, es decir, en la esfera de la circulación, una mercancía particular —la fuerza de trabajo—, cuya explotación en la producción de mercancías crea precisamente la plusvalía.

Marx no estudia todavía la esfera de la circulación en toda su complejidad y en toda su amplitud. Lo hace a sabiendas, orientado por las leyes del conocimiento, las leyes de la abstracción científica. La circulación no suprime y no puede suprimir el hecho fundamental, esencial, de que la plusvalía creada por los obreros explotados es la única fuente de enriquecimiento de los capitalistas. Tal es la ley objetiva del capitalismo, que determina todos sus procesos, todo su desarrollo. Sin embargo, en la circulación esta ley es un tanto modificada y complicada; se manifiesta bajo formas que enmascaran su esencia. Se entiende entonces que Marx empiece por estudiar esta ley bajo su forma más desnuda, para mostrar a continuación cómo, al abrirse paso, se modifica y adquiere formas nuevas sin cambiar para nada su esencia.

Por ejemplo, en el mercado los precios oscilan sin cesar en torno del valor, sin coincidir jamás con él. Esta falta de concordancia de los precios de las mercancías con su valor —que no es una simple apariencia, sino una realidad— complica la cuestión del valor, del trabajo como único creador de valor. Puede parecer que el valor nace en el curso del intercambio y que, por consiguiente, la plusvalía, la ganancia, es una simple adición al precio de la mercancía. Los economistas vulgares aprovechan esto para interpretar en ese sentido la diferencia de los precios en relación con el valor.

Al tratar el problema de la plusvalía, Marx deja este hecho de lado, por no considerarlo esencial, porque no hace otra cosa que oscurecer el fondo del problema. Declara que la transformación del primero en capital debe ser esclarecida sobre la base de las leyes intrínsecas del intercambio de las mercancías, es decir, sobre la base del intercambio de equivalentes. En este sentido formula una importante observación metodológica, al decir que "...la creación de capital tiene necesariamente que ser posible *aun cuando* el precio de las mercancías sea *igual* a su valor. La creación del capital no puede explicarse por la *divergencia* entre los precios y los valores de las mercancías. Si los precios difieren realmente de los valores, lo primero que hay que hacer es reducirlos a éstos, es decir, prescindir de esta circunstancia como de un factor fortuito, *para enfocar en toda su pureza el fenómeno de la creación del capital sobre la base del intercambio de mercancías,* sin dejarse extraviar en su observación por circunstancias secundarias perturbadoras y ajenas al verdadero proceso que se estudia."(19)

Este no es sólo un procedimiento científico, metodológico; en la propia realidad concreta las fluctuaciones incesantes de los precios culminan en un precio medio que constituye su norma interna.

Marx indica también, en *Salario, precio y ganancia,* que es preciso considerar la formación del capital, de la ganancia, dejando de lado la divergencia entre los precios de las mercancías y sus valores. Al subrayar cuán absurdo es querer explicar la ganancia por un simple aumento de los precios de las mercancías escribe: "Por tanto, para explicar el *carácter general de la ganancia* no tendréis más remedio que partir del teorema de que las mercancías se *venden,* por término medio, *por sus verdaderos valores,* y que *las ganancias se obtienen vendiendo las mercancías por su valor,* es decir, en proporción a la cantidad de trabajo materializado en ellas. Si no conseguís explicar la ganancia sobre esta base, no conseguiréis explicarla

(19) C. Marx, *El Capital,* t. I, págs. 135-136 (nota). (Subrayado nuestro. - *M. R.*).

de ningún modo. Esto parece una paradoja y algo que choca con lo que observamos todos los días. También es paradójico el hecho de que la Tierra gire alrededor del Sol y de que el agua esté formada por dos gases muy inflamables. Las verdades científicas son siempre paradójicas, si se las mide por el rasero de la experiencia cotidiana, que sólo percibe la apariencia engañosa de las cosas." [20]

Al estudiar la plusvalía para descubrir el fundamento real de la ganancia capitalista, Marx deja al principio de lado la categoría de la ganancia; no identifica la plusvalía con la ganancia, como lo hacen los economistas burgueses. Actúa así para poder entender la verdadera naturaleza y las fuentes de la ganancia. La ganancia es la forma convertida de la plusvalía, es decir, la forma que adquiere necesariamente esta última en el proceso concreto de la producción capitalista. El capitalista invierte un capital determinado para hacer posible el propio proceso de producción. Una parte del capital es destinada a la compra de medios de producción; la otra sirve para comprar fuerza de trabajo. Al destinar su capital a la producción, el capitalista se esfuerza por obtener una ganancia. Poco le importa el papel que representa en la producción tal o cual porción del capital invertido. Calcula su ganancia en relación con el conjunto del capital, estimando que es engendrada por cada uno de sus elementos. En conjunto, dice Marx, parece como si la plusvalía surgiera simultáneamente de todas las partes del capital invertido. Marx cita las palabras de Malthus, economista vulgar, que para defender al capitalismo decía: "El capitalista *espera* el mismo beneficio de todas las partes del capital adelantado por él".

En rigor, es evidente que la ganancia proviene de la plusvalía creada, no por todos los elementos del capital, sino sólo por su parte variable. Sin embargo, en el proceso concreto de la producción capitalista, la plusvalía aparece bajo la forma de ganancia, es decir, que da la impresión de ser engendrada

(20) C. Marx, "Salario, precio y ganancia", en Marx/Engels, *Obras escogidas,* t. I, págs. 392-393, Ed. Lenguas Extranjeras, Moscú, 1947.

por todo el capital invertido. Por consiguiente, concluye Marx, esta ganancia "...es lo mismo que la plusvalía, aunque bajo una forma adulterada, la cual responde, sin embargo, necesariamente, al régimen de producción capitalista. Como en la formación aparente del precio de costo no se manifiesta ninguna diferencia entre el capital constante y el variable, es natural que la causa de la trasformación del valor producido durante el proceso de producción se desplace del capital variable al capital en su conjunto."[21]

Se entiende que para terminar con el misterio de la plusvalía hacía falta, con ayuda de las abstracciones teóricas, dejar antes que nada a un lado la ganancia como forma adulterada y convertida de la plusvalía, y considerar a ésta bajo su forma pura. Al estudiar la plusvalía como fruto de la producción capitalista, Marx investigó el papel desempeñado respectivamente por cada parte del capital en esa producción, y así pudo establecer una diferencia importante entre el capital constante y el capital variable. Sin duda alguna, las categorías de capital constante y capital variable son abstracciones en relación con el costo de producción, que no ignora capitalista alguno. Pero se trata de abstracciones que arrojan luz sobre *la esencia* del fenómeno, sobre su *ley,* en tanto que el costo de producción, como escribe Marx, adquiere en la economía capitalista la apariencia engañosa de una categoría relativa a la producción misma del valor.

Por no haber sabido separar la plusvalía de la ganancia, Smith, Ricardo y los otros economistas burgueses embrollaron el problema de las leyes que definen y rigen la ganancia. Y por no haber entendido estas leyes, sólo invocaron circunstancias accesorias y fortuitas.

Por el contrario, gracias a la fuerza de la abstracción teórica Marx descubrió la ley de la formación de plusvalía y supo mostrar que esta ley es la base de todo el movimiento del capital, que la ganancia capitalista, sean cuales fueren los aspectos y las formas bajo las cuales se manifiesta, nace de una

(21) C. Marx, *El Capital,* t. III, pág. 54, Ed. cit.

fuente única: la plusvalía creada por los proletarios. La experiencia diaria de la vida capitalista podrá "contradecir" esta ley, a primera vista —en especial cuando las mercancías son vendidas en su precio de producción y no en su valor—; no por eso es menos cierto que la cantidad de ganancia obtenida por la clase capitalista es determinada por la cantidad de plusvalía creada y que no puede ser ni inferior ni superior a aquélla.

La plusvalía es "el elemento común", "la unidad", que se manifiesta y se expresa bajo formas múltiples y que es la única que puede permitir entender la producción capitalista, no como un amontonamiento caótico de casualidades, sino como un todo lógico.

A partir de esto se entiende que Marx haya asignado semejante importancia a su análisis de la plusvalía, y también al de la ganancia como *forma general,* independientemente de sus formas concretas y particulares: ganancia industrial, ganancia comercial, renta territorial, etc.

En el curso concreto de la producción capitalista no existe plusvalía en general ni ganancia en general. Sólo existen sus formas concretas. La existencia de numerosas formas concretas de la ganancia borra su *unidad,* su *origen común.* Parece que cada forma particular de la ganancia existe por sí misma y tiene sus propios orígenes. El estado de cosas real es complicado y adulterado, por lo demás, por el hecho de que cada una de estas formas de la ganancia, como lo indica Marx, se vincula con un factor material determinado: por ejemplo, la renta con la tierra, el interés con el dinero, la ganancia con el capital.

Marx demostró con claridad, en la *Historia de la teoría de la plusvalía*, cómo la disociación de la plusvalía en formas particulares anula la vinculación interna, fundamental, entre esas formas, y hace olvidar que las mismas no son otra cosa que variedades, formas diferentes de la plusvalía creadas por la explotación de la fuerza de trabajo.

"A partir del momento —escribe Marx— en que la plusvalía se desdobla en distintas partes específicas atribuidas a

distintos elementos de producción que sólo se diferencian entre sí desde el punto de vista material; desde el momento en que aparecen revistiendo formas especiales, indiferentes las unas respecto a las otras, independientes entre sí y regidas por leyes distintas, su unidad común —la plusvalía— y, por consiguiente, el carácter de esta unidad común, se desdibuja cada vez más, ya no se traslucen en la superficie de los fenómenos, sino que tienen que ser descubiertas y explicadas como si se tratase de verdaderos misterios. Y este carácter de independencia acaba de perfilarse por el hecho de que cada una de estas partes a que nos referimos se atribuye a un elemento específico como medida y fuente especial de ella, al hecho de que cada una de las partes de la plusvalía se hace aparecer como efecto de una causa específica, como accidente de una esencia especial: la ganancia como función del capital, la renta como función de la tierra, el salario como función del trabajo."(22)

Sólo haciendo abstracción de estas formas particulares, concretas, de la plusvalía y de la ganancia, y descubriendo por generalización su *unidad,* su *esencia,* se podía descubrir su naturaleza real y también la ley de su existencia y de su desarrollo. Esta unidad es precisamente la plusvalía. Lo esencial en la ganancia industrial, la renta territorial, el interés, etc., no es el elemento especial propio de cada una de esas formas particulares, sino el elemento común, único, que constituye las formas particulares de apropiación del trabajo no pagado de los obreros.

He aquí por qué Marx dedicó tanta atención al estudio previo de la plusvalía, *independientemente de sus formas particulares.* Por medio de la abstracción, arrojó luz sobre esa base y al mismo tiempo puso igualmente al desnudo la naturaleza de todas las formas particulares que, por diferentes que sean de su base oculta, no son más que otras tantas manifestaciones y expresiones de la misma.

---

(22) C. Marx, *El Capital,* (Historia crítica de la teoría de la plusvalía), t. V, pág. 385, Ed. cit.

Marx procedió de la misma manera para estudiar la ley de la tendencia decreciente de la cuota de ganancia. Indica que toda la economía política anterior fue incapaz de descubrir esta ley, que se perdió en conjeturas sin llegar a explicar ese fenómeno. Y ello, una vez más, porque fue incapaz de examinar esa ley en su universalidad haciendo caso omiso de la disociación de la plusvalía en sus formas particulares. Es imposible entender la ley de la tendencia decreciente de la cuota de ganancia, si no se analiza la plusvalía en forma independiente de la ganancia, si no se tiene en cuenta la división del capital en capital constante y capital variable. En efecto, esta ley es una consecuencia de la elevación de la composición orgánica del capital, es decir, de la reducción relativa de la parte variable del capital y del aumento relativo del capital constante. La reducción relativa de la parte variable del capital, paralelamente al crecimiento del capital total, y en especial en su parte constante, encuentra inevitablemente su expresión en el descenso de la cuota de ganancia, aunque la cuota de plusvalía pueda permanecer constante o incluso aumentar.

"Al exponer esta ley antes de abordar el problema del desdoblamiento de la ganancia en distintas categorías independientes entre sí, lo hacemos intencionalmente. El que la exposición de este problema del desdoblamiento de la ganancia en distintas partes correspondientes a distintas categorías de personas sea algo aparte, demuestra de antemano la independencia de la ley a que nos referimos, en sus términos generales, con respecto a este desdoblamiento y a las relaciones mutuas entre las distintas categorías de ganancia a que da origen. La ganancia a que nos estamos refiriendo no es más que un nombre distinto para expresar la plusvalía misma, la cual se expone solamente en relación con el capital total, y no en relación con el capital variable, del que emana. El descenso de la cuota de ganancia expresa, pues, la proporción decreciente de la plusvalía misma con respecto al capital total invertido y es, por tanto, independiente de cualquier eventual distribución de esta plusvalía entre diversas categorías de beneficiarios."[23]

(23) C. Marx, *El Capital,* t. III, pág. 205, Ed. cit.

III

El resultado de la actividad abstractiva del pensamiento se encarna en los conceptos, en las categorías, en las leyes, formulados por la ciencia y que reflejan las leyes objetivas de la propia realidad. Estos conceptos y categorías que reflejan la esencia del modo de producción capitalista son, para Marx, el valor, la plusvalía, el capital, etc. Cuando Marx dice que lo ideal no es otra cosa que lo material "traducido y transpuesto a la cabeza del hombre",[24] entiende por "transposición" la expresión *generalizada* en los conceptos y en las categorías, de los fenómenos de la realidad objetiva. Existe "transposición" en el sentido de que, en los conceptos formulados por la ciencia, la realidad se aparece, no a través de imágenes directamente percibidas por los sentidos, no bajo la forma de objetos y de fenómenos singulares, sino en su forma *generalizada.*

Sólo en las percepciones, en la intuición inmediata, se presentan los fenómenos y los objetos bajo la forma de imágenes concretas. Pero la intuición inmediata no descubre por sí misma la esencia, la ley de los fenómenos. Este es el elemento común, esencial, que caracteriza a la masa de los fenómenos considerados en su unidad. Y si es así, resulta claro que la forma en la que pueden reflejarse la esencia, la ley de los fenómenos, debe diferir del aspecto que revela su intuición inmediata. El concepto de "mesa" resulta de la transformación por el pensamiento de mesas distintas, concretamente percibidas, porque no las reproduce en sus propiedades particulares sino en su esencia. Desde este punto de vista, la "mesa en general" no se "parece" a las mesas concretas, determinadas. El concepto ofrece una imagen generalizada de la mesa. Pero resulta perfectamente claro que si la "mesa en general" no se parece a las mesas concretas, no por ello es menos reflejo de las mesas realmente existentes. Más aun, precisamente por ello, el concepto de una imagen generalizada de la mesa refleja los objetos de una

(24) C. Marx, *El Capital,* t. I, pág. 14, Ed. cit.

manera más íntima que la representación concreta y sensible de una mesa singular, ya que arroja luz sobre la *esencia* de la masa de mesas singulares.

Por no haber tenido en cuenta el proceso inevitable en el curso del cual el individuo se "funde" en lo general, proceso que se opera en el curso del conocimiento, se puede llegar a la conclusión absurda de que las nociones teóricas, las categorías, en una palabra, todas las abstracciones científicas, son una ficción, una invención de la imaginación humana. Al redactar *El Capital,* Marx debió luchar, no sólo contra las abstracciones idealistas hegelianas, sino también con el menosprecio y la negación vulgares, positivistas, de las abstracciones científicas en el conocimiento. En tanto que Hegel sólo reconocía la importancia de las abstracciones para arrancarlas a la realidad concreta, para adulterarlas y presentarlas como el concepto absoluto, la idea de la cual procede todo el universo, la "ciencia" burguesa vulgar niega las abstracciones científicas para que el conocimiento no penetre en la esencia de los fenómenos y no culmine en conclusiones peligrosas para la existencia del capitalismo.

Uno de los procedimientos empleados por los apologistas de la burguesía en su lucha contra la ciencia, y que Marx debió enfrentar, consistía en tratar de "invención escolástica" el concepto de valor, así como todos los demás conceptos y categorías económicos. Los "imbéciles vulgares", como Marx denominaba a estos "sabios economistas", se hacían pasar por soldados realistas; como reconocían sólo lo que reside en la superficie de los fenómenos, negaban el carácter objetivo de las generalizaciones científicas. Después los enemigos del marxismo usaron a menudo este procedimiento y reprocharon a Marx su "metafísica", su abuso de las "abstracciones especulativas" que "contradicen" la realidad empírica. El valor no puede ser palpado, por lo tanto es el fruto de una "invención escolástica". Nadie ha visto la plusvalía: por lo tanto no es otra cosa que un producto de la imaginación. El trabajo abstracto no puede ser gustado con la lengua, por lo tanto su realidad es mítica. Así

razonaban los antiguos positivistas burgueses, así razonan los actuales enemigos de la ciencia.

Lenin dedicó un artículo especial a uno de los representantes rusos de este positivismo idealista, que encubría bajo la máscara del "empirismo consecuente" y del "buen sentido" la negación idealista subjetiva del mundo exterior y de las leyes objetivas de la ciencia. En el artículo *Otra destrucción del socialismo,* Lenin critica a Struve, que había declarado que el valor "es un fantasma". "La categoría del valor objetivo —escribía Struve— no es, por así decirlo, otra cosa que el doble metafísico de la categoría de precio". Se esforzó en hacer creer que el valor, para Marx, se situaba muy lejos de los fenómenos reales, como una especie de ser sobrenatural. Comparó a Marx con los "realistas" de la Edad Media, según los cuales los conceptos existían por sí mismos, independientemente de los fenómenos, y determinaban el ser de estos fenómenos. En rigor, como lo ha demostrado Lenin, esta comparación caricaturesca de Marx con "realistas" de la Edad Media no tuvo otro objetivo, en Struve, que el de desacreditar la ciencia y sus leyes objetivas. Todos los razonamientos del apologista de la burguesía, Struve, descansan, como lo demuestra Lenin, en el hecho de que "se burla de toda generalización". Y Lenin pulverizó en pocas palabras la "concepción" de Struve y demostró la relación real que existe entre el precio y el valor, entre el fenómeno y su esencia, su ley. Escribe: "El precio es la manifestación de la ley del valor. El valor es la ley de los precios; dicho de otra manera, es la expresión generalizada del fenómeno precio."

Al hacerlo, Lenin no sólo reveló el sentido real del "escepticismo de gran señor" tan a la moda en la "ciencia social burguesa", sino que también demostró la elevada importancia, el contenido objetivo concreto de las generalizaciones científicas. El concepto científico (por ejemplo, el concepto de valor) resulta de una generalización que expresa el elemento "de masa", el elemento "estable" de los fenómenos singulares, concretamente existentes. Este elemento común es extraído de las cosas mismas. Como se expresa bajo la forma de conceptos cien-

tíficos, es mucho más complejo que un fenómeno tomado aisladamente (por ejemplo, el precio de una mercancía determinada), y sólo los adversarios de la ciencia pueden asimilar las generalizaciones de una teoría científica a los fantasmas.

A diferencia de las abstracciones especulativas de los idealistas, las abstracciones de Marx no dejan de lado el carácter específico de los objetos estudiados; incluyen en sí la riqueza de lo singular y de lo particular. En Marx, la abstracción expresa siempre la esencia de la historia, la quintaesencia de las condiciones históricas en las que aparece, existe y se desarrolla el objeto. Trata de arrojar luz, de descubrir, por la generalización de lo individual, el elemento esencial y *específico* que caracteriza los procesos estudiados. Ideas generales como la plusvalía, el capital, el trabajo necesario y el sobretrabajo, la acumulación capitalista, etc., sirven para el estudio del elemento *específico* que distingue el modo de producción capitalista de los otros modos de producción.

Es preciso hacer notar que la filosofía burguesa actual se lanza contra las generalizaciones científicas, no sólo en las ciencias sociales, sino también en las teorías relativas a las ciencias de la naturaleza. En su artículo contra Struve, así como en la crítica de las concepciones de Mach contenida en *Materialismo y empiriocriticismo,* Lenin subrayó con muchísima justeza y perspicacia la tendencia dominante de la filosofía burguesa moderna. Esta tendencia consiste en afirmar que toda generalización científica, toda abstracción científica, desnaturaliza los "hechos", se aparta de los "hechos", etc.

El filo de este "empirismo" del cual tanto hablan los filósofos contemporáneos está dirigido contra las generalizaciones científicas, es decir, contra el objetivo de la ciencia, que es descubrir las leyes objetivas de la naturaleza y de la sociedad. Sólo reconocen los "hechos". Pero sus "hechos" no son los de la realidad misma, que existen independientemente de las sensaciones y de las representaciones humanas; son las sensaciones, las emociones del sujeto, que ellos proclaman como única realidad. Se consideran "empiristas" porque no reconocen la existencia de lo que no se puede ver, palpar, o sea,

dicho de otro modo, que las cosas sólo existen mientras se dan en las sensaciones, en las percepciones. Todo lo que no puede ser percibido por los sentidos no existe. El "positivismo lógico", el idealismo "semántico", etc., no son más que una reedición de una filosofía desde hace tiempo reducida a polvo por el materialismo, la filosofía de Berkeley con su principio: "Existir es ser percibido".

Desde el punto de vista de este "empirismo", todo concepto científico relativo a las ciencias de la naturaleza es un fantasma, porque expresa la realidad objetiva, que existe independientemente de las sensaciones humanas. Por ejemplo, para esos "empiristas", la materia es uno de esos "fantasmas", porque su existencia no puede ser objeto de una "verificación empírica" en el sentido en que lo entienden los filósofos burgueses.

Los idealistas se encarnizan contra las generalizaciones y las abstracciones científicas. Como lo general no nos es dado en forma directa por las sensaciones y las percepciones, como no puede ser "fotografiado", entonces, y si se cree en las afirmaciones de ellos, es una invención escolástica. Los hombres, dicen los idealistas-semánticos contemporáneos, crean abstracciones, les dan una designación verbal y las convierten en realidades. En rigor, las abstracciones no son otra cosa que palabras, cuya tiranía engendraría las disensiones entre los hombres, las guerras, las crisis y otras calamidades. Según Stewart Chase, los términos abstractos son personificados, cosa que los convierte en realidades ardientes, en lucha. Tales son, dice, las nociones abstractas de patria, de nación, de ley, de capital, de comunismo, etc.

Chase hace carrera en la ciencia económica, y es evidente que no deja de aplicar el idealismo "semántico" a la economía política. De tal modo, el valor es para él una palabra sin contenido real. Considera el valor separado del precio como una noción mística. En cuanto al capital, como no puede ser fotografiado, no existe.

Pero el capital no es el único que no puede ser fotografiado; también sucede lo mismo con la ley de la gravitación, ¿y

acaso puede decirse que ésta no sea una realidad? Ningún idealista del campo de los "positivistas lógicos" contemporáneos o de los "idealistas semánticos" se atrevería por cierto a calificar de ficción el concepto de "mesa", porque todo hombre sano de espíritu lo tomaría por un loco o un charlatán. Pero cuando se trata de conceptos o de categorías más complejos, que se relacionan con problemas cardinales de la concepción del mundo, y por consiguiente también con los intereses de clase de la burguesía, los idealistas no retroceden ante ninguna treta. Y esto a pesar de que, desde el punto de vista de la formación de los conceptos que dan expresión generalizada de los fenómenos, no existe diferencia alguna de principio entre el concepto de "mesa" y los conceptos de "materia", "valor", etc.

Es indudable que la "materia en general", es decir, la materia considerada fuera de sus numerosas y diversas manifestaciones concretas, es una abstracción científica, y que no se puede "ver" una abstracción. Pero esta abstracción científica refleja la misma realidad objetiva que nuestras sensaciones; la única diferencia reside en que la refleja en forma mucho más íntima. Y ello precisamente porque las abstracciones ofrecen expresiones generalizadas de los fenómenos diversos, concretos, en su unidad, y por eso no se las puede ver, ni sentir, ni fotografiar. ¿Pero quiere decir esto que lo que ellas generalizan es menos real que los fenómenos singulares vistos y percibidos en forma directa? Una abstracción científica no es más que el reflejo de los mismos fenómenos singulares, concretos, considerados en su aspecto más importante y en sus vinculaciones más esenciales, estudiados desde el punto de vista de la ley que los rige, de su necesidad. Es por ello que, aunque lo general no pueda ser "visto" directamente, en tanto que lo singular, lo concreto, sí lo es, nos muestra sin embargo las cosas de manera más profunda que la simple percepción sensible.

En los conceptos, las categorías y las leyes de la ciencia, los objetos y los fenómenos singulares, concretos, no aparecen en toda la multiplicidad de sus propiedades y relaciones, sino sólo en sus propiedades y relaciones esenciales. Se puede decir que el pensamiento refunde lo singular, lo concreto, en lo general, pero que los refunde conforme a su naturaleza objetiva.

En el curso del proceso de abstracción, lo singular pierde su forma singular, concreta, cosa que también hace desaparecer la semejanza directa entre lo general, lo abstracto, por una parte, y lo singular, lo concreto, por otra parte. Y sin embargo, gracias a este proceso adquiere el pensamiento un conocimiento mejor, más profundo, de lo singular y de lo concreto mismo, porque la abstracción científica sólo deja de lado el aspecto superficial, contingente, inesencial de los fenómenos, y pone al desnudo su contenido oculto, su esencia.

Es evidente que la abstracción parece "más pobre", "más seca" que la realidad percibida en forma directa. Pero en primer lugar esta "sequedad" es compensada por un reflejo de la realidad mucho más profundo que el que proporciona la percepción directa. Y en segundo término, la abstracción no es un objetivo en sí misma, sino un medio de conocer más íntima, más completamente, el mundo concreto de las cosas en toda su complejidad. Así aprendemos a conocer las leyes, no por sí mismas, sino para mejor comprender con su ayuda el complejo mundo de las cosas y de los fenómenos. El conocimiento va, pues, de lo abstracto a lo concreto apoyándose en la esencia entendida de las cosas para concebirlas en toda su complejidad y su diversidad.

El engañoso juego por medio del cual los idealistas de otrora, como los de hoy, combaten las generalizaciones científicas y quieren hacer pasar las abstracciones por ficciones, por fantasmas, se reduce a lo siguiente: lo general, deducido por abstracción de las cosas concretas, singulares, es opuesto por ellos a estas últimas como algo independiente, que existiría fuera de lo singular. Desde este punto de vista, el valor en general existiría en forma autónoma, independiente de los valores de las mercancías singulares, la "materia en general" sería independiente de los objetos materiales singulares, el capital estaría separado de cada una de sus manifestaciones singulares, etc.

Dicho de otro modo, todo es presentado como si la esencia de las cosas existiese fuera de sus manifestaciones, lo general fuera de lo singular, la ley fuera de sus manifestaciones concretas.

Esto es precisamente lo que Lenin reveló en Struve. Según este último, Marx habría considerado al valor como independiente del precio, como valor en sí y como precio en sí.

En rigor, lo general, en cuanto esencia de las cosas, no puede existir independientemente de sus manifestaciones concretas. El valor se manifiesta en los precios, y el precio expresa el valor. Este ejemplo muestra la relación que existe siempre entre lo general y lo singular.

Sólo un idealista puede tratar de confundir lo general con un sujeto independiente que flote por encima de las cosas particulares. En realidad, lo general sólo existe en lo particular, porque expresa los aspectos y propiedades, idénticos, esenciales, propios de las cosas particulares. Los idealistas falsifican las leyes al hacerlas pasar por algo autónomo e independiente de lo fenómenos concretos, en tanto que no son otra cosa que la expresión de las relaciones y los vínculos mutuos esenciales que existen entre dichos fenómenos. La ley no puede ocupar un lugar autónomo. Existe y ejerce su acción en todo y por todo, en cada relación recíproca concreta entre las cosas y los fenómenos, en la medida en que existen las condiciones necesarias. Los que ven el criterio de la realidad de las leyes y de todas las otras relaciones descubiertas por medio de las abstracciones científicas en la posibilidad de "fotografiarlas" o de palparlas como se palpa un par de zapatos, desnaturalizan la ciencia y el conocimiento científico; desacreditan el mejor instrumento del conocimiento, la abstracción científica.

La autenticidad de las leyes de la ciencia es confirmada por la práctica. Toda la actividad práctica de la humanidad contemporánea, la técnica altamente desarrollada de la industria, la producción de los medios de existencia, se basan en las leyes descubiertas por la ciencia. Privada del conocimiento de esas leyes, la humanidad retrocedería en varios milenios y volvería al estado salvaje. Esto indica la vanidad de los esfuerzos desplegados por los filósofos idealistas que tratan, con la ayuda de algunas frases, de refutar y de desacreditar las grandes realizaciones de la ciencia.

Es preciso subrayar que los negadores encarnizados de las abstracciones científicas, como del conocimiento racional en su conjunto, cuentan en la actualidad en sus filas, no sólo a los idealistas declarados de la burguesía, sino también a los dirigentes socialistas de derecha. Estos atacan el marxismo porque el marxismo reconoce la inmensa fuerza del pensamiento abstracto. Afirman que la razón ha demostrado su debilidad, su incapacidad para dirigir el conocimiento y la actividad práctica. El siglo del dominio de la razón habría terminado ya, según numerosos socialistas de derecha, y nos encontraríamos ahora en el siglo de la fe en ciertos valores absolutos del universo, en el siglo de la unión entre la ciencia y la fe religiosa.

Las páginas de sus revistas y de sus libros abundan en digresiones sobre los "límites del pensamiento", las pretensiones sin fundamento de la razón, etc. Sus artículos y sus libros proclaman en coro y a voz en cuello que todas las desdichas de los trabajadores provienen del hecho de que el hombre ha perdido su "centro espiritual", su "mundo de símbolos ideales", y que la libertad de la razón es la "libertad de la desigualdad", en tanto que la igualdad completa exige para su advenimiento que se reconozcan límites a la razón, etc.

La lucha contra la razón, contra el conocimiento científico, es necesaria para poder clasificar entre las "vanas abstracciones" a ciertas cosas desagradables y sin embargo sumamente reales. Así es como se ha ubicado entre las "abstracciones" inexistentes... a la clase obrera; y se ha mostrado indignación por el hecho de que todavía existan personas que hablan de los "obreros", de la "clase obrera" y aun de la "unidad de la clase obrera". En rigor, se afirma, la clase obrera no existe; es un mito. Algunos socialistas de derecha alemanes comparan a los que reconocen la existencia de la clase obrera con los nazis, que no veían en el hombre otra cosa que el ario, el francés, etc. Llegan a la conclusión de que "la idea abstracta de clase obrera" no puede ser el fundamento de una "política socialista" y que una presunta solidaridad de los hombres, independiente de toda consideración de clase, debería remplazar a la solidaridad del proletariado.

Estas afirmaciones exhiben con suma claridad el objetivo que se persigue. Se trata de minar la convicción que tienen los obreros de la comunidad de sus intereses de clase fundamentales y de la oposición de estos intereses a los de la burguesía.

En su lucha contra las abstracciones científicas que reflejan fielmente la realidad concreta, lucha emprendida bajo el disfraz de "empirismo", los enemigos del marxismo no retroceden ante las abstracciones más especulativas, en las que desaparecen las fronteras cualitativas entre fenómenos opuestos. Así sucede con el concepto de "trabajadores". En esta categoría se ubica a todos los hombres, independientemente del lugar ocupado por tal o cual grupo humano en la producción social. Desde este punto de vista, capitalistas y obreros son, unos y otros, "trabajadores". Esta operación permite luego proclamar la desaparición de la oposición de clase y de la lucha de las clases.

Todas estas charlatanerías tratan de eliminar las fronteras cualitativas que separan al proletariado de su enemigo inconciliable: la burguesía. En ciertos casos, la operación adopta por enseña la defensa del "empirismo", del "positivismo", la negación de la razón. La clase obrera y la burguesía son proclamadas entonces como abstracciones inexistentes, inventadas en su totalidad. En otros casos se recurre, con el mismo fin, a las especulaciones aventuradas. Entonces exhuman viejas armas enmohecidas, como el imperativo categórico de Kant, y declaran que la base fundamental de la política socialista no está constituida por los intereses materiales, sino por la conciencia del imperativo categórico.

Sería vano tratar de buscar un principio cualquiera en esta "filosofía". La combinación carente de principios de los puntos de vista idealistas más heteróclitos es su único "principio".

Después de haber precisado la importancia que Marx atribuía en su estudio del capital a la fuerza de abstracción, es indispensable examinar ahora las formas en que entendía el proceso de reproducción de la diversidad concreta de los fenó-

menos en el pensamiento. La respuesta a este problema puede darla, no el examen de tal o cual aspecto particular de su método de estudio, sino dicho método tomado en su conjunto; no tal o cual grado aislado del proceso del conocimiento, sino el conjunto del proceso.

En este sentido, *El Capital* representa un grandísimo valor para la teoría del conocimiento del materialismo dialéctico.

CAPITULO VIII

LA ELABORACION EN "EL CAPITAL" DEL METODO DE ESTUDIO LOGICO. EL PROBLEMA DE LO ABSTRACTO Y LO CONCRETO EN EL CONOCIMIENTO

En la *Contribución a la crítica de la economía política,* Marx enuncia una serie de consideraciones de la más elevada importancia, que permiten entender qué método de estudio científico juzga más seguro.

Marx señala dos métodos posibles. El primero parte de lo concreto, por ejemplo, de la población como base de todo el proceso social de producción. Pero Marx considera erróneo este método, porque no se puede saber nada sustancial respecto de la población, es decir, respecto del elemento concreto, si no se conocen los elementos por los cuales está constituida, por ejemplo, las clases; y las clases, a su vez, sólo serían una palabra vacía si se ignoraran los elementos sobre los cuales reposan: trabajo asalariado, capital, etc. El capital, a su vez, es un fenómeno complejo, imposible de entender sin el análisis de sus aspectos: valor, dinero, precio, etc.

"Por lo tanto —concluye Marx—, si se comenzase así por la población, se tendría una representación caótica del todo, y, por una determinación más precisa, por el análisis, se llegaría a conceptos cada vez más sencillos; de lo concreto figurado se pasaría a abstracciones cada vez más sutiles, hasta llegar a las determinaciones más sencillas. A partir de ahí sería preciso

rehacer el camino hacia atrás, hasta llegar finalmente, una vez más, a la población, pero ésta no sería ahora la representación caótica de un todo, sino una rica totalidad de determinaciones y de numerosas relaciones."[1]

El segundo método, por el contrario, le parece justo desde el punto de vista científico. Lo denomina "método de elevación de lo abstracto a lo concreto". Marx indica que tanto uno como otro método han sido empleados en el estudio de la economía política. El primero caracteriza a los economistas del siglo XVII; el segundo, a los del XVIII. Pero en rigor, sólo en Marx recibió este último método un perfeccionamiento verdaderamente científico, profundizado y desarrollado en todos sus aspectos. *El Capital* es un brillante ejemplo de este método, en su aplicación al análisis de la formación capitalista.

En sus *Glosas marginales al "Tratado de economía política" de Adolfo Wagner,* Marx dice de su método que es analítico. En un análisis de la obra de Marx, *Contribución a la crítica de la economía política,* Engels califica este método de lógico.

El concepto de método lógico es sinónimo en Engels de lo que Marx ha denominado método analítico. Por esta razón, el método de estudio aplicado y perfeccionado en *El Capital* puede ser denominado, según se prefiera, "analítico" o "lógico". No puede ser considerado como un método nuevo e independiente, aparte del método materialista dialéctico. No es otra cosa que la expresión concreta del método dialéctico que responde al importante problema siguiente: ¿cómo, por qué medios, debe efectuarse el estudio científico de la realidad objetiva?

¿Cuál es, entonces, la esencia del método de estudio analítico o lógico?

(1) C. Marx, *Contribución a la crítica de la economía política,* pág. 213, Ed. rusa.

I

Para Marx, el método analítico es un método de estudio de la realidad en el cual el pensamiento va de lo abstracto a lo concreto (es decir, de determinaciones abstractas elementales establecidas por el análisis de las determinaciones cada vez más concretas y complejas) reproduciendo gradualmente la realidad en toda su plenitud. Se podría creer que en el método analítico el punto de partida, el punto inicial del conocimiento, es la abstracción. Sería un error. Por simple que sea, la abstracción no puede, como se explicó en el capítulo precedente, ser el *principio* del proceso del conocimiento. La abstracción resulta siempre de la elaboración, en el pensamiento, de imágenes y representaciones sensoriales. El punto de partida real del conocimiento no puede ser otro que la percepción de lo concreto. ¿Pero no existe entonces contradicción entre la necesidad de elevarse de lo abstracto a lo concreto y el principio materialista indiscutible según el cual el conocimiento empieza por la percepción sensorial de la realidad concreta viva?

En su *Contribución a la crítica de la economía política,* Marx proporciona una respuesta exhaustiva a esta pregunta: "Lo concreto es concreto porque es la síntesis de múltiples determianciones y, por lo tanto, unidad de la diversidad. Por eso aparece en el pensamiento como proceso de síntesis, como resultado, no como punto de partida, *aunque sea el verdadero punto de partida y por consiguiente, asimismo, el punto de partida de la visión inmediata y de la representación.*"(2)

De este texto surge con claridad que el método analítico o lógico de Marx niega lo concreto como punto de partida del conocimiento, sólo en el sentido de que por ser "la unidad de lo diverso", la "síntesis de múltiples determinaciones", es decir, un todo complejo y vivo, compuesto de numerosos as-

(2) C. Marx, *Contribución a la crítica de la economía política*, pág. 213, Ed. rusa. (Subrayado nuestro. - M. R.).

pectos y propiedades, no puede ser entendido de una sola vez. Para estudiar ese todo es indispensable disociarlo, por medio del análisis, en sus diferentes aspectos y partes constitutivos, estudiar por separado cada uno de esos aspectos y partes, y sólo después de ello volver a asociarlos en el pensamiento, representar el todo concreto en toda la riqueza de sus determinaciones. No existe otro camino para el estudio de lo concreto. Por lo tanto, sólo en el pensamiento "aparece lo concreto como proceso de síntesis, como resultado y no como punto de partida..."

No sólo el pensamiento del individuo singular, el curso individual del conocimiento, es el que sigue este camino. También así se ha desarrollado históricamente el conocimiento de toda la humanidad. La humanidad se encontraba ante un todo complejo y diverso: la naturaleza. Se entiende, entonces, que el pensamiento humano no pudiese reproducir de una sola vez la naturaleza en toda su riqueza, en toda su complejidad. La historia del desarrollo de la ciencia conoce un larguísimo período durante el cual el método de estudio dominante fue el análisis de las partes y de los aspectos del todo llamado naturaleza. Este período se abrió con la segunda mitad del siglo XV y terminó, en general, con los finales del XVIII.

La gran idea de la unidad del mundo, que dio a la ciencia una base sólida, la idea según la cual todos los fenómenos tan diversos de la naturaleza son una expresión de la misma materia en perpetua evolución y trasformación de una forma en otra, sólo fue descubierta a mediados del siglo pasado. Se entiende que el proceso del conocimiento de la naturaleza no había terminado en esa época, como no podía terminar en ningún otro momento. Pero a mediados del siglo XIX las ciencias de la naturaleza aparecen ya como una ciencia que vincula en un gran todo el conjunto de los procesos de la naturaleza. Dicho de otra manera, la naturaleza, considerada como algo concreto, como la "unidad de lo diverso", es de ese modo reproducida en el pensamiento como un resultado, y no como el punto de partida del conocimiento.

Así, en el acto aislado, singular, del estudio de la realidad, como en el desarrollo histórico del conocimiento, lo concreto

no puede ser reproducido en el pensamiento a no ser como un resultado, y en modo alguno como el comienzo del conocimiento.

Si lo concreto no puede ser el punto de partida del conocimiento, es, sin embargo el punto de partida en la realidad misma, y por consiguiente es también el punto de partida de la intuición y de la representación. Esta tesis de Marx tiene una importancia capital de principio. Está dirigida contra la deformación idealista del proceso del conocimiento e indica la única base científica —materialista— del conocimiento. Marx critica a Hegel, para quien el movimiento del pensamiento de lo abstracto a lo concreto es el proceso del devenir de lo concreto en *la propia realidad práctica.* Como consideraba al pensamiento —al cual adultera bajo la forma de "idea absoluta"— como el primer elemento y a la realidad práctica como el segundo, Hegel afirmaba que el mundo real nace y se desarrolla yendo de lo simple a lo complejo y a lo concreto *como resultado* del desarrollo de las categorías de la lógica, de las categrías del pensamiento.

"...mientras que el método que consiste en elevarse de lo abstracto a lo concreto no es para el pensamiento otra cosa que la manera de apropiarse de lo concreto, de reproducirlo bajo la forma de lo concreto pensado. Pero éste no es en modo alguno el proceso de la génesis de lo concreto mismo."(3)

Lo concreto es el punto de partida en el seno de la realidad misma. Existe como un todo concreto antes de todo conocimiento y fuera de todo conocimiento. El proceso de estudio y de conocimiento no es otra cosa que su reproducción por el *espíritu,* por el *pensamiento,* y no el devenir efectivo de esa cosa concreta. El objeto real, conocido por el pensamiento, subsiste constantemente fuera de la conciencia; dotado de existencia independiente, debe ser constantemente la premisa de nuestra representación. Por consiguiente, el conocimiento no se relaciona con el pensamiento puro, sino con

---

(3) C. Marx, *Contribución a la crítica de la economía política,* pág. 214, Ed. rusa.

la realidad práctica, con la naturaleza, con la sociedad; esto es lo que ella conoce, y ninguna otra cosa. El camino complejo seguido por el pensamiento comienza por el conocimiento de la realidad práctica. Al principio de ese camino el pensamiento no es todavía capaz de representar dicha realidad en toda su diversidad concreta; sólo lo logra al finalizarlo.

Resulta claro que siendo el punto de partida en la realidad, lo concreto es también, debido a ello, el punto de partida del conocimiento mismo.

Lo concreto, según Marx, es también el punto de partida del conocimiento en el sentido de que todo estudio de los fenómenos no conocidos aún empieza por percepciones sensibles y por representaciones de esos fenómenos, vale decir, por percepciones sensoriales de lo concreto. Sin esa etapa, o sin ese grado del conocimiento, no podemos saber nada de la realidad. El mundo real entra en nuestra conciencia por la vía de las sensaciones y de las percepciones que nacen en el curso de la acción práctica de los hombres sobre la naturaleza a fin de someterlas a sus necesidades. En cuanto a las abstracciones, sólo nacen sobre la base de la elaboración, por el pensamiento, de los datos proporcionados por los órganos sensoriales. El concepto más sencillo, resultante de la actividad abstractiva del pensamiento, exige para su formación la intuición viva, directa, de objetos concretos. Ningún concepto puede nacer fuera de esa intuición y representación sensorial. Fuera de las imágenes, de las percepciones, de las representaciones sensoriales, el pensamiento se halla privado de todo contenido.

Esto es lo que entiende Marx cuando declara que hallándose el punto de partida en el seno mismo de la realidad, lo concreto es también, por consiguiente, el punto de partida de la intuición y de la representación.

Al criticar a los idealistas que se imaginan que el todo concreto es producto de un autodesarrollo del concepto puro, Marx escribe que "...la totalidad concreta, como totalidad pensada, como representación mental de lo concreto, es en rigor un producto del pensamiento, de la concepción; por el contrario, no es en modo alguno producto del concepto que

se engendraría por sí mismo, que pensaría fuera y por encima de la visión inmediata y de la representación, sino un producto de la elaboración de conceptos a partir de la visión inmediata y de la representación."(4)

Así, para Marx, el concepto, la abstracción científica, es la elaboración de la intuición, de la representación surgida de la acción inmediata del mundo objetivo sobre los órganos de los sentidos, sobre el cerebro del hombre. De ello se sigue que el punto de partida del conocimiento no es la abstracción, el pensamiento abstracto, sino la intuición sensorial, viva, la representación directa de lo concreto. Por este motivo Lenin, al definir los caminos que llevan al conocimiento de la verdad objetiva, indicaba también que el conocimiento va de la intuición viva al pensamiento abstracto.

El vínculo existente entre lo abstracto y lo concreto aparecerá con mayor claridad aun si se considera que toda abstracción supone la existencia de un todo concreto pues aquella resulta del análisis de ese todo, de la separación de una parte, de un aspecto, de una propiedad del todo. Por ejemplo, una categoría económica tan elemental como el valor de cambio supone una población que se dedica a la producción en condiciones determinadas, así como formas determinadas de la familia, de la comunidad o del Estado, etc. Esa categoría sólo puede existir como el reflejo abstracto, unilateral, de un todo vivo y concreto ya dado.

Como la abstracción es una parte de un todo vivo concreto, se entiende que para formar una abstracción sea preciso haber tocado, visto, percibido de antemano ese todo vivo y concreto.

Si se quisiera caracterizar el conjunto del método de investigación de Marx, se lo podría hacer de la siguiente manera: es el movimiento del pensamiento que va de lo concreto en la percepción a lo abstracto, y de lo abstracto de nuevo a lo concreto, pero entendido esta vez sobre una base nueva superior. En este movimiento del conocimiento de lo concreto

(4) C. Marx, *Contribución a la crítica de la economía política,* pág. 214, Ed. rusa.

a lo abstracto, y de este último a lo concreto superior, se manifiesta la ley de la negación de la negación. Ahí reside la esencia del método analítico. Es cierto que en *El Capital* mismo el método de Marx se presenta sobre todo como elevación de lo abstracto a lo concreto. Pero Marx explica por qué el primer grado de la investigación —el análisis detallado del todo concreto con vistas a abstraer ciertas determinaciones generales— no figura en *El Capital.*

"Claro está —escribe Marx— que el método de exposición debe distinguirse formalmente del método de investigación. La investigación ha de tender a asimilarse en detalle la materia investigada, a analizar sus diversas formas de desarrollo y a descubrir sus nexos internos. Sólo después de coronada esta labor puede el investigador proceder a exponer adecuadamente el movimiento real."(5)

Antes de formar abstracciones hacía falta entonces, asimilar la materia misma en todos sus detalles, analizarla. Este trabajo no se refleja de manera integral en *El Capital.* Pero la asimilación de la materia en todos sus detalles no es otra cosa que el movimiento del conocimiento, de lo concreto a lo abstracto. Por lo demás, en *El Capital* mismo comprobamos a cada instante ese movimiento. Así, Marx comienza por estudiar la mercancía. Es evidente que la "célula" inicial, la mercancía, es ya extraída por abstracción de toda la diversidad concreta del modo de producción capitalista. Esta célula es una abstracción en relación con el organismo capitalista tomado en su conjunto. En *El Capital* no vemos el trabajo que ha culminado en esta abstracción, en esta determinación elemental. Marx nos entrega en pocas palabras el resultado del trabajo de análisis que lo condujo a ese principio capital de que la riqueza de una sociedad en la que reina el modo de producción capitalista es una "inmensa acumulación de mercancías", cada una de las cuales constituye "su forma elemental".

Pero si la mercancía es una abstracción en relación con el todo vivo y concreto, tomado en su conjunto, constituye

(5) C. Marx, *El Capital,* t. I, pág. 14, Ed. cit.

por sí misma un fenómeno concreto más o menos complejo en relación con otras determinaciones aun más abstractas, aun más descompuestas. Por ello dice Marx que la mercancía es el elemento económico concreto elemental. Parte de ahí para culminar, por medio del análisis, en determinaciones aun más abstractas: el valor de uso y el valor de cambio.

Si bien es el fruto de una abstracción más profunda que la mercancía, el valor de cambio es, a su vez, presentado en primer lugar en *El Capital* como una relación concreta. La forma en que Marx estudia el valor de cambio refleja, como en un espejo, todo su método analítico. El proceso de análisis de este problema importante, pero particular, refleja en cierta forma el proceso de análisis del modo de producción capitalista.

Marx comienza por tomar el valor de cambio tal como se expresa directamente en la superficie de los fenómenos, bajo el aspecto de la proporción en que los valores de uso de cierta especie son cambiados por los valores de uso de otra especie.

Dicho de otra manera, el conocimiento comienza con el fenómeno concreto. Como se ha visto en el capítulo precedente, Marx establece, con la ayuda de la abstracción científica, que la base oculta, la esencia del valor de cambio, es el valor. El valor es una abstracción en relación con el valor de cambio. Marx pasa entonces de lo concreto a lo abstracto, del valor de cambio al valor. Pero no se detiene ahí. Una vez que ha establecido que las relaciones de cambio de dos mercancías disimulan el valor como trabajo cristalizado, vuelve inmediatamente al valor de cambio. Debe demostrar que el valor se manifiesta necesariamente bajo la forma de valor de cambio. "...en nuestra investigación —escribe Marx— comenzamos estudiando el valor de cambio o relación de cambio de las mercancías para descubrir, encerrado en esta relación, su valor. Ahora no tenemos más remedio que retrotraernos nuevamente a esta forma o manifestación de valor."[6] Y Marx analiza en detalle el desarrollo de las formas de valor con la

(6) C. Marx, *El Capital*, t. I, pág. 43, Ed. cit.

aparición del dinero. El valor encuentra su expresión en el dinero, "forma acabada del mundo mercantil". De lo abstracto, el valor, Marx vuelve entonces a lo concreto, al valor de cambio, a las formas de expresión del valor, al dinero. Pero lo concreto es reproducido ahora sobre una base mucho más profunda; es enriquecido por los resultados que ha obtenido la fuerza de abstracción, por el conocimiento del hecho de que el valor de cambio es una forma de expresión del valor.

Este ejemplo ilustra en forma notable el principio aparentemente contradictorio, enunciado por Marx en forma teórica general, en la *Contribución a la crítica de la economía política,* según el cual el todo concreto interviene en el conocimiento, a la vez como punto de partida y como resultado. El valor de cambio como elemento concreto es el punto de partida del conocimiento, porque éste se relaciona con la realidad práctica que toma como objeto de sus investigaciones. En cuanto a la realidad práctica, se presenta a la mirada humana en toda su complejidad concreta. Pero al comienzo ese elemento concreto no está todavía dividido en sus partes componentes ni analizado, y por lo tanto no es conocido aún. La actividad abstractiva del pensamiento descubre los procesos profundos, que escapan a la intuición inmediata de lo concreto, y permite volver a lo concreto, al valor de cambio, entendido esta vez como la unidad de lo diverso. Desde este punto de vista, el valor de cambio, como elemento concreto, no puede ser otra cosa que un *resultado,* es decir, el resultado del conocimiento de lo concreto por el pensamiento.

En el capítulo I del libro primero de *El Capital,* Marx hace una observación de la mayor importancia, que permite entender cómo se basa el método analítico en el movimiento del pensamiento de lo concreto a lo abstracto y de lo abstracto a lo a lo concreto.

"Las reflexiones acerca de la vida humana, incluyendo por tanto el análisis científico de ésta —escribe Marx—, siguen en general un camino opuesto al curso real de las cosas. Comienza *post festum* y arranca, por tanto, de los resultados ya logrados del proceso histórico. Las formas que convierten a los pro-

ductos de trabajo en mercancías y que, como es natural, presuponen la circulación de éstas, poseen ya la firmeza de formas naturales de la vida social antes de que los hombres se esfuercen por explicarse, no el carácter histórico de estas formas que consideran ya algo inmutable, sino su contenido. Así se comprende que fuese simplemente el análisis de los precios de las mercancías lo que llevó a los hombres a investigar la determinación de la magnitud del valor, y la expresión colectiva en dinero de las mercancías, lo que les movió a fijar su carácter valorativo. Pero esta forma acabada —la forma dinero— del mundo de las mercancías, lejos de revelar el carácter social de los trabajos privados, y por tanto, las relaciones sociales entre los productores privados, lo que hace es encubrirlas."(7)

De tal modo, el análisis científico de las formas de la vida social parte, como lo indica Marx, de datos ya "establecidos totalmente", es decir, del todo concreto existente, tal como se ha constituido en el curso del proceso de desarrollo. El valor sólo podía ser descubierto por el análisis de los precios de las mercancías, de la expresión general en dinero de las mercancías, es decir, de lo concreto. Pero lo concreto mismo, considerado inicialmente bajo su aspecto inmediato, impide descubrir la verdadera esencia de los fenómenos y "no hace otra cosa que encubrirlos". El movimiento del pensamiento, de lo concreto a lo abstracto, permite estudiar las relaciones esenciales liberándolas de las circunstancias accesorias. Pertrechado con el conocimiento de los fenómenos, vuelve de lo abstracto a lo concreto para una investigación profundizada y general de la "totalidad concreta".

Marx sigue este camino para el estudio no sólo del valor, sino también de la plusvalía y del capital. Empieza por la forma concreta del movimiento del capital, tal como se presenta en la superficie, en la esfera de la circulación. El dinero que ha pasado a la circulación rinde dinero suplementario, ganancia: D-M-D'. El investigador ve nacer esta forma concreta del mo-

(7) C. Marx, *El Capital,* t. I, pág. 65, Ed. cit.

vimiento del capital. Por ella debe comenzar, ella es la que debe estudiar, y en ese caso lo concreto es el punto de partida del proceso del conocimiento.

Un examen más profundo de esta forma concreta del movimiento del capital la revela misteriosa e incomprensible. Resulta que el capital no puede nacer, a la vez, ni en la circulación ni fuera de ella. Utilizando la abstracción, Marx descubre el secreto de la plusvalía. Después de haber demostrado que el capital crece porque el capitalista encuentra en el mercado una mercancía específica, la fuerza de trabajo, que crea plusvalía en la esfera de la producción (y sólo en dicha esfera), Marx vuelve al problema formulado y comprueba que ha sido solucionado en todos sus puntos. Parece volver a la forma concreta del movimiento del capital, a la fórmula D-M-D', pero con la diferencia de que ésta no contiene ya nada misterioso ni incomprensible.

Se podrían citar otros ejemplos que demostrarían que el método analítico de Marx, considerado en su conjunto, toma como punto de partida del conocimiento el análisis de la diversidad concreta de los fenómenos, pasa luego de lo concreto a lo abstracto para encontrar las determinaciones más generales que revelen su esencia, su ley, y finalmente se eleva de lo abstracto a lo concreto, reproduciendo la realidad en toda su plenitud, como unidad de las leyes y de las formas concretas de su manifestación.

Faltaría contestar a la pregunta formulada más arriba: ¿Por qué dice Marx que su método consiste en elevarse de lo abstracto a lo concreto? Para hacerlo no debemos perder de vista ninguno de los dos puntos siguientes. En primer lugar, para el materialista Marx es indudable que toda abstracción resulta del análisis de lo concreto, de la elaboración de los datos de la intuición inmediata y de la representación, y es un reflejo unilateral de un todo vivo y concreto ya dado. En segundo término, la tesis según la cual el único método correcto desde el punto de vista científico consiste en elevarse de lo abstracto a lo concreto, estaba dirigida contra Smith, Ricardo y los otros economistas, que no habían sabido aplicar

en forma sistemática este método en sus investigaciones y que habían confundido las relaciones abstractas y las relaciones concretas, cometiendo de tal modo gravísimos errores; dicha confusión fue la fuente de su incapacidad para resolver los principales problemas teóricos que surgían de la economía política del capitalismo. Por este motivo, el segundo aspecto de este procedimiento de investigación, la marcha ascendente de lo abstracto a lo concreto, revestía una enorme importancia.

Smith y Ricardo edificaron también sus sistemas económicos ascendiendo a partir de ciertas determinaciones abstractas elementales, hasta llegar a otras determinaciones más concretas. Por ejemplo, Smith expuso su teoría empezando por la división del trabajo, del valor, del dinero, y pasó luego a la renta territorial, a la acumulación del capital, etc. Ricardo siguió también un camino que llevaba de lo abstracto a lo concreto: del valor a la renta, al salario, a la ganancia, al comercio mundial, etc. A Ricardo y a Smith se refiere Marx antes que a nadie cuando, después de haber mostrado que los economistas del pasado, anteriores a ellos, se limitaban por lo general a disociar el todo vivo en relaciones abstractas elementales tales como la división del trabajo, el dinero, el valor, etc., escribe:

"En cuanto estos factores aislados fueron más o menos fijados y abstraídos, comenzaron los sistemas económicos que parten de nociones simples tales como el trabajo, la división del trabajo, la necesidad, el valor de cambio, para elevarse hasta el Estado, los intercambios entre naciones y el mercado mundial."[8]

Pero Smith y Ricardo no supieron entender la verdadera relación mutua de lo abstracto y lo concreto, las relaciones universales abstractas determinantes y las más concretas que actúan en forma directa en la vida real, por ejemplo, del valor de cambio con los precios de producción, del valor con la renta territorial, de la plusvalía con la ganancia, etc. De

(8) C. Marx, *Contribución a la crítica de la economía política*, pág. 213, Ed. rusa.

tal modo, los mejores economistas burgueses no entendieron que la esencia y las formas exteriores de su manifestación no pueden coincidir directamente; que, por ejemplo, para entender el precio de producción como una forma convertida del valor es preciso analizar una cantidad de eslabones intermedios. Si los economistas burgueses no supieron entender la conexión existente entre la esencia y el fenómeno, entre los procesos profundos y sus manifestaciones exteriores, entre las leyes y las relaciones concretas que las expresan, es porque fueron incapaces de elevarse, de manera sistemática, de lo abstracto a lo concreto, en tanto que ésta es la única manera de reproducir mentalmente la realidad como un todo vivo, concreto. Esta debilidad metodológica de los economistas reflejó la debilidad de la teoría filosófica de su época, que chocaba, entre otras dificultades, con la relación entre lo general y lo singular, entre lo abstracto y lo concreto. Marx indica que en el siglo XVIII la filosofía de Locke había ejercido una enorme influencia sobre la economía política de Inglaterra y de otros países. Pero la teoría del conocimiento de Locke se caracteriza precisamente por una concepción metafísica de las relaciones entre lo general y lo singular, entre lo abstracto y lo concreto, mientras lo general queda reducido al conjunto de los objetos singulares.

Este problema esencial del método del conocimiento fue solucionado también en *El Capital.* Marx criticó a Smith y a Ricardo y reveló, también en ese sentido, la fuente de la debilidad y de la confusión de éstos. Esta crítica, así como la aplicación práctica del principio elaborado por él respecto de la marcha ascendente de lo abstracto a lo concreto en el estudio del modo de producción capitalista, presenta un enorme interés para la teoría del conocimiento.

Habiendo "asimilado la materia" de antemano y luego de descubrir las relaciones esenciales internas de la producción capitalista, Marx inicia en *El Capital* su estudio con el del valor. El análisis de las relaciones de intercambio de las mercancías, del valor de cambio, lo conduce al valor, que expresa, bajo la forma de relación entre cosas, las relaciones de producción entre los hombres. Como ya lo hemos demostrado, sólo por

medio de la abstración pudo Marx encontrar la pista del valor, oculta detrás de la cubierta exterior del valor de cambio.

Marx comienza por analizar la mercancía y el valor, es decir, la relación más abstracta, más universal, que caracteriza a la producción mercantil capitalista. Se trata, por así decirlo, de la abstracción límite, imposible de superar en el estudio de ese modo de producción. El intercambio existe en otras formaciones aparte del capitalismo, y los productos del trabajo adquieren en ellas, por consiguiente, la forma de valor. De ahí resulta que el valor no es, por sí mismo, una particularidad exclusivamente propia del modo de producción capitalista. Pero si bien es cierto que el valor no es una particularidad exclusiva de la producción capitalista, sí lo es que en el régimen capitalista el carácter mercantil de la producción se torna universal y que convierte a la fuerza de trabajo en una mercancía. Está visto que todos los productos del trabajo adquieren aquí la forma del valor, y en ese sentido caracteriza Marx al valor como la forma más abstracta de la riqueza burguesa.

En la primera sección del libro primero de *El Capital,* Marx estudia el valor como la forma más abstracta de la riqueza burguesa. Todavía no hay nada específicamente capitalista en las relaciones entre poseedores de mercancías estudiadas aquí por Marx. No existen aún ni obreros asalariados, ni plusvalía, etc. Pero el método consistente en elevarse de lo abstracto a lo concreto, para reproducir en el pensamiento el conjunto del modo de producción capitalista, implicaba que había que comenzar por la idea más general y más elemental de la formación capitalista, so pena de no poder entender las categorías más complejas y concretas que expresan la esencia del modo de producción burgués.

Este hecho permite, desde el primer momento, entender una característica importante del método lógico aplicado por Marx en *El Capital.* Se trata de encontrar, de descubrir por la abstracción, descomponiendo un todo complejo y concreto, la base, la tendencia, que determina todos los otros fenómenos. La base del modo de producción capitalista no es, evidentemente, el valor. Esa base, esa ley fundamental, es la plusvalía sur-

gida de la explotación de los obreros por los capitalistas. Aquí precisamente vamos a entender por qué Marx empieza por esta abstracción tan general que es el valor. El valor es trabajo incorporado a la mercancía, a la cosa. Marx estudia este hecho en todos sus detalles, porque es determinante para la comprensión de las leyes de la producción capitalista. Sin ese estudio habría sido imposible penetrar el misterio de la plusvalía. Para descubrir la fuente real de plusvalía era preciso admitir de antemano que las mercancías, incluso esa mercancía específica que es la fuerza de trabajo, son cambiadas por su valor, es decir, según el trabajo que contienen, y sin embargo se ve aparecer un sobretrabajo, una plusvalía, que se guarda el capitalista. La ley del valor ha existido y puede existir sin la ley de la plusvalía. Pero lo contrario sería inconcebible. Sin la ley del valor no se pueden entender las categorías desarrolladas de la producción capitalista: la ganancia, el precio de producción, etc. La impotencia de los economistas burgueses se debía igualmente al hecho de que no podían conciliar estas categorías concretas desarrolladas con la base: la definición del valor por el trabajo.

En su carta a Lasalle del 11 de marzo de 1858, Marx hace notar que "...al desarrollar el problema de la ganancia, Ricardo contradice su definición (justa) del valor y (que) en su escuela esta contradicción tiene por culminación, ora un renunciamiento completo al principio básico, ora el peor eclecticismo".(9) En su carta a Engels en la cual expone el plan de los seis libros previstos primitivamente, y que debía indicar al análisis del modo de producción capitalista, Marx muestra la importancia del estudio del valor como la forma más abstracta de la riqueza burguesa. El valor, escribe, "se reduce a una cantidad de trabajo". "El valor como tal no posee ninguna otra 'sustancia' fuera del trabajo mismo." Y más adelante: "Si bien es una abstracción, ésta es una abstracción histórica que sólo podría adoptarse sobre la base de un desarrollo particular de la

(9) C. Marx y F. Engels, *Correspondencia acerca de "El Capital"*, pág. 65, Ed. rusa.

sociedad. Todas las objeciones a esta definición del valor o bien derivan de relaciones de producción menos desarrolladas, o bien se fundan en una confusión por la cual se establecen las determinaciones económicas más concretas (y de las cuales se abstrae el valor y que, desde otro punto de vista, también puede por lo tanto considerarse como desarrollo ulterior del mismo) en oposición al valor en su forma abstracta y sin desarrollar. Teniendo en cuenta la falta de claridad de los propios señores economistas en cuanto a la forma en que esta abstracción se vincula a las formas posteriores y más concretas de la riqueza burguesa, esas objeciones eran más o menos justificadas."(10)

Marx empieza entonces por la abstracción de valor porque la definición del valor de las mercancías por la cantidad de trabajo invertido para su producción es el hecho determinante, porque las formas más complejas y más concretas de la riqueza burguesa son "un desarrollo ulterior del valor", desarrollo que no es puramente cuantitativo, por supuesto, sino que incluye cambios radicales, cualitativos, que comprende el salto de la producción mercantil simple a la producción mercantil capitalista.

Por esa razón Marx rechaza todas las circunstancias accesorias que oscurecen la definición del valor por el trabajo, y registra esa definición como una ley, como una tendencia objetiva que se abre camino a través de todos los obstáculos.

En el tercer libro de *El Capital* Marx indica que no es racional definir el valor a partir de la oferta y la demanda, porque cuando éstas se equilibran ya no explican nada. Las leyes de la producción capitalista —en el caso presente, la ley de valor— sólo actúan en toda su pureza cuando la influencia de la oferta y la de la demanda se compensan recíprocamente. Pero en la realidad esto no ocurre jamás, o sólo por el efecto de la casualidad.

"Sin embargo, en economía política —escribe Marx— se parte de la premisa de que coinciden. ¿Por qué? Para enfocar

(10) C. Marx y F. Engels, *Correspondencia*, pág. 78, Ed. cit.

los fenómenos en la forma en que corresponden a las leyes que los rigen, con arreglo a su concepto, es decir, para enfocarlos independientemente de las apariencias relacionadas con el juego de la oferta y la demanda. Por otra parte, para descubrir y fijar, en cierto modo, la tendencia real de su movimiento. En efecto, las desigualdades son de naturaleza contraria..."[11]

Estas palabras nos conducen a la médula del método analítico de investigación de Marx: llegar, por medio del análisis, a la generalización de los datos de la intuición y de la representación directa, así como de los materiales empíricos, a una abstracción que permite entender la ley, la tendencia regular del desarrollo, y fijar esta tendencia en un concepto, en una categoría científica, para seguir luego esta tendencia en el dessarrollo de relaciones complejas y concretas. Por ejemplo, en la masa de relaciones de intercambio, esta ley, esta tendencia regular, es el valor.

Sin embargo, la abstracción no es el objetivo en sí del conocimiento, sino un *grado* hacia el conocimiento de lo concreto. Por la abstracción nos "separamos" de la diversidad concreta de lo real. Pero es necesario "separarnos" de tal modo para entender mejor lo concreto mismo.

Después de haber sido conducido, por el análisis del todo vivo y concreto, al valor como la abstracción más general que penetra profundamente en la esencia de la producción mercantil, Marx se eleva luego, por un camino largo y complejo, de lo abstracto a lo concreto. Y aquí palpamos con el dedo la diferencia fundamental que distingue el método de Marx del de sus predecesores.

A partir del valor, Smith y Ricardo llegaban, por un salto sobrenatural, a la ganancia, es decir, a una relación concreta y compleja, sin pasar por las etapas intermedias necesarias que jalonan la ascensión de lo abstracto a lo concreto. Ahora se entiende mejor la indicación de Marx sobre la necesidad de analizar los "eslabones intermedios" luego del estudio de las categorías económicas. Este análisis no es otra cosa que la as-

(11) C. Marx, *El Capital,* t. III, pág. 183, Ed. cit.

censión gradual de lo abstracto a lo concreto, de lo simple a lo complejo. No hay ni puede existir una vinculación *directa* entre lo abstracto y lo concreto. Lo abstracto es tal precisamente porque proporciona las determinaciones más generales, dejando provisoriamente de lado toda la complejidad y toda la diversidad de lo concreto. Tratar de deducir de golpe, a partir de estas abstracciones generales, una relación concreta, compleja, es tener una concepción, no dialéctica, sino metafísica de la realidad y del proceso de su conocimiento.

Por ejemplo, sería vano querer deducir directamente de la idea abstracta de materia, de la materia en general, su forma sumamente compleja y concreta que es la vida. Es indudable que, como forma de la materia, la vida es comprendida, con las otras formas concretas de esta última, en la abstracción de "materia en general" pero ésta es una abstracción tan general, es decir, refleja propiedades tan generales y características de las manifestaciones concretas de la materia, que el elemento específico que distingue la vida de sus otras formas no se refleja en el concepto de materia en general. Para pasar del concepto general de la materia al concepto de la vida, caracterizado por propiedades concretas que constituyen un grado superior de desarrollo de la materia, es preciso analizar el desarrollo de ésta desde sus formas inferiores hasta sus formas superiores, so pena de no poder entender de dónde proviene esa forma superior. Sin el estudio de los eslabones intermedios, es decir, de los procesos que se cumplen en la naturaleza no orgánica y que han culminado, en determinado momento, con la aparición de la vida, sería fácil llegar a la conclusión de que la vida no es una forma de manifestación de la materia, que está henchida de "milagros" que se explican por su naturaleza particular inmaterial, etc.

Esta analogía es evidentemente convencional, pero algo similar sucede en el caso del valor como concepto que condensa las relaciones más generales de la producción mercantil, y con otros conceptos más complejos que reflejan las relaciones capitalistas desarrolladas. El valor es la generalización de las relaciones de intercambio propias de la serie de formaciones en las que nace y se desarrolla el intercambio. Todavía no con-

tiene nada específicamente capitalista, aunque también generaliza al capitalismo considerado como fuerza suprema de la producción mercantil. Más aun, dado que en el régimen capitalista los productos del trabajo adquieren por primera vez la forma del valor, Marx lo caracteriza como la forma más abstracta de la riqueza burguesa. Pero deducir directamente de esta abstracción categorías del capitalismo tan desarrolladas y concretas como la ganancia, el precio de producción, etc., es tan imposible como deducir directamente de la abstracción de materia sus manifestaciones más complejas.

Más arriba hemos citado ya las palabras de Marx, según las cuales, las determinaciones más concretas de las que se extrae el valor por la abstracción pueden y deben ser consideradas como un "desarrollo ulterior del valor". Los economistas burgueses descuidaron la necesidad de desarrollar estas categorías más concretas a partir del valor. Por lo tanto es muy natural que al confrontar en forma directa lo abstracto y lo concreto, valor y ganancia, valor y precio de producción, valor y renta absoluta, etc., no hayan visto entre ellos otra cosa que contradicciones. Asemejándose a los que, al comparar en la vida las formas "groseras", inorgánicas, de la materia, llegaban a la conclusión de que la vida es demasiado compleja y demasiado "sutil" para ser considerada como una forma de la materia, los economistas burgueses afirmaban igualmente que el precio de producción, la ganancia, la renta, son tan diferentes del valor, que sería absurdo pensar que son sus formas convertidas. Sin embargo el método de Smith, de Ricardo y de muchos otros economistas burgueses consistía en deducir de ese modo directo las relaciones concretas más complejas y más desarrolladas de las abstracciones y determinaciones más generales. Marx escribe a propósito de Ricardo: "El error de Ricardo consiste precisamente en que en su primer capítulo sobre el valor toma como dadas todas las posibles categorías que deben todavía desarrollarse, a fin de poder probar su conformidad con la ley del valor."(12) Por lo demás indica que Ricardo quiso adaptar

(12) C. Marx y F. Engels, *Correspondencia,* pág. 169, Ed. cit.

en forma autoritaria y directa las relaciones concretas con la relación simple del valor. Como Mill quiso caracterizar la acción del tiempo como una inversión de trabajo (por ejemplo, en el caso del vino conservado en la bodega), Marx reduce su tentativa a la nada escribiendo que Mill no resuelve la contradicción entre la ley general, es decir, la ley del valor, y las relaciones concretas ulteriormente desarrolladas descubriendo los términos intermedios, sino que "...se limita a cambiar los nombres de las cosas subordinando lo concreto a lo abstracto".(13)

Marx demuestra que la incapacidad de que adolecen los economistas burgueses de entender la relación entre lo abstracto y lo concreto, tiene una doble consecuencia: el empirismo vulgar y la escolástica. Por no saber deducir la relación concreta de la abstracción por medio de una elevación gradual de lo uno a lo otro, ciertos economistas se lanzan sobre los primeros materiales empíricos que encuentran y hacen pasar la apariencia por ley, negando las leyes reales. Otros tratan de subordinar en forma autoritaria y directa toda realidad compleja y diversa a la abstracción, sin tener en cuenta el hecho de que lo concreto complica y modifica las determinaciones generales. "El tosco empirismo —escribe Marx— degenera en falsa metafísica, en un escolasticismo incapaz de hacer frente a fenómenos empíricos innegables, en la tendencia a presentarlos, por mera abstracción, como corolarios de la ley general."(14)

Así, por no haber sabido deducir el precio de producción (es decir, un fenómeno irrefutable de la realidad empírica) de la ley del valor, Ricardo lo convierte en una "excepción". Como trataba de subordinar por la fuerza las relaciones concretas y desarrolladas entre el propietario terrateniente y el campesino capitalista, negaba la existencia de la renta absoluta, aunque ésta sea un hecho empírico tan irrefutable como el precio de producción.

---

(13) C. Marx, *El Capital*, (Historia crítica de la teoría de la plusvalía), t. V, pág. 146, Ed. cit.
(14) Ibíd., t. IV, pág. 87.

Este ejemplo —la negación de la renta absoluta— es sumamente instructivo para la comprensión del método consistente en elevarse de lo abstracto a lo concreto. Marx tenía en alta estima los esfuerzos realizados por Ricardo para establecer si la transformación de la tierra en propiedad privada, y la aparición de la renta, que es su consecuencia, eran compatibles con la ley del valor. El gran mérito de Ricardo, según Marx, consiste en la existencia de ese vínculo directo entre su teoría de la renta y la definición del valor. Pero este mérito se convierte en su contrario cuando, en lugar de desarrollar, a partir de la ley del valor, las relaciones más complejas y concretas, Ricardo sólo se pregunta si estas últimas no están en contradicción con la ley del valor. Luego de confrontar las relaciones desarrolladas concretas y las definiciones abstractas, llega a una contradicción sin salida, que no resuelve en la realidad, sino en el pensamiento, es decir, negando hechos incontestables. "La estrechez de visión de Ricardo proviene —indica Marx a propósito de la teoría de la renta elaborada por el economista inglés— entre otras cosas, de su empeño general por demostrar que las diversas categorías o relaciones económicas no contradicen a la teoría del valor, en vez de desarrollarlas, por el contrario, con todas sus aparentes contradicciones, partiendo de esta base misma."[15]

El proceso del razonamiento de Ricardo, que lo condujo a negar la renta absoluta y a reconocer sólo la renta diferencial, es sencillo. Ricardo identificó el valor con el precio de producción. En lugar de deducir éste de aquél, adapta pura y simplemente lo concreto a lo abstracto. Pero si el precio de producción se identifica con el valor, se torna necesario, según Ricardo, para reconocer la renta absoluta —que, como se sabe, no depende del grado de fertilidad del suelo—, admitir que los productos agrícolas son vendidos a precios superiores al valor. De ahí una contradicción de la ley según la cual el valor de los productos es determinado por la cantidad de trabajo invertido para producirlo. Y Ricardo se ve llevado así a

(15) C. Marx, *El Capital,* (Historia crítica de la teoría de la plusvalía), t. IV, pág. 393, Ed. cit.

la conclusión de que la renta absoluta no existe y no puede existir.

Vemos que la raíz metodológica del error de Ricardo consiste en haber tratado de deducir directamente, de una definición abstracta general, relaciones concretas y desarrolladas, y en no haber entendido la necesidad de seguir de manera metódica el desarrollo de la ley del valor aplicada a las relaciones capitalistas complejas, es decir, elevarse de lo abstracto a lo concreto, cosa que es la única forma de entender lo concreto. Marx refutó la teoría de Ricardo demostrando que la renta absoluta existe y que su existencia no contradice en modo alguno la ley del valor.

A la inversa de Ricardo, Marx no se pregunta si la renta absoluta contradice o no la ley del valor. Después de establecer que el valor es la forma más general y abstracta de la producción mercantil, incluida la producción capitalista, concentró toda su atención en su desarrollo en las condiciones del modo de producción capitalista. Mostró que a raíz del hecho de la composición orgánica desigual del capital, y debido a la concurrencia, el valor se transforma en precio de producción, adquiere la forma de precio de producción, cuyos componentes son el costo de producción y la ganancia media. La composición orgánica del capital es menos elevada en la agricultura que en la industria. Pero la parte de sobretrabajo y, por consiguiente, de plusvalía, es tanto más grande, a igual explotación, cuanto menos elevada es la composición orgánica del capital. En la industria, la concurrencia y el libre paso del capital de una rama de la producción a otra, hace que las masas diferentes de plusvalía, producidas en función del nivel de la composición orgánica del capital, se igualen en la ganancia media. En la agricultura, la propiedad privada de la tierra obstaculiza esta igualación. El excedente de plusvalía no se distribuye en ella, por lo tanto, en común, como en el caso de la industria. Este excedente es el que constituye la renta absoluta, pagada por el granjero al terrateniente.

Por consiguiente, la renta absoluta encuentra su fuente en la diferencia entre el valor de las mercancías producidas por

el capital agrícola y el precio de producción. Lo que no quiere decir que los productos de la agricultura sean vendidos por encima de su valor, como tanto lo temía Ricardo. Si los productos industriales son vendidos, en general, no a su valor, sino al precio de producción, no por ello es menos cierto que el valor es el que regula los precios de producción, que son una forma convertida del valor. Los productos de la agricultura son vendidos por encima del precio de producción. Así, Marx no se conformó con confrontar una categoría concreta como la renta absoluta con la ley del valor; la dedujo, la desarrolló a partir de esta última.

Ricardo quiso deducir *directamente* lo concreto de lo abstracto, la renta absoluta de la ley del valor. Pero como se trata de algo imposible, se vio llevado a negar los hechos reales para conservar la ley. Y esto es lo mismo que transformar las abstracciones científicas en abstracciones "formales".

Marx utilizó las leyes para explicar la realidad concreta, sin violentar para nada los hechos reales, sino explicando toda su complejidad, entendiendo que la única forma de explicarlos como expresión de las leyes era la de elevarse en forma gradual de lo abstracto a lo concreto.

El análisis de Ricardo no conoce ningún eslabón intermedio entre el valor y la renta absoluta. Marx emprende el análisis de la renta después de una larga serie de investigaciones relativas a otras categorías económicas, que es preciso tener en cuenta para resolver en forma científica el problema de la renta absoluta. No pierde de vista ningún eslabón esencial de esa cadena de ascensión gradual de lo abstracto a lo concreto, que conduce con toda naturalidad a la explicación racional del fenómeno concreto estudiado. Valor, plusvalía, ganancia, ganancia media, precio de producción, renta: he aquí cómo se podría representar, en forma convencional y por supuesto muy aproximada, el curso de la marcha ascendente de lo abstracto a lo concreto en el estudio de la renta absoluta. Cada una de las categorías de esta serie ascendente expresa, en el análisis de Marx, sus relaciones económicas cada vez más complejas y concretas. Ningún eslabón puede ser entendido sin el anterior: la

plusvalía sin el valor, la ganancia sin la plusvalía, etc. La existencia de la renta absoluta sólo puede ser entendida si se escalan progresivamente estos grados, si se tienen en cuenta los cambios y las transformaciones sufridos por la ley del valor cuando entran en vigor en el marco de las relaciones capitalistas desarrolladas, cuando pasamos, en nuestras investigaciones, de las determinaciones más simples y más generales, obnidas en forma artificial por medio de las abstracciones, a las relaciones cada vez más complejas y concretas.

El ejemplo de la renta absoluta muestra el principio general del método de investigación de Marx, de su método analítico del modo de producción capitalista. Es interesante e instructivo en el más alto grado seguir paso a paso la explicación, aunque sólo fuere en sus características más generales.

II

Hagamos notar antes que nada que la estructura de la obra de Marx, tomada en su conjunto como en cada una de sus partes, se basa en el método de elevación de lo simple a lo complejo, de lo abstracto a lo concreto. El propio Marx aporta al respecto indicaciones preciosas al comienzo del primer capítulo del libro III de *El Capital.* Explica que en el libro I estudió el proceso de producción capitalista como tal, como un proceso de producción puro y haciendo abstracción de todas las influencias secundarias de los hechos extraños a este proceso. Este último, tomado como tal, es una abstracción. En la vida real es completado por el proceso de la circulación. Pero Marx hace provisoriamente abstracción de ésta en el libro I, a fin de elucidar el mecanismo de la producción capitalista en su más grande pureza. La circulación sólo interviene en la medida en que es necesaria para la comprensión del principal objeto de estudio: la producción.

En el libro II, el objeto de estudio es el proceso de circulación. El capital sale aquí de su vida interna para entrar en

las "relaciones de la vida exterior". De hecho adquiere un carácter más concreto en el estudio de Marx. Precisamente aquí, escribe Marx al estudiar el proceso de circulación como mediatización del proceso social de reproducción, se percibe que la producción capitalista, considerada como un todo, es la unidad de los procesos de producción y del proceso de circulación.

En el libro III, el estudio, apoyándose en la actividad abstractiva del pensamiento, en las leyes ahora ya conocidas, reproduce lo concreto como un todo, en su complejidad concreta integral.

Cada uno de los tres libros de *El Capital* se basa en el mismo principio del ascenso de lo simple a lo complejo, de lo abstracto a lo concreto. En el libro I, Marx examina el proceso de la producción capitalista como tal y deja provisoriamente a un lado todos los hechos susceptibles de complicarlo, para dedicarse a la cuestión primordial, decisiva, de todo su estudio. Ahí, en el proceso de producción, reside toda la esencia de la formación social burguesa, cuya explicación es la clave de todo lo demás. El método analítico exige precisamente que esa esencia sea deducida del complejo total por medio del análisis, que sea puesta en evidencia bajo su forma más pura y más abstracta, y ello con el fin de poder demostrar a continuación que todo lo demás, por complejo y concreto que pueda ser su forma, e incluso aunque ésta contradiga dicha esencia, no es más que la manifestación y la expresión de esta última. Marx comienza el estudio de la producción capitalista por el valor, porque sin él no se puede entender el principal objeto del estudio: la *plusvalía.* Esta no es otra cosa, en efecto, que el desarrollo del valor en ciertas condiciones históricas, en las que las fuerzas de trabajo se convierten en una mercancía y en la que los medios de producción están separados del productor.

Del valor, Marx pasa a algo más concreto: la plusvalía, y analiza una serie de eslabones intermedios (desarrollo de las formas del valor, aparición de la moneda, creciente complicación de las funciones de la moneda, etc.). La propia plusvalía es una abstracción en relación con formas más concretas como la ganancia y sus diversas formas particulares (ganancia in-

dustrial, ganancia comercial, renta, etc.). Pero la plusvalía es una categoría económica que expresa relaciones incomparablemente más concretas y desarrolladas que la categoría del valor. Ésta no contiene todavía nada específicamente capitalista, aunque sea la premisa histórica y por consiguiente lógica del análisis de la plusvalía. En cuanto a la categoría de la plusvalía, expresa precisamente la particularidad cualitativa, la especificidad del modo de producción capitalista, su esencia profunda: por este motivo es incomparablemente más concreta que el valor. Sin embargo, es al mismo tiempo "más general" y "más abstracta" que la ganancia, que el capital de préstamo, que la renta, etc. Además, Marx lo estudia antes de estas categorías más concretas. Ese "carácter abstracto" es decir, el hecho de que la plusvalía expresa las relaciones capitalistas en su forma más pura, menos alterada, hace que capte la esencia del capitalismo, su ley económica fundamental, mil veces más exacta y profundamente que las categorías más "concretas" como, por ejemplo, la ganancia, el precio de producción, etc.

La plusvalía, subraya Marx, pone al desnudo la relación existente entre el capital y el trabajo. En el mundo concreto todo es evidentemente mucho más complejo. No son sólo el capital y el trabajo los que se oponen, sino el capital y el capital, y el vendedor y el comprador. Ello no obstante, al comienzo de sus investigaciones Marx deja de lado estas relaciones más concretas, porque sólo aquí, en la esfera de la producción en la que se oponen el capitalista y el obrero, es donde se crean el valor y la plusvalía que luego se distribuyen entre todos los "hermanos masones" del arte de exprimir el sudor de los proletarios.

He aquí lo que dice Marx al respecto: "El trabajo materializado y el trabajo vivo son los dos factores en cuyo enfrentamiento descansa este régimen de producción. El capitalista y el obrero asalariado son los únicos agentes y factores de la producción cuyas relaciones y cuyo antagonismo emanan de la esencia misma del régimen de producción capitalista. Las circunstancias por imperio de las cuales el capitalismo se ve obligado, a su vez, a ceder a terceras personas, ajenas al

proceso de trabajo una parte del trabajo sobrante o de la plusvalía arrancada por él, no se plantean sino en segunda instancia."[16]

Estas palabras responden plenamente al interrogante de por qué hay que estudiar la plusvalía *antes* de pasar a categorías más desarrolladas y concretas, y por qué Marx reprochó a Smith y Ricardo el haber reducido lo concreto a lo abstracto.

Cuando se habla de la abstracción en Marx, es preciso notar, además, que éste dejó deliberadamente de lado, al estudiar el modo de producción capitalista, los otros grupos y capas de la sociedad capitalista. Así, no analiza especialmente una clase como el campesinado, ni la explotación del campesinado por la burguesía, etc. Marx toma al capitalismo "puro", en el que sólo existen dos clases: la burguesía y el proletariado. Pero esta abstracción está plenamente justificada, porque ayuda a mostrar en todos sus engranajes el mecanismo del modo de producción capitalista. También está justificada porque la tendencia del desarrollo del capitalismo conduce inevitablemente a una diferenciación del campesinado, a la proletarización de su mayor parte y a una situación en que la sociedad se compone de las dos clases principales que acabamos de citar.

Por ejemplo, en la Inglaterra contemporánea los obreros asalariados constituyen la inmensa mayoría de la población. El campesinado es casi inexistente en ella. Los campesinos se han convertido desde hace tiempo en proletarios. La tierra es trabajada principalmente por obreros asalariados.

Luego de haber demostrado que la única fuente real de enriquecimiento de los capitalistas de todo tipo es la explotación de todos los obreros y la creación por estos últimos de la plusvalía, Marx aborda el análisis del grado de explotación y lo ubica en las categorías de las cuotas de la plusvalía. Advirtamos además que estudia esta categoría antes de la cuota de ganancia, es decir, antes de una categoría mucho más concreta que aparece en forma directa en la superficie de los fenóme-

---

(16) C. Marx, *El Capital*, (Historia crítica de la teoría de la plusvalía), t. IV, pág. 394, Ed. cit.

nos. Si Marx procede así, es porque la categoría de las cuotas de plusvalía expresa las relaciones reales bajo una forma pura, desnuda, y permite así juzgar el grado real de explotación de los obreros por el capital. La cuota de plusvalía expresa la relación entre el capital variable y la plusvalía. Es evidente que en el proceso real de producción el capital constante interviene al mismo tiempo que el capital variable, es decir, que nos encontramos con el conjunto del capital invertido. Por eso la ganancia se calcula en relación con todo ese capital. Este hecho queda fijado, registrado, en la categoría de la cuota de ganancia. Pero el grado real de explotación de los obreros queda de tal modo borrado. La categoría de cuota de ganancia engendra por otra parte la ilusión de que el valor es creado no sólo por los obreros, sino también por los medios de producción; además, al calcular la ganancia como la relación de la plusvalía con la totalidad del capital invertido, se minimiza el grado real de explotación. El valor aumentado por la parte constante de capital no crea ni siquiera el más pequeño átomo de nuevo valor, sino que sólo es trasladado al producto en el curso del proceso del trabajo. Por consiguiente, como lo subraya Marx: "Para analizar el proceso en toda su pureza hay que prescindir, pues, de aquella parte del valor del producto en que el valor del capital constante se limita a reaparecer, cifrando por consiguiente en 0 el capital constante..."[17]

El hecho, escribe Marx, de que en toda manipulación química se empleen retortas y otros recipientes no impide sin embargo que en el análisis se haga abstracción de esos utensilios. Lo mismo, poco más o menos, sucede cuando se analiza la creación de la plusvalía y de sus cuotas. "Si se trata de estudiar la creación y los cambios de valor por sí mismos, es decir, en toda su *pureza,* los medios de producción, o sea las formas materiales en que toma cuerpo el capital constante, se limitan a suministrarnos la materia en que se plasma la forma flúida, creadora de valor."[18] Y Marx deduce de ello que la

---

(17) C. Marx, *El Capital,* t. I, pág. 174, Ed. cit.
(18) Ibíd., pág. 175.

cuota de plusvalía es la expresión exacta del grado de explotación de la fuerza de trabajo por el capital, o del obrero por el capitalista.

Por lo tanto, sólo estudiando la cuota de la plusvalía *antes* que la cuota de ganancia, forma más completa, se puede entender el grado real de explotación de los obreros, al mismo tiempo que la esencia de la cuota de ganancia. Si se opera en el orden inverso no se puede entender ni lo uno ni lo otro.

Luego de establecer que la producción capitalista es producción de plusvalía, Marx analiza en detalle las formas y los procedimientos que acrecientan esta fuente única de enriquecimiento de los capitalistas. También aquí va de lo simple a lo complejo. En primer lugar estudia la producción de la plusvalía absoluta, base general del sistema capitalista y punto de partida de la producción de la plusvalía relativa. Después estudia esta última y demuestra la unidad de las dos formas de plusvalía. En la última sección del libro I, Marx analiza el proceso de acumulación del capital.

El problema de la acumulación del capital es la coronación natural del estudio emprendido en el libro I de *El Capital.* Al analizar este proceso, Marx alcanza la cúspide del estudio de la producción capitalista, todavía considerada fuera de la circulación. En este momento se analizan ya las formas concretas del movimiento del capital en relación con las cuales las categorías estudiadas antes eran definiciones sensiblemente más simples y más abstractas. Marx ideó un camino complejo que va del valor, la forma más abstracta de la sociedad burguesa, a la plusvalía, que caracteriza el fondo mismo de las particularidades concretas de la producción de esa sociedad. Luego muestra cómo en el curso de su historia el capital se ingenió siempre para exprimir a sus esclavos el máximo de plusvalía. Al principio, el capital subordina "formalmente" al trabajo utilizando el nivel alcanzado por las fuerzas productivas, y sin transformar de manera radical la base técnica. Alarga lo más posible la jornada de trabajo para acrecentar la producción de plusvalía. Pero la jornada de trabajo tiene sus límites. La lucha de la clase obrera contra la prolongación de la jornada de

trabajo obliga a los capitalistas a buscar otro medio de acrecentar la producción de plusvalía. Este medio es la producción de plusvalía relativa. En el período inicial del desarrollo del capitalismo, las relaciones de producción capitalista revolucionaron profundamente las fuerzas productivas. La cooperación simple, la manufactura, la gran producción mecánica: tales son los principales jalones del desarrollo de las fuerzas productivas bajo el reinado del capital, que no las perfecciona por sí mismas, sino para que produzcan plusvalía relativa. La creación de la gran industria mecánica representa una subordinación, no ya formal, sino real del trabajo al capital: constituye la creación de una base técnica adecuada a la naturaleza del capital.

Hasta aquí Marx no estudió la producción de plusvalía como un proceso incesantemente renovado, en su movimiento ininterrumpido. Su objetivo era sobre todo precisar el origen de la plusvalía, sus fuentes, los procedimientos y métodos de su acrecentamiento. Hizo abstracción por el momento del hecho de que la misión del capital no se limita a la creación de una plusvalía determinada. Esta tiene que ser realizada para que se cree el proceso de producción de una nueva plusvalía, etc. Porque el objetivo y la tendencia del capital son producir cada vez más plusvalía. De ahí que la acumulación del capital constituya un nuevo problema. Así, elevándose de lo abstracto a lo concreto, Marx llegó con toda naturalidad al problema de la acumulación del capital, problema que sólo puede ser entendido después de todo el análisis precedente, que constituye su coronación natural y lógica.

El proceso de acumulación del capital es por lo tanto algo incomparablemente más concreto que categorías tales como el valor, la plusvalía, la plusvalía absoluta y la plusvalía relativa. El capital interviene aquí bajo una forma más concreta, cuyo análisis permite explicar cierto número de determinaciones nuevas, de suma importancia, y descubrir nuevas leyes en el desarrollo del capital. Sin embargo, Marx nos previene que el análisis del proceso de acumulación del capital que figura en el libro primero de su obra no es más que un estudio abstracto.

Indica que el proceso real de acumulación del capital atraviesa fases sucesivas que constituyen la circulación del capital. Pero no examina todavía esta circulación en toda su amplitud. Además, el proceso de acumulación del capital no implica que el capitalista se apropie en forma integral la plusvalía creada. Debe compartirla con otros capitalistas: los representantes del capital comercial y del capital usurario, el propietario terrateniente. La plusvalía se divide en diferentes partes que adoptan la forma de ganancia, de interés, de ganancia comercial, de renta territorial. Se sabe que estas formas convertidas de la plusvalía son estudiadas por Marx, no en el libro I de *El Capital,* sino en el libro tercero.

Se entiende que, haciendo abstracción de la circulación del capital, del fraccionamiento de la plusvalía en sus diversas partes, etc., Marx no pueda por el momento estudiar el proceso de acumulación de otra manera que en forma abstracta. Lo hace para elucidar ese proceso en toda su pureza, sin que hechos anexos vengan a complicarlo y a oscurecerlo. Esta abstracción permite explicar en forma exhaustiva la esencia real de la acumulación capitalista, cosa que hubiera sido en todo sentido imposible si se hubiera tratado de estudiar este proceso de una sola vez, en la totalidad de sus aspectos concretos.

Marx hace notar que en este grado del análisis se puede, sin perjuicios, no tener en cuenta la esfera de la circulación para la explicación de la naturaleza y de las leyes de la acumulación capitalista, porque cuando se efectúa esa acumulación es evidente que el capitalista ha logrado vender la mercancía y retransformar en capital el dinero retirado de esa venta. También se puede hacer abstracción del fraccionamiento de la plusvalía en varias partes. "Por otra parte —escribe Marx—, el desdoblamiento de la plusvalía en diversas partes no altera para nada su naturaleza ni las condiciones necesarias bajo las cuales se convierte en elemento de la acumulación. Cualquiera que sea la proporción en que el productor capitalista se quede con la plusvalía o la ceda a otros, siempre será él el primero que se la apropie. Por tanto, esto que nosotros damos por supues-

to en nuestro análisis de la acumulación constituye la premisa de su proceso real."[19]

Estas últimas palabras son de suma importancia. Sea cual fuere la diferencia entre las abstracciones de Marx y los fenómenos concretos de la realidad de la cual son extraídas por el análisis, están siempre vinculadas a la realidad, de la cual son el reflejo más profundo. Si Marx hace aquí abstracción de ciertas formas concretas del proceso de acumulación, lo hace sólo para elucidar este último. Escribe: "Además, la división de la plusvalía y la fase intermedia de la acumulación no hacen más que oscurecer la *forma simple y fundamental* del proceso acumulatorio. Por eso, si queremos analizar este proceso en toda su pureza, tenemos que prescindir provisionalmente de todos los fenómenos que ocultan la dinámica interna de su mecanismo."[20]

Así, al comenzar por estudiar el proceso de acumulación capitalista en su forma pura, abstracta, se llega a arrojar luz sobre su "forma fundamental", a entender "el juego íntimo de su mecanismo". Por lo tanto, no es casual que, precisamente en esta sección, Marx descubra y formule las verdades que valieron a *El Capital* el odio de los apologistas de la burguesía: estas verdades se refieren al abismo de miseria y de desdicha en que la acumulación capitalista precipita a los obreros, las tendencias históricas de la acumulación capitalista, el fin inevitable del régimen capitalista. Aquí resuena amenazadora la fórmula de Marx sobre "la expropiación de los expropiadores".

Para analizar el proceso de acumulación capitalista, Marx comienza por la reproducción simple, es decir, por su forma más abstracta. Comprueba que, sea cual fuere la forma social concreta de la producción, ésta debe ser continua. Cuando los medios de producción se reproducen sin cambio de año en año, la producción continua aparece como un proceso de reproducción simple. Marx estudia el proceso de acumulación desde este punto de vista general, que hace provisoriamente abstracción del carácter específico de la reproducción en el régimen capitalista.

(19) C. Marx, *El Capital,* t. I, págs. 455-456, Ed. cit.
(20) Ibíd., pág. 456.

Marx indica que el solo hecho de estudiar la producción como un proceso de reproducción en el que ella se repite y se renueva sin cesar, le confiere ciertas características nuevas, cuyo conocimiento permite entender en forma más profunda, en forma más concreta, la esencia del capital. Estas características nuevas desempeñan un papel de importancia en la concepción de la naturaleza, tanto en la del capital variable como en la de la totalidad del capital invertido. Anteriormente, después de las primeras etapas del análisis, se podía tener la impresión, al estudiar las relaciones entre el capitalista individual y el obrero individual, de que el capitalista compra la fuerza de trabajo pagándola de su bolsillo. Pero basta con examinar el proceso de producción capitalista, no como un acto único, sino como un proceso que se renueva sin cesar, y las relaciones capitalistas como relaciones entre la clase obrera y la clase capitalista en su conjunto, para ver derrumbarse como un castillo de naipes la ilusión según la cual el capitalista adelantaría el capital tomándolo de sus propios fondos.

Al analizar el proceso de producción en su renovación ininterrumpida, se percibe que el capital variable invertido por el capitalista para la compra de la fuerza de trabajo no es otra cosa que la plusvalía creada por los obreros. El trabajo no pagado ejecutado por el obrero la semana pasada o el último semestre sirve para pagar su trabajo de hoy o de mañana.

Se podría objetar, al parecer, que el proceso de reproducción tuvo un origen, y que por consiguiente, por lo menos al principio, el capitalista adelantó fondos que no tenían relación alguna con el trabajo no pagado. Marx destruye sin piedad esta ilusión burguesa. Muestra cómo en el proceso de producción el valor invertido por el capitalista es plusvalía que crean los obreros. Debido a ello, después de cierto lapso no subsiste ya un solo átomo del valor del antiguo capital. No sólo el capital variable, sino todo el capital, está constituido entonces por trabajo no pagado que se apropia el capitalista. Y Marx concluye de esta manera: "Por tanto, prescindiendo en absoluto de todo lo que sea acumulación, la mera continuidad del proceso de producción, o sea, la simple reproducción, *transforma* necesariamente *todo capital,* más tarde o más temprano, en *capital*

acumulado o en *plusvalía capitalizada.* Aunque al lanzarse al proceso de producción fuese propiedad personalmente adquirida por el trabajo de quien la explota, antes o después se convierte forzosamente en *valor apropiado sin retribución,* en *materialización,* sea en forma de dinero o bajo otra forma cualquiera, *de trabajo ajeno no retribuido.*"(21)

Así, elevándose de las relaciones abstractas, "puras", de la producción capitalista a las relaciones más concretas, Marx supo demostrar que la presunta propiedad del capitalista es el fruto del saqueo del obrero, porque no es otra cosa que plusvalía capitalizada.

Por lo tanto Marx se vio obligado a analizar la reproducción simple que, desde el punto de vista de las relaciones capitalistas, no es otra cosa que una abstracción, para demostrar con más facilidad el mecanismo de la explotación burguesa. Al llegar a este punto de sus investigaciones, vuelve a elevarse en un grado y aborda una forma más concreta de la reproducción, es decir, la forma de la reproducción ampliada, específica del capitalismo. Indica que, estudiada concretamente, la acumulación de capital se reduce a la reproducción del capital en cantidad creciente.

El estudio de las leyes de la reproducción capitalista ampliada permite arrojar plena luz sobre las contradicciones entre la clase capitalista y la clase obrera, establecer la ineluctabilidad de la caída del capitalismo. Aquí Marx introduce una nueva categoría económica que expresa fenómenos más concretos y complejos de la producción capitalista: la de la "composición orgánica del capital". Esta categoría desempeña un papel de primerísimo plano porque ayuda a entender cómo se manifiestan y se modifican las leyes generales del modo de producción capitalista. Hasta aquí Marx no había podido introducirla en su análisis, porque ante todo le era necesario analizar conceptos más abstractos, necesarios para la comprensión de esta categoría. Smith y Ricardo no pudieron entender la importancia de los cambios producidos en la composición orgá-

(21) C. Marx, *El Capital,* t. I, pág. 460, Ed. cit.

nica del capital. Esto es lo que explica gran parte de sus dificultades y de sus errores. El concepto de composición orgánica del capital interviene sobre todo en el estudio de los problemas que constituyen el objeto del libro III de *El Capital,* en el que Marx llega a los grados superiores de su marcha ascendente de lo abstracto a lo concreto. Pero su importancia se afirma ya a partir del estudio de la reproducción ampliada. Marx demuestra que ésta se acompaña de cambios en la composición orgánica del capital: el conjunto del capital crece con rapidez, pero el aumento del capital constante va acompañado de una disminución relativa del capital variable. Se sabe que el estudio de este proceso y de los fenómenos conexos (aparición y crecimiento del ejército industrial de reserva del trabajo, depauperación relativa y absoluta del proletariado, concentración y centralización del capital, etc.) permitió a Marx enunciar la ley general de la acumulación capitalista, arrojar luz sobre el carácter antagónico de la acumulación capitalista, trazar con una perspicacia genial y una precisión irreprochable la perspectiva histórica de la acumulación capitalista y demostrar que la evolución del capitalismo conduce en forma inevitable a la hora en que "los expropiadores serán expropiados".

Tal es, en pocas palabras, el camino seguido por Marx en el libro I de *El Capital*: del valor, como forma más abstracta y universal de la riqueza capitalista, a las relaciones y categorías cada vez más concretas que expresan ese valor, para culminar finalmente en el objetivo principal de ese libro, que es el de descubrir y arrojar luz sobre el mecanismo íntimo de la producción capitalista, la ley interna de su evolución y de su muerte ineluctable.

Pero el camino ascendente de lo abstracto a lo concreto no podía detenerse ahí y, en efecto, no se detuvo. En el libro I, Marx sólo estudia un aspecto del todo, el proceso de producción capitalista, aislándolo de su otro aspecto, inseparable del primero: el proceso de circulación. Este segundo aspecto es el que se estudia en el libro II de *El Capital.* Este estudio constituye por sí mismo un nuevo grado, superior, en el ascenso

de lo abstracto a lo concreto. El concepto de capital se enriquece con nuevas determinaciones. Los conceptos y categorías que sólo se relacionan con el proceso de producción se tornan más complejos y concretos y se unen cada vez más al aspecto que presentan en la superficie. Aquí resulta imposible estudiar en detalle la forma en que el análisis de Marx se eleva de lo abstracto a lo concreto en el libro II de *El Capital.* Sólo nos referiremos a algunos momentos esenciales.

En el instante en que aborda el proceso de circulación del capital, Marx no puede representarlo de una sola vez en toda su complejidad concreta. A la vez que descubre, en esta etapa de su estudio, formas ya más concretas de manifestación del capital, analiza estas mismas formas elevándose de lo abstracto a lo concreto. Cada una de las tres secciones del libro II agrega un grado de complejidad concreta al proceso de circulación del capital, tal como lo hace notar Marx en su introducción a la tercera sección.

La producción de plusvalía no puede prescindir del proceso de circulación. Siempre en movimiento, el capital pasa sin cesar de un estadio al otro. Para que el objetivo esencial —la producción de plusvalía— sea alcanzado, el capital debe cumplir una rotación determinada. A decir verdad, Marx ya había tocado este problema en el libro I, pero sólo en la medida en que era necesario para precisar la etapa de la producción de plusvalía. En adelante, Marx precisará todas las formas adoptadas por el capital en sus diferentes estadios, formas que adopta y rechaza por turno en el curso de sus sucesivas rotaciones.

Estos estadios de la rotación del capital son, como lo muestra Marx: primero, la conversión del dinero en mercancías necesarias para el proceso de producción; segundo, el consumo productivo de las mercancías compradas por el capitalista con el fin de extraer plusvalía; tercero, la conversión en dinero de las mercancías productivas. Al pasar sucesivamente por estas tres etapas, el capital adopta y rechaza, una tras otra, las formas de capital-dinero, capital productivo y capital-mercancía. En este estadio, Marx no estudia todavía el problema de la distribución de plusvalía; además, todavía hace abs-

tracción del hecho de que, en la sociedad capitalista, estas tres formas se presentan como formas independientes del capital.

Luego, la producción de plusvalía aparece como un proceso más complejo de lo que podía aparecer al nivel del primer libro, en un grado todavía abstracto del estudio de la producción capitalista. Sin rotación ininterrumpida del capital que pasa de una forma a otra, de un estadio a otro, no existe plusvalía. El capital no puede alcanzar el estadio del consumo productivo sin pasar de antemano por el estadio de capital-dinero, y no puede volver a convertirse en capital-dinero sin pasar por la etapa de capital-mercancía. Pero las etapas capital-dinero y capital-mercancía son estadios de la circulación. Por lo tanto no hay proceso de producción sin proceso de circulación. En la representación de la producción capitalista como unidad de los procesos de producción y de circulación, en la representación de todas las peripecias y metamorfosis que el capital debe atravesar para cumplir su función esencial de autoacrecentamiento, reside el grado más concreto alcanzado por el análisis marxista en relación con los grados precedentes.

A decir verdad, podría extrañar que este grado de análisis fuese considerado como más concreto que los últimos capítulos del libro I de *El Capital,* que exponen la ley general de la acumulación capitalista y demuestran la inevitabilidad de la muerte del capitalismo. Pero esta objeción se derrumba cuando se recuerda que en el libro I Marx estudió la tendencia de la producción capitalista en su forma más pura, sin complicarla aún con el análisis del proceso de circulación. Una vez cumplida esta tarea, Marx abordó el estudio de los aspectos del proceso de producción capitalista de los cuales había hecho momentáneamente abstracción.

Después de haber estudiado, en la primera sección del libro II, la rotación del capital, Marx asciende, en la segunda sección, a un nuevo grado de lo concreto: analiza la influencia ejercida por la rotación del capital sobre el proceso de producción y sobre el proceso de acrecentamiento del valor.

Al estudiar la rotación y las formas correspondientes del capital, Marx había dejado de lado el hecho de que las dife-

rentes partes del capital tienen diferentes velocidades de rotación. Este es el hecho que ahora se dedica a analizar. Muestra que en el curso de su circulación el capital adopta dos nuevas formas, que influyen sobre la manera de su rotación. Estas nuevas formas del capital, surgidas del proceso de circulación, son el capital fijo y el capital circulante. Son incomparablemente más concretas que las examinadas antes. Situadas en la superficie de los fenómenos, constituyen algo en todo sentido "palpable", si se las compara con formas tan "abstractas" como el capital constante y el capital variable. Pero este ejemplo demuestra precisamente, con gran brillo, toda la justeza del método marxista de ascenso de lo abstracto a lo concreto. Los economistas burgueses, que consideraban categorías concretas como el capital fijo y el capital circulante, sin haber arrojado luz sobre el fundamento de la producción capitalista ni precisado el papel que desempeñan el capital constante y el capital variable en la producción del valor, ponían todo patas arriba y hacían de la producción capitalista un misterio insondable. Dicho de otra manera, no se puede entender válidamente la naturaleza y el papel reales del capital fijo y el capital circulante si no se los estudia *después* de haber analizado determinaciones más abstractas, tales como el capital constante y el capital variable, para partir de ese análisis. Y ello sólo es posible a condición de elevarse de lo abstracto a lo concreto.

Por ejemplo, el capital invertido para la compra de la fuerza de trabajo y la adquisición de los medios de producción (materias primas, etc.) constituye el capital circulante. Pero si no se han estudiado estas formas del capital "abstracto" e "invisible" que son su parte constante y su parte variable, no se puede percibir diferencia alguna entre el papel de la fuerza de trabajo en la producción del valor y el papel de las materias primas y de otros medios de trabajo. Por esta razón la determinación del capital circulante debe venir en *segundo* lugar, en relación con la del capital constante y la del capital variable, que es la *primera*. El análisis debe ir de la primera a la segunda. Esto es lo que entiende Marx cuando escribe: "Es evidente de por sí que el concepto de la parte de capital invertido en fuerza de trabajo como capital circulante constituye un con-

cepto secundario, puesto que su *differentia specifica* se borra en el proceso de producción. Por una parte, en este concepto, se equiparan los capitales invertidos en trabajo y los que se invierten en materia prima, etc., una categoría que identifica una parte del capital constante con el capital variable nada tiene que ver con la *differentia specifica* del capital variable por oposición al constante."(22)

Pero a la vez que presenta el capital circulante como secundario, Marx no olvida en modo alguno el papel de la rotación en el proceso de producción y acrecentamiento del valor. Complica su análisis de la explotación capitalista por medio del examen de las relaciones existentes en el proceso de circulación, y muestra el papel que representa una mayor o menor velocidad de rotación, etc. Al tomar como ejemplo la cuota anual de plusvalía, Marx muestra que un capital determinado puede cumplir la misma función que un capital mucho más importante, a condición de tener una velocidad de rotación más grande que éste. Esto engendra la ilusión de que la cuota de plusvalía no depende sólo de la masa del capital variable puesto en juego y del grado de explotación. En realidad no existe ahí violación alguna de la ley de plusvalía. Esta ley sólo actúa bajo una forma más concreta cuando consideramos la producción capitalista como unidad de los procesos de producción y de circulación. Pero este fenómeno concreto sólo puede ser entendido de manera científica cuando la ley de plusvalía es estudiada bajo su forma abstracta, no complicada por el análisis del proceso de circulación del capital. En la tercera sección del libro II de *El Capital,* Marx estudia relaciones más concretas aun de los procesos de producción y de circulación. Hasta el momento había considerado la circulación de los capitales individuales; había admitido que el proceso de rotación del capital reunía todas las condiciones necesarias para la conversión de una forma de capital en otra (de la forma dinero en la forma capital productivo). También había hecho provisoriamente abstracción de la forma natural

(22) C. Marx, *El Capital,* t. II, págs. 175-176, Ed. cit.

del valor, del hecho de que el valor producido tiene una forma material cualquiera. Se trataba, dice, de un procedimiento formal necesario para poder representar a continuación, en un grado más concreto del estudio, el proceso de circulación del conjunto del capital *social.* Aborda y soluciona este problema en la tercera sección, dedicada a la reproducción y a la circulación del conjunto del capital social. Aquí Marx complica su análisis; sintetiza la rotación de la masa de los capitales individuales en la rotación y circulación de todo el capital social; además tiene en cuenta también la forma concreta, material, del valor, sin la cual es imposible entender cómo se efectúa la circulación de todo el capital social.

A partir de ahí, Marx distingue dos subdivisiones en la producción social: la producción de medios de producción y la de objetos de consumo, e infiere las leyes que rigen sus relaciones recíprocas. Fiel a su método de ascenso de lo abstracto a lo concreto, empieza de nuevo por la reproducción simple, y sólo a continuación pasa a la reproducción ampliada. Es interesante hacer notar que a la vez que trata la reproducción simple como "abstracción" y dice de ella que en el régimen capitalista esa situación no es verosímil, no por ello deja Marx de consagrarle cerca de cien páginas para esclarecer esta "abstracción", sobre un total de 132 páginas que tratan de la reproducción. Ello se entiende perfectamente, porque el estudio de los fenómenos bajo su forma más pura permite establecer dicha ley. Cuando se conoce ésta, resulta más fácil demostrar cómo se modifica en la realidad concreta. Por esta razón, después de haber explicado en detalle la relación existente entre las dos subdivisiones de la producción social en el caso de la reproducción simple, Marx muestra a continuación cuáles deben ser esas relaciones en el caso de la reproducción ampliada.

Tal es, en sus grandes lineamientos, el camino que va de lo abstracto a lo concreto y que Marx siguió en el libro II de *El Capital*, preparándose de tal modo para franquear la última etapa de su vasto estudio.

Al comienzo del libro III muestra con claridad el papel que ocupa esta parte de su obra en el proceso de representación de la producción capitalista como unidad en la diversidad.

Por sí mismo, el subtítulo del libro III —"El proceso de producción capitalista en su conjunto"— indica que este libro es la culminación del largo y complejo camino por el cual se elevó de lo abstracto a lo concreto. Luego de subrayar que hasta el libro III los procesos de producción y de circulación habían sido estudiados sobre todo como momentos particulares, Marx escribe:

"Aquí, en el libro III no se trata de formular reflexiones generales acerca de esta unidad, sino, por el contrario, de descubrir y exponer las formas concretas que brotan del *proceso de movimiento del capital, considerado como un todo.* En su movimiento real, los capitales se enfrentan bajo estas formas concretas, en las que tanto el perfil del capital en el proceso directo de producción, como su perfil en el proceso de circulación, no son más que momentos específicos y determinados. Las manifestaciones del capital, tal como se desarrollan en este libro, van acercándose, pues, gradualmente, a la forma bajo la que se presentan en la superficie misma de la sociedad a través de la acción mutua de los diversos capitales, a través de la concurrencia, y tal como se reflejan en la conciencia habitual de los agentes de producción."[23]

Así, en el libro II de *El Capital* Marx lleva su estudio a un nivel en que lo concreto aparece, en toda la diversidad de sus numerosas determinaciones, como la unidad de lo diverso. Pero en adelante se trata de un concepto enriquecido por todo el proceso gnoseológico de ascenso de lo abstracto a lo concreto, profundizado por el conocimiento de las *leyes* del capitalismo.

El proceso de ascenso de lo abstracto a lo concreto se acompaña, en el libro III, con la elaboración de nuevos conceptos y nuevas categorías económicas que reflejan las relaciones capitalistas en sus aspectos más concretos. Tales son los conceptos y categorías de "costo de producción", "ganancia", "cuota de ganancia", "ganancia media", "precio de producción", "ganancia comercial", "interés", "renta", etc.

(23) C. Marx, *El Capital,* t. III, pág. 47, Ed. cit.

Marx muestra, con notable sutileza, cómo el valor y la plusvalía, descubiertos por la abstracción, se trasforman en categorías más concretas que reflejan la realidad en sus manifestaciones exteriores y atestiguan hasta qué punto las leyes se modifican y se trasforman aflorando a la superficie de los fenómenos.

El capital, dice Marx, atraviesa "un ciclo de transformaciones". Sale de su vida orgánica íntima para entrar en las relaciones de la vida exterior. Las categorías y conceptos se concretan paralelamente. Las categorías del capital constante y del capital variable, que arrojan luz sobre el papel del trabajo en el acrecentamiento del valor, se concretan como categorías de costo de producción. La plusvalía adquiere la forma convertida de ganancia, la cuota de plusvalía se convierte en cuota de ganancia, el valor de la mercancía se convierte en precio de producción, etc.

Este proceso de transformación acentúa el fetichismo de las relaciones capitalistas, cuya base se esfuma cada vez más. Pero esta creciente fetichización no resulta de las representaciones subjetivas erróneas; tiene por base las relaciones objetivas reales que caracterizan el modo de producción capitalista. Por ejemplo, si la plusvalía adquiere la forma convertida de ganancia, no es porque los hombres que convergen en la producción capitalista no entiendan la esencia de la ganancia, sino porque en el mundo concreto ésta resulta de toda la rotación del capital, es decir, depende de la producción y la circulación tomadas como un todo.

En el libro III de *El Capital,* donde quiere reproducir en el pensamiento el cuadro concreto de la producción y de la circulación capitalistas tomadas como un todo, Marx continúa aplicando en forma rigurosa el método de elevación de lo abstracto a lo concreto. Estudia la producción capitalista en su conjunto y comienza por el costo de producción y la ganancia. Precisamente éstas son las formas que adoptan el valor del capital constante y del capital variable y la plusvalía, cuando se estudia no sólo el fundamento íntimo y oculto de la producción capitalista, sino la forma en que se expresa en la realidad concreta. La ganancia aparece entonces como lo que

subsiste, una vez hecha la deducción del costo de producción en el que ya no aparece la diferencia entre capital constante y capital variable. Debido a ello, la cuota de ganancia no es ya la realización de la plusvalía con el valor del capital variable, cosa que expresa la cuota de la plusvalía, sino la relación de esta última con el conjunto del capital.

La ganancia tampoco es abordada de golpe por Marx en todos sus aspectos concretos, sino haciendo de antemano abstracción de toda una serie de hechos. Sólo arroja luz al comienzo sobre la diferencia cuantitativa, la falta de concordancia entre la cuota de ganancia y la cuota de la plusvalía. Se cuida de complicar su análisis recordando que también existe una diferencia cuantitativa, en la práctica, entre la ganancia media y la plusvalía. En esta etapa del análisis se ve obligado a simplificar para descubrir la naturaleza de la ganancia en forma pura. Pero en el mundo de los hechos concretos, la ganancia media se expresa por una magnitud que también difiere numéricamente de la plusvalía. La concurrencia entre capitalistas en las condiciones de una composición orgánica desigual del capital es lo que engendra esta diferencia. Haciendo abstracción provisoriamente de la concurrencia y de la composición orgánica del capital, y admitiendo la identidad de la ganancia y de la plusvalía, Marx quiere significar que incluso aunque la ganancia desnaturalice las relaciones reales entre los capitalistas y los obreros y oscurezca el origen de la plusvalía, no es otra cosa que una expresión más de la plusvalía. Escribe: "...la ganancia, tal como aquí se nos presenta es lo mismo que la plusvalía, aunque bajo una forma adulterada, la cual responde, sin embargo, necesariamente, al régimen de producción capitalista."[24]

Así, el estudio abstracto de la ganancia, que hace coincidir la expresión numérica de esta última con la plusvalía, permite entender que de todos modos, sean cuales fueren las aventuras y las tribulaciones de la ganancia en el mundo de los fenómenos concretos, sean cuales fueren las diferencias

(24) C. Marx, *El Capital,* t. III, pág. 54, Ed. cit.

cuantitativas entre la ganancia y la plusvalía, el enriquecimiento de los capitalistas tiene por sola y única fuente la plusvalía creada en el centro de la producción por la explotación de los obreros.

Pero Marx complica a continuación su análisis por medio de nuevos elementos que concretan aun más el concepto de ganancia. Antes había hecho caso omiso de la composición orgánica desigual del capital según las ramas de producción y las empresas; cuando develó la naturaleza de la ganancia y tomó para ello como ejemplo un capital individual, no tuvo en cuenta, en esa etapa de su análisis, la vinculación y la interacción de todos los capitales individuales, la lucha competitiva que opone los unos a los otros. Ahora, elevándose a relaciones más concretas, Marx introduce estos elementos y muestra las consecuencias que de ello surgen para la ganancia.

El estudio del proceso de formación de la cuota general (media) de ganancia bajo el efecto de la concurrencia, y el análisis del proceso de formación del precio de producción, muestran la acción de la ley del valor y de la ley de la plusvalía en su expresión más concreta. En la formación de la cuota media de ganancia, no es sólo la cuota de ganancia la que difiere numéricamente de la cuota de plusvalía, sino que también la masa de la ganancia misma difiere cuantitativamente de la masa de la plusvalía producida en tal o cual rama. En adelante, toda coincidencia entre la plusvalía producida en una rama determinada y la ganancia incluida en el precio de venta de las mercancías no puede ser otra que *el efecto de la casualidad.*

El precio de producción hace aparecer en forma muy confusa el valor incluido en las mercancías producidas. El valor y el precio de producción son los dos polos extremos de la investigación: el primero fue descubierto como el grado de una abstracción llevada muy lejos, muy alejada de la forma concreta de los fenómenos; el segundo, como el grado superior de la reproducción de lo concreto. El primero es el esqueleto, la base del segundo. La categoría de precio de producción "reviste" este esqueleto, esta base, con la carne y la sangre de los fenómenos reales en toda su complejidad viva. Entre

estos dos polos existe una larga y difícil ascensión de lo abstracto a lo concreto, pero gracias a esta ascensión pudo aportar Marx una solución a los enigmas que habían hecho capitular a la antigua economía política burguesa. Sean cuales fueren las envolturas concretas del valor de la plusvalía, sólo gracias al método de la elevación de lo abstracto a lo concreto las reconocemos con facilidad en todas sus complejas metamorfosis.

Marx no pudo observar la complicación y la forma concreta del valor y de la plusvalía que resultan de la transformación del capitalismo premonopolista en capitalismo monopolista. Se sabe que en estas nuevas condiciones una parte importante de las mercancías no se vende ya al precio de producción, sino a precios de monopolio, por lo general superiores al valor de las mercancías. Pero no es difícil entender que esta nueva forma concreta de la ley del valor no elimina en modo alguno la acción de dicha ley en estas condiciones, porque el precio monopolista no puede reducir ni aumentar la cantidad total de valor y de plusvalía creados con el trabajo de los esclavos del capital. Cuando mucho puede distribuirse en forma diferente, en beneficio de un puñado de monopolistas y en detrimento de los obreros, de los trabajadores, así como de los capitalistas pequeños y medianos, pero no puede ser determinada por los precios de monopolio.

El estudio del proceso de formación de los precios de producción no es el último eslabón en el ascenso de lo abstracto a lo concreto. Marx examina luego la tendencia decreciente de la cuota de ganancia. Esta sección del libro III de *El Capital* concreta los capítulos del libro I en los cuales Marx estudió la ley general de la acumulación capitalista y la tendencia histórica de la producción capitalista.

Hasta el momento Marx había hecho abstracción del hecho de que en el mundo concreto de la producción y de la circulación capitalistas el capital-mercancía y el capital-dinero no se presentan bajo la forma de un capital industrial único, sino bajo las formas particulares e independientes del capital comercial y del capital de préstamo. Había dejado a un lado el problema del fraccionamiento de la ganancia en interés y

en renta del empresario. Todo ello era necesario para poder estudiar la ganancia y sus leyes en toda su pureza, fuera de los hechos conexos. Ahora Marx complica este análisis y se eleva un grado más hacia lo concreto, arrojando luz sobre las fuentes y las leyes del movimiento del capital comercial y del capital a interés. Luego considerará la renta territorial como la forma particular bajo la cual los terratenientes perciben una parte de la plusvalía creada por los obreros en el curso del proceso de producción.

En la última sección de su obra, que quedó inconclusa, "Las rentas y sus fuentes", Marx critica la "fórmula trinitaria" de los economistas burgueses: capital-ganancia, tierra-renta territorial, trabajo-salario, que refleja lo "concreto", pero a la manera de un espejo deformante. Este elemento concreto no se nos ofrece por intermedio de un análisis teórico, no es reproducido en el pensamiento por medio de un método lógico, por el ascenso gradual a partir de lo abstracto. Por lo tanto, lo concreto expresado en esta "fórmula trinitaria" no hace otra cosa que desnaturalizar el mundo real de los fenómenos y no lo esclarece en nada.

Sólo el estudio hecho por Marx, de lo concreto a lo abstracto en primer lugar, luego de lo abstracto a lo concreto revelado esta vez a la luz de las leyes ya conocidas; sólo este estudio, nos ha mostrado el proceso concreto de la produccion y de la circulación capitalista como la auténtica unidad de lo diverso, y no como un caos irremediablemente embrollado.

La humanidad puede en verdad enorgullecerse a justo título de lo que realizó Marx en *El Capital,* porque la potencia ilimitada del espíritu humano se afirma en esta obra con un brillo imperecedero.

Nuestra caracterización del método lógico elaborado y aplicado en *El Capital* sería incompleta si no indicásemos que Marx acumuló una enorme cantidad de hechos en apoyo y demostración de cada una de sus tesis. Recurrió sin cesar a la práctica, como criterio de autenticidad de sus tesis más abstractas. El proceso práctico real de la producción capitalista fue la fuente de la que extrajo sus conclusiones y sus generalizaciones. Bastará con recordar el análisis de la jornada de tra-

bajo (tercera sección del libro primero de *El Capital*), el estudio relativo a la influencia de las máquinas y de la gran industria sobre la situación de los obreros (cuarta sección del mismo libro), etc.

Marx no se limita a enunciar la ley general de la acumulación capitalista, deducida de la generalización de una enorme masa de materiales. La demuestra sobre la base del ejemplo de hechos elocuentes e irrefutables. Así trabajó en numerosos otros casos.

El procedimiento lógico de investigación aplicado por Marx en *El Capital* es absolutamente lo contrario del método hegeliano, que construye artificialmente la realidad concreta a partir de la idea. El método de Marx exige que las definiciones más abstractas sean deducidas por la vía de la generalización de la realidad concreta y que se muestren luego sus modificaciones en el mundo de los fenómenos concretos. Resulta claro que sin una referencia constante a la realidad, a los hechos concretos, a la práctica, fundamento del conocimiento y criterio de autenticidad del estudio teórico, sería imposible concebir un método lógico o analítico verdaderamente científico. Al hablar de *El Capital,* Lenin caracteriza en pocas palabras este aspecto del método de Marx: "La verificación por los hechos, *respective*[25] por la práctica, se hace aquí *en cada una* de las etapas del análisis."[26]

Este aspecto capital de método marxista de investigación resaltará aun más cuando se estudie la correlación entre lo histórico y lo lógico en el proceso del conocimiento.

---

(25) En particular. (N. del t.).
(26) V. I. Lenin, *Cuadernos filosóficos,* pág. 216, Ed. rusa.

CAPITULO IX

LA CORRELACION ENTRE LO HISTORICO Y LO LOGICO EN EL PROCESO DEL CONOCIMIENTO

La correlación entre lo histórico y lo lógico en el proceso del conocimiento es uno de los problemas esenciales de la teoría del conocimiento. En el método analítico de investigación, el conocimiento va de lo abstracto a lo concreto a fin de reproducir de modo científico lo concreto en toda la riqueza de sus manifestaciones. ¿Cuál es la relación entre este proceso, que se produce en el pensamiento, y el proceso histórico real? Las categorías económicas simples y abstractas, ¿corresponden a relaciones económicas históricamente anteriores, y las categorías más concretas y complejas a relaciones aparecidas más tarde en la escena de la historia? Dicho de otra manera, ¿el movimiento que va de lo abstracto a lo concreto corresponde al proceso histórico del desarrollo?

El problema de lo histórico y lo lógico presenta también otro aspecto no menos importante: ¿cuál es la relación entre el proceso lógico del conocimiento y el desarrollo histórico *del pensamiento mismo, del conocimiento mismo?* Este aspecto de la cuestión será objeto de un estudio especial en el capítulo dedicado a la correlación de las categorías de la lógica dialéctica a la luz de *El Capital.*

Marx ha respondido a todas las cuestiones relativas al problema de lo histórico y lo lógico, y aplicó para ello, concretamente, la dialéctica, la teoría dialéctica del conocimiento, en el estudio del modo de producción capitalista. Exa-

minó de modo especial estos mismos problemas en el capítulo "Método de la economía política" de su *Contribución a la crítica de la economía política.* El análisis de esta obra por Engels contiene también indicaciones de suma importancia al respecto. Para esclarecer el fondo mismo del problema de correlación entre lo lógico y lo histórico en el proceso del conocimiento, empecemos por examinar estas indicaciones especiales de Marx y de Engels. Marx cita ejemplos que muestran que las categorías más simples expresan también las relaciones económicas más simples, cuya existencia es históricamente anterior a la de las relaciones complejas. Tal es el caso del dinero.

"El dinero puede existir y ha existido históricamente antes de que existiera el capital, de que existiesen los bancos, de que existiese el trabajo asalariado, etc. Al respecto se puede decir que la categoría más simple puede expresar relaciones dominantes de un todo menos desarrollado, o, por el contrario, relaciones subordinadas a un todo más desarrollado, que ya existían históricamente antes de que el todo se desarrollara en el sentido que encuentra su expresión en una categoría más concreta. En esta medida, la marcha del pensamiento abstracto, que se eleva de lo más simple a lo más complejo, correspondería al proceso histórico real."(1)

Pero Marx, cita, asimismo, ejemplos de otro orden, que demuestran que las relaciones económicas más desarrolladas pueden existir y existen en ausencia del dinero; se trata, en especial, de la cooperación, de la división del trabajo, etc.

Al respecto agrega que las categorías más sencillas sólo se manifiestan plenamente en una etapa superior del desarrollo histórico. Su demostración toma como ejemplo el trabajo abstracto. Esta categoría era conocida en la antigüedad, pero sólo en la sociedad burguesa, cuando recae sobre el trabajo en general, y no sobre sus formas concretas, un papel decisivo, y cuando un trabajo determinado se torna "accidental y por consiguiente indiferente" para el individuo, la categoría del trabajo en general se convierte en "prácticamente verdadera".

---

(1) C. Marx, *Contribución a la crítica de la economía política,* pág. 215, Ed. rusa.

La respuesta que da Marx al problema de la correlación entre lo lógico y lo histórico se reduce a decir que la marcha ascendente del pensamiento de lo abstracto a lo concreto debe reflejar en su conjunto los grandes lineamientos del proceso histórico real. Pero no se trata de un reflejo simple, fotográfico; es un reflejo complejo, que incluye la etapa consistente en apartarse de la reproducción exacta del proceso histórico.

Engels da la misma respuesta en su análisis de la *Contribución*... Habla de los métodos lógico e histórico de investigación. Como indica que, en sus grandes lineamientos, el desarrollo histórico va en general de las relaciones más simples a las más complicadas, se podría creer a primera vista que el método justo consiste en seguir lo más cerca posible el proceso de este desarrollo. Pero en la práctica este método obligaría a repetir todos los "saltos y zigzagueos" de la historia, y entonces resultaría difícil descubrir *la lógica* del desarrollo; el avance del pensamiento se interrumpiría a menudo. Aquí, dice Engels, sólo el método lógico es aceptable.

El método lógico de investigación busca, según Engels, conocer *la lógica interna* del desarrollo de un fenómeno dado. ¿Se sigue de ello que el método lógico sea diametralmente opuesto al método histórico? En modo alguno. Engels indica que en rigor no es más que "...el método histórico, despojado únicamente de su forma histórica y de las contingencias perturbadoras. Allí donde comienza esta historia debe comenzar también el proceso discursivo, y el desarrollo ulterior de éste no será más que la imagen refleja, en forma abstracta y teóricamente consecuente, de la trayectoria histórica; una imagen refleja corregida, pero corregida con arreglo a las leyes que brinda la propia trayectoria histórica; y así, cada factor puede estudiarse en el punto de desarrollo de su plena madurez, en su forma clásica."(2)

---

(2) F. Engels, "La *Contribución a la crítica de la economía política* de Carlos Marx" en Marx-Engels, *Obras Escogidas*, t. I, pág. 343, Ed. cit.

En nuestra marcha ascendente de lo abstracto a lo concreto debemos, por consiguiente, seguir la evolución histórica real de las relaciones económicas. Por otra parte, sería un error creer que el análisis teórico debe considerar las categorías económicas *únicamente* en el orden dictado por el curso del desarrollo histórico. Marx y Engels estimaban que de los dos métodos posibles, el método lógico de estudio de la producción capitalista era el único admisible. Por lo demás, el punto de vista lógico y el punto de vista histórico no aparecen para ellos como dos caminos independientes, sino como dos caminos indisolublemente vinculados al método de estudio que llamaron lógico o analítico.

A título de ilustración, volvamos a tomar *El Capital,* que demuestra una vez más su importancia para la comprensión de la teoría marxista del conocimiento.

El estudio del método de *El Capital* aporta antes que nada la prueba elocuente de que procediendo de lo simple a lo complejo, de lo abstracto a la concreto, en sus investigaciones sobre el modo de producción capitalista, Marx reproduce en sus grandes lineamientos el proceso histórico de desarrollo del capitalismo. En este sentido, la lógica interviene indiscutiblemente en *El Capital* como reflejo del desarrollo histórico de las relaciones económicas capitalistas. Por lo demás, nada se adapta mejor al carácter materialista y dialéctico del método marxista. Por lo menos dos principios de este método exigen que el análisis lógico de la realidad refleje el proceso histórico de desarrollo de tal o cual fenómeno.

En primer lugar, al disociar lo lógico de lo histórico, se abordaría prácticamente la realidad a la manera de los idealistas, cosa que evidentemente no es compatible con el carácter materialista del método marxista. El análisis teórico, lógico, debe modelarse sobre la lógica de la realidad misma. La lógica de la teoría refleja la lógica de la propia vida, y no a la inversa. Luego, aunque sólo fuese en virtud de este principio *materialista* del método marxista, el desarrollo lógico del análisis debe concordar con el proceso objetivo del desarrollo histórico. En segundo lugar, según la dialéctica marxista, todo

fenómeno evoluciona. Sólo se lo puede entender en su nacimiento y en su desarrollo, en el reemplazo de lo caduco por lo nuevo. También desde este punto de vista, entender de manera correcta un fenómeno cualquiera es examinarlo en su desarrollo histórico, desde su comienzo hasta su final. Por consiguiente, y también en virtud de este carácter *dialéctico* del método marxista, el análisis lógico debe reproducir la lógica objetiva del desarrollo de los fenómenos. Por ello en la teoría marxista del conocimiento lo lógico es estudiado en vinculaciones estrechas, indisolubles, con lo histórico. Lo lógico es también histórico porque expresa, en una forma generalizada, fenómenos y procesos reales, y por lo tanto históricamente variables.

Lenin ha expresado muy bien la concordancia de lo lógico con lo histórico en *El Capital,* al decir que éste contiene la historia del capitalismo y el análisis de los conceptos que la resumen.

En efecto, el análisis de Marx se aplica en primer lugar a la mercancía, a la producción y la circulación mercantiles simples. Este comienzo no tiene nada de artificial, de arbitrario. Marx se orientó por el principio según el cual la marcha de las ideas comienza allí donde empieza la historia. El modo de producción capitalista surgió de la producción mercantil simple. Como punto de partida histórico, la mercancía es también punto de partida lógico. Marx analiza luego en detalle las formas del valor, cuyo desarrollo da nacimiento a la moneda. El estudio de las formas del valor es un brillante modelo de análisis lógico basado en el curso del desarrollo histórico. El desarrollo lógico de los conceptos de las formas simple, total, general y de la forma moneda del valor es el reflejo teórico profundo de un proceso real, el del desarrollo de la producción y de la circulación mercantiles. El ejemplo del estudio de las formas del valor muestra con claridad que Marx basa su análisis lógico en la generalización de una masa de hechos históricos. El reflejo de lo histórico en el curso lógico del pensamiento no es otra cosa que el estudio de los hechos concretos, de la práctica social concreta.

De la moneda, Marx pasa al capital. Esta transición lógica es el reflejo de una transición histórica. En su carta del 2 de abril de 1858 a Engels, en la que expone el contenido de su obra *Contribución a la crítica de la economía política,* que también debía contener primitivamente un capítulo sobre el capital, Marx escribe a propósito de esta transición:

"Como lo muestra el desarrollo de sus determinaciones, el dinero contiene en sí mismo la demanda de valor que entrará en circulación, lo mantiene durante la circulación y al mismo tiempo establece la circulación: esto es, el *capital.* Esta transición también es histórica. La forma antediluviana del capital es el capital comercial, que siempre despliega dinero. Al mismo tiempo, el verdadero capital surge de este dinero, o capital de los mercaderes, que cobra el control de la producción."[3]

Una vez descubierta la naturaleza del capital, Marx aclara los procedimientos de acrecentamiento de la plusvalía. A partir de la plusvalía absoluta, pasa luego a la plusvalía relativa. Aquí también se inspira en el principio según el cual la lógica refleja el desarrollo histórico de la producción social. En el movimiento histórico real, el capital comenzó precisamente por el método de producción de plusvalía que Marx denominó método absoluto de aumento del valor, es decir, por la prolongación de la jornada de trabajo. Sólo el desarrollo de la técnica permitió aumentar la plusvalía reduciendo el tiempo necesario y aumentando el sobretrabajo del obrero.

Ya se ha dicho que si los economistas burgueses no supieron entender la categoría del precio de producción, ni distinguir a este último del valor, es por no haber considerado al valor como un fenómeno que tenía un desarrollo histórico. Su error provenía del hecho de que su análisis lógico no reflejaba el proceso histórico de desarrollo del valor. Si Marx, en su análisis, pasó del valor al precio de producción como forma convertida del valor, no había en ello nada artificial, sino simplemente una consecuencia del hecho de que el des-

(3) C. Marx y F. Engels, *Correspondencia,* págs. 79-80, Ed. cit.

arrollo lógico del pensamiento debe seguir el curso histórico del desarrollo de la realidad concreta. El intercambio según el valor sólo era posible en un nivel inferior de desarrollo de la producción y de la circulación mercantiles. Por el contrario, el intercambio según el precio de producción exige el nivel de la producción capitalista mercantil. Por lo tanto Marx estudió en primer lugar la ley del valor y luego el precio de producción, no sólo porque éste, como forma convertida del valor, es más fácil de entender a partir de la ley del valor, sino también porque el intercambio según el valor precedió históricamente al intercambio según el precio de producción. He aquí cómo se expresa al respecto:

"Prescindiendo de la dominación de los precios y del movimiento de éstos por la ley del valor, es, pues, absolutamente correcto considerar los valores de las mercancías, no sólo teóricamente sino históricamente, como el *prius* (predecesor) de los precios de producción."[4]

Estos ejemplos bastan para ilustrar el principio seguido por Marx para el análisis de la realidad. El curso lógico del pensamiento en *El Capital* corresponde, pues, al desarrollo histórico de las relaciones económicas estudiadas por Marx. Sin embargo basta con tomar conocimiento, aunque sólo sea de manera rápida, del modo de exposición adoptado en *El Capital,* para comprobar que Marx está muy lejos de seguir estrictamente, siempre y en todos los casos, la línea del desarrollo histórico. Así, por ejemplo, parecería lógico abordar el estudio del capital empezando por elucidar el misterio de su acumulación primitiva, sólo para pasar más tarde al análisis del capital mismo. Pero se sabe que Marx sólo esclarece este problema al final del libro I, es decir, después de haber establecido que el modo de producción capitalista corre inevitablemente a su perdición.

El propio Marx cita numerosos ejemplos de los cuales surge que se aparta a sabiendas, en ciertos casos, del curso del desarrollo histórico. Así, en el capítulo que trata de la ganancia comercial, escribe:

---

(4) C. Marx, *El Capital,* t. III, pág. 173, Ed. cit.

"En la marcha del análisis científico, la formación de la cuota general de ganancia aparece teniendo como punto de partida los capitales industriales y su concurrencia, siendo luego corregida, completada y modificada por obra de la interposición del capital comercial. En la trayectoria del desarrollo histórico, las cosas ocurren exactamente a la inversa. Es el capital comercial el que más o menos determina primeramente los precios de las mercancías y sus valores, siendo en la esfera de la circulación que sirve de vehículo al proceso de reproducción, donde se forma una cuota general de ganancia."(5)

Se entiende que si Marx se permitió tales "apartamientos" en relación con la línea fundamental del desarrollo histórico, no lo hizo sin tener serios motivos para ello. El análisis de estos últimos demostrará que el método lógico o analítico de investigación no es un simple reflejo de lo histórico, sino que, como lo dice Engels, es un reflejo "rectificado" según las leyes de la propia realidad histórica.

Quienquiera haga caso omiso de las leyes, de la esencia de los fenómenos, no podrá dar más que una descripción superficial de su evolución ni logrará superar el nivel de la observación, aunque a veces ésta sea penetrante. La reproducción del proceso histórico en el pensamiento pierde toda su fuerza si no se basa en el conocimiento de las leyes motrices del proceso histórico. Se entiende con facilidad el misterio de la acumulación primitiva si ya se ha descubierto la esencia del modo de producción capitalista. Pero si esta última es desconocida, la exposición de la prehistoria del capitalismo se limitará a una descripción exterior de los acontecimientos de este período. Estos se nos aparecerán entonces como un amontonamiento caótic, privado de toda lógica interna. Se comprende, desde este punto de vista, por qué renunció Marx aquí a la sucesión histórica de los acontecimientos y comenzó por precisar la esencia del modo de producción capitalista, para sólo esclarecer luego el misterio de la acumulación primitiva del capital. Como lo estableció antes, la esencia del capital reside en la explotación

(5) C. Marx, *El Capital*, t. III, págs. 266-267, Ed. cit.

por el capitalista, detentador de los medios de producción, de los obreros, privados de estos medios. Por consiguiente, para que el capital pueda aparecer y existir fue necesario todo un período histórico, en el cruce del cual la propiedad fue arrancada en forma gradual de mano de los propietarios directos y en el que los productores fueron separados de la propiedad. Tal es la esencia, la ley de la acumulación primitiva del capital. El estudio lógico de este problema exigía que los materiales fuesen dispuestos en un orden diametralmente opuesto al desarrollo histórico real.

Tomemos otro ejemplo. En el plano histórico, el capital comercial precedió al capital industrial. Pero si nos limitamos a seguir a toda costa, siempre y en todos los casos, el proceso histórico, será difícil y aun imposible proceder a un análisis científico del capital comercial. Porque éste interviene en la esfera de la circulación, y se corre el riesgo de adoptar la falsa idea de que la fuente del capital comercial, y por consiguiente de la existencia del capital comercial, es un simple aumento del precio de venta, un engaño, un fraude, etc. En rigor, la fuente de la ganancia comercial es la plusvalía creada en la esfera de la producción, plusvalía de la cual el capital comercial acapara una parte. Resulta claro que el estudio del capital industrial *antes* del capital comercial es una necesidad que surge directamente del objetivo que se persigue, que es el de conocer la esencia, la ley de los fenómenos. A la luz de la ley de plusvalía descubierta por Marx, la ganancia comercial (lo mismo que el capital comercial en su conjunto) aparece como un hecho perfectamente explicable. Sería un hecho irracional si tratáramos de entenderlo antes de haber estudiado el capital industrial independientemente de ese estudio.

Lo que constituye la fuerza del procedimiento lógico de investigación es que tiene por objeto el conocimiento teórico del problema, el conocimiento de la *lógica interna* del desarrollo de un fenómeno dado bajo su forma más pura, el descubrimiento de su esencia, de su ley. Este procedimiento permite entender el desarrollo del fenómeno a partir de su forma más elaborada. A partir de ese grado de madurez completa del fenómeno, ciertas características y aspectos propios de las

formas inferiores, históricamente anteriores, se afirman particularmente bien.

"La anatomía del hombre es la clave de la anatomía del mono. En las especies animales inferiores no se pueden entender los signos anunciadores de una forma superior si no se conoce ya la forma superior misma."(6)

Así, cuando se conoce la esencia y las leyes de la producción burguesa se puede entender la esencia de formas históricamente anteriores a ésta, tales como el capital usurario, el capital comercial, etc. El capital usurario y el capital comercial reposan a su vez, también sobre la explotación del hombre por el hombre, sobre la producción de un sobreproducto acaparado en forma gratuita por el usurero o el comerciante. Pero esta esencia está encubierta en sus formas de capital, que componen un todo con las condiciones de vida semipatriarcales.

Con el modo de producción capitalista, forma suprema y más desarrollada de la explotación del hombre por el hombre, esta misma esencia se manifiesta bajo una forma incomparablemente más pura. Marx y Engels ya escribieron en *El Manifiesto del Partido Comunista,* que la burguesía sólo dejó subsistir, entre el hombre y el hombre, el vínculo del interés puro, las duras exigencias del "pago al contado", y sustituyó por una explotación abierta y directa la explotación encubierta por la ilusión religiosa.

Tampoco es casual que a mediados del siglo XIX la ciencia, encarnada por Marx y Engels, supiera descubrir las leyes del desarrollo histórico de la sociedad. Ello se debe en gran parte al hecho de que el modo de producción capitalista puso al desnudo, como nunca hasta entonces, el mecanismo —disfrazado y encubierto en las antiguas formaciones— del desarrollo de la sociedad de clases, al demostrar que ese desarrollo reposa sobre el conflicto de los intereses materiales de diversas clases. El materialismo histórico, como teoría de las leyes generales del desarrollo de la sociedad, resultó, antes que

(6) C. Marx, *Contribución a la crítica de la economía política,* pág. 219, Ed. rusa.

nada, del estudio del modo de producción capitalista, la más desarrollada de las formaciones sociales antagónicas. La anatomía del capitalismo fue la clave de la anatomía de todo el desarrollo social anterior, de toda la sociedad humana en general.

De ahí la siguiente conclusión: como sólo a partir de la forma más desarrollada y relativamente más acabada de un fenómeno se puede entender mejor su esencia íntima, su lógica, su ley, es preciso disponer entonces los datos históricos de cierta manera, que no siempre concuerda con el curso real de la historia. Lo histórico es la vida misma. Lo lógico es la esencia de la vida, desentrañada por la investigación teórica. La fuerza del procedimiento lógico consiste en revelar esa esencia de lo histórico, esa línea principal del desarrollo, aligerada de todo lo que la oscurece. Por consiguiente, si lo lógico no puede ser separado de lo histórico, porque ello sería lo mismo que separar el pensamiento de la vida, de la realidad; si en su conjunto es un vaciado y una copia de lo histórico, no es, sin embargo, una copia cualquiera, un reflejo sin vida de la realidad, sino un reflejo penetrado por el pensamiento del hombre que sabe extraer de la historia lo esencial y rechazar lo accesorio, lo accidental, y subordinar a ese elemento esencial todas las particulariaddes y todos los detalles. El pintor que reproduce un paisaje sobre su tela conserva de él lo principal, lo esencial, y elimina lo accesorio, para iluminar de tal modo, por medio del juego de los colores, de las luces y de las sombras, todos los elementos del paisaje, que nos muestra una copia en cierto sentido superior al propio original.

Otro tanto se puede decir del método lógico de investigación: dispone los colores, las luces y las sombras de tal modo, que hace desaparecer todo lo que es históricamente accidental, secundario, para hacer resaltar lo principal, lo esencial, en la confusión y la abigarrada diversidad de los fenómenos.

El método lógico de investigación aporta, pues, una síntesis teórica del curso de la historia. Cada categoría económica se apoya, en Marx, sobre hechos históricos, que sistematiza sin perderlos un solo instante de vista. El movimiento de las ca-

tegorías económicas, su conversión recíproca, reflejan *a grandes rasgos* el proceso histórico de la aparición, del desarrollo y del inevitable fin del capitalismo. Pero al mismo tiempo, como lo lógico es un cuadro histórico depurado, el método no puede y no debe seguir ciegamente todas las peripecias históricas, y cuando es necesario un apartamiento a fin de reproducir en forma más profunda la realidad en el pensamiento, se aparta del curso histórico de lo concreto y dispone las categorías, no ya según la historia, sino según la lógica del desarrollo.

La producción de la plusvalía es el esqueleto de todo el proceso del desarrollo histórico del capitalismo, es su esencia y su fundamento. Sin ella no se puede entender nada del modo de producción capitalista. Es la ley económica fundamental del capitalismo, que determina y explica todos los aspectos de la sociedad burguesa. Por eso, Marx subordina todo su estudio al análisis de esta ley económica fundamental del capitalismo. Y precisamente para que esta ley surja con vigor a través de todas las manifestaciones del capitalismo, dispone y estudia Marx las categorías económicas conforme a su tarea principal.

Sin embargo se cometería un error si se supusiera que Marx actúa así para "facilitar" el conocimiento, que interviene en el proceso objetivo e introduce en él algo extraño, algo "subjetivo". Ello sería desconocer por completo la esencia de la teoría marxista del conocimiento. El marxismo es ajeno a todo subjetivismo en relación con la realidad. La "intervención" de que se trata, en la representación del desarrollo histórico, no resulta del deseo de "facilitar" el conocimiento, sino de leyes en virtud de las cuales se refleja la esencia de la realidad. No trata de desnaturalizar el curso de la historia, sino de dar de ella una comprensión mayor, más profunda, no para separar lo lógico de lo histórico, sino para revelar mejor su unidad. Sigamos nuestra analogía con el pintor. Cuando al ejecutar un paisaje, éste omite elementos inútiles, detalles accidentales, no es para desnaturalizar el cuadro objetivo, sino para expresar con más precisión lo característico, lo típico, en la naturaleza que representa. Dicho de otra manera, su actitud es regida

por el propio objeto representado. Un mal retratista que tratara de reproducir lo más fielmente posible los rasgos de un rostro, haría lo posible para que todo fuese parecido: los cabellos, el tinte y mil otros detalles accidentales. El verdadero pintor, por el contrario, se esfuerza por captar y traducir la esencia, el fondo más íntimo de su modelo, y para ese fin no busca subrayar tal o cual detalle accidental. Está claro que es el segundo pintor, y no el primero, el que representa con más fidelidad la realidad.

Por consiguiente, apartándose en tal o cual caso de la línea de la evolución histórica para reproducir en el pensamiento la lógica interna del desarrollo de un fenómeno, no se cae en modo alguno en la arbitrariedad subjetivista. En su *Contribución...* Marx explica la necesidad de tal apartamiento. "Nada parece más natural —escribe— que empezar por la renta territorial, por la propiedad territorial, dado que ella está vinculada a la tierra, fuente de toda producción y de toda existencia, y por ella a la primera forma de producción de toda sociedad llegada a cierta estabilidad... a la agricultura. Pero nada sería más erróneo. En todas las formas de sociedad hay una producción determinada y relaciones engendradas por ella que asignan a todas las otras producciones y a las relaciones engendradas por éstas su rango y su importancia. Es como una iluminación general en la que se unen todos los colores y que modifica las tonalidades particulares. Es como un éter particular que determina el peso específico de todas las formas de existencia que resaltan en él."(7)

En las formaciones precapitalistas, todo, incluso la industria embrionaria, tiene un tinte agrícola; la producción dominante es la agricultura, con todas las relaciones que surgen de ella. Por el contrario, en el régimen capitalista la hegemonía del modo de producción burgués confiere a todas las cosas, incluso a la agricultura, un tinte burgués, y por consiguiente nada podría ser entendido en ella, a no ser a la luz de la ley eco-

(7) C. Marx, *Contribución a la crítica de la economía política,* pág. 220, Ed. rusa.

nómica fundamental del capitalismo. De ahí la necesidad *objetiva* de estudiar en primer lugar el capital y luego la renta territorial, aunque en la historia las cosas se presenten de otra manera.

"Por lo tanto sería imposible y erróneo —concluye Marx— ubicar las categorías económicas en el orden en que fueron históricamente determinantes. Su orden es determinado, por el contrario, por las relaciones que existen entre ellas en la sociedad burguesa moderna, y es precisamente lo inverso de lo que parece ser su orden natural o corresponder a su orden de sucesión en el curso de la evolución histórica."(8)

La disposición, la subordinación de las categorías económicas tal como surge de *El Capital* es enteramente determinada por esta importante indicación metodológica de Marx. En el primer plano de su estudio se encuentran las categorías que expresan la esencia del modo de producción capitalista: plusvalía, acumulación capitalista, etc. A partir de ella, deriva y desarrolla categorías económicas tales como el interés, la ganancia comercial, la renta, etc.

Es cierto que Marx estudia el capital comercial, el interés, la renta, etc., no bajo la forma históricamente caduca en que existían antes, sino como formas modificadas bajo la influencia del capitalismo, como categorías del modo de producción capitalista. Pero al mismo tiempo examina también las formas bajo las cuales existieron anteriormente al capitalismo; estudia la génesis de la renta territorial capitalista y ofrece un "extracto de la historia del capital mercantil", notable capítulo en el que analiza las "formas antediluvianas del capital", el capital usurario, etc.

Cuando se habla del poderío y del alcance del método lógico de investigación, sería falso extraer de ello la conclusión de la debilidad o incluso la inutilidad del método histórico del estudio de los objetos. Más aun, sería absurdo pensar que el método histórico está condenado a representar la realidad

(8) C. Marx, *Contribución a la crítica de la economía política*, pág. 221, Ed. rusa.

únicamente en su desorden caótico aparente, fuera de su determinismo objetivo y de la lógica de su desarrollo. El método histórico de investigación es científico, *en el mismo grado* que el método lógico. Es irreemplazable cuando se trata de estudiar el camino histórico concreto del devenir del desarrollo de los objetos y de los fenómenos. Es el instrumento necesario de toda historia científica: historia de la sociedad, del Estado, de la economía, de la cultura, etc.

La historia científica de la evolución de la sociedad busca representar los acontecimientos con sus leyes y sus lógicas, determinados por el propio curso del desarrollo. En el entrelazamiento complejo y a menudo caótico de los acontecimientos, hace surgir la línea lógica principal de la evolución que nace de las leyes objetivas de la historia. Por lo tanto, no existe en este sentido diferencia alguna de principio entre los dos métodos de investigación: el histórico y el lógico. Uno y otro, siendo científicos, tienen por misión estudiar los fenómenos en su determinismo. Pero a diferencia del método lógico, el método histórico "reviste" la línea lógica fundamental con la sangre y la carne de los acontecimientos concretos, siguiendo paso a paso estos acontecimientos, reflejando toda la continuidad histórica de su aparición y de su desarrollo.

La diferencia entre estos dos métodos de investigación implica también una diferencia entre los medios y procedimientos de conocimiento que utilizan. Si el método analítico o lógico aplica el procedimiento consistente en elevarse de lo abstracto a lo concreto, el método histórico no puede utilizarlo, cosa que no quiere decir sin embargo que excluya la abstracción. Todo estudio histórico se apoya en leyes objetivas descubiertas gracias a la actividad abstractiva del pensamiento. Pero la acción de estas leyes se manifiesta bajo la forma histórica concreta de un desarrollo de fenómenos. A ello se debe el que los fenómenos y los acontecimientos sean considerados aquí según su sucesión histórica concreta. Las categorías que reflejan los fenómenos y las relaciones determinadas deben, entonces, en este caso, ser igualmente consideradas y dispuestas según la línea histórica de la evolución. Sin embargo, incluso si aplicamos el método histórico, debemos mostrar, siguiendo paso

a paso el desarrollo real de la historia, cómo la lógica objetiva del desarrollo, es decir, las leyes que existen y actúan en forma independiente de nuestra conciencia y nuestra voluntad, se abren camino a través de todas las peripecias y de todos los zigzagueos. El problema de lo histórico y lo lógico no se refiere sólo al método de la investigación teórica, sino también de exposición. La exposición también puede seguir uno de los dos métodos: histórico o analítico. Para decidir cuál es el que más conviene, es preciso partir del objetivo que se asigne esta exposición. Así, Engels, al hablar de la *Contribución...*, hace notar que la forma histórica, que sigue el desarrollo histórico real de los fenómenos, tendría cuando mucho el mérito de ser más popular.

Es bueno recordar que Lenin aprobó el método histórico de exposición de la economía política adoptada por A. Bogdánov en su *Curso abreviado de ciencia económica.* En el estudio crítico de esta obra, Lenin escribía que como la misma se dirigía al lector recién iniciado, el método histórico permitía exponer los problemas de la economía política bajo la forma más popular posible. Este método de exposición entraña inevitablemente repeticiones pero, decía Lenin, éstas son útiles para el principiante, que asimila mejor las tesis esenciales.

Es evidente que para poder exponer bajo la forma histórica el desarrollo de los modos de producción es bueno que se haya hecho el estudio teórico y que se conozcan las leyes de los fenómenos expuestos. El trabajo realizado para descubrir las leyes torna más fácil su exposición bajo una forma popular. Por esta razón, Marx usa en *El Capital* el método analítico de exposición y no el método histórico. Se entiende que este último sea menos indicado, incluso absolutamente inaplicable, en una obra que expone por primera vez los resultados del estudio teórico de tal o cual problema, por ejemplo, en este caso, del modo de producción capitalista.

De todos modos el problema de saber cuál de los métodos de exposición es el más racional no puede ser resuelto en forma

dogmática: la respuesta está enteramente dictada por el objetivo, por el fin de la exposición, por el carácter del tema tratado, etc. Por lo tanto se cometería un error si se canonizara el método de exposición aplicado en *El Capital* y se lo considerase como el único que debe ser seguido para exponer la economía política en su conjunto o el modo de producción capitalista en particular.

CAPITULO X

EL PAPEL DEL ANALISIS Y LA SINTESIS, DE LA INDUCCION Y LA DEDUCCION, EN EL PROCESO DEL CONOCIMIENTO

I

El proceso del conocimiento va del dato inmediato, de lo concreto tomado en bloque, a las definiciones abstractas, y de estas últimas de nuevo a lo concreto, ahora enriquecido en forma mediata por el conocimiento de las leyes de la realidad. Al comienzo lo mismo que al final, lo concreto interviene como un todo, en su integridad, pero si al principio ese todo no es concebido aún en la unidad de sus manifestaciones multiformes, interviene sin embargo al final como una unidad coherente en la que cada elemento singular está vinculado al todo, deducido del todo.

Sin embargo, todavía no hemos estudiado los modos del conocimiento con la ayuda de los cuales Marx realizó, en *El Capital,* este movimiento que conduce al pensamiento de lo concreto a lo abstracto y lo hace volver luego a lo concreto. El único problema examinado ha sido el papel de las abstracciones en el conocimiento de la esencia, de los fenómenos, de sus leyes. Pero el proceso de abstracción requiere por sí mismo la existencia de medios de conocimiento determinados.

Por lo demás, por sí solas, las abstracciones no bastan para asegurar el ciclo del pensamiento de que se trata.

Así nos vemos llevados a formular el problema del papel del análisis y de la síntesis, de la inducción y de la deducción, en el proceso del conocimiento. En este sentido, una vez más, *El Capital* contiene indicaciones sumamente preciosas para la teoría del conocimiento del materialismo dialéctico. Este problema esencial de la gnoseología marxista es notablemente profundizado en dicha obra. El estudio de *El Capital* muestra que, también en este caso, el método de Marx se opone en forma radical al de los economistas burgueses. En la *Historia de la teoría de la plusvalía,* Marx pone en evidencia esta oposición. Es cierto que quiere hacer ver, también en este sentido, la diferencia que existe entre la economía política clásica y la economía vulgar. Pero al establecer esta diferencia, hace surgir al mismo tiempo toda la debilidad de los mejores representantes de la economía política burguesa: Smith y Ricardo.

He aquí, según Marx, en qué reside la diferencia que opone a Smith y Ricardo, por una parte, y a los economistas vulgares por la otra. Éstos consideran lo concreto tal como aparece en la superficie de los fenómenos, sin tratar de penetrar y descubrir por el análisis la esencia de estos últimos. Adoptan la fórmula trinitaria, que desnaturaliza las relaciones reales de la producción capitalista: capital-ganancia, trabajo-salario, tierra-renta. El capital, el trabajo y la tierra son presentados como fuentes, dotadas de una existencia independiente, de diferentes tipos de renta. Son aislados los unos de los otros. En estos economistas no se encuentra la menor alusión a la fuente única de todos estos tipos de renta, es decir, a la plusvalía. Este método ignora por completo el *análisis,* sin el cual es imposible sin embargo descubrir el elemento esencial común que se encuentra en las diversas manifestaciones del todo.

Lo concreto es considerado por los economistas vulgares en su diversidad, tal como aparece en la superficie de los fenómenos. Y como no se interesan en el análisis de lo concreto, estos fragmentos aparecen como un conjunto de fenómenos indiferentes los unos a los otros e independientes entre sí. Los

apologistas de la burguesía alcanzan así su objetivo esencial, que es el de esfumar el vínculo íntimo que existe entre los diferentes tipos de rentas y también, por consiguiente, la contradicción interna que existe entre ellos. Por lo demás, al presentar las cosas como si cada uno de los tres tipos de renta tuviese su fuente propia, los economistas vulgares crean una apariencia de armonía entre las clases de la sociedad burguesa. Se entiende, por lo tanto, la repugnancia que sienten por el *análisis* como método que sirve para estudiar el fundamento interno común de los fenómenos heterogéneos.

Contrariamente a los economistas vulgares, los representantes de la economía burguesa clásica, Smith y Ricardo, no se limitan a registrar lo concreto, tal como aparece en la realidad inmediata. Como lo dice Marx, no se detienen en la forma alienada y tratan de descubrir la base común, la fuente común, de los diferentes tipos de renta. Se esfuerzan en lograrlo por medio del análisis. Su método consiste en analizar la realidad. Éste, dice Marx, es el principal método de los mejores representantes de la economía burguesa. He aquí cómo expone ese aspecto del método de los mismos:

"La economía clásica se esfuerza en analizar las diversas formas de la riqueza para reducirlas a su unidad interna, ahondando para ello por debajo de la forma externa, bajo la cual parecen convivir, indiferentes las unas respecto a las otras. Se esfuerza en comprender las relaciones internas existentes entre ellas por encima de la multiplicidad de los fenómenos puramente externos... Con ello reduce a una sola categoría, la de la ganancia, todas las formas de renta y los diversos títulos que permiten a quienes no trabajan reclamar una parte del valor de las mercancías."[(1)]

Por consiguiente, el análisis permitió a Smith y Ricardo descubrir lo esencial en la diversidad de los fenómenos y mostrar que la forma independiente y alienada de los diferentes tipos de renta no es más que una forma aparente exterior, no

(1) C. Marx, *El Capital,* (Historia crítica de la teoría de la plusvalía), t. V, pág. 393, Ed. cit.

constituye otra cosa que su "título exterior". Habiendo reducido las numerosas formas a una forma esencial, se acercaron a la comprensión de la vinculación íntima y de la unidad de los fenómenos, sin la cual no sería posible hablar de comprensión científica del problema. Es cierto que identificaron la plusvalía con la ganancia, pero ésta, a pesar de todo, está más cerca de su fuente real que formas tales como el interés, la renta, el salario.

A la vez que subraya el aspecto positivo del método utilizado por Smith y Ricardo, Marx muestra en seguida en qué sentido es unilateral ese método. Los economistas burgueses admitían la necesidad del análisis, pero no entendían que *el análisis sólo, sin la síntesis,* no puede llegar a la verdad. Su método era precisamente unilateral en el sentido de que admitía el análisis sin entender la necesidad de la síntesis en el estudio de los fenómenos. El análisis permite descubrir lo que hay de común entre las diversas manifestaciones de la realidad concreta, lo que las une. Pero sin la síntesis —método de investigación inverso del análisis, pero tan indispensable como éste— es imposible deducir esta diversidad de fenómenos de su base común. Ahora bien, el conocimiento del modo de producción capitalista tiene por objeto, no sólo demostrar que se basa sobre la producción de la plusvalía, sino también mostrar cómo sobre esa base crecen y se desarrollan todas las formas concretas propias del capital. Si bien Smith y Ricardo enriquecieron considerablemente el análisis del fundamento interno de los diferentes tipos de renta —aunque incluso en este caso no hayan podido ir hasta el final, ya que no hicieron un análisis científico de la plusvalía—, no abordaron tampoco la segunda tarea, es decir, la síntesis de las manifestaciones concretas del capital. A propósito de esta debilidad de la economía política clásica, Marx escribió: "A la economía clásica no le interesa presentarnos la génesis completa de estas formas, sino reducirlas analíticamente a su unidad, pues son estas mismas formas las que le sirven de punto de partida. *Sin embargo, el análisis es siempre condición necesaria de toda exposición de carácter genético; sin él no es posible comprender el ver-*

dadero proceso de formación y desarrollo, en sus diversas fases."(2)

Cuando Marx habla de estudio y exposición genéticos, se refiere, en el fondo, a la síntesis. Como hicieron caso omiso de este aspecto de la investigación, Smith y Ricardo cayeron fatalmente en la incoherencia, y contribuyeron así, en gran medida, a preparar la fórmula trinitaria de los economistas vulgares. Partieron, como es preciso partir, del valor, y consideraron la ganancia, el salario y la renta como sus manifestaciones. Pero por otra parte no supieron explicar por qué, en la realidad concreta, la ganancia media no concuerda con la plusvalía, ni el valor tomado en su conjunto con los precios de producción. Se detuvieron, impotentes, ante un fenómeno como la renta absoluta, que parece contradecir el valor deducido por el análisis; sustituyeron el capital constante y el capital variable por el capital fijo y el capital circulante, etc. Dicho de otro modo, aunque vieron en el valor y en la producción del valor la base del modo de producción capitalista, no se dedicaron (y ni siquiera se formularon el problema) a desarrollar, a partir del valor, sus formas convertidas, es decir, reproducir por la *síntesis* lo concreto en sus formas diversificadas, lo concreto —precisémoslo de paso— que surge de su base, de su unidad. Y esto sólo puede ser realizado por la síntesis, es decir, una vez efectuado el análisis.

He aquí por qué después de haber encontrado por el análisis una manifestación del valor en la ganancia, el salario y la renta, al mismo tiempo (en especial Smith) reconstituyeron el valor con los mismos elementos que son en realidad determinados por él, es decir, con la ganancia, el salario y la renta. Por lo tanto, aunque hayan realizado un trabajo crítico considerable y hayan puesto fin, según la expresión de Marx, al aislamiento recíproco y a la osificación de los diversos elementos sociales de la riqueza, cayeron en la trampa de las ilusiones y de la apariencia exterior, tanto a causa de los límites

(2) C. Marx, *El Capital,* (Historia crítica de la teoría de la plusvalía), t. V, pág. 393. (Subrayado nuestro. - *M. R.*).

del pensamiento burgués que era también el de ellos, como a causa de los defectos de su método, arriba indicados.

La crítica hecha por Marx con respecto a los economistas vulgares y los representantes de la economía política clásica, permite entender mejor lo que son el análisis y la síntesis, y cuál es su papel en la investigación científica.

Cuando se emprende el estudio de fenómenos todavía desconocidos, se tiene ante sí el mundo exterior, que se ofrece en toda su complejidad. Es un todo concreto, cuyas relaciones multiformes no son entendidas aún en su unidad o en su relación interna. Para ver claro en esta diversidad compleja y no confundir las vinculaciones externas y accidentales con vinculaciones internas y necesarias, es preciso descomponer este todo complejo en sus partes y elementos constituyentes, extraer de la masa de los aspectos y elementos del todo, los más importantes, los determinantes, buscar y descubrir lo esencial y común en los fenómenos de aspectos múltiples, que los reúne en un solo todo. Esto puede hacerse por el análisis. *La tarea del análisis consiste precisamente en elevarse de lo singular a lo general, de lo concreto a lo abstracto, del dato inmediato al mediato, de lo contingente a lo necesario, de la apariencia de los fenómenos a su ley.*

Esto es lo que explica la ubicación y el papel del análisis en el conocimiento científico, y lo que establece el papel del análisis en el movimiento lógico que conduce al pensamiento de lo concreto a lo abstracto, movimiento indispensable para conocer lo concreto, no como una suma de fenómenos, o de aspectos de un fenómeno, indiferentes los unos en relación con los otros, sino como un todo único y coherente.

Una vez cumplida su tarea, el análisis debe ser completado por otros procesos cognoscitivos, tan indispensables como él, pero que se desarrollan en un sentido directamente opuesto. Aunque el análisis descubra la unidad, la comunidad esencial de los diferentes fenómenos, nos encontramos aún muy lejos de entender el desarrollo real en toda su complejidad concreta. El análisis no nos entrega por sí mismo otra cosa que un cuadro sumamente abstracto e incoloro en relación con la rea-

lidad concreta y viva. De tal modo, el reino mineral y el mundo vivo están constituidos por los mismos elementos químicos, cuyo análisis es indispensable para el conocimiento de estas dos manifestaciones de una sola y única materia. ¡Pero cuán lejos está este conocimiento del de la esencia real y de la distinción entre lo vivo y lo no vivo! Como lo decía espiritualmente Hegel, la carne podrá estar compuesta de carbono, oxígeno, etc., pero estas sustancias abstractas no son carne. Todo reside en la síntesis de dichas sustancias, en el modo de reunión de esos elementos, que nos restituye precisamente todos los aspectos concretos del fenómeno considerado.

El análisis, para tomar otro ejemplo, nos ayuda a descomponer la producción en elementos constituyentes tales como los instrumentos de producción, con la ayuda de los cuales la sociedad se procura sus medios de existencia, y los hombres, que utilizan estos elementos de producción. El conocimiento de estos elementos constituyentes de toda producción es de suma importancia, pero no nos da por sí mismo el conocimiento de un modo de producción determinado y concreto. Estos elementos son en sí mismos abstracciones. Todo depende de la forma en que hayan sido reunidos. Su modo concreto de reunión es el que proporciona la sociedad real: feudal, capitalista, socialista.

Por lo tanto el análisis debe ser completado por la síntesis. Pero ésta no es una tarea tan trivial como podría hacerlo creer un examen superficial que redujera la síntesis a la reunión pura y simple de las partes componentes del objeto. Las críticas dirigidas por Marx contra los economistas burgueses y las aplicaciones concretas que él da de la síntesis en *El Capital,* muestran que se trata de un proceso de suma complejidad. Marx entiende por síntesis la *concreción del término general y único,* alcanzado por el análisis, *y la deducción, a partir de éste, de sus expresiones concretas multiformes existentes en la realidad.* Según él, la síntesis es la reproducción de lo concreto como unidad de lo diverso. Si en el análisis el pensamiento va de lo singular, de lo concreto, a lo abstracto y general, en la síntesis sigue el trayecto inverso: de lo general a sus múl-

tiples manifestaciones, a sus diversas formas de existencia. Toda la esencia y toda la fuerza de la síntesis residen en el hecho de que la realidad no se presenta ya como una suma de fenómenos y de procesos aislados, sino como un todo en el que los fenómenos, por fragmentados y diversos que fueren, se encuentran reunidos en un solo haz y subordinados a las leyes descubiertas y estudiadas gracias al análisis. Por síntesis Marx entiende el estudio y la reproducción en el pensamiento del proceso real de desarrollo, en tanto que el análisis no estudia y no hace conocer otra cosa que la abstracción de ese proceso.

He aquí por qué Marx no podía considerar que había terminado con su tarea cuando descubrió la plusvalía. Le quedaba por demostrar que toda la diversidad concretada en las numerosas formas de la renta capitalista es la manifestación de la producción de plusvalía, y que todas las formas exteriores de la vida capitalista son expresiones del hecho principal y fundamental de la producción burguesa, sea cual fuere la contradicción que parezca existir, a primera vista, entre aquéllas y éstas. Y esa demostración sólo era posible con la ayuda de ese poderoso instrumento del conocimiento que es la síntesis.

El propio Marx destaca el papel considerable de la síntesis, al tomar por ejemplo el estudio de la renta territorial. Indica que la dificultad no reside en la explicación general del sobreproducto engendrado por el capital invertido en la agricultura y de la plusvalía correspondiente. Este problema se resuelve en el análisis de la plusvalía creada por todo capital productivo, sea cual sea la esfera en la que es invertido. Una vez que el análisis ha permitido descubrir el elemento general que caracteriza todas las formas de la producción capitalista, ya no hace falta una demostración especial para entender que la renta es una forma de plusvalía. "La dificultad —escribe Marx— está en demostrar, cómo, después que la plusvalía se nivela entre los diversos capitales a base de la ganancia media, a base de conceder a éstos en la plusvalía total engendrada por el capital social en todas las ramas de producción una participación correspondiente a sus magni-

tudes relativas, cómo después de esta nivelación, después de haberse distribuido al parecer toda la plusvalía existente y susceptible de ser distribuida, queda todavía un remanente de plusvalía, el que el capital invertido territorialmente rinde al propietario bajo la forma de renta del suelo, y de dónde proviene este remanente."[3]

Los economistas burgueses anteriores a Marx ni siquiera se propusieron formular este problema; negaron la existencia de la renta absoluta. Marx fue quien se encargó de ello. Este problema no es otra cosa que el estudio sintético de la forma en que la plusvalía descubierta por el análisis se concreta en las relaciones reales del capital invertido en la agricultura, se modifica en esas condiciones concretas vinculadas a la existencia de la propiedad privada del suelo, al nivel inferior de la composición orgánica del capital en la agricultura, etc. Es el movimiento del pensamiento que va de lo abstracto y de lo general —la plusvalía— a su manifestación concreta y singular, la renta territorial. Es la síntesis de lo general y de lo singular, de lo abstracto y de lo concreto.

Marx considera el análisis y la síntesis, no como dos métodos de investigación independientes, sino como dos métodos diferentes, indisolublemente vinculados entre sí, que surgen el uno del otro y se condicionan de manera mutua. Cada uno de ellos es oportuno en un momento determinado y para resolver un problema determinado. En cada etapa particular del conocimiento, pasa a primer plano la síntesis o el análisis, pero ambas cooperan estrechamente entre sí: el análisis prepara el "trabajo" de la síntesis, y ésta ayuda al análisis a penetrar en forma más profunda en la esencia de los fenómenos.

Una vez esbozados así los principios generales de la concepción marxista del análisis y de la síntesis como instrumentos y medios del conocimiento, podemos examinar, por lo menos rápidamente, el partido que Marx saca de ello en *El Capital*.

La propia estructura de *El Capital* revela toda la importancia del análisis y de la síntesis como aspectos íntimamente

(3) C. Marx, *El Capital*, t. III, pág. 664, Ed. cit.

vinculados al proceso dialéctico del conocimiento. Es fácil comprobar que el análisis predomina en los dos primeros libros. Marx descompone el modo de producción capitalista, considerado como un todo, en sus elementos constitutivos. En el libro I estudia el proceso de producción, haciendo abstracción de sus vínculos con el proceso de circulación. Este último es estudiado en el libro II. Esta fragmentación, esta división del todo en sus partes analizadas luego separadamente, era necesaria para descubrir y arrojar luz sobre la esencia del modo de producción capitalista, su ley. El estudio del proceso de producción bajo su forma más pura, es lo que permitió explicar las leyes de desarrollo del capitalismo, lo que lo diferencia de las otras formaciones económico-sociales, su papel y su ubicación en la evolución de la sociedad humana, su pasado, su presente y su porvenir inevitable.

Ya hemos citado el pasaje en que Marx define el análisis como la premisa necesaria de la exposición sintética. Luego de proceder a este análisis en los dos primeros libros, Marx proporciona en el libro III una síntesis grandiosa de la producción capitalista tomada como un todo, como la unidad del proceso de producción y del proceso de circulación. Así, la estructura misma de *El Capital* muestra con vigor el papel del análisis y de la síntesis.

Sin embargo, sería simplificar demasiado el problema si se pensara que el proceso de investigación puede reducirse en Marx a dos etapas, en la que la primera es principalmente analítica y la segunda sintética. Esto es cierto a grandes rasgos, cuando se considera en su conjunto la estructura, el plan de *El Capital*. Pero en la realidad las cosas son evidentemente más complejas. En cada etapa Marx usa *simultáneamente* el análisis y la síntesis. Esto vale tanto para los dos primeros libros, en los cuales estudia aspectos particulares, tomados por separado, de la producción capitalista, como para el tercero, en el que estudia el capital como un todo homogéneo. Sólo se puede hablar de un predominio del análisis en la primera etapa (libros I y II) y de la síntesis en la segunda (libro III), pero por lo demás vemos que Marx aplica los dos métodos,

cada uno en su lugar, a todo lo largo de su investigación. Esto es entenderá mejor si se recuerda que va de lo simple a lo complejo, de lo abstracto a lo concreto, y que cada nuevo grado de su investigación, si bien reproduce un cuadro más completo y complejo del movimiento del capital, no por ello deja de ser una abstracción en relación con el grado siguiente, aun más elevado y complejo. Así, la moneda es una categoría más concreta que la mercancía, y por lo tanto no puede ser deducida a no ser por una síntesis precedida ella misma, como es evidente, por el análisis necesario. Pero la moneda, al mismo tiempo, es algo sencillo y abstracto en relación con el capital. Por consiguiente, el estudio de esta categoría más compleja requiere a su vez un análisis y una síntesis. En el libro III, en el que predomina en conjunto, como ya lo hemos dicho, el método de investigación sintético, Marx va de lo simple y de lo abstracto a lo complejo y lo concreto, y por consiguiente, en esta etapa, debe recurrir, otra vez, simultáneamente, al análisis y a la síntesis. Por ejemplo, la categoría de ganancia resulta en Marx de una síntesis compleja. La ganancia es algo más simple y abstracto que la ganancia media. Se entenderá que ésta exige a su vez, para su estudio, el recurso del análisis y la síntesis.

Todo el movimiento de la investigación en *El Capital* puede ser entonces representado como una cadena en la que al eslabón del análisis sucede el de la síntesis, seguido por el eslabón de un análisis ulterior, luego de una síntesis aun más compleja, etc. Cada etapa del análisis y de la síntesis agrega nuevas características al cuadro del movimiento y del desarrollo del capital y enriquece la tela con nuevos colores, hasta el momento en que el proceso de investigación culmina con la reproducción del modo de producción capitalista en toda su complejidad concreta.

He aquí, a título de ilustración, la forma en que Marx estudia el problema de la plusvalía. La tarea esencial que se había asignado consistía en arrojar luz sobre la esencia de la producción capitalista, que es el producir plusvalía. En la superficie de los fenómenos la plusvalía aparece como ga-

nancia. Como lo indica Marx, sólo por medio del análisis se puede "descortezar" la plusvalía de su forma ganancia. Por lo tanto, no es posible descubrir la plusvalía a no ser por medio del análisis. Pero si se sigue de cerca el desarrollo del pensamiento de Marx hasta el momento en que alcanza su objetivo, se puede comprobar con facilidad que hay en él toda una cadena en la que la síntesis sucede al análisis, el análisis a la síntesis, etc. El análisis proporciona la posibilidad de conocer de manera sintética tal o cual fenómeno; la síntesis abre nuevas posibilidades para un análisis posterior.

Al estudiar la mercancía comienza Marx a "descortezar" la plusvalía. Dejamos de lado el hecho de que este punto de partida es ya el resultado de un análisis sumamente profundo, porque sólo por medio del análisis, por la descomposición del todo complejo en sus principales partes constituyentes, se podía llegar a esa célula elemental de la producción y de la circulación mercantil, se podía descubrir esa célula en la diversidad compleja de los fenómenos de la sociedad capitalista.

Esta célula que descubrió, la mercancía, la somete Marx a un penetrante análisis, que hace surgir un mundo complejo en lugar de lo que parecía una cosa muerta, una identidad fija. Descompone analíticamente la mercancía en sus contrarios, el valor de uso y el valor de cambio. El trabajo que produce las mercancías es descompuesto también por Marx en sus contrarios: el trabajo concreto y el abstracto. Y este análisis le hace descubrir lo común, lo único, en el mundo multiforme de las mercancías, lo que constituye su sustancia, es decir, su valor. El trabajo de análisis realizado por Marx permite llegar a una síntesis importante y culminar en el concepto científico del valor de cambio. El valor de cambio, concretado por el análisis precedente que descubrió su esencia, ya no se nos aparece como un jeroglífico indescifrable, sino como un todo conocido; es la expresión o la manifestación del valor. Las mercancías encuentran un denominador común en el valor, encarnación del trabajo abstracto.

Con esta síntesis se abre la posibilidad de un análisis posterior: el análisis de las formas de expresión del valor de las

mercancías, o más sencillamente de las formas del valor. Por el estudio analítico de las formas del valor y de su desarrollo, Marx arrojó luz sobre la naturaleza de la moneda. El concepto científico de moneda sólo podía nacer del análisis de las formas históricamente diferentes del valor, y luego, de la generalización sintética de la moneda como resultado lógico del desarrollo de las formas del valor. A partir del concepto general de valor de cambio o de la forma valor, Marx llega al concepto científico de moneda utilizando los métodos analítico y sintético. La verdadera naturaleza de la moneda se mantuvo en el misterio para los economistas burgueses, cosa que demostró la impotencia de su método. Consideraban la moneda como una cosa que había que dar por supuesta. No analizaron las formas del valor, cuyo desarrollo fue coronado por la aparición de la moneda. Marx utilizó el análisis y la síntesis, y esto le permitió explicar la verdadera naturaleza de la moneda.

Después de haber explicado la esencia de la moneda como equivalente general de las mercancías y representante de todos los tipos de riqueza, Marx analizó en detalle las diferentes funciones de la moneda, es decir, que la síntesis dejó paso nuevamente al análisis. El estudio de la esencia de la moneda permitió emprender la tarea principal que consistía en arrojar luz sobre la plusvalía, fundamento de la producción capitalista.

Marx da en primer lugar la fórmula general del capital, tal como aparece en la superficie de los fenómenos, y muestra que su movimiento es un autoacrecentamiento del dinero adelantado por el capitalista. Luego estudia, con la ayuda del análisis, la esencia de ese movimiento y muestra que el autoacrecentamiento del capital sólo es posible porque el capitalista encuentra una mercancía específica, la fuerza de trabajo, que posee la virtud particular de ser fuente de nuevo valor. Analiza esta mercancía original y descubre que, a semejanza de todas las otras mercancías, posee un valor y un valor de uso. Pone en evidencia la diferencia importante que existe entre el valor de la fuerza de trabajo y su valor de uso. Si la primera no hace otra cosa que reproducirse en el curso del trabajo del obrero, la segunda puede ser y es la fuente del autoacrecen-

tamiento del valor. Precisamente la naturaleza específica del valor de uso de esta mercancía es lo que explica el misterio de la plusvalía.

Luego Marx estudia con la ayuda del análisis el proceso del trabajo. Lo descompone en sus partes constituyentes, estudia el papel del capital constante y del capital variable en la producción del valor, analiza los diferentes procedimientos de obtención de plusvalía, etc.

Todo ese estudio lleva a Marx a dar una definición exhaustiva de la esencia y la naturaleza de la plusvalía, piedra angular de toda la economía política del capitalismo. Es así como la producción de plusvalía, esencia del modo de producción capitalista, ha sido explicada por el análisis. Haciendo abstracción de los aspectos no esenciales o menos importantes de estos procesos, sistematizando los fenómenos concretos y despojándolos de su cobertura engañosa, Marx descubrió el elemento esencial común que une a las numerosas manifestaciones de la vida del capital. Pero si desde el punto de vista de la estructura del conjunto de *El Capital* este estudio de la plusvalía es dominado por el análisis, el propio proceso de investigación se divide en un gran número de grados y de eslabones que nacen por una parte del análisis y por la otra de la síntesis. Dicho de otro modo, el estudio de la plusvalía pudo ser llevado a buen fin gracias a la utilización del análisis y de la síntesis en su unidad.

En este mismo sentido se realiza la investigación. Así, una vez demostrado que la plusvalía creada por la explotación de los obreros constituye la base de la producción capitalista, Marx aborda el examen del proceso de acumulación. También aquí usa en forma simultánea el análisis y la síntesis. Estudia por separado la reproducción simple y la reproducción ampliada. Precisa las diferentes tendencias del desarrollo de la parte constante y de la parte variable del capital en el curso de la producción ampliada; establece la existencia de la superpoblación relativa, las leyes que rigen la formación del ejército industrial de reserva del trabajo, etc. Sintetiza los resul-

tados de este análisis en la ley general, enunciada por él, de la acumulación capitalista.

Este paso continuo del análisis a la síntesis y de la síntesis al análisis, se vuelve a encontrar en el libro II de *El Capital*. Así, Marx divide la rotación de conjunto del capital en sus elementos, y explica en qué reside la esencia de la rotación de cada variedad de capital: capital-dinero, capital productivo, capital-mercancía. Luego efectúa la síntesis de estas diferentes rotaciones y obtiene la fórmula de la rotación de conjunto del capital. Después de ello analiza el movimiento de los capitales individuales y proporciona un cuadro sintético de la reproducción del conjunto del capital social.

En el libro III, en el que traza una amplia síntesis del proceso de conjunto de la producción y de la circulación capitalistas, Marx aplica asimismo los dos métodos de estudio, ya que va de lo simple a lo complejo, de lo menos concreto a lo más concreto.

Sólo empleando de tal manera estos métodos en su unidad dialéctica, se puede realizar la marcha ascendente de lo abstracto a lo concreto, que es la única que permite reflejar en el pensamiento lo concreto como diversidad de la vida en su unidad. De ahí que el análisis y la síntesis sean los instrumentos de ese proceso complejo de reproducción de lo concreto en el pensamiento.

De manera que si se examina la estructura de conjunto de *El Capital,* se comprueba que en los dos primeros libros Marx culmina, por medio del análisis, en abstracciones y generalizaciones de gran profundidad, que permiten entender las principales leyes de desarrollo de la producción capitalista, y que en el tercero proporciona un modelo clásico de síntesis, es decir, de deducción y de desarrollo, a partir de los principios generales del modo de producción capitalista, de sus formas concretas particulares, que reproduce sobre la base de las leyes desde entonces conocidas. El estudio parte aquí de la base, de la esencia del modo de producción capitalista, es decir, de la plusvalía como elemento general, para llegar a sus manifestaciones concretas, como la ganancia, el precio de pro-

ducción, la ganancia comercial, el interés y la renta territorial, etc. Toda la diversidad concreta de la producción y de la circulación capitalistas, es reunida aquí en un solo haz; las abstracciones científicas se revisten de la carne y la sangre de la realidad concreta, y ésta aparece como la expresión concordante con las leyes conocidas por intermedio de las abstracciones científicas. No es casual que Marx pulverice la famosa "fórmula trinitaria" de los economistas vulgares, precisamente en los últimos capítulos de su obra. Dicha fórmula cae hecha polvo a la luz de la síntesis marxista de los fenómenos de la producción y de la circulación capitalistas.

II

Después de todo lo que se ha dicho en relación con el método de *El Capital,* se puede determinar también el papel y la importancia de métodos de conocimiento tales como la inducción y la deducción, utilizados por Marx en sus investigaciones sobre la producción capitalista. En este sentido nos limitaremos a algunas observaciones.

Lenin ha caracterizado el método de *El Capital* como un doble análisis: deductivo e inductivo.

En efecto, en la investigación lo mismo que en la exposición, Marx procede en forma simultánea por inducción y deducción, es decir, va de los hechos particulares a las conclusiones y conceptos generales, y de estos últimos al examen de los hechos y conclusiones particulares. Estudiado desde este punto de vista, *El Capital* atestigua que la dialéctica marxista no confiere valor absoluto a ninguno de estos métodos del conocimiento, lo mismo que al análisis o a la síntesis tomados por separado. La dialéctica marxista considera la inducción y la deducción en su unidad indisoluble; exige que cada una de ellas sea empleada en una etapa determinada del proceso del conocimiento y que jamás se pierda de vista el paso continuo de la una a la otra: la inducción prepara la deducción, la de-

ducción amplía el campo de acción ofrecido al estudio inductivo posterior de los fenómenos.

En ese sentido es preciso recordar que la inducción y la deducción sólo intervienen en Marx como *momentos* de su método, que ni la una ni la otra tienen ni pueden tener significación autónoma. Para descubrir las leyes del modo de producción capitalista era preciso abordar esta última a partir de una concepción profundamente dialéctica, incluyendo principios de la dialéctica tan primordiales como los del desarrollo y el cambio, la conversión de los cambios cuantitativos en cambios cualitativos, la lucha de los contrarios, el análisis de las condiciones históricas concretas que engendraron el capitalismo, etc. La inducción y la deducción sólo pueden ser una parcela, un momento del método marxista en sus múltiples aspectos; están necesariamente subordinadas a aspectos esenciales, a los principios de ese método. Pero el método marxista no descuida tampoco el importante papel que les corresponde en el complejo proceso del conocimiento, cuando se trata de abordar la realidad. *El Capital* es una prueba elocuente de ello.

El método inductivo aplicado por Marx se mantiene en gran parte fuera del campo de visión cuando se estudia *El Capital,* porque, como él mismo lo indicaba, antes de pasar a la exposición era preciso adquirir un conocimiento profundo de la documentación. Ese trabajo de asimilación de los documentos, de los hechos relativos al modo de producción capitalista, no encontró —como es evidente—, ni podía encontrar un reflejo directo, inmediato, en *El Capital.* Marx no pudo reproducir en su obra los numerosos hechos cuyo estudio le había conducido a generalizaciones determinadas, al descubrimiento de las leyes del capitalismo. Pero si bien esta parte de la investigación no se refleja en forma directa, inmediata, en *El Capital,* encuentra en él la expresión más brillante bajo una forma mediata: cada generalización de Marx se apoya sobre la sólida base de los hechos y es deducida de su estudio; a partir de los hechos singulares y de su estudio, Marx llega a conclusiones y conceptos generales. El marxismo ha derribado

para siempre la barrera que los idealistas y los metafísicos habían levantado entre lo singular y lo general. Considera lo general como la expresión esencial de lo singular, y siempre ve lo singular en la vinculación que lo conduce a lo general.

Cuando decíamos que el método inductivo de investigación y de exposición recibieron en *El Capital* una expresión *sobre todo* indirecta, mediata, no pretendíamos afirmar que *El Capital* no contiene ejemplos de aplicación directa del método inductivo al estudio o a la demostración de tal o cual tesis. Por cierto que estos ejemplos existen, e incluso en cierta cantidad. Marx establece y demuestra de esta manera una serie notable de tesis. Por ejemplo, en sus consideraciones sobre el valor, la inducción encuentra un lugar al lado de la deducción. En su teoría del valor Marx se apoya en lo que es válido en Smith y Ricardo. Comprueba desde el comienzo que los valores de uso de las mercancías son las bases materiales del valor de cambio. Éste se le aparece como la forma de expresión del valor. Pero el curso mismo de sus reflexiones sobre el valor nos proporciona un ejemplo de la inducción en *El Capital*. Marx toma una mercancía particular, el trigo, y muestra que éste se intercambia en ciertas proporciones por cantidades determinadas de otras mercancías; el hierro, la seda, el oro, etc. Lo mismo sucede cuando se intercambian otras mercancías entre sí. Cuando se intercambia trigo por hierro, razona Marx, esta igualdad significa que existe en estas dos mercancías diferentes algo común, que las dos son iguales a una tercera, a la cual pueden reducirse. Luego de generalizar hechos singulares análogos, Marx llega a la conclusión de que ese algo común es el trabajo, el trabajo general que ha sido invertido para producirlas. Este trabajo determina su valor. Acá tenemos, entonces, un ejemplo de conclusión inductiva: hechos singulares han culminado en una conclusión general.

En *El Capital,* Marx usa también la demostración inductiva. Este método desempeña un papel sumamente real en la elucidación del misterio de la acumulación primitiva. Después de haber demostrado, en las secciones precedentes, que el capital es la expresión de la relación social entre el detentador

de los medios de producción y el obrero privado de estos medios, Marx ilustra por medio de numerosos hechos, en el capítulo sobre la acumulación primitiva, el proceso histórico por el cual los medios de producción han sido arrancados al productor directo. Toma sus hechos y sus ejemplos de la historia de Inglaterra, en la que ha encontrado la forma clásica de expropiación de los productores.

Tomemos por ejemplo, un caso más. Después de haber comprobado que el capitalista trata de aumentar la plusvalía al máximo, Marx demuestra que este aumento puede ser obtenido de dos modos: por la producción de plusvalía absoluta o de plusvalía relativa. Consideremos esta última. Marx enuncia una tesis general: para una duración determinada de la jornada de trabajo, el acrecentamiento de plusvalía sólo puede provenir de la reducción del tiempo de trabajo necesario. Esta tesis exige ser apuntalada por hechos. También aquí el método de la demostración inductiva tiene un papel que representar. Es evidente que se cometería un error reduciendo solamente a la inducción todo el análisis que sigue, y que se refiere a la cooperación, a la manufactura y la gran industria mecánica, etc., es decir, a los grados históricos sucesivos de la producción capitalista por intermedio de los cuales se realiza la producción de plusvalía relativa. Se trata, en primer lugar, de un brillante ejemplo de aplicación de la teoría dialéctica del desarrollo al estudio del modo de producción capitalista, un ejemplo de concepción del desarrollo como un proceso en el que los cambios cuantitativos culminan en cambios cualitativos. Pero se trata también de un ejemplo de inducción o, en forma más concreta, del método inductivo de demostración. Marx apoya su tesis general respecto de los métodos de la plusvalía relativa sobre la base real de numerosos hechos singulares que la confirman.

El estudio de *El Capital* destaca en forma particular la importancia y el papel de la deducción en el conocimiento. Marx ataca la sobrestimación del papel de la inducción, la tendencia a poner la inducción en primer plano en las investigaciones teóricas. Engels aprobó en todo sentido a Hegel

cuando éste dijo, que una conclusión obtenida por inducción era siempre problemática. El defecto de la inducción es que jamás puede demostrar por sí misma *la necesidad,* el determinismo de los fenómenos. Pero el conocimiento científico tiene por tarea la de considerar y estudiar los fenómenos en su necesidad, en su determinismo. Por lo tanto, las observaciones empíricas deben ser completadas por una generalización teórica de los hechos, por la deducción de tesis generales incontestables, que definen la necesidad de tal estado y no de tal otro, de tal desarrollo de los fenómenos y no de tal otro. Dicho de otro modo, la inducción debe ser completada por la deducción, que permite, a partir del conocimiento de las propiedades generales, necesarias, de los objetos, deducir los hechos y los fenómenos singulares, hacer entrar a éstos dentro del marco de las *leyes.*

La teoría marxista del conocimiento es en todo sentido ajena al empirismo puramente descriptivo, que sólo trata de abarcar, por medio de la observación, el máximo de hechos singulares, sin tratar de penetrar en su esencia y de formular su ley. En su artículo *Una nueva refutación del socialismo,* dirigido contra Struve, y, en términos más generales contra el mezquino empirismo de inspiración burguesa, Lenin se burló de ese procedimiento anticientífico. En dicho artículo aconsejaba a Struve que describiese los mercados de todos los tiempos y de todos los pueblos, cosa que habría tenido por consecuencia, agregaba irónicamente, el triunfo del empirismo y la "desaparición en medio de una nube de humo" de las leyes de la economía política. En el mismo espíritu criticaba Lenin a Kautsky, que había usado el empirismo vulgar para luchar contra la revolución. En *La bancarrota de la II Internacional,* desenmascaró las maniobras de los Kautsky, de los Cunow y otros oportunistas, que encubrían su negativa a combatir la guerra imperialista de saqueo con el pretexto de que el imperialismo no había sido estudiado aún en todos sus detalles. El razonamiento de Kautsky era el siguiente: imposible extraer conclusiones definitivas mientras ese estudio no haya sido concluido. Al responder a Kautsky y sus similares, Lenin escribía:

"El capitalismo ***nunca*** será estudiado ***hasta el fin*** en ***todas*** las manifestaciones de su naturaleza expoliadora y en todas las minúsculas ramificaciones de su desarrollo histórico y de sus peculiaridades nacionales; los investigadores (y sobre todo los pedantes) nunca dejarán de discutir sobre cuestiones de detalle."(4)

Esta observación de Lenin es importante desde el punto de vista metodológico. La experiencia es siempre inagotable e ilimitada. Por consiguiente, postergar la sistematización hasta el momento en que el estudio de una experiencia o de todos los hechos haya sido llevado hasta el "final" es negar pura y simplemente la sistematización, la teoría. La fuerza de la deducción reside en el hecho de que, basándose en el estudio y la generalización de una serie de hechos, permite entender en profundidad los fenómenos concretos, penetrar su esencia desde un punto de vista general, a la luz de las leyes conocidas. Así, una vez establecida la ley del valor, Marx muestra a continuación, en forma metódica y con la ayuda de la deducción, cómo actúa esta ley, en numerosas manifestaciones concretas y particulares de la producción y de la circulación capitalistas. La deducción desempeña en Marx un papel de primerísimo plano en el proceso ascendente que conduce al pensamiento de lo abstracto a lo concreto.

El papel desempeñado en *El Capital* por la deducción, resulta particularmente claro en el ejemplo de la plusvalía, problema fundamental, piedra angular de toda la obra. Por el estudio de los hechos concretos Marx se vio conducido a su tesis sobre la plusvalía, tesis que enuncia la verdad y la irrefutabilidad de que la plusvalía es el elemento común principal que caracteriza a todas las variedades de la ganancia capitalista. Se trata de una ley que no puede ser demolida por ningún estudio complementario de los hechos. A partir de esta ley general, fundamental, del modo de producción burgués, Marx deriva con la ayuda del método deductivo, todas

(4) V. I. Lenin, *La bancarrota de la II Internacional*, pág. 11, Ed. Lenguas Extranjeras, Moscú, 1951.

las variedades concretas y particulares de la ganancia capitalista: la renta del empresario, el interés, la ganancia comercial, la renta territorial.

Marx subrayó toda la importancia del hecho de que había comenzado por estudiar la plusvalía haciendo abstracción de sus múltiples manifestaciones concretas. Indicó que sólo gracias a ello pudo, yendo de lo general a lo particular, explicar de modo científico la esencia real de la ganancia capitalista. El 8 de enero de 1868, Marx escribe a Engels que en *El Capital* examina en primerísimo lugar la forma general de la plusvalía, en la que todas las partes singulares, particulares, de ésta, se encuentran todavía incluidas bajo una forma indiferenciada, por así decirlo, disuelta. A partir de esta "solución", cristaliza luego las formas concretas de la ganancia. Dicho de otro modo, el método analítico de Marx asigna un gran papel al procedimiento deductivo de investigación y de exposición. Es evidente que la deducción queda interrumpida o reemplazada en muchas ocasiones por la inducción, que a su vez deja lugar a deducciones posteriores, porque Marx verifica incesantemente sus tesis por medio de hechos concretos, las demuestra por los hechos, etc. Así es como se manifiesta la unidad de la deducción y la inducción, no como procedimientos independientes de estudio de los fenómenos, sino como dos aspectos del mismo proceso del conocimiento.

Al mismo tiempo, *El Capital* muestra maravillosamente la estrechez y la insuficiencia de la deducción sola, separada del método dialéctico considerado como un todo. Por ejemplo, también Ricardo utilizó la deducción; su método es principalmente deductivo. En su obra principal empieza por la ley del valor y se apoya en ella para pasar a la ganancia, a la renta, etc. Pero sus deducciones tienen la particularidad de que razona como metafísico y no como dialéctico. De ahí la debilidad de sus conclusiones. Deducir un fenómeno particular únicamente de una ley general (por ejemplo, deducir la ganancia, la renta, etc., de la ley del valor) puede conducir a los errores más groseros, ni no se parte de una concepción dialéctica de la realidad tomada en su conjunto. Como metafí-

sico, Ricardo no veía y no pudo analizar la originalidad histórica del modo de producción capitalista, las características que lo distinguen de las otras formaciones. Pero si no se entiende la diferencia entre la producción mercantil capitalista y la producción mercantil simple, no se puede deducir en forma correcta, del valor, formas particulares tales como la ganancia, el precio de producción, la renta, etc. La deducción de Ricardo difiere precisamente de la de Marx en el hecho de que deduce las relaciones particulares concretas en línea recta partiendo de lo general —el valor— sin tener en cuenta las refracciones que sufrió este elemento general en relaciones históricas particulares.

De tal modo, Ricardo deduce el precio de producción directamente de la ley del valor y debido a ello se pierde en contradicciones insolubles: comprueba que esos dos conceptos no coinciden, y niega en algunos casos el precio de producción y en otros casos la ley del valor. Esta forma de utilizar la deducción es también la de Smith. Éste, por ejemplo, trata de deducir lo concreto, lo particular —la ganancia capitalista—, de lo general —el valor—, sin tener en cuenta la modificación que el capitalismo impone a la ley del valor. Y llega a la conclusión de que en el régimen capitalista el valor se compone del salario, de la renta y de la ganancia.

Resulta claro que por sí mismas la inducción y la deducción no bastan para asegurar un análisis correcto de la realidad, que se desarrolla y se modifica sin cesar. Sólo en vinculación con el método dialéctico, del cual son partes constituyentes, permiten estudiar en forma correcta la realidad en toda su complejidad.

Los economistas burgueses utilizan a menudo la deducción lógica formal para integrar las relaciones capitalistas concretas a tesis generales, "universales" sobre la "producción en general" y disfrazar de este modo la esencia real del capitalismo. Para Marx, el método deductivo no es más que una parte de su concepción dialéctica general de la realidad. Cuando deriva del valor en general las expresiones concretas que reviste en el régimen capitalista, parte de un minucioso análisis

histórico concreto de las particularidades del modo de producción burgués. No hay aquí ni sombra del procedimiento empleado por sus predecesores, consistente en integrar directamente lo singular en lo general, o en deducir pura y simplemente de lo general las formas particulares concretas.

El Capital nos ofrece un ejemplo de empleo de la inducción y la deducción, elaboradas en el espíritu del único método científico: el método de la dialéctica materialista.

CAPITULO XI

DE LA CORRELACION DE LAS CATEGORIAS DE LA LOGICA DIALECTICA

I

Acabamos de examinar ciertos aspectos esenciales de la lógica dialéctica y de la teoría del conocimiento del materialismo dialéctico, a los cuales *El Capital* aporta una solución profunda.

Ahora se plantea el problema de saber en qué contribuye el análisis de la dialéctica de *El Capital* al perfeccionamiento de la lógica dialéctica y de la teoría del conocimiento.

Se sabe que Lenin formuló el problema del perfeccionamiento de la lógica dialéctica. Si se analizan las ideas que expresó en sus *Cuadernos filosóficos,* se verá que consideraba el perfeccionamiento de un sistema científico de la lógica dialéctica como una necesidad urgente del desarrollo de la filosofía marxista. Y ello es natural. Los resultados de todo conocimiento quedan fijados en conceptos y categorías que constituyen los puntos nodales del conocimiento, porque reflejan las conexiones y las relaciones esenciales que existen entre los objetos. Cada ciencia trabaja apoyándose en ellos, y constituye un sistema determinado de conceptos y de categorías.

Sin embargo, la principal dificultad con que choca toda ciencia no consiste en tomar conciencia del papel de los conceptos en el conocimiento del mundo objetivo, sino en crear y perfeccionar el sistema de conceptos, de categorías y de leyes vinculados entre sí de manera íntima, que surgen los unos de

los otros y reflejan en sus vinculaciones y sus conversiones recíprocas las relaciones reales de los fenómenos estudiados.

Todos los conceptos que usa la ciencia son reflejos de cierto aspecto del todo: el mundo objetivo o una de sus partes. Ningún concepto tomado aparte es susceptible de expresar la complejidad y las conexiones del todo. Sólo el conjunto de los conceptos, su reunión en un sistema, puede en rigor reflejar el todo.

En los *Cuadernos filosóficos,* Lenin dio una imagen notablemente profunda de esta conexión de los conceptos. Escribe:

"El río y las *gotas* de ese río, la situación de *cada* gota, su relación con las otras, su vinculación con las otras, la dirección de su movimiento; la velocidad; la línea del movimiento... línea recta, línea curva, circular... hacia arriba, hacia abajo. La suma del movimiento. Los conceptos como *inventarios* de los aspectos particulares del movimiento, de las gotas particulares (= de las "cosas"), de las "corrientes" particulares..."(1)

Al formular el problema de qué es la dialéctica, Lenin subraya la interdependencia de todos los conceptos, sus relaciones y sus conversiones recíprocas.

He aquí por qué cada rama de la ciencia no se limita a formular conceptos y categorías que reflejen aspectos particulares del objeto que ella estudia, "corrientes" particulares de su movimiento, de su desarrollo, sino que establece también, conforme a la naturaleza objetiva de los fenómenos estudiados, cierta correlación entre los conceptos y las categorías, el orden de su función, la lógica de sus vinculaciones y conversiones recíprocas. En física, por ejemplo, se empieza por exponer los conceptos elementales de la mecánica, luego se pasa a los conceptos más complejos de calor, de electricidad, etc. No se trata de una simple suma de conceptos y de leyes, sino de una relación determinada entre ellos. Del mismo modo, en química, los elementos químicos son descritos y estudiados según un orden determinado, a partir de los más simples, empezando por el hidrógeno, para pasar luego a los elementos

(1) V. I. Lenin, *Cuadernos filosóficos,* pág. 122, Ed. rusa.

más complejos. Tampoco es indiferente en economía política que las categorías económicas sean estudiadas y expuestas en cierto orden, y que los conceptos que reflejan las relaciones de producción de los hombres se presenten así en relaciones determinadas. Sería falso creer que el orden en que se establecen los conceptos científicos tiene una significación independiente. La estructura científica, estrictamente definida, de los conceptos y de las categorías, expresa los grados de profundización del conocimiento, condiciona el orden de sucesión en el estudio de tales o cuales fenómenos, indica el camino del conocimiento.

La lógica como ciencia no difiere nada, en este sentido, de las otras ciencias. Trabaja con la ayuda de los conceptos y categorías más generales, pero el problema de las relaciones recíprocas de éstos, el problema de la elaboración de un *sistema* científico de conceptos, es tan importante para ella como para las otras ciencias. Tanto más particularmente importante es en lo que respecta a la lógica y a la teoría del conocimiento, porque la filosofía formula los principios generales y las leyes del conocimiento en los que se inspiran todas las ciencias particulares.

La antigua lógica formal era incapaz de resolver el problema de la conexión de los conceptos y de sus conversiones recíprocas, porque negaba la evolución en la naturaleza y desconocía el hecho de que el conocimiento constituye un proceso dialéctico complejo. Sólo sobre la base de la lógica *dialectica* pudo ser planteado el problema y pudieron hacerse las primeras tentativas para resolverlo. Engels subrayó que la antigua lógica, la lógica formal pura, se limitaba a enumerar y yuxtaponer los diferentes conceptos y formas de movimiento del pensamiento. Esto nacía de su actitud en relación con la realidad y el conocimiento. Como no consideraba la naturaleza en su movimiento ni en su evolución, la lógica formal tampoco analizaba los conceptos en su movimiento, en sus conversiones recíprocas.

Sólo la teoría dialéctica del desarrollo formuló el problema de la conexión y de las relaciones de los conceptos y de las formas del pensamiento, de su movimiento y de sus conversiones,

como un problema concreto de la lógica. Esto no tiene nada de extraño, porque la dialéctica considera los objetos en su desarrollo y en su cambio, en sus pasajes lógicos de uno al otro. Si nos referimos a la propia naturaleza objetiva, fenómenos y objetos se trasforman los unos en los otros, y se engendran los unos a los otros en el curso de su desarrollo. Por lo tanto los conceptos, que reflejan la realidad concreta, deben estar vinculados entre sí y transformarse los unos en los otros porque de lo contrario no reflejarían con fidelidad la realidad en perpetuo desarrollo. Todo esto explica por qué estimaba Lenin que el contenido esencial de la lógica reside en las *relaciones* entre conceptos, en sus conversiones y en su conexión.

Lenin hacía notar que los conceptos deben ser "escuadrados", "podados", ser "flexibles", "movibles", "vinculados entre sí", a fin de reflejar el universo con fidelidad. El análisis y el estudio de los conceptos, el arte de trabajar con ellos, exigen siempre el estudio de su *movimiento,* de sus conversiones y de su conexión. En opinión de Lenin, el gran mérito de Hegel consiste en que a través del misticismo y de páginas de pedantería hueca hay una idea fundamental —genial, dice Lenin— que se abre camino en su lógica: la idea de la vinculación universal de todo con todo y del reflejo de esta vinculación en los conceptos lógicos.

Este mérito de Hegel fue subrayado por Marx y Engels en muchas ocasiones.

Por primera vez en la historia de la filosofía, Hegel trató de crear un sistema de lógica dialéctica en el que los conceptos y las categorías estuviesen vinculados por una necesidad interna. Criticó acerbamente a la antigua lógica formal en la que, como lo indicó, el orden de los conceptos se basa en consideraciones puramente exteriores: "En cuanto a la vinculación necesaria, interna —ironizaba Hegel—, se limita a la enumeración de títulos y subtítulos, y el pasaje sólo está señalado por la indicación: 'capítulo segundo' o por la expresión *'ahora pasamos* a las consideraciones', etc."[2]

---

(2) J. G. F. Hegel, *Obras,* t. III, pág. 37, Ed. alemana.

A esta estructura de la lógica, Hegel oponía un orden de sucesión en el desarrollo de los conceptos lógicos en el que el papel decisivo recaía en la vinculación *interna inmanente,* en la conversión necesaria de ciertas categorías en otras. El alma de estas vinculaciones y de estas conversiones era para él la dialéctica interna en el desarrollo, inherente a todo lo finito. Este aspecto de la lógica hegeliana constituía indiscutiblemente un grandísimo paso hacia adelante en el desarrollo hisórico de la ciencia de las formas del pensamiento. Si bien subrayaba la necesidad de elaborar una lógica materialista, marxista, Lenin asignaba una gran importancia al estudio del plan, de la estructura de la lógica hegeliana. Al mismo tiempo indicaba que no se puede abordar la lógica de Hegel como dada de una vez para siempre y que es preciso desembarazarla de su misticismo, que obstaculiza el desarrollo integral de cuanto contiene de sano y de viable. Demostró lo que hay de artificial en Hegel en cuanto a las numerosas conversiones de ciertos conceptos lógicos en otros, y criticó el fondo idealista de la tesis fundamental de la lógica hegeliana, según la cual el desarrollo de los conceptos lógicos es el proceso de creación de la realidad concreta, de la propia naturaleza.

En estrecha vinculación con el problema de la elaboración de una lógica dialéctica, Lenin estudia *El Capital* de Marx, al que considera como la antípoda materialista de la lógica idealista de Hegel, pero una antípoda que reunió las adquisiciones más preciosas de Hegel y las hizo progresar.

Por esa razón, en los *Cuadernos filosóficos* Lenin vuelve con frecuencia a *El Capital* para verificar el valor de tal o cual principio lógico, y arrojar luz sobre la lógica del conocimiento de *El Capital,* sobre su plan, sobre la estructura de la obra.

En el fragmento intitulado *A propósito de la dialéctica,* Lenin indica que el método de análisis y de exposición utilizado en *El Capital* debe ser también el método de exposición de la "dialéctica en general".

Estas indicaciones de Lenin ayudan a responder al problema formulado más arriba: ¿Qué importancia presenta la estructura de *El Capital* para la elaboración de la lógica dia-

léctica y de la teoría del conocimiento marxistas? Con toda evidencia, aquí sólo se puede tratar de algunos principios generales relativos a la forma de abordar la inmensa tarea que constituye la elaboración del sistema de la lógica materialista dialéctica. Esta tarea sólo puede ser resuelta por un trabajo largo y perseverante del conjunto de los filósofos marxistas.

II

Si, basándonos en todo el análisis precedente, quisiéramos definir en dos palabras la lógica del movimiento en *El Capital* y el encadenamiento de las categorías, podríamos decir que dicha lógica consiste en el movimiento que conduce al conocimiento, desde el ser inmediato (la mercancía) hasta la revelación de la esencia, de las leyes del capitalismo.

Lenin llama en muchas ocasiones la atención acerca de esta lógica del movimiento de *El Capital*. "Punto de partida: 'el ser' más simple, el más habitual, el más corriente, el más inmediato, la mercancía singular (el 'ser' en economía política)"[3], escribe. Subraya que para llegar al conocimiento del modo de producción capitalista, Marx parte de una relación que se encuentra millares de veces en la sociedad burguesa (el intercambio de mercancía) y descubre en este fenómeno elemental la esencia de ese modo de producción.

Es indudable que esta lógica del movimiento del conocimiento en *El Capital*, así como toda la estructura de la obra que es su corolario, no son fortuitas y reflejan la ley objetiva del *desarrollo lógico del conocimiento en general*. En este sentido, *El Capital* es de una gran importancia para la edificación correcta, científica, de una lógica dialéctica.

¿En qué se basa, pues, este movimiento del conocimiento? Una de sus bases esenciales es el principio según el cual el

(3) V. I. Lenin, *Cuadernos filosóficos*, págs. 215-216, Ed. rusa.

conocimiento lógico es la reproducción abreviada del proceso histórico del conocimiento.

En el capítulo IX el problema de lo lógico y lo histórico ha sido tratado sólo en un aspecto, el de la correlación entre el conocimiento lógico y el desarrollo histórico de lo real. Aquí, este problema es considerado bajo el ángulo de la correlación entre la lógica del conocimiento y el desarrollo histórico, no de la realidad objetiva, sino del conocimiento. Este aspecto del problema no es menos capital para la teoría del conocimiento y de la lógica.

"El concepto (el conocimiento) en el ser (en los fenómenos inmediatos) —escribe Lenin— descubre la esencia (la ley de la causa, la identidad, la diferencia, etc.)... tal es en la realidad la *marcha general* de todo conocimiento humano (de toda ciencia). Tal es también la marcha de la *ciencia de la naturaleza,* de la *economía política* [y de la historia]. La dialéctica de Hegel es en la misma medida la generalización de la historia y del pensamiento. Seguir este proceso en forma más completa, con mayor precisión, en la *historia de cada una de las diferentes ciencias,* parece ser una tarea que vale la pena que sea emprendida en todo sentido."(4)

Y de lo que precede Lenin extrae la siguiente conclusión de principio. En la lógica, la historia del pensamiento, en lo esencial, debe coincidir con las leyes del pensamiento.

Hablando de los dominios que debe abarcar la teoría del conocimiento y la dialéctica, Lenin vuelve a llamar la atención sobre la necesidad de estudiar *la historia* del pensamiento humano, de la ciencia, la historia del desarrollo intelectual del niño, etc.

No sólo el análisis del desarrollo histórico del conocimiento en general presenta una importancia capital para la edificación de una lógica y una teoría científica del conocimiento, sino también el análisis del desarrollo histórico de las diferentes categorías. Lenin decía que la comparación con el desarrollo del concepto de causalidad, de las relaciones causales, en la

(4) V. I. Lenin, *Cuadernos filosóficos,* pág. 214. Ed. rusa.

historia del pensamiento humano, "proporcionaría una teoría del conocimiento indudablemente probatoria".

A la luz de todo lo que precede, se entiende a la perfección que, según Lenin, el trabajo de la lógica dialéctica debe consistir en un estudio *dialéctico* de la *historia del pensamiento* humano, de la ciencia y de la técnica.

En la *Dialéctica de la naturaleza,* Engels subrayó igualmente la importancia que presenta para la lógica científica y para la teoría del conocimiento la coincidencia del proceso lógico del conocimiento con el desarrollo histórico del pensamiento humano. La relación entre la lógica del conocimiento en la cabeza de un individuo tomado en forma aislada y la historia del conocimiento, dice Engels, es análoga a la relación que existe entre la embriología y la paleontología.

¿Qué quiere decir esta analogía?

Se sabe que la paleontología es la ciencia que estudia, de acuerdo con los vestigios fósiles, la historia del mundo animal; reconstruye la evolución del mundo orgánico.

La embriología es la ciencia que estudia el desarrollo, a partir del embrión, de los organismos tomados en forma individual.

Pero en el siglo XIX se estableció que el desarrollo de un organismo particular reproduce en forma abreviada y muy condensada la historia de una especie o de su género, y que los embriones de una especie cualquiera de animal contemporáneo se parecen grandemente a las formas antiguas, desaparecidas, de la misma clase de animales en su estado adulto. El paralelismo entre la historia del mundo animal y el desarrollo del embrión ha representado un gran papel en la victoria del principio de la evolución sobre el principio metafísico de la inmutabilidad y la constancia de las especies del mundo orgánico. Para Darwin, el gran creador de la teoría científica de la selección natural, este paralelismo constituía una de las pruebas esenciales de la tesis según la cual el mundo animal y vegetal no surgió de golpe bajo la forma en que existe en la actualidad, sino que sufrió transformaciones radicales en el curso de millones y centenares de millones de años.

Engels muestra que, así como el desarrollo del organismo individual a partir del embrión es la reproducción condensada de la *historia* de la evolución de las especies, o dicho de otro modo, así como la ontogénesis coincide con la filogénesis, así la lógica del proceso individual del conocimiento es la repetición condensada de la historia del desarrollo del conocimiento y coincide con ella. He aquí cómo formula esta ley del conocimiento.

"El desarrollo de cualquier concepto o relación de conceptos (positivo y negativo, causa y efecto, sustancia y accidente) en la historia del pensamiento es a su desarrollo en la cabeza del dialéctico tomado en forma individual, como el desarrollo de un organismo en la paleontología es a su desarrollo en la embriología (y se podría decir también en la historia y en el embrión aislado)."[5]

¿Por qué hay coincidencia entre el proceso lógico del conocimiento y el proceso histórico del desarrollo del pensamiento? ¿Cuál es la significación *concreta* de esta coincidencia para la elaboración de una teoría del conocimiento y de una lógica científica?

Todo conocimiento consiste en profundizar el dato inmediato para remontarse a la causa, a la ley de los fenómenos; esta profundización resulta de la actividad abstractiva del pensamiento y de la generalización. Esta lógica del desarrollo del conocimiento caracteriza cada proceso particular y la marcha general del conocimiento, tal como se ha efectuado en la historia del pensamiento humano. Para adquirir el conocimiento de los fenómenos hasta ese momento desconocidos, tanto el individuo particular como la humanidad en su conjunto no pueden comenzar de golpe, por la esencia, por las leyes de estos fenómenos, porque dichas leyes escapan a la visión inmediata. Toda la historia del pensamiento humano es testimonio de ello. El pensamiento de los hombres primitivos era pobre en abstracciones y en generalizaciones. El desarrollo posterior del conocimiento consistió en un progreso de la facultad de abs-

(5) F. Engels, *Dialéctica de la naturaleza,* pág. 176, Ed. rusa.

tracción del pensamiento humano, en un progreso de las generalizaciones, que abarcaban un círculo cada vez más vasto de fenómenos, y ganaban sin cesar en profundidad.

Para perfeccionar una teoría científica del pensamiento, Lenin recomendaba estudiar, en particular, la historia del desarrollo intelectual del niño. Las leyes de este desarrollo reproducen, en el conjunto, las leyes del desarrollo histórico del conocimiento, del ser a la esencia, de lo singular a lo general, de lo concreto a lo abstracto, leyes propias de todo conocimiento.

Así, la lógica del conocimiento, tal como opera en la cabeza de un hombre tomado individualmente, reproduce en lo esencial la historia del conocimiento, o sea que en los dos casos el movimiento va del dato sensible a las abstracciones, y de las abstracciones menos profundas a las más profundas.

La esencia del conocimiento, que consiste en elevarse de lo singular a lo universal, se manifiesta pues en la lógica histórica lo mismo que en la lógica individual.

Un ejemplo particularmente instructivo desde este punto de vista es la clasificación hegeliana de los juicios, citada por Engels en *Dialéctica de la naturaleza.* El paso de lo singular a lo particular y a lo universal se efectúa por medio de juicios. Hegel indicaba con suma justeza que cada juicio enuncia este principio: lo singular es lo universal.

Pero se entiende que, lo mismo que en la historia del conocimiento no se llega de golpe al grado superior de la generalización, así, en el proceso lógico del conocimiento individual, la generalización conoce grados, estadios. Desde este punto de vista aborda Hegel el problema de la clasificación de los juicios.

Es evidente que se puede aprobar este método sin aceptar sin embargo el conjunto de la clasificación hegeliana. Lo importante y precioso, según Engels, es la idea básica de esta clasificación, la idea de progreso, del desarrollo que conduce al pensamiento de lo singular a lo general, de lo menos general a lo más general, hasta el momento en que todos los fenómenos estudiados quedan completamente englobados en una ley.

Lo esencial aquí es que el proceso *lógico* del conocimien-

to es presentado como el reflejo del proceso histórico de profundización del conocimiento. Dicho de otra manera, la generalización de la historia del pensamiento es el criterio, el hilo conductor de un plan racional de esta parte de la lógica.

Para ilustrar esta tesis, Engels tomó como ejemplo el desarrollo histórico del conocimiento acerca de la conversión de una forma de movimiento en sus otras formas. El proceso histórico del desarrollo del conocimiento ha partido del conocimiento de lo singular ("el frotamiento es una fuente de calor") al de lo particular ("todo movimiento mecánico es capaz de transformarse en calor por intermedio del frotamiento"), y de ahí al descubrimiento de una ley general de la naturaleza ("toda forma de movimiento puede y debe necesariamente, en condiciones determinadas para cada caso, convertirse, de manera directa o indirecta, en toda otra forma de movimiento").

Al indicar que la ley general del desarrollo del conocimiento humano es el movimiento que conduce del conocimiento del ser, de los fenómenos inmediatos, al descubrimiento de su esencia, Lenin recomendaba verificar este principio, y se refería principalmente a la historia de la economía política.

Desde este punto de vista, es de sumo interés estudiar el análisis del desarrollo histórico de la economía política del capitalismo, ofrecido por Marx en la *Historia de la teoría de la plusvalía,* que constituye el cuarto libro de *El Capital.*

Al principio, Marx no pensaba hacer de la *Historia de la teoría de la plusvalía* una parte separada, independiente, de su obra. Su intención era la de integrar estos materiales históricos y críticos en el texto mismo de *El Capital.* Sin embargo, luego se decidió a reunir el análisis histórico y la crítica de toda la economía política anterior en un volumen separado, el libro IV.

Esta voluntad de presentar "la historia de la teoría" —como denominó Engels a la *Historia de la teoría de la plusvalía*— como un libro separado, después de las tres partes teóricas fundamentales de *El Capital,* tiene un sentido profundo, que el propio Marx definió en una de sus cartas a Engels. Después de indicar que los tres libros de la parte teórica deben ser seguidos por un cuarto libro "histórico-literario", escribe: "...es

para mí la parte relativamente más fácil, dado que todos los problemas han sido resueltos en los tres primeros libros, y que el último es más bien *la repetición de los primeros bajo una forma histórica*."(6)

Las palabras subrayadas por nosotros muestran que Marx consideraba la *Historia de la teoría de la plusvalía* como un paralelo histórico con la parte teórica, como una nueva visión del problema bajo la forma de un análisis crítico de la historia de esa teoría, de la historia de la aparición y el desarrollo de los puntos de vista sobre el modo de producción capitalista.

En efecto, en el libro IV de *El Capital,* Marx estudia en detalle el desarrollo histórico de las concepciones sobre el origen de la plusvalía y las somete a la crítica. Lo que nos interesa aquí es sólo la manera en que Marx caracteriza la tendencia lógica fundamental del desarrollo del conocimiento, la lógica del desarrollo de la economía política del capitalismo.

El estudio de la *Historia de la teoría de la plusvalía* muestra que la historia del pensamiento económico fue del conocimiento de los aspectos externos, de la forma exterior de los fenómenos, al conocimiento de su esencia, de su ley. Sería una simplificación exagerada de las cosas decir que esta marcha sigue una línea recta, y que el nuevo grado de desarrollo histórico del conocimiento señala *en todos los problemas* una profundización en relación con el anterior.

En realidad el progreso del conocimiento está señalado por zigzags muy pronunciados, como, por lo demás, todo desarrollo. Marx hace notar que si Ricardo estudió la producción capitalista en forma mucho más profunda que Smith, éste fue, sin embargo, en cierto sentido más perspicaz que Ricardo. Marx muestra que los fisiócratas entendieron la reproducción mejor que Smith, aunque en el conjunto las concepciones de Smith sean superiores a las teorías de los fisiócratas.

Ello no obstante, como muestra Marx, a través de todos los zigzagueos y los apartamientos que afectan la historia de la

(6) C. Marx y F. Engels, *Correspondencia acerca de "El Capital"*, pág. 106, Ed. rusa.

economía política se abre paso una tendencia fundamental, una ley fundamental del desarrollo del conocimiento, que puede enunciarse como sigue: el conocimiento va del registro de la apariencia de los fenómenos al descubrimiento de su esencia.

Por supuesto, el desarrollo del conocimiento del modo de producción capitalista depende no sólo de la lógica del desarrollo del conocimiento, sino también de las condiciones históricas, del desarrollo de la lucha de clases. Así, por ejemplo, la etapa posterior a Smith y Ricardo en el desarrollo de la economía política burguesa no representó una profundización, sino una regresión del conocimiento. La economía política clásica dejó paso a una teoría vulgar, que se asignaba como tarea esencial, no el conocimiento, sino la defensa del régimen capitalista. En este período no eran ya los representantes de la burguesía, sino los ideólogos del proletariado quienes podían hacer progresar el conocimiento y realizar la tendencia lógica hacia la profundización del conocimiento, hacia el esclarecimiento de la esencia del modo de producción capitalista. Es preciso tener en cuenta todos estos elementos, sin lo cual se tendría una opinión simplista del desarrollo real del conocimiento.

En la *Historia de la teoría de la plusvalía,* Marx aborda el análisis del desarrollo histórico de la economía política comenzando por la obra de James Steuart, a quien denominó "el portavoz *racionalista* del sistema monetario mercantilista".

Los sistemas mercantilistas, que fueron la primera tentativa de analizar el capitalismo, consideraban los fenómenos inmediatos (el "ser"), es decir, la circulación mercantil, la moneda, en la que pensaban encontrar la fuente de la ganancia. Y Marx indica: "Es cierto que, desde un punto de vista histórico, la investigación del valor recae en primer lugar sobre la expresión visible que cobran las mercancías consideradas como valores..."(7)

Los fisiócratas buscaban ya la fuente de la ganancia en la producción, en el trabajo agrícola, y por ese motivo su eco-

(7) C. Marx, *El Capital,* (Historia crítica de la teoría de la plusvalía), t. V, pág. 183, Ed. cit.

nomía política señaló un nuevo progreso del conocimiento en el camino que lleva a la esencia. Las teorías de Smith y de Ricardo constituyeron un considerable progreso en lo que respecta al ascenso de lo singular a lo general. Estos economistas estimaban ya que *todo* trabajo crea valor, y no sólo el trabajo agrícola. Sin embargo, tampoco ellos pudieron llegar a un grado de generalidad tal como el trabajo abstracto o la plusvalía en general, independientemente de sus formas concretas.

Sólo la economía política creada por Marx supo realizar todas las generalizaciones teóricas necesarias y descubrir las leyes reales del modo de producción capitalista. Así, el curso general del desarrollo de la economía política muestra, a su vez, que el conocimiento va de lo inmediato, de los fenómenos, a la esencia. Tal es, por otra parte, el curso del conocimiento lógico.

Si se quiere determinar la importancia que presenta esta coincidencia entre las leyes del pensamiento y el curso del desarrollo histórico del conocimiento humano para el perfeccionamiento de la lógica y de la teoría del conocimiento marxistas, es preciso considerar que sólo se refiere a lo esencial. El proceso lógico del conocimiento no puede repetir, en rigor, aunque sólo fuese en forma condensada, todo el desarrollo histórico del pensamiento. No se trata de otra cosa que de la reproducción de una tendencia lógica, del curso *general* del conocimiento, que va de los fenómenos inmediatamente dados, es decir, del ser, a la esencia, y de una esencia de cierto orden a una esencia de un orden más profundo.

Precisemos esto con un ejemplo.

Marx inicia su análisis del modo de producción capitalista con el examen de un dato inmediato: el acto de intercambio de dos mercancías. El proceso histórico de desarrollo del análisis del capitalismo comenzó también con el estudio de la circulación de las mercancías (el mercantilismo). Así, lo que fue el punto de partida del desarrollo histórico del conocimiento es igualmente el punto de partida del proceso lógico del conocimiento.

Otra analogía: en su desarrollo histórico, lo mismo que en el curso del proceso lógico, el conocimiento va profundizándose

desde el fenómeno a la esencia. Pero de ello no se sigue, evidentemente, que Marx refleje en su análisis todas las peripecias del desarrollo histórico de la economía política, que reproduzca el proceso histórico del conocimiento en su *contenido concreto*. La reproducción y la coincidencia sólo se relacionan con la tendencia, con la ley del conocimiento que progresa de lo externo a lo interno, de los fenómenos a la esencia, de lo singular a lo general. Desde este punto de vista, la célebre fórmula de Lenin sobre el proceso dialéctico del conocimiento —"de la intuición concreta al pensamiento abstracto"— expresa sin duda alguna un principio esencial del conocimiento: la coincidencia de las leyes del pensamiento lógico con el desarrollo histórico del conocimiento humano.

La tesis de la unidad de las leyes del desarrollo histórico y del lógico, del desarrollo del conocimiento, predetermina en gran medida la solución de un importante problema de la lógica dialéctica, el de las relaciones entre las categorías, el de su orden de sucesión y de su ubicación respectiva en el sistema de la lógica.

Si el proceso lógico del conocimiento, tal como se realiza en el cerebro de un hombre tomado individualmente, coincide en lo esencial con el desarrollo histórico del conocimiento, está claro que las categorías y las formas del pensamiento, así como su disposición y su orden de sucesión, deben reflejar la lógica del desarrollo que conduce al conocimiento desde los fenómenos a la esencia, desde el dato inmediato ofrecido por los fenómenos al dato mediato, desde los aspectos externos de la naturaleza a sus leyes.

Se sabe que Hegel consideró las categorías en el orden en que nacieron y en que se desarrollaron históricamente. Cada categoría de la lógica expresa en él una etapa determinada del desarrollo histórico de la filosofía. Hegel explicaba esto diciendo que la historia de la filosofía fue engendrada por el Pensamiento, que es la expresión del desarrollo de la Idea absoluta.

Así es como comienza por la categoría del ser, ya que, desde su punto de vista, la noción del ser puro fue la primera que

apareció en el curso del desarrollo de la filosofía: tal era la teoría de los eleatas, en especial de Parménides. La categoría del devenir, formulada por Heráclito, es examinada después de la del ser.

Hegel mezcla aquí elementos de verdad con una concepción mística, teleológica, del desarrollo de la filosofía. Según él, todo el desarrollo de la filosofía está determinado de antemano. La verdad existe desde el comienzo, pero no es todavía otra cosa que "ser en sí'. Toda la historia de la filosofía no es más que el proceso de transformación de esta verdad en "ser para sí". La historia de la filosofía debe armonizarse y se armoniza con el desarrollo dialéctico de la idea lógica pura, y la tarea del historiador de la filosofía se reduce, en el fondo, a precisar en qué medida tal o cual sistema filosófico favorece u obstaculiza el descubrimiento de la idea lógica.

Esta concepción idealista de la historia de la filosofía y de la lógica abre evidentemente el camino a lo arbitrario. Por ejemplo, para Hegel la historia de la filosofía comienza con los eleatas, porque éstos habrían sido los primeros en realizar el movimiento puro del pensamiento en los conceptos. En cuanto a los materialistas jónicos, precursores de los eleatas, no los toma en serio debido a que, si bien pensaban lo universal, no lo hacían bajo la forma de conceptos, sino bajo la forma de lo sensible, de lo concreto. Resulta claro que el idealista desnaturaliza la historia real de la filosofía.

Sin embargo nos engañaríamos si, al estudiar el problema del orden de las categorías lógicas, negáramos por esos motivos la necesidad de tomar como guía la generalización de la historia de la filosofía, de la historia del pensamiento humano. Esta necesidad nace del hecho objetivo de la coincidencia entre la historia del conocimiento y la lógica del conocimiento.

La lógica en su conjunto y los diversos conceptos y categorías lógicas aparecen como un resumen, como una conclusión que surge de la historia del conocimiento y la generaliza. Las categorías y los conceptos se cristalizan en el curso del conocimiento, en el curso del proceso de profundización histórica y de extensión del conocimiento, basado en la actividad prácti-

ca de los hombres. Así, las categorías de lo singular, de lo particular, de lo general, son (como lo muestra el ejemplo del descubrimiento de la ley de conservación y de la transformación de la energía) jalones de la extensión histórica del conocimiento. Lo singular es conocido históricamente antes que lo general; el hecho aislado es conocido antes que la ley.

Por consiguiente, si se las considera en el plano genético como etapas históricas de la profundización del conocimiento, las categorías de la lógica —aquí las de lo singular, de lo particular y de lo general— pueden ser consideradas como las formas intelectuales adoptadas por el conocimiento en el desarrollo sistemático que lo conduce de lo particular, de lo concreto, a la esencia de los fenómenos, a las leyes. Y como el proceso lógico del conocimiento coincide en lo esencial con el proceso histórico, ello determina la ubicación y el orden de las categorías en el sistema científico de la lógica. Dicho de otro modo, las categorías de la lógica dialéctica, nacidas históricamente como etapas, como grados de la profundización del conocimiento, figuran así como tales en el proceso lógico del conocimiento.

Tomemos como ejemplo categorías tales como la identidad y la diferencia, la calidad y la cantidad. Resulta claro que la lógica dialéctica no es en modo alguno indiferente al orden según el cual se dispongan y se desarrollen estas categorías, así como tampoco puede ser indiferente al orden y a la ubicación de los elementos químicos en la clasificación periódica de Mendeléiev. El papel determinante es representado, en uno y otro caso, por las leyes objetivas, independientes de nuestros deseos.

La categoría de la identidad fue un resumen, una conclusión resultante de una concepción de los fenómenos, inherente a una etapa determinada del desarrollo histórico del conocimiento en el que los objetos eran considerados haciendo abstracción de sus diferencias internas, de sus contradicciones. Antes de aparecérsenos con sus diferencias internas, el objeto se presenta como cierta identidad. Toda la humanidad pasó, durante determinado período histórico, por ese grado de desarrollo intelectual. Engels indica que la concepción de los objetos como acabados y finitos —concepción que reinó durante mucho tiem-

po, hasta el siglo XIX— fue, en su tiempo, históricamente justificada. "Había que investigar las cosas —escribe Engels— antes de poder investigar los procesos."(8)

Pero este grado del conocimiento no tiene sólo una importancia histórica. El desarrollo intelectual del niño muestra que al principio este último percibe también los objetos como acabados y finitos, como idénticos a sí mismos. Por eso, Lenin indicaba que en la escuela secundaria era preciso limitarse a la lógica formal, con sus leyes de identidad, etc. Tal es la lógica racional del conocimiento. El objeto se aparece al hombre, antes que nada, en su identidad, en su carácter determinado. Esto rige tanto para el proceso histórico como para el proceso lógico del conocimiento.

Luego, el conocimiento va más lejos, descubre las diferencias y las contradicciones internas del objeto. También ésta es una ley válida a la vez para el desarrollo histórico y para el desarrollo lógico del conocimiento. Por ejemplo, durante largos siglos la ciencia consideró el átomo como una cosa idéntica a sí misma y desprovista de toda diferencia interna. Sólo a fines del siglo XIX descubrió las diferencias y las contradicciones internas del átomo, y entró más a fondo en el corazón de su objeto, pasando de la identidad a las diferencias. Aquí es preciso tener en cuenta el hecho de que el conocimiento depende estrechamente del nivel de la práctica, del estado de la técnica, del arsenal de que disponen los hombres para penetrar en la esencia de los fenómenos. De ahí que, por ejemplo, el hombre sólo pudiera empezar a escudriñar el núcleo del átomo a fines del siglo pasado. Pero debido a ello, lejos de ser refutada, la ley que hace ir el conocimiento de la identidad a las diferencias y a las contradicciones es, por el contrario, confirmada, porque el crecimiento del poderío técnico del hombre desarrolla al mismo tiempo su aptitud para conocer en forma más íntima la esencia de las cosas.

---

(8) F. Engels, "Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana", en Marx/Engels, *Obras Escogidas*, t. II, página 362, Ed. cit.

El mismo movimiento volvemos a encontrarlo en el conocimiento de las categorías de "trabajo" en la economía política. Smith y Ricardo consideraban el trabajo, en las condiciones de la producción mercantil, como una identidad muerta. Marx reveló sus diferencias internas, su carácter contradictorio, y mostró que el trabajo es la unidad del trabajo abstracto y del trabajo concreto.

Lo que acaba de decirse respecto de la correlación de las categorías de la identidad y de la diferencia no implica, es evidente, que el objeto de la investigación (átomo, trabajo, etc.) sea en primer lugar una identidad privada de diferencias, de contradicciones, que sólo aparecerían en un grado superior de su evolución. Semejante conclusión sólo puede resultar de una interpretación idealista, que considere el desarrollo de los conceptos lógicos como la fuente de la naturaleza, de la realidad objetiva. En rigor, el movimiento que va de la identidad a las diferencias a las contradicciones es el movimiento de nuestro *conocimiento, que* penetra en el corazón de la esencia de los fenómenos. Las categorías de la identidad y de la diferencia forman precisamente los grados de profundización del conocimiento.

El orden lógico de estas categorías refleja, pues, el proceso histórico del desarrollo del conocimiento.

Pasemos ahora a las categorías de calidad y de cantidad.

Lo que sabemos del pensamiento de los hombres que vivían en la época de la comunidad primitiva demuestra que llegaban con facilidad a conocer las diferencias cualitativas entre los objetos, pero que les resultaba sumamente difícil efectuar las operaciones de cálculo, vinculadas al aspecto cuantitativo de los objetos. Cuando contaban les era penoso hacer abstracción de las propiedades cualitativas de los objetos, por lo cual el número no era en ellos un concepto abstracto, sino inseparable del objeto. Tuvo que transcurrir cierto tiempo para que el número se tornase progresivamente abstracto y para que el hombre aprendiera a operar con el concepto abstracto de cantidad.

En el desarrollo histórico del pensamiento y del conoci-

miento, el concepto de cantidad aparece, entonces, como una etapa más tardía.

Se puede ilustrar esta comprobación por medio de ejemplos tomados de diversas ciencias. Por ejemplo, en el desarrollo histórico de la química y de su concepto capital, el de elemento químico, el conocimiento pasó igualmente de la definición cualitativa de la sustancia a su análisis cuantitativo, al estudio de la vinculación recíproca interna, y de las conversiones recíprocas de la calidad y de la cantidad, al descubrimiento de la clasificación periódica de los elementos.

Precisemos sin embargo que aquí sólo se trata de la tendencia más *general* del desarrollo del conocimiento, y que en su curso vivo, concreto, éste es mucho más complejo y contradictorio. Sería simplificar de modo arbitrario las cosas suponer que el conocimiento se desarrolla siempre y en todos los casos precisamente de esta manera, y adaptar en forma artificial a esta tendencia general la historia compleja y concreta de la ciencia. La historia del conocimiento es influida por numerosos factores muy diversos, a los que es preciso tener en cuenta para entender cada avance del conocimiento en el conjunto de sus aspectos concretos. Pero esto no reduce en modo alguno la necesidad de estudiar las tendencias y las leyes más generales del desarrollo del conocimiento, porque la sistematización de conjunto de la historia del pensamiento tiene, como lo hemos visto, una muy elevada importancia para la comprensión de las leyes del desarrollo lógico del conocimiento.

La sistematización de conjunto de la historia del pensamiento es también de suma importancia en lo que respecta a las categorías de calidad y de cantidad, porque el análisis del desarrollo *lógico* del conocimiento muestra que, tal como en la historia, la calidad, la determinación cualitativa de los objetos, aparece antes de que se conozca su cantidad, su aspecto cuantitativo.

Al iniciar *El Capital* con el análisis de la mercancía, Marx indica que lo que salta a la vista en primer lugar, cuando se examinan las mercancías, son sus diferencias cualitativas, sus diferencias como valores de uso. Como valores de uso, dice, las

mercancías son antes que nada de calidad diferente. Para considerar de modo más especial el aspecto cualitativo de una mercancía, hace falta también cierta fuerza de abstracción. Sin embargo este aspecto se aparece de golpe ante el observador. La sensación es para nosotros el elemento primero, el más conocido, y contiene necesariamente la calidad.

Si no se profundiza más el problema, si no se arroja luz sobre la determinación cuantitativa de las cosas, se desnaturaliza inevitablemente su esencia real. Esto es lo que explica que los economistas vulgares, que se limitaban a la superficie de las cosas, hayan tomado las diferencias cualitativas de las mercancías —su valor de uso— como base de sus "teorías de la utilidad", en las que negaban lisa y llanamente la ley del valor.

Pero las mercancías, como sostén de un trabajo cristalizado en ellas, es decir, de cierto valor, tienen también un aspecto cuantitativo. Este aspecto cuantitativo es su valor de cambio.(9)

"Como valores de cambio —dice Marx—, sólo pueden ser de cantidad diferente..." Esto exige, para su descubrimiento, una fuerza de abstracción aun mayor. Exige que se haga abstracción de diferencias cualitativas entre las mercancías, dado que el valor de cambio no contiene un solo átomo de valor de uso.

Marx hace observar al respecto que la diferencia cuantitativa de las mercancías, o, dicho de otro modo, su valor de cambio, aparece en primer lugar bajo la engañosa apariencia de proporciones que rigen el intercambio de un valor de uso de cierta calidad por valores de uso de otras calidades. Como estas

(9) El valor de cambio no es considerado aquí como una categoría cuantitativa, a no ser en relación con el aspecto cualitativo de la mercancía, en relación con su valor de uso, pero lo que aparece en un caso como aspecto cuantitativo de los objetos puede y debe ser considerado, en otro caso, como su aspecto cualitativo. Sólo en condiciones históricas determinadas se cristaliza el trabajo en el valor de la mercancía, y se expresa bajo éste la formà de valor de cambio. Y aquí existe una característica *cualitativa* profunda de la producción mercantil, en especial de la producción capitalista.

proporciones varían sin cesar en el mercado, parecería que las diferencias cuantitativas (el valor de cambio) fuesen determinadas por las fluctuaciones de la oferta y la demanda. A partir de aquí, los economistas vulgares construyeron una teoría según la cual el valor de las mercancías es función de la relación entre la oferta y la demanda.

En rigor, como lo demostró Marx, la diferencia cuantitativa entre las mercancías intercambiadas es una diferencia entre las cantidades de trabajo general abstracto invertidas para su producción. Para descubrir tal cosa es preciso hacer abstracción del valor de uso, de la calidad de las mercancías. Entonces se puede decir, para adoptar las palabras de Marx, que en los productos del trabajo, todas las "propiedades percibidas por los sentidos se han evaporado...".

Así vemos que, en sus investigaciones, Marx parte del análisis del aspecto cualitativo de las mercancías para culminar en el análisis de su aspecto cuantitativo.

Por consiguiente, el problema del orden de las categorías en la lógica hace aparecer de igual modo el sentido profundo de la indicación de Lenin en cuanto a la necesidad de elaborar la historia del conocimiento humano desde un punto de vista teórico.

III

Para resolver el problema del orden de sucesión de las categorías y de su ubicación respectiva en el sistema de la lógica, es preciso tener en cuenta también la lógica propia del conocimiento, es decir, la lógica del desarrollo, o del movimiento del conocimiento de la realidad objetiva, no ya comparándola con el desarrollo histórico del conocimiento, sino considerándola en el plano del acto del conocimiento aislado, individual. Y aunque estos dos planos del conocimiento —el histórico y el lógico— coincidan en lo esencial, como ya lo hemos visto, este problema presenta un interés por sí mismo y debe ser examinado aparte.

Desde este punto de vista, la lógica de *El Capital* y el riguroso encadenamiento que se encuentra en dicha obra en lo relativo al desarrollo de las categorías económicas, son de la más grande importancia. Así, a propósito de la correlación de las categorías lógicas y del análisis crítico del plan de la lógica de Hegel, Lenin llama la atención sobre la lógica de *El Capital* y recomienda utilizarla al máximo.

En el capítulo VIII de esta obra se ha demostrado que las categorías económicas, que reflejan aspectos determinados de la producción y de la circulación mercantiles, son consideradas por Marx en una marcha ascendente que va de lo abstracto a lo concreto. Comienza por las determinaciones más elementales y unilaterales del todo, es decir, del modo de producción capitalista, y pasa luego a determinaciones y categorías cada vez más complicadas, que reflejan la realidad como un todo concreto. Entre las categorías económicas de *El Capital* existe una profunda vinculación interna. No sólo una simple coordinación, sino, según la expresión de Engels, una subordinación. Cada categoría nace lógicamente de otra y refleja el vínculo interno de los procesos objetivos estudiados. El pensamiento va de lo simple a lo complejo, de lo inferior a lo superior. Cada nueva categoría económica incluye a las precedentes, "resolviéndolas" en una síntesis superior.

De tal manera, la categoría de la forma monetaria de valor no puede ser entendida sin las categorías anteriores de las formas simple, total y general del valor; la plusvalía sin el valor, el capital sin la plusvalía; la ganancia sin el capital y la plusvalía; el precio de producción sin el valor, la ganancia y otras categorías, etc. Cada nueva categoría encierra el contenido, no sólo de la precedente, sino de todas las precedentes; es el resumen de todo el análisis anterior. Cada una de las categorías siguientes es un grado superior en el estudio de la realidad concreta, y es al mismo tiempo una categoría más concreta, porque está cargada de un contenido más nuevo, más rico, que las anteriores. Basta con comparar una categoría inicial, como el valor, con el precio de producción, para captar la vinculación interna y la subordinación de estas categorías en

El Capital, y el movimiento de lo abstracto a lo concreto a través del cual se revela esta vinculación.

Desde el punto de vista de la lógica, *El Capital* constituye un sistema homogéneo y armónico de categorías económicas vinculadas entre sí por pasos necesarios y racionales, y que reflejan el proceso concreto del movimiento y del desarrollo del modo de producción capitalista. Imposible privar este sistema de uno solo de sus eslabones sin romper su rigurosa lógica.

La importancia de la lógica de *El Capital,* en el que las categorías económicas son examinadas en su marcha ascendente de lo abstracto a lo concreto, de las categorías simples a las categorías que contienen definiciones más ricas, proviene del hecho de que muestra lo que debe ser la estructura de la lógica dialéctica, lo que deben ser las relaciones entre sus categorías, así como su orden y su subordinación. En la lógica dialéctica, considerada como parte integrante de la filosofía marxista, las categorías y los conceptos lógicos, las formas de movimiento del pensamiento, deben ser examinados y estudiados yendo de lo inferior a lo superior, de lo simple a lo complejo, de lo abstracto a lo concreto.

El movimiento del conocimiento comienza siempre por la intuición, por la percepción de lo concreto; ésta es una ley absoluta del conocimiento. Pero esta percepción, esta intuición, es algo todavía más abstracto *en relación con los resultados posteriores del conocimiento.* En el caso presente, tomamos el concepto de "abstracto" como algo simple, aún pobre en determinaciones, no enriquecido por el conocimiento concreto de la esencia de las cosas. En el curso del conocimiento, las definiciones y los conceptos primitivos se revisten de determinaciones más complejas y ricas, que nos dan una representación del objeto infinitamente más *concreta* que las percepciones y las representaciones iniciales provenientes de los sentidos. El punto de partida del conocimiento son las percepciones sensoriales, concretas por su forma, pero abstractas y pobres por su contenido. Por el contrario, los conceptos generales que formamos son abstractos por la forma pero sumamente concretos por su contenido, por la riqueza de determinaciones que contienen.

En este sentido Lenin afirmaba que la significación de lo general es contradictoria: "es inerte, es impuro, es incompleto, etc., etc., pero no es más que una *etapa* hacia el conocimiento *de lo concreto...*"[10]

La mercancía, punto de partida del estudio del modo de producción capitalista, es una cosa concreta. Pero las ideas abstractas de valor, de plusvalía, etc., permiten análisis mucho más completos del modo de producción capitalista y nos acercan realmente al conocimiento de lo concreto.

La contradicción destacada por Lenin se encuentra igualmente en *la historia* del conocimiento humano. En los hombres primitivos el pensamiento y la representación del mundo que los rodeaba tenían un carácter sumamente concreto. Pero este carácter concreto poseía contenido pobrísimo, y *en ese sentido* su concepción del mundo puede ser considerada como abstracta, antes que como concreta.

El desarrollo histórico de toda ciencia obedece igualmente a la ley del movimiento que va de lo abstracto a lo concreto. Por ejemplo, la teoría del átomo, bajo la forma históricamente primitiva y que fue expresada por primera vez por Demócrito, reviste un carácter en apariencia concreto en relación con la concepción científica moderna del átomo. Las representaciones relativas al átomo, a las relaciones entre los átomos, eran concebidas como analogía con los objetos que rodean al hombre. Pero este carácter concreto sólo se aplicaba a la forma y no al contenido, porque las concepciones del átomo eran aún muy abstractas y estaban alejadas del conocimiento concreto real de la naturaleza de esas partículas materiales.

Y aunque la teoría moderna de los átomos y de los electrones sea abstracta por su forma, y aunque las representaciones correspondientes no puedan ser ilustradas por ninguna imagen concreta, esta teoría es incomparablemente más profunda que las del pasado: descubre el contenido concreto del átomo y es, en cuanto a la esencia, más concreta.

Por consiguiente, el desarrollo histórico del conocimiento es, a su vez, un proceso ascendente de lo abstracto a lo con-

(10) V. I. Lenin, *Cuadernos filosóficos*, pág. 261, Ed. rusa.

creto; también aquí hay coincidencia del proceso lógico con el proceso histórico del conocimiento.

El examen de las categorías en el orden dictado por el principio del proceso ascendente de lo abstracto a lo concreto, nace de la esencia misma de la lógica dialéctica. Lenin definió la lógica como la teoría, no de las formas exteriores del pensamiento, sino de las leyes "del desarrollo de todo el contenido concreto del universo y del conocimiento de éste...".

Esta definición subraya dos aspectos de la lógica dialéctica indisolublemente unidos entre sí. Las categorías lógicas no son formas vacías, exteriores, del pensamiento, a semejanza de las categorías de la lógica kantiana. En su forma más general y abstracta, expresan aspectos inherentes a todos los fenómenos y a todos los objetos de la realidad. Tales son las categorías de cantidad, de calidad, de causa, de efecto, de esencia, de fenómeno, de contenido, de forma, de contradicción, etc. Pero estas mismas categorías, formas lógicas del reflejo de la realidad, son al mismo tiempo las formas del conocimiento, las formas del pensamiento en su movimiento hacia una expresión cada vez más profunda del "contenido concreto del universo". Y como la multiplicidad concreta del universo sólo puede ser captada *como resultado del conocimiento,* y no en el punto de partida de este último, las categorías lógicas deben ser consideradas como etapas del movimiento, del avance ascendente que conduce a lo concreto. Cada categoría lógica es una etapa hacia una categoría nueva, que contiene en sí a la precedente y se enriquece con determinaciones cada vez más profundas.

He aquí un ejemplo. Algunos manuales de materialismo dialéctico establecen entre las categorías una relación que no está justificada desde el punto de vista de la lógica del conocimiento. Tomemos categorías y conceptos como la causa y el efecto, la interacción, la conexión de los fenómenos. Estas categorías son a menudo expuestas en el orden siguiente: conexión, causa y efecto, interacción.

Este orden de sucesión en el estudio de las categorías viola la lógica objetiva del conocimiento. No se encuentra en él ni la derivación necesaria de las formas superiores a partir de las

formas inferiores, ni el movimiento que va de lo simple y lo abstracto a lo complejo y concreto. Es irracional e ilógico estudiar, por ejemplo, el concepto de conexión antes de los de causa y efecto. Las relaciones causales entre los objetos, que se expresan en el hecho de que tal objeto interviene como causa y tal otro como efecto, son la forma de relación más sencilla y más abstracta. Por el contrario, la interacción de dos objetos, y con más motivo la conexión de los fenómenos, son formas de relación mucho más complejas y concretas, que no pueden ser elucidadas de una sola vez y cuya comprensión sólo interviene en grados más elevados del conocimiento. La categoría de la interacción "resuelve" dialécticamente e incluye a las categorías de causa y efecto; ella es la que puede ser derivada de las últimas, y no a la inversa. De la misma manera, la categoría de "conexión" entre fenómenos presupone entre éstos relaciones más sencillas, como las de causa, de efecto y de interacción. Esta lógica racional del conocimiento determina el procedimiento de estudio, el camino del conocimiento correspondiente. Ahí reside la importancia considerable del orden de sucesión de las categorías.

En *El Capital,* Marx examina las relaciones entre la plusvalía y la ganancia, *antes* de que la concurrencia introduzca en ellas complicaciones. La relación causal que las une es considerada en la primera etapa de su estudio bajo la forma pura, haciendo abstracción de la interacción de numerosos otros factores. También este procedimiento está dictado por la lógica objetiva del conocimiento, que exige el estudio previo de las formas de vinculación más sencillas y abstractas, y el paso ulterior a las formas más complicadas y concretas.

Al estudiar el movimiento del capital, Marx analiza en primer lugar, como ya lo hemos indicado, por lo demás, el movimiento del capital individual, haciendo abstracción de la interacción y del entrelazamiento de todos los capitales particulares. Sólo en las etapas posteriores de su estudio, examina la interacción y la conexión general de todos los capitales.

Cuando establece que la tendencia decreciente de la cuota de ganancia nace de la elevación de la composición orgánica

del capital, Marx examina esta conexión causal haciendo abstracción de la influencia que ejercen sobre ella los factores que obstaculizan la tendencia general. Sólo después de haber establecido la realidad de esta tendencia se eleva a un grado más para estudiarla en interacción con fenómenos tales como el acrecentamiento de la explotación de los obreros, la disminución del valor de los medios de producción, etc., que hacen más lento el decrecimiento de la cuota de ganancia.

De tal modo, la lógica del movimiento del pensamiento en Marx es la lógica del movimiento que va de las categorías económicas que expresan las relaciones más elementales, más abstractas entre los fenómenos, a las categorías que fijan las relaciones complejas, que revelan las relaciones concretas de la interacción y de la vinculación universal de los objetos.

De todo ello resulta que la sucesión y la subordinación de estas categorías deben ser las siguientes: causa y efecto, interacción, conexión de los fenómenos. Este orden de estudio de las categorías de la lógica corresponde plenamente al principio de la marcha ascendente de lo abstracto a lo concreto, de las formas simples del movimiento del pensamiento a las formas complejas.

Tales deben ser, en principio, el orden y la correlación de todas las categorías de la lógica dialéctica.

IV

Más arriba se ha dicho que el contenido esencial de la lógica reside en las relaciones, las conversiones, las contradicciones de los conceptos. Este contenido esencial de la lógica lo dedujo Lenin de la naturaleza dialéctica de la propia realidad objetiva, de la cual la lógica es reflejo. El hecho de que en la realidad los objetos y los fenómenos se desarrollen y se modifiquen constantemente y sufran transformaciones dialécticas complejas, debe encontrar su expresión en las conver-

siones recíprocas y las contradicciones de los conceptos y las categorías lógicas.

¿Cómo puede y debe, entonces, la lógica dialéctica expresar en forma concreta la conexión, las conversiones, las contradicciones de los fenómenos y de los procesos reales de la realidad objetiva? Aquí existe una diferencia entre la lógica y las ciencias concretas, que estudian tal o cual forma específica del movimiento de la materia, o tal o cual aspecto de la vida social.

Así, en *El Capital,* Marx analiza las relaciones, las conversiones, las contradicciones de fenómenos enteramente concretos: conversión de una forma de valor en otra, de la producción mercantil simple en producción mercantil capitalista, contradicciones de la mercancía, de las clases, etc. Resume su estudio en los conceptos y las categorías correspondientes de la economía política, que reflejan estos fenómenos concretos y las relaciones entre sí.

La lógica no tiene relación directa con los fenómenos capitalistas, lo mismo que no la tiene con otros fenómenos concretos cualesquiera de la sociedad o de la naturaleza. Sus conceptos y categorías expresan y fijan rasgos y propiedades comunes a todos los fenómenos y procesos del mundo objetivo.

El carácter específico de estos conceptos y de estas categorías reside precisamente en el hecho de que reflejan las propiedades más generales de cada cosa, de cada proceso, es decir, los aspectos sin los cuales no existiría, en forma general, ni cosa ni proceso. Tales son las categorías del contenido, de la forma, de la esencia, del fenómeno, de la casualidad, de la necesidad, de lo posible, de lo real, etc. Y la lógica explica las relaciones de los objetos por intermedio de la vinculación y de las conversiones recíprocas de sus conceptos y categorías más generales, bajo la forma de la dialéctica de los conceptos y categorías filosóficos.

Cada ciencia especializada descubre, con ayuda de sus conceptos, las conexiones y conversiones más concretas entre los fenómenos, y este carácter concreto constituye su superioridad sobre la lógica, que sólo trata las vinculaciones y las relaciones más generales entre los objetos.

Pero por otra parte las vinculaciones y las relaciones entre los objetos, enunciadas por las diferentes ciencias, son una manifestación de las vinculaciones y de las relaciones generales estudiadas por la lógica. De ahí la importancia de la lógica para todas las ramas del conocimiento.

Como la dialéctica de los conceptos es el reflejo de las vinculaciones y de las relaciones reales, objetivamente existentes, entre los objetos, la correlación de las categorías y de los conceptos en la lógica no es determinada por un decreto arbitrario, sino por la propia realidad.

Por ejemplo, si la categoría del contenido está directamente vinculada, en la lógica dialéctica a la categoría de la forma, ello no es por arbitrariedad, sino porque, en los propios fenómenos y procesos reales, los aspectos que se reflejan en los conceptos de contenido y de forma no existen el uno sin el otro y se penetran recíprocamente, a la vez que se oponen el uno al otro.

Lo mismo rige para categorías como la casualidad y la necesidad, lo posible y lo real, etc.

Aquí también *El Capital* de Marx proporciona abundante material que permite analizar este problema y entender que la relación, la vinculación, la conversión recíproca de las categorías lógicas, son determinadas por la vinculación objetiva de los fenómenos, de la propia realidad.

Al abordar el estudio de la mercancía, Marx somete el valor de ésta a un doble análisis, relativo a su contenido y a su forma. Establece que el valor de una mercancía es determinado por la cantidad de trabajo humano abstracto socialmente necesario para su producción. Esta es la sustancia, el contenido del valor. Pero este aspecto está indisolublemente vinculado a otro, al valor de cambio, que constituye la forma de expresión del valor de la mercancía. Marx llamaba al valor de cambio "el medio necesario de expresión del valor", la "forma necesaria de su manifestación".

El valor (el contenido) y el valor de cambio (la forma) constituyen una unidad. Marx criticó vivamente a los economistas que identificaban el contenido y la forma, y que con-

fundían el valor de cambio, reduciendo el primero al segundo, y a los que despreciaban la importancia del valor de cambio como forma necesaria, como medio de expresión del valor.

Los economistas vulgares estimaban que el valor de cambio de las mercancías no era otra cosa que su valor, y pensaban por consiguiente que el valor de las mercancías era determinado por las fluctuaciones de la oferta y de la demanda. Así sustituían el contenido por la forma. La identificación del contenido con la forma quitaba de tal modo todo valor a su teoría.

Pero es igualmente erróneo hacer caso omiso de la importancia de la forma del valor, como lo hizo también la economía política burguesa. Esta subestimación de la forma fue, por ejemplo, obra de Ricardo, a quien Marx se lo reprochó vivamente.

"Pero ¿bajo qué forma específica se presenta el trabajo, considerado como unidad de mercancías?"(11)

Esta subestimación de la forma del valor condujo a desconocer la verdadera naturaleza de la moneda, que Ricardo consideró como una forma accidental y no esencial.

Por el contrario, después de haber analizado especialmente la forma del valor, Marx demuestra que el carácter social del trabajo se manifiesta como forma monetaria de existencia de las mercancías y que no puede adoptar otra forma en la producción mercantil desarrollada.

Dicho de otra manera, el estudio del contenido, es decir, del valor, independientemente de las formas bajo las cuales se manifiesta, conduce también, de manera inevitable, a graves errores.

Vemos, pues, gracias al ejemplo del valor y de su forma, el valor de cambio, que la correlación y conexión de categorías como el contenido y la forma están enteramente determinadas por la propia realidad objetiva. Esta última es la que determina sus conversiones recíprocas y sus contradicciones, o, dicho

---

(11) C. Marx, *El Capital,* (Historia crítica de la teoría de la plusvalía), t. V, pág. 179, Ed. cit.

de otra manera, su dialéctica. El valor como contenido engendra inevitablemente su forma. Pero la forma, a su vez, no es indiferente en relación con el contenido, es decir, en el caso del valor, con el desarrollo de éste. Influye activamente en el desarrollo del contenido mismo. Cuanto más desarrollada esté la forma de valor, más vasto será el campo de acción ofrecido al desarrollo del intercambio, de la producción mercantil. La moneda, forma superior del valor, fue el punto de partida del capital, del modo de producción en que todo se convierte en mercancía, y en primer lugar la fuerza de trabajo.

El intercambio de mercancías choca con los límites de una forma caduca del valor y exige el advenimiento de una forma nueva, superior y más completa, cosa que engendra una contradicción entre el contenido y la forma. Esta contradicción se resuelve necesariamente con la desaparición de la forma antigua y el advenimiento de la nueva forma, que corresponde mejor a las necesidades de una producción y de una vinculación mercantiles crecientes.

Por consiguiente, las relaciones, las conversiones, las contradicciones de los objetos, son el espejo de la dialéctica de los objetos y de los procesos reales. Así se entiende por qué definió Lenin la lógica como la teoría, no de las formas exteriores del pensamiento, sino de las leyes del desarrollo de todo el contenido concreto del universo y del conocimiento de éste.

Las categorías de lo "posible" y de lo "real" están vinculadas directamente como las precedentes, y pasan también la una a la otra. Estas relaciones, entre categorías lógicas, como las anteriores, tampoco son arbitrarias: reflejan las relaciones objetivas de las cosas.

Las relaciones entre lo posible y lo real son analizadas por Marx, con gran profundidad, en las páginas de la *Historia de la teoría de la plusvalía* dedicadas a la acumulación del capital y a las crisis. Las crisis económicas sólo son una realidad en el régimen capitalista. Pero todo fenómeno, antes de afirmarse en la vida y de convertirse en realidad, existe como posibilidad. De ahí la relación entre las categorías de lo po-

sible y de lo real. Así, en la producción mercantil simple, la división del proceso de intercambio de las mercancías en dos partes independientes (M-D y D-M) contiene ya la posibilidad de las crisis. Pero esta posibilidad, dice Marx, es abstracta, es la forma más abstracta de la crisis, una forma que todavía no tiene contenido real y en la que falta el motivo que desencadena las crisis. Según la expresión de Marx, es la crisis en potencia. E indica que lo que convierte en realidad a esta posibilidad de crisis "no está contenido en la propia forma; en ella no hay más que la forma que se presta a una crisis". Y por eso, en la producción mercantil simple las crisis no se convierten en realidad.

Cuando Marx dice que aquí existe solamente "la forma que se presta a una crisis", es evidente que ello no quiere decir que la forma exista sin ningún contenido que la engendre. El pensamiento de Marx es el de que esta forma no ha recibido aún el contenido *concreto* que transforma necesariamente la posibilidad de crisis en crisis real. Pero esta forma no carece por sí misma de fundamento, de contenido. Se basa en las contradicciones entre el trabajo social y el trabajo privado, y por consiguiente tiene un contenido, pero en las condiciones de la producción mercantil simple éste no se ha desarrollado aún.

Así como Marx denominó crisis "en su primera forma" a la posibilidad de crisis que surge de la metamorfosis de la mercancía, de la separación de la compra y de la venta, así denomina crisis "en su segunda forma" a la posibilidad de crisis determinada por la función de la moneda como medio de pago. Esta posibilidad es ya más concreta que la primera, pero Marx también la considera abstracta, porque todavía no puede convertirse en realidad. Sólo sobre la base de la producción y de la vinculación capitalistas, reciben estas dos formas su contenido real, la base que les permite manifestarse.

Marx examina estas dos formas abstractas de las crisis en las condiciones del capitalismo, y muestra cómo y a consecuencia de qué se convierte en realidad la posibilidad de crisis. En el régimen capitalista, la separación de la compra y de la venta, y el funcionamiento del dinero como medio de pago,

se efectúan en condiciones en las que existen todas las bases objetivas para semejante trasformación.

Las categorías de casualidad y necesidad están indisolublemente vinculadas entre sí y no pueden ser entendidas la una sin la otra, por el mismo motivo de que reflejan la realidad de la vinculación concreta, las conversiones recíprocas, las contradicciones entre la casualidad y la necesidad en los fenómenos concretos y los procesos concretos. En *El Capital,* estas relaciones de lo fortuito y de lo necesario son elucidadas en gran parte a consecuencia del análisis del modo de producción capitalista.

Marx estudia el capital en su necesidad, en su movimiento lógico, pero muestra que la necesidad es completada por la casualidad, que esta última es una expresión de la necesidad. Allí donde reina la casualidad, Marx se esfuerza por descubrir su base oculta: la necesidad. En cuanto a ésta, no sólo la examina bajo su aspecto puro, abstracto, "teórico", sino también bajo su forma concreta, en su movimiento real y vivo, en que la necesidad y la casualidad se entrelazan estrechamente.

Los economistas vulgares no entendieron estas relaciones y este entrelazamiento dialéctico de la casualidad y la necesidad en la producción mercantil. Como el valor no aparecía en el precio de la mercancía en su forma pura, como lo exigiría la ley, declararon que ésta era inexistente. Marx demostró que la necesidad que surge de la ley del valor no puede existir bajo su forma denominada pura en la realidad y que al exteriorizarse dicha ley, se "incorporan" a ella casualidades resultantes de la concurrencia de los productores, de la relación real entre la oferta y la demanda. Por ello, el precio de tal o cual mercancía es fruto de la casualidad. Pero se trata de una casualidad determinada por la necesidad y que expresa a dicha necesidad (el valor). El valor es el eje en torno al cual gravitan y oscilan necesariamente los precios. El precio es, por lo tanto, la unidad de la necesidad y de la casualidad, del contenido interno y de su forma de expresión. Pero lejos de ser una identidad abstracta, es una unidad de elementos diferentes, henchida de contradicciones internas. Identificar el precio con el

valor es confundir lo necesario y lo casual, la sustancia y su forma, exterior, pero igualmente necesaria.

Lo casual y lo necesario no están sólo vinculados, entrelazados como relación de elementos contradictorios. También están vinculados por *conversiones* mutuas, por el hecho de que lo casual puede convertirse en necesario, y a la inversa. Cada uno de ellos puede trasformarse en su contrario. En su análisis del desarrollo de las formas del valor, Marx da una visión profundizada de esas conversiones.

Muestra que cuando se considera la forma simple del valor, el hecho de que dos mercancías puedan ser cambiadas según una relación cuantitativa determinada podría parecer una casualidad. La necesidad, es decir, la ley del valor, sólo se transparenta débilmente a través de las relaciones entre las dos mercancías. Aquí no hay sólo una *apariencia* de casualidad en estas relaciones; en realidad son en gran parte accidentales, porque el intercambio sólo se encuentra en la etapa embrionaria. Por ello Marx habla aquí de forma simple, aislada o *accidental* del valor.

Pero lo que aparece al comienzo como accidental (el intercambio accidental de productos excedentes), se convierte luego en necesidad. Con el desarrollo del intercambio, las relaciones cuantitativas según las cuales se han intercambiado las mercancías se convierten a su vez en más estables, si bien no pierden, evidentemente, el carácter accidental que les es propio. La segunda forma del valor deja aparecer con más claridad, según la expresión de Marx, "su base oculta", es decir, la necesidad, "diferente por esencia de la manifestación accidental que la determina". Esta necesidad se manifiesta con más fuerza aun en las formas superiores del valor.

Estas últimas no pueden ser en verdad calificadas de formas accidentales, porque lo que antes era casualidad se ha convertido en necesidad; a la recíproca, lo que antes era necesidad —es decir, las formas naturales de economía sin intercambio desarrollado— se debilita cada vez más con el desarrollo de la producción mercantil y sobre todo del capitalismo, para convertirse en un simple anacronismo, en un accidente.

Hasta aquí hemos examinado la vinculación recíproca y las conversiones de los "pares" de categorías: contenido y forma, lo posible y lo real, la casualidad y la necesidad.

Pero cada uno de estos pares de categorías está vinculado a todas las otras categorías por conversiones directas o mediatas. Como las categorías de la lógica se relacionan con los diferentes aspectos del movimiento, del desarrollo, están todas vinculadas por relaciones definidas.

Cada categoría lógica refleja cierto aspecto del todo. Y como todas las partes del todo están vinculadas entre sí y no pueden existir la una sin la otra, este hecho debe reflejarse en el *sistema* de los conceptos lógicos. En este sentido Lenin hacía notar que "en toda proposición se pueden y se deben descubrir los gérmenes de *todos* los elementos de la dialéctica".

Acabamos de examinar la relación lógica de las categorías de casualidad y de necesidad. Pero estas categorías, que fijan aspectos particulares del todo, están estrechamente vinculadas por las relaciones y las conversiones con categorías como la esencia y el fenómeno, lo singular (o lo particular) y lo general, el contenido y la forma, la causa y el efecto, la interacción, etc. Por ejemplo, la relación entre el valor y el precio se refleja de manera íntima en la conexión mutua, no sólo de las categorías de necesidad y de casualidad, sino también en la de esencia y fenómeno, en la de general y singular, en la de contenido y forma, etc. Las relaciones entre valor y precio (igualmente se habría podido tomar otros ejemplos, como las relaciones entre plusvalía y ganancia, valor y precio de producción), traducen la vinculación y las conversiones que existen entre *todas* las categorías de la lógica dialéctica. El valor determina la necesidad, es la ley del movimiento de los precios de las mercancías. Pero la categoría de necesidad está aquí estrechamente vinculada a la categoría de esencia, porque la necesidad se vincula a la esencia. Sin esta última no sería posible dar una definición completa y profunda de la necesidad. La categoría de casualidad está vinculada, por su parte, a la de fenómeno, porque precisamente el fenómeno es la manifestación exterior de la esencia de los objetos, que tiene

como característica la casualidad. Por lo tanto, sin la categoría de fenómeno sería imposible entender la de la casualidad.

Con la ayuda de las categorías de esencia y de fenómeno descubrimos, entonces, el aspecto interno, esencial, y el aspecto externo de la mercancía: su valor y su precio. Con la ayuda de las categorías de necesidad y de casualidad profundizamos nuestra comprensión de las relaciones entre el valor y el precio, arrojamos luz sobre la ley del valor del movimiento de los precios, descubrimos en el valor como esencia la necesidad y la lógica interna que se expresan en el precio, es decir, en lo externo, en el fenómeno, a través de lo que presenta un carácter accidental.

Al descubrir luego entre el valor y el precio relaciones de esencia y de fenómeno, de necesidad y de casualidad, estudiamos también las relaciones de causa y de efecto, de general y de singular, que los unen. El valor de la mercancía es la causa del precio de ésta; y el precio, a despecho de sus fluctuaciones, no puede separarse lo mismo que el satélite no puede ser separado de su planeta. Cuando aprendemos a conocer lo esencial en el objeto, adquirimos también el conocimiento de lo que éste contiene de general, de corriente, de lo que lo diferencia de lo particular, de lo singular y de los numerosos elementos accidentales. El valor de la mercancía es el elemento general que expresa la esencia del mundo de las mercancías. El precio de la mercancía es la manifestación singular, aislada, concreta, del valor mercantil. El paso de la forma simple del valor a sus formas superiores es el paso, no sólo de lo accidental a lo necesario, sino de lo singular, de lo aislado (Marx emplea también la palabra "aislado" al hablar de la forma simple del valor) a lo universal, es decir a la forma "general" del valor.

Estos ejemplos conducen a una conclusión de suma importancia respecto de lo que debe ser la correlación entre las categorías y los conceptos lógicos: esta correlación debe ser tal, que su vinculación, sus conversiones, sus contradicciones, expresen la interacción, las conversiones, las contradicciones de los fenómenos del mundo objetivo, de tal modo que cada nueva

categoría señale una profundización nueva del conocimiento, y que su sistema, tomado en su conjunto, indique el camino del conocimiento del mundo objetivo.

El sistema de la lógica dialéctica marxista se opone diametralmente al sistema hegeliano, que pretende llegar a la verdad absoluta y constituir una realización perfecta. Este carácter absoluto y finito de la lógica hegeliana surge de su fondo idealista. En la parte lógica del sistema de Hegel el espíritu absoluto realiza su viaje partiendo de categorías iniciales, que no están todavía articuladas y no han desplegado aún toda su riqueza, y termina en el grado supremo en el que llega a la idea absoluta.

Es cierto que el espíritu absoluto tiene aún un largo camino que recorrer y que sufre metamorfosis en el curso de las cuales reviste las formas de su "ser alienado": la naturaleza, la historia humana, etc. Pero el desarrollo se agota por entero, según Hegel, bajo la forma de categorías y conceptos lógicos, y por ello ya no se puede separar ni agregar nada a la lógica. Este es el sistema absoluto, acabado, de las categorías y de los conceptos.

Esta forma de concebir el sistema de la lógica, como la filosofía en su conjunto, sólo es válida si se supone que el desarrollo se ha agotado por completo y que nada nuevo puede nacer en el porvenir. Afectada por semejante punto de partida, la filosofía hegeliana sólo podía ser metafísica en su conjunto.

El marxismo ha refutado este punto de vista anticientífico. El filósofo marxista considera al comienzo que no existen ni pueden existir límites al desarrollo del mundo objetivo. El desarrollo de la naturaleza es ilimitado. Resulta claro que el conocimiento, reflejo de un mundo en perpetuo desarrollo, no puede ser jamás considerado tampoco como acabado. Por lo tanto, el marxismo niega todo sistema que pretenda una realización absoluta. Ningún concepto, ningún sistema de con-

ceptos puede proporcionar un reflejo exhaustivo de la naturaleza del mundo objetivo en su conjunto. Lenin subraya que sólo la suma *infinita* de los conceptos generales, de las leyes, etc., restituye lo concreto en su integridad.

El desarrollo de la ciencia de la naturaleza y de las otras ciencias confirma con elocuencia esta tesis marxista-leninista. La revolución en la física, que comenzó a fines del siglo pasado y continúa hoy, ha aniquilado todas las aspiraciones de los metafísicos que tendían a considerar como establecidas y acabadas de una vez para siempre nuestras teorías y nuestros conceptos de la estructura de la materia. En poco más de medio siglo, la física formuló un gran número de nuevos conceptos, leyes y teorías, y llegó a un conocimiento incomparablemente más íntimo de la naturaleza. La biología científica, que se remonta a la aparición de la teoría de Darwin, realizó igualmente un salto hacia adelante, que se expresó en las nuevas teorías, las leyes, los conceptos formulados por Michurin y sus continuadores. Incluso en ciencias tan "absolutas" y "acabadas" en apariencia como las matemáticas, el desarrollo de los conocimientos ha seguido el mismo camino. Las pretensiones de universalidad de la geometría euclidiana, que reinó casi sin cambios durante siglos, resultaron no tener fundamentos. Lobachevski creó una geometría nueva, no euclidiana, que fue confirmada por la teoría de la relatividad.

A título de brillante confirmación de la tesis de Lenin indicada más arriba, se puede citar *El Capital.* Después de haber reflejado en un sistema dialéctico de leyes, de conceptos y de categorías económicas la esencia del modo de producción capitalista, Marx mostró que la muerte del capitalismo significaría el nacimiento de un modo de producción nuevo, superior, cuyo conocimiento exigiría la formulación de nuevas leyes, de nuevos conceptos, de nuevas categorías. Más aun, como lo hemos dicho, Marx vio en algunos síntomas iniciales, aún débiles, que el propio capitalismo adoptaría nuevas formas en el curso de su desarrollo. En *El imperialismo, fase superior del capitalismo,* Lenin analizó esa nueva etapa. Complementó los conceptos, las leyes y categorías de *El Capital* por medio de con-

ceptos y leyes nuevos, característicos del imperialismo. No cabe duda alguna de que la lógica dialéctica, como ciencia particular que trabaja con los conceptos, las leyes y las categorías más generales, tampoco puede ser un sistema acabado. Siendo vastos y generales, los conceptos lógicos no sufren, como es evidente, cambios relativamente rápidos como los de la física o los de la economía política, por ejemplo. Sin embargo, el progreso de los conocimientos científicos y el cambio de las condiciones históricas del desarrollo de la sociedad no pueden dejar de influir también sobre la lógica y la dialéctica, lo mismo que sobre sus leyes y sus categorías más generales. La acción de estas leyes generales es considerablemente modificada en el régimen socialista en relación con la sociedad capitalista.

Por esta razón, la lógica dialéctica marxista debe ser elaborada, contrariamente a la lógica idealista de Hegel, no como un sistema cerrado y finito, sino como un sistema dedicado a un desarrollo profundo, estrechamente vinculado a la práctica científica y social, y que tiene atenta cuenta de todo lo nuevo que surge y se desarrolla en la vida. También aquí es preciso tener presente en el espíritu la forma profunda en que Lenin definió la dialéctica, "conocimiento múltiple y vivo cuya cantidad de facetas aumenta indefinidamente".

CONCLUSION

EL CARACTER CRITICO REVOLUCIONARIO Y EL ESPIRITU DE PARTIDO DEL METODO MARXISTA

El Capital traduce en forma enérgica y brillante una particularidad esencial del método y de la teoría marxistas del conocimiento: el espíritu crítico revolucionario y el espíritu de partido propios de la filosofía marxista en su conjunto y de su método en particular. *El Capital* es un modelo clásico de armonía entre el análisis objetivo —en el mejor sentido, en el sentido científico del término— de los hechos y la pasión revolucionaria, la defensa consecuente de los intereses de la clase más avanzada de la sociedad capitalista: el proletariado. Marx dedicó casi toda su vida a la redacción de este libro. Ello se explica, no sólo por la complejidad y la dificultad de la obra emprendida, sino también por el hecho de que Marx entendió a la perfección la importancia de su obra para la liberación del proletariado de la esclavitud capitalista. Sabía que su libro sería, como él mismo lo decía, "como un terrible proyectil lanzado a la cabeza de la burguesía".

En este gran objetivo, cuya búsqueda animó a Marx y cuyo espíritu impregna la obra de la primera a la última página, reside la fuerza explosiva de *El Capital.* Marx habló de ella en términos emocionantes, en una carta dirigida el 30 de abril de 1867 a S. Meyer, cuando el libro I estaba en prensa:

"¿Que por qué nunca le contesté? Porque estuve rondando constantemente al borde de la tumba. Por eso tenía que emplear *todo* momento en que era capaz de trabajar para poder terminar el trabajo al cual he sacrificado mi salud, mi felicidad en la vida y mi familia. Espero que esta explicación no requiera más detalles. Me río de los llamados hombres 'prácticos' y de su sabiduría. Si uno resolviera ser un buey podría, desde luego, dar la espalda a las agonías de la humanidad y mirar por su propio pellejo. Pero yo me habría considerado realmente *impráctico* si no hubiera terminado por completo mi libro, por lo menos en borrador."(1)

Los "sufrimientos de la humanidad" son los sufrimientos de toda las masas laboriosas a las que el capital introduce en su "mortero", en el cual las muele implacablemente para enriquecer a un puñado de explotadores. *El Capital* nos proporciona una notable muestra de ese materialismo marxista de partido de que hablaba Lenin en su obra *El contenido económico del populismo y la crítica que de él hace Struve en su libro.* Por un parte, hacía notar Lenin, el marxista aplica el punto de vista del análisis objetivo de los fenómenos en forma más profunda y sistemática que los "objetivistas" tan elogiados, que se jactan de ser "sin partido" y convierten el estudio objetivo y científico de los hechos en la apología del régimen burgués. En su obra, Marx no se aparta ni un solo instante de los hechos, ni introduce en sus investigaciones nada que se aleje, aunque sólo sea un poco, del estado de cosas objetivo. Por otra parte, el materialismo incluye el espíritu de partido al obligar a arrojar luz, más allá de los hechos y de las tendencias objetivas determinadas, sobre las posiciones diferentes de las clases y sobre la lucha que opone a dichas clases entre sí. Cada vez que se trata de apreciar los acontecimientos, el materialismo, decía Lenin, obliga a adoptar, en forma directa y abierta, el punto de vista de una clase social determinada. Este aspecto del método marxista de investigación aparece con claridad, en forma abierta, en *El Capital.*

(1) C. Marx y F. Engels, *Correspondencia*, pág. 151, Ed. cit.

Marx no disimula sus simpatías y sus antipatías de clase. El punto de vista del proletariado, cuyos intereses defiende en su obra, el punto de vista del espíritu de partido proletario, le han permitido llevar hasta el final su análisis científico objetivo y llegar a un juicio que condena a muerte al régimen burgués de explotación y de opresión.

El Capital es testimonio elocuente de la fusión armónica, en el marxismo, del análisis objetivo de la realidad y de la defensa de intereses de clases determinadas. Marx subrayó en múltiples ocasiones que incluso los mejores representantes de la economía política burguesa no lograron reconstituir la verdadera esencia de los procesos objetivos. Por lo demás no habrían podido hacerlo sin "abandonar su piel burguesa".

El carácter crítico revolucionario, el espíritu de partido del método marxista, se manifiestan en forma sumamente variada. Lo decisivo en este sentido es la aptitud de dicho método para ofrecer un análisis crítico de los procesos reales, que arranca implacablemente las apariencias superficiales engañosas que encubren los fenómenos de la vida y desnuda a ésta hasta en sus fundamentos más secretos. La esencia íntima de este método reside en el respeto a la verdad de la vida, en el estudio verídico de los fenómenos.

Con audacia y severidad revolucionarias, Marx arranca todas las máscaras con que el capital encubre su naturaleza rapaz. Al analizar el proceso de transformación del dinero en capital, muestra que el preludio de este proceso adquiere un carácter en apariencia idílico. El propietario de los medios de producción encuentra en el mercado una mano de obra libre; la mano de obra libre encuentra en el mercado un empleador. Firman entre ambos un contrato "legal" conforme a todas las reglas del intercambio de equivalentes. ¡Ninguna violencia, ninguna violación de los derechos del hombre! Una parte actúa con absoluto respeto de su libre albedrío, al vender su "mercancía": la fuerza de trabajo. La otra parte observa las reglas de humanidad al pagar en su valor la mercancía que ha comprado. Pero qué sarcasmo y qué ironía en las célebres líneas de *El Capital* que describen este idilio burgués, con el cual se enter-

necen los apologistas del capitalismo: "La *órbita de circulación o del cambio de mercancías,* dentro de cuyas fronteras se desarrolla la compra y la venta de la fuerza de trabajo, era, en realidad, el verdadero *paraíso de los derechos del hombre.* Dentro de estos linderos sólo reinan *la libertad, la igualdad, la propiedad y Bentham.*[2] *La libertad,* pues el comprador y el vendedor de una mercancía, por ejemplo, de la *fuerza de trabajo,* no obedecen a más ley que la de su *libre voluntad.* Contratan como *hombres* libres e iguales ante la ley. El *contrato* es el resultado final en que sus voluntades cobran una expresión jurídica *común.* La *igualdad,* pues compradores y vendedores sólo contratan *como poseedores de mercancías,* cambiando equivalente por equivalente. *La propiedad,* pues cada cual dispone, y puede disponer de lo que es suyo. Y *Bentham,* pues cuantos intervienen en estos actos sólo se mueven por su interés. La única fuerza que los une y los pone en relación es la fuerza de su *egoísmo,* de su provecho personal, de su *interés privado.* Precisamente *por eso,* porque cada cual cuida solamente de sí y ninguno cuida de los demás, contribuyen todos ellos, gracias a una *armonía preestablecida de las cosas* o bajo los auspicios de una providencia omniastuta, a realizar la obra de su provecho mutuo, de su conveniencia colectiva, de su interés social."[3]

Por medio de su método crítico de análisis de la realidad, Marx destruye de arriba abajo ese "edén" burgués. Muestra que a partir de sus primeros pasos, a partir del período de la acumulación primitiva, el capital exuda sangre y barro por todos sus poros, de la cabeza a los pies. La "libertad" en palabras, proclamada por los ideólogos burgueses, es la libertad de saquear y de hacer sufrir a los proletarios. Su "igualdad" es el derecho de los proletarios de venderse como esclavos al capitalismo, porque los obreros no tienen ni pueden tener otro me-

(2) *Bentham:* jurista y moralista inglés que llevaba a las nubes la "libertad" del individuo bajo el régimen capitalista, v consideraba que el principio del interés personal y la utilidad constituye la base de las relaciones entre los hombres.
(3) C. Marx, *El Capital,* t. I, pág. 143, Ed. cit.

dio de existencia en el régimen capitalista. Marx encuentra elocuentes y precisas palabras para caracterizar la verdadera naturaleza del capital. Lo compara a un vampiro. Sólo atiborrándose del trabajo vivo de los obreros, de su sudor y de su sangre, adquiere vida el capital, y vive tanto más intensamente cuanto más trabajo vivo absorbe. Marx muestra que el capital derrocha más fuerza humana viva que cualquier otro modo de producción, que no sólo derrocha el cuerpo y la sangre, sino también los nervios y el cerebro. El proletario es en rigor esclavo del capital, porque incluso aunque el obrero no trabaje, aunque consuma medios de existencia, conserva y reproduce su fuerza de trabajo para el capitalista. La situación de los esclavos del capital difiere de la de los esclavos de la antigüedad en el sentido de que, en el mundo antiguo, la esclavitud era practicada en forma abierta y tenía por fundamento el derecho jurídico de propiedad del amo sobre el esclavo, en tanto que en el régimen capitalista reina una esclavitud refinada, disimulada por la "libertad" formal, una esclavitud que surge de una situación de hecho. "El esclavo romano se hallaba sujeto con cadenas a su señor; el obrero asalariado se halla sometido a su propietario por medio de hilos invisibles."(4)

Un profundo dolor, suscitado por los tormentos y los sufrimientos de los obreros, impregna los capítulos de *El Capital* dedicados a describir la situación de los proletarios, cruelmente explotados por los capitalistas que no retroceden ante delito alguno siempre que ello les granjee nuevos beneficios. Pero no se trata del dolor de un contemplador pasivo de los sufrimientos ajenos. Marx forma la conciencia de los obreros; les abre los ojos, les ayuda a adquirir conciencia de su situación de clase y les muestra su misión histórica. Imparcial y objetivo en el más alto grado, gracias a su método científico de análisis, *El Capital* es al mismo tiempo un verdadero himno a la lucha del proletariado por su liberación, un llamado al combate para la destrucción del capitalismo y para la creación de un régimen nuevo, el régimen socialista. Con total confian-

(4) C. Marx, *El Capital,* t. I, pág. 463, Ed. cit.

za en las fuerzas de la clase obrera, Marx describe la resistencia opuesta por los trabajadores a los explotadores, la lucha de clase de los proletarios contra la clase de los capitalistas; muestra cómo esa lucha, que culminará inevitablemente en la revolución social, en la expropiación de los expropiadores, adquiere un carácter cada vez más consciente. Por otra parte, Marx fustiga todas las manifestaciones de pasividad y de docilidad ofrecidas por ciertos grupos de obreros.

El carácter crítico y revolucionario del método marxista en *El Capital* se expresa también en el hecho de que, de la primera a la última línea de su obra, Marx sostiene una lucha encarnizada contra los economistas burgueses que pintan al capitalismo con tonos rosados e idílicos. *El Capital* tiene como subtítulo el de *Crítica de la economía política. El Capital* es, en efecto, una crítica coherente e implacable de la economía política burguesa a partir de las posiciones de la economía política proletaria. También en este sentido, *El Capital* es un ejemplo de hostilidad irreconciliable en relación con las teorías y las concepciones anticientíficas de la ideología burguesa.

Marx critica tanto a los representantes clásicos de la economía política burguesa como a los economistas vulgares. Estos son especialmente atacados, porque los primeros, como ya lo hemos visto, se esforzaron, a pesar de todo, por estudiar en forma crítica las relaciones existentes, en tanto que los segundos estaban animados, no sólo por la ignorancia y la suficiencia, sino también por "...su miedo apologético a analizar concienzudamente el valor y la plusvalía y a atentar acaso contra las ordenanzas policíacas..."(5)

La obsequiosidad para con los burgueses, el deseo de complacerlos y justificar así los honorarios que reciben a título de recompensa por haber sustituido deliberadamente la ciencia por la apología del régimen burgués, he aquí lo que Marx odia mortalmente en los economistas vulgares. "El aparente buen deseo de ver en el mundo burgués el mejor de todos los mun-

(5) C. Marx, *El Capital,* t. I, pág. 177 (nota), Ed. citada.

dos posibles sustituye en la economía vulgar toda necesidad de amor hacia la verdad y de impulso científico de investigación."[6] Marx decía de esta economía política que era la tumba de la ciencia.

Marx no se plantea ni soluciona problema alguno en *El Capital* sin oponer su punto de vista a la opinión de los economistas burgueses, sin estigmatizar la naturaleza de clase burguesa de estas opiniones. Ya sea que estudie el problema fundamental de la economía política del capitalismo, la plusvalía, u otros problemas más particulares, siempre arroja luz sobre el temor que tienen los economistas burgueses de ir demasiado lejos por el camino del estudio científico. No es extraño que, animado de esta colosal fuerza crítica, *El Capital* haya anunciado, con su aparición, la muerte de la economía política de la burguesía.

Se entiende que los "sacerdotes de la burguesía", según la expresión de Marx, así como sus amigos del campo de los reformistas, hayan hecho todo lo posible (y sigan haciéndolo) para quebrar esta punta crítica revolucionaria del marxismo y de su método, para eliminar su espíritu revolucionario. Pero sus esfuerzos son inútiles. Como lo ha demostrado toda la experiencia del desarrollo histórico, desde la aparición del marxismo, las ideas del comunismo científico penetran cada vez más en la vida. Han tomado cuerpo en la lucha titánica de los obreros y de las masas trabajadoras de Rusia contra el capitalismo, en la victoria en la URSS del régimen nuevo, socialista. Actualmente encuentran una aplicación práctica y viva en la edificación del socialismo por los países de democracia popular, en la victoria de la gran revolución china, en el poderoso movimiento del proletariado y las masas trabajadoras de los países capitalistas por la paz, la democracia y el socialismo.

---

(6) C. Marx, *El Capital,* t. III, pág. 713 (nota), Ed. citada.

Menos de diez años nos separan aún del centenario de la aparición del primer libro de *El Capital*. Las ideas desarrolladas en esta obra y enriquecidas por Lenin, el gran continuador de la obra de Marx, y por sus discípulos y compañeros de armas, se refuerzan y se difunden cada vez más. *El Capital* fue y sigue siendo el tesoro inapreciable de las ideas del socialismo científico. Es, al mismo tiempo, el riquísimo tesoro del método del marxismo, de la dialéctica materialista marxista.

I N D I C E

CAPITULO VIII

CAPITULO IX

CAPITULO X

CAPITULO XI

CONCLUSION

ERRATAS ADVERTIDAS

Pág.	*Línea*	*Dice:*	*Debe decir:*
55	29 y 30	de valor con la fórmula	del valor con la forma
66	28 y 29	la mercancía adquirida	la forma mercancía adquirida
77	18	las fuerzas de	las fases de
109	27	y trata	y no trata
124	31	cuantitativamente	cualitativamente
173	8	entre la mercancía y el	de la mercancía y del
195	19	las contradicciones de los	las contradicciones y los
232	27	evolución	revolución
237	24 y 25	sintéticos	antitéticos
276	27 y 28	y a consecuencia de	y, en consecuencia, de
296	28	ideales	reales
340	2	fuerza	forma
377	4	cruce	curso

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE
IMPRIMIR EL 28 DE FEBRERO
DE 1961 EN LOS TALLERES
DE IMPRENTA LETRAS S. A.,
LA PAZ 1829, MONTEVIDEO